NOTICIAS HISTORIALES

DE

LAS CONQUISTAS

DE

TIERRA FIRME

EN LAS

INDIAS OCCIDENTALES

POR FR. PEDRO SIMON

DEL ORDEN DE SAN FRANCISCO DEL NUEVO REINO DE GRANADA

TOMO V

TERCERA PARTE

PUBLÍCASE POR VEZ PRIMERA SOBRE LOS MANUSCRITOS DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
Y CON INTERVENCIÓN Y AUXILIO DEL MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

BOGOTA
CASA EDITORIAL DE MEDARDO RIVAS
1892

PARTE TERCERA

QUINTA NOTICIA HISTORIAL

CAPITULO X

1.º Muda Valdivia el pueblo de San Juan de Rodas. Alzanse los indios—2.º Descubre esto una india, que se volvió cristiana después—3.º Dan sobre la ciudad de San Juan de Rodas y matan algunos españoles—4.º Resístenles otros, de suerte que los ponen en huída.

HABIENDO llegado todo esto á los oídos del Gobernador Andrés de Valdivia, á Antiochia, por haberlo llevado la fama de pueblo en pueblo de indios, salió del de Antiochia con cincuenta soldados con que se hallaba y algunos caballos y pertrechos de guerra, la vuelta del Valle de Norisco, á donde llegó y fué bien recibido de los afligidos vecinos, que no pareciéndoles bien ni seguro sitio aun aquél, ni al Valdivia tampoco, determinaron se volviese á poblar en su primer asiento, que fué, como dijimos, donde llamaban el Paramillo, y reedificada allí de nuevo y repartida otra vez la tierra por el Valdivia más conforme á su gusto que al de la justicia, según las quejas de muchos, tomó la vuelta de Santafé, dejando por su Teniente y Justicia Mayor á Don Antonio Osorio de la Paz, caballero de Ciudad Rodrigo, que deseando cobrar opinión y que le temiesen los indios, salió á hacer algunos castigos á fuego y sangre, con que los dejó más avispados y irritados á dar otra vez sobre el pueblo, para lo cual pagaron á muchos de los indios más lejanos que les viniesen á ayudar, y para que no les faltasen comidas, hicieron de comunidad una extendidísima labranza de maíz en la ensenada del señor de Agrazaba. Para esta junta señalaron por General á Pedro Catía, baptizado y muy ladino, por haberse criado desde niño en servicio de un Francisco López en la Villa de Antiochia.

2.º Hicieron á éste, porque como ladrón de casa alcanzaba nuestros intentos y los comunicaba con ellos, entraba y salía en ambas partes, y para más disimulo hacía que viniesen á los nuéstros de paz (hasta su tiempo) muchos hombres y mujeres que miraban con buenos ojos á nuestros españoles, y entre ellas hacía venir el Pedro Catía á una hermana del Cacique Agruzaba, de muy buen parecer en toda su persona, que tomando amistad con el Don Antonio, le descubrió todo el secreto y determinación de los bárbaros, y cómo el Pedro Catía era el que urdía toda esta trama, y que para que la creyesen, no estaba de parecer de volver á ellos, sino de ser cristiana, pues amaba nuestra santa fe, como aborrecía las bárbaras costumbres de sus parientes. Avisó de esto Don Antonio á sus soldados, que divididos en varios pareceres, determinaron, para sacar más en límpio la verdad, le diesen tormento á la india, la cual en él dijo lo mismo, y no por eso mudó de intentos de ser cristiana, y así luégo la catequizaron y baptizaron, poniéndole por nombre Catalina, que fué todo lo que vivió acrecentándose en las cosas de la fe, con mucho ejemplo de todos. Estando ciertos los nuéstros del rebelión que se intentaba, procuraron por primera prevención haber á las manos al Pedro Catía, de que se supo guardar bien, pues no volvió más á nuestros soldados en sabiendo ser cristiana Catalina, antes envió á que oliesen si se había sentido su alzamiento (á sombras de paz) á los Caciques Tecure y Agruzaba, hermanos; Chacurí, Tacuica, Nuguireta, Tacujarango y otros principales, que llevaban algunos regalos de comidas, á quien luégo prendieron, despachando cartas al Valdivia del suceso, que nunca llegaron á sus manos, porque cayeron en las de los indios de guerra los Yanaconas que las llevaban.

3.º Sin saber el Gobernador Valdivia estos sucesos, había despachado, mientras ellos acontecieron, una partida de ganado mayor con diez soldados, y entre ellos iba un clérigo llamado Juan Ruiz de Atienza, que pasaron y llegaron sin ningún riesgo, antes contaban que les habían hecho buen pasaje y amistad todos los indios, dándeles las comidas necesarias, lo cual era para disimular más otro alzamiento que urdían, acedos de la prisión de los Caciques. Atribuyendo algunos de los soldados esta benevolencia á la parte que les podía dar más ociosidad y descuido, lo tuvieron en no velarse como solían, que conociendo este descuido los bárbaros, vinieron muchos á dar un madrugón sobre el pueblo, que no pudiéndose entrar por él más que por sola una parte, por ser inaccesible por naturaleza todo el resto de su sitio, pretendieron entrar por aquí, y sintiéndolo la centinela, dió arma, con que todos asieron las suyas mal despiertos, con que salieron á hacerles harta floja resistencia. A un Fernán Sánchez, manchego, natural de la Membrilla, saliendo con poco más reparo que como se halló en la cama, aunque llevaba buen brío al salir de su

casa, le dieron tal golpe de macana, que desmenuzándole los cascos y quijadas, rindió allí la vida; á un Juan de Ortega, natural de Ubeda, que salió á la refriega sin rodela, le dió una piedra de una honda tal golpe en las sienes, que lo derribó muerto; como hizo lo mismo otra flecha envenenada, pasándole la garganta á Pedro de Vega.

4.° Salieron en este tiempo, armados de espadas y rodelas, y los más de ellos en camisa: un Pedro Sánchez, natural de Estrella, cerca de Talavera; Juan Mateo Corzo de Sigura, de León; Esteban de Ribera, de Alburquerque; Juan de Cotura, valenciano, y Diego de Guzmán, de Segovia: todos con unos ánimos valerosísimos, medidos en honra y no con temores; los cuales, así como se hallaban, acudieron á la loma, por donde el gentío iba entrando, que fueron cinco rayos para ellos, haciendo tanta riza, cortando brazos, cabezas, piernas y barrigas, que fueron poderosos para detener el ímpetu de los salvajes, y aun para que volviendo pasos atrás, y impeliéndose unos á otros, cayesen en el río que pasaba lamiendo los cimientos de las barrancas, con lo cual tuvieron tiempo los de á caballo de armarse y de cebar bien las lanzas y espadas en los que primero habían entrado y quedaban en la plaza sin socorro de los que habían de ir entrando, y así quedaron muy pocos de ellos, por la buena diligencia de los soldados, que luégo cantaron la victoria, dando mil gracias á Dios, por cuya mano les había venido, por instrumento de aquellos cinco que atajaron el paso, de los cuales sólo el Ribera y Pedro Sánchez quedaron heridos, aunque sin riesgo, por la diligente cura. Mostráronse también valerosos Juan Alonso Rubio, Juan Ruiz y un Alonso Martín Merchán, que por todos eran treinta y seis con los recién llegados; pasando los indios de más de mil y quinientos, que no fueron bastantes para por entonces salir con sus intentos, ni por cuatro días que tuvieron cercado el pueblo, en los cuales colgaron á su vista á Nuguireta y Chacurí de los presos, con otros indios señalados y de estima, que avispados más con el hecho, revolvieron sobre las estancias, donde hubieron á las manos algunos indios amigos del servicio y negros, que les dieron cruelísimas muertes. Talaron así mismo las labranzas, que todo fué causa para que después mudase el pueblo el Gobernador Valdivia, como veremos.

CAPÍTULO XI

1.º Declárase en el Consejo no caer Antiochia en el Gobierno de Valdivia, y lo que de ahí sucedió—2.º Despachada una tropa al Chocó, quédase un soldado más que medio muerto—3.º Conserva la vida cuarenta días sólo con beber agua tocada en el *Lignum Crucis*—4.º Envía Valdivia socorro á San Juan de Rodas. Valiente guazabara en que vencen los nuéstros.

YÁ dijimos cómo quejándose en esta Real Audiencia de Santafé Don Jerónimo de Silva, por habérsele entrado el Gobernador Andrés de Valdivia en los pueblos de Antiochia, sin ser de su jurisdicción sino del Gobierno de Popayán, se remitió la decisión de la diferencia al Real Consejo, el año de mil y quinientos y setenta y uno; y el de mil y quinientos y setenta y dos vino determinando no pertenecerle al Valdivia, según el asiento que tomó, como hemos visto, de que no se le daba el Gobierno en pueblos de españoles ya poblados, sino á la Gobernación de Popayán, esto es, la Villa de Antiochia y la de San Juan de Rodas, con lo cual viéndose el Valdivia desposeído de aquello donde estaba intruso, echando á volar sus pensamientos, los puso en intentar imposibles, facilitándolos con su presunción, que fué poblar de una vez en muchas partes, hallándose con tan poca gente, que aun para una lo era, entre indios tan hostigados y que tenían perdida la vergüenza á los españoles. Lo primero que intentó fué reedificar á Antiochia la vieja, donde puso Caja Real y fundición y abrió marca conforme á una de sus capitulaciones, señalando por Tesorero á Antonio de Tobar y por Contador á Rodrigo de Santander, ambos mientras el Consejo no ordenaba otra cosa. Duró muy poco esta población, porque los Catios determinaron dar luégo sobre ella, dando fin, de camino, á tres soldados que hallaron inadvertidos fuera de ella, con que no se les pudo dar aviso; pero tuviéronlo por mano del cielo con un caso raro que le sucedió al Tesorero y á otros amigos suyos aquella mañana que venían á dar sobre ellos, y fué que estando juntos para almorzar de una mazamorra hecha de leche y maíz molido, cuando la fueron á echar en las porcelanas, se convirtió toda en sangre, con que quedaron todos admirados, pasmados y sin poder, por buen espacio de tiempo, hacer otra cosa más que mirarse unos á otros, hasta que volviendo en sí, sin esperar al efecto de sangre con que el prodigio les amenazaba, tomaron sus armas y caballos y la vuelta de Antiochia, dejando desamparada la primera población de Valdivia.

2.º El cual, antes que enviase y fuese él con el primer socorro á San Juan de Rodas, había despachado más de setenta españoles con el Capitán Juan de Zabala, entre quienes iban Rodrigo Pardo y Francisco Mantilla, de los Ríos, á las

Provincias de los Chocoes y las que confinan con el gran río Darién, por la parte del Este, pareciéndole se alargaban hasta allí los títulos de su Gobierno, en especial si lo estiraba un poco. Tardaron en esta salida casi un año, con grandes trabajos, que fuera tejer una larga historia contarlos todos, aunque se echará de ver en que quedaron desplumados, como dicen, demás de los treinta compañeros que fallecieron, y sucedió á la vuelta con uno que llamaban Fernán Pérez, mancebo natural de Salamanca, que se vido tan fatigado del camino, que en cierta parte, cerca de un arroyuelo, dijo que no podía de ninguna suerte pasar de allí, sin ser bastantes para otra cosa ruegos de los compañeros, y en especial del Capitán Rodrigo Pardo; sólo les pidió un vaso con qué sacar agua del arroyo para beber, con que se despidieron todos, encomendándolo á Dios, y dejándolo ya por muerto, y una cruz á su cabecera, pasaron adelante, hacia un lado, en demanda de algunas comidas para reparar la hambre que los iba ya consumiendo, en que les sucedió bien por la Divina Providencia, pues de allí á seis días dieron con unos indios tan blandos de corazón para con ellos, con ser todos ferocísimos Caribes (que en diciendo Caribe es que come carne humana), que no sólo acariciaron y dieron de comer á los primeros que iban entrando en sus casas (porque cada uno llegaba antes ó después, según sus fuerzas le daban aliento al camino), pero aun sabiendo que venían otros detrás desmayados, salían á buscarlos con buenas comidas, y los llevaban hasta meterlos en el pueblo, donde se estuvieron reformando cuarenta días.

3.º Después de los cuales, tomando la vuelta por el camino que habían llevado, llegaron al paraje donde habían dejado al Fernán Pérez, que acordándose de él, dijo el Rodrigo Pardo: "Piedad cristiana será que le vamos á enterrar los huesos." Llegando con este intento al sitio donde le dejaron, le hallaron de la misma suerte que había quedado después de cincuenta días, y mirando si todavía tenía vida, hallaron que aún resollaba, y para más certificarse, le refregó el Rodrigo Pardo los dientes y la boca con carne de mico que llevaba asada para su matalotaje, que sintiéndola el enfermo, comenzó á mostrar más aliento y paladearse á su sabor, y dándole voces si conocía á sus campañeros, respondió con una voz muy débil: no veo, porque me falta este sentido, pero paréceme que la voz es de Rodrigo Pardo. De que se alegraron notablemente todos, y le preguntaron que cómo había vivido tanto tiempo, y que quién le había dado de comer para vivir. A que respondió, señalándoles una crucesita de oro, que pesaría seis tomines, en que estaba engastada una pequeñita astilla muy sutil del *Lignum Crucis*, diciendo con voz algo más alentada: nadie me ha dado de comer en todo este tiempo, y sólo la piedad de Cristo le daba virtud al agua que bebía, metiéndole antes esta reliquia del *Lignum Crucis* dentro para que me sustentara; húbola de un caballero, Canónigo de Salamanca, cuan-

do pasó de esta vida. Parece que no pudiera dudar en esto, vistas las circunstancias del caso, y que lo contaba un hombre más de la otra que de esta vida, á quien dieron traza lo llevasen cargado algunos indios del servicio, hasta llegar á un pueblo de naturales, pacífico, á donde lo dejaron muy encargado con un Yanacona, criado suyo, que no se supo si vivió más días, por haberse desperdigado cada cual de sus compañeros buscando su ventura, aunque algunos volvieron con el Gobernador Valdivia.

4.° El cual viéndose desposeído de la jurisdicción de Santafé de Antiochia, antes que esto se supiera en San Juan de Rodas, como astuto dejóla al cuidado del Capitán Francisco Maldonado, vecino que había sido de Caramanta, que llegó en bien pocos días, por el mes de Diciembre de este año de mil y quinientos y setenta y tres, que fué bien recibido por estar necesitados de aquel socorro y del de comidas, que las tenían alzadas los indios y rebelados, y así fué necesario, luégo en llegando, se salieran á buscarlas el caudillo Juan López Bravo con veinticinco soldados de satisfacción y confianza; pero la poca que tenían todos de los indios se echó de ver á los primeros pasos que dió esta tropa, encontrándose con otra de repente, harto más numerosa, acaudillada por el Pedro Catía, que venía por Capitán General de todas. Repararon los nuéstros, viendo la frente á tan numeroso ejército y teniendo por menoscabo de su honra volver atrás, animándolos el Juan López Bravo, diciendo: "A ellos! á ellos! caballeros, que ahora es tiempo que conozcamos cuánto más valen pocos, ayudados de la mano de Dios, que muchos de la del Demonio." Comenzó á jugar la arcabucería con muchas de las balas enramadas, que hacían tan cruel batería en los infieles, dividiendo cuanto topaban, en especial ayudados de ciertos perros, que andaban haciendo por su parte no pequeña riza, que en breve tiempo se confundieron y desordenaron los escuadrones de los bárbaros, desatinados con tanta mortandad como veían á sus ojos, y entre los demás el Pedro Catía, con que por no quedar todos consumidos entre los dientes de la guerra, volvieron las espaldas, siguiendo los nuéstros el alcance con tanto valor, que los miserables les pedían misericordia: cosa bien desusada á su fiereza, y aun un indio decía desde un alto: "Cesen ya, españoles, tantas muertes, dejad algunos que hagan labranzas para que comamos todos;" como se dijo haberlo hecho ellos del cuerpo de Pedro Catía, y aun haberle muerto por su mano por haberles facilitado la victoria, que les había salido tan al revés, pues decían bastaba defenderse en sus casas, sin ir á buscar los españoles, que con lo que dijo el indio dejaron de seguir el alcance y tomaron la vuelta de la ciudad por si acaso revolvían sobre ella por otra parte. Regocijóse la victoria y á sangre caliente pretendieron volver sobre el castigo de los indios, que no tuvo efecto.

CAPÍTULO XII

1.º Traza de Valdivia para dar principio á su Gobierno—2.º Despuebla á San Juan de Rodas y trae la gente á la margen de Cauca—3.º Declárales allí sus intentos, á que todos acuden, viendo no poder hacer otra cosa—4.º Entra, pasado Cauca, con toda su gente en las tierras de su Gobierno.

HABIÉNDOSE notificado en Santafé de Antiochia la declaración del Consejo, en que al Gobernador Andrés de Valdivia no le pertenecía el Gobierno de ella ni el de San Juan de Rodas, como hombre caviloso, salió con la presteza posible y alguna gente del pueblo de Santafé, la vuelta de San Juan de Rodas, pretendiendo llegar allí antes que se supiera esta determinación, para entablar mejor sus designios, y así lo recibieron como á su Gobernador, no sabiendo otra cosa que hasta allí, y él los trató con gran blandura y caricias, y habiéndole dado cuenta de las necesidades y miserias que pasaban en aquel puesto, parece le vino á propósito de sus intentos, y tomando la ocasión, como dicen, por el copete, que era de aquello que le decían y miserias que le contaban, les hizo una larga plática, representándoselas de nuevo, y la imposibilidad que había en allanar aquella tierra, pues el maíz que comían lo compraban á precio de sangre, y así que, pues estaba solas dos leguas el río de Cauca, tierra más fértil y que ayudaba al sustento con sus pesquerías, caso que faltase grano, sería bien poblarse en sus riberas, á lo menos por algún tiempo, en especial que los naturales de ellas no era gente tan redomada, por no haber tratado tanto con españoles, y que Pedro Pinto Vellorino, con quien él tenía hecha alianza en estas conquistas, hombre de conocida afabilidad, sagacidad y posibles para hacer soldados, llegaría con socorro de ellos, y así siendo aquél su parecer, pedía el de los demás.

2.º A que acudieron todos por estar desabridos con tantas guerras en aquel sitio, fuera del parecer contrario que tuvo Alonso Díaz, uno de los Alcaldes, y así pusieron en efecto la mudada del pueblo y llegaron todos á las márgenes del río de Cauca, y al mes de Enero de este año de mil y quinientos y setenta y cuatro, donde se ranchearon y descansaron dos ó tres días; después ordenó el Gobernador se hiciese una puente en una angostura que hace el gran río, donde se ciñe más que en muchas leguas de sus corrientes arriba ni abajo, diciendo lo que les importaba hacerla para gozar de la fertilidad de la tierra de una y otra banda, que cuadrando esto á todos, pusieron manos á la obra, que con cueros torcidos de vaca y muchedumbre de bejucos se dieron buena maña, pues la acabaron en diez ó doce días, que no fué poco por la dificultad con que se hizo. La cual acabada, hizo al momento pasar el Valdivia

por ella á los que á él le pareció más resabiados y que se les habían traslucido sus intentos, que pasaron de harta mala gana, aunque, so color de descubrir caminos, hubieron de hallarse de la otra banda el día de la Purificación, á dos de Febrero. Echaron á nado las vacas, caballos y puercos, que temiendo el ímpetu del río, volvieron á arribar á partes diferentes, de suerte que sólo pudieron volver á recobrar sesenta y nueve vacas y veintiún caballos, que no hicieron los demás poca falta, pues se desavió con esto mucho la prosecución del camino.

3.° Antes que se comenzara, les declaró sus intentos á todos el Valdivia, diciendo: "Ya es, señores, tiempo de que los designios que traigo entre manos de mi conquista sean manifiestos á todos, y así sabrán que la declarado S. M. por sentencia, que mi Gobierno sea en esta parte, entre estos dos ríos de Cauca y la Magdalena, si bien lo de esa otra parte, que toca por la misma declaración al de Popayán, saben todos me ha costado mi hacienda el conservarlo, de que todos sois buenos testigos en los socorros que he enviado á San Juan de Rodas, donde, como se vió á la clara, no era posible sustentarse nadie; ya nos hallamos aquí entre indios menos resabiados que aquéllos, en quien se reparará con muchas ventajas la falta que aquéllos os hicieron; esperando estoy socorro del Capitán Pedro Pinto, con que podremos con seguro hacer las conquistas de estas tierras, á que si alguno no quisiere acudir con gusto, desde luégo tiene licencia y puente para volverse, y desde aquí lo podrá hacer libre, pero comenzada la conquista, no sin grave castigo." Sentía cada cual de esto lo que le parecía, arqueando las cejas y arrugando la frente, maravillados de la astucia del Gobernador para traerlos allí con aquel modo, y hablándole y respondiéndole por todos Juan López de Oviedo, y que se conformaban con su parecer, lo agradeció con largos cumplimientos y promesas; sólo á un Antonio Machado le pareció volverse á Antiochia, de donde era vecino, que, dándole licencia con liberalidad, llegó sin peligro allá, aunque por tierras peligrosas, donde supo excusar encuentros, por ser tan vaquiano de aquellos países.

4.° Con cuarenta y seis españoles, veinte negros suyos y doscientos indios de servicio, que era toda la gente con que se hallaba Valdivia, comenzó á marchar por bien anchos y seguidos caminos; indicios todos de soberbias poblaciones, como se echó de ver luégo, á nueve de Febrero, dando vista á un valle que en aquella lengua llamaban Guarcama, y en la nuéstra se le puso de San Andrés, á devoción del nombre del Gobernador: tierra amena, fértil, de buen temple, arboledas frutales, campos abundantes, bien labrados y fertilizados con aguas de riego, cielo claro, tierra escombrada, y toda ella que parece vendía salud y convidaba á que se fundase luégo allí ciudad cristiana; porque sobre todo esto, se prolongaba el valle veinte leguas, con anchuras de diez ó doce, poblada

á trechos y con buen concierto de grandes ciudades, y ricas por las muchas minas de oro que las ceñían, y por granjerías de tratos y labores de tierra para maíz y algodón, de que se hacían razonables telas blancas y de variados colores. Los principales Caciques, señores de este valle, se llamaban: Guarcama, Cuerpia, Pipimán, Ozeta, Maquira y Aguarizi, y apartados de éstos algo del valle á los costados de la serranía que lo acompaña, vivían otros de menos consideración, llamados: Omaga, Neguerí, Yusca, Aguataba, Abaniqui, Cuercia, Taquibani, Corime, Cuerquisime, Moscataco y otros algunos Capitanes flecheros, carniceros y herbolarios, destrísimos y ejecutivos, precisos en todo trance de guerra y agudos en sus pensamientos y conceptos.

CAPÍTULO XIII

1.º Halla Valdivia los indios pacíficos y que lo reciben bien, si bien después se los malearon—2.º Sospechas de quién alteró los indios contra el Gobernador Valdivia—3.º Rebelados contra Valdivia, apriétanle de manera que envía á pedir socorro á la Villa—4.º Llégale, y puebla la ciudad de Ubeda. Dan los indios la paz.

LLEGÓ Valdivia con su gente á la boca de este valle, donde les salieron de paz casi todos los principales de él, trayéndole las comidas que había menester para sus soldados, con abundancia y muestras de respeto y obediencia, por no estar aún resabidos con españoles, porque aunque Jorge Robledo había pasado por aquí, fué tan de paso, que no tuvieron lugar de acedarse con nosotros. En estos días se reparó su gente, caballos y armas; se retobaron los sayos de algodón con lo mucho que hallaron. Pasó después de ellos tres leguas adelante, á los aposentos del Cacique Ozeta, donde se alojó más tiempo, sin conocer mal resabio en todo aquel Valle, antes irles creciendo cada día el amor y voluntad sincera para con ellos, de que sucedió que como volase la fama hasta la Villa de Antiochia, por indios contratantes, en especial los Tahamíes, encomendados á un Bartolomé Sánchez (Torre Blanca), de la paz con que estas Provincias de los Nutabaes (que así se llamaban los indios de este Valle con nombre común) habían recibido al Valdivia, émulos suyos, y en especial quieren decir que el Torre Blanca, que no le tenía pío afecto, persuadieron á sus encomendados Tahamíes, convecinos y emparentados con los Nutabaes, que pasasen al Valle de Guarcama y procurasen con mucha industria apartar á los indios del intento que tenían de conservar la paz con aquellos españoles que habían entrado en sus tierras; antes los matasen, si pudiesen, ó á lo menos los alejasen de ellas, por ser gente que llevaba malos intentos para con ellos, y que con engaños los querían hacer sus esclavos.

2.º Esto dicen que decía el Torre Blanca, porque no le faltasen sus granjerías en el pueblo de Tahamíes, que era donde se hacían grandes ferias, á que acudían todos los circunvecinos, en especial los Nutabaes, á la venta de sal, mantas, algodón, y solían estar aguardando estas compras de un día á otro mercado doscientos y trescientos indios, de quien él se aprovechaba para sus rozas y granjerías, y que también se vendían allí esclavos indios habidos en guerra, á quien muchos de los Caciques señores que venían al mercado hacían descuartizar por grandeza y repartir entre sus amigos, y que de cada esclavo de los que vendían y mataban, tenía el Torre Blanca echado un tributo para él, que de todo venía á interesar cada año mil ó dos mil pesos de buen oro, de lo cual se rebajaría mucho todo haciéndose los Nutabaes cristianos; y para acabar de

persuadir esto á los Nutabaes, dicen que enviaba el Torre Blanca á un mozuelo llamado Baptistilla ó Juan Baptista Baquero, que tenía en su casa, sobrino de su mujer, natural de Safra en Extremadura, de donde también ella era. El cual habiendo venido á aquella tierra de siete ú ocho años, edad acomodada para aprender lenguas, aprendió esta de los Nutabaes y Tahamíes, que toda era una, y la hablaba con tanta perfección y elegancia como el más ladino Cacique, con que los indios lo estimaban en mucho, y que de las unas y las otras persuasiones viniesen á suceder con Valdivia y sus soldados las desgracias que veremos, aunque todas estas sospechas y barruntos, pudo ser se originasen de gente mal intencionada; pero sea lo uno ó lo otro verdad ó mentira, el Bartolomé Sánchez Torre Blanca estuvo muchos días y aun años preso en esta ciudad de Santafé por orden de la Real Audiencia, ante quien puso demanda de la muerte de su marido la mujer del Andrés de Valdivia; y el mozo Juan Baptista se retiró entre los indios, que le respetaban con gran veneración, por ser tan lenguaraz y acomodarse á sus costumbres.

3.º Pero, ora por esto ó por su natural inquietud, á pocos días que estuvo allí el Valdivia, tomaron los indios del Valle armas contra él, con tanto valor que en varios encuentros murieron de yerba ponzoñosa algunos soldados, en especial Pedro Fernández de Rivadeneira, que era de los más valerosos. Viéndose el Valdivia con tan poca gente y tan apretado de los indios, que de noche ni de día le dejaban sosegar, llamó una tarde á Juan Alonso de Santana y á Bartolomé Jiménez á solas, y representándoles con vivas palabras la aflicción, en que todos se hallaban, les persuadió á que, pues eran tan valerosos soldados fuesen con una carta suya á la Villa de Santafé de Antiochia, y hiciesen abreviar su venida á Pedro Pinto Vellorino con el socorro que entre los dos dejaron concertado había de traerle. Dudaron algo en el viaje al principio estos dos soldados, representándoseles los peligros del camino; pero súpoles decir el Valdivia tales palabras (que bien dichas son piedra imán de los corazones), que se resolvieron á decirle que no sólo harían aquella jornada, pero hasta Chile que los enviase, y así partieron luégo aquella noche á sus primeras sombras, y llegados á la Villa de Antiochia, partió con la brevedad que pudo el Vellorino con treinta y seis soldados, buenos guerreros, buena cantidad de vacas, puercos, yeguas y caballos, y guiándolos dos mensajeros, en poco tiempo se vieron en la puente de Cauca, por donde pasaron, dejando perdidos los ganados, por no haber podido pasar á nado, y aun ahogados dos soldados que se atrevieron á nado irlos siguiendo.

4.º Con no poca pena de aquel desgraciado principio pasaron los demás al Valle de Guarcama, que fueron recibidos con brazos abiertos de los demás, por venirles tan á propósito el socorro, que fué causa para que se sosegase algo

por entonces el bárbaro gentío del Valle. De donde intentaron luégo salirse, con intentos de fundar ciudad en parte acomodada donde pudiesen sujetar á los del Valle y los demás, como lo hicieron día de San Juan, á veinticuatro de Junio de este año de mil y quinientos y setenta y cuatro (1574), y llegaron á la loma de Neava, que da remate á tierra llana, que aunque menos poblada que la otra, le hace grandes ventajas en ricos minerales de oro; aunque, como dicen, con sus alguaciles de muchos mosquitos y malsana; pero al fin fundaron allí la ciudad de Ubeda, por ser natural el Valdivia de la de este nombre en Andalucía. Departiéronse solares y comenzáronse á hacer casas, y antes que acabaran, se comenzó la guerra declarada con todos los convecinos, que fué de tan sangrientos y rigurosos sucesos de ambas partes, que de una y otra se iban minorando por la posta. Llegaron los nuéstros á tanta miseria, que los mismos soldados hacían las labranzas por sus manos, y esto sin provecho, pues antes que lo viniesen á dar, las talaban los indios, con que les daba el enojo fuerzas tan insuperables, que hicieron en ellos crueles castigos, aunque no sin retorno de graves y venenosas heridas, de las cuales el que escapaba de la muerte, era por la carnicería que se hacía en él cortándole pedazos de ellas y caldeándoselas con ardientes hierros.

Viendo los bárbaros la diminución de su gente en guerra tan prolija desde que se pobló la ciudad, que fué de cinco ó seis meses, tomaron por partido la paz, que se asentó por entonces tan bien, que volvieron los contratos de los indios al punto que antes estaban, hasta entrar y salir desde allí á la Villa de Antiochia, con que se comunicaban con facilidad los unos vecinos y los otros por cartas, y gozaban los de la nueva población de quietud pacífica, que el Demonio, padre de disensiones, turbó con brevedad, poniendo en el corazón de algún envidioso y enemigo de la paz, que escribiese una carta mentida y sin firma al Gobernador y la enviase entre otras que le remitieron desde la Villa, en que le decían no guardársele la lealtad conyugal, ni vivir con la honestidad que debían á su estado su mujer y las que con ella quedaron en la ciudad de Victoria, donde las había enviado cuando él entró á tomar la posesión de su Gobierno.

CAPÍTULO XIV

1.° Desabrimiento de Valdivia por cierta carta falsa que le dieron—2.° Pacifícase algo; vienen á quejarse de él dos soldados á la Audiencia—3.° Despachan Juez contra él y procura pacificarlo—4.° Sale con ello. Despacha dos tropas á diversas partes. Quédase con poca gente.

LA novedad de esta carta, escrita por algún desalmado, á quien no debiera dar crédito el Valdivia, causó en él tántas, que alienado de la prudencia y ánimo pacífico que hasta allí había mostrado, todo se convirtió en rigores y desatinos, en sus palabras y hechos, como se vido luégo en mandar despoblar la ciudad, que todavía se tenían frescos los cimientos, y de donde todos se prometían la satisfacción de sus innumerables trabajos, y que con tantos la había sustentado tanto tiempo. Esto se sospechó hacía para irse desesperado por los montes; no admitía palabra de consuelo de nadie; sus acciones eran sonlocadas, pues viniendo los Caciques de paz, rogándole que los repartiese y diese Encomendero, no sólo no les admitió con benevolencia como debiera, pero aun los echó presos, que aunque los hizo soltar luégo, quedaron malamente avispados y indignados, y para confirmación de sus desatinos (efectos todos de un juicio temerario de quien escribió la carta), hizo cortar las piernas á los caballos, cosa que les llegó al alma á los dueños, y que fué última ocasión para que reparando otros mayores daños (que parece las iba dando para que lo mataran), muchos soldados se le desligaron y huyeron á la Villa de Santafé, aunque tres de los primeros cayeron en manos de indios y se los comieron. No sé si desde aquella Villa estos soldados fugitivos y otros avisaron al Consejo Real en esta ocasión de las cosas de este Gobernador, por la cual relación se despachó una cédula en San Lorenzo del Real, á doce de Enero de mil y quinientos y setenta y seis, para que esta Audiencia de Santafé informase al Consejo de las insolencias del Valdivia y malos tratamientos que hacía á los soldados que le ayudaban en las conquistas, y cómo había sido causa esto para que se ahuyentaran, y de las ciudades que había despoblado y de los inconvenientes que de todo esto se habían seguido á las conquistas y conversión de los indios y Rentas Reales, en que se conoce el cuidado del Consejo en todo; si bien ésta llegó acá dos años después de él muerto.

2.° Desde este sitio de la ciudad despoblada se entró Valdivia con sus soldados por la espesura de aquellos montes, hasta llegar al que llamaban de las Pesquerías, tierra mal poblada por enfermiza, si bien fértil de maíces y minas, donde fundó de nuevo la ciudad de Ubeda que había despoblado; y conociendo andaban tan desabridos con él los pocos soldados que le habían

quedado (por haber consumido los más la guerra y enfermedades) y con las desganas que le obedecían, volviendo con esto algo en sí, les procuró acariciar con buenas palabras, dándoles á entender la pasión que había sido causa de sus acciones menos acertadas y que no por eso lo había de ser de no satisfacerles sus buenos trabajos, con que lo tenían también merecido. Quietó algo esto los ánimos de todos, de manera que los mejores se atrevieron á darle consejo de que no creyera lo que le habían escrito intenciones malévolas, y que en cuanto tocaba de su parte, allí estaban para obedecerle en todo, si bien algunos, no acabando de digerir las acedías con que habían quedado con él por sus desabrimientos, no fué posible sacarlos para la pacificación de ciertos indios, por lo cual se determinó á dar garrote á un Diego de Montoya, soldado principal y de estima, pareciéndole con esto la harían de él, le temerían más y obedecerían; lo que sucedió al contrario, concibiendo contra él mayores odios, y así se conjuraron tres soldados, Juan Alonso de Santana, Pedro Sánchez de Oviedo y Manuel Rublales, y se arrojaron desesperadamente el río de Cauca abajo en una curiana (es canoa pequeña), y sin temor de los peligros que les podía suceder en el río, de indios Caribes que lo bogan, salieron por él al de la Magdalena y desde allí á la Villa de Mompox y á esta ciudad de Santafé, á quejarse de Valdivia, y pedir Juez que conociese de las causas que le oponían.

3.º Como se proveyó luégo á un Antonio Gómez de Acosta, portugués, noble de condición y linaje, menos criminal que blando. Despacháronsele recados de que el Valdivia pareciera en esta Audiencia, y entre tanto quedara el Antonio Gómez gobernando. Lo cual sabido por dos cuñados del Andrés de Valdivia, llamados Bermúdez y Loaiza, que á la sazón se hallaban en esta ciudad de Santafé, por hacer grato al Antonio Gómez y apacible en negocio que tanto les importaba, le acompañaron en el viaje, con quien también iban los tres soldados que habían subido á deponer, que todos juntos llegaron á Santafé de Antiochia, y habiéndolo sabido el Valdivia por aviso de sus cuñados, salió con algunos de los soldados más de su devoción, del pueblo de las Pesquerías, á recibirlos en el Valle de San Andrés, donde después de haber tenido largas cortesías con su Juez y aun con sus contrarios, se informó en secreto largamente de sus cuñados de lo que le habían escrito acerca de su mujer, en que quedó satisfecho y seguro, y del todo el ánimo quieto en cosa que tanto importaba á su pundonor y honra, y así sólo trató luégo, antes que se notificasen las provisiones Reales, de hablar al Juez, informado de su noble condición, diciéndole que pues todo aquello venía á fundarse en la enemiga que le habían cobrado algunos soldados, que él los aplacaría y los haría sus amigos y que se sirviese de informar á la Real Audiencia de cuán al contrario eran algunas

cosas de las que habían informado, y conformándose las partes litigantes, parece no han lugar las ejecuciones de los pleitos, y en cuanto toca á los salarios de V. M. (decía Valdivia), todo vendrá á ser de poco momento respecto del puesto en que podrá estar para crecidísimas ganancias, y demás de ello partiremos entre los dos este Gobierno, siendo V. M. desde luégo mi Teniente, con que entrará en las mejores suertes de los indios que se repartieren.

4.º Cebado de esta codicia el buen natural del Antonio Gómez de Acosta, respondió que si las partes se concertaban, no se le podía dar mayor gusto á los Jueces, pues desean más la amistad de todos que los pleitos, y que si el negocio se guiaba por este camino, que ambas voluntades de Juez y Gobernador serían una. Estimó lo que no se puede creer estos intentos de Acosta el Gobernador, y supo luégo decirles á sus contrarios tales cosas, que quedaron más firmes en seguirle que á los principios; y así le dió luégo al Antonio Gómez vastísimos poderes de su Teniente General, con los cuales y algunos compañeros, proveídos de buenas municiones, lo envió luégo á la nueva ciudad de las Pesquerías (donde había dejado el resto de su gente), para que allí, representando su persona, gobernase y procurase reducir al servicio del Rey los indios convecinos. No contento Valdivia con esta división que había hecho de su gente, envió á Francisco Maldonado con otra tropa, para que pasando el río de Cauca, diese vista á las poblaciones de los Nutabaes, quedándose el Gobernador con sus dos cuñados y solos trece compañeros, y hasta quince negros sus esclavos, confiando en todos más de lo que debiera, y en un fuertezuelo de maderos que mandó hacer para si acaso se rebelasen los indios, que más fué temeraria confianza que prudencial disposición, la cual entendiendo el Gobernador Gaspar de Rodas en la Villa de Antiochia, y habiéndose medio entendido que pretendían los indios dar sobre él, le escribió que se juntase con toda su gente y no la desmembrase, porque se rugía que los indios se querían alzar y venir á dar sobre él, de que no hizo caso, antes burla de la carta, fiándose todavía, aunque vanamente, en el valor de los pocos que tenía á su lado, que luégo se fueron haciendo menos, pues enfadados los soldados de que sus cuñados quisiesen entrar á coger las ganancias que no habían trabajado, seis de ellos le dieron cantonada á deshoras, y como vaquianos en la tierra salieron sin peligro á la Villa de Antiochia, dejándolo con solos siete españoles y sus negros esclavos.

CAPÍTULO XV

1.º Dan los indios engañosamente sobre una tropa de nuestros soldados—2.º Pelean con ellos; mueren algunos de ambas partes, y los nuestros se escapan por el monte—3.º Dan también sobre el Gobernador Valdivia á la misma hora y prénden-lo y matan á otros—4.º Pelean valerosamente un soldado y un negro, y mueren al fin.

NO dejaron los indios perder esta ocasión, que la tenían muy á la mira y deseada para desarraigar del todo de sus tierras á los peregrinos españoles, y así se avisaron unos á otros para que en un día y aun en una hora, cada cual en sus Provincias, diesen sobre las tres tropas, que, según nuestra cuenta, fué para diez y seis de Octubre de mil quinientos y setenta y cuatro (1574). Habiendo pasado el río el Francisco Maldonado y sentado ranchos en el mejor país que halló en los Nutabaes, los acarició de paz de manera que lo regalaban y servían á él y á sus treinta y seis soldados, proveyéndoles de mantenimientos, maíz, carnes y frutas, hasta que se llegó el día señalado, en el cual vinieron solos treinta y seis indios, uno para cada soldado, sin apariencia de armas, cargado cada cual con un gran haz de guamas, fruta gustosa, larga de hasta dos tercias, poco más, á lo menos las que ahora traían, aunque hay muchas diferencias de ellas. Entre las cuales traía cada uno un machete vizcaíno bien afilado y encubierto, y un palo de hasta la misma largura, bien mondado, pesado y manero (?), y al tiempo que cada cual de los soldados llegó á tomar su hacesillo de guamas, dándoselo el indio con la mano izquierda, sacaba en un momento de entre ellos el machete y palo, y con velocidad de un viento hacía golpe en el soldado, y tan aprisa daban uno y otro en los desapercibidos, que cegaban las caras y aun los pescuezos, y hicieron en un instante notable daño.

2.º Abrazábanse los soldados rabiosamente con los indios, y aprovechándose muchos de ellos de las dagas, los maltrataban mucho, y aun sacaron de esta vida á algunos, si bien los desnudos, por no tener de dónde les asieran, se deslizaban de entre los brazos y escapaban. En esta encendida y mortal refriega andaban, cuando topando uno de los gandules una hacha que acaso estaba allí caída, la arrebató, y con gran velocidad le dió tal golpe al Capitán Francisco Maldonado, que le dividió la cabeza hasta las encías, sacando de esta vida con el segundo golpe á Juan de Cotura, valenciano, y de tercero hizo lo mismo á Chaves, valentísimo guerrero; y el mismo fin tuvo allí Sancho Vélez Montañés, con otros cinco valientes, quienes tuvieron lugar de meter mano á las espadas, con que se hubieron tan valerosamente que hicieron á muchos de

los bárbaros hacer compañía á nuestros muertos, con que los indios, viendo los iba consumiendo la pelea, volvieron las espaldas, con intentos de dar presto la vuelta, acompañados de más número, sobre los nuéstros, que no les pareció aguardarlos en aquel puesto, sino al amparo del monte caminar con la prisa que pudieron, la vuelta de la Villa de Antiochia, juzgando ser viaje más seguro que el volver á juntarse con su General Valdivia, y así llegaron todos, sin sucederles otro atraso adverso, aunque con bien lastimadas heridas del sucedido y de las fatigas que no pudieron excusar en el camino.

3.° En este mismo dia y hora que dieron sobre el Maldonado, dieron sobre el Valdivia, habiéndose emboscado la noche antes Cuerquia, Ozeta, Ucharie, Ubana y Quime, bravos Caciques, con quinientos fortísimos guerreros dentro de la arboleda que estaba á la margen de la quebrada, poco distante del fuerte, desde donde despacharon á los primeros rayos del sol ciertos indios con alguna fruta al fuerte donde estaba Valdivia, como solian, para asegurarle más, de que recibió contento, aunque luégo se le acedó con la nueva que le trajo una india, que habiendo ido á lavar á la quebrada y visto los emboscados, y que venían marchando el agua abajo, que dejando los paños, llegó á mayor prisa al Gobernador y le dijo cómo lo venía toda aquella gente á matar, á que él respondió: hija, vendrán de paz como estos que están aquí; ella replicó: no vienen sino de guerra á matarnos aquí, embijados y con sus armas. Pidió aprisa su caballo, que siempre á estas horas estaba ensillado y enfrenado, y mientras se echaba su escaupil y se disponía para subir en él, ya estaban sobre el fuerte todos los indios y le tenían abierta la cerca por muchas partes. Salieron á una á hacerles frente dos valerosos soldados, el uno llamado Pedro Valero y el otro Diego de León, que apenas hubieron llegado cerca de los indios, cuando al Valero le derramó los sesos un golpe de macana, y al León le pasó los pechos una flecha, con que también murió rabiando y mordiendo á los circunstantes con la fuerza del veneno. Salieron también los otros cinco españoles que quedaban con los negros, animados todos del Valdivia, que yendo á subir en el caballo, tras un flechazo que le dieron por la boca y le salió por el oído, asieron de él los indios principales, el uno llamado Quime, y otro sobrino suyo Tamerjo, con otros cuatro, y impidiéndole el subir á caballo, lo llevaron rastrando y sentaron en lo alto de una gran piedra.

4.° Sólo Juan Rodríguez de Atienzo y un negro llamado Gaspar Jalofo permanecieron, mucho después de muertos los demás, haciendo rostro al barbarismo, que hicieron hechos dignos de eterna pluma, que solos ellos rompieron de tal suerte á los salvajes, con muerte de muchos, que les hicieron por dos veces volver pasos atrás. Animaba el Juan Rodríguez al moreno, diciendo: "Ea Gaspar! aviva los golpes contra esta bárbara canalla, porque si perseveras, con

ayuda de Dios, los venceremos, pues yo te ayudo con fuerzas más que invencibles". Á que respondía el negro: aquí está, señor, Gaspar, moreno que no aflojará su mano hasta perder la vida y vengar la de los nuéstros, con lo cual se embravecieron de nuevo tanto los dos, que ya no osaban acercárseles los indios; pero fué tanta la batería que les dieron de lejos con flechas, dardos y lanzas, que al fin hubieron de rendir la vida, habiendo muerto primero entre los demás el Cacique Cuerquia. Acabada con esto la guazabara, se fueron todos llegando á la peña donde tenían á Valdivia y uno de sus cuñados llamado Loaiza, y tomando el indio Quime, que lo había prendido, una turca de damasco azul, guarnecida de terciopelo carmesí, que siempre traía el Gobernador, se la puso y una gorra de rizo de que también usaba Valdivia, y paseándose por delante de él, le decía á un indio del Valdivia llamado Matamoros (gran lenguaraz, que era de ellos y niño lo habían cogido sus enemigos en una guerra, y lo habían vendido á otro, y de mano en mano había ido á parar á Antiochia, donde se había aljamiado hasta muy ladino): " Dile á este bellaco Gobernador que por qué no me dice ahora perro, perro, como solía; que él es el perro y el bellaco ladrón, y que como á perro bellaco me lo tengo de comer yo ahora, en pago de los males que ha hecho á mí y á los míos ".

CAPÍTULO XVI

1.º Habla por una lengua el Gobernador preso á los indios, y al fin mátanle desastradamente—2.º Hácenle cuartos, y á un cuñado suyo. Hallan también muerto un fraile mercenario—3.º Dan también á la misma hora sobre la ciudad de Ubeda y matan al caudillo—4.º Pelean los nuéstros valerosamente, y dejando la ciudad se escapan.

HABIENDO entendido bien esto el Valdivia, por habéiselo dicho puntualmente el Matamoros, quiso hacer diligencia y tentar el vado en aquel peligro, por si acaso hubiese por allí alguna entrada para salir de él, y así les dijo por medio de Matamoros, aunque con mucho trabajo por la herida de la boca: "Ya me tenéis captivo, y tengo confianza que no me habéis de matar, porque si hacéis esto, no moriréis vosotros, y si me matáis, no quedará de vosotros ninguno á vida, porque el Rey, á quien yo sirvo, en sabiendo mi muerte, ha de enviar más españoles que tienen hojas estos árboles, y han de destruir toda la tierra; y si no me matáis, yo me saldré luégo de ella". Á estas razones detuvieron el murmullo los bárbaros y practicaron entre ellos lo que más les convenía; de los cuales uno de los más principales, llamado Carcará, y después de baptizado Don Martín, les dijo ser acertado no matar aquel hombre, pues un español más ó menos poco hacía al caso, á que añadió otras razones eficaces y deseosas de librarle; pero el Quimo, con la furia brava y bárbara que estaba, dijo al Matamoros: "Dile que yo me lo comeré á él ahora como conejo ó venado, y que cuando su Rey envíe acá otros españoles, también habrá manos y dientes para ellos". En esto salió un vejezuelo de entre ellos, muy ruin, ya todo cano, gran Mohán y hechicero, llamado Cuibana, y comenzó á decir á grandes voces, viniéndose junto á la peña donde estaba el Valdivia: "¡Qué aguardamos con este bellaco enemigo nuéstro!" y alzando una macana, le dió tal golpe en la cabeza, que se la dividió, y regó la peña de los sesos.

2.º Al punto arremetieron cuatro, y desnudándolo, le cortaron la cabeza, y se bebían la sangre á cual más podía, como perros en el matadero. Hiciéronlo en un punto cuartos y le comieron los hígados allí luégo, sin llegarlos al fuego, repartiendo la carne entre los más principales. Lo mismo hicieron con su cuñado Loaiza, que pensando hallar piedad en ellos, á lo último de la guazabara se les entregó diciendo que lo ataran, como lo hicieron, y ahora les decía que él no les había ofendido en nada ni halládose en aquella guerra, que sólo había venido á ver al Gobernador, que le diera alguna cosa para el remedio de sus hermanos, y así no había causa para que lo mataran; pero

aquella gente bárbara y sin piedad poco advirtió en esto, y así pasó por la misma suerte de muerte que su cuñado. Á un portugués llamado Gudiño, por ser muy viejo, flaco y enfermo, empalaron, por no haber nadie que se atreviera á comerlo, como tampoco al negro Gaspar, por las muchas flechas venenosas con que había muerto, aunque un vejezuelo, con contrayerba, supo sazonar la carne, que también se comió. Admiráronse todos que no hubiese parecido un fraile mercenario llamado Fray Bernabé, que era el Capellán; hiciéronle buscar y hallároule cerca en un pajonal, muerto, quebrados los lomos, y fué que á la entrada de los indios debiera de haberse ido allí á alguna necesidad (pasaba ya de setenta años y andaba muy enfermo) y algún indio de pasada le encontró y le quebró los lomos con la macana, de que murió, que lo sintieron mucho los indios, porque los Tahamíes les habían dicho no lo matasen, por habérselo dicho así el Demonio en la consulta que tuvieron con él para este hecho. Después de haberles cortado las cabezas á todos, las pusieron en palos á la parte por donde se entraba de la ciudad de Ubeda, para que por si acaso alguno se había escapado de los que estaban en ella y venía por allí, encontrase con ellas, y no osase de miedo parar en la tierra, y también por trofeo. Fué de parecer uno de ellos, Ubana, que por la misma razón se echase allí una emboscada, para coger si alguno venía, que siendo otros de parecer contrario, se fueron todos muy alegres, y celebraron con grandes bailes esta victoria, comiéndose la carne de todos cocida, y bebiendo de su chicha.

3.º No corrieron menos desgraciada fortuna los que estaban en la ciudad de Las Pesquerías, pues al mismo tiempo que sucedieron las desgracias en estas otras dos partes, entraron delante de los demás que quedaban en emboscada, buen número de valientes indios, sin armas, con algunas comidas y regalos, para más disimular el hecho; pero los españoles, como gente diestra y advertida, conociendo con facilidad la estratagema, prendieron luégo á los veinticuatro yá conocidos por los más principales, y metiéndolos en una casa fuerte, pusieron á la puerta seis soldados de guarda. Halló, en entrando uno de los indios, un azadón, que acaso estaba allí, y para todo suceso advirtió en recogerlo, y púsolo secretamente entre sí y la pared, sin que nadie lo pudiese ver, por estar todos juntos arredrados á una parte. Entró luégo el Acosta dentro de la casa con un buen negro que tenía y un muchacho lengua, que le llevaba la espada y la rodela, y él, sólo con la vara de justicia en la mano, que le valiera más entrar bien armado, donde se le pudiera aplicar el dicho de la Reina Católica, que estando sobre Granada, se despachó un hombre con provisiones suyas á hacer cierta diligencia, y llevándolas en el seno, le dispararon una pistola y lo mataron; haciéndole á la Reina relación del caso, le ponderaban mucho el haber pasado la pelota las provisiones de Su Alteza, á que respondió:

"Más valiera que llevara en lugar de ellas una cota que mejor lo defendiera"; así ahora le valiera más al Acosta entrar con una cota que con la vara del Rey, pues no era para estas ocasiones de entre bárbaros, aunque dicen llevaba un morrión en la cabeza. En entrando dijo al muchachuelo lengua: "Mozo! dizle á estos hombres que esteseu presos de parte do Rey no so señor porque convene así á seu real serviso." Y como esto de que estuviesen presos no lo supo decir el intérprete, sino es diciendo que estuviesen atados, entendiendo ellos que los querían amarrar, comenzaron á inquietarse y mirarse unos á otros, y entendiendo que eran ya sentidos, y la guerra descubierta, alzó de secreto, con grandísima velocidad, el azadón el que lo tenía, y dióle tan gran golpe al Acosta en la cabeza, que sumiéndole el morrión, se la hizo pedazos, de que sin haber necesidad de segundar, quedó muerto. Entraron al ruido las seis guardas, y viendo el mal recaudo, aunque el del azadón se defendía, los mataron allí á todos veinticuatro, y se salieron aprisa de la casa, por la que les daban ya á los demás soldados la otra multitud de indios, que entre tanto habían llegado.

4.° Venían tan atrevidos y feroces, que llegaban á medir las macanas con las espadas; pero éstas anduvieron tan diestras, por serlo los que las traían, que tuvieron por partido los bárbaros volver las espaldas, quedando todos los nuéstros victoriosos y sin ninguna herida, más que con la desgracia del Acosta; pero determinaron no aguardar allí otro golpe, sino ireo á juntar con su Gobernador, que á aquella hora le estaba sucediendo lo que hemos dicho. Fueron delante, por sobresalientes, para descubrir con aviso los peligros del camino, tres soldados, Juan Meléndez, Baltasar Muñoz y Mateo Fernández Loro ó Grifo hijo de negro y de india, pero muy valiente, natural de la ciudad de Tunja, con tres valientes perros llamados: Turquillo, Amigo y Menolao. Estos fueron caminando sin peligro hasta encontrar con las cabezas de los muertos de Valdivia, que viendo aquel espectáculo, quedaron helados, por conocer en aquello su miserable suceso. Desapasionaron su corazón y sentimientos de él con arroyos de lágrimas, que las derramaban también los perros, que con instinto natural también conocieron la desgracia (y no es nuevo el llorar los perros, pues en muchas ocasiones se ha visto). Del elefante dice Gilio, Capítulo 5.°, y afirma haberlo visto Acosta, que llora de noche la miserable suerte que le ha cabido de su servidumbre, con miserables, angustiosas y dolorosas murmuraciones, de lo cual se abstiene y reprime si ve que alguna persona le está mirando.

———

CAPÍTULO XVII

1.º Dan aviso de las muertes á la Villa de Antiochia tres soldados y salen otros al socorro—2.º Las reliquias de gente que escapó de la ciudad de Ecija, toman la vuelta de Antiochia, donde llegaron salvos.

NO les dejaba á los tres soldados la pasión y angustias de su corazón dar salida á sus determinaciones sobre lo que harían; ó revolver atrás á dar la nueva á los soldados que venían tras ellos, ó proceder adelante, derechos, al pueblo de Antiochia, pues en cualquiera de estos dos caminos, según lo que oían, estaba el riesgo manifiesto, por considerar estaba toda la tierra en armas; pero al fin se determinaron pasar adelante á la villa de Santafé, aunque sin ningunas comidas ni remedio de donde poder haberlas, y así les fué forzoso matar al perro Menelao, que bien ó mal asada la carne, les fué socorro hasta llegar á la Villa de Antiochia, donde ya habían llegado los heridos de la guazabara y mal suceso de Francisco Maldonado, y los estaban curando del peligro en que los tenían de muerte las heridas, en especial Suero Rodríguez, que después fué vecino de la ciudad de Tunja, que de un flechazo le habían atravesado las partes viriles. También se estaba haciendo gente en la Villa por industria y instancia de Gaspar de Rodas, para enviarle socorro al Gobernador Valdivia, por tener por cierto tendría necesidad de él, por lo que había sucedido á Maldonado, hasta que llegaron estos tres soldados, que certificaron, por la vista de las cabezas, ser también muerto Valdivia y su gente; pero por si acaso se habían escapado algunos, ó para dar socorro á los que venían derrotados del pueblo de Las Pesquerías, salió Antonio Machado, Alcalde que á la sazón era (que fué el que dijimos no había querido seguir á Valdivia y vuéltose desde la puente de Cauca), con cuarenta soldados viejos, bien pertrechados, que aunque no hubo ninguno á quién socorrer de los de Valdivia, por haber perecido todos, socorrieron á los de Antonio Gómez de Acosta; los cuales, como prosiguiesen su camino tras los tres soldados Meléndez, Muñoz y Mateo Fernández, dieron también con las cabezas de su Gobernador y de los que habían pasado por sus filos, que no se puede encarecer las turbaciones y tiernos sentimientos que hicieron, lágrimas que derramaron españoles, indios y indias que llevaban de su servicio, no sólo por los que veían muertos, ni por los tres soldados que iban delante, que entendían que también lo estaban, pues no habían vuelto á darles nuevas, que era el orden que llevaban, pero también por hallarse ellos metidos en el mismo riesgo y peligro de muerte.

2.º Con las cuales angustias y medio desesperados, determinaban irse cada cual por sí, por donde su gruesa ventura le guiase, juzgando que si fuesen

divididos, podría cada cual huír mejor los peligros y llegar con más seguro á pueblo de cristianos. Estos parecores, que eran de los más, reprimieron los de más enteros consejos, en especial dos sacerdotes clérigos, Juan Ruiz de Atienza y Bartolomé Jorge, de los seglares Leonel de Ovalle y Pedro Pinto Vellorino, y así el Atienza les hizo una plática en que les dió á entender cuánto más seguros iban todos juntos que divididos, para todo acaecimiento, así de las necesidades que ellos llevaban, como de las que se podrían ofrecer con indios de guerra. Que pareciendo esto mejor á todos, se determinaron en ello, y así, habiendo enterrado las cabezas y rancheádose allí hasta la mitad de la noche, en lo que restaba de ella comenzaron á caminar la vuelta de Antiochia, alistadas las armas, y esperando á cada paso acometimiento de indios ú otros peligros, de que fué el cielo servido librarlos, haciendo de su parte diligencias de apartarse, como vaquianos, de los pasos más peligrosos, hasta que á lo último del segundo día que caminaron, encontraron con el Antonio Machado y su gente, con cuyas vistas y socorro quietaron algo los ánimos, y los sacaron de la pena y cansancio con que iban, convirtiendo las congojas y trabajos en ratos más quietos y menos disgustosos, contando las miserias de los sucesos pasados, hasta que llegaron á la Villa de Antiochia, donde fueron bien recibidos y reparados de las necesidades con que iban. Quedaron por ahora los indios de esta Gobernación de entre los dos ríos, victoriosos y libres de españoles, hasta que después, como diremos á su tiempo, habiendo avisado de este suceso á esta Audiencia de Santafé, por orden suya entró el Capitán Gaspar de Rodas y los conquistó y pacificó, habiendo castigado los más culpados en estos estragos y muertes de Valdivia y sus soldados.

CAPÍTULO XVIII

1.º Inquietudes de los indios de Santa Marta sobre un fuerte que les edificaron, y cómo dan la paz fingida—2.º Tiénese noticia de franceses corsarios, y lo que sobre esto se determina—3.º Traición notable de los indios Bondas—4.º Matan á todos los españoles del fuerte—5.º Roban cuanto en él había; quémanlo y van sobre la ciudad.

CUANDO las desgracias comienzan á cursar un camino, parece no hallan otro, según siguen aquél, dándose las manos unas á otras, como fueron sucediendo al Gobernador de Santa Marta, Don Luis de Rojas, pues aún no había enjugado las lágrimas de la desgraciada muerte de su sobrino Don Juan de Rojas, cuando sucedió otra ocasión á aquella ciudad de otras grandes y mayores, con un alzamiento que tuvieron los indios de Bonda, que le demora no lejos, á sus espaldas al Sur; gente tan inquieta, que hasta hoy no han sido poderosos los trabajos ni fuerte mano española para que nos aseguremos de ellos. Experimentado de esto el Capitán Manjarrés, los tiempos que gobernó á Santa Marta y sus costas, para ponerles algún freno, en cierto llano que se hace á las raíces de un encrespado y levantado monte, donde estos Bondas tienen sus guaridas, fabricó un fuerte de tapias, pertrechándolo de algunos tirillos de fruslera y otras armas y presidio, que lo llevaron tan mal, desde luégo, los Bondas, que fué como una muela que les dolía y procuraban sacársela, intentando días y noches con asaltos el destruírla por mucho tiempo, hasta que rendidos, y dejando esto para la mejor ocasión que se les ofreciera, hubieron de sujetarse á tributo á la mujer del Manjarrés, Doña Ana Ramírez, y á su hijo Don Antonio, por haber estado desde sus principios encomendados en su marido y padre. Entraban con pacífica paz á la ciudad á sus mercados y á servicios personales de su encomendera, entre los cuales fué necesario cortaran madera para un buhío que se le había quemado.

2.º Fué esto el año de mil y quinientos setenta y cinco (1575), en que tenía á su cargo la fortalecilla el Capitán Alvaro de Ballesteros, que por estar á la sazón ausente, estaba en ella por su Teniente el Capitán Castro, que tomó á su cargo el hacer torcar (?) esta madera, como lo hacían los indios, y la iban arrimando al fuerte, para desde allí traerla para lo dicho á la ciudad, á donde llegó nueva cierta en el mismo tiempo de que venían franceses corsarios por la mar sobre la ciudad, con que determinó el Gobernador y los de ella retirar la hacienda de sus casas, con todo el menaje, chusma y mujeres al fuerte, por no haber otro lugar más seguro, y habiéndolo puesto en efecto, por tener ya las velas de los enemigos á la vista, habiendo llevado los cofres

con el oro, vestidos y alhajas de más estima, dejaron para lo último las mujeres, que no fué necesario llevarlas, por haberle sobrevenido al enemigo francés un viento contrario, de suerte que no pudo tomar el puerto. Toda esta determinación de los nuéstros la llevaron puntualmente y dieron relación de ella á los Bondas los indios ladinos de la ciudad, que, como hemos dicho en muchas partes, no había secreto en ella que éstos no lo comunicasen á sus parientes, y es cierto que en todas estas Indias, los indios ladinos y de más familiar trato con nosotros, son los que más turban y retardan la conversión de los demás.

3.° Sabido, pues, todo esto por Coendo, Cacique de Bonda (que no tenía aún digeridas las acedías de cuando lo llevó Francisco de Castro en collera, como dijimos), irritado sobre su cólera con las razones de Naoma, Macarona, dió traza cómo no perder esta ocasión de venganza de los nuéstros, pues estaban á la mira de enemigos por la mar, que no les daría poco cuidado, con que forzosamente se habían de olvidar de los que tenían á las espaldas, que eran ellos. Entre otros días que fueron trayendo la madera, hecho ya el concierto del alzamiento, fué uno de ellos, el mismo Coendo, con veinte mancebos fuertes y robustos, porque habían de traer la viga grande de la cumbrera, y llegando con ella al fuerte, dieron voces al Teniente Castro (que así era el concierto) que saliera á verla, si era suficiente; lo que hizo luégo, dejándose la puerta del fuerte abierta para volverse á entrar habiéndola visto; vídola, y estando chocarreándose con el Coendo, como solía, y tanteando la viga, alzó Coendo al descuido la hacha de cortar, que traía en la mano, y dióle tan acertado y fiero golpe al Castro en una sien, que no fué menester asegundar otro golpe para que perdiera luégo allí la vida. Vuelan los indios en un instante á tomar la puerta del fuerte, por donde todos entraron con sus hachas en las manos, con que mataron luégo allí, á los primeros pasos, á los dos soldados que encontraron, enseñoreándose de las armas del fuerte, que dieron luégo con ellas, y armados decían: Santiago! Santiago!

4.° Salió un Gonzalo Rodríguez de su aposento á saber la causa de estas voces, y apenas apareció, cuando lo atravesaron con una lanza por los pechos, que le salió por las espaldas. La demás gente se recogió á una parte y se hizo una piña para resistirles; pero como mal apercibida por el repentino sobresalto, no atinaron á tomar las armas ni defenderse, en especial que en este punto llegó Macarona con doscientos gandules, bárbaros feroces y bien armados, que entrando también dentro, los mataron á todos con atroces y increíbles muertes, sin perdonar á niño ni viejo, ni á las indias ladinas, con ser de su pueblo y sus parientas, con que hicieron de todos una bestial carnicería, de que se libró una vieja lavandera, que sintiendo en la quebrada donde estaba

lavando lo que pasaba, se escapó por entre los árboles, tomando la vuelta de la ciudad, con intentos de dar aviso en ella de lo que había en el fuerte. Metióse en una cueva entre el monte que ella bien se sabía, viendo tomados los pasos por donde había de ir, como era así, pues cuando partió Macarona para el fuerte con los doscientos gandules, envió otros trescientos, y por Capitán un indio llamado Xebo, gran ladino en nuestra lengua, adivino y hechicero valentísimo, y diestro en el manejo de las armas suyas y nuestras, como veremos.

5.º Diéronse luégo los del fuerte á robar cuanto en él había, que no era de poco precio, pues eran muchos cofres llenos de galas y ricos vestidos, plata labrada, joyas de oro y esmeraldas, perlas, colgaduras de seda y otras cosas. Sacaron las piezas de artillería, escopetas, pólvora, pelotas y balas, espadas, lanzas y cuantas armas españolas ofensivas y defensivas toparon, subiéndolas todas por la escalera ancha de losas que tienen hecha para llevar á su pueblo, donde se ocuparon en ejercitar estas armas y tirar al blanco con las escopetas y ballestas, hasta que se les acabó la pólvora, que aunque no les faltaban materiales de qué hacerla, no se amañaban á ello. Mientras unos se ocupaban en subir los despojos al pueblo, el resto se ocupaba en pegar fuego al fuerte, hasta que se hizo ceniza, del cual humo se alegraba Xebo y su gente, que venía marchando aprisa la vuelta de la ciudad para robarla también y abrasarla, porque viendo el humo del fuerte, se tenían por ciertos de la parte que les había de caber de las riquezas y mujeres que habrían cogido sus compañeros, porque aún no sabían que no estaban en él las mujeres españolas. Llegaron con esta alegría cerca de la ciudad (que toda es tierra montuosa, que la reservan así para el reparo de estas necesidades), y entendiendo que todos estaban alerta y muchos á caballo haciendo ronda, á causa de haber visto que venían por la mar dos ó tres velas, se sembraron los indios en ciertos cerrillos que tiene la ciudad á las espaldas, desde donde se le da vista, y desde donde ahora comenzaron á flechar hacia ella, y desde donde el hechicero Xebo comenzó á decir cien mil oprobios y desvergüenzas en nuestra lengua á los vecinos, en especial si sabía particulares faltas de algunos, los nombraba á voces y se las decía, que tan versado era como esto en la ciudad, por haberse criado en ella.

CAPÍTULO XIX

1.º Avisa una india vieja á la ciudad del suceso. Destruyen también el campo—2.º Piden socorro á la de Cartagena. Llegan al puerto los galeones de la armada—3.º Determínase salgan soldados de ellos al castigo, con los de la ciudad—4.º Trátase por qué parte se ha de dar sobre Bonda.

DE esta grita de Xebo y de los demás bárbaros consiguieron los de la ciudad sospechas de lo que había sucedido en el fuerte, y prevenidos á la defensa de lo que veían presente, todos armados, se juntaron con buen orden en la plaza, y las mujeres en la Iglesia, enviando á Dios mil ruegos, exclamaciones y lágrimas, la cual prevención de gente y armas, vista por el Xebo y sus soldados, y que ya se iba poniendo el sol, tomaron la vuelta de su pueblo Bonda, codiciosos de saber lo que le había cabido á cada uno de la presa del fuerte. A estas horas también salió la india vieja de su cueva, viendo ya desocupado el camino, y dió la nueva, haciendo ciertas las sospechas que ellos se tenían de lo que había pasado en la fortaleza, que nadie la tuvo en las demostraciones que hizo de sentimientos, por ver tan encendidas las guerras y inquietudes con los indios otra vez, y que estaban hechos señores de sus haciendas, así de los del fuerte como las del campo, pues no sólo de lo que en él robaron, pero ni aun de los ganados ni estancias, tenían esperanzas de recobrar nada; sin comerlas mataban los indios las vacas, sólo por hacer daño; talaban las labranzas y cuanto tenían en las estancias, y lo peor y de mayores sentimientos que tenían, era estar siempre el peligro en pié, sin otra defensa para su ciudad, ni otras murallas que los defendiera, sino sus cuerpos amparados de una rodela, y para esto la gente muy poca y necesaria para muchas partes, pues el ir por agua y leña no se podía sin escolta de soldados, limpiando los caminos con tiros perdidos de arcabuces, lo que á las veces no era bastante para no peligrar muchos de los indios del servicio.

2.º Obligólos todo esto á enviar por socorro á Cartagena, al Gobernador Pedro Fernández de Busto, que despachó luégo con el Capitán Justo Guerra cuarenta soldados (aunque le enviaban á pedir ciento), que llegando á la ciudad de Santa Marta con la prisa que pudieron, pasando por Malambo el Río Grande, y después la sierra de Gaira, fueron bastantes, ya que no para castigar á los Bondas, á lo menos para reprimirlos y gozar alguna bonanza, por haberse quietado los indios por miedo de este socorro, por el cual, y por si acaso sobrevenía otro, no se descuidaron los Bondas de reformar sus escuadrones, haciendo junta de sus convecinos, que les hacían venir á sus intentos, por grado ó por fuerza: de que se juntó innumerable multitud, si bien por entonces no se

atrevieron á acometer cosa de nuevo, por haber llegado al puerto los galeones de la guarda de las Indias y de su carrera, con su General Esteban de las Alas, que traía en las entenas colgados algunos franceses de dos navíos que rindió de Corsarios, cerca de las islas que llaman de Barlovento. Apenas hubo saltado la gente de la armada en tierra, cuando tuvo aviso el Macarona, por los indios ladinos de la ciudad, de la gente que había entrado en ella, de que no se le dió mucho al bárbaro, antes blasonando de sus fuerzas y riéndose de cuantos habían entrado en la ciudad y de los que estaban en ella, decía: "Vengan! vengan! que así tendremos más en qué emplear nuestras valerosas manos, que si los temen los del Dorsino, Gaira y Mamatoco, no son nuestras fuerzas como las suyas, que aunque ya se me va poniendo el pelo blanco, yo les daré á entender que tienen mano los Bondas para defender sus tierras."

3.º En habiendo entrado en el puerto el General Esteban de las Alas, y habiéndole recibido el Gobernador y Cabildo y aposentado en la ciudad lo mejor que pudieron, según dió lugar su pobreza y casos sucedidos, se los contaron, y la necesidad que tenían de su socorro para el castigo de ellos, que aunque dijo no ser su venida á aquellas guerras, siéndole manifiesta la necesidad, dió quinientos soldados para que saliesen al castigo, pues todo era en defensa de la tierra del Rey. Trató se luégo de poner en efecto el castigo que se pretendía, para lo cual se señalaron no sólo los quinientos, pero seiscientos de los navíos, todos con sus buenas armas y municiones, como las traen en la carrera: chuzos, lanzas, cotas, espaldares y celadas, y ochenta de los vaquianos de la ciudad: los treinta de á caballo, de quien fué por Capitán el Gobernador; pero de los chapetones fueron Antonio de Lobera y Héctor Abarca, hombres valerosos para los oficios y otros muy mayores. Salieron de la ciudad marchando Viernes Santo de este año de mil quinientos y setenta y cinco, hasta que se hallaron en el primer llano, donde juntó el Gobernador á los más vaquianos para determinarse en el mejor modo que se había de tener para dar sobre el pueblo con las sombras de la noche. Entraron á esta consulta el Capitán Cordero, Bartolomé García, el Capitán Veleño y Francisco de Castro, que siendo el más vaquiano de aquellas tierras, dió el orden más importante que se había de guardar, diciendo:

4.º "Por tres partes que tiene entrada el pueblo de Bonda, se ha de subir, que son esta que tenemos enfrente, Geriboca y Masinguilla, y esta es la que menos cuidado les da, por tener Masinguilla cerca una quebrada de grandes árboles, causa por qué no la guardan con tanto cuidado como estas otras dos, donde es cierto tendrán puestas centinelas. El Capitán Veleño, como vaquiano en estas tierras, irá por esta parte de Masinguilla, por donde podrá entrar, yendo con recato, sin ser sentido, hasta llegar á lo último de la población de Bonda,

donde pondrá luégo fuego á los caneyes más principales para comenzar á dar turbación al pueblo dormido, y iránse bajando los soldados, haciendo rostro á los bárbaros, que acometerán luégo á subirse á lo alto, con que se les impide toda la fuerza que ellos tienen. Los caballos quedarán en el puesto donde estamos, para que si sucediere necesidad arriba (lo que Dios no quiera), de bajarse, abajo hallen quien les defienda." Pareciendo bien esta traza á todos, fueron subiendo los peones con el Capitán Veleño, con tanto secreto, aunque con harto sudor y pena, que sin ser sentidos se hallaron en el pueblo, y habiéndole dicho á Luis de Nava que se quedase en cierto puesto, guardando las espaldas con ocho valentísimos soldados, sin querer guardar el orden el Veleño que lo habían dado, no obstante que se lo dijo el Luis de Nava, á quien respondió que él sabía lo que se hacía, entró por la mitad del pueblo, encendiendo los caneyes ó casas, una de las cuales fué la de Macarona, de quien no escapó nadie, y él pretendiendo librarse del fuego, se metió en una tinaja que le sirvió de horno para asarse, y comenzó á gustar en esta vida los fuegos del infierno.

CAPÍTULO XX

1.º Encienden los nuéstros el pueblo de Bonda y comiénzase una fuerte pelea—2.º Llevan los nuéstros lo peor, y vanse retirando la cuesta abajo—3.º Donde tuvieron socorro de los caballos que habían quedado allí para eso—4.º Hacen los nuéstros alguna frente, y van retirándose á la ciudad, y los indios á la suya, donde enterraron sus muertos.

ERAN tantas las llamas que salían de todas partes, que convertían la noche en día; el alarido, el alboroto de toda suerte de gente, que unos á medio quemar, y otros por no quemarse, andaban alocados por el pueblo, fuera de los de la postrera, y más á la parte por donde se había de comenzar la quema, porque viéndose libres del incendio, por orden de Coebo y de Xebo, se juntó gran compañía de bárbaros desesperados, y entre ellos uno que se llamaba Gamita, que desde lo alto daba voces, diciendo: "No os alabéis de lo hecho hasta que hayamos visto todos el fin de la contienda; y tú Juan Veleño, no te descuides, porque has de pagar con las setenas estos atrevimientos." Dicho esto, disparaban una y otra nube de flechas que no dejaban de hacer algunos daños, y aun harto notables. Tenían los indios, aun con todas aquellas prisas, puesta una emboscada en cierta parte acomodada, para el tiempo que se ofreciese; y así salió al que Luis de Nava andaba con extremado valor con otros soldados haciendo cruel matanza en los indios, que dando de repente sobre él, lo pusieron en tales angustias que no acababa de determinarse si volvería atrás por ser el peligro manifiesto, ó se iría delante, y escogiendo esto, hallaba opuestos valientes flecheros que lastimaban á muchos de los nuéstros; lo cual advertido por los que venían detrás, fueron deslizándose por cuantos derrumbaderos hallaban por donde meterse, por donde no les iba mejor, pues sin poderse asir de nada, rodaban y se quebraban los huesos. Todos abonaban la huída, teniendo por cierto no escapar con la vida por medio de otras armas.

2.º No había amigo para amigo, ni hijo para padre, pues teniendo dos en la guazabara Miguel de Orosco, no halló uno que lo socorriese cuando estaría en tanto conflicto que se le salió el alma. Andaban los indios tan briosos, en especial con la grita con que los animaban Xebo, Gamita y Coendo, que en su mano estaba matar españoles sin resistencia. Llovían españoles por entre aquellos árboles y breñas, intentando bajar á lo llano, y entre ellos el Capitán Veleño, lo que también hizo viendo la rota y que lo habían desamparado todos, fuera de sus ocho compañeros; el Capitán Luis de Nava, procurando ir descendiendo por la ladera, viendo dos viejos Mohanes, sacerdotes, que estaban en un alto orando y invocando á sus ídolos, y viendo también dos escuadrones de indios que

habían salido de Masinguilla y otras poblaciones y venían en socorro de Benda, les dieron grita los viejos, diciendo á los indios que abreviasen los pasos y que cogiesen á ocho cristianos que iban bajando por la escalera, lo que hicieron corriendo con velocidad de venados, y aun puestas las flechas en las pulgueras, pretendiendo cogerlos en un paso estrecho que se hacía abajo, que ya lo había pasado Nava cuando ellos llegaron, el cual volviendo los ojos y viéndolos que venían tras él, animando á sus soldados á lo mismo, se esforzaba á huír más aprisa, aunque le daban para esto bien poco lugar las armas que llevaba, que eran peto, espaldar, celada en la cabeza, espada al lado, con arcabuz al hombro (bien cargado de hierro y no sé si de miedo) y calabazo grande de pólvora colgado de la cinta, que le dió la vida á su tiempo. Las cargas de estas armas, que no quiso dejar ninguna, y el gran calor, hacían no fuesen tan ligeros los pasos de los nuevo como los de los indios que venían desnudos, y así fué menester irles haciendo frente con los arcabuces y retardarlos de sus prisas que traían en andar y disparar flechas, con que mataron luégo allí á dos de los nuéstros.

3.° Pusiéronse los demás en lo llano, donde, confiando más en los piés que en las manos, cada cual echó por donde mejor pudo, aunque ninguno libre del alcance que les iban dando los indios. Bien oyeron los de á caballo los tiros y grita que traían los nuevo con los bárbaros, pero andaban ellos tan á las vueltas con otros, defendiendo á los primeros españoles que habían bajado al llano, que les daban bien en qué entender; con todo eso, saliendo Don Antonio con su caballo de esta refriega para dar socorro á la otra de Nava, que parecía tendría necesidad por lo que había oído, se fué arrimando á la sierra, donde encontró que dos indios tenían asido al Luis de Nava, tan feroces, valientes y briosos, que cada cual parecía un demonio, y le traían tan á mal traer, que ya le faltaba el aliento, y acordándose del calabazo de pólvora que llevaba, viendo si por allí se podía defender, metió en él la cuerda encendida, que reventando, mató la pólvora al un indio y cegó al otro, aunque también á él se le encendió el vestido debajo las armas, tan fuertemente que se abrasaba; llegando á este tiempo el Manjarrés con su caballo, después de haber acabado con el indio ciego, sin apearse, arrebató al Nava y lo llevó á vuela pié hasta arrojarle en un charco grande que estaba cerca, con que se le apagó el fuego, y ayudáronle luégo á salir del agua otros caballeros y peones de los que se fueron juntando allí, heridos y sanos, para hacer de nuevo rostro al Coendo, que aun no se contentaba con lo hecho.

4.° Viéndose los nuéstros allí juntos, y los dos hijos de Orosco que no veían á su padre, revolvieron como unos leones contra los indios, en quien iban haciendo tal estrago, que á los primeros encuentros sacaron de esta vida á Marozinda, Sanga, Panto y Toche, de los más valerosos que tenía aquella pro-

vincia. Viendo Coendo el estrago que hacían los dos hermanos, venía sobre ellos con gran caterva de guerreros, que los pusieran en aprieto, á no acudir el Gobernador con los demás, que ya menoscaban las armas con mano floja por el mucho calor y haber durado tánto la batalla. Con todo eso, se hicieron buenos efectos con los arcabuces. El suyo iba á disparar el negro Antón Boncacha, cuando el valiente Xebo, diciéndole: pues perro negro, tú también! le despidió una flecha tan valiente que le pasó la coz del arcabuz de parte á parte, con que le desbarató el tiro al moreno. Viendo el Don Luis de Rojas que iban recargando más los indios, y socorriéndose cada hora con nuevos guerreros, tuvo por mejor acierto irse retirando la vuelta de la ciudad, llevando por delante sus soldados, sanos y heridos, como lo hizo, sin dejar los indios un punto de irles dando caza y decirles mil oprobios indignos de ser escritos, por ser ésta, de las naciones que se han en estas tierras, la más deshonesta. Al fin, acercándose los nuéstros á la ciudad, volvieron las espaldas los indios, tomando la vuelta de la suya, donde hallaron más gente muerta y mayor estrago del que ellos entendían.

Comenzaron luégo á hacer sus ceremonias y llantos en sus entierros, dándoles renombres de valientes, porque según su costumbre, bástales haber muerto á mano de los cristianos, aunque no sea peleando, para levantarlos hasta las estrellas; pusieron los cuerpos á fuego manso sobre barbacoas, cogiendo el graso, por ministros que para esto tienen señalados, en ciertos vasos, de que beben los más aventajados en la guerra, y después acaban de convertir en ceniza el cuerpo. Curáronse los heridos que entraron en la ciudad de los nuéstros, de que pocos peligraron, y el Nava quedó cojo, aunque sano. Halláronse menos consumidos de la guerra sobre noventa, casi todos de los chapetones. De los cuales dejó el General Esteban de la Alas buena copia en el presidio de la ciudad, viendo el peligro en que quedaba, y que cuando pensaba estar llana la tierra, quedaba peor y con poder más entero, que fué un gran beneficio, con que acudió á los ruegos del Gobernador y de toda la ciudad, de donde partió luégo, y del puerto, con sus galeones la vuelta de la de Cartagena.

CAPÍTULO XXI

1.º Determina el Gobernador de Santa Marta salir al castigo de los indios, y salen ellos antes que él sobre la ciudad—2.º Reedifícase el fuerte de Bonda, y échaseles á los indios una emboscada—3.º Sáleles bien á los nuéstros la emboscada—4.º Al agrado de este buen suceso salen de paz algunos indios, de que les pesa á los Bondas.

NO habiendo perdido un punto del valor de su ánimo el Gobernador Don Luis de Rojas, y más ahora, viendo reformada su gente con la que le dejó el General Esteban de las Alas, tenía determinado volver sobre los Bondas, cuando no fuera más que para recobrar el crédito los españoles y satisfacer al vulgo acerca de la muerte de su sobrino y otras pérdidas, que juzga de ordinario los efectos sin las causas. En estos intentos se le anticiparon los Bondas, sintiéndose también agraviados, y así con más brevedad que el Gobernador, se juntaron hasta quinientos guerreros bien armados, á quien capitaneaban Maciringa, Xebo, Coendo y Gamita; hicieron todos soberbias ostentaciones, en ésta más que en otras ocasiones, de sus riquezas, por ventura por dar á entender las que habían robado en el fuerte, pues traían puestos brazaletes, petos, orejeras y muchas chagualas y otras joyas, todas de finísimo oro, que á los rayos reflejos del sol arrojaban resplandores dorados, que cebando los ojos y codicia, la daba en enfrenar al indio por el premio que se conseguía de sus despojos, si bien esto ha sido lo menos que han intentado los más bien intencionados de nuestros españoles en las conquistas de estas Indias. Con esta bizarría y la de sus plumas, arcos y carcajes de flechas tan venenosas, que poco admiten cura, representaron sus intentos estos bárbaros, á vista de la ciudad, sobre los cerrillos, irritando á los nuéstros con nombres tan vergonzosos, que su fealdad no da lugar á que se escriban. Con lo cual se alborotaron tanto los de la ciudad, determinándose á salir, que fué menester irles á la mano el Gobernador, para que imaginasen los indios no eran más que los que estaban antes de los galeones, y con eso se atreviesen á embestir á la ciudad, con que se haría buena presa en ellos, y en realidad los indios ignoraban los que habían quedado, hasta que un vil indezuelo, paje del Tesorero Bartolomé García, se lo envió á decir, enviándole tantos granos de maíz como soldados tenía la ciudad, con que los indios tomaron la vuelta de sus tierras sin otro efecto.

2.º Conociendo los buenos que se hacían con el fuerte, trataron los vecinos de volverlo á reedificar, como se puso luégo en ejecución, enviando doscientos soldados que hicieran frente á la contradicción de los indios, mientras se acababa la obra, que tomaron á su cuidado, y el gobierno de los soldados, el Capitán Castro, Torquemada, Campuzano y Don Antonio Manjarrés. Comen-

zóse á una la obra y la contradicción que le hacían los indios, que tenían por caso afrentoso dejar que los nuéstros saliesen con lo intentado, y así era necesario andar siempre con las armas á cuesta para las ordinarias refriegas con los indios, en que quedaban de ordinario diez y doce muertos, y veces hubo de treinta, sin daño de los nuéstros ni pérdida de sus salvajes bríos, por hacerles la costumbre que tienen de las guerras no tener otro mayor gusto que andar en ellas. Echáronles cierto día los nuéstros una emboscada de á caballo, bien armados Don Antonio y Bartolomé García con otros cuatro, todos de satisfacción, para cogerlos por las espaldas si acudiesen los indios, porque los peones habían de salir á hacerles rostro y mostrándose de mano blanda y medrosa, se fuesen retirando hasta que se pusiesen los indios en lo llano, como sucedió, pues á las primeras luces del sol se apareció Xebo con largo y lucido escuadrón de sus indios, diciendo á grandes voces : "Ya sabéis, españoles gallinas, á lo que vengo, salid y daros hemos grano, que serán estas flechas," y haciendo y diciendo, comenzaron todos á disparar muchas, con la grita y algazara que suelen.

3.º Salieron al punto veinticinco peones, y haciéndoles cara, bien arrodelados, llegaron al pié del recuesto, de donde bajó luégo la caterva, que viendo tan pocos de los nuéstros, los contaban ya con los muertos. Comenzaron luégo los soldados á irse retirando y cebando á los indios hasta que los tuvieron en lo llano, donde los caballos ya podían hacer efecto, que saliendo al punto de la emboscada y cogiendo á los bárbaros por las espaldas, comenzaron luégo á hacer terrible estrago en ellos, á que ayudaban valerosamente los peones. Duró tanto espacio de tiempo la matanza, que habiendo acabado los indios con todas sus flechas por la prisa que las daban, se aprovechaban de los fuertes arcos, con que rebatían maravillosamente las lanzas y resistían á los caballos y caballeros, que en lo que ponían más cuidado era en estorbar á los indios no llegasen á la ladera porque no se escapasen por ella, no pudiendo los caballos ser de efecto ; sucedió que apenas un caballo (que todos iban encubertados de armas de algodón) hubo descubierto algo de los ijares, cuando por allí le pasaron con una flecha, de suerte que luégo cayó muerto. No se les pudo tan del todo resistir la subida al recuesto, que no lo fuesen tomando algunos de los indios, dejándose diez y ocho muertos en lo llano, por lo cual dijo Xebo, viéndose libre en lo alto : "Hoy, castellanos, ha sido por engaños la vuéstra ; y mañana, quizá, será la mía ; regalad vuestros potros y estad alerta, pues no nos hemos de cansar hasta que de vosotros ó nosotros ninguno quede con vida." Volvieron con esto los indios las espaldas del todo, dejando rastreadas de sangre las piedras de la escalera por donde subían, por los muchos que iban heridos.

4.º Con ocasión de esta victoria y otras razones de Estado, que á ellos les

pareció estarles bien, salieron de paz los del pueblo de Masinga y dando el parabién á los nuéstros de lo sucedido, dijeron que querían paz con ellos y ayudarles á su obra, como lo hicieron, con que iba creciendo aprisa, agradeciéndoles los nuéstros la paz y cuidado con que acudían á la obra. Esto los Bondas tan pesadamente, que encendidos en bríos contra los Masingas, se atrevieron seis ó siete con buenos arcabuces, y diestros ya en la mira y puntería, á bajar al fuerte, sólo con intentos de matar los Masingas, que estaban trabajando en él, que habiendo llegado sin ser sentidos, por ser tan pocos, y viendo que dos Masingas estaban en lo alto de un caney disponiendo la cumbrera, disparó uno de los seis, y le pasó un muslo á Juanito Minga; dispararon también los otros, aunque sin efecto. Dióse luégo arma en el fuerte, con que salieron á buscarlos seis ó siete de á caballo con algunos rodeleros y arcabuceros, que llegaron disparando hasta el principio del recuesto, donde ellos sonaban con su acostumbrada algazara, que viendo á los nuéstros, tomaron su recuesto arriba, y se entendió había sido por algún daño que habían recibido, aunque tiraban los nuéstros á bulto entre los árboles, pues algunas veces sucedía tirando de esta suerte, por limpiar los pasos, matar á algunos, como en cierta ocasión de éstas hallaron muertos á dos. No se pasaba día que no bajasen á dar rebato, aunque más recatados desde la pasada de los caballos, y cuando no podían hacer efecto con sus armas, decían á voces mil oprobios, hasta decir que para qué trabajaban en vano en la reedificación del fuerte, pues lo que trabajaban en un año lo habían de deshacer en una hora.

CAPÍTULO XXII

1.º Pónese á luchar un indio con un español, de quien queda vencido y corrido. Roban las estancias—2.º Embárcanse los indios y lo que sucede á nuestros soldados con ellos—3.º Mueren algunos de los nuéstros. Aparécense corsarios franceses en la costa de Santa Marta—4.º Vienen los Bondas sobre el fuerte y dánle batería—5.º Socórrense ciertos españoles arrojados de los franceses.

DE los indios convecinos al fuerte acudían muchos (fuera de los Bondas, que siempre estuvieron ariscos) y traían á vender de sus frutas y raíces, que no era de poco alivio para los del presidio. Entre ellos vino un día uno, que fiado de sus fuerzas y maña, desafió á luchar á cualquiera de los soldados, de los cuales un Diego Rodríguez, platero, aceptó la lucha, poniendo por premio una botija de vino, y el gandul un adorote de buenos plátanos que traía; quedó el gandul vencido, y tan corrido con todos los que le apadrinaban, que en más de un año no osó aparecer por aquellos países. Otro quiso enseñarse á disparar una escopeta, y por hacerle una burla un soldado Esteban González, la cargó con dos cargas y dándosela para que la dispara, no arrimando la coce al hombro, le dió tal coz en él, que le despidió la carne de él y desbarató los huesos, con que quedó desaficionado á tomar otra vez escopeta en la mano, si bien el Esteban González en pocos días le dió sano, porque era buen cirujano. No cesando los Bondas, mientras esto pasaba, en sus bullicios y inquietudes, dieron en robar las estancias y captivar la gente del servicio de ellas, entre las cuales fué una de Torquemada, Capitán del fuerte, y habiéndole preso un negro esclavo suyo, para darle más pena, se aparecieron un día, saliendo del montecillo, dos indios que sacaban á la vista de su amo al negro, el cual con voz blanda y lastimosa pedía le saliesen á favorecer del fuerte, para en saliendo algunos soldados á esto, salir á ellos la emboscada que tenían en el mismo monte, lo cual advirtiendo el Torquemada, dió voces que ninguno saliese, pues aquélla era cautela conocida de los indios, con que se reprimieron los soldados que querían salir; pero uno de ellos, llamado Pedro de Ribera, disparando su arcabuz, mató á uno de los dos indios que tenían al negro, hendiéndole la frente, con lo cual el otro dió al negro á manteniente, con una flecha envenenada que traía, en la mano, y dejándolo solo, se volvió á entrar en el monte. El negro, á más huír, se llegó á la fortaleza, donde luégo se le acabó la de la vida, por el fuerte veneno que tenía la flecha.

2.º Aunque, como hemos dicho, les traían al fuerte algunas comidas los indios, lo principal de ellas les venía de la ciudad, y así ordenó el Torquemada saliesen trece soldados á franquear el camino; lo que los Bondas, que á todo

estaban á la mira, advirtieron bien, y al punto echaron una emboscada en el paso más estrecho, para cuando volviesen los trece, los cuales fueron hacia Mamatoco para dar vista si les venían algunos bastimentos, y tras ellos pasaron tres de á caballo, á quien dejaron pasar seguros los de la emboscada, por ir bien armados ellos y los caballos, que juntándose con los trece peones, les mandaron, por llevar orden de esto, se volviesen al fuerte, por llevarla también de pasar ellos adelante á hacer lo que los trece llevaban á su cargo. Cuando llegaron estos soldados de vuelta á la emboscada, se levantaron los indios con tan valiente furia, que á la primera rociada hirieron á un Caraboca en una asentadera, y á un Esteban González, pasándole el suyo, le raspó una flecha por la barriga, de que fué luégo tanta su angustia, que cayó en el suelo y sobre él al punto ocho gandules para llevárselo vivo, como lo hicieran si no lo socorriera un Juan de Alba, hidalgo portugués, que estándolo defendiendo, vino una flecha y le llevó de paso la montera y se la dejó clavada en el tronco de un árbol; pero al fin se defendieron ambos, sin poderse ninguno aprovechar de los arcabuces, porque pensando todos estaría seguro el camino, como cuando pasaron, llevaban con harto culpable descuido apagadas las mechas.

3.° Un Bartolomé Carrasco, mancebo cordobés, animando á los demás, puso tanta fuerza en apretar á los indios, que los hizo retirar á un montecillo, y teniendo ocasión de encender las mechas, les fueron de tanta importancia los arcabuces, que les hicieron dejar á los bárbaros del todo la emboscada, que iban contentos con lo hecho, que aun fué más de lo que pensaran, pues aunque al Caraboca le foguearon la herida, en llegando al fuerte murió luégo de ella, como también otro llamado Teba, del Reino de Toledo, por no haber hecho caso de un pequeño rasguño que le hizo una flecha en la coyuntura de un dedo, que así murió rabiando. Vivió el del rasguño en la barriga, pero con muchos canterios que le hicieron. Ya estaba el fuerte enrasado y en perfección sus cercas, cuando le aparecieron por el mar navíos de franceses corsarios, con que le fué forzoso al Gobernador despachar al fuerte viniesen á la ciudad cien soldados á hacerles resistencia, que llegaron tan á tiempo por la prisa que se dieron, que fué en menos de tres horas, que cuando el francés quería desembarcar, ya estaban ellos con los de á caballo en el puerto á la vista, que fué causa para que el francés volviese las proas, hasta surgir en el ancón de Araganga, necesitado de hacer agua, á donde ordenó el Gobernador fuesen los soldados por tierra adelante, como lo hicieron, obligándole á retirarse con algunos muertos y otros heridos, que le compensaron la pérdida luégo á poco rato con una naveta de Atrato bien llena de gente pasajera y marineros y aun bien cargada de vino, con que se alegró la inclinación francesa, que luégo tomó la vuelta del ancón, recinto donde se ancló por cinco días, rescatando con los indios, que no faltaron

en venir por todo aquel tiempo.

4.º Como también lo hicieron los Bondas, viniendo al fuerte, sabiendo los soldados que habían salido de él, que por ser pocos los que quedaron, no se atrevían á salir á hacer frente á los bárbaros, con que tuvieron atrevimiento de cercarlo y dar tanta batería y grita á los de dentro, que no estaban aguardando sino cuándo se habían de atrever á batir la cerca y muro; jugaba desde arriba la arcabucería, que no era de ningún efecto, por estar los indios á la parte más amparada, que no lo estaban tanto los soldados adentro del fuerte, pues tenían maña los indios para arrojar de tal suerte las flechas hacia arriba, que al caer, herían y mataban alguno. Duró esta porfía dos noches y dos días, sin hacer daño á la cerca, por no tener instrumentos para ello, y durara más, si el Gobernador, conociendo la inquietud de los indios, y temiéndose de sus atrevimientos, al día tercero no hubiera vuelto á enviar los soldados del presidio, después de haber ojeado al francés, de quien luégo se tuvo nueva en la ciudad que se había alargado á la mar, dejando en tierra toda la gente cristiana que cogió en la naveta, tan mal parada y á peligro de muerte, en especial si supieran los indios que estaban allí, que al no socorrerlos el Don Luis luégo que lo supo, sin duda perecieran de hambre ó por otros caminos; pero en viniendo á su noticia, despachó de la ciudad treinta soldados en canoas por la mar, por estar á la sazón en leche, que llegando á cinto sin zozobra, se puede entender la alegría que recibirían los arrojados, pues los traían los soldados su resurrección.

Estando ya todos para embarcarse, después de haberse reformado de las comidas que llevaban los soldados, se alteró la mar, de suerte que no atreviéndose á entrar en ella, se fueron por tierra hasta el fuerte de Bonda, donde repararon por algunos días, socorridos de algunos vestidos que les dió la piedad soldadesca, hasta que la del cielo les enviase mayor abundancia. La mucha de oleaje y de alteraciones de mar que le sobrevino al francés, le obligó á arribar y á arrojar anclas en el puerto de Chenguc, á donde sabiéndolo Xebo, llegó con algunos de sus indios á rescatar con buenas piezas de oro que llevaba; salióle á hablar un soldado vascongado navarrisco, que venía con los franceses, á quien le dijo Xebo sólo venía á rescatar arcabuces, pólvora y municiones para sí, en que no dudaron luégo ser aquello lo que pedía, viendo á Xebo vestido á la española y ceñida espada y daga, y así le dieron de todo esto que pedía, á trueco de buenas joyas, de que se pagarían á precios más largos que ajustados; de estas compras, y de los pillajes que hemos dicho, vinieron á tener arcabuces los Bondas, de suerte que haciendo guarda en su pueblo, rendían las postas tan á punto, que muchas veces por ellos se gobernaban los del fuerte oyendo disparar á los de arriba, y aun á las veces salían á las guazabaras llevando además de arcos y flechas algunos arcabuces, y hechas las cargas, frascos de

pólvora al cuello, y á los brazos rollos de mechas, celadas en las cabezas, y espadas en cinto.

CAPÍTULO XXIII

1.° Han los nuéstros á las manos en una emboscada al valiente Xebo y algunas mujeres—2.° Hace Xebo un tiro de flecha notable, con que mata á un francés en un navío—3.° Ahógase Xebo; vienen indios sobre la ciudad de Santa Marta; enciéndenla por sacar un preso.

HABIENDO perfeccionado del todo el fuerte, y dejando el Gobernador allí el presidio que bastaba para su defensa y de la tierra, el resto llevó consigo para hacer salidas por todas partes, pues ninguna estaba segura, ni aun tampoco con esto lo estaban los Bondas, pues en emboscada que hacían los nuéstros, cogían á muchos, y entre los demás fué una de importancia, pues en ella cogieron al valiente Xebo y á tres indios que le acompañaban y seis indias sin marido, que sucedió así: estando Fernán Domínguez, Estéban González, Morosco, Juan de Alva y otros, con Cordero, que era el caudillo, emboscados en cierta senda frecuentada de indios, acertó á pasar por allí Xebo con la compañía dicha, vestido á la española, con espada y daga, jineta por bordón, y un paje junto á él, con la escopeta y las seis indias adelante, á quien daba prisa caminasen, no yendo sin sospechas de lo que le sucedió, que fué saltarle de repente los de la emboscada, de que quiso defenderse con la jineta, aunque en vano, pues en un punto se asieron todos de él, que fué todo menester por sus valientes fuerzas, tanto que no siendo bastantes las de los cuatro para ponerle prisiones, acudieron los demás soldados hasta juntarse veintiseis, que asiéndole unos de los brazos molledos, de los piés, lo amarraron y echando delante sus compañeros y las mujeres, tomaron la vuelta de la ciudad, las cuales comenzaron luégo á cantar endechas, que pensando los nuéstros era cosa de alegría, le preguntaron á Xebo: "Estas tres mujeres deben de ir contentas de haber salido de tu poder y entrado en el de los españoles"; á lo cual respondió Xebo: "Bien engañados estáis, pues os aborrecen ellas más que nosotros, y nosotros harto más que al Demonio. Eso que cantan es su manera de llanto, con que llaman á Don Cairo y á don Nenio y á Don Borzo, que son unos poderosos Mohanes que las pueden librar de estos trabajos (que por ventura eran aquellos dos que dijimos estaban orando en la cumbre del cerro cuando llamaron al escuadrón que siguiesen al Capitán Nava), y éstas son grandes señoras: una mi mujer, y otras de otros principales, que vendrán

presto á rescatarlas"; como sucedió que vinieron luégo á eso. Á quien les pidió el Gobernador en rescate todo lo que habían robado del fuerte, que siendo esto imposible, por estar entre todos repartido, al fin dieron las dos piezas de fruslera y otras cosillas que pudieron recobrar, y llenando el rescate, se llevaron sus mujeres.

2.º Trataron también del de Xebo, á que el Don Luis no quiso acudir, antes dándole defensor, le hizo la causa y le puso á cuestión de tormento, donde confesó haber muerto por sus manos más de tres veintes de cristianos (modo de contar estos indios contando por nuestra cuenta), y que él había sido quien había hecho levantar la tierra con otros daños infinitos que durante la guerra había hecho. Estando así preso y haciéndole la causa, antes que lo sentenciaran, sucedió (para que se vea su valentía y destreza en el manejo del arco) que estando un navío francés á la vista del mar en través, tan apartado que no alcanzaba á él ningún arcabuz, y viendo subir á uno de los marineros: "¡Al agua! le dijo Xebo al Don Luis; qué me dará si le acierto con mi flecha á aquel que va subiendo y le hago bajar al agua muerto?" Admirado el Gobernador de lo que decía, por parecerle imposible, dijo: "Darte hé una botija grande de vino". Y aceptando el gandul, pidió su arco, y llegándose con él á la lengua del agua, y poniendo la cuerda en el punto que á él le pareció para no perder el tiro, le salió tan acertado, que le clavó por los ijares al francés que bajaba de la gabia, haciéndole trastornarse muerto hasta llegar al agua, de que quedaron admirados los nuéstros, y con grande algazara los indios que estaban cerca, por el premio que se le había de dar, de que todos gozaron repartiéndose la botija de vino entre todos. El tiro fué causa de que los corsarios largasen velas y no pareciesen más.

3.º Pero porque el Xebo no emplease más de aquellos tiros en los nuéstros, substanciada la causa, lo sentenció á destierro el Gobernador, y llevándolo en una canoa á una fragata, para que en ella fuese á cumplir el destierro, se trastornó la canoa en la misma parte donde él había muerto al francés, y sin tener reparo se ahogó también él, quieren decir que con industria del que lo llevaba. Otro tiro, casi hermano de éste, hizo otro indio Bonda en el fuerto (teniéndolo cercado los Bondas), y fué que arrimándose á la pared de él, guió una flecha á lo alto, con tan buena maña, que al bajar le clavó un hombro á un soldado llamado Bulgarín, natural de Azuaga, de que luégo murió. En este tiempo, no sé por qué ocasión de pescas, se encontraron los Bondas con sus circunvecinos, de donde nacieron tan sangrientas pendencias, que se olvidaron de las que traían con los nuéstros, por unos días, aunque no fueron muchos, pues teniendo preso en la ciudad un indio principal llamado Mamatoco, acerca de la paga de cierto tributo, su padre, por librarle de la prisión, trató con

algunos de sus indios amigos de pegar fuego á la Iglesia de la ciudad, pensando que por ir á socorrer al fuego, habían de descuidarse los guardas de la cárcel, de suerte que darían entonces lugar para que, aunque fuese con prisiones, lo pudiesen sacar. Pusiéronlo en efecto el viejo y ocho gandules de compañía, que pudieron, sin ser sentidos, por estar la Iglesia arrimada á la montaña, aguardar, para hacer esto, una noche muy oscura. En viendo fuego se tocó alarma, y acudieron á sacar el Santísimo Sacramento, y el viejo indio con sus compañeros á sacar el preso, que no les fué de efecto su diligencia, por haberla puesto mayor en su guarda luégo que despuntó la ocasión del rebato.

Entendiendo el viejo y sus compañeros que por estar de paz nadie había de engendrar sospecha sobre ellos, vinieron otro día á la ciudad, donde luégo los prendieron, y aunque echaban la culpa á los rebeldes de la serranía, el tormento les hizo decir la verdad; por donde condenaron á colgar al viejo y á otros tres que confesaron haber sido los agresores; lo cual se ejecutó habiendo precedido el baptizarse después del catecismo. Soltaron al preso, porque se halló sin culpa. Esto fué lo último que sucedió en tiempo del Gobierno de Don Luis de Rodas en esta tierra y costas de Santa Marta, por haberle hecho provisión el Rey de que fuese á gobernar las provincias de Venezuela y Caracas, para donde partió, dada su residencia, entrado ya el año siguiente de mil y quinientos y setenta y seis.

CAPÍTULO XXIV

1.º Viene Don Lope de Orosco por Gobernador de Santa Marta—2.º Deshace el fuerte de Bonda, y envía caudillos la tierra adentro. Caso notable de un vizcaíno—3.º Retírase un caudillo, sale otro y mátanle con todos sus soldados—4.º Va el Gobernador al Valle de Upar. Revuelto con un caso que se comienza á contar.

HABIENDO cumplido el tiempo de su Gobernación de Santa Marta Don Luis de Rojas, le sucedió Don Lope de Orosco, persona bien conocida en este Nuevo Reino, donde muchos tiempos antes había servido al Rey en honrosos oficios, en especial, en cargos honrados que trató en el Río de la Plata, donde le sucedieron cosas dignas de memoria y prolongadas en una historia entera. Emparentó en este Nuevo Reino de Granada con lo más principal de él, desde donde pasando en España, y conociendo el Rey sus muchos méritos, le hizo merced de este Gobierno de Santa Marta, de que se le despacharon recados el año pasado de mil y quinientos y setenta y cinco, y para donde se dió á la vela en San Lucar ó en Cádiz, este de mil y quinientos y setenta y seis, en dos naves que compró á su costa, donde embarcó trescientos hombres: los ciento casados y con sus familias, por los intentos que traía de hacer nuevas poblaciones, en que sus principales granjerías fuesen crianzas y labranzas. Trajo también á sus hijos Don Alonso, Don Pedro y otro, y á su sobrino Don Andrés de Pineda, porque Don Diego ya estaba acá días había. Engolfado en el mar con varios sucesos, tomó puesto en la Nueva Salamanca, que por otro nombre llaman la Ramada, que fundó Bartolomé de Alva el año de mil y quinientos y sesenta, por mandato de esta Real Audiencia de Santafé, que por ser puesto ya de su jurisdicción (pues está entre el Río de la Hacha y la ciudad de Santa Marta), lo recibieron como á su Gobernador. Desde donde, después de haber descansado algunos días, y informádose del estado de la tierra, tomó la vuelta de Santa Marta y allí la residencia de Don Luis de Rojas, con que luégo se despachó á su Gobierno de Caracas.

2.º Llegando á la noticia de los Bondas y á todas sus montañas y sierras la venida del nuevo Gobernador, le salieron de paz, con que se determinó quitar la fortaleza que les tenían puesta en sus tierras, que tanta sangre y trabajo había costado á unos y á otros, por haber ya la experiencia mostrado ser más que los provechos los daños de muertes de españoles y costas de soldados, que esa es la consistencia de las cosas de este mundo no tenerla, y de ordinario son como las tablas en que se pintan figuras diferentes de tres haces, que mirándolas por un lado muestran figura de ángel, y por otro de un Demonio, y de frente es una maceta de rosas y clavellinas. Como sucedió en lo de esta forta-

leza, que á unos les parecía mal y á otros bien; como lo pareció ahora la paz de toda esta costa, pues podía ir un hombre solo desde Santa Marta al Cabo de la Vela, por tierra. En cuya confianza hizo abrir caminos el Gobernador de más de treinta leguas, y meter ganados mayores y menores para el distrito de la ciudad, por tenerlos destruídos la guerra; todo lo cual puesto en concierto y dado asiento, sosegado partió la vuelta del Valle de Upar, con razonable número de gente, y por su Teniente General su hijo Don Diego, que á poco de como llegaron al Valle partió con la mayor copia de gente que pudo á hacer cierto castigo en los indios, donde fueron muertos los tres hermanos Lermas (como dejamos dicho en la segunda parte), donde hizo hechos tan notables, que si se hubieran de escribir, no los cupiera esta Historia, á que no le ayudó poco, en muchas ocasiones, un Juan de Sorocois, vizcaíno; si bien en una de una sangrienta batalla, por ser terrible el sol que los abrasaba y habérsele cansado el caballo al Sorocois, lo tenían ya los indios preso, y se lo llevaran sin duda, si el Don Diego no se lo sacara de entre las manos, no sólo ésta, mas otras dos veces, de que no salió tan sin peligro que no le dieran un flechazo en un ojo, aunque venturoso, pues sin hacerle daño en él, se entró por encima la punta de la flecha hasta topar en la nuca, y sin hacer herida, quebrándose el tendal, quedó la punta dentro sin darle pena al soldado, antes se le enjugó el golpe sin hacérsele á la entrada más que una verruguilla y otra á la parte del colodrillo donde correspondía, que creció como una perialupia, con que estuvo el Sorocois sin ninguna pena muchos meses, hasta que un día, mirando la verruga del colodrillo un Juan Pérez, mulato, tentó la punta de la flecha y la sacó, que era tan larga como un jeme, sin ser menester más cirujano ni otro socorro por aquella causa, para no vivir el Sorocois después muchos años y con buena vista en el ojo.

3.° Volviendo á la refriega en que sucedió este flechazo, fué la conclusión el tener por buena suerte el Don Diego escapar con la vida, y así se retiró con su gente, dejando victorioso á Macorá, que era con quien fué el encuentro, tomando la vuelta de donde estaba su padre, con quien comunicó sería mejor dejar aquel castigo hasta otra ocasión, que fué el año de mil y quinientos y ochenta y tres; pero en aquélla, aunque había tanto donde emplear los bríos y manos españolas hasta que se reformase de más gente, envió la que tenía al pueblo de Santa Ana (vecino de Macoira) que estaba de paz, acaudillándolos el Capitán Olea: tierra bien poblada de hatos de vacas y otros ganados y granjerías, administradas por negros y algunos españoles que cuidaban de ellas. Tienen por circunvecinos indios Anatos, Guanebucanos y Gocinas. Habiendo advertido los Macoiras que volvían cerca de sus tierras al pueblo de Santa Ana, dieron una noche de repente sobre el Olea y su gente, con orden de que á la misma hora

diesen otros sobre las estancias. Comenzaron luégo los furiosos salvajes en el pueblo de Santa Ana á pegar fuego y hacer tan grandes estragos en los que salían huyendo de él, medio dormidos, que en breve rato andaban por el suelo rodando cabezas, cuerpos palpitando, y todo bañado de sangre, mezclados cuerpos de españoles y de bárbaros, donde también murió el Olea peleando valerosamente. Viendo un mulato llamado Juan Pérez de la Rosa los muertos que iban cayendo, se tendió entre ellos, y pasando plaza de muerto, y muchos por encima de él, conservó su vida estándose quedo hasta que halló coyuntura de poder levantarse y huír, como lo hizo, saliendo con ligereza de venado á la sabana rasa, donde alcanzó una mujer llamada Jerónima de Manjarrés, que con una niña en los brazos iba también huyendo. Hízole amparo, animándola en sus flacos pasos, hasta que un poco más delante se juntaron con otros dos soldados, un Antonio González y un Suárez, que también habían escapado de la refriega, que fueron solos los que quedaron con vida de los cuarenta que metió el Olea en el pueblo de Santa Ana.

4.º Revolvieron desde aquí los Macoiras, hallándose bizarros y victoriosos, sobre la pesquería de las perlas, defendiéndoles las aguadas, con que les fué forzoso á los de las pesquerías venirse en las canoas al Río de la Hacha, desde donde enviaron á avisar al Gobernador, que prometió ir en haciendo cierto castigo importante en otra rebelión más atrevida y de más daño que aquélla, para donde tomó la vuelta luégo, que fué la tierra de Sotumare, que de nuevo se había rebelado; á donde entrando con hasta cien soldados, desbarataron algunos Caciques que pretendían defenderse, cortando las cabezas á los más principales y poniéndolas por los caminos. Hecho esto, revolvió sobre el Valle de Upar el Gobernador, que andaba inquieto por los indios Tupes, mal obedientes á los españoles, y por un caso de lágrimas que había sucedido, y fué así: servía á un español llamado Antonio de Pereira una india Tupe, cristiana y muy ladina, casada con otro indio ladino cristiano, llamado Gregorio; rabiando de celos de su marido la mujer del Antonio Pereira, con sospechas de la Francisca, la azotó y quitó los cabellos, de que embravecida la india y proponiendo vengarse de su ama, comunicando el caso con su marido Gregorio, se escaparon ambos una noche del pueblo del Valle de Upar y fueron á parar á los Tupes y á la casa del Cacique, que se llamaba Coroponaimo, á quien supo la ladina india contarle sus quejas con tantas lágrimas y palabras tan vivas, y irritarle á la venganza, diciendo mal de los españoles, que se determinó el indio á levantar su tierra para venir todos sobre el Valle de Upar, haciendo General del ejército al Gregorio, marido de Francisca.

CAPÍTULO XXV

1.° Los indios del Valle de Upar vienen sobre el pueblo, y lo que comenzó á suceder—2.° Pegan fuego á las casas, matan mucha gente, hace otra—3.° Laméntanse todos; revuelven los indios sobre las estancias; salen á su castigo—4.° Hízose en todos como merecían.

HIZO para esto llamar á sus Capitanes, y juntos, les hizo una plática en que les ponderó con graves palabras el intento, que era salir ya fuera del dominio español, y así que no dejasen piante ni mamante en el pueblo del Valle á quien no pasasen á cuchillo, y disponiéndolos en el orden que habían de tener por dar sobre el pueblo, decía que había de ser por cuatro partes: por la una Chiriaymo, y por la otra mi hermano Cururiaymo; por la tercera Gregorio con su gente, y por la otra entraré yo con la mía con Itotoy y los Cariachillo, si acaso viniesen; pero aunque no vengan, no nos acobardará el acometer la empresa, como sucedió; pues sin ellos llegaron los Tupes una obscura noche, yendo en su compañía Francisco, para tener á la vista sus venganzas, y dieron sobre el pueblo por cuatro partes, con el orden que tenían trazado; fuése el Gregorio luégo á la casa del Antonio Pereira, y llamando, á los golpes despertaron él y su mujer, que aunque mandaron á sus pajecillos indezuelos no abrieran la puerta, se la dieron franca al Gregorio, y así entró con su gente, á cuyo ruido se levantó el Pereira, y al salir de su aposento le dieron un piquete en el rostro y otra herida más sangrienta, que de ninguna peligró ni le impidió por entonces para arrebatar una asta de una lanza sin hierro ni cuento que se topó caída en el suelo, con la cual, aunque desnudo, detuvo el turbión de la gente hasta que se le puso al lado su mujer Ana de la Peña, con su espada desnuda, que, dando tajos y reveses con los bríos que la necesidad le daba, se libraron ambos de las manos de los bárbaros, y saliendo de su casa, llegaron al convento de Santo Domingo (que años había estaba fundado en aquella ciudad), que lo hallaron en gran confusión, como también lo estaba ya toda la ciudad y abrasada la Iglesia Mayor, si bien antes la robaron que le pegaron fuego.

2.° Pasó luégo á ponerlo Coroponaimo al convento, que en cinco ó seis veces no quiso arder. Los religiosos invocaban el favor del cielo, y se valían también de las manos, pues un viejo llamado Fr. Pedro de Palencia, habiendo á las suyas una espada y rodela, y á su lado un mulato suyo llamado Juan Carnero, defendió la puerta del convento tan valerosamente, que no la dejó ganar á los indios, á quien decía: "Líbreme Dios de vuestros validos, ovejas del Chiapa, pues os habéis convertido en lobos y leones." Esto decía por lo que dice el Chiapa en su libro: que todos estos indios son unas ovejitas inocentes;

Fr. Dionisio de Castro sacó al campo al Santísimo Sacramento y la Virgen del Rosario porque no se abrasaran, aunque quedó su iglesia entera. Las muertes andan lastimosas en todas partes, sin que á los indios haya quien les haga resistencia, pues unos mueren y otros huyen ; roban cuanto topan, matan cuanto hallan : todo es añadir clamores á clamores, y llantos á llantos. Murió Doña Gruomar de Urrea y su hermana doña Beatriz, doña Ana de Aníbal, toda principal gente ; María Becerra, Elvira Franco, Ana Hernández con dos hijos suyos, Catalina Rodríguez, recién desposada, por haberla dejado en la cama desamparada el marido ; otra mujer con cuatro hijos juntos, Jerónima Romero, y se llevaron una hija suya, viva, que no se supo más de ella; Isabel de Briones quedó manca, y al fin por todos fueron los muertos sobre cincuenta, á quien los bárbaros cortaban los dedos y orejas si tenían anillos y zarcillos, para llevárselos, y les quitaban los vestidos, dejando los cuerpos desnudos, y aun hicieran mayores crueldades y estragos, si un Antonio de Flórez, hijodalgo natural de Zamora, y aun manco de una mano, no advirtiera en poner la silla á su caballo y un pretal de cascabeles, y subiendo en él, ir por las calles donde más ruido había, con que los indios, pensando venía todo el mundo sobre ellos, que aunque victoriosos no tenían perdido el miedo, volvieron á más andar las espaldas, sin dejar caer nada de los despojos, y habiéndolos seguido un buen trecho, comenzó á dar voces llamando á los que se habían huído y escondido, de los cuales se fueron juntando algunos hombres y mujeres, viniendo con gran recato, escaldados del incendio de donde se habían escapado.

3.° Allí era el llorar unos y otros : el hijo al padre y el padre al hijo ; el deudo al pariente, todos con lastimosísimas lágrimas, por ser tan justa la ocasión de ellas ; que aun hasta el río Gutapori, que baña los cimientos de las casas, parece muda su ruido alegre que trae de ordinario, en sordo y lloroso. Salió el sol, después de haberse ido los indios, tan triste que también parecía salir llorando ; y aun el cielo se cubrió de unos nubarrones tan melancólicos para aquel hemisferio, que todo parece representaba el sangriento suceso, ó anunciaban que había de pasar adelante, como sucedió, pues llegando los Ilotos y Cariachiles tarde á juntarse con los Tupes, por no hacer su jornada en balde, pasaron con intentos de volverle á refrescar las llagas á la ciudad, como lo hicieran á no haber hecho el Antonio de Flórez que todos los que habían quedado para ello, subieran á caballo y hicieran frente á los salvajes ; con que no atreviéndose á embestir á la ciudad, revolvieron sobre las estancias, que habiéndolas convertido en ceniza, tomaron la vuelta de sus pueblos. Enterraron los muertos, y dieron aviso al Gobernador Don Lope, que teniéndolo, vino con brevedad á la ciudad, y con la misma (habiendo reprendido el descuido del Cabildo y consoládolos á todos) despachó cincuenta soldados con el Capitán Alonso Rodrí-

guez de Calleja, natural de Jerez de la Frontera, para que saliese al castigo de los Tupes; á donde fueron entrando, y al mismo punto fueron descubiertos por sus atalayas, pues lo hecho los hacía ciertos que los habían de ir á castigar, y así se juntaron todos, y ocupando una cumbre por donde á los nuéstros era forzoso subir, los estaban aguardando con sus armas: unos vestidos á lo español y otros con los santos ornamentos que robaron, y con su algazara acostumbrada despedían flechas y dardos y gran número de galgas.

4.° Que todo no fué parte para que los nuéstros volviesen piés atrás, antes iban recobrando tierra y acercándose hasta ponerse á tiro de arcabuz, y así disparó el suyo Alonso Rodríguez, con tan buena mano, que le pasó la garganta á Curumaimo, con que por entonces sólo le bajó el grito de la voz y se sintió algo desmayado, hasta que le salió tanta sangre de la herida, que el desmayo le obligó á arrimarse al tronco de un árbol, y soltando el arco y tomando la macana, con las ansias de la muerte pretendió vengarla con ella, y alzándola con bríos de eso, se le acabó la lumbre de los ojos y la vida, dando en tierra con un feroz bramido, con que se vido luégo la mano floja de todos los demás, que conociendo aquello los nuéstros, los apretaron de manera que volvieron las espaldas hasta entrarse en su pueblo, y los nuéstros tras ellos, donde habiendo muerto á muchos, se ranchearon por aquella noche allí, confiados en las vigilantes velas que hubo toda ella, hasta que venida la mañana, hubo traza por medio de algunos indios de ellos, amigos nuéstros y que no se habían hallado en la matanza, para haber á las manos al Cacique Coroponaimo y otros principales más culpados, á quien se les dió el castigo que merecían sus delitos, al modo del daño que habían hecho á los cristianos, haciendo los procesos, como dicen, en la uña, con lo cual y con más que mediano provecho de los rancheos, volvieron todos los soldados sanos y libres á la ciudad, aunque sin haber podido, por entonces, tener rastro de Francisca ni su marido, ni de otro Don Francisco, cristiano ladino, que no fué menos culpado que los dos en el hecho; pero los Tupes, viendo que todo el daño les había venido por los tres, deseaban comerles las entrañas, de que ellos andaban con tales miedos, que no hallando rincón donde esconderse, se pasaron á la sierra, frontera entre los indios Truacos, que no se habían hallado en el alzamiento, antes su Cacique quiso dar aviso de él, habiéndoselo traslucido.

CAPÍTULO XXVI

1.º Castíganse los indios motores del alzamiento del Valle de Upar—2.º Salen caudillos á dar vista á algunas Provincias, y con pocos efectos se vuelven al Valle—3.º Entra otro á la Provincia de Chimila y puebla en ella la Villa de San Angel—4.º Salen los indios de paz, y estándola asentando, fáltales el caudillo.

SABIENDO este retiro de los tres el Gobernador, envió al Capitán Pedro de Morales con una tropa de gente, que se dieron tan buena maña, que los trajeron á todos tres, á los cuales, en confesando su delito, condenó el Gobernador á muerte de horca, que se ejecutó luégo, pero antes de subir á la escalera, pidió Gregorio de merced morir él antes que su mujer Francisca, por no morir dos muertes viéndola morir á ella, por lo mucho que la quería; concedióselo, y puestas las manos los tres, pidieron á todos perdón de lo hecho, con muchas lágrimas y muestras cristianas, y habiéndose confesado, salieron de esta vida. Castigáronse después los Itotos, de quien murieron en batalla más de ciento, con que quedó sosegada la tierra y ciudad, donde ordenó luégo el Gobernador la cercaran de seis tapias en alto, como se hizo, dejándolas bien anchas y fuertes y de buenos fundamentos, á que acudieron con sus trabajos los indios convecinos, y es la ciudad sola que del todo estaba cercada en estas Indias, aunque por ser de tapias, su consistencia duró poco, de suerte que hoy está expuesta á peligros como antes. Hizo el Gobernador se labrase ladrillo y teja, de que se hicieron algunas casas, que cada una les podía servir de fortaleza, con que viven seguros, si bien han quedado hoy pocos indios que las puedan infestar con tanta fuerza como antes, si bien nunca les faltan inquietudes, y después de esto han tenido otros dos ó tres alzamientos, aunque no tan sangrientos, con que pagan bien el sosiego de treinta años que gozaron antes de este primer alzamiento desde su fundación. Es su sitio de anchas y fertilísimas sabanas, con gruesas crías de ganado mayor grueso. El rio que la baña es de agua fría, por bajar del páramo, que no es de poco regalo en tierras tan calientes.

2.º Mientras en esto se ocupaba el Gobernador, andaba su gente acaudillada por el Capitán Luis de Tapia, y en su compañía el hijo del General, Don Alonso Carrillo (que los años pasados fué Gobernador de los Muzos y Colimas en este Reino), trastornando y dando vista á otras Provincias, y encontrando con la de los Aruacos, que tienen sus asientos en lo último y más alto de esta cordillera al Sur, que nunca habían sido sujetos á los españoles, con quien ahora no tuvieron pequeñas competencias, llevando lo mejor los nuéstros, luégo se salieron de esta Provincia, por ser gente tan brava y sin provecho. Entraron

en la Macongana, su convecina, y que tocaba ya en tierra fría; gente que jamás había visto españoles, y que ahora los salió á hacer resistencia y defenderles la entrada de sus tierras, con más de tres mil guerreros de flechas y lanza, á quien esforzaban sus Caciques con valerosos bríos y voces, que no les bastó, pues los arcabuces y caballos los desbarataron, prendiendo algunos, que ellos propios desesperadamente se mataban por no servir á los cristianos. Los cuales, por no parecerles aquellas tierras á propósito para fundar pueblos españoles, que era el intento que los llevaba, pasaron adelante, los ciento que iban de compañía, á las otras vertientes de Tairona, y así llegaron hasta dar vista á la Provincia que nombraron el Valle de San Sebastián de Taironaca, desde donde, por hallar la tierra flaca respecto de como antes estaba, se volvieron, tomando la vuelta por Tairona, caminando con cuidado, acordándose de lo que allí le había sucedido al Capitán Francisco de Castro, como dejamos dicho, aunque ya lo hallaron todo barrido, por haberse retirado los indios á Posigueica, que era por entonces la fortaleza de toda aquella serranía, y así volvieron al Valle de Upar, bien cansados y con poca granjería en las balsas.

3.° Cuando los españoles comenzaron á pisar estas tierras de la Gobernación de Santa Marta, hallaron la Provincia de Chimila tan florida y hirviendo de gente, que allí fué donde hicieron los mayores golpes y estragos de sacar indios esclavos, como entonces se usaba, mal entendidas las cédulas Reales, ordenadas acerca de esto, y así la dejaron estragada, por no tener otros intentos los españoles por aquellos tiempos que repelar á dos manos lo que pudiesen de estas tierras, y sin hacer asiento en ellas, irlo á gozar á las suyas de España, si bien esto poco después se miró con otros ojos, y se vido la importancia que tenía hacer asiento en ellas, y así entre las demás partes que se cimentaron ciudades cristianas, fué una en esta provincia, que á poco se despobló, por no sé qué ocasión, por el mismo que la pobló, que se llamaba el Capitán Lorenzo Jiménez, que desapareciéndose de aquella tierra, nunca más se supo rastro de él vivo ni muerto. Viendo, pues, ahora el Gobernador Don Lope de Orosco la conveniencia que tenía el ir aquella población adelante para allanar aquella tierra, envió á ella ciento y veinte soldados, y por su Teniente y Capitán de todos á un Antonio Cordero, que en llegando, la comenzó á fundar, llamándola San Angel, y para más fortaleza y defensa de los vecinos se hizo luégo un razonable fuerte de madera, con sus bastiones, trincheras y reparos, por ser gente valiente y inquieta los de la tierra y sus fronterizos, lo cual hecho, salieron á buscarlos con copia de caballos y peones, y intentos de sacarlos de paz.

4.° Pero luégo encontraron de guerra al Cacique Sorli, con gran hueste de su gente, bien apercibida, que luégo representó la batalla, como se diera, si el Capitán Cordero, con una mozuela bien ladina, no le dijera ser sus designios

de paz y no de guerra, por estar ya olvidados de la que les habían hecho en otros tiempos los españoles, sino que sólo deseaban ser sus vecinos, amigos y parientes ; á que habiendo estado atentos el Sorlí y sus indios, se volvieron contentos, sin probar las armas ni hacer otra cosa en esta ocasión, en que también vinieron otros indios de otras partes á ver á nuestros españoles y su nueva población, con muestras de paz, que les duró más de medio año, y el traerles algunas comidas, aunque no dejaban ningunas si no se las pagaban. En esta paz andaba asentado Cordero, cuando le llegó una provisión de esta Real Audiencia, en que le mandaban venir preso á ella, que fué un gran desavío para lo que iba entablando ; pero siendo forzosa su partida, la hubo de hacer, dejando por su Teniente á un Cristóbal Fernández de Suravia, isleño, que aunque hacía lo que podía, como era lo que bastaba para proveer las necesidades de la gente, se le escaparon de noche tantos soldados, que se quedó con solos veinte ; lo cual viniendo á noticia del Gobernador, y el haberle llevado preso á su caudillo, suplió la falta con enviar en su lugar á su hijo Don Alonso, que fué bien recibido de todo el pueblo, entendiendo estaba en el reparo de sus necesidades, que no eran pocas, en especial de comidas, pues la que allí le daban los indios cara, ya no la la traían cara ni barata, sino en lugar de ella, mil bravatas, fieros y desprecios contra los españoles, de quien mataron algunos en algunas ocasiones : bien recompensadas muertes en las de muchos naturales.

CAPÍTULO XXVII

1.° *Varios sucesos de los nuéstros y de los indios, que luégo mataron á un caudillo con todos sus soldados*—2.° Vístense mujeres de hombre para hacer apariencia de más soldados de los que había en un fuerte—3.° Dan los indios sobre él, y por ver soldados aparentés y un caballo, no le osan acometer. Despuéblando los nuéstros—4.° *Sale un caudillo y sucédele muy mal de confiado*—5.° Escapan de una guazabara, mal parados, indios y soldados.

HABIÉNDOLE dado cuenta de todo al Don Alonso, y él esforzándolos con las mejores palabras que supo á la perseverancia en aquel puesto, y prometidoles no rehusar por su persona ocasión ninguna de las que se ofreciesen para su buen estar y socorro, se esforzaron tanto los pocos soldados, que le incitaban á que saliera con ellos en demanda de comidas, que era lo que más les apretaba, como lo hicieron, en que tuvieron varios encuentros con los indios, ya perdiendo, ya ganando unos y otros reputación y vidas, en que se gastaron tres ó cuatro meses, al fin de los cuales volvió al sitio el Capitán Cordero, libre de lo que lo calumniaban, y con su mismo cargo, de que se alegró no poco el Don Alonso, por volverse á Santa Marta, como lo hizo, dejando en su lugar al Cordero, que viéndose necesitado de salir á recoger maíz por los pueblos fronterizos, le apretó más la necesidad de su poca salud y falta de fuerzas, con que hubo de salir á recobrarlas curándose á otras tierras, dejando en su lugar otra vez al Saravia, que luégo se partió con diez y ocho de sus soldados, forzado de la necesidad, á buscar comidas; lo que hizo con menos prudencia que debiera, sacándolas con demasiada violencia de las rozas y labranzas, dejándolas destruídas, sin dejar á los indios ninguna paga, que aun con ella no las querían dar. Alojáronse una noche en un pueblo que llamaban Ancho, donde, aunque estaban con buenas velas y rondas de pié y de á caballo, les fué de poca importancia, porque los desabrimientos con que habían quedado los indios por el robo de maíz, les hizo juntarse gran copia de ellos y dar sobre los nuéstros por cuatro partes, á poco más de la mitad de la noche, con tan grandes bríos, voces y algazara, que atemorizaban al mundo, y comenzando luégo á ser más las obras que el estruendo, fueron consumiendo á los mal despiertos y bien dormidos españoles, que aunque se defendieron algo, con daño de los contrarios, al fin murieron todos, sin quedar ninguno de los que se hallaron allí, y en el fuerte sólo habían quedado ocho y diez mujeres.

2.° Los cuales, viendo pasado el tiempo que habían llevado los de la salida y que no tenían nueva de ellos, se llenaron de temores de lo que les

había sucedido y aun de lo que á ellos les había de suceder y amenazaba siendo tan pocos, si los indios se volvían sobre ellos, como era cosa cierta lo harían. En estas angustias estaban, cuando les llegó al fuerte el mulato Juan Pérez de la Rosa, hombre de muy buenos bríos y disposición en la guerra, el cual hizo luégo que nombrasen por caudillo á un Salvador Pinto, portugués, y para que se hiciera más apariencia de gente á los indios que viniesen, ordenó que las diez mujeres se vistiesen en hábito de hombres, y dándoles sus espadas y rodelas, pasasen plaza de soldados, como lo hicieron, y aun se engreían tanto en verse en aquel hábito, que á cada cual le parecía ser una pantasilea. Acertaron también á tener en el fuerte, para servicio de él, un caballo tuerto, manco de piés y manos, y los cuadriles hechos un andrajo de mataduras, al cual también encubertaron y le echaron una silla, aunque sin freno, y subiendo en él un soldado que apenas lo podía mencar, tomó una lanza y adarga para también hacer apariencia por aquel camino de lo que no era. Estando percibidos todos de esta suerte, por tener nueva cierta de la junta que hacían los indios para venir sobre ellos, se la confirmó un indio de los del servicio que tenían en el fuerte, llegando á él tan mal herido, que murió luégo en dando las nuevas de cómo venían muchos bárbaros sobre ellos, lo cual había sabido porque yendo á holgarse á casa del Cacique Sorlí, y habiendo entendido lo que pretendían los indios hacer, se escapó huyendo, porque también lo querían matar porque servía á los españoles, y al fin escapándose y siguiéndolo, lo flecharon como lo veían, y que para más señas de la verdad que decía, advirtiesen que había de venir un indio delante con dos hicoteas en señal de paz, y tras él luégo los de guerra. Que no admitiesen al primero ni lo dejasen entrar en el fuerte, antes bien lo matasen si pudiesen.

3.º Pasó aquella noche siguiente al aviso, y otro día á los primeros rayos del sol, hé aquí donde asoma el de las hicoteas, que venía guiando sus pasos hacia el fuerte, desde donde el Juan Pérez de la Rosa le disparó un arcabuz y le rompió los pechos, por donde le salió el alma con un terrible grito, que lo oyeron los que seguían sus pisadas, con pensamientos de hallar la puerta abierta comprando las hicoteas lo cual viendo no ser así, sino antes estar el indio muerto, en llegando al fuerte, comenzaron sus acostumbradas voces, y á dar saltos y brincos y hacer visajes como gente alocada, aunque siempre algo retirados, por miedo de las balas, y aun también porque sospechaban haberles venido socorro de soldados, según los bultos que veían por lo alto, donde conjeturaban ser muchos más los que estaban ocultos. Vieron también por entre los maderos de la cerca, aunque de lejos, un español, calada la visera, sobre un caballo encobertado, con lanza y adarga, y á guisa de salir sobre ellos, que no era posible fuese él solo, que fué también causa para que, aunque

el caballo no lo tenía, se les pusiese á los bárbaros freno, y temerosos y sin confianza de ningún buen efecto, volviesen las espaldas y caminasen hasta sus albergues, dejando victoriosos á los nuéstros, más por industria que por fuerzas, y con cosas que parecían y no eran. Certificóles la bárbara canalla á la despedida, que antes de tres días sería cierta su vuelta, como sin duda lo fuera, si no hubieran sabido que luégo que ellos se apartaron del fuerte, llegó á él el Capitán Cordero con buen socorro de soldados; los cuales, pareciéndoles que perdían tiempo en aquel puesto y que la comida ni se asaba ni se cocía, se escaparon una noche á buscar en otra parte mejor ventura, dejando al Cordero con solos trece, que también determinó salirse con ellos de aquel puesto, por ser tan pocos, ó por mejor decir, tan nadie para hacer resistencia á indios tan alzados, y de quien no podían sacar un grano de maíz para sustentarse. Lo que pusieron en efecto, dejando aquello desamparado y llegando á la ciudad de Santa Marta, donde le hizo prender el Gobernador por el hecho, que después se disimuló, habiendo visto sus descargos el Gobernador.

4.º El cual no habiendo perdido aún los deseos de ablandar los cuellos cerriles de aquella gente, hizo juntar otra buena compañía, y á cargo del Capitán Melchor de Rieros, con buenos pertrechos de guerra, hizo que volvieran á entrar á la misma Provincia; que á los principios hicieron buenos efectos, prendiendo al Cacique Sorli con otros principales, rancheándoles sus casas, de donde no sacaron pequeño pillaje; con el cual y con los presos tomaron la vuelta del pueblo de Ancho, donde se ranchearon por haber abundancia de comidas y ser tierra limpia, por si le sucedía alguna guazabara con los indios, como le sucedió al Cristóbal de Saravia y á sus soldados hasta dar fin de sus vidas, como dijimos. A título de ver los presos y al Capitán Rieros, iban entrando con mucha mansedumbre algunos indios desarmados; pero fueron tantos, que ya causaban sospecha, en especial al mulato Juan Pérez, que como más versado en estos trances, dijo al Rieros: "No me parece bien que éntre tanta gente en casa y nos tengan aquí arrinconados; bien será salirnos al raso, porque no es posible éstos tengan buenos intentos, y mejor nos podemos avenir con ellos en la plaza que en estos rincones." "Idos con el diablo, Juan Pérez, respondió el Rieros, pues esos miedos sólo son vuéstros, con fin de quebrantar la paz que estos indios vienen dando, pues ni traen armas ni otras demostraciones que de ella." Con que sin más replicar se salió el Juan Pérez, que apenas había tomado la puerta, cuando un principal y valiente indio apañó de los que había por allí un palo manero, y le dió tan de repente, sin reparo y con tanta fuerza al Rieros con él, que lo derribó aturdido y echando sangre por boca, narices y orejas; y al mismo punto, rompida yá la batalla, cada cual asió de donde pudo, hasta sacar algunos las varas del bubío,

con que peleaban como desesperados contra los nuéstros, que también hacían cosas dignas de la sangre española.

5.º Rompíanse cabezas, quebrábanse brazos, derribábanse narices, dientes y muelas, todo se bañaba en sangre, cada cual procuraba hacer hechos de bueno. Saliéronse fuera de las casas, donde el mulato, haciendo cosas valentísimas, daba voces diciendo: "Bien tenía anunciado yo este rebato", en el cual quedaron muertos más de ciento de los bárbaros, y entre ellos el Cacique Sorli y los demás que estaban en prisiones, que les sucedió muy al contrario de lo que pensaban, pues habiendo sido su libertad causa de esta revolución, consiguieron sin ella la muerte. Viendo los indios ser tantas las de los suyos, volvieron los que pudieron las espaldas, los más de ellos mal heridos, como también lo quedaron veinte de los nuéstros de los que cogió la guazabara dentro de la casa con el Rieros, que aunque perdidos los sentidos, no era muerto al fin de la batalla ni después, hasta que hubieron llegado al Valle de Upar, para donde partieron todos luégo, viendo no poderse sustentar en aquel puesto, muriendo en el camino seis ó siete de los heridos, por tener molidos los huesos y entrañas de los golpes que recibieron con fuertes palos de los bárbaros. Los demás con diligentes curas escaparon con la vida. De todo lo cual dieron noticia al Gobernador desde allí, que no fué pequeña la pena que recibió, como ni de otros trabajos que le sucedieron en el discurso de su Gobierno, hasta que en él le halló la muerte, dejando nombrado por sucesor en segunda vida á Don Lope de Orosco, su hijo menor y de Doña María Peón, su tercera mujer, de que trataremos adelante, Noticia 7.ª, capítulo 9.

CAPÍTULO XXVIII

1.º Dásele al Capitán Rodas el Gobierno de entre los dos ríos, por muerte de Valdivia. Demonio llamado Sobze levanta la tierra—2.º Predicábales por tres Jeques habían de anegarse con un diluvio; salen en su demanda los de Antiochia—3.º Baptista Vaquero convierte á los dos Jeques y convence al otro—4.º Deshácese el embuste del Demonio. Conviértense algunos á la fe. Trátase de los Jeques.

HABIENDO llegado nueva de la lastimosa muerte del Gobernador Andrés Valdivia á esta Audiencia de Santafé, donde á la sazón presidía el Licenciado Francisco Briceño, aunque hubo muchos opositores de aquel Gobierno vaco de entre los dos ríos, como el Presidente conocía años había el valor del Capitán Gaspar de Rodas, y la buena cuenta que había dado de los oficios y cargos militares y otros que había tenido, como le constaba de la Residencia que él mismo le había tomado cuando se la tomó al Adelantado Belalcázar, por haber sido su Teniente, le despachó recados, ya bien entrado el año de setenta y cinco (1575), para que entrase á las Provincias de entre los dos ríos y hiciese el castigo de la muerte de Valdivia y las conquistas de aquellos indios y poblase las ciudades que pudiese, aunque no le dieron por entonces título de Gobernador. Recibidos estos recados en Santafé de Antiochia, se dió luégo á hacer gente y pertrechos de guerra para la jornada, en que gastó hasta entrado ya el año siguiente de mil y quinientos y setenta y seis. Entre tanto que el Gaspar de Rodas andaba disponiendo esto, sucedió en aquella Provincia y Valle de Ibéxico y otras, una novedad y alteración de todos los indios, por industria de un Demonio llamado Sobze, que según parece, era el que solicitaba á mal los corazones de aquella Provincia, porque es opinión de muchos que así como cada provincia tiene un ángel por su custodio (y aun cada ciudad, como nos lo dicen muchos lugares de las Divinas Letras), así tiene cada provincia, en especial de las de los infieles, un Demonio que solicita los hombres á despeñarse en el abismo de pecados, de que hemos tenido evidencias en casos que cuenta esta misma Historia, en especial el que dejamos dicho en esta tercera parte de lo que le sucedía al mestizo Lucas Andrea en la Provincia de Cartagena con el Demonio Buziraco, que de ordinario asistía en la Popa de la galera de la ciudad de Cartagena.

2.º Aquí, pues, Sobze se apareció á tantos de Marzo de este año á todos cuantos hizo juntar para esto, bien patente y que todos lo veían, fuera de los que eran cristianos, á quien hizo Dios merced no viesen tan mala figura; vestido de negro, el cabello largo, cubierto de una manta anudada al hombro. Este era familiar de una vieja, gran hechicera, quien se sentaba sobre él

cuando hablaba á los indios, aunque la llamaba madre, y en realidad lo era de una india moza, hermosa por extremo, á quien el Demonio y la vieja llamaban hija del sol. Lo que Sobze les decia era que por sacarlos de la servidumbre de los españoles queria consumir con un gran diluvio á todos los cristianos, y que para librarse los indios de estas aguas, se subiesen á tres cerros altísimos que les señaló, donde no habia de llegar, y que llevasen de todas semillas para sembrar después de enjutar la tierra del diluvio, que habia de suceder dentro de seis días; pretendiendo en esto el Demonio subirlos á aquellos despeñaderos, para desde allí hacer otro embuste, con que se despeñasen sin hacerse cristianos los infieles, y los fieles se desesperasen, y para que esto se divulgase con mayor brevedad, mandó á tres de los más famosos Jeques lo fuesen avisando por toda la tierra. Aprendieron tanto esto los bárbaros, así chontales como ladinos, que á doce de Marzo no se halló indio ni india que no se hubiesen huído de Antiochia la vuelta de las alturas y yermos donde les tenia señalado Sobze. Lo cual advertido por nuestros españoles aquella mañana que los echaron menos, temiéndose por la novedad de algún alzamiento, los fueron siguiendo por el rastro, por donde alcanzaron á algunos que iban en tropa llorando y lamentándose amargamente, que preguntándoles la causa del llanto y huída, les respondían: "¡Pobres de vosotros, que dentro de tres días á lo más largo, habéis de ser ahogados con un gran diluvio!" Lo que celebraban los nuéstros con gran risa, y procurando disuadirles de aquello, volvieron algunos á la Villa, aunque bien forzados y temerosos.

3.º Llegando estos tres viejos hechiceros predicando este engaño del Demonio Sobze al Valle de Ibéxico, donde estaba retirado el Baptistilla ó Juan Baptista Vaquero, por lo que dijimos le achacaban de la muerte de Valdivia, los hizo traer á su presencia, y supo decirles tales cosas en su lengua de los engaños con que el Demonio los traía absortos, y tántas y tan buenas de nuestra fe católica, que los dos de ellos, que eran los menos viejos, se convirtieron á ella y se baptizaron, quedando el más viejo tan obstinado en su demencia, que defendiendo su mala secta, se ponía ronco con las voces que daba, hasta venirle á decir al Baptista (que estaba con una cruz en las manos) que si tan bueno era su Dios que predicaba, que hiciera allí algunas señales prodigiosas con que lo echasen de ver, y que él haría otras en satisfacción de lo que predicaba. Aquel Baptista respondió que bastaban las que Dios hacía cada día en sustentarlos y criarles los maíces y en conservar el mundo, y que el hechicero no podría hacer ninguna, porque no tenía virtud el Demonio para ello, en especial delante de aquella santa cruz. A que el hechicero respondió: "Pues ahora verás cómo hago volar estos peñascos." Y habiéndose lavado lo primero el cuerpo en un arroyo que pasaba cerca, y hecho sus ofrecimientos

de manta, oro y otras cosas, sahumó los peñascos, y invocando al Demonio Sobze á grandes gritos y alaridos para que volasen, les daba muchos palos, reiterando esto muchas veces; á que el Baptista decía las diera mayores, por si estaba durmiendo ó era algo sordo (que parece fué al modo que le sucedió al profeta Elías con los sacerdotes de Baal, cuando se pusieron á hacer los sacrificios, como nos lo dicen los libros de los Reyes); pero como ahora no se movieron las peñas, hacían gran burla del vejezuelo los muchos indios circunstantes que se hallaban á esto, acreditándose nuestra fe entre ellos, por ver había salido verdad lo que decía el Juan Baptista.

4.° A quien no contento con esto, el viejo le dijo: "Sobze te desafía para que subas al peñol de Xuta, donde te espero, y allí verás las maravillas que hago." "Lo mismo harás aquí que allí, dijo el Baptista; pero para que acabes de persuadirte, y toda esta gente, que Sobze no puede nada, fiado en la virtud de esta santa cruz, yo subiré allá"; como lo hizo, acompañado de más de trescientos indios, aunque era la subida asperísima y larga. Estando todos arriba ya de noche, por la largueza del camino, y el Baptista no sin espeluco de cabello, por verse en aquella altísima cumbre, comenzó el viejo sus invocaciones dando mil gritos, saltos y bramuras, gestos y visajes, como alocado, por atemorizar á su contrario, ó por estar revestido del Demonio; gastó en esto toda la noche, estando el Baptista con la cruz delante, diciendo á altas voces el credo, hasta que á la mañana, que era el día que habían de venir las aguas del diluvio, salió el sol, al parecer más claro y sereno que ningún otro día, y corrió todo aquél con aquella luz y tiempo despejado, y así llamó el Baptista á los que lo habían acompañado, que se habían quedado más abajo (por no haberse atrevido á subir á la cumbre), y les dijo: "Buenos testigos habéis sido de haber sido engaño del Demonio lo que este viejo os predica y lo poco que puede, y lo mucho que vale esta santa cruz, que á la vista de ella, teniéndola yo en las manos, no ha osado parecer, y lo mismo haréis vosotros si os baptizáis; dejemos por ahora este viejo endiablado; no lo creais ni sigáis, pues todo cuanto os dijere será de esta suerte." Con esto, dejando al viejo arriba, se bajaron todos, y después se baptizó, incitado de esto, gran número de gente, y entre ellos la hija hermosa que dijimos de la vieja Gitanisa, que no queriendo seguir los pasos de su hija, fué desterrada por la justicia y deshecho todo aquel embuste de Sobze.

Son estos Mohanes la pestilencia contra nuestra santa fe católica, y los que atajan la corriente de la conversión de estos naturales, porque todo cuanto los sacerdotes enseñan de día, ellos contradicen y desenseñan de noche en lugares ocultos y retirados, donde de ordinario hablan con el Demonio; para lo cual tienen sus instrumentos, bien como para el oficio que los usan, aunque

con diferencia en diferentes provincias. Los días pasados, hallándome en el Valle de Sogamoso, en una doctrina que está á nuestro cargo, llamada Tota, saliendo de decir misa, encontré, cerca de la puerta de la Iglesia, un viejo llamado Paraico, medio bufón y atrahanado, y teniendo noticia era Mohán, le hice desvolver la poca ropa que traía, y le hallé en una mochila los instrumentos del oficio, que eran un calabacito de polvos de ciertas hojas que llaman *Yopa*, y de ellas otras sin moler y un pedacito de espejo de los nuéstros encajado en un palito, una escobilla, un hueso de venado al sesgo por la mitad y muy pintado, hecho á modo de cuchara, con el cual, cuando hacen sus mohanerías, toman de aquellos polvos y los echan en las narices, que por ser fuertes, hacen salir luégo una reuma que les cuelga hasta la boca, la cual miran en el espejillo, y si corre derecha, es buena señal, y por el contrario si torcida, para lo que pretenden adivinar, y así para que esté el labio de arriba más desocupado, lo traen todos muy rapado y limpio de barbas los que las tienen; límpianse aquello después con la escobilla, y la ceniza que también se han echado en la cabeza, y péinanse el cabello; con estas señas exteriores hemos venido á hallar muchos en aquel valle, que tienen estos instrumentos. Hallamos también en la casa de uno un pellejo de zorro con su cabeza, lleno de paja, con que bailan, puesto á las espaldas, asido con las manos por los piés, que ellos llaman el Fó, mohanería endiablada.

CAPÍTULO XXIX

1.º Sale el Capitán Rodas á la conquista de Entre los dos Ríos—2.º Llegado al Valle de San Andrés, sálenle algunos Caciques de paz—3.º Acarícialos Rodas para más seguro—4.º Prende á los más culpados.

YÁ en este tiempo, por las comisiones que le habían llegado de esta Audiencia á Gaspar de Rodas, tenía dispuesta su gente y pertrechos de guerra para entrar al castigo de la muerte de Valdivia y conquistas de aquellas provincias de Entre los dos Ríos, que fué no poca copia la que se le juntó de soldados, por ser el General quien era y su buen modo de proceder, no sólo de los que salieron desbaratados de la rota de Valdivia, porque éstos, con más determinados ánimos, se ofrecieron á volver, para recibir el premio en la misma tierra donde habían tenido tan honrosos y aun lastimosos trabajos, sino otros muchos que de nuevo se pusieron debajo su bandera. Iba por Capellán, Cura y Vicario del ejército el Padre Juan Ruiz de Atienza; Lorenzo Suárez de Figueroa, Maese de Campo; Alonso Rodríguez Villamizar, manchego de Daimiel, Sargento Mayor; Martín de Ocampo, que hoy vive en esta ciudad; el Capitán Pedro Pinto Vellorino; Luis Céspedes de Vargas y Alonso de Vargas, hermanos, de Fregenal; Sancho de Quevedo, Esteban de Riveros, de Alburquerque, Juan de Alvarado Salazar, Fernando de Obando, asturiano; Pedro Sánchez de Oviedo, Manuel Rubiales, Juan Fernández de Erazo, navarro; Don Antonio Osorio, Pedro de Arce, Pablo Fernández de las Eras, Molano, Alonso Martín Merchán, Mateo Fernández, mulato, y otros, que por todos llegaron á setenta, en quien confiaba el Rodas como en setecientos. Con los cuales, y con mucho servicio de indias, indios y negros, salió de Antiochia, hasta llegar á la boca del Valle de San Andrés, llevando también consigo á Don Pedro Amato, Cacique del pueblo de Tahamí, que no era menos culpado en la muerte de Valdivia que el que más; pero disimulábase con él por otras superiores razones de Estado, y ver si se podía sacar salud del enemigo, y de la mano de aquél, que nos aborrecía (buena suerte de prudencia), como en realidad sucedió.

2.º Viendo los indios del Valle que se les entraba ya por sus tierras, y aun le tenían á las goteras de sus casas, un tan valeroso Capitán con tantos y tan valientes soldados, turbados de su misma conciencia y delito, y amenazándoles tan de cerca el castigo, que ya le tenían á cuestas, no acertaban á dar salida á sus determinaciones, si tentarían el perdón por el camino de paz, ó el de la satisfacción de gran suma de oro, de que todos tenían aosadas. En estas perplejidades andaban, cuando se fué entrando Rodas el Valle delante, hasta la pri-

mera población, que se llamaba de Cuerquia, á donde, por determinación de los demás Caciques, le llegó uno de paz llamado Oihoa, con intentos de tentar el vado á los que traía el General, si eran de castigo ó amistad; llevaba consigo veinte ó treinta indios cargados de comida para la gente de Rodas, que lo recibió todo con grandes demostraciones de caricias, sin que ninguno desplegase la boca tratando de cosa de castigo, por tenerlo así avisado á todos, y que, cuando pasasen por el sitio donde habían muerto al Valdivia, nadie se detuviese aun á mirar los lugares de la matanza, para sacar más del todo de sospecha de castigos á los indios hasta su tiempo. En esto tenía ya la mujer del Gobernador Valdivia puesta demanda en esta Audiencia, sobre la muerte de su marido y hermano, al Bartolomé Sánchez (Torre Blanca), y aun despachado á Diego Hidalgo de Montemayor, vecino de esta ciudad de Santafé, con provisión para que lo trajera preso de Antiochia, como lo hizo, y lo estuvo muchos años en esta cárcel de Corte, litigándose muchos años la causa, como dejamos dicho.

3.° Acariciado el Cacique Oihoa con sus indios y aun habiéndole dado algunas bujerías de Castilla, lo remitió á su pueblo el General Rodas, con aviso de que lo diese al resto de los Caciques, y seguro de la paz con que entraba en sus tierras; el Cacique Tahamí Don Pedro Amato no se descuidaba de tentar también el vado á los intentos de Rodas, probando si se les podría traslucir lo que le había de suceder como también culpado, y así le solía decir muchas veces: "Castiga, señor, á los matadores de Valdivia, y si quieres yo te los señalaré con el dedo;" hasta que una de ellas, con muestras de enfadado, el Gobernador le dijo: "No me canses, Cacique, que yo no vengo á eso, pues ni Valdivia era mi padre, mi hijo ni mi hermano, para que yo vengue su muerte." A que respondió Don Pedro: "Bueno, señor, bueno, señor, está así;" con que el Cacique Oihoa dijo á los demás del buen tratamiento que le había hecho el Gobernador, se aseguraron todos, y determinaron irle á ver con un buen presente de comida y oro, que recibiéndolo, y á ellos con grandes demostraciones de amistad, les hizo una larga plática acerca de la obediencia que debían dar á la iglesia y al Rey para el bienestar de sus almas y cuerpos, y que esos eran sus principales intentos, con que los envió á su tierra alegrísimos; ordenándoles que de allí á quince días le remitiesen indios que le llevasen sus cargas más delante, donde pretendía pasar, como lo hicieron puntualmente, viniendo más de doscientos al efecto, y á aderezarles el camino, que comenzó luégo á proseguir el Rodas, pasando por el Valle de la Matanza, sitio donde habían muerto á Valdivia, donde ninguno reparó á mirar ni aun de paso, porque no pareciese se hacía recuerdo de lo sucedido.

4.° Llegando un cuarto de legua más delante á otro Valle, se ranchеó allí el General, y pareciéndole tomar de propósito el asiento, hizo le hicieran buhíos

de propósito los indios, que los acabaron con facilidad, por los muchos y buenos materiales de madera y paja con que se hallaba el país. A donde vinieron otra ú otras dos veces de paz los Caciques, con muchas comidas, y satisfacción, á su parecer entera, de que ya estaba del todo borrada la agresión del Valdivia. Citólos á todos el Gobernador para cierto día que volviesen y le trajesen algunas comidas; pero entre tanto hizo de secreto se labrase un cepo grande y dispusiesen otras prisiones. Apenas había amanecido el día citado, cuando el primero de los Caciques y de los más principales, llamado Ozeta, entró en el Real con otros más de treinta indios, y sentándose en el suelo por orden (costumbre suya), los entretuvieron los soldados mientras el General le dijo al Don Pedro Amato: "Ahora es tiempo que hagas lo que me prometías, de señalarme los más culpados en la muerte de Valdivia, porque si no la tuya será cierta." Prometió hacerlo así el indio, y saliendo de su aposento, señaló al Cacique Ozeta y otros de sus compañeros, que les fueron metiendo en prisiones en una casa fuerte, y á los que no eran culpados en la del Maese de Campo, para que no hubiese quien diese aviso á los que iban viniendo, que fueron todos los demás Caciques con sus compañías, á quien fué también señalando el Don Pedro, y prendiendo los soldados, con el orden que al primero, con que quedaron todos los culpados presos con este sosiego que inventó la buena prudencia de la cabeza, sin andar tras ellos á montería.

CAPÍTULO XXX

1.° Castiga Rodas á los más culpados, dejando á los demás libres.—2.° Puebla la ciudad de Cáceres (que hoy permanece) y reparte la tierra.—3.° Viene Rodas á esta Audiencia de Santafé. Va al alzamiento de los Gualíes. Dánle título de Gobernador.—4.° Álzanse los indios de Cáceres y matan algunos españoles y indios de paz y negros.

PRESOS los culpados, despachó luégo tres caudillos el Rodas, para que diesen sobre sus casas y chusma, que fueron Juan Meléndez, Don Antonio Osorio de Paz, y Molano, que trajeron al Real, otro día, sobre cuatrocientas personas, niños y mujeres, y entre ellas una llamada Juana, muy ladina, que se había hallado en la muerte de Valdivia, que por ser de aquella tierra, no la habían muerto, la cual fué el mejor testigo contra los reos, que habiéndoseles creado defensor para hacerles sus causas, y ellos confesado sus delitos y convencidos, fueron condenados á muerte ocho ó nueve, y de los menos culpados, algunos á cortar las manos derechas; á otros, los dedos pulgares; y á otros un pié. La cual pronunciada, se despareció el Don Pedro Tahamí y un compañero suyo, también principal, llamado Aguasici, y habiéndosela declarado con otra lengua (porque él lo había sido hasta entonces), levantaron los sentenciados una voz triste, diciendo: "Nosotros padecemos justamente, pero los Tahamíes nos incitaron á cometer el delito, bien ajeno, por entonces, de nuestro pensamiento." Fué hecha la mano de Dios sobre aquellos ocho ó nueve señores sentenciados á muerte, y entre ellos Guarcama, gentilhombre feroz y de cabal entendimiento, que pidieron ser cristianos, como se les concedió, baptizándolos, habiendo precedido catecismo bastante por el Padre Fray Alonso Collantes, de Nuestra Orden, y el Padre Juan Ruiz de Atienza, que iban en el ejército; y así, con cruces en las manos y con muestras de contrición y apesarados del hecho, se ejecutaron las muertes y los demás castigos, dejando á los otros libres ir á sus tierras, habiéndoles asegurado de la paz y quietud que podían gozar en ellas, pues ya los culpados estaban castigados por todas ellas.

2.° Las cuales comenzó luégo el General Rodas á trastornar por una y otra parte, tanteando la naturaleza de los países, para en uno el más á propósito fundar una ciudad, como lo hizo cerca del asiento de la matanza de Valdivia, en la loma que llamaban de Cacamí, tierra limpia pero poco acomodada á la vivienda humana, por no haberla considerado mejor un Capitán que comenzó allí á plantar los primeros bohíos, que después se mudaron á mejor sitio y con más fundamento, y le dió nombre de ciudad de Cáceres, á imitación de la otra de este nombre que está en Extremadura, este año de mil y quinientos y setenta y seis. Está en altura de setenta y seis grados y quince minutos de

longitud del meridiano de Toledo, cinco y treinta minutos de latitud á la banda del Norte; porque aunque se ha mudado otras dos ó tres veces, deseando mejorarla en sitio, ó por desgracias que allí le han sucedido de quemas, ha sido muy poca la diferencia de la graduación y aun de temples y el último en que ha venido á parar y está hoy fundada; es una loma alta, una legua del río de Cauca á la mano derecha, bajando por él; es fresco, en especial las noches de muchas neblinas; malas y gruesas aguas; el sitio tan estrecho y colgado de cuestas, que no tiene forma de calles, porque las casas están en sitios y mesetas hechas á mano en la media ladera, como está un poco de llano que hay adelante la iglesia, que sirve de plaza; no tiene ningún convento de religiosos; es su país de muchas y muy buenas minas de oro; no tiene crías de ganados mayores ni menores, por ser las tierras montuosas; todo el sustento le entra de acarreto por el río de Cauca; tiene abundancia de pescado de un remanso de Cauca, que á catorce leguas de la ciudad se llama las Pesquerías, á donde se llega río abajo en cinco horas, por ser grande de raudal; no se puede ir por el río al puerto de Antiochia, que está algunas leguas más arriba, por sus muchos saltos y peñascos; dánse en sus Valles las frutas comunes y raíces de la tierra; de las de Castilla pocas; ciertas hojas que llaman yuyos son el mayor sustento de los naturales. El pueblo y ropa de Castilla se sube por el río Cauca. Del oro que se ha sacado en ella diremos cuando tratemos de ello. Habiendo señalado el Rodas en esta su primera fundación solares, huertas y estancias, le nombró Cabildo y Regimiento: el Capitán Pedro Pinto Vellorino y Hernán Martín, Alcaldes ordinarios; Regidores, Luis de Vetantor, Alonso Rodríguez de Villamizar y Juan Meléndez de Valdés, Francisco de Tapia, Juan Fernández de Erazo, Luis Céspedes de Vargas, y juntamente éste fué Procurador General. Apuntó y encomendó todos los Caciques y indios de aquellas provincias, que le señaló por términos á la ciudad, en los Capitanes y soldados que entraron con él á este castigo y conquista, que fueron los que nombramos cuando se hizo la conducción y salida de la Villa de Santafé de Antiochia. El cual apuntamiento y relación de lo hecho remitió luégo á esta Real Audiencia con Don Antonio Osorio de Paz y Francisco Alférez, escribano de Gobernación; pero sucediendo el imposible común de satisfacer á todos en el repartimiento y suertes de indios, en especial habiéndose quedado con ningunos algunos de los soldados de Valdivia, tres ó cuatro españoles de la ciudad, con secreto, vinieron á las espuelas del Osorio á tratar de su justicia y agravios, que proponiéndolos á la Real Audiencia, fueron causa para que se alterase el orden de las encomiendas, satisfaciendo á los que se sentían agraviados.

3.° Mostrándose también serlo el Gaspar de Rodas de que le alterasen lo que él, con tanto acuerdo y teniendo la cosa presente, había hecho, dejando con

el mejor asiento que pudo su nueva población, vino en persona á la Real Audiencia, donde fueron poderosas sus razones para que se volvieran á confirmar sus primeros repartimientos por tres vidas, entrado ya el año de mil y quinientos y setenta y siete y algunos el de setenta y ocho, en que le hizo conocido favor el Licenciado Juan Rodríguez de Mora, recién llegado por Oidor á la Real Audiencia. Era ya muerto el Presidente Briceño, su singular aficionado y valedor. En este tiempo sucedió el segundo alzamiento de los indios Gualíes sobre la ciudad de Mariquita ó convecinos por entonces á la de Santa Agueda, y pareciendo ser á propósito la persona del Capitán Gaspar de Rodas para su pacificación, se la encargó la Audiencia, y salió á hacerla con la copia de soldados que pareció bastar. La cual acabada, y quedando la tierra pacífica, como más largamente dejamos dicho en nuestra segunda parte, tomó la vuelta de esta ciudad á dar cuenta de lo hecho á la misma Audiencia, que mirando con buenos ojos los colmados y lucidos efectos que en todo cuanto ponía mano este Capitán había tenido, le despachó este año de mil y quinientos y setenta y siete título de Gobernador de Entre los dos Ríos y tierras de donde le había tenido Valdivia, pero con dependencia de su confirmación del Real Consejo, que se le dió el año siguiente, como veremos ; con los cuales despachos tomó la vuelta de Santafé de Antiochia, á donde llegó y fué bien recibido, con aplauso de todos los de la Villa, por los acrecentamientos con que volvía : efectos de la afición con que todos le estimaban.

4.° No se descuidaron los indios convecinos á la ciudad de Cáceres en advertir el freno que se les había quitado con la ausencia de Rodas, mientras anduvo ocupado en estas facciones, y así se determinaron á dar de repente sobre las estancias que iban poblando los vecinos de la ciudad ; en las cuales habiéndolos cogido descuidados en diversas partes, mataron á algunos españoles, como fueron un Alonso González de Montijo, y otro Alonso Fernández Manchego, de la Membrilla, y á Lorenzo de Rufan y otros soldados, con mucha gente de servicio, que hicieron piezas con atrocidad y se las comieron, con intentos de hacer lo mismo en los de la nueva ciudad de Cáceres, convocándose para esto toda la tierra, siendo General de la rebelión un valeroso Cacique llamado Omaga, á quien toda ella respetaba más que á otro. Sirvióse la causa superior de mover los corazones de ciertos indios ladinos que servían á nuestros españoles, para que diesen aviso, habiéndola sabido, de esta alteración á los nuéstros, que luégo también lo dieron al Gobernador Gaspar de Rodas, que ya estaba en la Villa de Santafé haciendo leva de gente, con intenciones de entrar ya de propósito, y como en cosa propia, á desvolver y dar vista á las cosas de su gobierno, el cual, por la nueva, abrevió la partida al socorro, saliendo de Antiochia con treinta soldados, todos vaquianos y valerosos, y alguna razonable

copia de ganado, que habiéndolos pasado con mejor suceso que en las ocasiones pasadas el furioso río de Cauca, llegó á su nueva ciudad, donde fué recibido con el mismo y mayor aplauso que cuando llegó á Antiochia, por tener colgadas de él las esperanzas de la pacificación, y venir ya por Gobernador en propiedad de ella.

CAPÍTULO XXXI

1.° Despacha Rodas un caudillo al castigo del alzamiento, y no haciendo nada, envía á otro—2.° Que procuran los indios engañar. Sábese por uno que hubo á las manos—3.° Prenden algunos indios que venían á los nuéstros disimulando y asegurando el engaño—4.° Vienen los indios y trábase una valerosa guazabara.

TRATÓ el Gobernador luégo de reprimir la furia de los naturales, saliendo á esto con una buena tropa de soldados, que fueron bastantes á hacer algunos moderados castigos, sin poder haber á las manos al Omaga, por haberse retirado á las montañas con alguna de su gente, á quien envió á buscar luégo el Gobernador con alguna de la que había en la ciudad, por caudillo á Francisco Alférez, que siendo hombre que sabía más que de espada y rodela, de pluma y papeles, después de haber tardado en andar á caza del Omaga dos meses, volvió con las manos en la cabeza, sin haber hecho efecto considerable, con que fué forzoso al Gobernador enviar á Juan Arias Rubián (gallego) con solos veinte hombres, en demanda y castigo del mismo Cacique, que salió por principios de Diciembre del año de mil y quinientos y setenta y ocho, y habiendo pasado el río de Cauca y la tierra llana hasta las faldas de la aspereza, donde había de ser su principal facción, se ranchcó para dar orden á la mejor disposición de su entrada en demanda de Omaga; que habiendo sabido la llegada de los nuéstros, y para descuidarlos, le envió mucha gente cargada de regalos, frecuentando esto por muchos días, y prometiendo darle la paz, lo cual se hacía por medio de un sobrino del Omaga, llamado Zegueri, bien conocido de los nuéstros, mancebo de linda disposición y tenido en opinión de valiente, á quien el Juan Arias daba recados para su tío el Cacique, y últimamente le dijo un dia que señalase sitio donde se juntasen todos á asentar los medios de la paz, que habiéndolo tratado Zegueri con su tio, volvió al día siguiente, asegurando á los nuéstros y diciendo que en cierto sitio raso tenían ya fabricados buhíos, donde tendrían muchos indios que les sirviesen trayéndoles oro, comidas y otras cosas, porque deseaban paz con el Gobernador y todos los españoles.

2.° Los cuales, no sin sospechas de engaño, pero porque no conociesen flaqueza los indios, levantando ranchos, tomaron la vuelta del sitio señalado,

que hallaron ser cierta loma cercada de asperísima montaña, con hasta cien pasos en cuadro de tierra rasa, donde estaban hechos dos poquiñuelos bohíos, y muchos hombres y mujeres que los estaban aguardando con mucha copia de comidas. Alojáronse en las casillas aguardando al Cacique algunos días, en los cuales entraban y salían muchos indios con sus armas, sin que pareciese el Cacique, con que se acrecentaban en los nuéstros las sospechas de traición, que luégo la conocieron, habiendo cogido un indio en secreto de los que venían, sin que los demás lo entendieran. El cual, á fuerza de tormentos, declaró lo que estaba urdido contra los nuéstros, siendo intérprete una india llamada Ana del servicio de un soldado. No daba mayor término que de tres días, hasta haber de venir muchos Caciques de los más principales, á título de ver á los españoles, con algunos de sus indios sin armas y con muestras pacíficas, cada parcialidad de por sí, por ahorrar de sospechas, hasta que el Omaga viniese el viernes siguiente acompañado de veinticuatro indios, también pacíficos, dejando emboscados setecientos guerreros á las cejas de la montaña que cercaba la sabanéta, y que aquellos Caciques y indios que habían entrado antes embistiesen de repente con los españoles, dos ó tres con cada soldado, y lo tuviesen por brazos, piernas y espaldas, y que sobrevendría luégo el Omaga dando voces á los emboscados, y juntos matarían á los españoles, sin que quedase ninguno ni tuviesen detrimento los indios.

3.º Esta confesión de este indio hizo avivar los cuidados á los españoles, de suerte que no quitándose las armas de á cuesta, ni descuidándose en tener cargados los arcabuces, se previnieron de muchas cabuyas ó sogas, esperando ser certificados de lo que el indio decía, como sucedió, pues apenas había amanecido el miércoles, cuando hé aquí al Cacique Taquimiqui con diez indios desarmados, pero de robustos y valientes miembros, con semblantes pacíficos, con que encubrían bien sus intentos. A quien al punto prendieron los nuéstros en entrando en una de las casas, amarrándolos de piés y manos, lo que también hicieron con los que vinieron á la tarde y otro día jueves, que por todos fueron los presos cincuenta, sin que de esto pudiese haber ido nueva al resto de ellos. Amaneció el viernes, último de Diciembre de esto mismo año, en que había de ser el conflicto de la batalla, de donde era imposible escaparse tan pocos de tantos y tan furiosos salvajes, sin el poderoso brazo del cielo. Lo cual conociendo el caudillo, dió su disculpa á sus soldados diciéndoles: "Bien conozco, señores y amigos, la temeridad que ha sido meteros en esta ocasión donde nos vemos tan pocos entre tan innumerables bárbaros; pero no lo será si ponemos la confianza en Dios, que es Señor de las batallas, y á quien le es tan fácil vencer muchos con pocos como con muchos; la causa es suya, ofrezcámosela de rodillas, suplicándole esfuerce nuestros ánimos.

4.° Lo cual hicieron luégo poniéndose todos de hinojos, y con el mejor afecto que pudieron de soldados, ofrecieron á Dios los buenos efectos que deseaban en aquel conflicto; porque á cada uno oye Dios rogándole conforme á su estado: al religioso y á la monja, estando con quietud en su coro; al casado, conforme le dan lugar los cuidados de su casa y gobierno de ella; y también oye al soldado con la espada desnuda en la mano, á pique de la pelea y aun en ella, como le sucedió á Josué, llevando de vencida á los Gabaonitas, que sobre su caballo, derramando sangre y cortando vidas, oró á Dios que no se moviese el sol ni la luna para que se alargase el día y consiguiese entera victoria contra sus enemigos; al cual oyó Dios, pues se detuvieron sol y luna, que no podía ser sin fuerza divina, porque convenía así. Estos nuestros veinte soldados estaban de rodillas con el espíritu que Dios les comunicó, cuando llegó el valiente Cacique Omaga acompañado de dos docenas de robustísimos indios, aunque desarmados y con disimulación tan bien compuesta, que no fuera posible conocer su malicia, que la quisiera luégo el Cacique ejecutar con los que traía, pues no veía por allí á los que habían venido dos días antes; lo cual entendiendo por leves señas el caudillo Juan Arias, á pocas que hizo á sus soldados, como bien advertidos, embistieron contra el Cacique y sus compañeros, y con brevedad los sacaron de esta vida para que tomaran la vuelta del infierno; pero á las voces que daban con las ansias de la muerte, salieron de todas partes de las cejas del arcabuco los emboscados, con singular orden, en escuadrones compuestos, compases de piés y á nuevo por hilera, con sus sobresalientes, todos ferocísimos, aljabas llenas de flechas venenosas, picas de tostadas puntas, macanas durísimas de palma, y no era el peor escuadrón el de los fundíbularios.

Gobernábalos, como á su General, el valiente Zegueri, sobrino del Omaga, y su yerno Maubita y otro valentón llamado Ochari, que luégo comenzaron á disparar aguacero de flechas, querer emplear las picas, sin que holgasen un punto los de las piedras y macanas, á vueltas de tan grandes alaridos que parecía hundirse el mundo con el resonar de los valles. A todo lo cual resistían valerosamente nuestros veinte españoles contra los setecientos, con la fuerza de los arcabuces, con que ensartaban dos y tres de camino las pelotas, por ser poca la resistencia de la carne con que venían armados los salvajes; hacíanles espaldas á los soldados los bahareques del buhío donde se ampararon, señalándose en algunas arremetidas que hacían contra los indios el caudillo Juan Arias, Juan Mateo, Mateo de Acosta, Pablo Sarmiento y otros que peleaban con espadas y rodelas, cuyos hechos sacan la cabeza y se encumbran sobre todo encarecimiento, pues en breve espacio ya no podían andar por aquella parte de su frente sino era por sobre cuerpos muertos.

CAPÍTULO XXXII

1.º Matan los nuéstros á los Capitanes de los indios, con que se retiraron—2.º Revuelven otra vez sobre los nuéstros por las voces de otro indio—3.º Toman los nuéstros la vuelta de Cáceres victoriosos, si bien murieron dos en el camino, antes de llegar á la ciudad—4.º Lléganle recados á Rodas del Consejo Real de su Gobierno, y hácense las capitulaciones.

NO retardaba á los bárbaros esta caida de tantos para no ir acrecentando su porfia contra los pocos baptizados, antes Zegueri, con rabia infernal, encendido con el cuerpo muerto de su tío que tenía á la vista, andaba como un viento esforzando á todos los guerreros, ya con palabras amorosas, ya terribles, diciendo: "A ellos! á ellos! tigres, pues demás de ser pocos, están todos heridos con nuestras venenosas flechas". No sufriendo esto la cólera española, y el ver que se avivaba la batalla por las voces de Zegueri, le hizo puntería un Juan de Alvarado Salazar, tan acertada, con su arcabuz, que abriéndole la frente al gandul, hizo que caminase su alma tras la de su tío, aunque no por eso perdieron los demás un punto en su ferocidad, pues luégo tomó el mismo oficio y solicitud el Maubita, supliendo bien en todo las faltas del muerto, hasta que llegó otro tiro disparado por Domingo de Herrera, que también lo sacó de esta vida, en cuyo lugar se comenzó á mostrar luégo bizarro y valiente el Ochari, pues con terribles voces animaba tanto los guerreros, que parecía no faltarles hombres ni un punto de ánimo: á quien también encaró otro soldado llamado Diego de Avila, que aunque puso la mira más alta de lo que él quisiera, todavía la bala le rompió la cara, con que le pareció retirarse de la batalla por no acabar de perder la vida, lo que también intentaban los demás después de haber peleado tres horas largas; pero para dar remate á las contiendas, quisieron primero intentar el fin de los soldados, quitándoles el amparo del buhío, pegándole fuego, como lo hicieron, sin atender á los cincuenta presos que estaban dentro, que al paso de él se hicieron ceniza en harto breve tiempo, por ser de paja el buhío; de quien se apartaron los nuéstros en comenzando á caldearlos las llamas, resguardándose unos á otros, pero con tal coraje, que se desenvolvían como si en aquel punto comenzara la batalla; si bien los iban ya faltando las municiones, y con ellas no hacían tales efectos, por estar calientes los arcabuces, cuyas faltas suplían bien las espadas, con que les dieron tanta prisa, que viendo los bárbaros que con ello los iba consumiendo la guerra, tuvieron por partido retirarse al amparo del monte, donde perecieron muchos de los que entraron allí mal heridos.

2.º Cincuenta y dos fueron los despojos de la muerte que quedaron en la

sabaneta, sin los otros cincuenta que consumió el fuego, y los que murieron después de las heridas llegaron á cumplir el número de trescientos, como lo certificaron los mismos por relaciones que después se dieron, sin que de los nuéstros muriera por entonces alguno; aunque los diez y siete quedaron tan mal heridos, que no tenían menos que á cinco y seis flechazos venenosos, que comenzaron luégo á curarse cortando sin duelo la carne y fogueándola con hierros ardientes, en que estaban ocupados cuando dió arma la centinela, porque habiéndolos el Ochari afrentado por la huída, revolvieron los más sanos sobre los nuéstros, aunque más forzados de las razones de Ochari que de sus voluntades, como se echó de ver, pues viendo el cuidado con que estaban los soldados, no osaron salir fuera de la ceja del arcabuco, antes desde allí un cierto viejo les decía: "No creyera, cristianos, érades tan valientes si no lo hubiera experimentado ahora harto á mi costa y daño conocido, por lo cual me atrevo á decir no haber en el mundo gente tan valiente como vosotros, aunque sois mortales; no esperéis os ha de suceder siempre así, á lo menos á vuestros compañeros que están allá en la ciudad que tiene sus ranchos en el pueblo". Con que volvió las espaldas el viejo cano, entendiendo haber sido así por tener concertado el dar sobre el pueblo de Cáceres en aquel mismo tiempo, como en realidad lo intentaron, pero sin atreverse á llegar al pueblo, contentándose con matar á uno ó dos españoles y otros indios de servicio en las estancias.

3.° Al fin estos afligidos soldados se ranchearon aquella noche allí en el mismo sitio, entre cuerpos muertos y á medio morir, cuyos gemidos les daban lastimosísimos sentimientos, que juntos con los que ellos tenían de frío de la noche, heridas y hambre, no eran pocos sus desconsuelos, y así sin aguardar más que á la mitad de la noche, se entraron por aquellos oscuros bosques, por trochas mal trilladas, desechando pasos sospechosos de emboscadas, con que gastaron cinco días de camino, que por rumbo derecho lo podían andar en medio. Llegaron al fin con innumerables trabajos, en especial los heridos, á la tierra limpia y llana y sitio donde estuvieron á la boca de la montaña y donde ahora se reformaron de algunas comidas que habían dejado á la ida y con deseos de llegar á donde quedasen sin sospechas de que los indios les darían caza; no dejaban de caminar poco á poco, por no poder más los heridos, que aunque con todo este resguardo murieron dos, Lucas Sánchez y Mateo de Acosta, ambos valentísimos soldados, que por ser las heridas penetrantes, curadas con poco abrigo y reparo como lo pedía su pestilento veneno, careció aquella tierra de estos dos valerosos españoles. Los demás al fin tomaron la cumbre de un levantado cerro, desde donde visto el valiente río Cauca, que aunque el verlo les fué de consuelo, se les aguó al ver les era forzoso pasarlo

y no hallarse con ningún avío para ello. Á cuya necesidad acudió el cielo, pues habiendo llegado ya la nueva, por indios contratantes, de su venida y trabajos á la ciudad de Cáceres (aunque más lastimosa de lo que había sucedido), para tenerla más cierta, se había despachado Juan Meléndez con treinta compañeros bien armados, que llegaron tan á buen tiempo, que á uno mismo llegaron los unos por una parte y los otros por otra á darse vista y al río, alegrándolos el Meléndez con la salva que les hizo, y mucho más con las balsas, por donde pasaron todos, que les pareció á los derrotados haber sido una cosa de milagro. Llegaron al pueblo, que estaba dos leguas de la agua, donde fueron bien recibidos y regalados, que no les importó á los heridos menos que la vida, quedando con ella á causa de la diligente cura.

4.º Por haber despachado el Real Consejo, pidiendo la confirmación de la merced que se le había hecho á Gaspar de Rodas en esta Audiencia el año pasado de setenta y siete, se le despachó cédula en Madrid, á trece de Octubre de este de mil y quinientos y setenta y ocho, en que se le confirmaba el Gobierno de Entre los dos Ríos, según y como lo tenía concedido en Andrés de Valdivia, y con las mismas condiciones y asientos. Las cuales se mandó á la misma Audiencia se tomasen con el Rodas, y que prometidas de guardar, y no antes, se le entregase la cédula de confirmación. Con lo cual, llegada la cédula, se comenzaron á hacer las capitulaciones á ocho del mes de Octubre del año de mil y quinientos y setenta y nueve, y se acabaron á catorce del mismo mes y año, hechas por poderes que tenían para ello en esta ciudad de Santafé el Capitán Don Antonio Osorio de Paz y Diego de Vergara, Procurador, de lo cual otorgaron escriptura de obligación, con pena de que si el Rodas no cumplía con lo capitulado, había de pagar dos mil pesos de buen oro para los cofres reales; y se las entregaron el mismo año, á cuatro de Diciembre, en la Villa de Antiochia, donde á la sazón se hallaba el Gobernador Rodas. Las cuales no volvemos á repetir por quedar ya puestas en el asiento del Gobierno de Andrés Valdivia, y ser poca ó ninguna la diferencia de las unas á las otras, como lo manda la Cédula Real de la confirmación de su Gobierno.

CAPÍTULO XXXIII

1.º Sale el Gobernador Rodas á nuevas conquistas; intenta pasar el río de Porse—2.º Resístenle los naturales, y matan los nuéstros á uno—3.º Trazas que se dan para pasar el río—4.º Sálenles bien á los nuéstros, con que se descupa el paso.

VIÉNDOSE cargado el Gobernador Rodas de nuevas obligaciones (con lo que el Rey le había encargado del nuevo Gobierno) de quietar las provincias de él y fundar cimientos españoles, en acrecentamiento de la Santa Fe Católica y del Real servicio, dió conducta á su Maese de Campo Hernán Sánchez, vecino de la ciudad de los Remedios, extremeño, natural montañés, que de este Nuevo Reino y otras partes juntó sobre treinta hombres, que juntos con los que el Gobernador tenía en la Villa de Antiochia, salió de ella el Rodas, ya bien entrado el año de mil y quinientos y ochenta, con setenta soldados bien pertrechados de armas y caballos, y tomando la vuelta del Este, caminó hasta dar vista al río de Cauca, y habiéndolo pasado, y á las Sabanas de Aburrá, donde tiene su orígen el río que después llamaron Porse, y los españoles al principio Río de Aburrá, de bien caudalosas aguas, que cortando por estas largas sabanas, van culebreando sus aguas por entre obscurísimos bosques y montañas, hasta acrecentar las del Río Grande de Cauca, fueron siguiendo juntos las aguas de este gran río Porse, el pico, como hemos dicho, al Septentrión, en que gastaron cuarenta ó cincuenta días, y en ellos mucho de su salud por los trabajos y dificultades que á cada paso les iban sobreviniendo, en especial de la comida, por ser tierra poco poblada, hasta que llegaron á una algo menos montañosa y que daba muestras de suelo más enjuto, con algunas labranzas: indicios de poblaciones, aunque según las noticias de los que guiaron, éstas estaban más copiosas á la otra banda de aquel río, de que eran indicios evidentes los caminos anchos y grandes sementeras que se alcanzaban á ver de la otra parte, por lo cual se determinó luégo disponer el paso haciendo puentes de bejucos, por donde cuando menos se pasase la ropa y gente de servicio, porque los soldados, si saben nadar, tienen por más seguro pasar á nado.

2.º Esto andaban disponiendo nuestros soldados, cuando á la parte contraria se apareció una anchísima hueste de indios armados, con intentos de defender el paso, pues ondeando las cabezas con mucha bizarría de varias y levantadas plumas, petos y diademas de oro finísimo y bien bruñido, muestras de las soberbias riquezas de las minas que gozaban, desembrazaban bien guiadas flechas, pretendiendo que alcanzasen á herir los nuéstros en la banda contraria, á que respondían con los arcabuces sin daño de ninguna parte, por la mucha distancia del medio; sólo logró un buen tiro un Francisco de

Taborda, mestizo, pues hacía puntería á un indio que entre los demás se señalaba en galas, majestad, valor y brío, haciendo demostraciones de señor y superior á los demás. Le entró por los pechos la bala y le salió por las espaldas, y tras ella (como dicen) la alma, de que quedaron los bárbaros fuera de sí viendo aquella muerte, sin casi poder conocer por dónde ó con qué le había venido, aunque ya tenían experiencia de aquellos tiros y de españoles, pues en aquel mismo paso habían desbaratado ya á dos ó tres Capitanes, que fueron Pedroso, Don Diego de Carvajal y Juan Velasco, que dejamos dicho habían entrado á estas provincias y vuéltose á salir sin efectos considerables, antes con las manos en la cabeza. Ocupáronse unos en poner en cobro el cuerpo muerto, y el resto en defender el paso, ya con mayores bríos, por advertir que si se veían de la parte de los nuéstros, les había de suceder mucho de aquello que habían visto con aquel indio principal.

3.º Pretendiendo el Gobernador todavía que se sentase el pasaje contra la resistencia de los bárbaros Yamicíes (que así se llamaban los de aquella provincia), mandó que algunos soldados y indios nadadores intentasen apear la dificultad nadando. Los cuales viendo ser grande, por la mucha resistencia de los indios, rehusaban el arrojarse al agua, hasta que el mismo Gobernador calentó su tibieza comenzando á descalzarse para arrojarse él el primero, que fué causa para que los nadadores se esforzasen, sin que la persona del Gobernador se pusiese en riesgo, y comenzasen á pasar á nado, las espadas desnudas en la boca, rodela y vestidillo á las espaldas. Fueron nadando así hasta la mitad de la corriente, volviéndose desde allí forzados de las muchas piedras que comenzaron luégo á desgalgar los indios desde la otra banda, que llegaban á montones hasta la mitad del río con la fuerza que traían desde lo último de una levantada cumbre, donde las tenían en barbacoas, por lo cual fué forzoso al Gobernador despachar en demanda de otro vado, como lo hizo, enviando por caudillo á Juan Alonso de Santana con veinte hombres río abajo, buscándolo; hallólo á una legua del Real, de corrientes mansas y apacibles, y sin breñas á la parte contraria, de donde se pudieran también arrojar galgas como en el otro; pero estaban también en su resistencia otros más de cuatrocientos indios; que volviendo á dar relación de esto el caudillo, le ordenó el Gobernador que saliese otro día con cuarenta hombres, entre los cuales iban los dos hermanos mestizos Tabordas, y que con achaque de coger algunas raíces, entrasen en cierta roza vieja que había enfrente del paso, y que mientras unos cogían algo que comer por deslumbrar los indios que los estaban mirando, otros hiciesen algunas balsas de porte de cuatro ó cinco hombres no más, y trayéndolas de secreto á la vera del río aquella noche, al romper del alba fuesen pasando con secreto rodeleros y arcabuceros, para ojear los indios del paso y resistencia que hacían.

4.º Súpose dar en todo tan buena maña el caudillo, que habiendo pasado en dos primeras balsas cinco rodeleros y cinco con escopetas, fueron resistiendo desde el amparo de ciertas peñas á los indios que no estorbasen el pasar los demás, como se hizo pero cuando estuvieron todos cuarenta juntos, les sobrevinieron más de trescientos indios con aguaceros de flechas y dardos, lo que no estorbó á los nuéstros para que, amparados de las rodelas y defendidos de las escopetas, no fuesen ganando tierra, hasta que se llegaron á diez pasos de distancia, desde donde hicieron tal estrago en los bárbaros, que dejando algunos muertos y otros grandes rastros de sangre de las heridas, se metieron por la montaña, que lo es toda aquella tierra, sin un palmo de sabana rasa, avisando á todos sus moradores, que estaban sembrados por toda ella, que escondiesen sus mujeres, hijos y haciendas, porque iba entrando una gente belicosísima y tan feroz, que pocos habían desbaratado á tántos. Debió de llegar esta voz á los que estaban defendiendo el paso, donde estaba rancheado el ejército, y cómo venían á ellos soldados por la otra banda del *rio*, pues en un instante se desparecieron. Con lo cual dijo el Gobernador Rodas al Capitán Don Antonio Osorio de Paz, y á su Maese de Campo Hernán Sánchez y á otros con quien estaba haciendo Consejo de Guerra : " Demos gracias á Dios que nos ha dado ganada ya esta tierra," y preguntándole la razón, dijo que por haber huído aquellos indios de nuestra tropa de soldados, que tenían ya ganado el paso. Lo cual se verificó dentro de una hora, en que llegaron por la otra parte el Santana y sus soldados con buena suma de comidas, de que estaba bien necesitado el ejército; que fué recorrido luégo con algunas balsas que se hicieron para pasarlas, que sin aguardarlas, pasó á nado el caudillo, que lo sabía bien hacer, y los dos Tabordas, á dar cuenta al Gobernador de lo hecho, de quien tuvo el Santana y los demás muy grandes agradecimientos y cortesías, acción bien debida de los Generales á los soldados valientes, pues por ser el agradecimiento espuela para que se acrecciente la valentía, han venido muchos, de oficios bajos de *mochileros*, á ser famosos Capitanes: lo que no sucediera si sus hazañas no fueran loadas y estimadas de sus mayores.

CAPÍTULO XXXIV

1.º Pasado el río, despacha Robledo los dos caudillos, que le traen presos algunos Caciques—2.º Eran guerreros los Yamecíes, cazadores y pescadores—3.º Por el mucho oro que tenían, rescataban con los nuéstros cosas por altos precios—4.º Hállanse los soldados con mucho oro por esta ocasión. Hallan indios muertos, porque querían nuestra amistad.

DESOCUPADO yá el paso, sin que pareciese indio de contradicción para que con mayor facilidad pasase la chusma y carruaje, mandó el Gobernador se hiciese una puente de bejucos, que acabada, por la prisa que todos dieron, en dos dias, al tercero pasó el campo y los caballos, y comenzaron á marchar hasta entrarse en la población, que fué distancia de una legua, donde se rancheó el ejército y el General con sus camaradas en una valiente casa, muy capaz, del Cacique, que se llamaba Cucuba, bien proveída de comidas, maiz, yucas, batatas, ñames y otras raíces, y en su circunferencia muchas palmas de chontaduros, todo de bueno y recio sustento. Sentados allí ranchos, como no se pudiese dar vista á un tan solo indio, despachó el Gobernador cuarenta soldados con dos caudillos, Pedro Alvarez Centeno y Pedro Martín, mestizo, que con veinte cada uno corriesen las poblaciones: el uno el río arriba y el otro río abajo, como lo hicieron en seis días que llevaban de término. Al fin de los cuales, habiéndose dado buena maña, volvió cada uno con buena cantidad de chusma, niños y mujeres, con algunos Caciques. A quien hizo guardar con cuidado el Gobernador, por parecerle convenir así, para entrar con más seguro y paz en la tierra, dejando á las mujeres y niños, habiéndoles dado algunas bujerías de Castilla, con libertad para que pudiesen irse á sus casas y volver todas las veces que quisiesen á ver á sus maridos, á quien prometió soltar con brevedad, con que iban contentas: entraban y salían cuando querían, con otros Caciques que venían de paz: era toda esta gente muy chontal y salvajina, por no haber tratado jamás con españoles, aunque, como dijimos, habían desbaratado en aquellos pasos del río á tres ó cuatro Capitanes nuéstros.

2.º Tampoco tenían trato con sus provincias fronterizas, antes mortales odios, y se mataban y prendían unos á otros, porque aunque estos Yamecíes no comían carne como los otros, tenían esclavos de ella, presos en guerras, para que les sirvieran en sus labranzas y minas, y así se hallaron entre ellos esclavos Pantágoras, Aburrás, Guamocos y aun Malebúes de la Provincia de Mompox, de que estaban cercados: todas provincias carniceras, y aun pensando que lo eran también los nuéstros de carne humana, estaban medrosos y temblando de

cuándo y cómo los habían de matar para comerlos, hasta que los sacó de estos temores el bueno y noble trato que conocían en todos los soldados, en especial en el Gobernador, que los trataba como á hijos en palabras y obras, con que dentro de pocos días vino casi toda la tierra á darle la paz, trayéndole muchas comidas y algunas joyas de oro del mucho que tenían represado, á causa de no contratar, como dijimos, con ningunas otras gentes por donde se pudiese ir desaguando, y tener tan gruesas y valientes minas de ello (como se ha visto hasta hoy), de donde lo sacaban, porque en esto se ocupaban los veranos, cuando no los estorbaban las guerras, y en hacer harina de pescado, que sacaban del mucho que tienen todas aquellas quebradas y ríos, que era su principal comida todo el año, aunque también hacían sus monterías de puercos de manada que llaman, que son al modo de jabalíes, aunque menos grandes, y andan trescientos y cuatrocientos juntos; cogían muchos pequeños, que amansaban y cebaban en sus casas. Cazaban también otros animales y aves, de que son abundantísimas aquellas montañas, con que lo eran también sus comidas y embriagueces de chicha, porque en esto corrieron igual fortuna de embriaguez con todos los demás que se han descubierto en estas Indias.

3.º Traían de todo á los nuéstros con mano pródiga y cada día más, por el mayor cariño que les iban tomando por los buenos tratamientos y pláticas que les hacían el Gobernador y los sacerdotes del ejército, que era el Padre Diego Vargas, clérigo, y otros, para su bien temporal y espiritual, por medio de un indio cristiano de las Provincias de Cáceres, criado entre nosotros, llamado Tomás Tolosilla. Soltó el Gobernador á los Caciques, dando á cada uno una camisa, que se vistieron allí, que fué el primer vestido que se vido entre ellos, pues á todos sólo los cubría el natural; púsoles á cada uno un bonete colorado, con que se hallaban con él y con la camisa más galanes que el más curioso cortesano. Dió á cada uno una hacha de cortar y un machete y otras bujerías de cuentas de varios colores, y en especial algunos pedazos de sal, que estimaban sobre manera, por carecer de ella, si bien usaban de algunos ojos de aguas saladas, sin que hubiesen tenido hasta entonces habilidad de cuajar la sal, que después, por industria de los españoles, se cuajaba al fuego. Con esta libertad y buen tratamiento de los Caciques y de los demás que entraban y salían, se extendía á más andar la voz por todas las provincias y conferían lo bien que les estaba la amistad de los nuéstros, y así vinieron cierto día más de trescientos juntos (si bien los españoles no se descuidaban un punto, por lo que podía suceder, de andar alerta y con las armas en las manos), cargados de comidas y regalos, y mostrándose muy joviales con todos; dieron algún poco de oro, y repartiéndose todos por los ranchos de los soldados, rescataban con ellos lo que allí les mostraban, á crecidísimos precios, por ser el

oro que traían para ello. De suerte que á ellos les sobraba el oro, por faltarles á los soldados géneros que venderles.

4.º Por una libra de sal, que era lo que más estimaban, daban treinta y cuarenta pesos de buen oro; por una hacha de hierro, sesenta y setenta; veinte y veinticinco por un machete ó puñal; diez por un cuchillo carnicero; otros tantos por una camisa, y aun quince y treinta por un bonete colorado; diez por una aguja capotera para sacarse las niguas; por un anzuelo, seis y siete, y así de lo demás; siendo el precio los pedazos de oro que pedía el que vendía las cosas. Con que dentro de diez días bullían entre los juegos de los soldados más de veinte mil pesos de oro de veintidós quilates y medio, con que todos estaban alegrísimos y echaban mil bendiciones al Gobernador por haberlos traído á tal tierra, donde pensaban hacer pié por el resto de su vida, y ahora lo hicieron en este sitio por seis ó siete meses, hasta que al fin de ellos, cargándoles los indios la ropa y matalotajes y haciéndoles los ranchos en el camino y acudiendo á todo lo demás que se les mandaba, fué caminando todo el ejército hasta entrar en las Provincias que ellos llamaban de Senche y Vetue; diez leguas el río abajo de este primer rancho, llegaron á una buena vega del río, limpia y de muchas rozas, gran suma de palmas de chontaduros, que, por otra parte, la bañaba cierta quebrada de mucho pescado; toda la circunferencia de la tierra era una pasta de oro. Rancheóse el Gobernador en una gran casa que hallaron muy limpia, y los soldados en otras que se hicieron de nuevo. Saliendo ciertos soldados ya rancheados á chuchear por el monte, encontraron en cierto pantanillo con quince ó veinte indios recién muertos, que dando noticia al Gobernador y saliendo á verlos, preguntó á los indios amigos que quién había hecho aquello, y diciendo ellos que irían á saberlo, volvieron dentro de pocas horas con algunos indios, parientes de los muertos, que dijeron haberlos muerto ciertos indios del Cacique Mayaba, y que él mismo les ayudó, porque decían los muertos era bien dar la paz á los españoles, y el Cacique con los suyos que nó; con que vinieron á tomar las armas, en que prevaleció el Cacique, á quien mandó luégo el Gobernador fuesen á buscar algunos soldados, con guías de los parientes de los muertos, que trayéndoselos allí y hecha la causa, los mandó á castigar, y poner en libertad á las mujeres de los muertos que tenía presas el Cacique. Con el cual hecho quedaron más confirmados los indios en nuestra amistad, por ver que aquella gente que venía á sus manos, de nuevo guardaría justicia, castigando culpados, que hasta conocer esto bien llegaría el uso de la razón en estos bárbaros, con que acudían cada día con más frecuencia á los nuéstros con más oro, engolosinados de las cosillas que les vendían, de suerte que en cuatro meses ya había entre los españoles más de cuarenta mil pesos de buen oro.

CAPÍTULO XXXV

1.° No mueren españoles en las conquistas de los Yameces—2.° Fúndase la ciudad de Zaragoza en estos indios, y los que la fundaron—3.° Repártese la tierra, y con qué modo—4.° Las grandes riquezas que se hallaron y hoy hay en sus tierras.

DIJO el Eclesiástico en el capítulo XX, que *la sabiduría y el tesoro escondido á nadie eran de provecho*, y así parece que Dios quiso descubrir el mucho oro que tenía criado en estas tierras, ahora á los españoles, para que no estuviese inútil, como lo había estado hasta allí, que lo crió para que los hombres lo gozasen y le alabasen por ello, y aun porque esto fuese con más facilidad, sustentaba pocos indios en aquellos países, y de ánimos blandos y pacíficos para con los nuestros, para que no sólo no les hiciesen resistencia, sino antes que les mostrasen las ricas venas que poseían, y aun parece no quiso Dios que con guerras muriesen españoles en las entradas y conquistas de estas tierras, como han muerto á la entrada y conquista de otras sanas, porque sabía bien los muchos que habían de morir, por ser éstas tan enfermas, de los que habían de entrar á la codicia y saca del oro, como ha sucedido, pues han muerto innumerables españoles llevados á aquellos sitios de la codicia de él, y era esto de suerte y tan ordinario que en desembarcando en el puerto del río un chapetón, iban algunos de los del pueblo al Cura y le decían que cuánto quería por el vestido del que desembarcaba, por ser tan ordinario el morirse en entrando, y darle al Cura el vestido por el entierro.

2.° Al fin, sin detenernos más á moralizar la entrada aquí de estos españoles, digo que viendo el Gobernador la tierra pacífica y en tan buen estado, y los deseos de sus soldados, que conformaban con los suyos, de que se poblase ciudad de españoles, habiendo precedido todas las ceremonias y actos que suelen en las nuevas poblaciones, fundó una ciudad en nombre del Rey, que le llamó Zaragoza de las Palmas, por las muchas que había en aquel paraje, que era en el Valle de Vetue y sitio de Mayaba, en setenta y un grados de longitud del Meridiano de Toledo, seis y diez minutos de latitud al Norte, y habiéndole señalado solares para casas y huertas, nombró á los Capitanes Don Antonio Osorio de Paz y Pedro Jaramillo, seis Regidores y Alguacil Mayor, siendo Escribano Antonio Mancipo, que yo conocí mucho, y está enterrado en este convento donde esto se escribe, y á los fines del año de mil y quinientos y ochenta y uno. Algunos de los soldados y Capitanes que entraron con el Gobernador Rodas á la fundación de esta ciudad y allanamiento de sus tierras, fueron el Padre Diego Vargas, clérigo; el Capitán Don Antonio Osorio de Paz, su Maese de Campo; Hernán Sánchez, Don Juan de Artieda, navarro, caballero

conocido y que conocí mucho por mi amigo, que dejó en esta ciudad de Santafé, donde casó noblemente, larga generación; Hernán Centeno y su hermano Pedro Alvarez Centeno; otro Hernán Sánchez, sobrino del Maese de Campo; el Capitán Alonso de Rodas de Carvajal; Lope Ortiz de Poves; el Capitán Juan Fernández de Erazo, Martín de Ocampo, Bernardo de Loyola, Juan Arias Rubián, Tomás de Nafarmendi, Pedro Martín, Luis Fernández de Sotomayor, Benito Machuca Sandoval, Francisco Sánchez Archidona, Pedro Alonso Romero, Juan Ramírez Coy, Juan Mateo Corzo, Diego Vivas, Antonio Mancipe, Gonzalo Bolívar Arce y Penagos, el Capitán Francisco de Arce, Pedro de Pineda, Sancho García Molano, el Capitán Francisco Alférez, Miguel de Iriarte y otros.

3.° Habiendo tanteado los pocos indios que había en la tierra, que sólo eran hasta dos mil escasos, trató de repartirlos entre sus soldados, que siendo muchos y los indios pocos, para que si acaso algunos, por no alcanzar repartimientos, desampararan aquella buena tierra, le vino al Gobernador una buena traza como contentar á todos, y fué que señalando, según los méritos de cada uno, á treinta ó cuarenta indios efectivos con sus Caciques, llenaba la copia desde éstos de otros indios con nombres imaginados, hasta quinientos y seiscientos y aun mil, porque en su mano era echar de éstos los que quería, con que quedaban los soldados contentos, y enviando á llamar á aquellos efectivos, que eran los primeros en las copias, para que reconocieran á sus amos y encomenderos, les preguntaban por los otros imaginados y que sólo estaban en el papel, á quien los indios respondían como gente bárbara *cuaic*, que en su lengua quiere decir están muertos, porque como ellos no los habían conocido, atribuían su falta á la razón común de la muerte, con que pasó el engaño, si bien algunos lo debieron de entender, sirviéndose de solos aquellos que venían, en minas y sementeras, hasta que en pocos años vino á no quedar ninguno, ni rastro de ellos, porque toda la labor de minas de esta ciudad ha sido con negros esclavos, que luégo fueron metiendo allí, por irse luégo á los primeros pasos de su fundación descubriendo grandísimas grosedades de oro, mayores que las que aun en sus principios tuvo Veragua, pues llevados de esta fama y mayor codicia, muchos de los de Veragua trasladaron aquí sus cuadrillas de negros, con haber de una parte á otra más de doscientas leguas, como fueron los Capitanes Juan Manuel, Alonso Ruiz, Diego Suárez Manuel, Juan Rubio, Fabián Ortiz, Luis Prieto, Alonso Pérez Ortiz, Francisco Gómez y otros, que no les salió en vano la mudanza, como lo certificaron los acrecentamientos de sus caudales y los de todos cuantos han entrado en aquella ciudad, así en este primer sitio que ahora la dejamos fundada, como en el que al presente tiene, donde se mudó, que es en la misma margen del gran río Porse, que corre con acrecentadas aguas, por habér-

sele juntado más arriba las del Nechí, que juntas vacian por la parte del Este en el de Cauca, por donde le sube todo el sustento en barcos y canoas á esta ciudad, hasta llegar á Porse, porque entrándose la embarcación por él, descarga en los mismos cimientos de ella, á quien todo le viene de acarreto.

4.º Las vacas y ganado de cerda le entran de las sabanas de Aburrá, términos de la ciudad de Antiochia (llamámosla ahora ciudad, porque ya lo es), porque en todos los de esta de Zaragoza no se cría ganado ninguno mayor ni menor, por ser toda montañosa; pero su mucho oro le sirve de piedra imán para estar abundantísimamente proveída de todo, que ha sido tanto lo que de ella se ha sacado, que aunque no he podido saber el número cierto desde que fundó el Gobierno la Caja Real, que fué el año de mil y quinientos y ochenta y dos, (?) primero de Enero de mil y seiscientos dos; desde ésta hasta fin de Abril de mil y seiscientos y veinte ha sido lo que ha entrado en la Caja Real, de lo que se le debe al Rey al quinzavo y al veinteno (que es conforme á la capitulación, y hoy les conserva este privilegio), medio por ciento de fundición y ensaye, escobilla, alcabala y las demás rentas y aprovechamientos reales, trescientos y setenta y tres mil y ochocientos y noventa y tres pesos, cuatro tomines y ocho granos de oro de veintidós quilates y medio. Pongo sólo esto por no haber podido alcanzar la cuenta más llena, para que por el dedo se eche de ver cuán grande es el gigante y la suma riqueza que se habrá sacado desde que se fundó la Caja Real hasta este tiempo que contamos, y se ha de advertir que como el oro tiene su valor y precio luego al punto que sale de la mina, sin que espere á fundición ni marca, según me han informado los que menos se alargan en esto, debe de ser una tercia parte la que no ha llegado á fundición, marca ni derecho, y porque digamos también algo de lo mucho que se ha sacado en el distrito de la ciudad de Cáceres, han entrado en la Caja Real, en quien también entra la de San Jerónimo del Monte, de las mismas rentas reales que hemos dicho de la de Zaragoza, desde el año de mil y quinientos y ochenta que se fundó, hasta el de mil y seiscientos y diez y ocho, también al quinzavo y al veinteno, ciento y veintiun mil y doscientos y ochenta pesos y seis granos de oro. Los ciento y dos mil y seiscientos y cincuenta y dos pesos, seis tomines y dos granos, de veintidós quilates y medio, y los demás de diferentes leyes. Son estas dos ciudades en lo espiritual del Arzobispado de esta de Santafé, no tiene convecino alguno, sólo iglesia parroquial, porque son de poca vecindad, aunque tienen doctrinas de negros de minas, y la de Cáceres de algunos indios que aun le han quedado.

CAPÍTULO XXXVI

1.º Hállasele puerto á Zaragoza por el río de Cauca, por donde le entra el sustento—2.º Sale el Gobernador á reedificar á San Juan de Rodas. Edifícase San Jerónimo del Monte—3.º Los fundadores de esta ciudad, calidades de sus tierras, y sus entradas—4.º Júntase por el Real Consejo Antiochia y sus tierras con la Gobernación de Entre los dos Ríos.

VIENDOSE el Gobernador Rodas poblado en tierra tan feliz de minas de oro (de plata no se han hallado hasta hoy), intentó luégo buscar puerto por el río de Cauca, para poder comunicarse con los pueblos de Mompox y Tenerife, que están á las márgenes del Río Grande de la Magdalena, y aun con la ciudad y puerto de Cartagena, por camino más breve que por la de Antiochia, por donde hasta allí sólo se comunicaban, y así despachó al Capitán Jaramillo, entrado ya el año de mil y quinientos y ochenta y dos, con seis soldados y sus armas, en una barqueta esquifada que se hizo para el efecto, para que embarcándose en Porse diese vista si se podía por él y el de Cauca bajar al de la Magdalena. Lo que hizo el Jaramillo con brevedad, y se halló en cuatro ó seis días en la ciudad de Tenerife, y dando noticia de la grosedad de la tierra y nueva ciudad de Zaragoza, hizo codiciosos los ánimos de muchos para subir á ella con cargazones de matalotajes y ropa de Castilla y aun con algunos negros, para comenzar desde luégo á desvolver la tierra y sacar oro; y así subió con algunos mercaderes y vecinos que llevaban de todo esto, hasta llegar á la misma ciudad de Zaragoza, donde fué bien recibido, por tener ya necesidad de todo en la ciudad, en especial de vestidos, pues el mucho oro con que se hallaban les solicitaba á que lo empleasen en cosas de que se veían tan necesitados, como eran vestidos y comidas. Esto, y el ir entrando cada día más mercaderes y mineros á la ciudad de Zaragoza, con que parecía ya iban teniendo buen asiento las cosas y vecinos de ella, aseguró al Gobernador Rodas para que dejando allí por su Teniente á su Maese de Campo Hernán Sánchez, tomase la vuelta de la Villa de Antiochia, donde tenía su casa y encomiendas de indios, como lo hizo, llevando consigo algunos enfermos para curarlos en ella, tierra más sana, á donde llegó con buen suceso, después de casi dos años que había salido de ella para estas conquistas de los Zamaríes y población de Zaragoza.

2.º No le parecía había hecho harto al Gobernador en lo que hasta allí, si no volvía á levantar los cimientos de aquella su primera fundación de San Juan de Rodas que él había criado y Valdivia destruído, y así trató luégo, entrado el año de mil y quinientos y ochenta y tres, de hacer leva de algunos buenos soldados para el efecto, y habiendo llegado á número de sesenta, les

despachó con el caudillo y Capitán Juan de Rodas Carvajal, su deudo, hombre cabal y de satisfacción para aquella y otras mayores cosas; que llegando á la Provincia de Natave y sitio antiguo de San Juan de Rodas, la reedificó con el mismo modo que antes había estado, este mismo año, aunque duró poco más de él, pues refrescando los naturales de aquella provincia las acedías que siempre tuvieron con los nuéstros, y la inmortal guerra que siempre les dieron, como hemos visto, inquietaron ahora tanto la nueva población, que obligó á los vecinos á que el año siguiente de mil quinientos y ochenta y cuatro se pasasen de allí á poblar á otra parte más cerca del río de Cauca, como lo hicieron y poblaron una villa que llamaron San Jerónimo del Monte ó de las montañas, dentro de los términos y jurisdicción de Antiochia, dos días de camino de este gran río á la parte del Oeste, tierra de valientes minerales de oro, que gozaban sus indios; los cuales quedaron cuando se hizo esta población muy quietos, que les ha durado hasta hoy á los pocos que han quedado. Está el pueblo fundado en una pequeña sabaneta, tierra llana; hánse sacado de sus minas muchas y grandes puntas de oro suelto. Hay noticia de muchas y grandes sepulturas de indios ricos. Abrióle puerto el Gobernador para que entrasen por el río de San Jorge, que vacia en el de Cauca por el Poniente, todas las mercaderías necesarias á la corta población que hoy tiene, que no le es de poca importancia la comunicación que tiene en la ciudad de Cáceres, cuatro días de camino, el río Cauca enmedio.

3.° Los soldados y vecinos que ayudaron al Gobernador Gaspar de Rodas á allanar esta tierra y fundar la Villa de San Jerónimo, fueron el General Juan de Rodas Carvajal, el Capitán Juan Alonso de Santana, Bartolomé Díaz, Francisco Sánchez, el Capitán Martín de Ocampo, Juan Gallegos, Juan Mateo Corzo, Pedro Pablo Sarmiento, Juan Pérez Victores, el Capitán Diego de Avila, Alonso de Rodas Carvajal, hijo del Gobernador, el Capitán Juan Ramírez y otros. Tiene grandes pedazos de sabana y tierra limpia, no lejos de las montañas, para poder criar ganados mayores, porque el menor, si no son puercos, no se da, por ser tierras calientes. Vénse desde la cumbre de sus montes, á lo largo y á una vista, las sabanas de Tacozoluma, las de Tolú, Yapel y los llanos de Guazuzo hasta el principio de la serranía al Poniente. Goza de buenas aguas, todas de oro, de frutas de la tierra, como guamas, curas ó aguacates, plátanos buenos, guayabas, de las de Castilla pocas, aunque se dan algunas legumbres y raíces, yucas, batatas, apios y mucho maíz, y aun se diera trigo en los altos, si diera lugar á ello la espesura de la montaña, en que hay muchas suertes de monos. Hay otros animales fieros; aves se ven muy pocas ó ningunas, porque debe de serles el país nocivo, como hemos visto en otras partes (S. Gines de Lajara); tres leguas al Oeste de Cartagena de Levante he visto yo (*es convento de*

nuestra Orden) que las aves todas que entran en su huerta y se sientan en los cipreses ó naranjos (de que abunda), luégo á un credo se caen muertas. Críanse en estas tierras de San Jerónimo varias y venenosas culebras; no sé si hay algunas con orejas, como me certifican las hay en cierto quiñón del pueblo de Machetá, junto á lo que llaman el Boquerón en este Reino.

4.° Y porque se halle aquí consecutivo (aunque algo anticipado), digo que habiéndose procurado por el Gobernador Gaspar de Rodas, desde que le dieron título de esto, que se juntase á su Gobernación de Entre los dos Ríos la ciudad de Santafé de Antiochia, que era de la Popayán, como hemos visto, se admitió en el Real Consejo de Indias su petición, por las congruencias y superiores razones que hubo para ello: y así se despachó provisión el año de mil y quinientos y ochenta y seis, en que se le adjudicaba al Gobierno de Entre los dos Ríos la ciudad de Santafé de Antiochia, desmembrándola del de Popayán, donde á la sazón era Gobernador Juan de Tuesta Salazar, y hoy permanece de esa suerte el Gobierno, inclusa aquella ciudad en el de Zaragoza, Cáceres, San Jerónimo del Monte, que con ella son cuatro las ciudades que hoy incluye en sí el Gobierno.

FIN DE LA QUINTA NOTICIA.

SEXTA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

1.° Dáse principio á escribir la historia del Corsario Francisco Drake como le sucedió en estas Indias—2.° Dáse razón por qué la escriben—3.° Pónense á propósito unas palabras del libro de los Macabeos—4.° Era de nación inglés. Arma navíos en su tierra con bríos de robar las costas de las Indias, donde llegó con otro francés.

EN este año de mil y quinientos y ochenta y cinco era Gobernador, por el Rey, de la ciudad de Cartagena Pedro Fernández de Busto, más afecto á todos sus vecinos y los de la comarca que venturoso, pues aunque procuraba con benevolencia acudir al Gobierno y reparos de la ciudad para defensa de los peligros que le podían sobrevenir, por juicios secretos de la causa superior sucedió en su tiempo, el año siguiente, el venir sobre ella y tomarla el inglés Francisco Drake, cuyo discurso desde los principios que comenzó á visitar aquellas costas robándolas y el fin que tuvo en ellas, no pudiendo excusar nuestra Historia el escribirlo, habrá de hacerlo por entero, cosa que no pienso hasta hoy lo haya hecho escriptor ninguno, aunque han tratado de ello á pedazos algunos, como fué el Arzobispo de Santo Domingo, Avila, que escribió (aunque en suma) la toma de esta ciudad y la de Cartagena por este pirata, no sé á qué propósito, pues su historia era de las cosas de México, donde este inglés no llegó ni aun á ver sus costas, ya que el Fénix de España y aun del mundo en poesía, Lope de Vega, hizo su Dracontea de la última venida y fin que tuvo este hereje protestante en estas mismas costas del Norte, y así, supuesto que tengo de escribir todo su discurso, me será forzoso, para coger la hebra, dar algunos

pasos atrás de este año que vamos escribiendo, y otros adelante, para concluír con ella, por ser imposible, como hemos dicho en otras partes, proceder la Historia de otra suerte para ir con buen orden, y dar algunas cosas consecutivas por entero, que pasaron en diversos tiempos. Lo que nos enseñan todos los escriptores y lo que más es, los libros historiales de las Divinas Letras y los doctores que los exponen, en especial los que trataron de la concordia de los Sagrados Evangelistas, por ser menos inconveniente esto que el disgusto que causa tratar á pedazos y con interpolaciones las historias graves y que deben contarse seguidas. Pero quiero advertir primero al lector lo que advirtió Don Francisco de Borja, Comendador Mayor de Montesa, en el prólogo que hizo á aquella Dracontea de Lope de Vega, respondiendo á la cita: objeción que alguno puede dar diciendo que ¿por qué han de escribir españoles los felices sucesos y casos adversos que tuvieron en el discurso y encuentros que tuvo este protestante inglés Francisco Drake con nuestros españoles en estas costas de las Indias?

2.º Y sea, cuanto lo primero, que el descuido de unos suele hacer valientes á sus enemigos, por ser tan opuestos el descuido al cuidado, como sucedió á los nuéstros con este inglés, que estando seguros y aun descuidados en muchas de las partes que él tocó, y confiados que no había de llegar enemigo á sus costas, pudo hacer este inglés algunos asaltos y robos, y en navíos desarmados y sin resistencia, porque donde se hicieron, siempre salió con las manos en la cabeza, y quedaron los campos regados con sangre enemiga de nuestra fe, de suerte que no sacó un real de estas Indias que no fuese á precio de esta mala sangre y cuerpos muertos, que quedaban, como merecían, hechos cebo de leones, tigres, perros y aves carniceras. Lo segundo, que si consideramos á lo baptizado estos sucesos, podemos decir fueron como cuando el padre castiga con un palo las travesuras de su hijo, y después echa en el fuego el palo, que siendo el palo el Francisco Drake, con que Dios quiso justísimamente castigar los excesos de sus cristianos que vivían con descuidos, despachó este palo al infierno, quedando ellos mejorados en la enmienda, aunque llorando la pequeña falta de lo que el enemigo les robó en ocasiones, que fué como quitarles Dios á ellos el oro y la plata y echarla en el muladar del inglés, para que fiasen sus católicos más en él que en las riquezas, siendo más seguro que el de ellas el camino de la pobreza y mediana pasadía. Todo este discurso y el consuelo cristiano que de él puede salir, lo hallaremos harto mejor dicho que nosotros lo podemos moralizar, en el Capítulo sexto del segundo libro de los Macabeos, donde después de haber tratado las grandes guerras que los infieles gentiles habían tenido con el pueblo de Dios, ya ganando, ya perdiendo haciendas y ciudades, mil altos y bajos que había tenido de una y otra parte, y últimamente el martirio de los Macabeos, dice así:

3.º "Ruego mucho á los que leyeren este libro, que no se admiren ni espanten de los infelices sucesos que en él se cuentan, antes piensen que sucedieron no para la destrucción de nuestro pueblo, sino para su corrección, pues es cierto que el no consentir Dios que el pecador esté mucho tiempo en su culpa y el no dejarle obrar según su parecer, sin castigarlo luégo, muestras son de gran beneficio y merced suya; porque no le sucede á Dios con nosotros lo que con las otras naciones, á quien sufre con paciencia para castigar la plenitud de sus pecados el día del Juicio; niños los guarda para castigarlos hasta lo último, por lo cual nunca aparta de nosotros su misericordia, y castigándonos con cosas adversas (esto es, con la mano de nuestros enemigos), no por eso nos deja desamparados de su divina mano." Esto es lo que dice aquel Sacrosanto Capítulo, que por no tener necesidad de mayor explicación, pues sus palabras están bien claras y como nacidas á nuestro intento, pasaremos adelante con el que tenemos de la historia de Francisco Drake.

4.º El cual era inglés de nación, natural de la ciudad de Londres, menos que mediano de cuerpo, pero de bien compuestos miembros, hermoso, de rostro bermejo, de condición jovial, discreto; agudo en toda suerte de negocios, en especial del militar. En su pequeña edad estuvo en España por paje de la Duquesa de Feria, que era de su nación, de donde salió bien aljamiado en nuestra castellana. Dicen que era sobrino de Juan Aole ó Achit, de quien dejamos tratado intentó apoderarse de Cartagena en tiempo del Gobernador Martín de las Alas. Con las de su pensamiento andaba siempre, aun desde mancebo, volando, dando tientos á cosas mayores y de mayor marca que las que en sus países le había entregado la fortuna, y así buscándola mayor en las ajenas, viniendo á acaudalar un solo navío con una ó dos lanchas, ora fuese suyo, ora de compañeros que le ayudaron á armar, y con bastante compañía de diestros soldados y pilotos, le puso su codicia la frente y proas á estas Indias Occidentales, con que surcando las saladas aguas, dejó los puertos de su isla, y á no muchos días de navegación se encontró entre las anchas olas con un navío francés de los mismos intentos que los suyos, que antes de declararse el uno al otro, se cañonearon los costados, que con algún daño de ambas partes, vino á parar la refriega en hacerse ambos una; declarándose ser unos los pasos que ambos daban y de unas intenciones, y habiéndose concertado de correr igual fortuna en pérdida ó ganancia, dieron de conformidad velas al viento, que los trajo sin zozobra hasta dar vista á la costa de la ciudad de Nombre de Dios, y anclarse cerca de la boca del río Chagres, bien caudaloso, diez y ocho leguas al Poniente de Nombre de Dios, por donde suben á Panamá de ordinario los barcos con mercaderías para allí y el Pirú.

CAPÍTULO II

1.º Llegando los piratas al río de Chagres, habiendo hecho presos, dan la vuelta de Nombre de Dios—2.º Entre tanto sus navíos pillan una fragata, y lo más que sucedió allí llegando con mucha plata robada—3.º Vuélvese al dueño el casco de la fragata. Partida la plata, húyese el francés—4.º Toma el Drake la vuelta de Cartagena, codicioso de mayor pillaje, que lo hizo de una fragata del trato.

FUÉ su primera facción, llegados aquí, saltando la gente bien armada en dos ligeras lanchas, subir el río arriba, y dejándolas de secreto varadas en tierra, subir hasta la venta que llaman de Las Cruces, camino de Panamá, donde robaron buena cantidad de barras de plata; con la cual volviendo á las lanchas, las tomaron, y con los dos navíos la vuelta de la costa de Nombre de Dios, hasta llegar á cierta caleta entre las islas que están al Oriente del puerto, que es á la parte de Cartagena, donde dejándolos ocultos, saltaron en tierra y hicieron amistad con ciertos negros cimarrones que andaban fugitivos de Panamá y Nombre de Dios, haciendo mil estragos en cuanto les venía á las manos. Rescataban con éstos los ingleses y se informaban de todas las cosas de Nombre de Dios y Panamá, para donde los guiaron por caminos y trochas excusadas, hasta poner los negros á los ingleses en parte donde pudieron saltear las recuas que pasaban cargadas de Panamá á Nombre de Dios con la plata, que era innumerable cantidad que había bajado del Pirú para la embarcación que se había de hacer en los galeones para España.

2.º Mientras los dos Corsarios y su gente se ocupaban en estos latrocinios, á cinco hombres solos, ó marineros ó soldados, que habían dejado en guarda de los dos navíos gruesos, les sucedió otro lance bien considerable, pues fué rendir una fragata del trato que un Juan Nieto (de quien hemos tratado algo en la Historia) enviaba á Nombre de Dios desde la ciudad de Cartagena, bien cargada de mercancías, para que á la vuelta le trajesen un hermano suyo enfermo que estaba allí. Llevaba solos ocho hombres, á quien el Nieto dió orden gobernasen á sotavento, apartados de estas islas (que las tienen infamadas con nombres de cuevas de ladrones), por la fama que había de Corsarios, que fué causa que el Nieto no fuese en su fragata este viaje, en el cual obligados los marineros, por la falta que tuvieron de agua en razón de retardarles calmas el viaje, á llegar á cogerla por aquel paraje, se metieron entre las islas, llegando á puesto donde les dieron vista los cinco ingleses que estaban guardando las dos naves de los piratas. Los cuales cinco que despuntó la nave, montando cierta punta á vista de ellos, se arrojaron en una pequeña lancha que tenían, en demanda de la fragata, á probar ventura contra ella; á los cuales no ha-

biendo visto los de la fragata, se anclaron para hacer el aguaje en cuya demanda iban, y apenas habían saltado en tierra los ocho á la faena, cuando llegaron sobre ellos los cinco ingleses, con tan buena suerte, que les fué fácil rendir á los ocho, por hallarlos desarmados y desapercibidos, y así amarrados, metiéndolos en la lancha, los llevaban á sus dos navíos, dejando la fragata surta y segura, pues no quedaba gente que la moviese del puesto.

Cerca del que tenían las naves inglesas vieron los presos á dos hombres á la lengua del agua, amarrados al tronco de un árbol, muertos á estocadas y con otras heridas, y eran dos españoles que habían cogido en aquellas costas, y dejándolos en los navíos con los cinco ingleses, habían querido alzarse con ellos, pretendiendo matar á los ingleses, que por ser más, prevalecieron, y sacándolos á tierra, los dieron la muerte á su gusto, amarrándolos primero á aquel tronco; de lo cual escarmentados y medrosos los cinco ingleses de otro caso como aquél, metían cada noche á los ocho debajo de escotilla, con vigilante cuidado de vela toda la noche, sacándolos de día, sin hacerles mal tratamiento, antes entreteniéndose con ellos, en especial con uno llamado Hurtado, gran bebedor, con quien andaba largo el brindis. Este acrecentamiento de pillaje halló Francisco Drake y su compañero el francés cuando llegaron á sus navíos; lastradas las lanchas de barras de plata y oro, á que no fué mala ayuda de costa y para tomar la vuelta de su tierra, la mucha comida que llevaba la fragata, por la cual intercedió (digámoslo así) el arráez de ella, uno de los ocho llamado Lamparero, hombre de buena determinación y gusto, pues llegando al Francisco Drake, le dijo: "Esta fragata es de un soldado, hombre cabal y de mucha suerte por mar y tierra, que por ventura algún día vísteis en España, llamado Juan Nieto, á quien os pido de merced se la volváis, pues lo mismo quisiérades sucediera por vos si la fortuna os volviera el rostro, y este hidalgo, cuya era, no tiene otra cosa con qué pasar su vida, por la vuestra uséis con él de esta cortesía."

3.º Fueron tan á buen tiempo y con tan gracioso donaire dichas estas palabras, que respondió el Francisco Drake: "Propósito tenía de abrasarla, pero acudiendo á sus ruegos, avísale que aquí la hallará en esta caleta"; donde le metieron luégo sólo el casco raso, por haberlo ya descargado y quitado todas las jarcias y velambre, por quien también rogaba el Lamparero, aunque no respondiéndole á esto, por no molestar ni perder lo uno y lo otro, tuvo por bien no porfiar en ello.

Trataron luégo los dos Corsarios, sin esperar á la mañana, de hacer partija del oro y plata robada, como se hizo dividiéndole todo con una romana por iguales partes, que se acabó de hacer á la mitad de la noche, con que cada cual entrándose desde tierra, donde ésta se hacía, en su lancha, se fué á bordo

de su navío; viéndose el francés en el suyo y con más riqueza que satisfacción de seguro de su compañero Francisco Drake, trató de darle cantonada y apartarse de él antes que le descubrieran las luces; como lo puso por obra luégo, picando cables y á velas muertas, por hacer la fuga más en secreto, como le sucedió, pues habiendo guindado velas, ya que estaba algo apartado del compañero y que la obscuridad de la noche impedía el poderlas ver, se halló á las primeras luces más de veinte leguas á lo largo, que no fué de poca admiración á los ingleses cuando amaneció y se hallaron sin el compañero al lado, y que les había hurtado la vuelta, y así el inglés trató luégo (habiendo dado un batel al Lamparero para que con sus compañeros se quedase en tierra), para acrecentar sus caudales (es una barra de plata piedra imán de otra), de tomar la vuelta de Cartagena, donde á la sazón gobernaba Francisco Babamón de Lugo.

4.º Antes que este Corsario diera vista á la ciudad, ya Lamparero y sus compañeros habían dado la noticia de la próxima invasión del pirata, que habiéndose extendido con brevedad por toda la costa, llegó también á tenerla cierta fragata del trato, que viniendo cargada de las islas, llegó á la punta que llaman el Buhío del gato, seis leguas de la ciudad de Cartagena al Levante, donde se la dieron; venía en ella, entre los demás pasajeros, el Capitán Juan de Chaves con seis ú ocho negros esclavos suyos (éste es de quien ya tratamos en nuestra segunda parte, que había entrado en este Nuevo Reino con el Adelantado Don Alonso Luis de Lugo, y casándose en esta ciudad de Santafé, dejó larga y noble generación). El cual, sabida la nueva del pirata en aquel puesto, saltó en tierra; y dejándole dicho al piloto no surgiese de allí hasta que él se lo enviase á decir, tomó la vuelta de la ciudad, la playa adelante, por donde á distancia de dos ó tres leguas encontró una atalaya, que á mayores pasos venía á avisar á la fragata no pasase de aquella punta, antes le sacasen la carga y gente, escondiéndolo todo en el arcabuco, por tener el Corsario á la vista de la ciudad. Esta nueva quiso volver á dar el Juan de Chaves, que por ser ya larga la distancia y habérsele cansado el rocín, no pudo llegar hasta otro día, cuando ya halló haber surgido del puerto la vuelta de la ciudad, de donde viéndola en jolito y con calmas, le despacharon una barqueta, con aviso de que se arrime á la costa y desembarque gente y ropa, como se hizo con la gente, aunque no con la carga, y estaba ya surta y desembarazada de gente, cuando dándole vista el inglés, voló á ella con dos lanchas ligeras como unas aves, donde prendieron al dueño de ella, que se había quedado amparándola, y á un criado del Juan Chaves, natural francés, aunque bien aljamiado en nuestra lengua, y á sus seis esclavos, que llevaron presos al navío, no sin esperanzas que llevaba el dueño de la fragata de que le darían á lo menos el casco de ella, pues no era poco caudaloso el pillaje que de ella sacaban.

CAPÍTULO III

1.° Dando los negros Drake á su dueño, pegó fuego á la fragata. Determina el Gobernador salgan á buscarlo—2.° Salen á ese dos navíos y lo que sucedió con el uno—3.° Huye el protestante de los dos y escápase sin daño—4.° Toma la vuelta de Londres, donde llegó en salvamento.

PUESTOS los presos en el navío inglés y presencia del Francisco Drake, le habló en su lengua el francés, criado del Chaves, diciéndole se sirviese dar aquellos negros esclavos á su amo, pues á él le servirían de poco, y á su amo le eran de importancia, pues por tener necesidad de ellos, había poco los había comprado. A que el Corsario respondió, tomando ocasión de la necesidad que le representaban se tenía de ellos, que fuesen los dos presos á tierra y concertasen el rescate de los esclavos con el Juan de Chaves; que respondió, habiéndoselo tratado, serle aquello prohibido por todo derecho, y que si con el besamanos se los quería volver, recibiría muy grande cortesía. La cual tuvo el inglés remitiéndoselos, lo que no hizo con la fragata, á los ruegos de su dueño, pues habiéndola descargado y desjarcido, le pegó fuego. A cinco días que pasó esto, llegó el Gobernador á la ciudad, de donde estaba ausente, y tratando luégo de que saliesen contra el Corsario con un navío de los que estaban en el puerto, encargó la salida al mismo Juan de Chaves, que tomándola con mucho gusto á su cargo, por hacer aquel servicio á Dios y al Rey, se dispusieron luégo los pertrechos de guerra y gente que se había de embarcar. Entre los cuales iban Pedro Suárez de Guzmán, hijodalgo, conocido hermano de Juan Gutiérrez Tello, Tesorero que á la sazón era de la contratación en Sevilla, y un Fernán Centeno, caballero de Ciudad Rodrigo, y Francisco González de Castro, de quien tanto hemos tratado en lo de Santa Marta, que fué, como dijimos, Teniente del Gobernador Don Luis de Rojas. El cual Castro también pretendió esta salida con otro navío y buena gente de mar y tierra que á su devoción se ofrecían á la salida.

2.° Acerca de la cual hubo varios pareceres, si sería más importante salir uno solo, por no dar ocasión al enemigo que se huyera, ó los dos navíos, por llevar más fuerza. Resolvióse la diferencia en efectuar esto segundo, no sé cuál de los dos por cabo; pero salieron de noche del puerto por no ser vistos, aunque por ver por dónde habían de ir, en saliendo se pusieron de mar en través hasta que amaneciera; si bien el Juan de Chaves, con intentos de ser él el primero que abarloase con el contrario, determinó, en saliendo el lucero de la mañana, hacer volver la proa de su navío, como fingiendo huída hacia la boca del puerto, para que viéndolo huír el pirata, á quien tenían á la vista, á la parte

del Poniente, codicioso del pillaje, acometiese á él, como sucedió; pues al punto que dió vista al navío del Chaves, salió en su alcance el Francisco Drake con la mayor de las dos lanchas, bien esquifada y ligera, con la más de su gente, porque parte de ella quedaba con la otra guardando otro navío surto, que habían pillado en aquellos parajes. Dispúsose la gente del navío de Chaves de suerte que sólo él se parecía en pié arrimado al árbol mayor; encubiertas las armas con un capotillo de baldres, no descubriéndose ninguno de los demás, por estar en el combés tendidos y avisados que cuando se les fuese apegando la lancha, tomasen las trizas y amainasen de romanía. Llegando con brevedad la lancha, antes de embestir al navío se reparó y mandó el Francisco Drake le dijesen amainase: á quien el Chaves hacía señas y sin hablar se fuese allegando, de que el inglés alterado, hizo disparar un cañón grueso, que sólo le ofendió rompiéndole la vela al navío.

3.º El Francisco de Castro, sentido de que el Chaves se hubiese hecho á lo largo de él, tanto que lo había perdido de vista, sospechando el rumbo y aun la estratagema que había tenido, fué navegando por aquel paraje, por donde á poco rato dió vista á los dos bajeles que ya se disponían para la refriega, y disponiéndose también él y su gente, enarboló su bandera y dispararon algunos fuera de tiempo sus mosquetes, que fué bastante seña para que el Francisco Drake conociera ser armada que venía á darle caza, y así haciéndoles la guerra galana, como dicen, volvió la proa de su lancha, y con la misma y mayor ligereza que había venido, llegó donde había dejado la otra en resguardo del navío surto, al cual pegando fuego, pasó con sus dos lanchas adelante, y se desapareció de los dos navíos nuéstros, dejándolos burlados y manivacíos; que luégo tomaron la vuelta de la bahía para dar cuenta al Gobernador de lo que había pasado, que los había estado mirando desde la ciudad con los demás vecinos de ella, hombres y mujeres. Ordenó que saliesen los mismos otro día con otro barco más, con treinta negros remeros, para dar alcance, si con el velamen no se pudiese, por menguar el viento. Tomó por su cuenta el barco Juan de Chaves, armado de buenos tiros y gente de boga, yendo por Capitán de la fragata Pedro Suárez; con que salieron en demanda del enemigo, pero no bogando los negros con la fuerza y bríos que quisiera el Chaves, y por esto serles de más broma y tardanza que de comodidad, los hubieron de dejar en la ribera y pasar adelante con ligereza, por refrescarles el viento, con que encontraron luégo con el Drake, que para poner miedo á los nuéstros, disparó una pieza gruesa de una lancha, aunque sin efecto, como no lo fué otra más gruesa que disparó el Chaves, pues hizo quedar sin vida á tres ó cuatro de la lancha, con que el Francisco Drake no se atrevió á apegarse más á los nuéstros, antes se fué retirando, porque no venía á ganar honra sino hacienda, sin poner á riesgo sus soldados. Donde se

verifica lo que dijimos, que siempre volvió las espaldas á los que le hicieron rostro, como ahora, que volviendo las popas de sus lanchas, navegó hasta perderse de vista. A quien no siguieron más los nuéstros, viendo ser inútil aquella guerra, si bien pretendieron otro día por la mañana volver á darle caza, como lo hicieran á no levantarse á las primeras horas del sol una tan hinchada tormenta, que excedió á cuantas hasta allí habían visto los de la ciudad, con que les obligó á volver á su puesto.

4.° También se dice de este Corsario que en esta ocasión tuvo por bizarría, mentido su nombre y poniéndose el de Don Diego, entrar en Panamá, á donde estuvo cuarenta días tanteando en público, al fin como espía, las cosas de aquel puerto y ciudad, donde en cierta ocasión fué también testigo de una escriptura, y habiendo tenido lugar en este tiempo de tomar entero conocimiento de todo, lo que pretendía, pidió licencia como un español para partirse de la ciudad, como lo hizo volviéndose á sus lanchas, y tuvo lugar en esta ocasión para todo, y al fin, pasado la que acabamos de decir con Juan de Chaves, tomó de hilo la vuelta de su patria, Londres, á donde llegó con prosperísimo pillaje y viaje, donde fué recibido con el aplauso que de ordinario alegran las riquezas, pues hasta la Reina hizo de esto excesivas demostraciones, con cortesías mayores que permitía sus Real persona; pero al fin eran de mujer, y que algo de aquello se originaba de codicia y deseos de meter las manos hasta los codos en tan grueso pillaje como llevaba el protestante; como se echó de ver, pues picada de aquella gruesa ganancia, trató luégo que se hiciese otro viaje con las fustas, gente y aparato que veremos, á costa de lo robado en nuestras costas.

CAPÍTULO IV

1.º Sale el pirata Drake otra vez de Londres, y pasado el estrecho de Magallanes, llega á las costas de Lima—2.º A donde se da aviso y se previenen, con que no hace daño considerable—3.º Prevenciones del Callao y Lima contra el Corsario, que tomó el rumbo de la costa abajo—4.º Donde coge un navío nuestro que iba á Panamá, y en él gran pillaje.

PICADO de la codicia y por la sobramano que le había quedado á Francisco Drake de los gruesos pillajes de esta primera jornada, se dispuso luégo la segunda, y no sé si con la intervención de la Reina Isabel y de otros que la ayudaron á armar, ó por ventura por sí solo, pues su caudal sufría tan levantado gasto, aparejó cuatro navíos gruesos de grandes y reforzados tiros, y de gente de la más diestra que se fué allegando, llevados de las mismas alas de la codicia; tomó la vuelta de estas nuestras costas el año de mil y quinientos y setenta y nueve, no poniendo las proas á las del mar del Norte, por haberlas dejado avispadas y alerta, sino á las del Sur, arrojándose á aquel anchísimo piélago hasta pasar por el estrecho de Magallanes, donde, y en otros parajes, con arriscadas y frecuentes tempestades, se le fueron á pique con toda la gente los tres navíos, quedando solo el Francisco Drake con el suyo y algunas lanchas, con que dobló á la costa del Mar del Sur y tierra de Chile, donde, con admiración de toda ella, por ser, después de Magallanes, el primero que la había costeado desde Europa, surgió en el puerto de Coquimbo, lugar poco distante del estrecho. Tuvieron lugar sus moradores de retirarse la tierra adentro, sin dejar en el pueblo cosa de consideración en que pudiese emplear las garras de su codicia, y así sin detenerse aquí, tomó la vuelta del puerto de Arica, que lo es del gran cerro y provincia de Potosí donde Pedro de Valencia, extremeño, natural de Trujillo, que á la sazón gobernaba aquel pueblo, aunque con poca gente, le hizo con tanta valentía frente al pirata, que le obligó á poner la suya la vuelta de la ciudad de Lima.

2.º Para donde despachó por las vueltas el Pedro de Valencia al Virrey Don Francisco de Toledo, aviso del ladrón que infestaba los cristianos puertos, ordenando al mensajero que en todos cuantos pasara dejara el mismo aviso, como lo iba haciendo hasta llegar á Pachacama, donde á la sazón gobernaba un Corregidor llamado Pisa, que entendiendo ser sólo alboroto del mensajero, por estar tan descuidados en aquellas costas de que algún enemigo llegase á inquietarlas, le prendió, y aun estuvo determinado á estirarle el cuello, con sospecha no fuese aquello algún principio de alzamiento; aunque convencido con las razones del mensajero, le hizo quitar las prisiones y aviar para que pasase adelan-

te con el aviso sin tardanza; pero la que hizo allí fué de grandísimo inconveniente, pues con ella les faltó tiempo para poner en cobro los navíos del Callao, con que hallándolos descuidados y surtos, el Corsario cortó de secreto con una lancha las amarras de algunos, de donde recogió buena cantidad de barras de plata. Quiso acometer á uno que era recién llegado al puerto, desde Panamá, pero la vigilancia con que estaba hizo á la lancha del inglés que se retirara, mal de su grado, á lo largo, hasta donde estaba su navío surto, que lo hizo con la mayor prisa que pudo, como la traían los del Callao luégo que echaron de ver ser aquel navío de mal hacer, de que nunca hasta allí se habían temido, volando los de los botes al pueblo y los del pueblo á poner en cobro lo mejor y lo de menos bulto de sus haciendas y menaje de casas, y en especial se hizo esto en la Aduana, de donde se fué sacando luégo copiosísimo número de plata, tratando de asegurarla con caballos y carretas en la ciudad de Lima, que está de allí dos leguas la tierra adentro.

3.º Andaban todos tan sin color de rostro y turbados, que sin atender á su defensa por el terrible sobresalto que los alteraba, sólo trataban de retirarse, como lo hacían en tropas á la misma ciudad de Lima para amparar sus personas, hasta que cierta mujer, dando riendas á su coraje y voz airada, les decía: "¡Dónde vais, gente cobarde y para poco! indignos de llamaros hombres, cuánto más españoles! pues volvéis las espaldas sin saber de quién, dejando desamparadas y al riesgo que les puede suceder á vuestras mujeres y hijos." A que respondieron ciertos mancebos satisfaciendo á sus voces: "No nos parece ser conveniente que esperemos tan sin armas para nuestra defensa y ofensa del enemigo, pues aun no tenemos mechas, para que siquiera nos vea con ellas el enemigo defenderle la playa." Lo cual oído por la dueña, quitándose la toca de la cabeza, torció de ella mechas y se las repartió, con que encendiéndolas, velaron la costa por sus cuartos toda la noche, porque cuando esto pasaba, se iban ya cubriendo las luces, hasta que volvieron las del día siguiente, que vieron el navío del Corsario surto y sosegado, sin tratar de levar anclas hasta las diez del día. Entretanto, habiendo llegado la nueva á la ciudad de Lima, era de entretenimiento los varios pareceres que la turbación causaba en todos; pero no teniéndola el Virrey, hizo tocar luégo cajas y enarbolar banderas y junta de la nobleza popular y militar, y de las armas y pertrechos con que cada cual se hallaba en sus estancias más cercanas y en la ciudad. A donde era recién llegado Alvaro de Avendaño (sobrino del Licenciado Vaca de Castro, bien conocido en aquellas Provincias del Pirú), con título de Adelantado y comisiones largas para las conquistas de aquellas grandes tierras de quien se tenía noticia, que llamaban y hoy se llaman las islas de Salomón. Ofrecióse Don Alvaro seguir al Corsario con su gente y razona-

bles pertrechos que tenía de guerra. A que no acudió el Virrey, por no ser tan afecto, según dicen, á su tío, y así nombró á cierto Capitán llamado Pedro de Arana, hombre de satisfacción y cabal para estas y otras mayores, que admitiéndole con mucho gusto, y quinientos hombres que le señalaron de compañía, dispuestos con la brevedad que pedía el caso, tomó con los ciento la vuelta del Callao, donde, por presto que llegó, ya no parecía la nao del Francisco Drake, porque después de haber dado aquel asalto en el puerto, no se detuvo más de lo que lo detuvo la falta del viento, que fué hasta las diez del día; y así en aquella hora y con velas hinchadas, pasó costeando en demanda de los puertos de Paita. A quien pudieran dar alcance los limenses, según los valerosos bríos y alientos con que se embarcaron, á no mudar de parecer, considerando los pocos arcabuces, tiros gruesos y munición que traían para contra el navío inglés, que llevaba pertrechados los lados de fortísimos tiros, tan espesos, que estaban unos sobre otros.

4.° No saliendo con esta consideración del puerto los nuéstros, se dejaba correr el inglés seguro con viento galerno, cuando dió alcance á un navío que tres días antes que llegara el inglés había surgido del Callao, que lo llevaba á su cargo un piloto vizcaíno llamado San Juan de Antón, en que iba registrado y del Rey un millón de plata y oro, como decían los registros. Apenas le hubo dado vista el protestante, cuando calando voretas (?) y regando velas, daban cuanta prisa podían á correr la navegación para dar alcance á nuestra nave antes que pudiese esconderse en algún puerto, como sucedió, llegando sobre ella y diciéndole á grandes voces: "Amaina! amaina! por Inglaterra," como lo hicieron viéndose sin defensa, con tan poca gente como en ella iba, sin tiros ni municiones. Saltó en ella luégo el Francisco Drake, como tigre á becerro, y diciendo lo primero al piloto: "Dame luégo lo que es mío, pues el derecho de la guerra concede llevar el pillaje al que más puede," comenzaron á trastornar el navío y con alegría que no se puede decir por las grandes riquezas que en él hallaron, lo trasplantaron todo al suyo, hablando con palabras urbanas y corteses á nuestra gente, no poco afligida del suceso, consolándoles con alegres palabras y dándoles algunas piezas de ruanes y holandas de las que él traía, zaragüelles, jubones y otros vestidos de seda, que recibían los nuéstros, disimulando cuanto pedían sus pesares, por tomarlo todo tan bien vendido.

CAPÍTULO V

1.° Habla el protestante á los nuéstros con palabras chocantes, con que pretende consolarlos—2.° Dáles el casco del navío y coge otro de no menores pillajes—3.° Coge otro de Panamá, de donde salió gente en su demanda, sin poder tener noticia de él—4.° Salen también dos navíos de Lima á buscarle, que no hallándole, pasa el uno en España y da aviso—5.° Coge otro navío de ropa de la China. Alborótanse los indios. Llega el Corsario á Londres sin zozobra.

MOSTRÁBASELES el inglés, para más consolar á nuestros pasajeros, alegre y jovial, y decíales facecias de chocante: "Bien veis cómo venimos de tierras tan remotas á buscar la abundancia de riquezas de que á solas gozáis vosotros en estas tan fértiles de oro y plata, de que será bien todos participemos, pues todos somos hijos de Adán y Eva, y no me podréis mostrar en el testamento de Adán alguna cláusula en que diga que á solos los españoles deja por herederos de estos países, y si acaso me la mostráredes, confesaré no tener á esto ningún derecho; pero si no, estad ciertos que llevará más quien más pudiere." A todo esto estaba el piloto San Juan tan embelesado del caso repentino y nunca pensado, que parecía estar fuera de sí, y acrecentaba el sentimiento el pensar no se imaginase que aquella hacienda del Rey y particulares se había pillado por su descuido ó malicia. Lo que por alegrar al piloto, pretendió reparar el Francisco Drake con otra facecia, diciéndole: "No te dé pena que yo te haya quitado esto, pues de todo te daré carta de pago, y aunque te tomase más, lo tuvieran por bien los Oficiales Reales, y aun se alegrarán lo haya tomado sin que hayamos venido á las manos ni derramar sangre; pues el atrevido nunca lleva vana confianza; demás que bien se sabe que Philipo me debe todo esto por lo que le quitaron á mi tío Juan Acle, cuya desgracia tengo por propia, de cuya deuda me he hecho ahora la libranza, que ojalá pudiera ser de otra tanta más cantidad; pero aunque no ha sido más que ésta, te celebraremos este día y tu fiesta en él cada año, pues te llamas *San Juan*."

2.° "Toma tu navío y marineros y vete con la bendición de Dios á Panamá y diles que el estrecho que llaman de Magallanes, no lo es sino mar ancho, que ya yo me sé de coro y traigo sondado, con que no tienen que descuidarse por los malos ratos que sin duda les daré ordinarios de aquí adelante, en que querría hallar gruesos pillajes, mayores que el que ahora he tomado; pues aunque es algo, se extienden mis deseos á muchos mayores." Ejecutando el San Juan con brevedad la licencia que se le había dado, sospechoso no se le revocara, sin advertir á lo que le decía, se dió á la vela, y avisos á todas partes

donde tocaba, de cómo le había ido en la feria. Pasó también el Corsario adelante, á donde á pocas leguas le vino á las manos otra fragata del trato, que había salido del puerto de Guayaquil para el de Callao, cargada de mercancías, comidas, pólvora, brea, sebo y jarcia, que le vino á pedir de boca y como lo deseaba el pirata para su derrota, que parecía en todo andaba con fortuna derecha, pues con tanta facilidad y sin riesgo iba llenando su deseo de cuanto apetecía; por donde vinieron algunos á pensar que algún Demonio familiar con quien tenía hechos sus contratos le sazonaría estos sucesos, por tenerlo ya por uno de los más seguros de su partido, si bien esto tiene menos fundamento (pues le basta al día su malicia) que el decir causarlo más de estas buenas suertes su sagacidad y diligencia, opuesta al descuido de los que encontraba; pues, como dijimos, la cobardía y descuido de unos cría valentía en sus contrarios, como en estas dos ocasiones hemos visto, porque siempre volvió las espaldas cuando le hicieron á este ladrón resistencia en otras.

3.º Pasando este Corsario hacia las costas de Nueva España, desvolviendo cuantos puertos y ancones baña por allí el mar del Sur, descubrió otro bajel, que habiendo salido de Panamá cargado de vinos y otras mercancías, llevaba la vuelta de Nicaragua. A quien darle vista el protestante y apoderarse de él fué todo uno, sin preceder sangrientas contiendas, ni gastar más tiempo que el que fué menester para abordar con él. Alograba á los despojados de la fragata y carga el inglés, diciéndoles: "Sola esta presa me faltaba para volver la proa y hacer ausencia de estos mares, aunque primero tenía intentos de dar carena y lado en la isla de Piñas, donde, si determinaban buscarlo, lo hallarían." Volvióles con esto la fragata y algunas cosillas de las que él traía (no de las que ellos, pues nada de la plata y el vino hizo larga) para consolar su decaimiento y sentimiento de la pérdida, con que tomaron los nuéstros la vuelta de Panamá, dando nueva del suceso y de lo que había dicho el pirata, que aunque lo tuvieron por ficción y estratagema, y que por ser tan enemigo de nuestra fe y nuéstro, se había de entender lo contrario. Determinó aquella Real Audiencia saliesen en su demanda cien soldados que estaban efectivos en la ciudad para la guerra del Ballano, que habiendo salido y trastornado con diligencia cuantas puntas, puertos y ensenadas había en las costas de Tierra Firme y islas, fué en vano, pues ni aun noticia pudieron tener del ladrón. La cual llegando también á la ciudad de Quito y alborotado la tierra, enviaron con la brevedad posible cien hombres para esforzar la defensa del puerto de Guayaquil, y por su General Rodrigo Salazar, el corcobado.

4.º Y aun no hallándose con esta prevención y otras seguros los de aquel Reino de Quito, se dispusieron los sacerdotes á defender la parte que les cupiera, con las armas en las manos, nombrando por cabeza al Padre Juan de Legui-

zamo, sacerdote, aunque todo vino á parar en prevención aparente, porque los intentos del Corsario nunca fueron más que hacer bella guerra en las aguas, sin hacer pié en la tierra, por entonces, hasta verse en otra ocasión con más posible de armas, gente y navíos, como lo hizo en las otras dos que volvió á estas costas del mar del Norte, como veremos. En ésta no se descuidaba el Virrey de Lima, pues juntando una lucida compañía de quinientos soldados, y por General á Don Luis de Toledo, su primo, los despachó con la brevedad posible y dos navíos en demanda del inglés, que gastando gran número de días trastornando cuantos puertos tiene aquella costa, fueron diligencias tan en vano como si buscaran á quien jamás había dado vista á aquellos mares, por tierra ni en navío; y así el uno de éstos, en quien iba por Capitán Pedro Sarmiento, hombre cabal y de mucha satisfacción y elegante en su persona y palabras, se determinó á pasar el estrecho de Magallanes, y con favorables vientos surgió en los puertos de España, donde dió la nueva del suceso del pirata, desde donde tomó la vuelta de estas costas y ciudad de Cartagena, con recados que trajo del Consejo en orden á lo que iba sucediendo.

5.º Habiendo dado lado el protestante á sus fustas donde mejor le pareció, sin molestia de los muchos que andaban dándole alcance, se hizo á la mar con viento próspero, viniéndole otra prosperidad á las manos de una buena fragata cargada de ropa de la China, que había salido del puerto de Acapulco, donde se hace la embarcación y desembarcación ordinaria de la China; fuéle tan fácil al inglés coger esta fusta como las demás, sin estorbos de guerras sangrientas: felicidad que se le juntó al grueso pillaje que halló en ella, pues lo más vil de sus mercancías eran rasos y damascos, y entre esto hubo á las manos un mapa puntualísimo y verdadero de todos aquellos mares, puertos, puntas y bahías, que no lo estimó en menos que el resto de lo que hasta allí había pillado, aunque eran, como hemos visto, innumerables riquezas, pues le venía á la mano cuanto deseaba y aun mucho más de lo que pudo imaginar (por no llevar gente en el suyo que lo marease) y de lo necesario para su viaje, que lo hicieron tomando otra vez la vuelta de Acapulco. No falta quien dé noticias de haber los indios de aquellas costas escritole cartas al Francisco Drake, ofreciéndole favor si se determinase á saltar en tierra contra sus encomenderos, que no lo tendríamos por cosa nueva ser esto así, conociendo la facilidad y poco discurso de estos naturales, pues aun en los de este Nuevo Reino de Granada, con haber tanta distancia de una á otra parte, hicieron la misma conmoción y alteración las nuevas que de este Corsario les llegaron, porque yéndose acrecentando á cada legua, entró una fama entre ellos de que venían ya otras gentes más valientes que los españoles, que ni oían misa ni se confesaban, ni había entre ellos clérigos ni frailes, y que dejaban vivir á los indios como querían, que era

lo que más apetecían, y aun á lo que más les persuadían los más ladinos, que son (como hemos dicho muchas veces) el mayor estorbo para la conversión de estos naturales. El Francisco Drake, con los pillajes que hemos dicho, y sin estorbos de malos sucesos de mares ni vientos, llegó en salvamento al puerto de Plemua, y de él á Londres, donde fué con soberbio aplauso recibido de la Reina y nobleza, pues las riquezas con que entró á todos inclinaba á eso. De ellas compró grandes estados, rentas y juros, que todo fué como beber salado, para no aplacar la sed de su codicia, como veremos.

CAPÍTULO VI

1.º Tornó otra vez el Corsario, en compañía de su Reina, á armar otra gruesa flota para estas Indias—2.º Aguarda la nuestra de mar en través. Repara Dios este daño con una tormenta que vino á nuestras naves. Da sobre la costa de Galicia—3.º Dando sobre Cabo Verde, lo roba y quema, desde donde se da aviso á la Isla Española. 4.º Que estando bien descuidada, pudo hacer menores prevenciones de defensa que hubo menester.

CONSIDERANDO la condición humana, y cuán lastimada quedó por el pecado, y sin fuerzas para poder tener el freno á la codicia, no se nos hace de nuevo ser unas ganancias causa de aspirar á otras, en especial entre gentes que viven sin ley y contra Dios; llamo sin ley á los que no guardan la suya, antes le contradicen en lo que tiene propuesto de la creencia que le deben dar los hombres, como en este Reino de Inglaterra, por su malicia y secretos juicios de Dios, ha sucedido. Vídose este discurso pintado al vivo en esta facción de Drake, pues no quedó satisfecho con las muchas que en los dos viajes pasados había conseguido; quedándole sabrosa la mano, y á él y á la Reina Isabel la codicia acrecentada, hicieron compañía para tomar otra vez la vuelta de estas costas, y así, haciendo en nombre de ella todas las negociaciones, se comenzó á poner en efecto la disposición de una gruesa armada para el intento, con conciertos que de cuanto se pillase se hiciesen seis partes: una para la Reina y otra para el Francisco Drake, que era el General de la armada; y las cuatro para los soldados, repartidas según los méritos de cada uno. Pusiéronse luégo á pique para navegar sobre treinta galeones fuertes, con casi veinte fortísimas lanchas; armas de todas suertes, innumerables, ofensivas y defensivas, para siete mil hombres que se alistaron para el viaje; más de los seiscientos, caballeros de grandes linajes; del resto, la mayor parte prácticos guerreros, aunque de toda broza, todos desde treinta hasta cuarenta años, pues el de más se dice era el

General, que no pasaba de cuarenta y cinco. Su Lugar Teniente se llamaba Cristóphoro Carli; Martín Frowicher, vice-Almirante, y Sargento Mayor Antonio Powele. Las jarcias de los navíos se embarcaron todas por duplicado; borgantines labrados en piezas para lo que ofrecieran las ocasiones, y para lo mismo muchas fraguas; por lastre ladrillo y cal (aunque es porte peligroso, pues como vimos los años pasados, saliendo una fragata de Cartagena para Puertobelo, que llevaba cal por lastre, haciendo agua se fué empapando la cal, en que se solapaba el peligro, que luégo se experimentó yéndose todos á pique sin remedio), para si se ofrecía labrar murallas ú otros pertrechos en algún sitio.

2.° La primera intención á que puso la frente este Corsario con toda esta máquina de flota y gente, fué procurar haber á las manos la flota que iba de estas Indias este año de mil y quinientos y ochenta y cinco, que fué cuando él se dió á la vela de los puertos de Inglaterra, y así, poniéndose en cuarenta y cinco grados (que son los que reconocen las armadas que van á Castilla de estas Indias, para desde ellos descaecer y entrar por la barra de San Lucar, que está en 36 grados) de mar un través, hechas media luna sus cincuenta velas, estuvo al paso aguardando la flota algunos días, la cual saliendo de Cartagena y de la Habana, de quien iba por General Don Antonio Osorio, un caballero natural de la Villa de Medina del Campo, fué navegando con buen viaje, guiándola un diestro piloto llamado Alonso Ramos, que dicen había venido por orden del Consejo á Cartagena para el efecto en el navío de aviso que trajo la nueva de la salida de este pirata para estas costas; llegó sin zozobra á ponerse en altura de casi los cuarenta y cinco grados, que fuera imposible dejar de dar en las manos del inglés protestante, á no sobrevenirles á nuestras naos una tormenta, con que le desbarató el rumbo y se libró de sus garras, llegando en salvamento á San Lucar, que por haber sido tan de repente y á tiempo la tormenta, la llamaron la flota del milagro. De la cual viéndose ya frustrado el inglés, habiéndola aguardado hasta cuatro de Octubre de aquel año, diciendo á sus Capitanes ser ya en baldo el trabajo y cuidado de estar allí para aquel intento, tomó la vuelta de la isla y ciudad de Bayona, en el Reino de Galicia, y en especial llegaron todos juntos á Vigo, donde por dar de repente en ella y sus pueblos circunvecinos, no dejó de sacar razonable pillaje, en especial habiendo habido á las manos una barca, donde, por escaparlas de sus manos, habían metido sus vecinos las mayores de sus riquezas, y entre ellas los eclesiásticos ornamentos, con una cruz de mucho precio; que todo lo tendría de hasta cuarenta mil ducados, y fuera mayor el robo, si con brevedad no acudiera á hacerle frente gran copia de soldados de la tierra adentro, que lo obligaron á embarcarse, con pérdida de alguna gente; desde donde tomó la vuelta en demanda de las islas Afortunadas,

BIBLIOTECA NACIONAL

donde pretendiendo saquear la de la Palma, le sucedió al contrario, por la valiente resistencia y vigilancia con que la halló, pues fué tál, que en las refriegas que tuvieron, le echaron á pique en el puerto dos navíos y algunas lanchas.

3.° Acedo de esto el inglés y obligado á embarcarse, puso la mira en saquear las islas Terceras, que no saliéndole bien por la buena defensa que se le hizo, tomó la vuelta de la isla de Cabo Verde, donde, por cogerla de sobresalto y al descuido, sin fuerza de armas, municiones ni gente, aunque se le hizo alguna resistencia, retirándose los vecinos portugueses la tierra adentro, le dejaron la ciudad sola, en que emplearon sus manos toda aquella nefanda canalla, hasta dejarla toda por el suelo convertida en pavesa, después de haberle sacado no pequeños despojos; con que se dió á la vela esta flota la vuelta de la isla de Santo Domingo, dejando aquel puerto. A donde llegando de allí á dos días un portugués con un carabela y viendo el estrago de la ciudad, y informándose de la derrota que llevaba el pirata, puso las diligencias posibles para cobrarle ventajas y avisar en la Española, como le sucedió, pues llegó á ella y ciudad de Santo Domingo tres días antes que el Francisco Drake, con que pudo tener la ciudad aviso para hacer más reparos y defensas de las que tuvo, porque aunque entró dando voces, con cristiano celo, este arráez, del enemigo que venía sobre la ciudad, no sólo no lo creyeron, pero aun teniéndolo por cosa de embuste, lo prendieron, y mandó el Presidente de la Audiencia, que era el Doctor Ovalle, le secuestrasen sus bienes, por si acaso tenía aquello algo de embuste y novela, con sólo fin de inquietar.

4.° Con todo eso, por este aviso y el que tenía dado el Rey Prudente, Filipo Segundo, allí y en todos los demás puertos de esta costa del Norte y Nueva España, se hizo lista de los que podían tomar armas en la ciudad, y se hallaron sobre mil hombres; pero tan mal pertrechados y con tanto descuido y faltos de armas (por no poderse persuadir á que el enemigo les había de llegar á aquellos puertos, por no haber llegado jamás nadie que los molestase en casi cien años que había que se habían puesto los primeros cimientos á aquella ciudad, que fué el año de mil y cuatrocientos y noventa y tres), que sólo se hallaban algunos vecinos con algunas picas y lanzas que habían heredado de sus padres ó abuelos, conquistadores de la tierra, y algunos arcabuces, pero sin pólvora, balas ni otras municiones. Todo lo cual, y la inclinación á la ociosidad, no les acababa de persuadir alguna cosa contra el seguro que se prometían en su quietud y regalos de que gozaban, y así interpretaban las cabezas los avisos del Rey á providencia suya, más que á necesidad en vasallos de estar á la mira en las ocasiones que se podían ofrecer, como miraron en ésta á un casamiento que se hacía de una sobrina del Presidente con un caballero de aquella ciudad; por cuya causa se hicieron las pascuas de Navidad, que se siguieron luégo grandes

saraos, juegos de cañas, toros y otros entretenimientos, que se remataron en lo que todos los del mundo, cuyos extremos siempre son de lágrimas, como lo dijo el Espíritu Santo ; y ahora se experimentó bien á costa de estos ciudadanos, pues apenas se habían pasado las pascuas, cuando refrescaron la nueva del portugués ciertos pescadores que habiéndose enmarado con sus barquillas á pescar, volvieron aprisa diciendo habían descubierto una gran flota que parecía ser de enemigos; que aunque se turbó de esto la ciudad, no acababan de abrir los oídos á la verdad de las unas ni otras nuevas, ni á pedir á Dios el principal socorro de su poderosa mano, si bien se hicieron algunas prevenciones de parte de la Audiencia, pero todas flacas, por faltarles, como hemos dicho, los nervios y fuerzas de la resistencia, como eran armas y municiones, y aun el poco ejercicio militar con que todos estaban, pues ni había Capitanes diestros, donde era necesario que todos lo fuesen, ni había quien entendiese cómo se había de disponer el bastión ó la trinchera; los más eran galanes, pisaverdes, y que toda su fortaleza ponían en esta ocasión en echar restos á lo hablado contra el enemigo, derribando hombres, anegando navíos, repartiendo despojos con suma facilidad, de que se llenaron tanto, que no hubo lugar donde después cupieran las obras.

CAPÍTULO VII

1.º Llega el Corsario á vista de la ciudad de Santo Domingo, y envía gente al puerto de Aina—2.º Donde les dió el orden que habían de guardar para entrar la ciudad—3.º Salen de la ciudad á reconocer el enemigo—4.º Que estando tan á pique de entrarla, huyen al monte sus vecinos.

EN estas ocupaciones, ó por mejor decir confusiones, estaba toda aquella ciudad de Santo Domingo, cuando un viernes, á los diez del primer mes del año siguiente de mil y quinientos y ochenta y seis, se dió vista en la punta de Caucedo á toda la flota del enemigo. El Presidente y Audiencia mandaron tocar alarma y que se formaran tres compañías; en que, aunque había sangre valerosa en venas de españoles, el verse sin armas les causaba tales turbaciones, que los pocos que se hallaban con ellas pienso se alegraran tanto de dejarlas, como los que no las tenían, por huírse con aquella ocasión honrada al arcabuco con sus haciendas, hijos y mujeres, procurando sólo más resguardar esto que el buen nombre y honra de España; con todo eso, salieron las tres compañías con las armas tales cuales las pudieron haber á las manos, á impedirle al enemigo la desembarcación del puerto, el cual habiéndose por entonces con mayores ardides de guerra de los que pudieron alcanzar los de la ciudad, comenzó á vista de ella á entretener las tres compañías, andando con los navíos gruesos de una vuelta y otra, habiendo ya enviado en lanchas ochocientos soldados que desembarcasen en el río de Aina, tres leguas al Poniente del puerto de la ciudad, que es otro río llamado Ossama.

2.º No pudieron descubrir los de la ciudad esta navegación de las lanchas, por ir ya cubriendo la noche y ser fustas rasas y haberse enmarado; pero habiendo descubierto las treinta y tres á treinta y siete naves gruesas del enemigo, y por la noticia que tenían que eran más, por la que había dado el Capitán Don Diego Osorio, que había salido á reconocer con una galera haber echado menos las lanchas, sospechando lo que sucedió, enviaron de la ciudad al Capitán Méndez á caballo con algunos soldados para que corriese y reconociese la playa, que volvió diciendo estar todo seguro, no se sabe si de malicia ó negligencia, ó por no haber podido dar vista al enemigo Drake. El cual habiendo ido en compañía de las lanchas hasta el puerto, al desembarcar hizo una plática á sus soldados diciéndoles que ya puestos allí en tierra estaban y imposibilitados de poder volver á la mar si no era por el puerto de la ciudad, pues él se volvía con las lanchas, y toda la costa era brava y sin desembarcadero alguno; pero que yendo advertidos y con buen orden y á paso lento por los grandes calores las tres leguas que había desde allí á la ciudad, sin duda la cogerían des-

cuidada por aquella parte, pues la mayor fuerza de ella acudiría á la playa del puerto á dar vista á treinta de los navíos gruesos, y si toda ella conociese el irle entrando también por las espaldas, como los más vecinos eran mercaderes, más ejercitados en la vara y pluma que en la lanza y espada, más tratarían de confiar sus personas y haciendas con la huida que con hacerles rostro.

3.° Volvióles con esto el suyo Francisco Drake con todas las lanchas á sus soldados, que se iban aprisa desembarcando, aunque no con tanta como quisieran, por haberles retardado y estorbado el habérseles perdido y ido á pique una de las lanchas: con que era ya de día cuando se acabaron de desembarcar y poner en orden de comenzar á marchar la vuelta de la ciudad, que segura de los enemigos que se le iban acercando por aquella parte, con el seguro que les había dado el Capitán Méndez, á la mitad de la noche, mandando el Presidente tocar alarma, se pusieron todas las tres compañías á hacer demostración y dar vista al enemigo en una playa que se hace entre la mar y las casas de la Universidad, desde donde enterándose de nuevo en las sospechas de que había echado gente el protestante en otra parte, á causa de no ver las lanchas con los navíos, enviaron otro vecino de la ciudad llamado Tristán de Leguizamón, que volviese á reconocer otra vez la playa por aquella parte del Occidente que mira á este río de Aina; que habiendo partido con la mayor prisa que pudo, dió de manos á boca con los ochocientos ingleses que venían marchando, con que volvió dando voces de aviso á nuestras tres compañías, que estaban en el puerto que hemos dicho; y así mandó el Presidente que el Capitán Melchor de Ochoa de Villanueva y otros Capitanes con los mejores soldados, saliesen á hacerles resistencia, aunque de todos ellos, solos iban ochenta bien armados.

4.° Saliendo éstos, y llegando á lo último de la carrera que llaman de los Caballos, poco trecho fuera de la ciudad, hicieron alto, y pasando adelante Don Juan de Villandrando, que tenía á cargo la compañía de los de á caballo, á reconocer al enemigo con veinte jinetes, con harto riesgo y peligro de todos, le dieron vista y volvieron dando voces al Capitán Ochoa que se retirase, por ser temeridad esperar tan pocos y desarmados á tanta gente y tan bien apercibida con toda suerte de armas militares. Lo mismo decía (que andaba por allí á la vista á caballo) el Licenciado Aliago, Fiscal de la Real Audiencia; con lo cual se fueron retirando los peones y caballeros, aunque no sin provecho el haber hecho aquella demostración, aunque fué poca de resistencia al enemigo; pues ésta bastó para que al fin, como quien iba á entrarse en casas ajenas, lo detuviesen temores de alguna emboscada, con que se dió lugar para poder huír la gente de la ciudad, librando su menos mala suerte en poner tierra entre medias, dejándosela vacía al enemigo, supuesta la imposibilidad de hacerle resistencia. Todos los religiosos de los tres conventos, San Francisco, Santo Domingo y la

Merced, y los clérigos se juntaron con el Arzobispo, y los más de ellos con determinación de oponerse hasta perder la vida por Cristo á manos de los descomulgados herejes, si bien después les forzó la necesidad á huír como los demás.

Toda la chusma de mujeres y niños, arrebatando con la prisa lo poco que pudieron de sus casas, corrían á más no poder á ampararse de las espesuras del arcabuco; huían otros que tenían mayor comodidad en barcos el río arriba, que es navegable seis ó siete leguas. No había enfermo tan tullido ni flaco de fuerzas, á quien la necesidad no le diese alas para correr hasta ponerse en salvamento, donde volvían á reconocer su flaqueza con las incomodidades que padecían en aquellos montes, por no haber estancias para tantos, y faltarles no sólo el regalo de enfermos, pues aun la comida de sanos, pues á los que lo estaban también les faltaban, sustentándose los más con frutas silvestres. Estando yo en esta ciudad el año de seiscientos y trece, me llegó un hombre á comunicar un caso, acerca de cierta hija suya recién casada, la cual habiendo enloquecido y procurando rastrear el padre con piedad la causa de su locura, vino á sacar en limpio no estar su hija baptizada, porque habiendo nacido en esta ocasión de huída del enemigo, ó por la alteración de la madre, ó por haber llegado ya el tiempo del parto, con la prisa que el temor les daba, arrebató la criatura una negra que estaba dedicada para su ama, y la llevó al monte y sustentó hasta volver ya toda sosegada á la ciudad, donde no acordándose unos ni otros del baptismo de la niña, vinieron en este tiempo que digo á sacar en limpio no estaba baptizada; á quien aconsejé, que era lo que este hombre me pedía, la baptizase á cauleta y condicionalmente: he dicho esto, con que se puede advertir la prisa con que todos apercibían su huída, aunque estuviesen en tan gran peligro como esta mujer recién parida; sin aguardar criadas ni esclavas á sus amas, madres á sus hijas, ni hijas á sus madres. Dos conventos de monjas, uno de Santa Clara, sujeto á nuestra Orden, y otro de Regina, á Santo Domingo, viéndose en la misma necesidad y apretura que los demás, con la mejor comodidad que pudieron, tomaron también el amparo de los montes, que fué lo último de miseria en que puso á esta ciudad la venida del enemigo, á quien también volvieron las espaldas (¡vergüenza de sangre española!), juntamente con sus mujeres, los más hombres de la ciudad, si bien la vergüenza retardaba más á otros, hasta que ya se iban acercando del todo los ochocientos que venían marchando; aunque no faltó quien escribiera en sus cartas eran dos mil, que no causara admiración si dijeran tres ó cuatro mil, pues el miedo multiplica las cosas en número y cantidad, como le sucedió á Gual (dícelo el libro de los Jueces), que viendo á ciertos soldados que bajaban por la ladera de un monte, le parecían hombres armados contra él todas las sombras de las matas, como se lo advirtió el Capitán Zebul.

CAPÍTULO VIII

1.° Dejan la ciudad desocupada al enemigo, con que se entra sin resistencia—2.° Fortifícase en lo mejor de ella y comienza luégo á robarla, sin dejar cosa que no le trastorne—3.° Sacan las riquezas de los pozos, y hacen mil oprobios á las Iglesias, imágenes y religiosos—4.° Pretende derribarlas, y abrásalas todas, como yo lo vi—5.° Conciértanse en la talla de lo que quedó en pié de la ciudad; dáse aviso á la de Cartagena.

IBANSE acercando estos ochocientos á la ciudad, marchando á pasos espaciosos, al són de sus pífanos y tambores, disparando sus escopetas y haciendo en todo apariencias de mucha más gente de la que venía, para amedrentar más y asegurar la huída de los nuéstros, y dejársela desocupada, como si esto fuera menester, pues lo mismo andaban más aprisa procurando los vecinos de ella; que si se animaran un poco más y no anduvieran los juicios de Dios de por medio, con facilidad hicieran resistencia á toda esta canalla, que venía más rendida que esforzada, pues en toda la noche no habían dormido con el alboroto de la desembarcación; los arenales del camino los traían destroncados; el calidísimo temple, en especial que era ya medio día cuando llegaron á la ciudad, los abrasaba; la falta de agua, pues no la hay en todas tres leguas, los afligía más que en otras ocasiones la del vino; el estar en tierras ajenas y con los temores que naturalmente ponen los enemigos: todas conocidas ventajas con que se hallaban los nuéstros, y con otra no pequeña, que era dar al enemigo el sol en los ojos y á los nuéstros en las espaldas, que se las dieron al inglés con los temores que desde luégo fueron mostrando, aun en ciertas piezas de batir que tenía la ciudad asestadas á las bocas de sus calles, y otras en el fuerte, de quien era castellano Don Rodrigo de Bastidas, que aunque las dispararon, como era con tan poca pólvora como se hallaban, reconoció el enemigo la flaqueza de esto, con que tomó mayor avilantez y bríos, pues llegaron á tanto, que en comenzando á entrar en la ciudad los ochocientos que venían por tierra, comenzó á desembarcar por el puerto el Francisco Drake otros tantos y él con ellos, y irse entrando por las calles, aunque con recato, por entender hervía de gente de presidio la ciudad, por ser la primera que se había fundado en las Indias, y de buena razón no había de faltar quien la defendiera, irse temiendo de alguna emboscada ó estratagema que le tuviesen dispuesta para destruírle.

2.° Pero yéndose asegurando y saliendo de estos temores, por no hallar persona viviente que le hiciese resistencia, se entró y fortaleció el Francisco Drake con sus soldados en las Casas Reales y de la Audiencia, que ya la había dejado desamparada el Presidente, y las suyas los Oidores, por haber hecho fuga

todos al arcabuco y estancias á la redonda; á estas casas que tomó para fortaleza y defensa, dice el Arzobispo Avila que les hizo trincheras poniendo imágenes pintadas por las paredes de fuera de toda ella, de Cristo Nuestro Redentor y Benditísima Madre y otros santos (fina demostración de su herejía), para que los católicos, por la piedad de las imágenes, no jugasen contra él la artillería, teniendo por menos daño que él destruyese la ciudad, que destruir ellos con irreverencia las santas imágenes. No se olvidó de otro ardid el astuto Corsario para más asegurarse en la ciudad por lo que podia suceder y salir del todo de barruntos, y fué que corriendo las calles derechas hasta la mar, pusiesen en el pasaje de las bocas de ellas las naves más gruesas, y disparando de ellas la artillería, limpiasen las calles, como lo hacian, pasando las velocísimas balas de una parte á otra de la ciudad por medio de ellas, para que nadie las pudiese andar sin manifiesto peligro de vida: como sucedió yendo á atravesar una el Bachiller Tostado en prosecución de su huída tras los demás, que le dió una de estas balas por un costado, que le costó la vida, y ciento que tuviera, que pienso fué el primero y último que murió con violencia en estas refriegas y toma de esta ciudad, por habérsela dado desocupada con tanta facilidad como hemos visto, y ser común lenguaje de estos protestantes que no buscan sangre sino oro y plata y otras riquezas, en que comenzaron luégo á meter las manos hasta los codos; pues cuando pareció tiempo y que ya toda la ciudad estaba segura, por estar certificados de la huída de sus ciudadanos, fueron entrándose en las mejores casas y despojando á gran prisa las salas y aposentos del menaje y cofres, que hallaban llenos de innumerables riquezas de barras de oro, plata labrada y por labrar, ricas y brillantes esmeraldas engastadas en piezas, y joyas de oro bien acabadas; crecidísimas madejas de perlas de quilates; netas y entretetas de rostrillo y aljófar, porque como esta ciudad era la primera y metrópoli de todas aquellas islas y Tierra Firme, en ella se había recogido todo lo mejor que de esta pedrería se había hallado entre los indios, y se había sacado de las islas de Cubagua y la Margarita.

3.º Pretendiendo algunos vecinos, en su huída, librar algo de estas joyas en las honduras y aguas de los pozos, lanzaban en ellos cofrecillos llenos de ellas, aguamaniles, jarras de plata, trinchas y otras piezas de gran estima; que todas fueron diligencias perdidas, pues vencieron á éstas las que hicieron los ingleses, sin dejar pozo que no agotasen y cuanto tenía, llevándolo todo á los navíos, con gran cantidad de azúcar, jengibre, cueros curtidos y en pelo, añil y cañafístola, que era el trato más grueso de aquella ciudad; gran multitud de ropa de Castilla en piezas, vestidos y galas, de que tenían harta profanidad los vecinos; embarcaron muchas piezas de bronce; todas las campanas, para que no hicieran obras de ellas, porque no contentándose con los robos y saco de

mano seglar, metieron las suyas sacrílegas con el mismo y mayor atrevimiento y profanidad en lo divino, robando los templos; y haciendo finezas de la enemiga que tienen con nuestra santa fe católica, las ponían en las imágenes, en especial en las de mayor veneración de Cristo y la Virgen Santísima, que era lo que más debió sentir nuestra piedad católica con demostraciones de lágrimas, pues las vituperaban cortándoles brazos y cabezas, ya tomándolas por asientos y ya haciéndolas pedazos para guisar con ellas las comidas, y esto, según dicen, por mandato público del hereje Francisco Drake. A dos religiosos viejos y enfermos que, no teniendo fuerzas para huír, se quedaron en el convento de nuestro Padre Santo Domingo, pretendiendo resistir á los herejes en estas maldades con palabras de un santo brío, los sacó arrastrando vivos la vil canalla y los ahorcaron en la mayor plaza de la ciudad, no obstante la defensa que quisieron hacer á este atroz hecho treinta españoles que estaban de guarda cerca de la puerta de la ciudad y del camino por donde había sido la fuga de la gente de ella, para hacer resistencia á los herejes, si pretendiesen correr la tierra y estancias en demanda de los fugitivos; los cuales soldados, ya que no pudieron estorbar la muerte á los frailes, los quitaron de la horca y enterraron.

4.° La iglesia de este convento, que es de bóveda muy capaz, y la mejor que pienso tienen estas Indias del Pirú, la hicieron carnicería, donde mataban las vacas para comer, y lo mismo hicieron de la Iglesia Catedral, que también es de lo mismo, obra bien acabada. Cuando lo estuvo el saco y pillaje de la ciudad, se dieron á destruírla, derribando edificios de los que habían dejado en pié las balas con que la habían batido desde la mar; en especial empleaban su coraje en los conventos de frailes y monjas, abominándolos más por el recogimiento, clausura y castidad que se profesaba y guardaba en ellos. Yo ví, en la ocasión que dije me había hallado en aquella ciudad, yendo á visitar aquella provincia desde ésta del Nuevo Reino, la capilla de la iglesia de nuestro convento de Santa Clara toda abrasada: las cabezas de las vigas madrinas de nuestro convento de San Francisco todas breadas, con intentos de pegarles fuego para que ardiesen mejor, y lo mismo era en los demás conventos. Ví la bóveda del coro de los Padres de la Merced (que es de una iglesia muy bien acabada) que se estaba cayendo, y el convento casi todo destruído, por ser el primero con quien se encontraron á la entrada de esta ciudad los ochocientos herejes que entraron por Aina, y al fin ví en común, por toda la ciudad, tan grandes ruinas, que hasta entonces no se habían podido reparar ni aun acabar de llorar, que pudo decir de ella lo que San Agustín de la de Roma, en su libro de la Ciudad de Dios: "Cuán grande haya sido la ciudad, lo dicen bien sus ruinas!" que llegaron las de ahora también hasta las aguas del río y puerto, pues en él quemaron muchos ba-

jeles pequeños, reservando sólo, porque les importaba, un grande y valiente galeón, que dicen era del Corzo, vecino bien conocido de Sevilla. Sólo dejaron sin tocar á los edificios (para tener ellos donde habitar) y casas que estaban en la calle que llaman de las Damas, aunque no quedaron tan libres de sus manos que no hiciesen leña las puertas y ventanas para guisar de comer, por no alargarse á traerla de los arcabucos.

5.º A donde envió á avisar el Francisco Drake á nuestra gente retirada para si querían concertarse en la talla de lo poco que había quedado sin destruir de la ciudad, porque si no haría con esto lo mismo que con lo demás. Lo cual pareciendo conveniente al Presidente y Oidores, que eran los Licenciados Mercado y Villafaña y el Licenciado Aliga, Fiscal, se fueron acercando más á la ciudad, á donde enviaron al Factor de ella, García Fernández de Torquemada, para que diese asiento más moderado con el inglés del que pedía de rescate, que eran cien mil ducados, en que fué haciendo baja, después de muchos dares y tomares, hasta veinticinco mil, en que quedó asentado el rescate y reserva de lo que había quedado en pié de la ciudad, que para haberlo de satisfacer, fué necesario acudiesen las mujeres con lo que habían podido reservar de sus galas y joyas, gargantillas y brazaletes, que con esto y la gruesa del robo, vino á montar todo sobre tres millones, entrando en esta cuenta la pérdida de lo que se destruyó del edificio y otras cosas, que como mucho de esto había sido mal adquirido y tomado con violencia por sus antepasados, de los miserables indios, podemos decir, sin que sea juicio temerario, permitía Dios los volviesen ahora á desposeer á ellos de todo, y aun es misericordia suya no se acabe de destruir aquella ciudad, como casi lo están las demás de aquella isla, pues después que entraron en ellas los españoles á fundarlas, se han consumido, sin que haya quedado tan solo un indio há más de cuarenta años, más de un millón y seiscientos mil indios de macana, sin la chusma de hijos y mujeres, que hallaron los nuéstros cuando pisaron la primera vez esta isla y fundaron esta ciudad, donde estuvo este hereje pirata más de treinta días, predicando en muchos de ellos la secta de Lutero, los ministros que traían de eso, y entreteniéndose en fiestas y celebración de la victoria y ganancias conseguidas.

Enviaba también el protestante á llamar á algunos de nuestros retirados, con quien, viniendo, se entretenía con palabras joviales y llenas de vanidad y arrogancia, baldonando el miedo de los nuéstros, pues lo tuvieron á los suyos cuando venían allegándose á la ciudad, cansados y sin aliento; á que añadía otras cosas más pesadas en oprobio de nuestra religión cristiana, abonando sus herejías y robos; que dió á entender los había de pasar muy adelante en la ciudad de Cartagena y otras, haciéndoles guerra por mar y tierra hasta rendirlos. Lo cual advirtiendo los nuéstros, aunque al disimulo, un caballero

llamado Don Francisco Maldonado, vecino de Santa Marta, con la brevedad posible, habiendo oído esto, lo escribió en una carta, y el estrago que había hecho el enemigo en aquella ciudad, y la despachó con todo secreto y brevedad en uno de aquellos puertos llamado Ocón, en cierto barquillo, para la ciudad de Cartagena, aunque otros dicen fué á dar el aviso ahora el mismo Don Francisco en persona; pero no fué sino después, con que lo tuvo con más certidumbre y de más cerca el Gobernador de aquella ciudad, Pedro Fernández de Bustos, no obstante el que tenía del Rey, y otro que le llegó también de España pocos días antes que el Francisco Drake.

CAPÍTULO IX

1.º Sale Francisco Drake de la ciudad de Santo Domingo la vuelta de la de Cartagena—2.º Donde se hacen diligentes prevenciones para su defensa, aunque en vano—3.º Señálasele á cada Capitán su puesto. Empúyanse las entradas con yerba venenosa—4.º No queda diligencia sin prevenirse; sácase toda la hacienda de la ciudad, mujeres y chusma.

ALLEGÁNDOSE los últimos días de los treinta que se detuvo en la ciudad en lo dicho, y satisfecha la paga de la talla, no le faltaron socaliñas al Corsario por sí y sus Capitanes y gente más grave, pidiendo á los vecinos les socorriesen con carne salada y fresca de puercos y novillos, algunas conservas y otros dulces (no obstante el mucho azúcar que tenían embarcado del pillaje), de que abundaba notablemente aquella ciudad, que por echar de sí aquella tan contagiosa pestilencia, le acudió con mucho de esto, con que se dió á la vela el enemigo á otro día de los treinta que había estado en el puerto, tomando su derrota para el de Oxama, que es en la misma isla, cerca de un pueblo que se llamaba la Yaguana, donde se rancheó muy despacio, con harto daño de los vecinos, y dió lado á todas sus naves; de que después se tuvo aviso en la ciudad de Cartagena, á quien le pudo ser de comodidad esta tardanza para hacer mayores prevenciones á su defensa y seguro; teniéndolo ya los vecinos de la de Santo Domingo de la molestia de este su enemigo inglés, fueron volviéndose á la ciudad, que la hallaron tan desmantelada como hemos dicho. Y como ellos y ella venían de mal pasar en aquellos treinta días, sin comidas ni albergues, pues por ser tanta la gente y pocas las casas de estancias que había en los campos donde se pudieran recoger todos, estaban los más noche y día expuestos á todas las inclemencias del cielo, en especial al calidísimo sol y enfermísimo sereno, que siempre hace en aquellos países, sin tener quién reparara lo uno ni lo otro más que las hojas de un árbol: causas todas y otras innumerables calamidades que padecieron, larguísimas de contar y penosísimas de padecer, para que podamos decir que cuando volvieron á la ciudad, ni ellos la conocían, ni aun ella á ellos.

Allí era el refrescarse los sentimientos y acrecentar las lágrimas de unos y otros, cuando ni hallaban casas en qué meterse; camas en qué dormir; harinas, maíz ni cazabe qué comer; vino ni aceite qué gastar; agua en las cisternas qué beber; campanas ni altares en las Iglesias, y ellas hechas unas caballerizas y mataderos; ornamentos para poder decir misa; ni aun harina para hacer hostias; ni vino para el sacrificio; aceite para las lámparas; no tenían vestidos que ponerse, pues á los más había servido en todo este tiempo

una camisa, con que se hallaron al tiempo de la fuga, quien se solía mudar dos ó tres veces cada día, por los graves calores y sudores de la ciudad; pero al fin se albergaron lo mejor que pudieron en las casas que en ella hallaron en pié, que fué con bien poca comodidad, por ser bien pocas para tanta gente, disponiendo la Real Audiencia la comodidad de todos, y que se diera aviso por ella, en forma de Audiencia, á la ciudad de Cartagena, como se hizo, para lo cual se despachó en persona, en un navichuelo, Don Francisco Maldonado en esta ocasión y no en la pasada, no obstante que entonces se envió primero aviso, como dijimos, que llegó á la ciudad de Cartagena.

2.° Donde por él y los muchos que tenía su Gobernador Pedro Fernández de Bustos, hacía tan grandes diligencias y desvelos en defensa de su ciudad, que no le dejaban dormir noches ni días, despachando provisiones y avisos á los pueblos comarcanos, para que viniese al socorro de la ciudad toda la gente que pudiese conducir. Proveyó la ciudad y sus fuertes de todos cuantos alimentos pudo recoger; dispúsose lo mejor que se pudo toda la artillería, que no era poca ni mala la que á la sazón tenía la ciudad, de quien era artillero mayor un Blas de Herrera, portugués. Nombró Oficiales mayores y menores de la milicia. Era su Teniente de Gobernador Diego Daza; Maese de Campo, Alvaro de Mendoza, aunque ya de antiguos, cansados y bien empleados años, de quien dejamos tratado mucho; Francisco de Carvajal, su hermano, Capitán de la gente de á caballo, que serían hasta setenta; Sargento Mayor, Bartolomé López; á Lorenzo Martín se le encargó el estandarte Real; Capitanes de infantería fueron Martín Polo y su Alférez su hijo Juan Polo; Pedro Mejía Mirabal, mercader grueso de la ciudad, y su Alférez Francisco de Barros; otro fué Alonso Bravo y su Alférez Juan Cosme de las Alas; á Alonso de Sanmiguel se le señaló por Alférez á Francisco López. Envió á la Villa de Mompox cincuenta soldados, armados lo mejor que se pudo, y por su Capitán Pedro de Aillón y Alférez Francisco de Alfaro. Emparejó con éstos su número de soldados y armas la Villa de Tolú con un Capitán llamado Diego Pérez. También acudió con la gente y armas que pudo la ciudad de Tenerife.

3.° Señalóseles á cada uno de éstos su puesto: á Pedro Mejía Mirabal, el fuertezuelo que llaman de la Caleta, casi pegado á la isla de Getsemaní; al Capitán Martín Polo, que tenía la compañía más lucida de ciento cincuenta soldados, que por ser él tan valeroso deseaban todos seguirle, se le dió su puesto en la Ciénega de Pesca, una legua de la ciudad al Norte: puesto que se entendió ser el más difícil y importante, por tener sospechas que el enemigo había de echar la mayor fuerza de su gente detrás de la punta de la Canoa, que está más adelante. Los demás Capitanes se fueron disponiendo donde iba pidiendo la necesidad presente más fuerza de resistencia, dividiendo como con-

venía la que se juntó, que fueron por todos cuatrocientos y cincuenta españoles, contando entre ellos los labradores que tenían á su cuidado las estancias circunvecinas. Trajéronse también de los pueblos circunvecinos quinientos naturales, todos diestros en el manejo del arco y flechas y aun en confeccionar la yerba venenosa, de que empuyaron las sendas y caminos más comunes y principales de las playas, que era tan fuerte su veneno, que sólo daba de vida al picado de ella cuatro ó seis horas. Hízose un parapeto de piedra y cal en la que llaman la Caleta, más alto que á los pechos, que atravesaba desde la ciénega al mar grande (aunque si lo hubieran hecho algo más alto en ambos mares, les hubiera sido de mayor importancia, como veremos), para poder desde él, con seguro, cañonear los nuéstros al enemigo, dejándole una puerta para poder entrar y salir las espías de á caballo; plantáronse cuatro tiros gruesos; cerráronse con fagina todas las calles por donde se entraba en la mar, dejándoles sus troneras por donde se entrase y saliese; fortificóse la Media luna haciéndole una portada de cal y piedra, con dos valientes puertas, y en ellas dos portañuelas para dos piezas gruesas que barriesen toda la puente.

4.º Otras se pusieron en la puerta de la ciudad, que está antes de la puente por donde se pasa á San Francisco ó la isla de Getsemaní, con gente de resguardo. El General de las galeras, que era Don Pedro Vique, caballero valenciano, hermano del Arzobispo de Zaragoza, las pertrechó con grandísimo cuidado de soldados bien armados, matalotajes y aguadas; y en la Boca-Chica del puerto se hicieron fortísimas estacas para estorbar la entrada por allí de navíos gruesos, pero con disposición que pudiesen salir por allí las galeras si fuese necesario; de suerte que no quedó prevención humana que no se hiciese: todas de balde cuando las divinas disponen otra cosa, porque, como dijo el Espíritu Santo: *No hay sabiduría, prudencia ni consejo humano contra Dios;* que en estos sucesos tenía tomado por azote á este hereje Drake, para castigar á estos sus hijos, que vivían en estas costas tan ricos y poderosos, que olvidados en lo más de obligaciones cristianas, dormían á sueño suelto con la modorra de descuidos insufribles, de que despertaron con estos repelones que ahora les dió el padre de las misericordias, reconociendo sus culpas y enmendando sus vidas. Pusiéronse en salvo (entre las demás prevenciones) las mujeres, sin quedar en la ciudad más que las que eran menester para cocer pan para el sustento. Sacaron los niños y toda la gente flaca que no era para tomar armas; todas cuantas riquezas tenía la ciudad, sin dejar en ella más que algunas pipas de vino y botijambre de aceite, dando con todo en las estancias y casas que había entre la montaña y algunos pueblos de indios, como fueron Turbaco y otros, donde también escondieron todas cuantas imágenes había en los templos, por librarlas del bestial furor de los herejes.

CAPÍTULO X

1.° Disponen en buen paraje las galeras.—Llegó á dar aviso de la venida del Corsario Don Francisco Maldonado—2.° Dáse de la ciudad vista al enemigo, que trae menos velas que se decía, por haber despachado algunas naves—3.° Llegó á ponerse sobre Cartagena el Drake, y nuestra gente á su vista—4.° Coge á la entrada del puerto dos negros pescadores, que no fueron de poco daño—Desembárcase.

NO habiendo otros navíos con que poder salir del puerto á hacer frente á los del enemigo antes que lo entrara, se determinó Don Pedro Vique á salir con sus galeras y morir, estorbándoles la entrada. Lo que no piensan algunos fuera de poca importancia, aunque teniéndolo otros por de mayor que el Don Pedro estuviera con los demás soldados en la ciudad y sus galeras, en puesto donde pudieran ser de efecto para el enemigo. Se tomó esta resolución, y así, cerrando con una gruesa cadena desde el fuertezuelo á la tierra y manglar de la Caleta, dejaron dentro, á la banda de la ciudad, las dos galeras Capitana y Ocasión, y otra barca que llaman la Napolitana, quedando en las dos por Capitanes Martín González y Castañeda. Con estas prevenciones y cuidado andaban, cuando llegó á la ciudad, de la de Santo Domingo, Don Francisco Maldonado, con el aviso que dijimos, de quien informándose el Gobernador y Don Pedro Vique de las fuerzas del enemigo, y diciendo ser cuatro mil sus guerreros, en treinta y cinco navíos, le avisaron no se diese noticia de tanta fuerza, antes se minorase y despreciase en toda ocasión, lo que no pudo tener efecto, pues lo que el Don Francisco callaba, publicaban los marineros que lo trajeron, diciendo ser valentísimas sus fuerzas, por el miedo que todavía traían metido en el cuerpo desde Santo Domingo; que fué ocasión para que gran parte de los soldados de esta ciudad, de la gente ordinaria, por no ser conducidos por paga, mostrasen alguna flojedad en los intentos de su defensa, tomando ocasión de que aun de comer no les daban con abundancia. Lo cual pasó tan adelante, que les fué forzoso al Gobernador y al Don Pedro Vique, juntándolos en una iglesia, hablarles amorosamente, poniéndoles delante las obligaciones de su sangre española, y las que tenían á Dios y al Rey en defender aquella ciudad, con que quedaron algo más esforzados á ello.

2.° Llegáronse con esto los nueve del mes de Febrero de este año de mil y quinientos y ochenta y seis, en que nuestra madre la iglesia celebraba el sacrosanto día de la Ceniza, en que se apercibió una vela, que aunque pensaron ser otra cosa, era un navío de aviso de España, en que lo daban tercera vez de la venida del Corsario á aquellas costas, y que también llegarían á aquella ciudad dentro de ocho días, á más tardanza, por quedar ya de vergas en alto

para salir, los galeones de la guarda de las Indias. Apenas hubieron dado los de la carabela estas cartas y recados, cuando volvieron á tender sus velas y salirse del puerto con sospechas de la llegada del enemigo, que no fueron en vano, pues apenas habían dejado por popa el puerto, cuando se dió aviso por los centinelas de las veinticinco velas que se iban acercando del enemigo, de quien hubo opiniones si eran nuestros galeones, por no venir más que éstas, pues el Don Francisco Maldonado le había contado treinta y cinco cuando salió el enemigo de Santo Domingo, y fué, según dicen, que por no poner el Francisco Drake en mayor contingencia el pillaje que traía de aquella ciudad y la de Cabo Verde, despachó á Inglaterra con él diez galeones, que llegaron en salvamento al puerto de Calés, el cual y su ciudad estaban entonces por nosotros; porque habiendo llegado, después que este pirata salió de Inglaterra á esta facción, el Príncipe Cardenal á esta ciudad de Calés con gran fuerza de gente española y buena industria, la tomó por fuerza de armas, dejando en ella por Gobernador y Capitán General al Capitán Tejeda, valerosísimo soldado, y bien conocido por sus famosos hechos, y así llegando ahora estos diez galeones á este puerto y dentro con el seguro que había dejado su partida, los hubo el Capitán Tejeda á todos á las manos con toda la presa, de suerte que sólo sirvió de llevársela en salvamento á los españoles de quien la habían robado. No dejaría de disponer de la gente de los diez galeones como merecían sus delitos.

3.º Habiendo certificado los de la ciudad de Cartagena ser aquellas veinticinco fustas del enemigo, se tocó á rebato, y con tambores y pífanos, banderas tendidas y armados todos los soldados, se juntaron en la playa, y con ellos el Obispo Don Fray Juan de Montalvo, gran predicador y mayor Prelado de la Orden de Santo Domingo, á quien acompañaban todos sus prebendados y clérigos; Fray Bartolomé de Sierra, prior del convento de Santo Domingo, con todos sus frailes, y Fray Sebastián de Garibay, guardián de San Francisco, con todos los suyos: todos esforzados y valientes, y con ánimo de perder las vidas en defensa de la fe de Cristo y de aquella ciudad. Era ya al hilo de mediodía, este que hemos dicho de la Ceniza, cuando se puso la flota del enemigo, yéndose acercando en parajo que pudo ver toda nuestra gente en la playa, que le pareció serían más de mil hombres, según la proporción de las hileras y orden con que estaban españoles, negros y indios, de quien no se hizo diferencia, juzgándolos por unos á todos á bulto; de que no se temió el astuto tirano, antes saltando de su Capitana en un bajel con intentos (según se supo) de certificarse más de cerca de nuestra gente, como por ventura lo hiciera, pues llegó hasta las reventazones, á no dispararle dos tiros gruesos, de que tampoco haciendo caso el esforzado pirata, se fué deslizando la costa adelante con un diestro piloto que traía, siguiéndole todas sus naves con banderas tendidas, flámulas y ga-

llardetes, pero todo de negro, que no se supo qué quiso significar el geroglífico, ni tampoco el ir del mismo color el General.

4.° Hubieron á las manos, allí á la boca del puerto, dos negros pescadores, que no fueron de poco inconveniente para los nuéstros, pues á fuerza de amenazas descubrieron estar las entradas de la ciudad empuyadas, y otros pertrechos que en ella se tenían; iba el inglés protestante entrando con su patache en el puerto y sondando y avisando por dónde habían de ir entrando sus naves, que lo hicieron sin ninguna resistencia, como se la podían hacer, y muy grande, á tener asestadas en la punta de la entrada del puerto y donde hoy está el fuerte de San Matías, algunas piezas gruesas; pero al fin, por este descuido, entraron sin zozobra hasta anclarse ya de noche las naves en la punta que llaman del Judío, una legua de la ciudad escasa, donde hoy está á más de media fábrica fundado un buen fuerte, y donde luégo saltaron en tierra sobre mil guerreros y se fueron disponiendo para la entrada, que se determinaron fuese de noche, aunque nunca se pudieron persuadir los nuéstros, sino que aguardarían al día; pero antes que aquél se pasara, mientras iba entrando en el puerto el enemigo, se fueron disponiendo nuestros Capitanes en sus puestos: en la puente el Teniente Diego Daza; Martín Polo con su compañía, como dijimos, en el paso de la Ciénega de Pesca, donde estaba hecha trinchera, por la sospecha que se tenía, como hemos dicho, de que dejaba gente en la punta de la Canoa; otros fueron á la puerta y puente de la Media luna, y los que hemos dicho, al fuertezuelo, quedándose el Don Pedro Vique con el resto, que serían hasta trescientos, los ochenta de á caballo; enviáronse cuarenta de estos peones para que gobernasen á los quinientos indios, que se pusieron en emboscada dentro del manglar, al paso del enemigo, que los dispusieron tan mal que no sólo no fueron de ningún efecto, pero de mucho daño que diremos.

CAPÍTULO XI

1.º Da orden el pirata á su gente cómo marchen á la ciudad de noche—2.º Resístenle los nuéstros por tierra y mar desde las galeras—3.º Gana el enemigo nuestra trinchera y á los nuéstros. Las espaldas vuélvenselas algunos—4.º Pelean otros valerosamente; quémanse ambas galeras.

HABIENDO desembarcado los luteranos en el número y lugar que hemos dicho, los más mosqueteros, arcabuceros y piqueros, con un tan profundo silencio, que aun unos á otros no se sentían, sobre que caían unas tan oscuras tinieblas de la noche, que en muchas antes y después no se reconocieron tan espesas. Puesto en medio de todos el Francisco Drake, les habló con eficaces palabras, esforzándolos á la facción que intentaba, y avisándoles de las envenenadas puntas que tenía la playa por donde habían de caminar, les dijo que yendo treinta soldados de mejores bríos por sobresalientes un tiro de arcabuz de los demás, caminasen todos por el mar, el agua á la rodilla, llevando las mechas encendidas cuanto altas pudiesen, para que si acaso de los nuéstros fuesen sentidos y les disparasen, fuese por alto, haciendo puntería á la cumbre de las mochas. Amenazaba con esto, que el que con cobardía volviese las espaldas, tuviese por cierto el colgarle de una entena de los navíos, á donde él se volvía, por serle forzoso el estar en su resguardo, por habérselo ordenado la Reina, su señora; pero que estaría cierto había de cenar aquella noche en la ciudad con seguro. Mucho llevaban los ingleses con estas palabras de su General y con el silencio que caminaban, de enseñorearse de la ciudad sin ser sentidos de los nuéstros, que no fué así, porque el cuidado del Gobernador no sufrió descuido de enviar dos de á caballo que corriesen la playa, que al punto que salían al efecto, le llegaron otras dos espías diciendo cómo el enemigo venía ya marchando, lo que también certificaron los dos de á caballo, que aunque las espías decían esto, no por eso dejaban de pasar adelante á lo que se les ordenaba, hasta que dieron de manos á boca con el enemigo, y así volvieron volando á dar aviso al Gobernador y á Don Pedro Vique, que luégo comenzaron con un fervor valiente, juntamente con Don Pedro Marradas, á allanar la gente de guerra, que no acudía con el valor que habían prometido aquella tarde, antes entre las tinieblas de la noche muchos se deslizaban.

2.º Pero al fin con los que se fueron juntando se dispusieron en el parapeto á la resistencia de los ingleses, que llegando marchando por dentro del agua, con el cuidado que se les encargó, al paraje donde estaban emboscados los indios, no sólo no les dispararon flechas, pero como vil canalla, en viendo las picas y partesanas, escaparon huyendo y enseñándoles á los ingleses con

esto, ser mejor aquel paraje por donde aquéllos huían, por estar sin puyas, que el que ellos llevaban, y así, saliendo de la mar, fueron caminando tras ellos, seguros de las puyas, hasta llegar tan cerca del parapeto, que los pudieron ver los nuéstros, que disparando á bulto, fueron derribando á algunos, á que ayudaron también á tiempo las galeras, pues disparando también sus tiros de crujía por la mano derecha, barrieron algunas hileras luteranas, con que quedaron tan atemorizados, por quedar divididos en dos partes, que mandó su Maese de Campo, mudando de parecer en lo que había prometido á Francisco Drake de no dar paso atrás, que se recogiese la gente para tomar la vuelta de los navíos, á que le respondió la vanguardia con un clarín que llevaban, que ya no era tiempo de eso, sino de marchar adelante, sin embargo de que con los tiros de las galeras y de los de la trinchera, eran yá muertos casi doscientos ingleses, y de los nuéstros siete perdieron la vida antes de entrar el enemigo á la ciudad, y entre ellos Cosme de las Alas; pero dióselas de brio á los ingleses el haberle hallado entrada al parapeto por la parte de la mar, por estar menguante y haber dejado paso entre el fin de él y la lengua del agua; que pudiera haberse advertido este inconveniente cuando se hizo.

3.° Entrándose por allí los luteranos, con grandísima diligencia, fueron ganando á los nuéstros las espaldas, con que muchos volvieron las suyas, viéndose en tan conocido peligro de muerte y por no tener el valor que el Alférez Cosme de las Alas, que viéndose ya con las ansias de la muerte, por las muchas heridas que tenía, con sola la asta de la bandera sacó de esta vida á dos ingleses, hasta que cierto caballero de ellos, llamado Don Duardo, le atravesó con una partesana, y después de rendida la vida, le sacó de la mano la bandera. No bastaban las voces de Don Pedro Brique para hacer volver á los temerosos soldados, en especial á los de á caballo, que por estar mal herido su Capitán y estimar en menos la honra que la muerte, habiendo de ser al contrario, se retiró en demanda de su mujer al arcabuco, á quien siguieron algunos otros vecinos de la ciudad con el mismo pío y miedos; de cuyo mal ejemplo acobardándose los peones, comenzaron también á huír, quitándoles el miedo las fuerzas que habían tenido hasta allí, si bien no todos huyeron á una, sino yéndose deslizando unos tras otros; con que se dió lugar á que los enemigos ganasen la trinchera ó parapeto y se prometiesen la victoria, como la comenzó á cantar, subido encima de él un clarín, de que enfadado un soldado, le dió con un tan acertado tiro de escopeta, que le hizo al hereje pasar desde allí al infierno en un instante, quitándole la vida. Entre los siete que murieron de los nuéstros fué un Juan Rodríguez Rico. Prendieron al Capitán Alonso Bravo y lo mismo pretendieron hacer al brioso anciano Alvaro de Mendoza; pero los bríos de su caballo no dieron lugar á ello, pues aunque atravesado por los

ijares, sacó á su amo del conflicto de la batalla, de donde también salió Pedro de Coronado con tántas heridas, que la menor le amenazaba de muerte.

4.° Viéndose el Don Pedro Vique con tan poca gente contra tan gran número de ingleses y tan bien armados, subiendo á caballo, se fué con la espada desnuda hacia la parte donde estaba el mayor número de ellos, diciéndoles á los españoles que habían quedado: "Seguidme, caballeros, pues es ocasión ésta que hagamos demostración de nuestra sangre española y de la fe católica que profesamos, contra estos herejes, y del servicio de nuestro Rey." Que no fué tan vana esta diligencia que no le acudiesen sobre veinte españoles, y entre ellos su sobrino Don Pedro Marradas, y aun una escuadra de negros esclavos, cuyo Capitán era otro libre llamado Agustín Martín; que se hubieron todos con tanto valor, que aunque quedaron heridos algunos, quedaron bien pagadas las heridas con muertes de muchos ingleses, los cuales prevalecían cada hora más, no obstante estas muertes y lo que hemos dicho, por ir supliendo estos estragos otros que de nuevo iban llegándoles de los navíos. Se retiró á sus galeras Don Pedro, que hasta allí no habían podido hacer otro efecto que el que dijimos de la primera recuada. Mandó que se mudaran del puesto que tenían, y sucedió que por descuido de un soldado que estaba dando pólvora, se encendió un barril de ella y se quemó la galera, que fué causa que se soltasen los forzados de ella, huyéndose los turcos á los ingleses, y los cristianos á donde mejor pudieren gozar de su libertad. Viendo el Don Pedro Vique lo sucedido en aquella galera, y del poco provecho que era á los nuestros la otra, porque no lo fuese tampoco al inglés, le pegó fuego, habiendo sacado primero el Capitán Castañeda la pólvora y municiones y muchos de los mantenimientos.

CAPÍTULO XII

1.° Entra el enemigo á la ciudad, fortifícase en la plaza, donde le acomete valerosamente Martín Polo—2.° Entra en la ciudad Francisco Drake, y encuéntrase lo primero con una Cédula Real en que le llaman Corsario—3.° Conciértanse los edificios de la ciudad, y habiéndole pagado, da recibo de todo—4.° Hácense otros rescates particulares—5.° Sálese de la ciudad el Corsario, vuelve á arribar otra vez, llega á su tierra.

SIN estorbo del que hemos dicho, ni haber dado un paso atrás (por no valer fuerzas humanas á retardar el azote divino), se fueron entrando los mil luteranos, que estaban ya juntos en la ciudad, fortificándose en la plaza, y el Gobernador y Don Pedro Vique en la puerta de la puente, aunque ya sin provecho, pues habían cesado las dos causas por que se había plantado allí el Teniente: la una para hacer rostro al enemigo, si pretendiese entrar por allí; y la otra para detener á los nuéstros, si alguno intentaba salir de la ciudad antes de concluír con la resistencia; allí estaban los nuéstros bien fortificados, cuando acudió un escuadrón de trescientos ingleses, pretendiendo también ganar la puerta, que aunque repararon algo viendo tanto presidio en ella, al fin se determinaron á disparar sus arcabuces, lo que también hicieron los nuéstros por buen espacio de tiempo, en el cual iba ya amaneciendo y llegándose á la ciudad el Capitán Martín Polo, por haber oído en su puesto de Pesca la artillería de la ciudad, y saber que por donde él estaba no había algún peligro del enemigo; á quien acometió con solos diez y siete soldados de los suyos, que le quisieron seguir, entrándose por las calles con tan valeroso ánimo, que llegó hasta la plaza arrollando cuantos ingleses encontraba por las calles; los cuales viendo aquel atrevimiento con tantas muertes de los suyos, antes que otros de los nuéstros también lo tuviesen para inquietarlos en la plaza, sacaron de ellas dos mangas de bien armados soldados, para que fuesen defendiendo las calles y le tomasen las espaldas al Martín Polo y los suyos, que advirtiéndolo, se fueron retirando, no á espaldas vueltas, sino haciendo frente, hasta juntarse con los que estaban en la puente, en la cual refriega murieron muchos ingleses, y de los nuéstros Pedro Fernández y Francisco de Palencia. Viendo el Gobernador y los demás ser temeridad, y peligrar sin provecho el aguardar más en la ciudad, supuesto el estado que tenía, se retiraron al pueblo de Turbaco, dividiéndose los demás por las estancias entre los arcabucos.

2.° Habiendo avisado los ingleses del suceso al Francisco Drake en los navíos, se entró en una lancha, y acompañado de otras, tomó la vuelta de la

ciudad, viniendo bogando muy aprisa hasta llegar al fuertezuelo de la Caleta, donde por la cadena y valientes bríos del Pedro Mejía, se detuvo, sin poder pasar las lanchas adelante, hasta que le fué recado al Mejía dejara aquella facción y fuerte, pues no era ya de importancia, y así lo tuvo de dejar hasta contra su gusto, porque le tenía, y bríos para defenderse allí por muchos días. Pasó con esto el General inglés, acompañado de su Almirante y otros muchos Capitanes, hasta entrar en la ciudad, donde se fortificó valientemente, como quien tenía intento de hacer asiento en ella por muchos días, comenzando en aquél, sábado diez de Febrero, á trastornarla toda; que todavía hubieron á las manos razonable pillaje de comidas, vino y aceite, que no se había podido sacar, y de otras haciendas que habían enterrado los vecinos, habiéndoles dado noticia de ellas algunos negros esclavos que habían quedado en la ciudad. Entre otras cosas que el Corsario hubo á las manos, fueron en ciertas gavetas en la casa del Gobernador las Cédulas Reales que habían ido en los avisos de España, dándolas de que un Corsario iba á infestar aquellas costas; de que se acedó tánto el inglés por haberle llamado Corsario (¡como si no lo fuera!), que no acababa de mostrar sus sentimientos, como se echó de ver, pues habiendo venido á la ciudad á tratar de su rescate de edificios el Obispo Tristán de Oribe, Pedro López Tribiño, el Doctor Méndez y otros vecinos y Capitanes de lo más granado de ella, lo primero de lo que trató el inglés fué de la cédula, con grandes demostraciones de acedías, diciendo que aunque aquello había sido exceso de secretarios y que los Reyes no podían siempre leer lo que firmaban, que si cualquiera se lo hubiera dicho, él lo desmentiría por la barba, y tomara satisfacción por sus manos, como confiaba en Dios lo habían de ver todos algún día, y su desagravio en España.

3.º Iba tan encarnizado en esto, que hoy no hubiera acabado de hablar sobre ello si no le moderara el Obispo, diciendo que en aquella sazón sólo venía á tratar del rescate, con lo cual y con otras palabras, reportándose el protestante, pidió por la talla seiscientos y tantos mil ducados, sobre el cual exceso en nada cedió, de suerte que se deshizo la junta sin dar en nada asiento, hasta que volviendo otro día Tristán de Oribe, le llegó á ofrecer hasta cien mil ducados, que despreciándolos el hereje, y metiéndose otra vez en cólera, hizo poner fuego á algunas casas del arrabal, que eran de madera, y á otras de piedra, con intentos de arrasarla toda por el suelo; hacían mil lamentables vituperios á las imágenes de las Iglesias, que por estar pintadas no se pudieron esconder ni reservar de su ira; predicaba casi todos los días la secta de Lutero desde los corredores de la casa del Gobernador y en otras partes públicas y capaces para juntarse auditorio á sus prédicas. Viendo los nuéstros el estrago que iba haciendo en todos y los que iban amenazando se habían de hacer,

llegaron otra vez al concierto del rescate, que ofreciéndole sobre los cien mil otros diez mil ducados, quedó asentado. Que comenzándole á pagar parte de él en joyas, de las que no gustaba tanto como de la moneda, hizo baja de tres mil ducados, con tal que se le pagasen en buena moneda, de que iba dando cartas de pago como los iba recibiendo, y á lo último la dió de todo, como yo las vi todas originales de su misma letra en un archivo de los oficiales de Cartagena, y la última dice así:

"*Agnosco me centenos & septiesmille connatos á Gubernatore civibusque Carthaginæ recepisse 20 die marthi 1586.*"

FRANCISCO DRAKE.

Que en nuestro castellano quiere decir:

"Conozco ó doy testimonio haber recibido del Gobernador y ciudadanos de la ciudad de Cartagena ciento y siete mil ducados, en veinte de Marzo de 1586."

FRANCISCO DRAKE.

Y luégo, consecutivo al recibo, dice así el original: "Testigos que fuimos al firmar y á lo demás que vimos los dichos (háuse nombrado otra vez más arriba en otros recibos) Pedro López Tribiño, Tristán de Oribe y el Doctor Méndez y Pedro Mejía Mirabal, vecinos de la dicha ciudad; Francisco de Alva, escribano."

No quedó en esto la suma del rescate, pues habiéndose hecho algunos de particulares vecinos, por las cosas que había de ellos el inglés á las manos, le fueron de importancia de cien mil y tantos castellanos, como fueron de otras socaliñas que tuvo el pirata inglés, diciendo que el matadero y el convento de San Francisco, que están fuera de la ciudad, no habían entrado en el rescate de ella, y así que aquello era cuenta aparte, á lo que no quería acudir el Gobernador, arrepentido por lo que había dado por la ciudad; pero al fin nuestros religiosos dieron mil pesos por el convento, y también se satisfizo por el matadero. Al Capitán Bravo Hidalgo le costó su rescate cinco mil pesos, que, como dijimos, lo tenían preso; también rescató Luisa Alvarez una muy buena estancia que tenía á la entrada del puerto en la isla de Carex (que hoy es de Don Pedro Félix), porque no se la talasen y destruyesen los muy buenos árboles de que la tenía plantada, que era de donde tenía su renta y bien de comer, en especial de un famoso árbol mamey, valentísimo y de buena fruta, como yo le vi el año pasado de mil y seiscientos y veinte y cuatro; de suerte que toda la importancia del pillaje montó sobre cuatrocientos mil ducados, sin las piezas de artillería, que eran muchas y muy buenas, con las que se hallaba la ciudad,

de que no quiso rescatar tan sólo una, y sin muchos negros esclavos que se le pasaron, que si á él no le eran de importancia, les fué de daño á los vecinos; también se hizo de su banda y religión hereje un mestizo, cebado de su libertad y del entierro y honra que el Drake le hizo hacer á otro de su pelaje, que traía en su compañía por Capitán desde la costa del Sur, donde se le pasó á su devoción. También enterraron con solemnidad á un Capitán á quien mató un soldado de los nuéstros, llamado Francisco Díaz, en una lancha donde iba el inglés con otros muchos á coger una fragata del trato, á quien dieron vista en estos días, pero no dándosela al soldado y á otros que estaban con él emboscados en un manglar á la costa, le costó la vida al inglés, á quien hizo con pompa de Capitán un lustroso entierro á su modo el Francisco Drake.

5.º El cual, después de haber estado en la ciudad dos meses, á los diez de Abril, después de haber reparado sus navíos, se dió á la vela, y cuando iba saliendo del puerto, iban entrando los vecinos en la ciudad, que hallándola tan mal parada como se podía presumir de tales huéspedes, estaban con mil arrepentimientos de la gruesa paga que le habían dado; pero apenas se habían acomodado en lo que hallaron de las casas, y comenzado á repararlas y hacer otras de nuevo, cuando volvieron á ver las veinticuatro velas del inglés, que volvía á arribar al puerto; con que se alborotó de tal manera la ciudad, que más prisa y con menos comodidad que la primera vez, comenzó á salir toda la gente de ella; hasta que estando ya dentro del puerto, les envió á asegurar el Francisco Drake, con un amigo suyo llamado Jonás, bien aljamiado en nuestra lengua, que se quietasen sin temor todos en la ciudad, porque él les cumpliría la palabra que les había dado de no volver á entrar en ella, pues su arribada sólo era para tener mejor defensa en el puerto de los galeones que estaban esperando de España, si bien á la verdad no era sino para reparar la valiente barca que tomaron en el puerto de Santo Domingo, que se les iba á pique por la mucha artillería de que iba cargada. Tardáronse en repararla algunos días, en que no dejaban de molestar la ciudad algunos que se desembarcaban, y con sus armas venían á ella pidiendo matalotajes de carne salada, cazabe y bizcochos, á los cuales entretenía el Gobernador con industria, por si acaso entre tanto llegaban nuestros galeones, que viendo su tardanza, los despachó con lo que pedían, con que á veinticuatro de Abril se volvió el inglés á hacer á la vela, y dejando el ir á Nombre Dios y Panamá, que era el principal blanco y pío con que salió de Londres, tomó su carrera por allá, á donde llegó en salvamento después de tan larga navegación.

Por haber sido tan despacio el tiempo desde que llegaron estos luteranos á la ciudad de Santo Domingo y aun á la de Cartagena, lo hubo para que llegasen las noticias de todo á este Nuevo Reino de Granada, que aunque algo

confusas, se ordenó luégo por parte de esta Audiencia, á quien gobernaba por Oidor más antiguo y falta de Presidente el Doctor Guillén Chaparro, se alistase gente y armas, se señalasen oficiales por todas las ciudades de él y estuviesen prevenidos para si les demandasen socorro de la de Cartagena, que habiendo sucedido como hemos dicho, y salídose el inglés de ella, sólo se quedaron estas diligencias en prevenciones, aunque importantes para quietar los indios más pacíficos del Reino, que con las nuevas andaban alterados, como gente tan novelera; pero viendo la que se hacía de soldados españoles, tuvieron por bien de volverse á quitar. Pasado buen número de días de la partida del inglés de Cartagena, llegaron los galeones, que fué como el socorro que dicen de España: un asno viejo cargado de lanzas sin hierro. Traíalos á su cargo, como General que era, Alvaro Flórez; naves fuertes pero sin efecto: venía en ellas Don Pedro de Ludeña por Gobernador de la ciudad y sucesor de Pedro Fernández de Bustos, que tuvo tan desgraciado fin en su Gobierno, como hemos visto de la pérdida de esta ciudad.

CAPÍTULO XIII

1. Arma otra vez Francisco Drake y viene sobre Cádiz, donde le sucede mal—2.° Por lo cual se halló en desgracia de su Reina Isabel. Arribada de Sancho Pardo á Puerto Rico con una nave de millón y medio—3.° Prometiendo haberla á las manos, sale con buena flota de Londres. Dáse aviso á Nombre de Dios y Panamá—4.° Toca el Corsario en la isla Gran Canaria, donde, yéndole mal, toma la vuelta de la de Puerto Rico.

NO acababa de digerir Francisco Drake las acedias con que andaba contra nuestra religión y nación española, ni de querer dar á entender en toda ocasión lo estomagado que andaba y deseoso de venganzas, por la afrenta con que se sentía de haber hallado en las Cédulas Reales de aviso en esta ciudad de Cartagena que le llamaban Corsario. De todo lo cual andaba solicitado de sus deseos de ponerlos en efecto, robando algunas de las ciudades de los puertos de España. El cual pío comunicado con su Reina, y prometiéndola más de lo que pudo, hicieron los dos armada con designio de tomar la ciudad de Cádiz, donde á la sazón gobernaba Don Pedro de Acuña, y habiendo salido del puerto de Plemua con muchas y buenas naves, bien cargadas de armas y gente, de quien él era General, y llegado á la ciudad, fué tan valiente la resistencia que le hizo el Gobernador, que no sólo no le surtió al hereje el efecto que deseaba de tomar la ciudad, pero destrozadas muchas de sus naves, quedaron muertos gran suma de ingleses, regando los primeros umbrales de las puertas de España por aquella parte con la sangre de aquellos lobos, para que otros, oliéndola, no se atrevieran á poner el pié en aquellas entradas: como se dice de este animal, que en oliendo la sangre derramada de otro de su casta, no pasa adelante, antes vuelve atrás, ó como suelen hacer con los grajos, que colgando uno de un palo, donde acuden muchos, huyen todos de aquella parte, porque no les suceda lo que á aquél.

2.° Volviendo con este mal despacho Francisco Drake á Londres, fué bastante para quedar arrinconado de la privanza de su Reina: caso de los más tristes que le pudieran suceder, pues no hay miseria que llegue á haber sido un hombre y cuanto más ha sido mayor miseria. En ésta anduvo algunos años (porque en realidad las desgracias están, como la sombra, pegadas á la prosperidad, y no puede faltar en este mundo la alternativa de la una y la otra), cuando en el de mil y quinientos y noventa y cinco (nueve después que salió de Cartagena con el pillaje que hemos dicho), yendo Don Francisco de Colona con la flota y plata de estas Indias, y en su compañía Sancho Pardo de Osorio, General de Tierra Firme, corrieron una tan grave tormenta, que aportando cada nao

á diversas partes, unas á Cádiz, otras á Lisboa y otras al Ferrol, Sancho Pardo con la suya arribó á la isla y ciudad de Puerto Rico, en que llevaba millón y medio de plata. Dió aviso desde allí á Castilla, donde luégo fué ordenado por el Rey saliese Don Pedro Tello con cinco fragatas en demanda de Puerto Rico, para ir en resguardo de la nave de Sancho Pardo. No fué tan secreto este suceso y nuevas en España, que no pasasen á Inglaterra y alterasen, entre los demás, la codicia del Francisco Drake, que ya por la plata, y ya por abrir por aquel camino entrada para volver á la gracia de la Reina, pretendió dar á entender á todos ser más evidente y claro que el día el poder haber á sus manos, y poner desde las suyas en las de la Reina, no sólo la plata de aquella nave de Puerto Rico, pero aun toda la que tenía Panamá, Nombre de Dios y Puertobelo.

3.° Anduvo tan persuasivo en esto, que con intervención de la Reina se dispusieron á la jornada, en el puerto de Plemua, hasta veintisiete navíos, los seis de la Reina y por su cuenta y el resto de mercaderes y á la suya; las dos mayores de seiscientas hasta setecientas toneladas, dos de á cuatrocientas, cinco de á trescientas y el resto de á doscientas y de á ciento cincuenta, y tres de hasta cincuenta; repartidas en ellas hasta tres mil hombres de mar y guerra, la mayor parte moza, bisoña y desarmada, pero con voz de que venían siete mil. Venía por General de tierra Juan Acles, y orden que en su falta lo fuese el Francisco Drake, que lo era sólo de mar; Sargento Mayor, un Rodulfo, gran soldado, sobrino del General, y otros oficiales. Diéronse á la vela en el mismo puerto, á cinco ó seis de Septiembre de dicho año de mil y quinientos y noventa y cinco, que sabiéndose en el Real Consejo de Indias, y los designios que llevaba de pasar á Panamá y á Nombre de Dios, se le despachó sobre las espumas de la agua, como dicen, en un navío, buen velero, al Gobernador y Capitán General de Nombre de Dios y Puerto Rico, que era Don Diego de Amaya, que comenzó luégo á disponer pertrechos, aunque se hallaba con bien pocos, para defensa de su pueblo. Dió desde él aviso á Panamá que no se podía persuadir á que en aquel tiempo saliese gente de Inglaterra, donde comienzan los rígidos y procelosos inviernos, aunque bien tenía experiencia el Francisco Drake que esto es en aquel mar frío que se va calando debajo del polo Artico, porque en este nuestro caliente, que metido debajo la Tórrida Zona viene á buscar por cenit la línea equinoccial, los mejores tiempos de navegar son aquéllos. No obstante estas razones, de la ciudad de Panamá instaba el Don Diego en el socorro que pedía, de que dió aviso aquella Real Audiencia al Virrey del Pirú (á quien está sujeta), Don García de Mendoza, Marqués de Cañete, que despachó luégo (habiendo llegado poco había de ser Gobernador de Chile á la ciudad de Lima) á Don Alonso de Sotomayor por su Teniente con

alguna gente, y los Capitanes Fernando de Ocampo y Juan Enrique, y muchas municiones de pólvora, balas, cuerda y seis piezas gruesas, que llegaron en salvamento en una galizabra al puerto de Panamá, donde fueron bien recibidos, más por las personas que por los pertrechos, en especial por la estima que hacían de la de Don Alonso, á quien la Real Audiencia nombró de nuevo por su Teniente General en todo cuanto tocara á su jurisdicción, no obstante, como dijimos, que él lo era del Marqués y Virrey.

4.º Volviendo á la flota y navegación de Inglaterra, llegando á la isla y puerto de la Gran Canaria, pretendió hacer en su ciudad un cruel pillaje, para lo cual echó en tierra (aunque Cairasco dice no haberlos dejado saltar en ella, sino que antes de eso les hicieron resistencia, sin dejar desembarcar á ninguno) en veinte lanchas más de mil hombres por el puerto, que recibiéndolos bien prevenidos con ochocientos los de la ciudad, buenos jinetes y arcabuceros, y bien industriados á semejantes lances, á los primeros hicieron menos cuarenta ingleses, y retirar al protestante, que mal contento se hizo á la vela y muy de otro gusto del que intentó robar la ciudad. Corrió más adelante la costa cinco leguas, donde en cierto paraje saltaron en tierra veinte ingleses con intentos de hacer aguada, que les salieron en vano, pues en lugar de agua llevaron sangre, por la prisa que les dieron los ganaderos que andaban por aquellos países pastando los ganados, que con hondas, bastones y lanzas, de los veinte sacaron de esta vida á los catorce, y de los seis hubieron vivos tres á las manos, y aun los tres que restaban por escaparse de ellos se derrumbaron por ciertos peñascos, donde, haciéndose mil pedazos, fueron á refrescarse al infierno. Con que el Francisco Drake, desabridísimo, tomó la vuelta de Puerto Rico, surgiendo de camino en una de las islas que llaman de Barlovento y á ella de Guadalupe, se anoló el tiempo necesario hasta hacer siete lanchas, por habérsele perdido algunas, donde echó á pique tres naves gruesas, por ser zorreras y haber venido hasta allí cargadas sólo de mantenimientos. No se descuidaba en este tiempo Don Pedro Tello de proseguir su navegación con cinco fragatas, y dando vista á las islas Dominica y Matalino, también de las de Barlovento, se encontró entre las dos con dos navíos de la armada del inglés, que se habían adelantado mientras los otros estaban en la de Guadalupe, que escapándosele el uno por haberle cogido el barlovento, echó el otro á pique, habiendo de él á las manos diez y ocho ingleses, que á fuerza de tormentos confesaron el discurso de toda la jornada, que fué el que hemos dicho, nombrando por sus nombres todos los Capitanes, Alférez y Sargentos; aunque mejor relación se tomó de un portugués llamado Simón Moreno, que venía con ellos y se les huyó cuando llegó Francisco Drake al puerto del Río de la Hacha. Con todo eso, cuidadoso por esta relación de los atormentados ingleses, Don Pedro Tello llegó á la ciudad

do Puerto Rico, donde comenzaron luégo á hacer nuevos pertrechos en defensa del Corsario.

CAPÍTULO XIV

1.° Sucediéndole mal al Drake también en Puerto Rico, toma la vuelta de estas costas y llega al Cabo de la Vela—2.° Dáse nueva en Cartagena y previénese su Gobernador Don Pedro de Acuña. Llega al Río de la Hacha y roba las estancias y canoas de perlas—3.° Quema la ciudad. Da relación de la armada un portugués que aquí se le huyó—4.° Pasa á Santa Marta, y quemándola, hácese á la mar la vuelta del Nombre de Dios.

TENÍA á su cargo á la sazón esta ciudad el Capitán Juan Fernández Coronel, natural de Hita (?) (que yo conocí mucho, pues vine navegando con él desde España hasta la isla Margarita y hoy pienso que es vivo, hombre de valor en toda ocasión de honra), que juntamente con Don Pedro Tello y Sancho Pardo dispusieron bien la defensa del puerto y ciudad. En tres partes se dividió la artillería; cerróse la boca de la barra con tres fragatas que se echaron en ella á pique, para que sus jarcias enjarciasen y impidiesen la entrada á la naves enemigas. Amparáronse al abrigo nuestras cinco fragatas, para desde ellas darle también batería, como sucedió, pues llegando el pirata á vista del puerto y poniéndose de mar en través con todas sus naves, pretendió aquella noche, cubierto de su obscuro manto, entrarse dentro, como lo intentó con mil hombres en veinte lanchas, procurando limpiar con su arcabucería los estorbos, y pareciéndole serle grandes los de la obscuridad de la noche, pegó fuego á dos de nuestras fragatas para tener luz, que fué su total ruina, pues aunque la tuvieron los nuéstros de las dos fragatas por no poderse remediar el fuego, tuvieron luz, aprovechándose de su mismo daño, para disparar con puntería cierta á las lanchas, y tan cierta, que les barrían la gente desde el Morro y otras partes con las piezas gruesas, sembrando el mar de cuerpos, con que le fué forzoso retirarse y volverse á su puesto, donde sucedió una cosa digna de que se encomiende más á la memoria que al olvido; y fué que estando cenando un caballero inglés que hacía oficio de Teniente General, viendo la luz que tenía á la mesa un artillero, desde el Morro, apuntó tan acertadamente á la lumbre una pieza gruesa, que, dando con la bala en la mesa, barrió cuantos en ella estaban y otros circunstantes hasta número de quince, que pasaron desde allí á tragar en el infierno otras mayores desgracias, como también le sucedió al General Juan Acles, que de pena de éstas rindió allí la vida, con que eligieron en su lugar al Francisco Drake, quedando con esto con ambos cargos de Gene-

ral de mar y tierra. Que maldiciendo su mala suerte y blasfemando de los malos sucesos de Canaria y Puerto Rico, tomó la vuelta de las costas de Tierra Firme y llegó al Cabo de la Vela.

2.º Por donde á la sazón pasó cierta fragata del trato, que había salido con harinas de la ciudad y puerto de la laguna de Maracaibo, y corriéndola cinco velas del enemigo, se escapó de ellas por traerles gran ventaja, y llegó á dar estas nuevas á la ciudad de Cartagena, martes doce de Diciembre, donde á la sazón era Gobernador Don Pedro de Acuña, que el jueves antes había tenido pliego de la Audiencia de Santo Domingo, en que avisaban de la llegada del protestante á Puerto Rico. Estas nuevas de la fragata, por ser tan ciertas y del enemigo tan cerca, avivaron los bríos y desvelos de Don Pedro de Acuña, de manera que en pocos días cercó toda la ciudad de Cartagena de empalizada de maderos gruesísimos y fagina, en cuya solicitud ninguno de la ciudad se excusaba de trabajar, pues me certificó un ciudadano fidedigno de ella, que se había visto, para ejemplo de los demás, cargar fagina á Don Pedro Duque de Ribera, que á la sazón se hallaba allí electo Obispo de Panamá. En esto andaba Don Pedro de Acuña, cuando llegó otro aviso por tierra, de parte del Licenciado Mancio de Contreras, que á la sazón era Gobernador de Santa Marta y estaba en la ciudad del Río de la Hacha, de cómo había entrado ya allí el inglés, lunes á once de Diciembre, y traía consigo todas las canoas y negros de las pesquerías de perlas del Cabo de la Vela, con intentos de que los del Río de la Hacha, siendo suyos, los rescatasen, que no saliéndole á ello, echó su gente el Corsario, una noche con la luna, á que robasen y destruyesen las estancias, como lo hicieron sacando de ellas gran pillaje de lo que tenían escondido los vecinos (que no habían dejado en la ciudad más que el casco) y alguna gente, y entre ellos el Prior del convento de Santo Domingo, que sabiendo era fraile, luégo lo soltó.

3.º Trató por terceras personas del rescate de las casas con el Gobernador, que prometiéndole veinticuatro mil pesos en perlas, y dándole algunos rehenes, que se había de cumplir dentro de quince días, sólo tuvo intento en esto de alargar el tiempo, para que en él se pudiese pertrechar mejor la ciudad de Cartagena, por si acaso pretendía ir á ella, y la de Santa Marta ponerse en cobro, donde sin duda iría, como fué, y así pasados los quince días, como el Licenciado Mancio no le acudió con el concierto en el tiempo puesto, dejando en tierra los rehenes y muerto el Almirante de la armada en el puerto, pegó fuego á dos de sus navíos y á la ciudad, día tercero de Pascua de Navidad, y se dió á la vela, llevando consigo las canoas y negros de la pesquería de las perlas. Dejó también allí aquel portugués que dijimos, llamado Simón Moreno, que habiéndolo captivado cerca de Londres, aquí se les huyó y dió la mayor

parte de la relación del discurso de esta armada, y añadía en la confesión que le tomó aquí el Gobernador Mancio, que la fuerza en que confiaba el Francisco Drake era en los muchos tiros gruesos y municiones que traía, y que eran sus intentos ir á Santa Marta y probar las fuerzas de Cartagena y las de Nombre de Dios y Panamá, y para el rio de Chagres traía todas aquellas lanchas, y que á todas partes pensaba acometer de noche para atemorizar más la gente de aquellas ciudades, y que traía preciso orden de la Reina, que había de volver á la suya de Londres por todo el mes de Mayo, por estar con temores de la armada de España, y más se sospechaban de esto por haber sucedido que cuando ésta estaba de vergas en alto para salir de Inglaterra, llegó nueva que la escuadra de galeras que estaba á cargo de Don Diego de Borja había quemado en aquella isla tres villas y pasado toda la gente á cuchillo.

4.º A tres días que salió esta armada del puerto del Río de la Hachas entró en el de Santa Marta, á treinta de Diciembre, con veintidós navíos gruesos, sin los pataches y lanchas, y habiéndose apoderado del pueblo, por estar la gente retirada al arcabuco y estancias (asilo en estas ocasiones de todo aquel pueblo), al amanecer otro día siguiente, despachó el protestante su gente á que las trastornasen y robasen, como lo hicieron en algunas, y hallando en una los ornamentos de la Iglesia y una imagen de bulto de Nuestra Señora, guardando los ornamentos para lo que después diremos, dieron los pérfidos herejes muchas cuchilladas á la santísima imagen, hasta cortarle los brazos: demostración atroz de su herejía. Prendieron al Teniente de Gobernador, llamado Don Francisco Flórez, en cierto paso del río, y á un portugués que estaba con él, á quien enviaron luégo, domingo á medio día, remitiendo una carta del Teniente á los vecinos de la ciudad, en que decía: "Yá Vuestra, Mercedes han visto el modo de mi prisión: estos señores me han dado de término hoy en todo el día para el rescate de mi persona y pueblo, donde se prometen de seguir á Vuestras Mercedes hasta las cumbres de las sierras de Betoma; Vuestras Mercedes vean mi necesidad y se duelan de mí." Habiendo visto esta carta los ciudadanos, determinaron rescatarlo á él solo, enviando esto por respuesta con el mismo portugués, que cuando llegó al pueblo, andaban tan caladas las fuertes brisas que de ordinario corren en aquella costa y que iban ganando las naves hacia el Morro, que está en medio el puerto, y amenazando peligro de hacer todo pedazos en él; lo cual queriendo reparar el Francisco Drake, mandó se embarcase aprisa toda la gente, y que la escuadra postrera quemase todo el pueblo, como lo hizo, sin quedar en pié más que dos casillas apartadas. Con que se dió á la vela, llevándose consigo al Teniente, el mismo domingo postrero de Diciembre de mil y quinientos y noventa y cinco, y luégo allí á las Bocas del Rio Grande, por la fuerza de los embates de las aguas dulces y

saladas, se le fueron á pique ocho barcos con la gente que iba en ellos, por lo cual se hizo á lo largo enmarándose y huyendo el peligro con las demás fustas.

CAPÍTULO XV

1.º Envía el Gobernador de Cartagena gente á coger dos lanchas rezagadas del inglés—2.º Cogen la una y declara su derrota y intentos—3.º Da vista el inglés al puerto de Nombre de Dios, donde se disponen á la *resistencia*—4.º Entra en la ciudad, guiado de un mulato que se pasó á sus soldados.

TENIENDO por cierto toda esta ciudad que el enemigo tomaba la vuelta de Cartagena, determinó la mujer del Teniente ir á la misma ciudad á rescatar su marido, como lo hiciera, si un vecino de allí, llamado Diego Ruiz, no se ofreciera ir él en persona á hacer el rescate; para que se partió luégo de aquella ciudad, y llegó á la de Cartagena, jueves cuatro de Enero del año siguiente, donde dió la nueva de lo sucedido en Santa Marta, y que la espía que tenía puesta el Gobernador en la punta de la Canoa, cinco leguas de la ciudad de Cartagena, no había visto pasar la armada del enemigo, si bien decía que el martes antes le había parecido así á una vista que se descubrieron algunas velas, y sonó un trueno como de tiro grueso; pero que no se determinaban si fuesen velas ó celajes. El mismo miércoles tres de Enero se descubrieron dos lanchas del enemigo y surgieron en la Cangrejera, cuatro leguas de la misma ciudad de Cartagena al Levante, de que teniendo nueva Don Pedro de Acuña por las guardas de á caballo que velaban la costa, despachó aquella noche veinte hombres de á caballo con veinte peones con sus arcabuces, que llevándolos á las ancas los de á caballo para que llegasen descansados y con más brevedad, tomasen el puesto más acomodado en el arcabuco, donde se emboscasen cerca de donde estaban surtas las lanchas, por si acaso echaban gente en tierra. Despachó también una galera y la Napolitana con soldados del presidio, para que bogando toda la noche, amaneciesen en la Cangrejera sobre las lanchas, poniendo toda diligencia para cogerlas, que no les fué posible, pues aunque amanecieron galera y Napolitana sobre ellas, tuvieron lugar de huir y enmararse, de suerte que no las pudieron seguir las nuéstras, en especial por llevar orden de volver aquella noche al puerto, por si acaso fuese aquello estratagema del enemigo, para con el cebo de las lanchas sacar del puerto las galeras y entrarse él por otra parte sin resistencia.

2.º Los cuarenta soldados estándose aquel día en la Cangrejera, á otro

siguiente, al amanecer, volvió al mismo puesto la una de las lanchas, de que avisando al Gobernador, volvió á despachar la galera con la Napolitana y otra fragata, con gente bien armada y orden para que la fuesen siguiendo, como lo hicieron; pues amaneciendo otro día sobre ella las tres fustas nuéstras, le fueron dando caza hasta que sobre las islas de Barú, que están al Oeste de esta ciudad, cerca de la Villa de Tolú, la hubieron á las manos y metieron en el puerto con diez y seis ingleses, algunos de ellos heridos en la refriega, y uno tan mal, que murió en entrando en el puerto, que fué á diez de Enero. Tomándoles su declaración á estos ingleses el Gobernador, dijeron que estas dos lanchas eran de la armada del General Francisco Drake y que se habían quedado rezagadas de la flota en el puerto de Santa Marta, quemando las casas y recogiendo los soldados retardados en embarcarse, y que habiendo gastado en esto hasta las cinco de la tarde el domingo que salió la armada, no la pudieron alcanzar ni aun darle vista, por haberse enmarado mucho, huyendo del oleaje y embates de las aguas dulces del Río Grande de la Magdalena con las saladas, y temiendo estas dos lanchas el enmararse por las fuertes brisas, se venían costa á costa, si bien esta lancha no había dado más vista á la otra, desde que la galera la corrió, y que la flota del inglés entendían estaría ya en Nombre de Dios; y en lo demás conformaban con lo que había dicho el portugués en el Río de la Hacha. De todo lo cual dió aviso Don Pedro de Acuña al Gobernador de Nombre de Dios y Puertobelo, Don Diego de Amaya, despachándole para esto una fragata con buenos y bien armados soldados y remeros, por su Capitán el Sargento del presidio, llamado Juan Guerrero, y para que tomase lengua de la armada del enemigo. El cual no atreviéndose á llegar á Cartagena por tener tan en la memoria lo que le había sucedido en Cádiz con el mismo Don Pedro de Acuña, puso la frente en dar el primer golpe en el pueblo y puerto de Nombre de Dios, aunque no hacía aquello en nombre de Dios, sino de su Reina ó Lutero.

3.° Desde donde, y á los últimos de Enero del año de mil y quinientos y noventa y seis, descubrió el atalaya á una vista larga las naves del enemigo, que yéndose acercando y queriendo ya entrar en el puerto uno de los navíos, le hicieron retirar dos piezas que se le dispararon: una del arrecife que estaba sobre el Morro, y otra plantada en la playa, donde estaba el Gobernador con solos sesenta y dos soldados, que le habían enviado de socorro desde Panamá con el Capitán Pedro de Quiñones, natural de León, hombre valeroso, de que daban testimonio sus hazañas en Flandes, hermano del otro valeroso Capitán Antonio de Quiñones. No se hallaba el Don Diego con más piezas de estas dos, y no eran muy gruesas, por haber remitido las otras á Puertobelo, que á la sazón se iba fortificando, para mudar á él las embarcaciones y desembarcaciones, por ser

más acomodado que este de Nombre de Dios, como en efecto se hizo. Bien echaba de ver el Gobernador que aguardar la gente de cincuenta velas que traía el enemigo tan pocos españoles como allí se hallaban, era más mostrar su valor que pretender hacerle frente; pero con todo eso hizo dos escuadras de á veinte soldados, enviando una al Río del Factor y otra al Manglar, que eran las partes más dispuestas á la entrada del pueblo, quedándose él con el resto, diciendo no era bien se moviese de allí sin ver á quién le hacía retirar. Al fin se fué entrando el inglés en el puerto con todas sus naves y lanchas, sin haber quien le hiciera resistencia; sólo se la hacían á los intentos del Don Diego el Cura y otros, aconsejándole ser más importante el retirarse al monte (donde ya tenían puestas en salvo las haciendas y lo mejor de los vecinos), que con temeridad aguardar tan pocos y tan mal apercibidos de armas á un tan poderoso enemigo. Advertía menos el Don Diego á estos consejos que á la resolución que había tomado de hacerle al Drake la resistencia que le fuese posible.

4.º A las primeras vistas que le dió al inglés en el puerto un mulato llamado Andrés Amader, que siempre andaba con un rosario gordo al cuello y pasando en él Ave Marías, hizo señas al inglés que fuese por él á tierra, como se hizo, enviándole dos bateles y recogiéndolo. Lo estimó en mucho Francisco Drake, pareciéndole lo sería de importancia, como lo fué, y no menos otro viejo, de setenta años, llamado Alberto de Ojeda, español, que en lo más plateado de sus canas dejó la religión cristiana, haciéndose ya á la secta y costumbres del luterano, que por tener tan grandes años lo estimó y hizo de su mesa y consejo; como también á otro llamado Cantero, que hizo lo mismo, fundado en quejas de mala paga de servicios que le había hecho al Rey en San Juan de Lúa, ó no sé á dónde. Guiando, pues, el mulato la gente de Francisco Drake por la sabana, á donde echaron primero, á descubrir si había alguna emboscada, cien negros de los que traía del Río de la Hacha, se apoderó de la ciudad, que aunque vacías las casas de gente y pillaje, les fueron albergue y sirvieron de posadas. A las voces y persuasiones de tantos, y doliéndose de las muchas muertes que sin duda habían de suceder, por ser tan poca la resistencia que los nuéstros podían hacer, mandó Don Diego á Pedro de Quiñones que se retirase al monte con la gente de la vanguardia y los pobres y enfermos que habían quedado rezagados en la ciudad, quedándose él con solos doce, con los cuales y una rociada le dió la bienvenida al enemigo, sacándole de esta vida á dos ingleses, con que se comenzó á retirar haciéndoles frente, yéndose entrando en el monte, donde vido de repente que dos mangas de ingleses, guiados por el mulato, iban á cogerle el paso; á los cuales embistieron los doce con tanto valor de sangre en venas españolas, que cinco ingleses perdieron la vida, sin que de los nuéstros peligrase más que un negro del Don Diego, á quien hirie-

ron tan cerca de él que le salpicó la sangre; pero viendo la mucha gente inglesa que le iba cargando, se fué retirando y entrándose más al monte, sin ningún peligro, por el socorro que le volvió á dar el Capitán Quiñones, que oyendo el eco de los arcabuces, conoció el peligro en que estaba el Don Diego.

CAPÍTULO XVI

1.° Dánse los herejes á robar la ciudad, y dos casos que les suceden á algunos—2.° Roban la iglesia con vituperio de las imágenes. Sale un Coronel inglés en demanda del Gobernador y de Panamá—3.° Sucédeles mal á los herejes con los negros del pueblo de Santiago del Príncipe—4.° Muere un dogmatis, amigo del Drake, y sale contra los negros sin hacer cosa considerable.

LOS herejes, aposentados en la ciudad, andaban como perros de rastro trastornando todas las casas; entraron diez ó doce en una, donde estaba una mujer con su padre y marido enfermos, á los cuales, pidiéndoles plata, y diciendo no la tenían, sacaron de las camas y arrimándolos cerca de la casa á un árbol del arcabuco, los amarraron el uno al otro por las espaldas, y volviendo á la mujer, le mandaron les aderezase de comer, que habiéndolo hecho, y ellos comido y bebido aosadas, pues quedaron embriagados, viéndolos así, salió y desató á su padre y marido, y todos tres juntos volvieron y pegaron fuego á la casa, quedando al fuego de ella los doce ingleses hechos cenizas. Otros entraron á la casa del sacristán, que era casado, y huyéndose él, desamparando á la mujer, la desnudaron de la buena ropa que tenía y la dejaron con otra razonable: apenas había llegado el sacristán á su casa, cuando entraron otros, de quien también se escapó, desamparando á la pobre mujer, á quien quitaron la razonable ropa que los otros le habían dejado, dejándola desnuda, y no deteniéndose su desnuda fortuna en aquello, entrando tercera vez otros, en que también se deshizo el marido, viendo que no tenía qué quitarle, quisieron llevarle una negra que tenía, que era todo su servicio, que hincándose de rodillas delante de ellos, y hechos sus ojos fuentes de lágrimas con el sentimiento que su desdichada suerte le administraba, les rogó se la dejaran, y así lo hicieron, quedando desnudas señora y esclava.

2.° No se descuidaban otros de entrar en la iglesia, donde, ya que no hallaron cosa de importancia que robar, empleaban su luterana rabia en maltratar las imágenes que hallaban pintadas en el retablo, por no haberlas podido sacar de allí los nuéstros, como había sacado el Cura un Cristo crucificado y una imagen de Nuestra Señora, de bulto, y otros un San Sebastián, y escondí-

dolos en huecos de árboles ; si bien después, trastornando el monte, dieron con el San Sebastián, y en él muchas cuchilladas aquellas nefandas bestias. Advirtieron los que andaban robando la iglesia, que la pila del baptismo era de muy buena piedra y muy bien acabada, y determinaron llevársela á los navíos y á su tierra, y estándole sacando el pié de aquella en que estaba, hallaron dos grandes barras de plata que había escondido allí el Cura, pensando ser el secreto más oculto de quien las podía fiar. El Coronel inglés Don Tomás Basbile tuvo bríos para con novecientos soldados ir siguiendo los pasos al Gobernador Don Diego, que retirado con los suyos en la sierra de Capira, se detuvo aquella noche reparando con solas las personas el agua que toda ella les cayó, sin haberles cabido noche y día más comida que á plátano por hombre. Hubo el inglés á las manos un arriero de aquel camino de Nombre de Dios á Panamá, llamado Francisco Cano, el viejo, de quien pretendió sacar, por buenas ó por malas, que les enseñase alguna trocha excusada del camino real para dar sobre Panamá de repente sin ser sentidos, lo que no pudieron sacar del valeroso español (si bien sabía muchas), aunque le pusieron el cordel á la garganta y lo medio ahogaron ; la cual constancia, estimando el inglés en mucho, hizo que no lo acabasen de matar, y de aquí vino á decir el mismo Coronel Basbile, preguntando lo mismo á otro español que habían habido á las manos y negando como el Francisco Cano: " Dejadle, que es español y no confesará si se ve hacer pedazos "; que fueron en ambos bríos de Dios, atajándose por allí tantas blasfemias como le hicieron en Panamá, sin los homicidios, muertes y afrentas que sucedieran á dar sobre ella de repente, como pretendía por medio de éstos el protestante.

3.º Estaba á media legua de la ciudad fundado Santiago del Príncipe, pueblo de negros que aunque habían sido cimarrones de Panamá y otras partes, ya pacíficos y libres, eran de importancia á los nuestros para muchas cosas ; los cuales queriendo reducir el Francisco Drake á su amistad, enviando para el efecto dos ó tres terceros, no sólo no le acudieron á lo que deseaba, diciendo eran vasallos leales del Rey Filipo, pero antes se ocupaban en dar caza de ingleses por los montes y partes por donde los herejes andaban á caza del pillaje de los españoles, con lo cual les tenían cobrado los ingleses tanto miedo, que aun á coger agua al río no se atrevían á salir sin grande escolta, y aun con ella sucedió en una ocasión, que yendo acompañando una buena escuadra bien armada á los que iban por agua, y por su Capitán Rodulfo, Sargento Mayor de la Armada y sobrino del Francisco Drake, mozo gallardo y vestido á lo muy bizarro de verde, uno de los negros del pueblo de Santiago, llamado Jalonga, gran tirador de escopeta, que estaba en acecho con su arcabuz, apuntando, dijo: " Al de lo verde ", en quien hizo un tan acertado tiro, que lo volvieron en hombros

muerto á la presencia de su tío el Drake, que lo sintió tan en el alma, como se echaba de ver en las demostraciones que hacía en el cuerpo, mesándose la barba cana y cabello, y diciendo palabras blasfemas contra su desgraciada suerte. Mandóle hacer luégo un solemnísimo entierro, á su modo, pero fué en la sabana y á la inclemencia de los astros: sepultura propia de bestias, igual y ajustada á la bestial vida herética en que había vivido.

4.° Consoló al Francisco Drake en esta ocasión un su grande amigo, dogmatista predicador que sacó de su tierra, que yéndolo á visitar ya á las últimas respiraciones de su vida, le decía que no se apasionase por la muerte de su sobrino, pues bien se repararía con las grandes victorias, en venganza de su muerte, que tendría en Panamá (pretendía hacerse profeta de Baal este atronado lisonjero) con crecidas y adelantadas riquezas, de que gozaría en su tierra pasando gloriosa y sosegada vejez. Las cuales mentirosas palabras fueron con las que se le arrancó la vida, que fueron con que se acabó de llenar el vaso de su malicia, y comenzó á crecer la del Francisco Drake, pues siendo este dogmatista un hombre vil en su nacimiento, lascivo, revoltoso, idiota y hechicero, le estimó por hombre santo, y como á tál le hizo enterrar con una casulla blanca y los demás ornamentos de sacerdote, que fueron los que robó, como dijimos, en la ciudad de Santa Marta. Pretendió el Francisco Drake vengar la muerte de su sobrino en los negros, para lo cual él, en persona, con los mejores soldados que le pareció, tomó la vuelta del pueblo de Santiago del Príncipe, que habiéndole defendido la puente del río, con valerosos bríos, dos españoles que á la sazón, por ciertas ocasiones, se hallaban en el pueblo de los negros, al fin, como recargó tanta gente inglesa, se vieron obligados á dejarle el paso franco, por donde llegó al pueblo sin poder hacer golpe en ninguno de los negros, antes ellos, en su gente, hicieron muchos andándolos acechando por entre la maleza del monte; que viendo el protestante la poca venganza que podía tomar de las personas, la tomó abrasándoles el pueblo.

CAPÍTULO XVII

1.º Aguarda el Gobernador Amaya al Coronel Trinchera, donde se da principio á una fuerte batería—2.º En que se hubieron los nuéstros con tanto valor que hicieron retirar á los ingleses—3.º Llega socorro de Panamá á los nuéstros. Cuán importante sea á los soldados saber nadar—4.º Júntanse los retirados, y cosas que suceden en el alcance.

NO holgaba en este tiempo Don Diego Suárez de Amaya en el sitio de Capireja, donde se había retirado y fortificado (por ser el paso más importante del camino de Panamá), que está de aquel puesto seis leguas al Sur, costa y puerto del mar del Sur, con el socorro que le había traído de gente y herramientas de allá el Capitán Juan Enrique, pues habiendo hecho una trinchera para resguardo de las espaldas, donde puso un cabo de escuadra con doce escopeteros, se fortificó en otro bien capaz para toda su gente, hecha de gruesos troncos, á quien llamó el fuerte de San Pablo, por ser el día del primer ermitaño de este nombre en que se hizo. Aquí estaba Don Diego con sus cien españoles, bien exhortados y cada uno hecho un Argos en cuidadosos desvelos, cuando al último acento de la voz con que los animaba, sonó la del que le avisaba que el tránsfuga Amador venía por guía de ciertos soldados sobresalientes, reconociendo nuestro sitio para dar aviso al Coronel inglés, que con novecientos le venía á las huellas, sin poderse persuadir en su desvanecido pensamiento llegaría el ánimo de los españoles, ni de otros más valerosos (si acaso el mundo los tiene ocultos en alguna parte secreta hasta hoy á más vista) á hacerle frente y reparar en el camino; pero al fin certificado del estropiezo que había en él para sus intentos de llegar á Panamá, y que había de beberla por fuerza ó verterla, como dicen, se resolvió el Coronel de enviar delante un Capitán inglés, que llegando á tiro de ballesta del Don Diego en la trinchera, nadie le disparó de ella por entonces, y así volvió á hablar con su Coronel en su lengua; previniéronse los nuéstros, más alerta como fué menester, pues luégo embistió el inglés á querer ganar el puesto con tanta pertinacia que llegaron á asaltarlo tres veces en el tiempo que hubo desde las ocho de la mañana á las once del día, en que fué fortísima la pelea de ambas partes; andando de la nuéstra el Gobernador Don Diego, Pedro de Quiñones y Juan Enrique con ligereza de leones á todas partes, ya animando á unos con ejemplo y voces, ya abriendo cabezas, derribando brazos y sacando de esta vida á muchos de los del enemigo, con tan gran ventura del Coronel, que no hubo una bala desmandada para hacer lo mismo con él.

2.º Tuvieron atrevimiento en el mayor conflicto de la batalla un inglés

y un escocés (el inglés de miembros tan monstruosos y giganteos que parecía valiente tronco de carne) á querer trepar por los troncos en la trinchera con intentos de ganarla, á que acudieron dos valerosos soldados de los nuéstros y arrebatándoles las picas, forcejeaban por ganárselas, y los de fuera por lo contrario, en que andaban ocupados, cuando llegaron dos balas españolas, que sacaron de esta vida á los dos herejes, como también les sucedió á otros diez de los mismos, y á otros en otra parte, de suerte que refrescando los españoles y volviendo á la memoria las hazañas del Cid, se vendía una vida de ellos á precio de ciento de los enemigos. Ardiendo estaban todos en la furia de la guerra, cuando el Don Diego, que á todo advertía, oyó un clarín á la parte donde había puesto los doce escopeteros en resguardo de las espaldas, que queriendo acudir á su socorro, advirtió que los suyos aflojaron algo la mano, con que los herejes iban gateando aprisa por los troncos de la trinchera, y así hubo de volver al socorro de esta mayor necesidad, que se remedió esforzando á sus soldados, ya con alabanzas, ya con vituperios, diciéndoles entre lo demás lo mal que les estaba perder con el retiro la fama que hasta allí habían cobrado con tan valerosa resistencia del enemigo; con que poniéndose él el primero, comenzaron con tan gran furia á trastornar los ingleses de los palos por donde iban trepando, que derramando mucha sangre hereje, hicieron vomitar el alma á muchos, caer á otros y retirarse á todos, con que perdieron tanto el ánimo y orgullo, que queriendo el General inglés se diese tercer asalto, no fué posible fuese de algún buen efecto, por no poderlos volver ni con voces ni á palos, y así cuando mucho pudo el Coronel hacer volver á ocho de los mejores soldados y de más vergüenza que tenía: cuatro piqueros y cuatro mosqueteros, que quedasen reparados en el Callejón que subía á la trinchera, porque advirtiendo que habían de morir, quiso que fuese con honra.

3.° Llegó á este tiempo á los nuéstros, con socorro de Panamá, el Capitán Agüero con su Alférez Diego Sánchez, el Licenciado Vera y otro llamado Feliciano, que deseando ver al enemigo, pasaron el límite de la trinchera con el Capitán Pedro de Quiñones; pero estando bien alerta los ocho ingleses del Callejón, le pasaron un brazo con el primer tiro al Capitán Agüero, que quedó bien vengado, pues aunque se mostraron briosísimos los ocho, quedaron á manos de los nuéstros hechos pedazos; de allí á una hora llegó la compañía del Agüero, y á poco rato el Capitán Callejo y Luis Delgado con noventa arcabuceros, á quien habiendo retardado su llegada antes las crecientes del río Chagres, que les era forzoso pasar, á cuyas aguas, pareciéndoles estar el peligro en la tardanza, se arrojaron y cortaron á nado la creciente, por saberlo hacer todos, cosa bien importante á los soldados, y como tan conocida de Augusto César, enseñaba por sí mismo á nadar á sus nietos, como lo dice Suetonio, y los

Romanos hacían que se enseñasen á nadar en el Tiber los que se iban ensayando para soldados; y el gran Alejandro, por haber perdido un alcance que iba siguiendo de sus enemigos en cierta batalla, atajado de un río, por no saber nadar, se llamó hombre apocado y que no sabía todo lo que había menester para ser Rey, y así se tenía en proverbio por aquellos tiempos, para notar á un hombre de inhábil y sin provecho, decir: que ni sabía letras ni nadar.

4.° Llegó también en esta sazón Jerónimo de Suazo, que viendo ya era tarde su llegada, por irse retirando el enemigo, y que si otra cosa sucediese, quedaba en buenas manos la defensa, se retiró una legua atrás á la venta de Pedro Cano, sin dar vista á los ingleses, que á mayor prisa se iban deslizando el recuesto abajo, dejándose ciento y cincuenta cuerpos, y de allí para arriba, muertos en la batalla, y entre ellos dos Capitanes y un hermano de su Coronel, hombre de estima, que pasados ambos muslos de un balazo, murió á pocos pasos de la retirada, donde lo enterraron con otros á quienes sucedió lo mismo de los doscientos mal heridos que escaparon de la refriega, cada cual por donde mejor podía; hasta que se juntaron y alojaron una larga legua del fuerte de San Pablo, con harto desabrimiento del Coronel, por ir tan derrotado y con mala comodidad, pues desde las primeras sombras de la noche hasta las primeras luces del día, fué un continuado y fuerte aguacero, que repararon sólo con las personas, y aunque el Gobernador tuvo á los principios intentos de hacerlo al enemigo la puente de plata, por ser todavía muchos los que se retiraron, con todo eso, habiendo sabido que no habían podido bajar la cuesta de Capira los desbaratados, bajó una buena escuadra de los nuéstros, que habiendo á las manos cuatro de los heridos, que por estarlo no podían ir al paso de los sanos, los remitieron luégo á Don Diego, y sucedió que un soldado Loro, ni del mejor vestido ni cara del mundo, halló caído entre los demás á un Capitán inglés viejo, mal herido, y queriéndolo llevar al fuerte, se levantó con un ánimo gallardo y brioso, diciéndole mil oprobios al soldado, y que debiera de ser de mala casta, como lo mostraba su cara: y así, que un Capitán como él no se había de dar á un hombre tan ruín, antes que si tenía ánimo, saliese con él hombre á hombre, con una lanza que tenía en las manos el viejo; á quien respondió el Loro: "Mejor soy que vos, pues soy cristiano y católico, y para que se atajen vuestras blasfemias, recibí allá esta pelota," que le metió en el cuerpo, salida de su arcabuz, en lugar del alma que luégo se le salió. Remitió Don Diego de Amaya los cuatro soldados heridos ingleses que le trajeron, á la ciudad y Audiencia de Panamá, y también á otro llamado Guillermo, que aquel mismo día de la batalla, saliendo de entre los que se retiraban y yéndose á los nuéstros haciendo señas con un pañuelo blanco para que no lo matasen, entró en el fuerte y contó con larga arenga al Don Diego toda su vida, y cómo era

cristiano, si bien inficionado después con la secta de Lutero, y que quería ahora, renegando de ella, volverse á nuestra fe católica, como lo hizo y vivió el resto de su vida muy á lo cristiano.

CAPÍTULO XVIII

1.° Dícese tenía Drake familiar; quema á Nombre de Dios para tomar la vuelta de Chagres—2.° Llegan los derrotados ingleses al puerto; embárcanse con mucha peste, de que mueren, y arriban á Puertobelo—3.° Inquiétase la ciudad de Panamá; dan veneno á Francisco Drake; muere de él y échanlo al mar; disensiones sobre la elección de sucesor—4.° Llegan los galeones al puerto de Cartagena y salen en demanda del enemigo.

OTRO día siguiente á esta batalla y victoria de los nuéstros, sin haberle llegado á Francisco Drake quien se lo pudiera decir á Nombre de Dios, estando con una profundísima melancolía paseándose en su cuadra, le dijo al tránsfuga Ojeda: "Nuestro Coronel es vencido de los españoles desde ayer mañana." De que mostraba tan graves sentimientos, que no eran bastantes los consuelos del viejo Ojeda para sacarle de tan profunda tristeza. De este tan anticipado conocimiento del suceso de la guerra, confirmaron muchos la opinión que se tenía de él en su patria natural y en otras partes, de que tenía algún Demonio por familiar, y que le tenía hecho pacto de darle á cierto tiempo su alma, en pago de lo que hacía con él y algunas victorias que le dió, como hemos visto en sus viajes; aunque en éste en nada puso mano en que no le sucediera con azares y desgraciadamente, como vemos en el discurso dél, que podemos decir tuvo en los demás viajes fortuna deshecha por popa y en éste por proa y enemiga; porque Dios consiente, pero no para siempre. Todos dudaban del vencimiento del Coronel, hasta que llegó el mulato Amador, y con la nueva cierta los sacó de duda, fuera del Francisco Drake, que, como dijimos, estaba sin ella. El cual, no obstante lo melancólico que andaba, sin fuerzas, descaído y sin sosiego, que parece le iba ya llamando aprisa su infame muerte, porfiaba todavía en su pío de apoderarse de Panamá, y ahora con más rabia, por la pérdida de su gente, para lo cual despachó con mucha de ella (si bien la más se le iba muriendo por estar tocados todos sus navíos de unas pestilentes calenturas, al fin como á chapetones), doce lanchas, con orden de que acometiesen la empresa por el río de Chagres; hizo poner fuego al pueblo de Nombre de Dios y á cuantas canoas y barcas halló en el puerto, fuera de dos barquillos que, por habérselo rogado una negra de rodillas y con muchas lágri-

mas, dejó sanos. Que sobre todas sus maldades, en la que más se ejercitaba era en pegar fuego, con particular complacencia, que parece se iba ejercitando en en el que había de padecer en los infiernos.

2.º En este tiempo llegó al fuerte de San Pablo Don Alonso de Sotomayor, en socorro de Don Diego, con alguna poca gente, y también el Coronel con la suya á Nombre de Dios, tan desmembrada, flaca y enferma, como se puede considerar en gente vencida de su enemigo, y tan sin sustento por el camino, que el que alcanzaba á comer algunos cogollos de cañas, se tenía por dichoso; todos mojados de pasar ríos á nado; enfermos, tristes y tan desesperados y acedos contra su General Francisco Drake, que no sólo le deseaban la muerte, y aun dársela por ser causa de traerlos tan aperreados y sin provecho, pero aun la suya misma deseaba cada cual, pareciéndoles imposible poderse reparar tantas calamidades si no es con ella, que andaba tan viva en los navíos, que no se daban mano á arrojar al mar los muertos con grandes pesas, para que se fueran á pique, lo que no sucedía en muchos, pues por ser cuerpos tan descomulgados, aun ella no los podía sufrir, y así andaban innumerables sobreaguados, haciéndose pedazos en el rebalaje de las olas en aquellos peñascos y en sus orillas, quedando hechos cebo de animales. Embarcada toda su gente enferma y pegado fuego á dos naves que llevaba sin ella, se dió á la vela la vuelta del Escudo de Veraguas, habiendo ya mudado de intentos (como lo hacía tras cada paso), poniéndolos en ir sobre Nicaragua, entrando allá por el desaguadero, para lo cual armó de nuevo seis lanchas que llevaban fabricadas en los navíos, que no les fué posible poder montar el Escudo, y así hubo de arribar á Puertobelo con solas veintisiete velas, y minorados en el viaje sobre trescientos hombres, y el resto tan desesperados, que apenas á palos los podían hacer aplicarse á las faenas de las naves.

3.º Con todo eso los procuraba alentar el protestante como podía, para salir con la empresa de tomar á la ciudad de Panamá, la cual andaba tan alterada con las nuevas que tras cada paso le iban de esto, que aun hasta los caballos, con su inquietud, parece daban á entender el deseo que tenían de salirle á hacer frente, como efectivamente salieron el Teniente General de la Real Audiencia, Don Alonso de Sotomayor, los Capitanes Agüero y Ocampo y Don Diego de Amaya, que con sesenta soldados bien armados volvió desde la ciudad al fuerte, que comenzó á fortificar de nuevo para todo suceso de los intentos del Francisco Drake, que andaba ya tan fatigado y tan á brazo partido con la muerte, como sus soldados deseosos de dársela, sin poder en aquella ocasión, en que él andaba con unos flujos de disentería de sangre y lleno de aflicción, sino apenas levantarse de la cama; y así con este intento se determinaron los más resueltos en él y hablaron á su camarero

que le daba de vestir y administraba de más cerca, comunicándole el intento de darle veneno en la comida; que habiéndolo venido á entender el Corsario, no quería comer lo que le administraban, sin haberlo probado otro una hora antes, y así tomaron los determinados otro medio, que fué echar el tósigo en un clister ó ayuda que le administraron; el cual debió de ser tan vehemente, que al punto se le subió al corazón y le metió en unas ansias y congojas tan infernales, que no veía cosa que no le atormentase, y sin duda debió de ver algo entre estas terribles angustias, pues con una voz turbada dijo dos veces: "Ya voy! ya voy! ah! sombras terribles y espantosas!" Con que se le quedó helada la lengua, palpitando los ojos y temerosas sus niñas; la boca cárdena y traspillada, por donde le salia (si es que sale por allí) aquella descomulgada alma, que por carrera derecha daría en los infiernos; con que pudo decir lo que su descomulgado Rey Henrico VIII dijo en su igual trance á éste: "Todo lo perdimos;" que quiere decir el alma, el cuerpo, lo mal y bien ganado y al fin todo, perdiendo el alma. Acompañáronle en tierra, y trataron luégo de hacer desde el navío una caja lastrada de piedras y dos anclotes de hierro, á que asieron aquel hediondo cuerpo y lo llevaron á pique hasta el profundo del mar, donde dijo un profeta habia de lanzar Dios los pecados, para dar á entender que este hereje quedaba sepultado eternamente en los suyos. Sobre la elección de sucesor hubo no pequeñas diferencias, que las vinieron á librar en las espadas y en ejecución de otras pasiones, pues un Capitán gallardo llamado Huberto arrebató á Eduardo, que pretendia se hiciese en él la elección, y aunque pusieron sus fuerzas todos sus amigos en defenderle, le arrojó á la mar, que á no saber bien nadar, no pudiera Eduardo salvarse en el navío que halló más cerca de la Capitana, de donde lo arrojaron. Al fin eligieron por su General al Coronel y Almirante Tomás Basbile; celebróse la nueva elección (ó por ventura la muerte del Drake, ó todo junto) con flámulas y gallardetes, cohetes y tiros gruesos; pero teniendo noticia cómo nuestra armada de galeones iba en demanda de la suya, salió determinado en su primer parlamento, diesen de mano á la pretensión en aquellas costas y se hiciesen á la vela.

4.° Que no pareció mal acuerdo, si es que supo de la llegada de los galeones de España al puerto de Cartagena, que había sido martes, á veintisiete de Febrero del mismo año de mil y quinientos y noventa y seis, y por su General Don Bernardino de Abellaneda, del hábito de Calatrava, que traía veintidós galeones en demanda de esta armada del Drake. Llegó la nuéstra faltísima de agua, y así aquella tarde, en dando fondo, comenzaron á sacar las pipas y traerlas á la ciudad, que las hizo llenar el Gobernador Don Pedro de Acuña con gran brevedad aquella noche, sin dejar por esto dormir en toda ella á los aguadores ni otro día siguiente en que se acabó de hacer la aguada,

que era miércoles de Ceniza, por lo cual el General saltó en tierra á tomarla y oír misa en la ciudad, donde sólo se detuvo hasta comer, abreviando con todo, porque no hiciese falta el tiempo para seguir al enemigo, que según vino nueva, lo habían visto sobre las islas de San Bernardo, en el paraje de la Villa de Tolú, que no pudo ser, pues en este tiempo andaban en Puertobelo en las facciones que hemos dicho. Con todo eso, Don Pedro de Acuña instaba al General Don Bernardino que aquella noche echase del puerto los navíos más gruesos, en cuya compañía irían las dos galeras, las cuales salieron, lo que no pudieron hacer los galeones, por haberse descubierto una agua á la Capitana que no podía navegar sin repararla, en que se gastaron otros dos días, hasta que el sábado dos de Mayo se dieron á la vela en demanda del Cabo de San Antón, pretendiendo aguardar allí al enemigo, á quien no pudieron dar vista.

CAPÍTULO XIX

1.º Pretende el sucesor del Drake le rescaten los negros. Mata un Capitán algunos ingleses—2.º Después á otros, y si se reportaran, pudiera ser matar al General, que venía á tierra—3.º Toma la vuelta de la Haya, donde llegó muy destrozado, y con las pérdidas que hemos dicho.

EL nuevo General Basbile, pretendiendo el rescate de los negros que dijimos habían traído del Río de la Hacha, despachó al Don Diego de Amaya una carta para el efecto con el portugués que dijimos habían preso en Santa Marta, y por su guía al honrado viejo Francisco Cano, que lo había reservado Dios con buena salud entre tanta enfermedad de los navíos. Fueron recibidos los dos con notable alegría del Don Diego, por las nuevas que le dieron de la muerte del Francisco Drake; como también la recibió, por haber avisado de ella el Don Diego, la ciudad de Panamá, pues celebró dos días solemnes fiestas, por haber faltado de la tierra un tan terrible monstruo. No le dió mucho cuidado al Don Diego el dar respuesta á la carta, y así ni ella ni el portugués volvieron al navío del inglés, que viendo la tardanza, envió con otra al mal viejo tránsfuga Ojeda para que recibiese el castigo que merecía su apostasía, como sucedió, y también porque se cumpliese en él el común adagio, que aborrecen los nuevos príncipes á los privados sus antecesores. El General Don Alonso de Sotomayor, deseando inquietar al inglés, hizo junta de los mejores soldados del Reino, y con algunos de ellos tomó la vuelta de Puertobelo, donde el Capitán Jerónimo Ferrón, bien vaquiano en la tierra, puesto en emboscada y á la mira de algún descuido del inglés, vido salir una lancha de entre las demás, con veintinueve hombres que iban á lavar su ropa, que entrándose al efecto en cierto paraje, donde les dejó lavarla y tenderla, cuando más sin temor los vido de asechanzas de españoles, los embistió el Ferrón y sus soldados con dos ó tres cargas, que sacaron de esta vida á los veintiséis, escapándose los tres por la espesura del monte, que eran de los negros de las perlas del Río de la Hacha.

2.º Envidiando este suceso con una hidalga emulación el Capitán General Sotomayor, puso alguna de su gente, de noche, en la espesura del monte, avisada que no lo tuvieran de su parte, si algún descuido se ofreciera por la de los ingleses, de entre los cuales apenas habían salido los primeros rayos del sol, cuando salió un batel y tras él una lancha llena de gente, que ambos tomaban la vuelta de tierra, tocando al apartarse de las naves sus clarines, dándoles la ordinaria salva marina á su usanza; fueron bogando aprisa hasta llegar al paraje de la emboscada de los nuéstros, que no sabiendo repararse

los bríos españoles, puestos en la ocasión, dispararon, matando solos los ocho ingleses del batel, quien pudiera matar todos los de la lancha, en quien venía el nuevo General Basbilo á recrearse á tierra, que volviendo la proa de la lancha, como un viento se volvió á amparar de sus naves, que le hicieron salvas á la vuelta con tres piezas, por el buen suceso de haber escapado la vida. Dispararon otras tres á la parte donde habían muerto á los ocho, que fué sin peligro de nuestra gente. A quien envió á llamar la Audiencia de Panamá con su Capitán Don Alonso de Sotomayor, por conocerle el enemigo, y imaginando estaría sin defensa la ciudad si intentase volver á ella.

4.º Pero pareciéndole al inglés le importaba más su partida de aquellas costas, que tan costosas le habían sido, y á la armada, y tomar la vuelta de las de su tierra, se determinó en esto, pegando fuego primero á nueve navíos, que los tenía yá sin provecho, por haber muerto la gente que á la venida los ocupaba, y echando en tierra los captivos que había recogido en las partes donde había llegado, fuera de algunos negros que se quisieron ir con él antes que quedar acá, y al Teniente de Santa Marta Don Francisco Flórez, que lo llevó consigo. Rescatóse una negra por doscientos reales de á ocho y luégo murió; deshizo una trinchera en Puertobelo que había hecho de costa más de cincuenta mil pesos, porque sintieran también las piedras la rabia de estos herejes, en que vino á parar, y en tres piezas gruesas de artillería que sacó de allí y alguna pólvora, maíz, herrajes y herramientas, todo vil despojo de la rabiosa hambre de codicia que los sacó de su tierra, para donde tomaron luégo la vuelta á los principios de Marzo del mismo año de mil y quinientos y noventa y seis, con solas diez y ocho velas (muertos sus dos Generales Almirantes y la más granada de su gente), que de ellas llegaron al puerto de Plemma solas cinco, con bien diferentes sucesos en todo (como hemos visto) de las jornadas pasadas, por ser cosa cierta que tras lo próspero en este mundo viene como sombra lo adverso. No fueron de importancia las diligencias de nuestros galeones, pues no les pudieron dar vista á éstos.

FIN DE LA SEXTA NOTICIA.

SEPTIMA NOTICIA HISTORIAL

DE

LAS CONQUISTAS

DE TIERRA FIRME

CAPÍTULO I

1.° Dáse noticia de las provincias del Chocó con extensión—2.° Entra á las conquistas de esta tierra el Capitán Melchor Velásquez, y funda la ciudad de Toro—3.° Entra también otro llamado Francisco Redondo, y funda otra llamada Cáceres, y por haberle sucedido mal, desampara la tierra.

CUANDO dimos principio en la noticia pasada á darla de los sucesos del Corsario inglés Francisco Drake en las costas de estas Indias Occidentales, dejamos colgada la hebra de la Historia, como allí advertimos, en el año de mil y quinientos y ochenta y seis; y así ahora, habiendo concluído con la del inglés, volvemos á anudar la cuerda de los sucesos que vamos escribiendo en el año siguiente de mil y quinientos y ochenta y siete, en que entran los de la Gobernación del Chocó y sus tierras, que comienzan, como en otras partes hemos advertido, á las espaldas de los Farallones de Caramanta. Aquí se desgaja una cordillera, como ramo suyo, de aquella grande, que por más de mil y doscientas leguas corre desde el estrecho de Magallanes, mar del Sur, hasta las costas de Santa Marta, mar del Norte. Este pedazo ó ramo de cordillera de los Chocoes va corriendo al Occidente la vuelta de la ciudad de Panamá, y pasa (según la mejor opinión y parecer) hasta las tierras de la Nueva España. Da desde sus principios principio, con aguas vertientes al mar del Sur, á aquel

gran río que llaman del Ballano, que vacia en este mar, cuarenta leguas arriba de Panamá, hacia el Pirú, y con las aguas que vierte á la parte del Norte da también principio al famoso río del Darién, que mezcla sus aguas dulces con las saladas del mar del Norte y ensenada de Acla, como dejamos tratado largamente en nuestra tercera parte. En esta cordillera y entre los principios de estos dos ríos está la Provincia de los Chocoes y otras muchas sin conquistar, que corren hasta las del Ballano, no lejos de la ciudad de Panamá, que tanto tiempo tuvieron ocupadas negros cimarrones, con cuatro pueblos que tenian fundados en ellas, con que las imposibilitaban á que fuesen conquistadas de los nuéstros, hasta que se dieron por libres por Cédula de S. M., con que se quietaron y son de provecho.

Entre las demás naciones á que se ha dado vista en estas provincias de los Chocoes, ha sido la de los Noanamas y Cirambirares, que aunque toda es poca gente, ocupan mucha tierra, por ser fragosísima, estéril y de pocas comidas de grano y raices, si bien es abundante de palmas frutales de chontaduros y pixibaes, fruta de mucho sustento, pues de esta postrera se saca molida muy buena y crasa leche, manteca que arde en los candiles, bollos y chicha y masato. Viven todos en barbacoas muy altas, por la continua humedad de la tierra, por ser montañosa y de continuas lluvias, pero toda ella una pasta de oro; son valentísimos sus moradores, que aunque la tierra es enferma, criados ya en ella, son de buena salud. Sus armas son dardos de madera negra, de palma y estólicas, con alguna hierba de manzanillo poco fuerte. Las más de las poblaciones, en especial las que caen sobre el Darién, están á las márgenes de ríos por donde se gobiernan y tratan en canoas grandes y barquetas, por impedirles la fragosidad, ciénegas y esteros, el hacer esto por tierra; es gente desnuda de vestir y que no se les conoce cabeza, queriendo serlo cada uno. Viven muchos en una casa; no se les conoce religión alguna, aunque los trae el Demonio engañados con los embustes que á otros.

2.º El cebo del mucho oro de que está lastrada esta tierra por todas partes ha acrecentado la codicia de muchos á conquistarla, y de los primeros fué Gómez Hernández, vecino de Anserma, de quien dejamos tratado largamente, y de sus sucesos y fin y muerte que tuvo, por lo cual estuvo esta tierra del Chocó sin dueño algunos años, hasta que en el de mil y quinientos y setenta y tres un vecino y encomendero de la ciudad de Buga, vecina y fronteriza de estas Provincias, llamado Melchor Velásquez, hizo una entrada con cien soldados á su costa, no sé si con poderes del Gobernador de Popayán, que á la sazón era de esta Real Audiencia de Santafé, porque en esto ha habido variedad, estando subordinadas á las veces al Gobernador de Popayán, y otras á esta Audiencia, como consta de muchas Cédulas Reales que he visto en esta razón y conquis-

tas de estas Provincias. Á los primeros pasos que dió en ésta Melchor Velásquez, dió con dos Provincias de indios que llamaron los Coronados, porque andaban con coronas al modo de frailes, y con los que se llaman los Totumas, que en ambas habría hasta seis mil indios de macana, que aunque dificultosos de conquistar, por ser valientes y porque la tierra los ayudaba á defender con su fragosidad y montañas, se dió tan buena maña, que reduciéndolos á una razonable paz, para conservarla más y ponerles freno, fundó una ciudad de españoles en nombre del Rey, y habiendo procedido las ceremonias ordinarias en tales poblaciones, á quien llamó la Nueva Ciudad de Toro, le nombró Cabildo y Regimiento y los demás vecinos que pudo, aunque de gente de toda broza, como lo dice una Cédula Real que se despachó acerca de esto en el Pardo, á ocho de Noviembre del año de mil y quinientos y noventa. Mudó después esta ciudad el Gobernador de Popayán veinticinco leguas más afuera, en unas extendidas sabanas, donde hoy permanece, ó en setenta y dos grados y cuatro minutos de longitud del meridiano de Toledo, dos y cincuenta minutos de latitud á la banda del Norte. Pasó Velásquez adelante, fundada y dado asiento á su ciudad, y encontrándose con los Chocoes, que desde luégo comenzaron á infestar la ciudad y á los Totumas nuestros amigos, hubo á las manos algunos presos, que trajo con buenas sumas de joyas de oro que halló entre ellos, y grandes muestras y noticias de valientes minas de oro, con que salieron él y sus soldados más engolosinados á la tierra.

3.° Por haber concluído con su Gobierno de Popayán Don Jerónimo de Silva, gobernaba aquella ciudad en este tiempo, por parte de esta Real Audiencia, Bartolomé de Mazmela, vecino de esta ciudad, hombre cabal para este y otros mayores cargos, y que hoy vive aquí larga generación suya y de gente noble y de estima. El cual dió comisión en este tiempo á Francisco Redondo, hijo del otro Capitán Antón Redondo, vecino de la ciudad de Cali, para que hiciera entrada á la parte de estas provincias, llevado de la fama que andaba volando de sus riquezas. Entró en ellas con mucha y buena gente á su costa, y habiendo pacificado los indios Chancos, pobló una ciudad de españoles, á quien llamó Cáceres, ya entrado el año de mil y quinientos y ochenta y ocho, y repartida la tierra entre los vecinos, pasó con su conquista á otras provincias, donde no le fué bien, pues habiéndole muerto á algunos de sus soldados, y ganado bien poca honra nuestras banderas por la valiente defensa que hicieron sus moradores á que los nuéstros no hiciesen pié en sus tierras, tomó la vuelta de su Nueva Ciudad, desbaratado, sin alzársele más el pensamiento á esta conquista.

CAPÍTULO II

1.º Dásele en Gobierno esta tierra al Melchor Velásquez. Hace entrada con falsas guías. 2.º De quien conociendo el engaño, guió con su gente un rio abajo—3.º Sucédele tan mal el viaje, que le obligó á tomar la vuelta de la ciudad, desde donde volvió á salir dos años después—4.º Que en la margen de otro mayor río les dieron una fuerte guazabara—5.º Otros malos sucesos le forzaron á volverse á la ciudad, y dejó el Gobierno.

ANTES que hiciera esta primera entrada Melchor Velásquez, había despachado recados al Real Consejo, pretendiendo en Gobernación, sin dependencia de otra, todas estas tierras del Chocó y sus convecinas, de que tuvo tan buena negociación, aunque dilatada por tantos años, por las informaciones de conveniencias que quiso tener primero el Real Consejo de las Indias, que se le despacharon recados con las capitulaciones ordinarias de obligaciones, exenciones y privilegios que se suelen conceder á los tales conquistadores, y con que guardase todas las ordenanzas hechas por el Rey, á trece de Julio de aquel mismo año que él entró, de mil y quinientos y setenta y tres, en el Bosque de Segovia, que hablan largamente del modo que se ha de tener en las conquistas y poblaciones de estas tierras. Los cuales recados habiéndole llegado á su Nueva Ciudad de Toro, donde los estaba aguardando, este año de mil y quinientos y ochenta y ocho; viéndose con nuevas obligaciones de conquistas el Melchor Velásquez, y aun codicioso de los granos de oro que fructificaban aquellas provincias del Chocó, juntó hasta cien soldados bien armados y aviados, en que consumió gran copia de dineros, con quien y con algunas falsas guías Chocoes de los que habían traído presos en la primera entrada, se fueron entrando la vuelta de las provincias de los Chocoes, rompiendo cien mil dificultades de breñas, pantanos y arcabucos cerrados á las márgenes de un valiente y furioso río, mal poblado en ambas, por donde los llevaban maliciosamente las guías, que conocido del Gobernador, por haber andado ya muchos días, habiendo prometido los Chocoes en pocos meterlos en sus tierras, les preguntó con aspereza, por medio de una india ladina de su propia nación, la causa de tantas dilaciones, amenazándolos de muerte si las dilataban más.

2.º A que respondiendo el más viejo de las guías, dijo: "Bien puede dárnosla, pues estamos determinados á no guiarlo á nuestras tierras, por la traición que sería meter gente extraña en ellas, y con ella su destrucción y consumo". En lo cual advirtiendo el Gobernador, y la razón tan valiente y concluyente que decía el indio, remató sus primeras cóleras y enojos en amenazas, y haciendo junta de su gente para la determinación y enmienda del avieso con que

caminaban, les dijo ser lo más acertado volver todos atrás á tomar el hilo de algunos caminos que habían dejado, pues con ellos era cosa cierta habían de dar con algunas poblaciones, pues no estaban trillados de balde, ni irían á parar á otra parte que á pueblos de contratos; á lo cual acudiendo con razones aparentes la mayor parte de los soldados, y que no tenían más voluntad que la del Gobernador, mostraban por otra parte otros intentos, que alcanzándolos á saber un clérigo que llevaban por Capellán, los manifestó al Gobernador, diciéndole intentase otro camino que el de volver atrás, para conseguir algún buen fin de su jornada, porque si volvían cuatro pasos, estaban los más determinados de pasar mucho más adelante, volviéndole las espaldas y desamparándole. Que enterado de esto el Gobernador, determinó pasar con todos el río abajo en balsas, descubriendo ambas márgenes, aunque fuese hasta el mar del Sur.

3.° Hechas las balsas con esta determinación, lo más fuertes que se pudieron, y embarcada en ellas la gente y hato, y el Gobernador con siete arcabuceros en una canoa grande que habían habido á las manos, comenzaron á navegar bien por la mansedumbre del río abajo hasta diez leguas, donde encontrando de repente con impetuoso raudal que se hacía en peñas cubiertas y descubiertas, fué tal entre ellas la tormenta de las balsas y canoa, que todas se trastornaron y deshicieron, yéndose á pique todas las armas, municiones y hatillo, y fuera lo mismo de las personas, si no tuvieran buena suerte y favor del cielo para poderse asir de los palos sueltos de las balsas y escapar cada cual por donde pudo á las márgenes del río, donde secaran la ropa mojada si hallaran otra que vestirse, que no fué de poco desconsuelo después del consuelo de haber escapado con la vida; pero quien con mayor razón se halló para tenerlo, fué el Gobernador, por ver sin fruto el crecido gasto que había tenido en avíos de soldados, armas y pertrechos de guerra, que todo había consumido el río, que debiera ser el de los Noanamas, y así les fué forzoso tomar por último remedio la vuelta de la ciudad de Toro, con tan inmensos trabajos, que sería tejer una gran historia contarlos por menudo, pues el estrago fué tál de personas y hacienda, que fué necesario para reformarse tiempo de dos años. Después de los cuales, principios del de mil y quinientos y noventa, habiendo tenido en este tiempo el Melchor Velásquez mayores noticias de las riquezas de los Noanamas, volvió á salir en su demanda con setenta compañeros que pudo juntar, bien armados y codiciosos de haber á las manos tántas riquezas como de aquellas provincias echaba á volar la fama.

4.° Que codiciosos de que fuese así y de llenar las manos hasta los codos en ellas, fueron trastornando cien mil dificultades, sin caminos ni trochas conocidas, hasta que dieron con otro río diferente del pasado, más ancho dos veces

que el Magdalena cuando entra en el mar, á cuyas márgenes había algunas copiosas poblaciones, que se comunicaban y contrataban por el río en canoas. Dieron vista los soldados en el primer pueblo, que estaba á la banda contraria, á unos valientes árboles de plátanos con sus racimos de fruta bien sazonada, que codiciosos y aun necesitados de ella, trataron luégo de haberla á las manos, como lo pusieron en ejecución embarcándose en ciertas canoas para el efecto, sin reparar en lo que el Melchor Velásquez les decía, sospechándose de lo que sucedió, que fué estar una emboscada de bárbaros ferocísimos y armados entre los árboles, de donde salieron bien á tiempo cuando los nuéstros estaban más cebados en coger y comer de la fruta, que les costó bien cara, y no menos que á precio de sangre, pues del primer encuentro dejaron los bárbaros once soldados muertos, y fueran más si no se juntaran los vivos y se resistieran con los arcabuces por un buen rato, hasta que con los que estaban en su compañía pasó á socorrerlos el Melchor Velásquez, bien á su costa, pues en llegando le pasaron un brazo, y por haber herido algunos otros y faltarles ya las flechas, se arrojaron los bárbaros al río, como cuando espantan las ranas que están al sol á la margen del agua.

5.º Por donde se fueron deslizando con tanta destreza en nadar, que no fué posible á los nuéstros, aunque volaban con las canoas tras ellos, haber alguno á las manos, pequeño ni grande, de quien se pudiera tomar lengua, pues de la misma suerte nadaban los muchachos y mujeres con sus niños á cuestas, que los gandules. Afligidos los nuéstros del desgraciado suceso, pasaron á la banda contraria, donde tenían sus ranchos, ropa y servicio, y no habiendo sido el pasaje con menos riesgo que de la vida, por ir muchos mal heridos, se detuvieron, para curarlos, algunos días en el puerto, al fin de los cuales una noche, al cuarto del alba, dieron sobre los ranchos los bárbaros con tan gran furia, que habiendo quedado muertos nueve de los nuéstros y un fraile, no sé de qué Orden, que iba por Capellán entre ellos, y muchos heridos, y entre ellos el Gobernador atravesado un muslo por ambas partes, les fué forzoso irse retirando hasta cierto puerto; donde juntos sanos y heridos, se aprovecharon tan valerosamente de la espada, que haciendo dejar la presa á los bárbaros, que tenían ya cogida, de los ranchos de los nuéstros, los apretaron de suerte que se acogieron á su guarida, al río, como antes, dejando maltratados á todos los soldados y gente de su servicio. Que viendo todos los ruines efectos y poco fruto que se les iba siguiendo en la jornada, de mancomún determinaron todos darle de mano, requiriendo para esto al Gobernador, que no fué menester mucho para tomar luégo la vuelta de la ciudad de Toro, que fué con tan inmensos trabajos, por volver todos á pié, de dificultades del camino, enfermedades, hambres, sin comer otra cosa que yerbas silvestres y no conocidas, sapos

y culebras, que á veinte de los soldados dió remate en sus trabajos la muerte en el camino, y hubiera sido lo mismo del Gobernador, á no traer á su lado un hijo suyo, de buenos bríos, mestizo, que le ayudó á salir de todas las dificultades, hasta que llegaron los pocos que habían quedado á la ciudad de Toro, donde fueron caritativamente curados hasta recobrar salud.

Con la cual viéndose el hijo del Melchor Velásquez (que se llamaba como su padre) y con buenos alientos, pasados algunos meses después de la llegada, juntó otros setenta y cinco soldados, y en nombre de su padre, que yá había dado de mano á estas jornadas, tomó la vuelta en demanda de las mismas Provincias de los Noanamas, á donde llegó, por las buenas guias que llevaba, en breve tiempo; pero hallólas tan sin gente que no pudo haber á las manos más que solas dos ó tres viejas y algunos indios enfermos y miserables, que preguntándoles por el consumo de los indios, respondian con no fingidos lloros haberlos barrido cruel pestilencia que había venido sobre ellos un año había; lo que certificaba bien ver los nuéstros los campos cubiertos de huesos, que por no haber habido quien los enterrara, los había consumido el tiempo y inclemencias del cielo. No les pareció á los nuéstros, con esta mala nueva, pasar adelante, y así volvieron á la ciudad de Toro, desde donde luégo, á los principios del año siguiente de mil y quinientos y noventa y uno, vino el Melchor Velásquez á esta Real Audiencia y hizo dejación de aquel Gobierno, por verse pobre, viejo y manco de heridas. Era natural de la Villa de Utrera, cinco leguas de Sevilla.

CAPÍTULO III

1.º Dánsele el Gobierno y conquista del Chocó al Capitán Melchor de Salazar por el Doctor Antonio González—2.º Despáchansele recados y él socorro en una necesidad á la ciudad de Toro—3.º Despacha á un Capitán con gente que vaya por un río á descubrir la tierra—4.º Lo que le va sucediendo en el descubrimiento.

ADMITIDA la renunciación del Gobierno que hizo Melchor Velásquez por esta Real Audiencia, donde á la sazón presidía el Doctor Antonio González, y de acuerdo de toda ella habiéndosele señalado, por lo que había gastado en la pacificación de las provincias de su Gobierno y por haber hecho dejación de él de su voluntad, mil pesos de renta de por vida en la ciudad de Popayán, trató luégo el Doctor Antonio González, porque no se dejasen enfriar las conquistas de aquellas tan ricas Provincias, y tan importante á la salvación de las almas, Rentas Reales y bienestar de los españoles, de volver á encomendar aquel Gobierno á persona tál y de sustancia que pudiese allanarlas y acrecentar cimientos españoles, demás de las dos ciudades Toro y Cáceres. Para lo cual se le ofreció, por informaciones que tuvo de su persona, Melchor de Salazar, natural de la ciudad de Toledo en España, y vecino en estas Indias de la de Cartago, hombre cuantioso en hacienda por tratos y mucho oro que le habían sacado sus negros esclavos en aquellas minas, y yerno del Capitán Francisco de Orellana, persona valerosa en las conquistas de las Provincias de Popayán y otras. Con el cual Melchor de Salazar tratándose el negocio de éstas y Gobernación del Chocó, y viniendo bien el Presidente y el dicho Salazar en ello, se capituló y tomó asiento, al modo que se suele con otros conquistadores, según las ordenanzas que para esto están dadas, hechas á trece de Julio en el Bosque de Segovia, el año de mil y quinientos y setenta tres, y otras en particular, como fueron que sembrara ocho fanegas de maíz luégo que entrase á la conquista, para el sustento de los soldados y gente de servicio; que los soldados pasasen de ciento, pagados y pertrechados á su costa; que llevase uno ó dos sacerdotes, clérigos ó frailes, para Capellanes y administración de los sacramentos á la gente de la conquista; que había de poner cincuenta esclavos para labrar las minas de oro descubiertas y por descubrir, donde fuese plantando Reales de minas; que metiese doscientas vacas con algunos toros, y otros ganados mayores y menores, para crianza, y otras obligaciones á este modo; y que á él se le concedían todas las exenciones que se suelen dar á los conquistadores y pobladores.

2.º Con lo cual en esta ciudad de Santafé de este Nuevo Reino, á ocho de Febrero del año siguiente de mil y quinientos y noventa y dos, por el Doctor

Antonio González, y por Cédula Real que tenía para esto, le despachó título al Melchor de Salazar de Gobernador y Capitán General de las Provincias del Chocó, Dabaibe y Valle de Baeza, con distancia de mil y quinientas y cincuenta leguas en cuadro. Con lo cual comenzó luégo á levantar gente en la ciudad de Cartago y otras sus convecinas y pertrecharse de todo buen avío para hacer entrada en su Gobierno luégo que estuviese todo á pique. En que estaba ocupado cuando los indios de guerra, fronterizos á la ciudad de Toro, que caía en su Gobierno, como eran los Tatanias, Noanamas y algunos Chocoes, que estaban de paz, se rebelaron contra aquella ciudad, aunque no hecha junta para esto, pues los Tatanias, acometiendo de por sí, mataron algunos indios de los pacíficos. Los Noanamas, en una estancia del Capitán Diego de Paredes, mataron nueve y hirieron cuatro. Algunos Chocoes, sobre el seguro de la paz que habían dado, tuvieron traza para matar al Capitán Luis Franco, á Diego Martín Hincapié y á un Heredia y á algunos indios de paz. Apenas hubo tenido nueva de esto el Gobernador, cuando con los pertrechos de guerra y soldados con que se hallaba, pólvora, plomo, cuerdas, alpargates y otras municiones, fué y entró en la ciudad de Toro, desde donde despachó, con la brevedad que la necesidad pedía, al Capitán Simón Sánchez con doce soldados á hacer frente á los Chocoes, que no fué de pequeña importancia para que éstos no se atreviesen á matar los indios de paz de la ciudad. También despachó juntamente al Capitán García Guerrero, con orden de que juntando veinte soldados, defendiesen las minas de Rionegro y Yaraina, de mucha grosedad de oro de veinte quilates, y que despoblase la ranchería de Santa Catalina, del Capitán Diego de Paredes, por estar en conocido peligro, como se echó de ver, pues al día tercero vinieron sobre ella los Noanamas, y quemándola y destruyéndola, hicieran lo mismo con los negros y indios que en ella hallaran, á no haberse despoblado.

3.° Dió también orden al Capitán Cristóbal García Montaño, que despoblando las minas de Tutunrupí, por estar en evidente peligro, las poblase en sitio seguro, pues había en muchas partes dónde se pudiesen sacar crecidos jornales. Al Capitán Guerrero con seis soldados ordenó que anduviese de presidio por todas las minas; que en el río de Yaraina se labrasen diez canoas y otras tantas balsas (aunque contra la opinión de muchos) para navegar este río abajo en descubrimiento de nuevas provincias, como se hizo, enviando al efecto por caudillo al Capitán Cristóbal García Montaño, con treinta soldados bien armados y otros tantos indios amigos, y por Capellán al Padre Cristóbal Solano, clérigo que yo conocí mucho en esta ciudad, que embarcándose todos en las diez balsas y canoas en las minas de Toro, en ocho de Marzo de mil y quinientos y noventa y tres, habiendo navegado hasta media legua el río abajo,

se trastornó una canoa, sin peligrar español ni indio de los que iban en ella; sólo se mojaron y la ropa, y sucedió que yendo alguna en un cataure y entre ella un cofrecito en que iba una imagen de Nuestra Señora, saliendo toda empapada en agua, el cofrecito y la imagen quedó seca, como si no le hubiera tocado más que sol. Trastornáronse otras dos por no estar los indios diestros en la boga, una legua más abajo, de las cuales, por ser socorridas á tiempo, sólo se perdió un soldado que se ahogó, llamado Gaspar de los Reyes. Rancheáronse aquella primera noche en las casas de ciertos indios, y á la mañana se dijo misa por el difunto; y caminando el río abajo, se dió vista al de Tutunrupí, que entra en aquél por la parte del Sur, y aquél por la del Norte en el de San Juan, que nace de la cordillera de Anserma y baña las Provincias del Chocó con crecidísimas aguas, limpias de palos, por ser fondable, y por esto acomodado á la navegación. No se hallaron en él caimanes, pero tiene pejes espadas y otras muchas diferencias de buenos pescados, en especial camarones, grandes y pequeños.

4.º Dióse vista á dos canoas que venían el río arriba, que procurándose haber á las manos para tomar de ellas lengua, no fué posible, por escaparse la una huyendo, y haberse abordado la otra en tierra y escapádose la gente. Navegaron aquel día hasta las diez de la noche, por haber dicho la lengua que quedaban atrás, en un estero, casas de Noanamas, por lo cual se rancheó cada canoa de por sí, para más seguro de todo acaecimiento. A los doce de Marzo despachó desde allí el Capitán un caudillo llamado Simón Sánchez, con catorce españoles en cuatro canoas, con orden de dar vista á todo el estero, como lo comenzaron á hacer, aunque á las primeras bogas se trastornaron dos canoas, que aunque en dos brazas de agua, nada peligró. Halláronse siete barbacoas vacías de gente, por haberse retirado al monte, bien llenas de maíz, de que se tomó lo necesario, y también se pudieron coger cuatro indias, que todo fué de servicio y importancia al Real, á cuya vista llegaron río arriba de allí á dos días doce grandes canoas llenas de indios, gente moza, bien dispuesta y de buenos alientos y rostros; todos desnudos, con buenas joyas de oro en las orejas y narices, y hechos unos barbotes de lo mismo, que eran cuatro ó seis planchuelas largas colgadas del labio de abajo. Fuéronse allegando á reconocer nuestros ranchos, saltando en tierra á esto, y con título de paz, más de cien naturales, que abrazándolos el Capitán uno á uno, los recibió y acarició con buenas palabras y algunas bujerías de Castilla, y persuadiéndoles á la paz, á que ellos decían eran venidos, tomaron la vuelta de sus tierras, si bien se supo después quedaban atrás otras siete canoas con más de doscientos indios, que todos venían de mano armada á dar sobre las minas. Cumplieron su palabra las dos canoas en volver otro día, aunque no se atrevieron á saltar en tierra, por ver

á todos los nuéstros juntos, como lo estaban, y bajaron hasta la boca del río de San Faustín, que baja por la banda del Sur de la cordillera de Cáceres; desde donde vieron dos barbacoas ó casas de indios que se estaban ardiendo por haberles pegado ellos fuego. Este era el parajo donde desbarataron al Gobernador Melchor Velásquez y le mataron aquellos soldados y el fraile por quien se hizo oración ahora.

CAPÍTULO IV

1.º Sucesos varios que van aconteciendo en el descubrimiento de los Nonamas—2.º Cogen algunos indios que dan noticia de la tierra y de cómo tiene oro—3.º Salen de la jornada sin haber poblado, sino con solas noticias y algún oro que ranchearon—4.º Quítanle el Gobierno por emulaciones al Gobernador Salazar.

POR la mano sabrosa y avilantez que les debiera de haber quedado á los indios en la refriega pasada de Velásquez, tuvieron ahora atrevimiento de acometer á los soldados por tierra, dándoles algunas rociadas de flechas y estólicas (?), y por agua con catorce canoas en que vendrían hasta ciento y treinta indios, que también dispararon sus dardos y flechas sobre los nuéstros, que á todos los desbarataron jugando los arcabuces, que tomaron la vuelta cada cual escuadrón por su camino, siguiendo seis soldados á los de tierra, y una canoa á los del río hasta perderlos de vista. Asentáronse aquí ranchos por dos ó tres días, en que volvieron algunas canoas de las que huyeron, diciendo mil oprobios á los nuéstros, y que los habían de echar de su tierra ó de esta vida, como lo hizo un soldado á uno de ellos con una escopeta, con que temerosos se retiraron. En veintidós de Marzo de este mismo año, estando un soldado velando las canoas, vió venir, con mucho silencio, indios el río arriba á soltarlas, que no fué de efecto por haberse dado arma y ellos huido. Pasando río abajo se dió vista al de Cuema, que fué sitio donde se le dió la otra guazabara al Melchor Velásquez y le mataron nueve españoles; la mitad sería del día, cuando descubrieron á la otra banda del río un encumbrado peñol, y en él cinco barbacoas grandes y fuertes, y al pié del risco seis grandes canoas llenas de indios, para la defensa de estas casas, que embistiéndolos el Capitán por agua con algunas canoas y soldados por tierra, aunque se defendieron con sus armas, huyeron de las nuéstras. No había gente en las casas, pero halláronse herraduras mulares y caballares, clavos y pedazos de arcabuces, y un pedazo de una barra de hierro, y mucho maíz seco, por cuya ocasión se ranchearon de asiento.

Que viendo los indios el que los nuéstros tomaban de propósito, les echaban algunas emboscadas para los desmandados, lo que también hacían los nuéstros sin efecto, por el mucho cuidado con que andaban los indios. A tres canoas que llegaron cerca no se les pudo dar alcance, por ser mejores bogadores. Fuéronse reconociendo otros sitios y barbacoas en el río hasta llegar al de los Yacos, por cuyas aguas arriba caminaban como si fueran para abajo, lo que causaba la marea, según todos juzgaron, y que no estaba lejos el mar del Sur. Aquí echaron á los nuéstros una emboscada, en que mataron un indio de dos que se desmandaron contra la orden del Capitán; bien la vengaron las escopetas. Por este río bajaron dos indios en dos barquetas, que parecieron ser conocidamente Yacos, por traer los cabellos cortados con diferencia de los Noanamas, que no quisieron, aunque los llamaron, llegar al Real. El cual, embarcándose aquí en las canoas que habían tomado á los indios, por ser mejores que las que ellos llevaban, y habiendo quebrado éstas porque los naturales no se aprovechasen de ellas, se entraron desde este río Yaco al de San Juan, que hallaron á dos leguas que anduvieron por él abajo, que se dividía en dos partes iguales por una gran isla que se hacía en medio, que no la pudieron bogar, porque las crecientes del mar del Sur hacían volver las aguas para arriba. Estaba poblada de muchas barbacoas ó casas de indios, sementeras de maíz, muchas palmas y otros árboles frutales. Decía después Pedro Páez, un soldado que bajaba ahora y después el año de mil y quinientos y noventa y siete entró con Cristóbal Quintero en este río por el mar del Sur, que desde él á esta isla hay doce leguas de extremado puerto y navegación.

2.° A los veintiséis de Abril determinó el Cristóbal García, por no parecerle había más que ver río abajo, á volver aguas arriba, desvolviendo cuantos esteros y puntas había en los ríos, hasta que á los seis de Mayo le dieron los indios una famosa guazabara, de que salieron heridos tres soldados, y por haberlo quedado también en una pierna un indio de guerra llamado Aricum, lo hubieron los nuéstros á las manos; de quien se supo estaba recogida mucha gente, hombres y mujeres, en cierto estero, y que entre ellas había dos españolas, que habían traído de la agua grande salada, que es decir del mar, donde las asieron, habiendo salido éstas y otros españoles de una gran casa, que era navío, y que ahora las tenían dos Caciques en su servicio, de quien tenían cinco hijos, y decía que cuando estos españoles bajaban el río, les decían los indios á las dos mujeres: "Yá vienen vuestros maridos por vosotras"; á que respondían: "No vienen sino á hacerse amigos con vosotros; y así salid y habladles"; á lo que no los pudieron persuadir, antes las metieron por esto la tierra adentro. En la que dieron vista nuestros soldados de los Noanamas, vieron muchas minas de oro descubiertas, de quien decía este muchachón

Noanama (que sería de hasta veintiséis años) lo sacaban, y cuando estaba en polvo le llamaban *Pino*, y al fundido en joya *Pinumbra*; á las perlas *Soroma*, que decía la sacaban del agua grande salada y que no se bebía (que es el mar), y que para sacarlas se zabullían los indios, atada una pesa á la barriga, y que estimaban en más las conchas ó nacarones que las perlas.

3.º Veíanse en algunas casas de estos Noanamas, que las tenían limpias y curiosas, algunos jardines hechos á mano, que también lo eran, y en ellos plantadas ciertas yerbas de agradable vista, que decían servirles: una para poner en la boca en sus borracheras, que los preservaba de no embriagarse tan presto; otra para curar las heridas de los dardos y sacar fuera las astillas, y otra para lavar con ella los captivos, con que perdían la ferocidad y memoria de sus tierras. En éstas y paraje donde cogieron este indio, á los ocho de Mayo de este mismo año, hicieron requerimiento los soldados al Capitán Cristóbal García, que pues se descubrían muchos indios por aquellos parajes, y parecían saludables por sus buenos temples, diese cimientos á una ciudad de españoles, enviando por más gente y otros socorros al Gobernador, que no tuvo efecto por ser tan poca la con que allí se hallaba, y los nueve mal heridos, y así se resolvió el Capitán á tomar la vuelta del río de Yarama, que es el de las minas de Toro, por donde volvió y se desembarcó á veinticinco de Mayo del mismo año de 1593. Traían bien crecidos ranchcos de oro en polvo y algunas joyas, en pago de algunos soldados heridos y otros muertos, tres mujeres Noanamas y un muchacho pequeño, y el indio de quien se hubieron estas relaciones y otras muchas que le fueron sacando con preguntas; como que los Noanamas son gente más bárbara que idólatra, y que pasado el ímpetu de la guerra, tratan los captivos amorosamente y no los matan, ora sean españoles ó indios, aunque se sirven de ellos en todos trabajos de manos. A las suyas hubieron los nuéstros en este viaje treinta y nueve casas de Noanamas, cuarenta y siete canoas y más de dos mil fanegas de maíz seco, de que se sustentaron, y de ello talaron á medio desgranar.

4.º No hizo otras entradas de consideración más que ésta luégo el Gobernador Melchor de Salazar, por haber gastado mucho en ello y en el socorro que dijimos había dado á la ciudad de Toro en el meter treinta negros que metió y entablar minas de donde se sacaba gran cantidad de oro; pero bien sabemos que por el imposible que tiene dar el que gobierna gusto á todos, no teniéndolo mucho de su Gobierno, se determinó el Cabildo de aquella ciudad de Toro (aunque con ingratitud de beneficios que le había hecho el Gobernador) á dar poder al Capitán Diego de Paredes para que en nombre de toda ella, en esta Real Audiencia, pidiese se incorporase aquel Gobierno de Chocó con el de Popayán, por algunas causas y comodidades que se daban, y que se referían á

hacer, á costa de la ciudad, las conquistas y allanamientos de los indios Noanamas, Cirambiraes y las demás provincias de la Gobernación, y á pagarle al Gobernador Salazar lo que había gastado en las jornadas y socorros después que entró en el Gobierno; que si bien contradijeron este poder, después que por él se había pedido en la Real Audiencia, algunos de la misma ciudad de Toro, con carta que se escribió en favor del Gobernador en veintisiete de Octubre del año siguiente de 1591, al fin se barajó el negocio, de suerte que luégo, á los principios del año siguiente, por sentencia, en vista y revista de esta Audiencia, se incorporó el Gobierno del Chocó en el de Popayán, como hoy lo está, y por eso casi sin dueño y sin conquistar tanta inmensidad de provincias como por allí están descubiertas, porque aunque después, el año siguiente de 1599, hizo el mismo Melchor de Salazar nuevo ofrecimiento con nuevas capitulaciones de tomar á su cargo las conquistas de aquellas provincias, no hubo efecto, con que se han quedado así. El Gobernador Salazar murió el año pasado de 1624, en esta ciudad, donde dejó larga y noble generación de hijos.

CAPÍTULO V

1.° Saca mucho oro en Zaragoza el Capitán Pedro Martín Dávila, y pide las conquistas del Dabaibe y Darién al Gobernador Rodas—2.° Dánsele, y recados, y conduce gente para ellas—3.° Sale á la conquista con doscientos soldados—4.° Funda una ciudad en los Urabaes y socórrenlo de Cartagena.

ENTRE los soldados que entraron á las conquistas y población de la ciudad de Zaragoza con el Gobernador Gaspar de Rodas, fué un mestizo, hijo de india y de español, llamado Pedro Martín Dávila (y él muy amestizado, por haber tomado mucho de la madre), que habiéndole repartido también entre los demás una suertezuela de indios, comenzó con ellos á catear algunas minas antiguas comenzadas á labrar de los indios en un gran cerro, media legua del río Nechí, que dicen los mineros ser bozadero ó embestidero del río (ó no sé cómo dicen esto) desde que iban minorando las aguas del diluvio, que dejaron allí una innumerable grosedad de oro, que luégo la fué descubriendo y gozando el Pedro Martín. A cuya satisfacción y seguro le fiaban negros esclavos, mercaderes que los llevaban á vender á la ciudad de Zaragoza, con que fué creciendo tanto el caudal del mestizo, que le dió ánimo para sacar ciertas aguas que viniesen sobre el cerro para labrar mayores minas, que le costó el sacarlas en canoas por cumbres de árboles y otras máquinas y dificultades, más de sesenta mil pesos de veintitrés quilates, que era ley de todo el que él sacaba, y el más subido de todo el que se ha hallado en aquellas tierras. Aunque estas aguas que sacó no alcanzaron á la cumbre de este cerro, desde el paraje á donde llegaron vino á sacar tanto oro, que llegó su caudal en pocos días á más de ciento y sesenta mil pesos, de los quilates que hemos dicho, que lo gastaba con larguísima mano (que es una de las excelencias del oro hacer manirroto á quien lo tiene), en especial con gente bagabunda y lisonjera, porque el oro es piedra imán de gente de toda broza, y más de la de este pelaje, polilla de ajenas bolsas.

Viendo el Pedro Martín el consumo de su caudal en estos empleos, pues en pocos días llegó á ser de treinta mil pesos escasos, y que como le habían ido entrando por las vuelas, se le iban desaguando por los aires, y que como los había dado el agua, se los iba llevando el raudal, antes de que los acabara de concluír, determinó emplear lo que le quedaba en cobrar nueva fama de conquistador, ya que la tenía de rico, á que le ayudaron algunas de estas langostas que hemos dicho le andaban al lado, por ventura por acabarlo de consumir, y así ofreciéndole gastar en las conquistas el empleo de todo el caudal que le había quedado al Gobernador Gaspar de Rodas, le pidió que él haría las de aquellas provincias á quien él no había dado vista desde que comenzó su go-

bierno, siendo del que eran las de Nitana, Caribana, Panzenú, Maritúe, Gunzuze, Tuango, Urabá y Urabaibe. Que acudiendo á su petición el Gobernador, con ciertos asientos y capitulaciones que entre los dos hubo para las pacificaciones y fundaciones, le dió título de su Teniente General de todas aquellas provincias, fuera de la de Antiochia, el año de 1595, y licencia para poblar en ellas, á su costa y por su persona, y más conducta de Capitán en particular para la entrada y conquistas del *río* del Darién, provincias de Funnenna y casa del Dabaibe, no obstante que estaba en litis en aquella sazón, si la conquista del Darién, Urabá y Urabaibe caía en la demarcación de aquel gobierno de Antiochia ó del de Cartagena, que parece está ya determinado ser gobierno aparte y sin dependencia, pues los años pasados se lo dió de esta suerte al Capitán General Don Francisco Maldonado, vecino de Santa Marta, con cuya jornada dará remate y fin esta parte, y nuestra Historia, por haber sido lo último que hay que escribir en ella.

2.º Teniendo ya en su poder los despachos el General Pedro Martín Dávila, hizo leva de gente en toda la Gobernación de Antiochia y aun en algunas ciudades de este Reino, en que juntó doscientos soldados vaquianos, toda buena gente y bien experimentada. Dispuso pertrechos de guerra, armas ofensivas y defensivas, muchas municiones, fragua, herreros y carpinteros: todo forzoso á una jornada bien dispuesta. En lo cual y en avíos de soldados gastó largamente los veinte mil pesos de veintitrés quilates y lo que le restaba de este año y hasta la mitad del siguiente, en que llegaron á ponerse todas las cosas á pique para la jornada, con el número de soldados que hemos dicho, y entre ellos dos sacerdotes, uno de ellos se llamaba el Padre Chaves, que después fué novicio en este nuestro convento de San Diego de esta ciudad. Señaló sus oficiales: por Maese de Campo, á un Don Gonzalo de Bolívar, Tesorero perpetuo de cuanto se poblase; con entrega de todos los papeles y negocios públicos y secretos que se actuasen, y por Consejero en paz y en guerra, Don Jerónimo Garabito; Capitanes y Alférez, los que fueron necesarios para los doscientos soldados. Condujo también y concertó sobre trescientos indios y indias que llaman de servicio en estas tierras, que fué lo peor que esta jornada tuvo, y la causa de sus malogrados deseos y de sus trabajosos fines; y esto de llevar indias en las jornadas es el pecado original en que todas las de estas tierras caen, no escapándose ninguna, porque á título de llevar servicio, entran los más ó todos soldados amancebados con ellas, que yendo en estos pecados tan de asiento, mal pueden lucir sus aciertos y facciones, pues no sé yo quién se atreverá á pedirle merced de buen suceso á Dios, teniéndole ofendido; Generales y cabezas en consentirlo ó por ventura en cometerlo, y los demás en hacerlo, todos son unos, como sucedió en esta jornada y otros intentos que también por otro camino las

suelen turbar, que es ir siempre con este pío de oro, y de sacar á los indios noticias de él en minas, guacas ó sepulturas, debiendo ser sólo la conversión de las almas, de donde se siguen los demás bienes muy menores, pues sólo en convertir á Dios una alma que la tiene en sus garras el Demonio, de estos que andan atenta pared y en tinieblas, sin luz del Evangelio, es mayor hazaña en un Capitán ó soldado, que ganarle á su Rey infinitos reinos, y que andar con cilicios azotándose, rezando y ayunando toda la vida; y pretendiendo esto de principal intento, sin hacer guerra injusta á los indios ni quitarles lo que de justicia es suyo y de derecho natural y de las gentes en tierras y riquezas, á buen seguro que con satisfacción se puede confiar que dará Dios lo uno y lo otro, dilación de reinos y las sumas riquezas que poseen en estas tierras así descubiertas, como ocultas en sus entrañas.

3.° Al fin puesto todo este aparato á pique, todos los soldados gallardos con mucha pluma y bizarría salieron de Santafé de Antiochia para la jornada, por Junio del año mismo de 1596, hechas dos lucidas compañías, cada una de cien soldados, muchos caballos de carga y camino, vacas y ganados de cerda y otros para cría y sustento, y habiendo llegado al Valle de Norisco y Penderisco, tomó consigo el General ochenta soldados escogidos y comenzó á caminar por un atajo á la ligera, con intentos de dar en la provincia de Nitana, la primera de su conquista, antes que los indios tuvieran noticia de su entrada, despachando el campo, bagaje y ganados por el camino real, que iba á dar á la misma provincia, que no habiéndola hallado tan desapercibida como pensaban, antes tan alerta y apercibidos con las armas en las manos para defender á los nuéstros la entrada en sus tierras, llegando á pisarlas por las cabeceras del río del Zenú, que es el que las baña, dieron una valiente guazabara á los soldados, que saliendo algunos heridos, pasó luégo el General á la tierra de los Pereberes y Guaríes y de allí á las belicosas provincias de Guazuze, tan conocidas á costa de españoles como en ellas han perecido en siete veces que han sido conquistadas, y habiéndolas allanado y dejado de una razonable paz con las demás sus convecinas, llegó á las de Urabá y Urabaibe, donde habiendo hecho lo mismo, todo á fuerza de armas, pobló una ciudad en nombre del Rey, que la llamó San Agustín de Avila, cinco leguas de las aguas del mar, de la ensenada de Acla al Este, en una ciudad limpia y ancha de las que llaman del Cacique Diego, tres leguas de su mismo pueblo, que era cristiano y muy de la devoción de españoles.

4.° Asignó en ella veinticuatro vecinos de sus soldados, y de ellos justicia y Regimiento, y habiendo dado vista á todos los Caciques y indios de aquellas provincias, nombrándolas por sus nombres y los sitios donde estaban, que fueron hasta tres mil y catorce, hizo de ellos veinte encomiendas en los Capitanes y

soldados que le pareció más beneméritos, por primeras suertes á los de Urabá y Urabaibe, y por segundas á los de Guazuzo y Nitana y las demás provincias sus convecinas, y viéndose con tantos soldados, porque hasta entonces había sido poco el consumo, determinó, con consejo de los de mejor parecer, viendo su ciudad poblada y pacífica la tierra, de entrar y dar vista al gran río del Darién, que comunicando este su pensamiento con el Gobernador de Cartagena, que á la sazón era Don Pedro de Acuña, no sólo se lo alabó, pero aun le remitió desde aquella ciudad la Napolitana de las galeras con doce buenas boyas al remo, y veinticuatro soldados bien armados en ella, y por su cabo al Capitán Juan Rodríguez Bermejo, con muchas municiones, bastimentos y regalos, para que todo le fuese de ayuda de costa. Pienso llevaba intentos el Gobernador Pedro de Acuña, de que en aquella entrada se descubriese aquel brazo del río del Darién que echaba á volar la fama se dividía y vaciaba sus aguas en el mar del Sur, lo cual como ahora no tuvo efecto, lo intentó otra vez Don Pedro de Acuña, como dejamos dicho y después diremos, el año siguiente de mil y quinientos y noventa y ocho. En correspondencia y agradecimiento de esto, le envió al Gobernador el General Pedro Martín treinta indios valientes que tenía presos por los más belicosos de la tierra y que la alteraban y acaudillaban contra los nuestros, para que sirviesen la fábrica de las galeras que á la sazón hacía en aquel puerto; de los cuales, habiéndolos estimado en mucho el Don Pedro de Acuña, unos se murieron, y otros, huyéndose por tierra, se volvieron á las suyas.

CAPÍTULO VI

1.º Fabrica barcos para subir por el Darién. Saca algunas sepulturas—2.º Echase bando no se saquen más, y lo que de esto sucedió—3.º Riquezas del Cacique de Urabá, y cómo las da á los españoles—4.º Sube el General el río del Darién—5.º Dan los indios sobre la nueva ciudad, y matando algunos vecinos se despuebla.

DESDE que dió noticias de sus intentos de la conquista del Darién al Gobernador de Cartagena el General Pedro Martín, se comenzaron á fabricar algunas canoas y ceibas y dos barcos grandes de los del trato del río de la Magdalena; pero entre tanto, por no andar ociosos los soldados, demás de algunas salidas que hacían desde la ciudad de San Agustín, de donde traían buenos ranchcos de joyas de oro de que abundan aquellas provincias, como después diremos, teniendo noticia de que tenían allí tan ricas sepulturas como las que dejamos dichas del Zenú, dió licencia el General para que se abrieran solas ocho ó nueve, y éstas de los indios más pobres, de donde se sacaron hasta dos mil pesos de buen oro, que se remitieron á la ciudad de Cartagena para pertrechos, armas, municiones y bastimentos para la jornada del Darién, porque allí era tan poco el sustento y tanta la hambre que padecían, que más se sustentaban con ella á las veces y con esperanzas de comer, que comiendo, y á tal extremo llegó algunas veces, que en cierta jornada que se hizo, no se tenía por poco dichoso el que alcanzaba una porción de los perros que mataban, aunque bien hambrientos y enfermos, y sucedió que estándolo el Tesorero Don Juan Jerónimo y necesitado de purgarse, no hallando el día de purga que comer, dió veinte pesos de oro de veinte quilates en chagualas á Francisco de Murcia, que hoy vive en esta ciudad, por una asadura de una perrilla suya, para comer aquel día, que juzgó el enfermo ser mejor que de cabrito.

2.º Habiendo descubierto estas sepulturas, y en ellas la cantidad que hemos dicho, mandó echar el General un bando, con pena de la vida, que ninguno se atreviese á abrir otras sepulturas allí ni en otra parte, fundado en una buena razón de gobierno que le aconsejaron al mestizo, aunque mirada así á la primera vista, parecía rigor y que se quedara tanta riqueza como se quedó en aquellos sepulcros. La justificación fué por hallarse en esta sazón los más del ejército muy cerca del río de Nitana ó Zenú, donde con gran facilidad, aunque con algún riesgo de los indios enemigos, podrían los soldados y indios de servicio echarse en balsas, y antes de desembarcar en el mar, atravesar á la Villa de Tolú, lo que sin duda hicieran los soldados de Antiochia, pues los más de ellos siguieron esta jornada á la golosina y husmo de sacar sepulturas, de quien se tenía tan valientes noticias, y viéndose con algún oro, y conseguidos sus

intentos, pudiera ser que tomaran este viaje, y poco á poco se le fueran deslizando al General, y se hallara en la fuerza de la guerra sin gente, y también porque pasada esta ocasión, no podrá faltar para otra de paz aquel oro de allí pues tenían por cierto no se atrevería indio ninguno de los de aquella tierra á abrir ningún sepulcro, por caudalosos que fuesen, como dicen lo eran, en especial los de los Caciques Guazuzues y sus mujeres, de quien certifican algunos naturales cristianos, tiene cada uno de estos dos más de sesenta catures de oro en joyas, que en cada catare cabrían más de veinte mil pesos. No causó tan pequeño alboroto entre los más de sus soldados este bando del General, de prohibición de sacar los sepulcros, por el interés que á todos se les seguía de las sacas, que no llegase á tener más que resabios de motín, cubierto con capa de agravios y determinaciones de salirse del ejército á dar noticia de esto y otras cosas á su Gobernador Rodas, que entendiéndolo el General Martín, hizo prender á los más culpados, y entre ellos á un valeroso soldado mestizo llamado Velasco, criollo de la ciudad de Pamplona, hijo del Gobernador Juan Velasco, á quien hecha la causa tal cual, le hizo ahorcar y poner por espantajo de todos los demás, con que se quietó el resto de los alterados.

3.° El Cacique y señor de Urabaibe y Guaen, cristiano llamado Pedro Fernández, muy ladino, era tan amigo de nuestros españoles, que jamás se halló hecho ni consentimiento contra ellos, antes los defendían en cuantas juntas tenían en orden á nuestro daño, y daba al General y soldados, con mano tan larga, barras de oro, que todo junto bastaba para hacer á un hombre de crecidísimos caudales de hacienda, que le pagaron los nuéstros con harta ingratitud, pues le dieron tormento, intentando por allí sacarle más oro, llevados de su desenfrenada codicia y de la valiente fama que volaba de las grandes riquezas que tenía heredadas de su padre Urabaibe, el cual las había adquirido de haber muerto á ciertos mercaderes españoles que pasando por su tierra al Pirú por aquel camino antiguo, que á las primeras entradas de los españoles en estas tierras, no estando descubierto esto del Reino, se andaba por Antiochia la vieja, los hubo á las manos y les quitó vida y hacienda, lo que siempre negó el Pedro Fernández, y no sirvió el tormento más que de acedarle, y que no diese más oro de su voluntad á los nuéstros, como hasta allí lo había dado, antes siempre les mostró ceño y rostro torvo y severo de allí adelante.

4.° Estando la Napolitana en el puerto, y á los fines las fábricas de los demás fustes, se determinó, para no entrar en el río á tiento y sin haber hecho alguna prevención primero, fuese en ella por cabo el Tesorero Don Juan, y con los soldados y buenas boyas que había traído, y por guía al Cacique Pedro Fernández (que aunque desabrido, lo hubo de hacer, por haber entrado muchas veces el río arriba) para que dándole alguna vista breve, volviesen con la

nueva de lo que habían descubierto, como se hizo, pues habiendo entrado por una de sus bocas, navegaron en dos días y medio casi cuarenta leguas, por haberle hallado por este tiempo, que era Abril del año siguiente de 1597, tan manso y en leche, que á remo y vela pudieron navegar en aquel poco tiempo las cuarenta leguas, que es la común singladura de un navío con viento galerno, y habiendo dado vista por una margen y otra del río á muchos rastros de naturales, y á otras señas de ser tierra poblada, volvieron con la nueva al General, que alistándose de nuevo, como para nueva jornada, con nuevas municiones y los soldados más alentados y de mejor brío, se embarcaron en los dos barcos del trato del Río de la Magdalena, en cinco canoas y ceibas hechas en el puerto para el efecto, más de ochenta soldados y el mismo Pedro Martín, y habiendo atravesado las seis ó siete leguas que había de ensenada hasta entrar en la boca del río, lo hallaron tan crecido y de tan valientes aguas, por ser la fuerza del invierno, que apenas se podía navegar cada día á la sirga una legua.

5.º Comenzóse luégo á hambrear por la falta de comidas y á enfermar toda la gente del servicio y muchos soldados, por serlo el país. Las armas defensivas, que eran los escaupiles, con las muchas aguas, se iban pudriendo; las ofensivas, como arcabuces, eran de ningún provecho, por lo mismo. Topóse con un brazo del río á la parte del Este, que llamaron el de la división, por haberla hecho aquí el Pedro Martín Dávila de cincuenta soldados que tomó consigo, para ir en las canoas más á la ligera que navegaba el resto del ejército en los barcos y ceibas, y dar vista más presto al río de Oromira, que no por eso corrió mejor fortuna que los que dejaba atrás, pues por serles todo tan contrario y que aquella entrada era de ningún efecto, determinaron luégo que se vieron juntos á tomar otra vez la vuelta de su nueva ciudad San Agustín Dávila; que corrió en el entretanto harto más desgraciada suerte, pues habiendo dejado en ella por su Teniente á Don Gonzalo de Bolívar, por ciertos respetos de su propio interés, sin que le pudiesen ir á la mano (determinación terrible!) hizo ahorcar al Cacique Don Diego, nuestro grande amigo, y en cuya tierra estaba la ciudad poblada, como hemos dicho, el más principal, estimado y respetado de todas aquellas Provincias y que más había favorecido á los españoles en toda ocasión de paz y guerra. De que con tanta razón avispados sus vasallos y tomando por cabeza á su hijo, heredero del cacicazgo, llamado Nacaremo, hicieron junta y se determinaron y dieron aquella noche sobre el pueblo con tan valientes bríos, que sin ser de importancia los de los españoles, en especial los del Capitán Francisco Jiménez, de Buga, valentísimo soldado, y que lo mostró ser más en esta ocasión, mataron á muchos y á éste el primero, á quien ellos más respetaban y temían, poniendo su cabeza y las de los demás en palos en la plaza, después de haberlos ahumado y comídose los cuerpos, y converti-

do en pavesa el pueblo, de donde se pudo escapar aquella noche el Don Gonzalo y algunos heridos y sanos, huyendo á cencerros tapados la vuelta de la Provincia y río del Zenú y desde él ocho leguas á la Villa de Tolú.

CAPÍTULO VII

1.º Entre los que huyen de la ciudad sale un hombre casado con su mujer muy enferma—2.º Sin hacer cosa considerable sale el Pedro Martín del Darién y halla su ciudad quemada—3.º Caso notable que le sucede á la mujer enferma con San Antonio de Padua—4.º Júntase en la Villa de Tolú el General y las reliquias de la jornada, con que se da fin.

AQUELLA verdad tan asentada y católica y que la debemos creer cuantos lo somos (si no pena de no serlo), de que no hace Dios obra de justicia con nosotros que no lleve mezcla de misericordia, porque ésta es la que anda superintendente siempre en las obras de Dios (como lo dijo el Santo Rey David), se echó de ver con evidencia en un caso que sucedió con estos fugitivos de las muertes y incendio de esta ciudad. Iba entre ellos un soldado llamado Diego Suárez del Arroyo (que hoy vive en ésta, con quien he consultado la verdad del caso), casado con una mujer llamada Juana Tafur, á quien había escapado ahora el hombre de la refriega, tan enferma de hidropesía, calenturas y llagas en las piernas, tullida de piés y manos, y en todo tan hecha un tronco, que por no poderse aún tener en pié, la sacó el marido del aprieto á cuestas, y de esa manera la llevaba huyendo con los demás, que á ratos le ayudaban á llevarla, hasta que advirtiendo que sin duda les sería causa aquel estorbo para que todos pereciesen si los indios viniesen en su alcance, como en efecto vinieron, determinaron los demás que se quedase el Diego Suárez con ella, pues era menos mal que ambos perecieran, que todos; pasaron con esta resolución adelante, dejándose á los dos, marido y mujer. Lo cual considerando que si á él lo mataban los indios no se remediaba nada, antes se le acrecentaría á ella el dolor, le dijo que dejándosela á ella allí, pues ya estaba más muerta que viva, á la voluntad divina, pasase él á librar su vida, corriendo igual fortuna con los demás sus compañeros. En lo que se determinó el Suárez, apartándola un poco del camino, y haciéndole primero una chozuela, y poniéndole á la cabecera un poco de maíz tostado y un calabazo de agua, que era el regalo que le podía dejar, una cruz á la cabecera, y exhortándola á bien morir, se despidió de ella con hartas sentidas lágrimas de ambas partes

y pasó en seguimiento de sus compañeros, que alcanzó aquel día y llegaron juntos por sus jornadas á la Villa de Tolú, quedando la pobre mujer con acrecentados trabajos, pues sobre los que hemos dicho, le recargó el de la soledad y desamparo en los últimos trances de su vida; donde la dejaremos hasta haber tratado de lo que sucedió á los soldados que habían salido del Darién arriba con su General.

2.° El cual viéndose con todos juntos en el parajo del río de Oromira, despachó en una canoa cuatro soldados que rastrasen por las márgenes del río rastros de gente, que no hallándolos, por estar, á causa de las inundaciones de las aguas del invierno, retirados á las cumbres de las sierras, volvieron al campo con brevedad á dar esta nueva, por la cual y las incomodidades que hemos dicho tenían todos, y hambres que los sacaban de esta vida, se resolvieron por último refugio de tomar la vuelta de Urabá y de su nueva ciudad de San Agustín, con intentos de invernar en ella, hasta que apuntando el verano y con mayores prevenciones de armas y bastimentos, volver en prosecución de esta salida, que le salió todo muy de otra suerte, pues habiendo bajado el río y llegado á la ciudad, la hallaron, como hemos dicho, convertida en pavesa, y las cabezas de algunos de los soldados muertos, puestas en palos, abrasados todos los pueblos de los indios por ellos, y retirados con sus comidas de toda la tierra. Fué notable la angustia con que todos se vieron por el suceso y por no hallar socorro en tantas necesidades de hambres, enfermedades y intolerables trabajos de bogar dos meses continuos que duró el viaje de ida y vuelta; con todo eso, determinó el General probar la mano en el castigo de aquel atrevimiento de los indios, y así sentando ranchos, se hicieron algunas salidas, que no sirvieron de más que de consumir la flor de todos los soldados que las hacían, en guazabaras y emboscadas que les daban los indios, hasta que viendo del poco fruto que todo aquello era, y que los iba consumiendo la guerra y veneno de las flechas (que este de Urabá y el de Santa Marta son los más fuertes que se han hallado), y que aquel castigo pedía más acuerdo y espacio, gente más descansada y proveída de comidas, pues ya en este tiempo no se alcanzaban para comer sino hierbas silvestres y algunos perros que habían quedado bien flacos y enfermos, por no hallar tampoco ellos que comer, de acuerdo y requerimiento de todos sus soldados determinó el General salirse de la tierra, como lo hicieron, embarcándose la gente que había quedado en los dos barcos y en una ceiba, en que fueron á parar á la villa de Tolú, donde hallaron á los compañeros: reliquias que habían escapado del incendio de la ciudad cuando dejaron en el buhío á la mujer.

3.° La cual, viéndose tan sola y con angustias de muerte, y sospechando se la habían de abreviar los indios, esforzándose lo que pudo, se encomendó á

Dios y á la Virgen Santísima, y sacando de un paño de manos que siempre traía atado á la cintura una imagen de bulto pequeña de Nuestro Glorioso Padre San Antonio de Padua, se encomendó á él con crecidísimos arroyos de lágrimas, pidiéndole le fuese intercesor con Dios para que la librase de la furia y manos de los indios, por lo mucho que temía los tormentos con que la habían de matar si la hubiesen á las suyas, que en lo demás ya se daba por muerta de ellos. Los cuales ocupándose en solemnizar la victoria que habían tenido de los nuéstros, con grandes borracheras, en que se comieron los cuerpos que mataron en dos días, al fin de ellos tomaron el rastro de los soldados y los fueron siguiendo, hasta que viendo la mucha ventaja que les habían cobrado en el tiempo de los dos días, determinaron tomar la vuelta de sus bohíos, en la cual llegaron al de la pobre mujer, y aun le pareció que habían entrado dentro, la cual con las angustias de verse ya en sus manos, y en las de la muerte, apretaba las oraciones al Santo con más fervor, rezándole mucho la librase de aquellas tan crueles manos, pues la tenía con Dios para aquello y otras mayores cosas, y así sucedió que por su intercesión, según podemos creer piadosamente, pasasen los indios por junto de ella y aun entrasen algunos en el rancho, y sin que la viesen prosiguiesen su viaje, quedando la mujer con grande esfuerzo y dando gracias á Nuestro Señor y á su Santo por el milagro que había usado con ella, que no paró en esto, pues se acrecentó en que no habiendo podido muchos días había dar un solo paso la mujer ni aun tenerse en pié ni aun rodearse en la cama de una poca de paja que era, y con el alma en los dientes, se levantó á poco de como pasaron los indios, y comenzó, sin ningún ánimo, á dar algunos pasos, y sintiéndose sana de todos sus males, comenzo á seguir con ligereza y buen aliento el rastro de los nuéstros, por el cual sustentándose con hojas de toda broza crudas del arcabuco, llegó al cabo de dos días al Zenú.

4.º Yá en este tiempo había llegado el General Pedro Martín con todos sus soldados á la Villa de Tolú, y juntádose con los demás que allí habían llegado antes, todos los cuales, por habérselo rogado el Diego Suárez y tener á su mujer por muerta, fueron á la Iglesiá á hacerle unas honras y que le cantasen una misa y nocturno, en el cual estaban, y en el último responso de él, cuando entró en la Iglesia un indio, no conocido de nadie, que llegándose al Diego Suárez, le dijo que á la otra banda del río del Zenú había llegado su mujer, donde le quedaba, y dióle las señales de ella. Con que alborozados todos y haciéndose cruces de admiración, se salieron de la Iglesia, y habiendo certificado más del indio, despachó el General algunos soldados en compañía del Suárez, que hallaron y trajeron á la mujer, buena, sana, sin tullimiento, hidropesía ni llagas, atribuyendo todos con la mujer el milagro al Glorioso San

Antonio, de quien ella era tan devota. Dióse el último fin á esta jornada, después de haber gastado en ella dos años, que fué hasta mediados de mil y quinientos y noventa y ocho, desde que salieron de Antiochia; dividiéndose los veinticuatro soldados españoles que sólo habían quedado de los doscientos y solas veinte piezas de servicio de las trescientas, cada uno por su parte, sin haber hecho efecto considerable en ella, y haberse consumido tanta y tan buena gente, con hambres y enfermedades y á manos de los indios. Fueron á parar algunos soldados á Cartagena, tan pobres, que pedían de noche limosna para sustentarse. Al General Pedro Martín Dávila le siguieron después tantos trabajos, deudas y pleitos, que trayéndolo por ellas preso á esta ciudad, murió en la cárcel, tan miserable que apenas tuvo una mortaja con que enterrarse.

CAPÍTULO VIII

1.º Costumbres y otras cosas de los indios de Urabá.—2.º Da noticia el Cacique Pedro Fernández de las cosas del Dabaibe.—3.º Cosas de las Provincias de Guazuze.

AUNQUE hemos tocado en algunas partes de esta nuestra tercera parte las cosas de los indios Urabaes, no será fuera de propósito decir ahora algo de lo que de nuevo hemos sabido. Son todas estas Provincias de tierra calidísima, fragosa en el sitio y montañosa, de muchas y buenas aguas, muchos puercos de monte que engordan en sus casas, y otras monterías, muchas aves de diversas especies y hermosísimas de pluma; hombres y mujeres de muy buen cuerpo y rostro, todos desnudos; honestan las partes de la puridad, ellos á medio tapar con unos canutillos atados de una cuerda á la cintura, y ellas con una pampanilla. Son los varones valientes, robustos, bien dispuestos é industriosos; pintan con un betún muy hermosas totumas, que traen con muchas gallinas de las nuéstras á vender á la ciudad de Cartagena, donde entran y salen con una mala paz; usan en las guerras de las armas de palo que hemos dicho de otras naciones; son tan caribes y voraces de carne humana, que de cuatro y seis días de enterrados, sacan los cuerpos de los españoles y asados en una barbacoa se los comen; tienen templos donde adoran al Demonio, que habla á sus hechiceros y adivinos; viven en pueblos hechos de los vasallos de cada Cacique. No hay en todas sus tierras, ni se ha hallado hasta hoy, oro de minas, ni corrido, pero con todo eso, son muy ricos de joyas y oro fundido, que lo han en rescates de los indios del río arriba del Darién, y aun de los riquísimos pueblos de Funucuna y Dabaibe, de donde desde muy antiguo hubieron grandes riquezas.

2.º Y aun contaba el Cacique Pedro Fernández, señor de Guaen y Urabaibe ahora, á los nuéstros, que habría 450 lunas, que es lo mismo que meses ó treinta y cinco años, que aparecieron en su pueblo de Guaen dos indios extranjeros, muy diferentes de los suyos en traje, pues traían en el cabello muchas lazadas y en cada una muchas joyas de oro, y otras en los labios, narices y orejas. La lengua no la entendían, pero al fin vinieron á conjeturar eran de los pueblos de Funucuna y Dabaibe, donde habiendo quedado, por guerras que habían tenido con sus fronterizos y enemigos los Peachicaes, sin mujeres, los enviaba su gran Capitán ó Cacique Solsofique á comprarlas con dos catauros (son como canastillas) pequeños, llenos de oro bruto y labrado en joyas á su modo, que cabrían en cada uno de siete á ocho mil pesos, y que le decían los indios que si le querían dar mujeres, por la moza darían diez puños de oro, y seis

por la de más edad; que les mostraban, según el aspecto que en ellas veían, los paños de oro que darían por ellas. Decían que adoraban al sol y á la luna como á marido y mujer; ayunaban toda la menguante de la luna, y en toda la creciente se vengaban con embriagueces. Con esto supo otros secretos de aquellas riquísimas tierras de Funucuna y Dabaibe, con que entró allá algunas veces el Pedro Fernández á vender mujeres esclavas, en cuyo rescate sacaba gran suma de oro, y las noticias que se tienen de aquellas tierras y de las de Oromira, donde también iba, y también se han tomado de las que dejamos dicho de Gonzalo Rodríguez de Lope, en el memorial que dió al Real Acuerdo.

3.º Los indios Guazuzues, que llaman de las provincias de arriba, entre las de Antiochia y Urabá, no viven en pueblos sino en casas muy apartadas unas de otras, puestas en alto en los árboles, donde viven ocho ó diez indios casados, con sus familias, sujetos á Caciques, que cada uno tiene por vasallos ocho ó diez casas de éstas. Son tierras muy ásperas de montañas y breñas, sin ningunas minas de oro corrido ni de vetas, como los de Urabá, pero riquísimas de oro fundido, que lo habían en rescates de telas de algodón delicadísimas y muy pintadas; vasos hermosísimos de beber; puercos de monte cebados y gordos, y esclavos que vendían á los de Antiochia en trueco del mucho oro que éstos sacaban (y aun hoy se saca) del gran cerro de Buritaca, cerca de la ciudad de Antiochia, entre ella y el río de Cauca. De aquí sacaban los indios de estas provincias de Antiochia innumerables sumas de oro, como se vió en los socavones que hallaron y han seguido y siguen los nuéstros, vecinos de aquella ciudad. Aquí era la gran carnicería de carne humana de estos naturales, que mataban los esclavos tendiéndolos sobre una piedra á propósito para eso, donde vivos los abrían desde los pechos, sacábanles el unto para hacer candilejas para los socavones de las minas, y de la carne vendían y comían; de la mucha sangre que corría de los que mataban, al rededor de la piedra, aun hoy no ha nacido hierba en aquel sitio, con estar desierto y expuesto á todas inclemencias. Guardan estas joyas los Guazuzues para enterrarse con ellas en sus sepulcros, que los hay riquísimos, hechos de bóvedas ó cuevas cavadas en los montes, donde las entierran con sus cuerpos y algunas mujeres y esclavos, comidas y bebidas, por tenerles persuadido el Demonio las han menester en la otra vida: engaño que con otros muchos tienen por cosa infalible estos miserables, que hoy se están sin lumbre de fe, aunque han sido cinco ó seis veces conquistados: tal es su fiereza, aunque no están lejos de la ciudad de Santafé de Antiochia al Poniente.

CAPÍTULO IX

1.° La llegada del Marqués de Cañete á Cartagena, y lo que allí le sucedió—2.° El Gobierno de Don Pedro de Acuña en aquella ciudad, y algo de lo que en su tiempo sucedió—3.° Asientos que toma el Capitán Marmolejo para el Gobierno de Santa Marta—4.° Recógese la gente para la primera salida en Santa Marta y señálanse los mayores oficiales.

ILUSTRADO con mil gloriosos sucesos que había tenido siendo Virrey del Pirú y con diez y ocho millones para su Príncipe, con que entró en Sevilla á tiempo que á nuestra España le fué inestimable socorro, por hallarse á la sazón apretada de guerras con Francia y Inglaterra, con que se dió remedio á todo, llegó por estos años á esta ciudad de Cartagena Don García Hurtado de Mendoza, ya cuarto Marqués de Cañete, por haber heredado acá el estado de su hermano Don Diego Hurtado de Mendoza, que murió sin sucesión; pero como las glorias de este mundo no pueden tener un estado sin crecientes y menguantes, padeció éstas el gasto que con esto podía tener el Marqués, acedándose con la temprana muerte (según juzga el mundo, que para Dios todos mueren á su tiempo) que le sobrevino en esta ciudad á la Marquesa, Doña Teresa de Castro, hija de Don Pedro Fernández de Castro, Conde de Lemos, y de su mujer Doña Leonor de la Cueva, primera mujer del Marqués y madre de Don Juan Hurtado de Mendoza, quinto Marqués de Cañete, Guarda Mayor de la ciudad de Cuenca, Montero Mayor del Rey y Gentil hombre de Cámara de la Majestad de Filipio Cuarto, que posee hoy esta casa, año de 1626. Fué el sentimiento de esta muerte general en aquella ciudad y todo el Pirú, por sus conocidas y bien ejercitadas virtudes, y mucho más en la Villa de San Lorenzo de la Parrilla (donde el cielo me dió los primeros resuellos de la vida), el principal pueblo de sus Estados, por haberlos esta muerte defraudo de mil buenas esperanzas y beneficios, libradas en la mucha benevolencia y piedad con que siempre se portó con sus vasallos, virtudes de que hacía más estima para su alma que del estado, y de ser hija de su sangre, y mujer de tal marido, con serlo esto de tanta como lo ha sido para mí esta ocasión de poder poner esta cifra de este gran Príncipe (demás de lo que digo en la dedicatoria), no sólo reconociéndome por hijo y hermano de vasallos suyos, sino porque lo reconocen estos mis trabajos por único amparo que ha sido y patrón.

2.° Ya hemos tocado en otras partes cómo en este tiempo gobernaba la ciudad de Cartagena Don Pedro de Acuña, caballero de la Orden de San Juan, que después fué Gobernador de las Philipinas. Llegó á este ciudad el año de mil y quinientos y noventa y tres, y habiéndole tomado Residencia á su antece-

sor, Don Pedro de Ludeña, puso en veras de fortificar la ciudad de gente y galeras y de fuerte palenque el año de 95, con ocasión (como dijimos) de la sospecha que se hubo, daría sobre ella el protestante Drake cuando quemó el Río de la Hacha y Santa Marta; el año de mil y quinientos y noventa y ocho (1598) envió la barquetona Napolitana y algunos soldados y buenas boyas al remo, y por cabo á Juan Rodríguez Bermejo, para que subiendo por el Darién, sacasen al vulgo de la opinión que tenía de que muy arriba aquel gran riacho desgaja un brazo y da con sus aguas en el mar del Sur, y saliendo la verdad de esto, se probase si por él se podían comunicar ambos mares del Sur y Norte, cosa que fuera de considerable importancia, excusándose los notables trabajos que se pasan en las quince leguas de tierra que hay de Puertobelo á Panamá. No tuvo el fin que se deseaba esta jornada, por haberse vuelto estos soldados, aunque desde muy arriba del río, por desgracias que les sucedieron con indios, de muertes de algunos españoles, como me lo dijo á boca, en la ciudad de Cartagena, el Capitán Alonso de Campos, uno de los que hicieron esta entrada, y están en mi poder los papeles originales de todos los sucesos de esta jornada por sus días y horas, que á todo esto ha llegado mi diligencia para apurar las verdades de esta Historia. Cogió el Gobernador Acuña, con la industria que hemos visto, la lancha del inglés Drake, socorrió con soldados á Don Juan Guiral Belón, Gobernador de Santa Marta en la ocasión que veremos del alzamiento de aquellos indios, y hizo otras cosas de valeroso soldado en lo que le restó de su Gobierno, hasta que se partió de él para el de las Philipinas el año de mil y quinientos y noventa y nueve.

3.° Siéndonos necesario dar algunos pasos atrás en el cómputo de los tiempos, para poderlos con buen orden dar adelante, en prosecución hasta su fin de las cosas sucedidas en Santa Marta (por ser éste el orden más historial y más claro y libre de confusiones y enfados, que ir metiendo tras cada año, y más las menudencias que no puede excusar la Historia, que fuera cosa cansada y es imposible otro modo en las Historias, que están obligadas á dar cuenta de todas las cosas, siendo muchas las que suceden en un mismo tiempo y pacificaciones), me acuerdo, si no me acuerdo mal, que concluí el Capítulo 29 de la quinta noticia, diciendo cómo por muerte del Gobernador de aquel partido, Don Lope de Orosco, dejó nombrado por su sucesor en segunda vida, como lo tenía capitulado con S. M., á Don Lope de Orosco, su hijo menor; pero siendo aún muchacho, dejó nombrado por su tutor á un hermano de Doña María Peón, madre del niño y tercera mujer del Gobernador, llamado el Capitán Francisco Marmolejo, natural del pueblo de Saeteras en el Aljarafe de Sevilla, hombre noble y rico vecino de la Villa de Tolú en la Gobernación de Cartagena, de que tanto dejamos tratado. Gobernó éste algún tiempo, firmando él y su sobrino las cosas

más considerables, títulos y encomiendas, hasta que la Audiencia de Santafé envió por Gobernador á Diego Bravo de Montemayor, hombre principal, vecino de esta ciudad de Santafé, que la gobernó siendo Alcalde, y por falta de Oidores presidió un día en la sala de su Chancillería, cuando la visitó el Doctor Salierna, y ahora la de Santa Marta hasta que tomó asiento el Marmolejo con el Rey, remitiendo sus poderes y recados al Real Consejo, en que ofrecía cumplir las capitulaciones de su cuñado, porque se continuase el Gobierno en la vida de su sobrino, añadiendo á las obligaciones de Don Lope, que gastaría diez mil ducados en lo tocante á las conquistas que haría dentro de seis años, todo á su costa. Hízole merced S. M. de este Gobierno con estas condiciones, remitiendo el asiento en lo demás al Doctor Antonio González, Presidente que entonces venía á ser de esta Audiencia de Santafé, recién desembarcado así en la ciudad de Cartagena, á donde acudió el Marmolejo, y se hicieron las capitulaciones, año de mil y quinientos y ochenta y nueve, con el modo común de obligaciones, preeminencias, exenciones y privilegios que se suele hacer en todos los nuevos descubrimientos y fundaciones de estas conquistas.

4.º No olvidando sus obligaciones el Capitán Marmolejo para dar principio á las facciones que pretendía, despachó al Capitán Pedro de Alfaro á este Nuevo Reino por algunos soldados, de que fué tan bien despachado, que llevando solos cuatro, hizo de costa dos mil pesos. Mejor le sucedió al Capitán Pedro Camacho, vecino de la ciudad de Tenerife, que bajó con setenta hombres y alguna gente de servicio. Mientras se hacía esta gente, despachó Marmolejo al Capitán Luis de Galdis, criollo de este Reino, con veinticinco soldados á la provincia de Chimila, que procurase haber á las manos, para el servicio de la jornada, algunos indios de los fugitivos de Tenerife, que habiendo entrado con canoas por la ciénega por ser confinante, y hecho algunas presas, salió bajando la Sierra Nevada al Valle de Upar, y de allí á Santa Marta. Sucedió en este discurso un caso notable: que yendo estos soldados la vuelta del Valle, uno de ellos iba tan dolorido de una llaga en un pié, que no pudiendo ir al paso de los compañeros, hacían alto muchas veces para aguardarlo, de que enfadado otro impío soldado, le pisó tan fuertemente la parte condolida, que del dolor y sentimiento extremo que hizo, lo tuvieron todos y enfado con el malhechor, que tuvo luégo de contado la paga, pues apareciéndose al punto, junto á todos, un bravo toro, se libraron de él poniéndose en cobro todos los demás, y arremetiendo al agresor, le hizo otra llaga más lastimosa con el un cuerno en la parte que el otro la tenía, con que quedó más adolorido, impedido y enfadoso á todos que el otro. Hecha sala de armas para la jornada la ciudad de Santa Marta, acudieron allí soldados de toda la Gobernación, avisados del Gobernador: de la del Valle de Upar fué el Capitán Cristóbal de Almonacir, y de la Ramada el Ca-

pitán Juan de Humán, ambos con premisas de Maeses de Campo de la jornada, por lo que á ambos había prometido el Gobernador, con que se viesen obligados á dejar sus casas y seguirle; de la pretensión de ambos se originaron tantas diferencias y aun mohínas entre los dos y sus soldados, que llegaran á mucho á no concertarse fuesen ambos en aquel oficio sin diferencia en el uno ni el otro, que lo cumplieron honradamente, sirviendo ambos muy bien, sin que en ninguna cosa se encontrasen; por General de la jornada se nombró al Capitán Francisco González de Castro, Teniente General de la Gobernación y Contador de la Real Hacienda que era á la sazón, que habiendo muerto dos meses antes que se diera principio á la jornada, sucedió en todos sus oficios Don Pedro de Cárcamo, natural de la ciudad de Córdoba en Castilla, caballero de muy buenas partes y bien entendido, hijo segundo del Gobernador muerto Don Lope de Orosco.

CAPÍTULO X

1.º Primera entrada que hace el Gobernador Marmolejo en los indios—2.º Sucesos que fueron teniendo los soldados—3.º Vánse prosiguiendo varios encuentros entre españoles y naturales—4.º Describense las Sierras Nevadas de Santa Marta.

ALGUNOS Caciques y muchos indios de la Provincia de Posigueica, no sé si temiendo los rigores y ruidos de la guerra, ó por otros respectos, vinieron á dar la paz á Santa Marta, poco antes que se diese principio á esta jornada, que fué á los fines de Abril de 1590, saliendo de la ciudad tropas por tierra, y en canoas por mar, hasta juntarse en la playa donde ahora está fundada la nueva Córdoba, hasta doscientos soldados y mucha gente y caballos de servicio y guerra, que acabado allí de disponer lo que faltaba para la entrada, se comenzó á marchar la vuelta de la Sierra, día de la Cruz de Mayo, llevando la vanguardia el Maese de Campo Almonacir con cincuenta arcabuceros y rodeleros, toda gente suelta y de extremados alientos, á quien seguían veinte soldados haciendo escolta al carruaje, donde también iba el General y su hermano Don Lope, y á trechos otros soldados, y el resto en la retaguardia con el otro Maese de Campo. Con el cual orden se marcharon aquel día, tres leguas de monte, tierra llana, sin otro contraste que haber faltado el agua, por entender la hallarían en el camino, que no fatigó poco la gente. Llegóse temprano á la Ceiba (sitio en que tuvo fundada el Capitán Castro la ciudad de Ecija, como dejamos dicho, Noticia 5.ª, Capítulo 2), y habiéndose rancheado al pié de la Sierra y margen del río que baja del Valle de Betoma y Posigueica, no perdieron tiempo, aun aquella tarde y cuatro días que estuvieron allí rancheados los nuéstros, los Betomas de embestirles con guazabaras, de que el cuidado en defenderse fué causa de no suceder daño considerable. Lo que no sucedió con los Posigueicas, aunque también los tenían en frente, por la paz que tenían recién dada, antes haciendo demostración de quererla sustentar, acudían al ejército con frutas y otros regalos y á lo último con cargueros. Cuando á los seis días levantó ranchos, tomó la vuelta el General de la provincia del Carbón, por camino llano de rescates á la falda de la Sierra. Llamaron nuestros antiguos á esta provincia del Carbón, porque su polvo está negro y tiñe como el del carbón.

2.º Al segundo día de camino, pasado Riofrío, en un gran arcabuco tuvieron los nuéstros un rebato que los puso en cuidado, hasta que se supo ser indios tratantes, que pocas veces van apercibidos para jugar las armas aun con soldados. Los nuéstros rancheados cerca de las Carboneras, se determinó se les

diese otro día un albazo, como lo hizo con cincuenta soldados el Maese de Campo Almonacir, que habiendo caminado toda la noche, al reír el alba, dieron sobre un pueblo llamado Zaraguato tan de repente, que antes que se desvolviera la gente, tenían hecha tal presa en él de chusma de mujeres, muchachos, joyas de buen oro y ropa de algodón, que repararon bien todas sus necesidades y hubo para cada soldado un muchacho, y para cada dos una mujer que los sirviese. Sacado este repelón, que escogió harto á los pobres indios, tomó esta tropa la vuelta del Real, que se había ya bajado á lo llano en la sabana, que después se pobló y ahora lo está la ciudad de Sevilla, de donde se salieron y ranchearon por algunos días en el mismo pueblo de Zaraguato, de donde se hicieron algunas salidas en que se dió vista á ruinas de pueblos huídos desde que anduvo por ellos el Capitán Luis de Gálvez.

3.º En una que se hizo de ochenta soldados con el Maese de Campo Juan de Humán, á las cuatro leguas al pié de una loma, les salieron de fingida paz algunos indios, que habiendo por una hora tratado de ella y resueltose en que los indios irían delante guiando á los nuéstros á su pueblo, comenzando á repechar la cuesta, se adelantaron los indios y hallándose á tiro de flecha, revolvieron, tirando tantas á los soldados, que quedando algunos heridos, fueran más á no defenderse con tanto valor hasta coger por dos partes el alto, donde salieron gran número de salvajes, que no se daban mala maña en ofender y defenderse; pero siendo mayor la española, al fin huyeron, pues en esta resistencia y la paz á que acometieron primero, sólo iban atendiendo á dar tiempo á su chusma para huír y sacar la mejor de su pueblo, como lo hallaron los soldados llegando y rancheándose en él, llamándole por el suceso el pueblo de los Valentejos. Con todo eso, volviendo á trastornar las casas los soldados, uno veneciano halló en el buhío que nosotros llamamos del Diablo y los indios Santa María, tres ó cuatro ollas llenas de piedras de ijada, leche, orina, sangre, riñones y otras que le tenían ofrecidas, bien finas, que se repartieron á puñados por todos, y tomaron motivo de que no se les quedaran sin desvolver jamás estos caneyes.

Saliendo de este pueblo esta tropa, al bajar de una loma, hallaban tantos indios en otras, que á una les gritaban y flechaban, yéndoles picando por las espaldas, tomando el puesto de nuestra retaguardia en habiéndolo ella dejado, que determinaron quedaran emboscados seis en un helechar, donde habiéndolos sentido los que seguían á los soldados, uno de los seis, llamado Pedro Chiquillo (que después fué Capitán y murió Sargento Mayor de Chile), antes que los indios se desvolvieran, pasó á uno con dos balas por las espaldas, con que escarmentados no los siguieron más por esta parte, si bien llegando á otra, al pié de una loma, hallaron los nuéstros tan valiente resistencia de muchos salvajes, que á no ser superior la consideración de la reputación, se volvieran, por pare-

cer de algunos, al pueblo de los Valentejos, y así determinando la subida, bien prevenidos de las armas, apenas habían tomado el alto, cuando se desparecieron los indios, y se apareció un Valle que llamaron de la Ascensión, con muchas poblaciones; durmieron en la primera, desde donde caminando otro día con dificultad de flechas, descubrieron otro con las mismas y más poblaciones, que llamaron de San Bernabé por ser su día, once de Junio, y habiendo trastornado la tierra y enterádose de sus muchos pueblos, volvieron muy contentos al Real y pueblo de Zaraguato.

4.º Ocasionado de andar estos nuestros soldados en las circunferencias y faldas de la Sierra Nevada de Santa Marta, una de las cosas más famosas que se han descubierto en este Nuevo Mundo, no me ha parecido ser fuera de propósito tratar de ella más de intento que hasta aquí y de las provincias que sustenta en sus faldas, valles, lomas, costados, serranías y espaldas; dásele vista á esta Sierra treinta y más leguas de distancia por la mar, por su mucha altura, pues es por partes de más de veinte leguas, aunque por algunas menos, con que se mete barrenando hasta bien dentro de la media región del aire, donde tienen su generación las impresiones meteorológicas, como es la nube que siempre permanece en sus cumbres, por lo cual no pasan aves por ellas ni llegan allá, ó por su mucha altura ó mucha frialdad, ó por ambas cosas; de bojo ó cercuyto tendrá hasta ciento y veinte; la nieve ocupa veinte leguas de largo con ocho de ancho, de donde se descuelgan por todas partes caudalosos ríos y delicadísimas aguas de nieve, y promete las puntas de sus faldas en la mar hasta veinticinco leguas desde la Ramada hasta la Nueva Córdoba; son tan ásperas todas las cordilleras que se le descuelgan, tan peinadas y pendientes las más, que apenas se halla llano para fundar cien casas; demórale al Poniente veinte leguas el Río de la Magdalena; por ser tan rica de venas de oro en su redonda, la pinta dorada pónenla algunos por principio ó fin de la cordillera que corre Norte Sur hasta el estrecho de Magallanes, y se engañan, pues dejando á estas sierras solas, la corta el Valle de Upar con doce leguas que tiene de ancho apartadas de la cordillera, que según la mejor opinión, comienza en el Cabo de la Vela, doce grados al Norte, y corre hasta cincuenta y cinco al Sur, que dándole á cada grado diez y siete leguas y más, cuenten las que serán. La nieve de esta Sierra está en 9 grados y 30 minutos al Norte y 67 y 20 minutos de longitud del meridiano de Toledo.

No obstante que es tan áspera, pelada y fragosa, por tener partes templadas y calientes como se va bajando de lo alto, está toda poblada de naturales, y muy poblada, y con opinión de valientes, causada de no entender los nuestros las guerras de estos indios á sus principios, que fueron los primeros que en Tierra Firme se comenzaron á conquistar, haciéndolas al modo de las guerras

de Flandes, buscando sitios cómodos para los escuadrones, que los formaban como si los indios fueran gente de razón para eso; esperaban á pié quedo la muerte; daban voces los oficiales: "nadie deje su puesto, cierren el escuadrón." Y mientras los nuéstros andaban en estas faenas, flechaban á ciento los indios á montón, con que los cobraron temor, y los bárbaros fama de valientes todos los de aquella provincia de la Sierra, que eran muchos; unos vivian en comunidades, sujetos á Caciques, y otros derramados y en behetrías; los pueblos pasaban de mil, con caminos enlosados de á cuatro y seis leguas; las lenguas muchas. Las principales provincias eran Osairona, Tayronaca, Orejones (dichos así de los nuéstros, porque con artificio, horadándose las orejas desde niños y poniéndose ciertas sortijas, les queda cada oreja como un platillo de los nuéstros), Carbón, Betoma, Posigueica, Aruacos y los fronterizos á Santa Marta y los de las jurisdicciones de la Ramada y Valle de Upar, que los que hay desde el Río de la Hacha al Cabo de la Vela y la laguna de Maracaibo, no son de los de esta Sierra, que abunda de venados, conejos, curíes, tigres, valientes leones, monos, chuchas, que crían sus hijos en ciertas bolsas en los lados; mapuritos, que hiede su orina más que cuanto hediondo se puede imaginar; aves de mil especies, de hermosas plumas; murciélagos carniceros, niguas, mosquitos, culebras venenosísimas; minerales de oro, plata, cobre, hierro; piedras de muchas virtudes, como dejamos dicho.

Entre las supersticiones que tienen, no es la menor el modo que algunas de estas provincias usan en buscar la salud de los enfermos en el campo, y es que subiéndose á una cumbre, limpian y barren allí circuito de una rueda de carro, y haciendo en medio lumbre, echan en ella ciertos piñones, y el primero que salta afuera (como suelen las castañas ó bellotas que se asan) advierten dónde queda, y allí cavan hasta que hallan algún gusano ó lombriz ó cosa viva; ésta queman y molida se la dan al enfermo; si muere, muere, y si sana lo atribuyen á la diligencia. Contando esto un hombre bien entendido y experimentado á un médico en Madrid, Corte del Rey, preguntó con gran llaneza si sanaban con eso los indios, á que respondió el indiano: "Sucédeles lo que con las purgas que dan los médicos, que si sanan los enfermos con ellas, bien, y si nó, allá van al hoyo.

En sus borracheras, cuando están beodos, si se acuerdan de las muertes que han dado sus vecinos á sus parientes, se irritan á la venganza, y determinan á tomarla y envían sus mensajeros denunciándoles la guerra, y en señal les dan una flecha, con que es cierta la guerra para el día que señalan.

CAPÍTULO XI

1.º Los nuéstros se alojan en un pueblo de la Caldera, y suceso de un soldado al pasar de un río—2.º Otros varios sucesos de la jornada—3.º Puéblase la ciudad de Sevilla—4.º Riqueza de oro que después se descubrió en el término y cerca de esta ciudad.

VOLVIENDO á nuestros conquistadores, que los dejamos en Zaraguato juntos, provincia del Carbón, digo que esta provincia le demora al Poniente veinticinco leguas del Río de la Magdalena á la Sierra Nevada, confina con la de Betoma yendo á Santa Marta, y Jaraba con la de los Orejones, haciéndole espaldas la de Taironaca, y será toda como veinte leguas de abajo; son sus indios opinados de valientes y no tan lucidos como los otros, por sus menores caudales de joyas, y debe de ser porque se dan más que por ellas á la milicia; vístense de las mantas á medio traer que rescatan de los Betomas. Alegre Don Pedro de Cárcamo y los soldados de saber de tantas poblaciones que están cerca de Santa Marta, que sólo había quince leguas, habiendo hallado camino para los caballos, levantaron rancho y en cuatro días llegaron al centro de la provincia, que se alojaron en un pueblo llamado Duichirrea, á donde fueron viniendo poco á poco á dar la paz los indios de la comarca, y desde donde se fueron haciendo salidas, y en una con el Maese de Campo Almonacir, se dió vista al Valle de San Cristóbal, que también dió la paz y provisión á los soldados, con uno de los cuales, Pedro Chiquillo, sucedió que habiendo pasado todo el ejército por una puente de bejucos un río, con que quedó maltratada, pasando el último se quebró y cayó envuelto en ella al agua, de donde aunque embarazado en tantos bejucos, salió libre á la banda de los demás, que convirtieron en risa el buen suceso, por esperarlo muy otro por el mucho peligro en que se vido. Al fin de algunos días volvió esta tropa al Real, desde donde se fué descubriendo en veces desde lo confinante á Betoma, hasta Orejones y Taironacas y sabiendo los secretos de la tierra.

2.º Esta provincia Taironaca descubrió y apaciguó el Capitán Antonio Flórez, enjuta en la jurisdicción del pueblo nuevo llamado el Nombre de The y hoy la Nueva Valencia. Era este Capitán vecino del Valle de Upar, donde con orden del Gobernador Marmolejo juntó gente y fué calando la Sierra hasta los Aruacos, que sin pelear apaciguó, por ser, como hemos dicho, gente serranilla y triste, y los Carneros de los Tupes. Andaba Flórez en esta sazón en el Valle de Taironaca, y el General Don Pedro en su provincia del Carbón, entre cuyas dos provincias media una serranía de dos ó tres leguas de subida y bajada que no impedía para no pasar de una parte á otra los soldados de ambas, comuni-

cándose los Capitanes por cartas, y en una que el Flórez le remitió un día al Don Pedro y la acompañó con una piedra pasada de clavos y venas de oro, animándole á la empresa con la codicia de la riqueza que prometían de la muestra, lo escribió esta copla, como que la decía la piedra:

"En Taironaca nací
Salida de peña viva,
Cierra España, arriba, arriba,
Si quieres saber de mí."

A que respondió el Don Pedro de Cárcamo, alegrándose más de la piedra que de la poesía, aunque la enmendó poco en conceptos, porque los poetas no debieran de ser de los que ahora se usan y celebra nuestra España, López y Gongoristas que no aprietan concepto que no sea menester ponerse en chapines sobre los nudos del octavo cielo para alcanzarlos:

" Vuestra carta recibí,
Y en un pensamiento estamos;
Cierra España y allá vamos,
En acabando de aquí."

Con todo eso, celebraron los soldados la poesía (pensándose no haber plus ultra), aunque celebraran con más ponderaciones si les viniera con ella algún socorro de matalotajes, por írseles acabando los suyos con la prisa que les iba picando la hambre, diferente de la flema con que se iban sazonando los maíces, y acabó más el sufrimiento á los soldados, enviándoles á decir el Gobernador Marmolejo (habiéndoles enviado á pedir socorro), que tierra poblada de muchos, bien podría sustentar á pocos. Razón que les pareció desencuadernada de todo buen discurso y experiencia, pues es cierto que destroza más un español en un día, que comen diez indios en un mes, en especial si es á su costa, que á la ajena otra cosa es. Con esto, aunque los socorrían con algo los indios, como no era suficiente y de poco sustento, por ser todo brodios y comestrajes, cayó sobre los soldados un pedazo de hambre, que les pesaba más que si cargaran toda la Sierra Nevada, con que se veían obligados á andar á caza de bollos, masato, frisoles, yucas, ñames, batatas, bledos en rozas viejas y otras chucherías por espacio de dos ó tres meses, en que sazonaban una olla como de un gran convento, hecha de calabazas, y estas zarandajas con una onza de pescado; y beato á quien le alcanzaba razonable parte, ó algún papagayo ó guacamaya, con ser carne como nervios. Obligóles á comerse los caballos y perros, hasta que, por lo que les apretaba la hambre, apretaron las diligencias, de suer-

te que ya les enviaron socorro de la ciudad y más en lleno de la sazón de las sementeras, de que (escarmentados) se repararon y proveyeron, de suerte que no les cupo más en sus casas la necesidad.

3.º Pareciendo á Don Pedro la había de fundar algunas de españoles para desde ellas acabar de pacificar la tierra, día de San Juan Baptista, 24 de Junio, en este año de 1592, después de haber oído todos misa del Padre Fray Francisco Pestaña, de la Orden de Nuestro Padre Santo Domingo, que era el Capellán, tomó posesión en nombre del Rey, y fundó una ciudad que llamó la Nueva Sevilla, á devoción del Gobernador, que, como dijimos, era de Alfarajo; señalóle Alcaldes, que fueron el Capitán Luis de Galvez y Don Miguel de Orosco, hermano del General, con todos los oficios y oficiales de República, que juraron cumplir legalmente con sus oficios, quedando ellos y los demás muy alegres; solemnizaron el acto, y luégo se despachó á Santa Marta con la nueva de esto y lo descubierto, con veinticinco soldados, en compañía de Don Lope de Orosco, el Gobernador Mozo y un Regidor y Procurador de los nombrados, llamado Sebastián de Bustamante, para llevar cura, campanas y ornamentos y negociar en Santa Marta otras importancias á la nueva ciudad, que habiendo mostrado la experiencia en pocos días no ser su sitio tan á propósito como abajo en la sabana, la bajaron y cantaron en ella, donde había todo lo necesario á una bien considerada población, que es agua, leña, piedra, el sol que la baña en saliendo, templados y saludables aires. Lo que tiene este segundo sitio donde hoy permanece, aunque no destemplan poco estas comodidades el ser infestado de inmensidad de mosquitos, jejenes y rodadores de día y zancudos de noche: plaga intolerable y harto común en las tierras calientes de estas Indias, de que se libran las frías, y de culebras y continuo sudor si bien no se escapan. Habiéndose echado las cuerdas y señalado sitio para la iglesia, y ocho islas ó cuadros de á cuatro solares, que pareció bastanto para tan cortos principios, dándolo á la fábrica de una de las casas, abriendo un hoyo para hincar el primer estantillo, hallaron media espada española, sobre que tuvieron que estudiar los judiciarios, queriéndolo ser todos; hubo varios pronósticos y aun disparates sobre lo que había de venir á ser la ciudad, porque entonces sólo estaba con gente de toda broza (como han sido todos los principios de todas las del mundo), todos á título de honrados Capitanes, oficiales de milicia y República; bien poco que comer; el que más tenía dos camisas de crehuela, un vestido de jergueta, otro de cañamazo, unos alpargates que él mismo había hecho, una escopeta, rodela, hamaca para dormir, que suplía la falta de colchón, sin una silla ni bufete, gallina, gato ni perro, ni caballo: las rodelas servían de mesa, y de platos las totumas. La pescadería estaba en la ciénega á ocho leguas del pueblo, y la carnicería en los montes.

4.º Pero fuese luégo reparando esto, entrando bastimentos y gente nueva de la Villa de Tenerife; entró el Capitán Juan Martín, criollo de Vélez en este Reino, aventajado soldado, que llevó algunos y municiones, y otros de otras partes, en especial pasando algo adelante los tiempos, descubrió á la otra banda del río tanto oro loco, que les hizo á todos, promotiéndose las mayores riquezas que se habían descubierto en este Nuevo Mundo. Un vecino, en una tarde, sacó más de dos mil castellanos de oro de veinte quilates, con sólo cinco ó seis muchachos, hallando en el corte puntas y tejuelos de forma de habas y broches, desde diez hasta treinta castellanos, y en cada batea de labor oro menudo, y de otros muchos jornales á este modo; hubo en el pueblo, por la fama, dentro de tres meses después del descubrimiento, más de quinientos negros venidos de Zaragoza y Río de la Hacha, y en Santa Marta no quedó negra cocinera ni lavandera que no fuese á gozar de la cosecha, que fué tal en algunos, que se hallaron muchas puntas de á ciento y doscientos castellanos. Dos hubo tan grandes, la una á modo ó figura de arpón, lisa, que pesó nueve libras y media castellanas, y la otra, que la sacó un negro á Sebastián de Bustamante, de hechura de un puño, que pesó cuatro libras y doce onzas de veinte quilates, que se vendió en ochocientos y doce pesos, que hubo en Castilla quien no la quiso recibir, habiéndosela enviado á presentar el Obispo de Santa Marta, Don Fray Sebastián de Ocando, porque se sepa la limpieza de los castellanos, y al fin el caso dió tal estampida, que se entendió ser pequeño el sitio con ser de una legua de sabana para lo que había de crecer la ciudad, pues de todas partes enviaban á tomar solares en ella, llegando el encarecimiento á lo que se puede decir, diciendo que desde que Don Pedro de Acuña, Gobernador que era de Cartagena, la tomó, esto descaeció al paso que subió, y la ciudad está hoy con harto poca medra en todo.

CAPÍTULO XII

1.º Tratan los Carboneros de alzarse, y caso que le sucede á un caudillo—2.º Determínanse y embisten á los nuéstros, y lo que sucede de ambas partes—3.º Desbaratan los nuéstros á los naturales—4.º Buenos sucesos que se tienen en varias salidas.

VOLVIENDO á los primeros pasos de su fundación, desde ellos hasta el resto del año, que fué la mitad de él, se trató de la pacificación de los naturales, que advirtiendo en este tiempo cuán de cimiento tomaban los huéspedes el hacer pié en su tierra, y que era gente tan traviesa, y tal que suele alzarse con la posada, les pareció ser pesado yugo el dejarles asistir en ella, con que trataron luégo de quebrarlo y romper las coyundas con demostraciones en las desganas con que ya acudían al servicio de los nuéstros, que advirtiéndolo el General y la noticia que luégo tuvo de que hacían juntas los indios con alteraciones, despachó al Sargento Mayor Juan de Asperillas Velasco, para que rastrease lo que iba divulgando la fama del recelo que se tenía, que se aplacó habiendo andado muchos pueblos y labranzas, y hallado en cuanto pudo conjeturar quietud en los indios.

Sucedióle en este viaje al Sargento Mayor un caso, que á no repararlo la mano de Dios, se hiciera mil pedazos despeñándose, pues atreviéndose (de puro animoso) á ponerse sobre una laja que tenía de caída media legua, con fin de descubrir la tierra, se descuidó y rodó de asentaderas hasta casi caer del todo, pues quedó con los piés en el aire, afirmado sobre los codos; acudieron á socorrerle, por hallarse más cerca, un indio y dos soldados, que haciéndose una cadena de las manos, con la una le echó mano de la ropa y habiéndole arrastrado poco más de una vara de medir, lo volvió á soltar, con que se escurrió de nuevo hasta ponerse en mayor riesgo de volar y hacerse pedazos, pero volviéndose á animar con el mismo modo, lo volvieron á asir y arrastraron hasta sacarlo del peligro.

2.º Por acabar de sacudir los indios el que les parecía tenían con los nuéstros en el centro de su provincia, al fin se resolvieron en hacer junta de toda ella y acometerles repartieron flechas, comidas y los demás pertrechos de guerra, nombraron por General al Cacique del pueblo, que dijimos se llamaba Zazagueica (que por hablar ronco, los nuéstros le llamaban Ronquillo), y puesto ya todo á pique, día de año nuevo del año siguiente de mil y quinientos y noventa y dos, andando pacificando la tierra el General y los demás de los soldados, y habiéndose ranchcado en cierto paraje fragoso, amaneció nuestra gente cercada de innumerables indios y de otros que no faltaban en las medias laderas á la vista de los nuéstros, en una de las cuales, que hacía una

barranca cortada, también á la vista, hicieron á modo de altar con su nicho, donde el Ronquillo se entraba á hablar con el Demonio ó á encomendarse á él, habiendo precedido cierta oración, y hizo á sus soldados un razonamiento de buen Capitán, animándoles á la empresa, que lo quedaron tanto que á las ocho del día tuvieron atrevimiento de embestir á los nuéstros por muchas partes, con sobrada determinación de entrarlos y romperlos, como lo hicieran si el General con buenas trazas no ordenara la defensa, de manera que haciéndoles valiente frente al primer ímpetu, que duró más de dos horas (aunque quedaron muertos dos españoles y otros muchos heridos, quedando también muertos algunos indios), les hicieron retirar á los demás, que se hicieron fuertes en las lomas que caían sobre el Real, donde tuvieron luégo refresco de comidas y chichas que les trajeron muchas indias y muchachos, que todos juntos, á una, de cuando en cuando, daban grandes voces, pretendiendo atemorizar a los nuéstros, á quien también acometieron como el primer día el segundo y tercero, hasta llegar á las manos con mucho brío, y si el sitio donde estaban fuera capaz para poder pelear á un tiempo todos los indios que había, no fuera posible escapar los nuéstros, y aun se puso la cosa en términos de desbaratarnos, pues no dejaban de morir algunos soldados (y á uno de ellos á macanazos le hicieron saltar los sesos) y otros heridos y muchos amedrentados ; faltaron balas y no pensamientos de dejar la tierra y salir á la Villa de Tenerife por Chimila.

3.º Pero la necesidad, madre de invenciones y causa de avivar el ingenio y trazas, la dió al General para disponer cómo librarse del aprieto en que se veían, que fué causa también de los buenos sucesos que después se fueron siguiendo en la conquista, que fué mandar saliesen del Real, la tercera noche, del cerco cincuenta soldados con el Capitán Juan Lorenzo, y orden que habiendo marchado toda la noche por trochas excusadas, llegando á cierto paraje, dando cargo de parte de los soldados al Capitán Pedro Chiquillo, marchasen por dos partes, de suerte que al amanecer tuviesen cercada cada uno por la suya la loma y indios que se velaban repartidos en escuadras con muchas lumbres; surtió esto tan buen efecto, que dando á una las dos mangas sobre los salvajes, después de haber muerto á muchos con las escopetas y espadas, sin ninguna resistencia, los restantes se escaparon, despeñándose cada cual por donde podía, buena ó mala parte, con que perecieron muchos de ellos, y más á la mañana, que juntándose otros soldados que despachó el Gobernador de socorro, todos siguieron el alcance con tan gran estrago de los Carboneros, que andando viva la muerte entre miserables, un soldado Juan de Saavedra dijo por donaire á un su muchacho : "Apareja el picador, porque hoy ha de haber buenos pasteles, pues tenemos carne harta." Tomaron con esto la vuelta del Real, victoriosos, cargados de despojos y de muertes de indios.

4.º Que atemorizados del suceso y de haber consumido á tántos la guerra, ya no se atrevían á hacerla descubierta, sino con emboscadas y empuyando los caminos, con peligro de mala hierba, que no ocultándoseles nada á los nuéstros, los dieron en perseguir, de manera que desvolviendo cuantas cimarroneras había, no hallaban los indios dónde meterse, ni los nuéstros dónde perseguirlos; tal era lo encarnizados que andaban por los soldados que les habían muerto y herido, en cuyas facciones se hurtó y mató valientemente en valientes presas y castigos que se hicieron en diversas salidas. En una que se hizo con una buena tropa á cargo del Capitán Francisco Sánchez, habiendo llegado al Valle que llamaron de La Humbre (por la que allí tuvieron) y tomado lengua que los indios se habían retirado huyendo hacia las cumbres nevadas, se repartieron los soldados en tres escuadras, y dejando hecho Real en un pueblo y habiendo despachado el caudillo veinte el Valle arriba, él con catorce soldados tomó la vuelta de la montaña á la mano derecha; trajo á la escuadra de los veinte el indio guía, loqueando de una parte á otra dos ó tres días, que habiéndolo entendido, tomaron la vuelta del Real, donde tengo para mí le tostaron los huesos amarrándolo en un buhío, á que pegaron fuego. El caudillo Francisco Sánchez iba tan afecto en seguir un rastro que había mal descubierto, que aunque en cuatro horas no caminaban media legua, por la obscuridad y fragosidad del camino, daba en que se había de seguir sin detenerse, hasta que á petición de la fatiga de los soldados se detuvieron hasta la mañana, que pudiera ser ninguno la viera por el rigor del sitio, que era á legua escasa de la nieve, y la poca ropa con que se hallaban, si un Juan de Quintanilla, haciendo un mechón de todas las cuerdas, no encendiera con harta porfía lumbre, por estar la leña mojada, con que se reparó algo la mala noche, hasta que entraron más en calor, marchando á las primeras luces, hasta dar en ciertos ranchos de gente de toda suerte, en quien hallándolos dormidos, se hizo buena presa, con que volvieron al Real.

CAPÍTULO XIII

1.° Salen dos tropas de soldados y encuentra la una con el General de los indios, que llamaban el Ronquillo—2.° Un soldado de la otra lo mata, con que consiguen victoria—3.° Dispónese otra entrada de buena copia de gente—4.° Descríbese el Valle de la Caldera y su agradable disposición.

AUN con todos estos buenos sucesos y victorias no acababan de digerir las acedias ni les parecía á los españoles haber hecho nada si no habían á las manos al Carbonero Ronquillo, que era el nervio y raíz de toda la guerra, trazas y máquinas con que lo seguían, teniendo por cierto que, preso ó muerto, volverían los indios á dar la paz, y así teniéndose noticia asistía en su pueblo, y que de allí salía en ocasiones á dar traza y fundar las estratagemas con que andaban, despachó el General dos tropas, una de sesenta soldados á cargo del Capitán Juan Lorenzo, y que ésta saliese á vista de los indios la vuelta del pueblo de Ronquillo, y la otra de cincuenta con el Capitán Juan de la Torre, que por diferentes trochas caminando ocultas y de noche ambas, cogiesen al Ronquillo en medio. Salió Juan Lorenzo y hallándose á boca de noche á la otra banda de un río que pasó por puente de bejucos, halló tan gran resistencia de galgas y flechas, que por esto y ser la hora que era, y aun por haberse retirado los indios á un pueblo que estaba sobre una cuchilla, tomó otro rumbo y rompiendo mil malezas y pajonales, después de haber caminado toda la noche, al romper del día se hallaron en el alto de la loma, desde donde bajaron al pueblo que el día antes les habían defendido la subida, y al entrar en él, sin que los hubieran sentido, oyeron hablar al Ronquillo, que decía á grandes voces que los cristianos se habían retirado de miedo sabiendo estaba él allí, de que se desengañó luégo, pues cerrando y embistiendo al pueblo, le fué forzoso huír la vuelta del suyo la loma abajo. A quien fueron siguiendo más de una legua (adelantándose en esto el Juan Lorenzo con cinco soldados más sueltos), hasta llegar á la margen de un río muy cerca del pueblo del Ronquillo, el cual habiendo reconocido que los que lo seguían eran solos seis (por no haber visto á los demás, que también se iban desgalgando la loma abajo), ordenó una emboscada de hasta veinte ó treinta indios en un alto frisolar, subiéndose él á un cerrillo que caía sobre el pueblo, para ver desde allí el suceso de la emboscada, desde donde animaba á los emboscados cuando vido iban entrando los seis en el frisolar.

2.° Habiendo caminado la otra tropa del Juan de la Torre toda la noche y pasado á la mañana el río, el agua á la cinta, y entrado en el pueblo del Ronquillo, y andándole saqueando de gente y otros pillajes, dos soldados hermanos

(poco menos que mulatos), Francisco y Antón de Quintanilla, oyendo las voces que el Ronquillo daba á los de su emboscada, y reconociéndolo, dijo el uno al otro: "Hermano, aquel es el Ronquillo, y sospecho está toda la tierra sobre nosotros.» El Francisco, que fué soldado de fama y hombre de presunción, alentado, lindo escopetero y montea-dor, y sobre todo muy caritativo, que partía con soldados y gente pobre que se quería servir de su casa cuanto tenía, y tuvo encomienda en la Nueva Córdoba, dijo al hermano que se pusiese delante, y poniéndole la escopeta en el hombro, que le sirvió de horqueta, apuntó con tan buen acierto al Ronquillo, que le metió dos balas por los pechos, con que cayó muerto. Los emboscados, oyendo la escopeta de esta otra parte, y viendo estaban cercados de ambas, saltaron huyendo del frisolar á tiempo que iba entrando en él el Juan Lorenzo y los suyos, donde sin duda los mataran á no haberlos librado Dios por este camino. Habiéndose juntado cada tropa por el suyo en el pueblo y celebrado el suceso del Ronquillo trayendo la cabeza, tomaron todos la vuelta del Real, donde la pusieron en un palo por mucho tiempo, con lo cual y otras salidillas que se hicieron, salieron de paz todos dentro de dos meses, y se pacificó del todo la provincia del Carbón, y lo estuvo la ciudad de Sevilla.

3.º Pero como no con esto lo quedaban las provincias convecinas, y les había quedado sabrosa la mano de los buenos sucesos al General y soldados, se dió luégo orden, sin resfriarse los bríos, que se entrara á la provincia de Betoma, que aunque se dilató algo, no fué mucho, por irse luégo juntando, á la fama de los buenos sucesos, gente de muchas partes: Tenerife, Río Grande y otras, con buenas municiones y armas, entre las cuales no fueron de la menor importancia diez y ocho mosqueteros para limpiar á lo largo y ojear los indios de los altos cuando impedían la subida de ellos. Dispuesto á pique mucho de esto, salió de la provincia del Carbón el General con su gente hasta el primer pueblo de la de Betoma llamado Girogueica, casi á la falda de la Sierra, una legua escasa de lo llano, donde se hizo plaza de armas y se acabaron de juntar socorros y pertrechos hasta la Pascua de Flórez de 1592, porque luégo empezando, comenzó á marchar el General Don Pedro con doscientos y cincuenta soldados, buenos pertrechos y recato, la vuelta de la provincia de Betoma, y sin dificultad considerable (porque los indios reducían su pelea á poco más que gritar á los nuéstros desde los altos, disparando casi sólo al aire algunas flechas y empuyando algunos pasos), á diez y nueve de Abril se hallaban en el centro y más poblado de la provincia (aunque la gente retirada de sus casas) que llamaron la Caldera, ó Valle de San Marcos, por ser el santo más famoso cercano á aquel día.

4.º Y porque si hay algún paraíso terreno en estas tierras de indios, pare-

ce ser éste, no excusamos decir algo de este Valle, que le pusieron ahora estos dos nombres los muéstros, Caldera y Valle de San Marcos. Está todo coronado de altas cumbres, desde donde hasta lo hondo habrá ocho leguas, por partes menos, todas sus cuchillas quebradas, de dulcísimas aguas de oro (que como culebras de cristal se deslizan de sus cumbres hasta lo profundo del valle), espaldas y amagamientos poblados de crecidos pueblos de indios, que se veían todos de todas partes de sus laderas con agradable vista, los más de mil casas grandes que habría, que en cada una vivía una parentela; pero lo que más deleitaba la vista era sus muchas plantas de raíces y maíces, batatas, yucas, ñames, ahuyamas, ajíes, algodonares, y las arboledas casi todas frutales, ciertos manzanos, guamos, guáimaros, mamones, guayabos, ciruelos, curos, piñones, plátanos y otros muchos fructíferos, y de madera para sus casas y quemar en los buhíos del Diablo, donde (como dijimos) ardía fuego toda la vida, de leña olorosa, que los tenían estos caneyes y otros en que guardaban sus joyas, plumas y mantas y donde hacían sus fiestas y bailes de extraña grandeza (pues eran los más de á sesenta y setenta piés de á tercia de largo), limpieza y curiosidad, como la tenían en los patios enlosados de grandísimas y pulidas piedras, con sus asientos de lo mismo, como también los caminos de lajas de á tercia. En cierto pueblo había una escalera bien labrada de seis ó siete escalones de vara de alto, y otra angosta por medio para subir á ésta, donde se ponían á ver las fiestas que se hacían abajo en un extendido y bien losado patio. Hablo á las veces de pretérito y otras de presente, porque estas cosas algunas permanecen, y de otras no hay rastro.

Levántase sobre todo encarecimiento la gala, limpieza y curiosidad de estos naturales, las mantas pintadas de colores varios en el telar. No había indio ni mujer que no tuviese terno de joyas, orejeras, gargantillas, coronas, bezotes, moquillos de fino oro, pedrerías finas y bien labradas, sartas de cuentas. Las muchachas todas traían al cuello cuatro ó seis moquillos de oro, de peso de doce á quince castellanos. Su vestido ordinario son dos mantas de algodón pintadas; cuando caminan, llevan abanicos de pluma y palma. En las quebradas tenían hechos á manos albercones para bañarse. Eran tantas y tan curiosas las cosas de plumería, que no se pueden decir; capas como mucetas, rosas, flores, clavellinas, abanicos, aventadores, vestidos, justillos cubiertos de pluma, Mohanes grandes cubiertos de lo mismo, y otros de pedrería, bonetes ferrados de cocuyos, vestidos de pellejos de tigre; criaban papagayos, guacamayos y tominejos, para sólo la pluma, que les pelaban cada año; otros matan con cerbatanas y sutiles flechas para lo mismo, y otros habían por mantas de algunos españoles, mercachifles que entraban á eso á la Ciénega. Tenían en cierta loma hecho un flechadero, donde se ejercitaban unos contra

otros, y aunque alguno saliese herido, no era causa de enojo. Ellas hilaban aprisa y muy delgado, y ellos tejían despacio y muy curioso. Decía un soldado que había visto en un colmenar en aquel valle más de ochenta mil colmenas, y era que las casas eran diez mil, y en cada una había de diez para arriba; eran unas ollas grandes ó múcuras donde hacían su miel muy dulce, por ser de flor de guamos, unas abejas pequeñuelas, no en panales, sino en bolsas grandes de cera, y olía á la flor. Los pueblos serían como doscientos y cincuenta, y los más obedecían á un Cacique llamado Guacanaoma, aunque no había ninguno que no tuviese Cacique ó Mohan; y al fin en toda la Caldera todo era fiestas, bailes, limpieza, delicia y ociosidad, pues con muy poco trabajo tenían largamente la comida y vestido, que como el indio no atiende á más, teniendo esto, todo se ocupa en ociosidad, y así ha menester el español forzarlos á que trabajen; por donde se confirma lo que dijimos en nuestra primera parte tratando al principio de estos indios y su origen, que se cumplía en ellos la profecía de Isacar, que se había de estar lo más del tiempo echado, como éstos lo hacen.

Salió toda esta provincia ó Valle de la Caldera de paz á los nuestros, sin sucederles cosa adversa notable; se puede advertir lo que con un Mohán les sucedió el primer día que llegaron al Valle, el cual queriendo dar á entender que sólo él podía con todos los soldados, les daba temerarias voces á vueltas de muchas flechas, y habiéndolo á las manos veinte soldados que fueron por él, y trayéndolo al Real, no sé cómo asió una escopeta nuestra, con que comenzó á hacer algunas leonerías, diciendo pelearía con todos, y vino á parar la fiesta en quedar él colgado y abrasado su pueblo.

CAPÍTULO XIV

1. Fúndase la ciudad de Córdoba y viene el Licenciado Francisco Manso á tomar Residencia al Gobernador Marmolejo, y queda él por Gobernador—2.º Encomienda de nuevo los indios de Sevilla y Córdoba, y pretenden los indios alzarse—3.º Hácense entradas á las provincias de Betoma.

TENIENDO ya de paz y reconocida toda esta provincia, llegó nueva al General Don Pedro de Cárcamo cómo venía á tomar Residencia, y aun por nuevo Gobernador (como sucedió), el Licenciado Francisco Mancio ó Manso de Contreras, con que tomó luégo la vuelta de la provincia del Carbón con cosa de cincuenta hombres, y entre ellos la Justicia Mayor y Regimiento de la nueva ciudad de Sevilla, que se andaba con él, y habiendo entrado en el primer pueblo y exhortado á todos á la paz y conservación de la nueva ciudad, sin pasar adelante, tomó la vuelta de la provincia de Betoma, donde buscando un sitio á propósito, á siete de Mayo de este año de 1592, habiendo precedido las acostumbradas diligencias, pobló una ciudad en nombre del Rey, á quien llamó por su devoción la Nueva Córdoba, y le nombró Justicia y Regimiento; Alcaldes, el mismo Don Miguel de Orosco, su hermano, que debió de haber renunciado la vara de Sevilla, y el otro el Capitán Andrés Núñez Chacón, y habiendo hecho descripción de los naturales de la jurisdicción que le señalaron á la ciudad nueva, se repartieron en ochenta encomenderos Capitanes y soldados, que quedaron vecinos en ella. Como en la Nueva Sevilla habían quedado treinta encomiendas, harto pingües las unas y las otras si fueran del todo seguras, ha mudado después Córdoba cuatro sitios hasta el que tiene ahora junto al mar, cuatro leguas de Santa Marta, y una de la Ciénega. Yá á este tiempo había llegado á Santa Marta el Francisco Mancio de Contreras, pues entró por San Juan, en Junio de este mismo año de 1592. Era natural de Tierra de Campos en Castilla la Vieja, que después fué Fiscal y Oidor en las Chancillerías de Santo Domingo y Panamá y murió Alcalde de Corte en México. Traía recados para tomar Residencia al Gobernador Marmolejo y cuenta del cumplimiento de sus capitulaciones, y que si no hubiese sido tal como debía, le privase del Gobierno y quedase él gobernando hasta que otra cosa se le ordenase del Consejo; materia de que ya he hablado en otras ocasiones semejantes, que por ser odiosa la siguen mil peligros; pero no pudiendo atajar que cada uno eche á volar su juicio, empleándolo en juzgar á su modo de todos los sucesos, en éste hubo muchos que tuvieron por intempestiva y anticipada esta Residencia (no he alcanzado si hubo quejas del Marmolejo); decían que si él se había obligado á hacer la pacificación en seis años y á su costa y no habían aún pasado tres, en

que había gastado de sus expensas cuatro ó seis mil pesos, en que había puesto la Gobernación muy de otro pelo que la recibió, que no era tiempo de venirle á pedir cuentas tan temprano, pues aun á los Gobernadores perpetuos se les toman visitas de seis en seis años (hablando por lo general, y quien hizo esta costumbre puede hacer otra, en especial sobreviniendo causas) y que si los gastos eran de su hacienda, sin ayuda de costa de otros, ¿qué cuentas había de dar de sus bienes? Estas y otras razones se echaban en socorro, con algunas inquietudes de los aficionados del Marmolejo.

Todo lo cual no obstante, hubo muchas informaciones secretas de bienes, como si los gastos hubieran sido de Hacienda Real, prisiones y últimamente condenaciones, y quedándose gobernando el Manso (cosa clara que había de ser así), envió al Marmolejo á Castilla, que murió en la Habana en prosecución de su viaje, y acompañándolo en él su sobrino y Gobernador Don Lope de Orosco, que también iba á mejorar su Justicia, también murió ahogado en la mar después de desembocado del Canal de Bahama, que fué el fin que tuvo el Gobierno de Marmolejo y Orosco.

2.º Viéndose ya Gobernador el Licenciado Francisco Manso ó Mancio, y hecho dueño de la Gobernación, quiso también hacerse de las acciones del Marmolejo, pues visitando luégo las nuevas poblaciones de Sevilla y Córdoba, encomendó de nuevo los indios de ambos (no sé si expolearon á esto quejosos del primer repartimiento, que siempre los hay), que en lo que toca á los de Córdoba, parece tuvo alguna justificación, por haberse poblado estando él ya en Santa Marta (como hemos visto), aunque no Gobernador, y aun porque había grandes enjagües y trastrueques de las encomiendas de unos en otros y aun en venderlas y arrendarlas, procuró luégo el Gobernador reparar este daño (que lo es terrible para estos indios) enviando al Consejo á pedir recados contra esto, que se despacharon luégo como convenía, mandando se pudiesen encomendar de nuevo los repartimientos por defecto de cuatro meses de ausencia del encomendero, de la cual cédula, que se libró para este efecto sólo en esta Gobernación, quieren aprovecharse otros Gobernadores en otros Gobiernos, y con efecto se ejecuta á las veces. No sé la justificación de esto en otras partes, pero aquí fué importantísima.

Queriendo probar la mano en los bríos del nuevo Gobernador (como lo hacían todos) los indios Betomas, comenzaron luégo á inquietarse, y comenzó también la Nueva Córdoba, poblada en sus tierras, por los muchos daños que luégo comenzaron á hacer con muertes de españoles en guerras y otros acometimientos, sin querer acudir á sus encomenderos. No podía apaciguarlos una escuadra de españoles que andaba lo más del tiempo en sus tierras; todo andaba de behetría y mala tinta, sin seguridad en los caminos, sin poderlo ata-

jar muchos castigos que se hicieron en diversas salidas. En una sucedió que volviendo de ella entre los otros soldados que traían amarradas las piezas que les había tocado de los rancheos, un extranjero llamado Manjalaobeta traía amarrados un indio y una india con la cuerda del arcabuz, y atado el cabo á la muñeca, y al pasar el estrecho de una loma, se arrojó el indio á un lado, llevándose tras sí á los dos con tan mal suceso, que el indio se hizo pedazos, pues cayó debajo, la india murió luégo, y el soldado quedó tan maltratado de acardenalado, é hinchado, que en mucho tiempo no volvió en sí, y quedó hasta hoy puesto al paso el nombre del soldado.

3.° Con cuarenta hizo otra entrada el Capitán Francisco Sánchez de Vera, y habiendo llegado á lo último de la provincia de Betoma, y rancheádose en dos bohíos nuevos en el pueblo de Don Pedro de Cárcamo, vinieron de noche á dar sobre ellos los indios, con tanta confianza de acabar con todos, que ésta no les dejó traer armas, pareciéndoles bastar sus brazos (orden del cielo), que á traerlas, salieran con su intento, pues por ser los caneyes nuevos, no tenían tapados de barro los bahareques, por donde podían flecharlos á montón sin errar tiro, si no los sentían antes, como lo hizo el soldado de posta que los descubrió á la luz de un relámpago, que iba ya llegando y dando arma, disparando el arcabuz sin pasar adelante; viendo eran sentidos, revolvieron atrás y encontrando de paso en otro bohío al indio lengua y otro, los maltrataron á palo por su descuido, que todo fué causa de excusar otros y andar con más cuidado de allí adelante, y por pedirlo así la necesidad, pues no había seguro en alguna provincia, por el mal ejemplo que se daban las unas á las otras (que es tan poderoso como esto), y así andando tan en sus bríos, fué necesario, bien entrado ya el año de 1593, intentar cortar los de Tairona, como se puso en ejecución con alguna gente suelta de los pueblos nuevos Sevilla y Córdoba, y con otros veinte que trajo del Río Grande Gaspar de Maqueda, que fué á eso, ya con título de Maese de Campo de esta jornada, y con algunos otros vecinos que quisieron hallarse en ella, que por todos se juntarían hasta ochenta. Con que salió de la ciudad de Córdoba el Maese de Campo Almonacir, con título de General de ella, que fué á esto desde el Valle de Upar (importunado del Gobernador), donde había días se había retirado á su casa, y siendo forzoso pasar á la de Tairona por la provincia de Betoma, le hicieron en ésta tan valiente frente, y le dieron tal priesa, que lo obligaron, sin poder pasar adelante donde pretendía, á tomar la vuelta de Córdoba, desbaratado, con muerte de algunos españoles, y sin ninguna honra de nuestras banderas; desgaritándose de allí muchos soldados á sus mayores comodidades, el Almonacir se volvió á la de su casa, como también lo hizo Don Pedro de Cárcamo á la suya de Santa Marta, cansado ya de tanta guerra como había ejercitado en todas aquellas provincias con su padre Don

Lope de Orosco, y aun antes que él viniera al Gobierno, y después con Marmolejo, y ahora con el Licenciado Manso, que también corrió por su cuenta la mayor parte de la guerra, que yéndose empeorando cada hora, le dió de mano, no sé si obligado de ocasiones de enfado.

CAPÍTULO XV

1.º Preténdese el reparar muchos daños que hacen los indios y háceseles un requerimiento—2.º Lo que responden á él los indios—3.º Buenos sucesos de nuestros soldados—4.º Vende un indio á los amotinados de un pueblo.

VIÉNDOSE obligado el Gobernador Manso al reparo de tántos daños como hacían todos los indios en toda la tierra con crueles muertes de españoles y gente de las haciendas del campo, ganados, talas de labranzas, sin haber hora segura en los caminos ni aun en los pueblos, á donde tampoco querían acudir al servicio de sus encomenderos, le fué forzoso, siendo los daños comunes, obligar á toda la guarnición acudiese con gente y á las expensas y gastos de las entradas, y presidios necesarios que de forzoso se habían de hacer para el sosiego de todos; y así habiendo echado una contribución de gente y dinero á todos los pueblos del Gobierno, cada cual acudió con lo que pudo de lo uno y lo otro, con que se juntaron y dispusieron buenos pertrechos de guerra, y hasta ciento y cincuenta soldados bien alentados en la ciudad de Córdoba, y señaló por General al Capitán Juan Martín, y por Maese de Campo á su hermano Antón Martín, que vinieron á esto de la Villa de Tenerife. Puesto ya todo á pique para la entrada, con algunos caballos, perros y gente de servicio, á los primeros pasos del año siguiente de 1594 guiaron todos los suyos la vuelta del Valle de la Caldera de San Marcos, en cuyas cumbres se hallaron los soldados á dos días de camino, no sin pequeñas dificultades de resistencias de los indios; que no tomaron alto los nuéstros que no fuese á fuerza de arcabuzasos, y si aun los sitios fueran lugar á que pudieran pelear juntos todos los indios que había, los pusieran en muy mayores aprietos.

2.º Llevaba el General un muy buen ordenado requerimiento para notificárselo á los indios, y para esto se bajó una tarde de la loma donde estaba el Real, á una media ladera, con el escribano de la jornada, llamado Sebastián de Bustamante, y media docena de soldados y un indio, buena lengua. Estaba el sitio bien poblado de bohíos, y mucho más otros á la vista de aquél, y todas las chapas fronteras de muchos indios gritones, que sin cesar lo hacían, y habiéndoles dicho que callaran y escucharan, y ellos hécholo así, fué el escribano di-

ciéndole muy despacio al indio lengua, y él á grandes voces á todos los de enfrente, de esta manera: que bien sabían que habían dado la paz muchas veces y sujetádose al servicio del Rey, en cuya virtud estaban encomendados, y se les hacían buenos tratamientos y se deseaba viniesen en conocimiento de Dios Todopoderoso y en las demás cosas de la fe y que viviesen en pureza; y que ellos, por el contrario, habían quebrantado la paz y muerto algunos españoles y herido á muchos y hecho muchos robos y salteamientos y otros delitos atroces y dado con esto causa á las guerras pasadas y las que se esperaban si no se quietasen, y así que les requería una y las veces que fuese necesario de parte del Rey y de su Gobernador, suya y de todos los vecinos, que si querían de nuevo ser sus amigos y volver á la paz que habían dado y vivir quieta y pacíficamente en sus tierras, se les perdonaría todo lo pasado y serían tratados como buenos vasallos, conservándolos en toda justicia y paz; y de lo contrario les protestaba hacer con todo rigor la guerra y castigo que merecían, corriendo por su cuenta los daños, muertes y desasosiego que se recreciesen, sin que pudiesen alegar ignorancia.

2.º Habiendo oído y entendido bien la notificación, respondió un indio en nombre de todos á muy altas voces (que debió de ser el pregonero, que entre ellos es oficio estimadísimo, pues es la segunda persona inmediata á la nobleza del Cacique), diciendo que aquella tierra era suya, donde Dios los había criado y dado para su vivienda, y que estando ellos pacíficos, sin hacer mal á nadie, habían venido los españoles advenedizos y entrándose por ellas y sus casas se las habían robado con sus hijos y mujeres, haciéndolos esclavos por fuerza, y que de las muertes sucedidas habían sido los españoles la causa y no ellos, y que estaban dispuestos á la paz como ellos se fuesen y los dejasen en sus tierras, y que á no hacerlo así, habían de pelear hasta morir, por estar ya escarmentados de que habiéndoles prometido á los principios la paz, no se la habían guardado, antes con mil vejaciones les hacían trabajar como esclavos, y otras razones que añadieron á esto. Por lo cual se les volvió hacer segunda y tercera vez el requerimiento, que todo se vino á concluir con decir que saldrían de paz, si el Gobernador y los demás les volviesen las mujeres y chusma que les tenían y les hiciesen de nuevo las casas que les habían quemado, con que se acabó la diligencia, y tomó el General la vuelta de su Real, que mudó otro día á un pueblo de la encomienda de Don Miguel de Orosco, que está casi enmedio de la Caldera á la banda de Posigueica.

3.º Donde se tomó orden que dividida la gente en dos escuadras de á sesenta, á cargo de los Capitanes Francisco Sánchez y Juan Lorenzo, cada día, al cubrir las luces, saliera la una y volviera otro día en que salía la otra, y yendo á diferentes pueblos, se desvolviese la tierra y trastornasen cuantos

rincones y cimarroneras encontrasen, y permaneciendo en esta orden seis continuos meses (que lo que la permanencia, consistencia y porfía no acaban bien se le puede dar de mano) desde una hasta seis leguas, de tal suerte apretaron y acosaron los indios, que no hallaban rincón donde meterse; prendiéronse muchos de todas edades, hombres y mujeres, con grandes rancheamientos, llevándolo todo abarrisco la condición y conciencia soldadesca, que aunque hubo algún soldado muerto y otros heridos de las muchas flechas con que en ocasiones se defendían, todo fué muy menos que el mucho daño que los naturales recibieron y casos que les sucedieron, entre los cuales fueron dos los más memorables: el uno que habiendo llegado un indio Rabón al puesto donde estaban los soldados de guardia en lo alto del Real (llaman los nuéstros indios Rabones á unos que por muy valientes y que se han mostrado en muchas ocasiones, traen una cola de cabellos, larga, colgada de la cintura por detrás, en señal de su valentía, á quien ellos llaman manicatos), avisaron los soldados desde el puesto cómo iba un indio, y lo encaminaron que bajase á donde estaba el General y le diese el recado que traía; pero el indio, en la distancia que había de los soldados al pueblo ó al Real, quebró por un lado, y sin que lo viese soldado del pueblo, tomó la vuelta del suyo, donde cantó victorias diciendo que por ser Mohán había entrado y salido de entre los españoles, sin que ninguno lo hubiera detenido ni atrevídose á hacerle daño, que no creyéndolo en su pueblo, se ofreció volver segunda vez con un testigo, con quien llegó al mismo puesto de los soldados de guardia, uno de los cuales bajó con los dos porque no sucediera lo que la vez pasada, y habiendo llegado al Real y examinado el General al testigo, dicha la verdad del embuste del Rabón, dejando á éste preso, soltó libre al testigo y habiéndose enterado cuán aventajado Mohán y embustero era sobre todos los de aquella tierra, lo levantaron de ella en un palo, con que perdió la vida.

Lo que también le sucedió á otro (ó sea el otro caso), que habiéndole persuadido el Demonio que viniese al Real de los nuéstros, y que él solo bastaría á echarlos de la tierra, se determinó una noche al hecho, y acompañado del Diablo en forma visible (para darle esfuerzo al hecho), vino á los ranchos de los soldados, y llegando al que estaba de posta, prendió al indio y lo trajo al cuerpo de guardia, donde estuvo en una corriente hasta que se averiguó esta verdad y la familiaridad que tenía con el Demonio, no sólo por la confesión de los indios sus paisanos, sino por la suya propia, con que se juzgó digno de la misma muerte que el pasado y así corrió igual fortuna.

Visto la buena que les había ido corriendo desde que se alojaron en este puesto, mudaron ranchos á otro pueblo, tres leguas al Oeste, de donde se daba vista al mar y á los indios de la Ciénega, con intentos de hacer las salidas por

otros rumbos. Túvose aquí la Semana Santa con monumento y disciplina y todo lo concerniente á las ceremonias santas del tiempo, en cuanto dió lugar la comodidad, y cuando la hubo de salidas, no hubo descuido en hacerlas con tan buenos efectos en todas, que ya de tantas trasnochadas y albazos, presas y rancheamientos, no hallaban los pobres indios rincón, cueva ni capa que los ocultase, y aun los soldados no disimulaban el cansancio de tanta asistencia.

4.° Mientras la hicieron aquí, sucedió que en un pueblo grande, de un tiro de mosquete del Real, llamado Guarinea (encomienda de Don Diego de Pineda), se recogían al secreto muchos indios de los rebelados, de que dando aviso al General uno de los naturales del pueblo, se les dió una trasnochada con todos los soldados, cercando el pueblo muy despacio todos, que á pié quedo en sus casas, dentro de una hora cogieron más de quinientas piezas, que trayéndolas al Real, se repartieron ó entregaron á sus encomenderos y á muchos que se hallaron de los Valentejos se les echó (por más culpados) marca de orejas y de dedos cortados, que de esto y de colgar hubo lo que bastó y aun lo que sobró, y no me atrevo á decir. El indio que dió el soplo, vino al Real, y habiéndole dado el General una grave reprensión en público, tratándole de encubridor de gente alzada, le hizo arrimar á un tronco y ponerle el cordel á la garganta para darle garrote, que se lo paró aquí por aparentes ruegos, porque así lo trajo el mismo indio, por sacar de sospechas á los del pueblo que de él había sido el aviso: cada cual sabe su negocio. Esto no fué de tan poca importancia que no fuesen luégo saliendo los indios de paz al Real y poblándose los pueblos y acudiendo los encomenderos á sus repartimientos seguros, y recogiéndolos y acariciándolos, se fué reduciendo mucho por bien y á buena amistad, que la guardaron con quietud y sin alteración y con buenos servicios, antes de ellos resultaba su consumo hasta el alzamiento que diremos en tiempo del sucesor en el Gobierno.

CAPÍTULO XVI

1.º Puebla el Gobernador Manso tres ciudades españolas—2.º Puebla después la cuarta, y lo que procedió á la población—3.º Quema Francisco Drake las ciudades de Santa Marta y La Hacha, y pretende su reparo—4.º Vienen religiosos de nuestra Orden á Santa Marta.

ENTRE otros cuidados con que el Gobernador Manso solicitaba los buenos sucesos y bienestar de su Gobernación, no fué el que menos le desvelaba, desear acrecentarle nuevos cimientos y ciudades españolas, á que convidaban la anchura y dilatación de las provincias, y tan llenas todavía de naturales, si bien no faltaba quien dijese se movía á eso el Gobernador solicitado de barruntos ó á lo menos de deseos de que de esto le resultaría merced de algún título de Marqués ú otro; que sea de esto lo que fuere, al fin se les dió principio á cuatro ciudades, enviando ó dando comisión al Capitán Bartolomé de Aníbal, para que en el paso que llaman del Adelantado, en los indios que caen á la parte de las sierras que confinan con las de la ciudad de Ocaña, fundase una, que fué la primera, como lo hizo con alguna poca de gente, á quien puso por nombre Becerril de Campos, que sustentó á sus expensas el mismo Capitán algún poco de tiempo, hasta que por particulares respectos lo dió de mano y dejó despoblar. Envió á que poblase la segunda á Don Francisco Maldonado de Saavedra, caballero de Sevilla y vecino de Santa Marta, que fué el que dijimos dió aviso á la ciudad de Cartagena, por su persona, de cómo el Drake había tomado la de Santo Domingo, y el que diremos entró á la conquista del Darién. Puso esta población en efecto en las sabanas de Orino, jurisdicción del Río de la Hacha, á la parte del Levante y Cabo de la Vela, á título de sujetar los indios Goagiros que ocupan aquella provincia; llamóle Pedraca de Campo, que duró poco más en despoblarse que en poblarse, por haber sido esto con poco fundamento. La tercera pobló el Capitán Pedro de Astorga, con seis soldados, cerca del pueblo de la Ramada, ó Nueva Salamanca, en los costados ó faldas de las sierras nevadas que miran á la mar del Norte, á quien nombró la ciudad Hontiberos, que permaneció tan poco como si en acabándola de fundar la arrebatara algún huracán y la desapareciera del todo, pues ni fué oída ni vista.

2.º Algo más permaneció la cuarta fundación, por haber tenido otros fundamentos y principios que las tres dichas, y fué que habiendo salido los soldados de esta última pacificación de la provincia de Betoma, con que se despidieron y fueron á sus ciudades los de Córdoba y Granada, los que quedaron despachó el Gobernador con el General Juan Martín á la de Tairona, que pasando por las

faldas de la nieve, sin ruido de armas y estándose los pueblos en el sosiego y paz que habían dado, recorrió toda la provincia y encontrando en cierta parte un hondo Valle, por estar coronado de descolladas cumbres, había en él una población á quien llamaron el pueblo del Mohán ó la Nueva Roma, por dos cosas que hallaron en él los soldados: la una un Mohán, el más famoso de toda aquella provincia, que según buen cómputo y su aspecto, parecía de ciento y cuarenta años, porque decía que cuando entraron los españoles á fundar á Santa Marta, tendría él ya la edad de un nieto suyo que estaba allí, al parecer de sesenta años, y había ochenta la fundación de la ciudad, á donde lo remitió el General en una hamaca, cargado, por no poder ir de otra suerte, por cosa peregrina, que lo viera el Gobernador y vecinos y lo volvieran á su pueblo, el cual por la devoción de este Mohán era su mayor parte de buhíos ó caneyes del Diablo, que tenían hechos cada pueblo de los de la provincia, donde iban en romería á pedir cada cual en su buhío remedio de sus necesidades por medio de aquel viejo tan acreditado en la amistad del Demonio, á quien adoraban en estos caneyes con tan gran veneración y contra las cosas de nuestra fe católica, que habiendo metido con cuidado, no sé si en alguno de estos buhíos ó en otro de otra parte, entre la paja de él, el Padre Fray Francisco Pestaña, dominico y Capellán ahora de los soldados, el Evangelio de San Juan escripto en un papel, desempajaron todo el caney hasta que lo hallaron y quitaron. Dijose que lo había descubierto el Demonio; estas dos causas del Mohán y las romerías lo fueron de que le pusieran ahora los soldados los dos nombres al pueblo, cuyo sitio lo hacían tan hondo las sierras que lo coronaban, que siendo ya tan obscuro, en el que no se podía leer una carta, veían los rayos del sol en sus cumbres, en especial sobre una que la hace espaldas á la parte de la nieve, que parecía ser de dos largas leguas de subida, y tan empinada y pendiente que para apearse gatos parecería dificultosa, si bien tenía facilitada su subida para otros pueblos de arriba con una escalera enlosada que la iba volteando.

Acabada de reconocer la Provincia de Tairona y hecha la descripción de pueblos, Caciques y naturales de ella, en que se hubo de ver había suficientes para poderse sustentar un pueblo español de veinticuatro vecinos encomenderos en ella, en catorce de Agosto del mismo año de 94, en un sitio mal llano (por no haber otro que lo fuese más), pero de otras comodidades, fundó el General una ciudad, que le llamó Palencia, por haberlo así dispuesto el Gobernador, que en todos cuatro pueblos mostró bien el amor de su patria y Tierra de Campos, pues les puso á todos nombres de pueblos de por allá. Las ceremonias de esta población fueron las ordinarias de otras. Juntáronse los soldados, y puestos en orden con sus armas, bandera y cajas, junto á un palo que hincaron, grueso de hasta dos brazas, dijo el General: "Que en nombre del Rey Filipo II

y en acrecentamiento de su real patrimonio, fundaba aquella nueva ciudad de Palencia y que en señal de posesión ponía allí aquel palo de justicia (y dando en él cinco golpes con la espada desnuda) añadió que aquello sustentaría y defendería á quien se lo contradijese." A lo cual los soldados diciendo: viva el Rey! dos ó tres veces, dispararon otras tantas los arcabuces. Escripto el acto posesional y de fundación, tomaron todos la vuelta de sus ranchos, donde se nombró Justicia y Regimiento; Alcaldes Pedro de Salazar y Alonso Domínguez Figueredo, que tomando las varas después de haber jurado la fidelidad de sus oficios, comenzaron á ejercerlo. Hiciéronse los apuntamientos de la provincia en veinticuatro encomiendas y encomenderos (que acá se llaman vecinos), los cuales, después de algunos años que duró esta población y gozaron en ella de su encomienda, se redujeron á la de Santa Marta.

3.º Habiéndose dado fin á esta fundación y asiento á las encomiendas y encomenderos de ella, y el resto tomado la vuelta de Santa Marta, se fueron llegando los fines de este año 1594 y principios del siguiente, cuando el protestante Francisco Drake llegó á aquella costa y convirtió en pavesa las dos ciudades del Río de la Hacha y Santa Marta, como dejamos dicho largamente en la historia de este Corsario, noticia sexta, capítulo 14. Por la cual ocasión se minoró la gente de ambas ciudades, tomando la vuelta de otras de mejor pelaje, que la desgraciada suerte había dejado aquélla en demanda de mejor ventura que la que yá allí les podía correr. Estos eran los más gente suelta, sin hogar, solar conocido, ni cosa sobre que lloviese el cielo, que aunque de este pelaje, todavía se sentía su falta, por ser soldados de que siempre están necesitadas aquellas costas. El reparo de esto, y ver que ya era tiempo se tomara de propósito la predicación de los naturales, pues en el de cien años que había les habían dado las primeras vistas los españoles no se había podido hacer, por haber sido tan fragosas todas aquellas naciones, solicitó el ánimo del Gobernador para que juntamente con el aviso que envió al Consejo Real, donde á la sazón presidía el Licenciado Pablo de Laguna, de lo sucedido con Francisco Drake, se representara la necesidad que había de enviar de Castilla alguna gente casada que supliese con sus familias el vacío de los que habían dejado la tierra, y buena copia de religiosos (y que fuesen de nuestra Orden) para que tomasen de asiento la predicación del Santo Evangelio á los naturales, que se hallaban con algún sosiego, y dispuestos á recibirla los más

4.º La justificación de la causa no hubo menester más solicitador para que se despachara como se pedía. No he sabido lo que fué en cuanto los seglares, pero en el remitir los religiosos de nuestro hábito, fué el año siguiente de 96, en que llegó por Comisario de los que se asignaron juntamente con ellos, el padre Fr. Francisco Orruño, de los descalzos de la provincia de San Josefh, á la ciudad

de Cádiz, donde no tuvo efecto su embarcación y viaje, por estar aquella ciudad recién tomada del inglés, y así se detuvieron hasta el año siguiente de 97, que se dieron á las velas, y con buen viaje llegaron, día de la Magdalena, á surgir en la ciudad de Santa Marta, que por estar aún sin enjugar las lágrimas de sus ruinas, pues aun se estaban humeando (como dicen) y muchos de sus moradores lo eran todavía en los montes, fueron tan mal recibidos de los que ya habían vuelto á ella, que estuvieron muy á pique de despedirlos, y los religiosos de irse á otras partes donde pudieran ejecutar los deseos que los sacaran de Castilla á predicar á estos naturales. En fin, se acomodaron los religiosos en una pobre y pequeña casilla, poniéndola en forma de convento, donde estuvieran de comunidad, acudiendo á las obligaciones de su estado, hasta que se fueron mejorando las casas de la ciudad, y á ellos se les asignaron pueblos de doctrinas donde se ocuparon en el catecismo y enseñanza de los indios como hoy lo hacen.

CAPÍTULO XVII

1.º Presidios que puso el Gobernador Manso en los indios Goagiros.—2.º Viénele por sucesor Don Juan Guiral Belón, y principio de su Gobierno.—3.º Tratan los Bondas un alzamiento general.—4.º Descúbrense estos intentos por un fraile de nuestra Orden.

BIEN se echó de ver cuánta importancia tuviera haber conservado la población de la ciudad de Pedraza de Campos, que el Gobernador había hecho poblar en la sabana de Orino, jurisdicción del Río de la Hacha, pues desde ella se podían frenar mejor aquellos belicosos indios Goagiros y aun los Cozinas, que les demoran más al cabo de la Vela, pues luégo que se despobló, volvieron los Goagiros á sus inquietudes antiguas, dándolas á la ciudad de la Hacha y á sus pesquerías de perlas, y ganados, destruyéndolo todo con muertes de muchos españoles y otra gente de servicio de las estancias, sin haber sido posible quietarlos los presidios que después les puso el Gobernador Manso, ni otras apretadas diligencias que todos sus sucesores y los vecinos de la Hacha hasta hoy han hecho y hacen, pues hoy se están con los mismos bríos y mala paz, que sólo la guardan cuando les parece salir á la ciudad del Río á rescatar, cuando lo han menester para mantas, algún hilo teñido, sal y otras chucherías, y á las veces á la sombra de esto dan sobre la ciudad y estancias, como sucedió el año pasado de 1625, que pusieron en tanto aprieto la ciudad, que siendo forzoso ir á coger el agua de beber legua y media el río arriba (por meter los nortes toda esta distancia el agua salada), había necesidad de salir á esto una buena escuadra de resguardo de los aguadores y lavanderas.

2.º En estas y otras importancias de su gobierno, como en volver á reedificar las dos destruídas ciudades, Santa Marta y la Hacha, y que los vecinos se redujesen á ellas, andaba ocupado el Gobernador Manso, cuando entrado ya el año de 1599, bien cumplido el ejercicio ordinario de su gobierno, le vino por sucesor Don Juan Guiral Belón, natural de Madrigal en Castilla la Vieja, mozo de veintiséis años, caballero de la Orden de San Juan, y ahora Comendador de Paradinas, que tomando luégo la Residencia á su antecesor, se concluyó con una sentencia bien diferente de la de Marmolejo, y como así me la quiero, con que salió el Licenciado Manso tan acreditado de su modo de gobierno, que juzgándole el Rey por digno de mejores, lo tuvo en la plaza de Oidor en la Real Audiencia de Santo Domingo, Isla Española, y después en la de Panamá en el mar del Sur, desde donde le mudaron á ser Alcalde de Corte en la ciudad de México en la Nueva España, en que dió los últimos pasos de la vida y residencia de mayor importancia. Informando al nuevo Gobernador de Santa Marta la mucha que tenía el amistar de nuevo á los indios con los españoles, entre las primeras fac-

ciones que hizo en su Gobierno fué salir un día al pueblo de Jeriboca á tratar de esto con el Cacique que á la sazón era de aquel pueblo, llamado Cotocique, sujeto bravo y inquieto, como se vido en muchas ocasiones, el cual, luégo que supo de esta caída del Gobernador á su pueblo, se determinó con tres hijos suyos llamados Diocna, Cocarigua y Machecena (bien hijos de su padre en esto) y otros de su pelaje y devoción, de acabar aquella noche con el Gobernador y los que le acompañaban, si se descuidaban y determinaban pasarla en el pueblo; pero como le guardaba Dios para mayores cosas y asientos en el Gobierno y otras partes, tuvo aviso de la traición y intentos del Cacique, que disimulándolos y no dándose por entendido, sólo trató que se juntasen los más principales del pueblo en la casa del Cacique, que era su posada, donde con semblante grave y disimulado les hizo una plática en que les dió á entender la amistad que deseaba hacerles para bien y quietud de sus cuerpos y almas; en especial les afeó y abominó el atrocísimo pecado nefando, en que estaban tan ciegos, que tenían templos para cometerlo públicamente unos con otros, y se juntaban para eso en días señalados, y aun para mayor abominación á uno de ellos le llamaban Santa María, como veían que nosotros llamamos así algunas de nuestras iglesias, á lo cual los incitaba el enemigo del género humano, como aquel abominable pecado en que estaban tan enviciados, que aun hasta los garabatos que tenían en sus casas para colgar mochitas y calabazos y otras baratijas, los hacían en figuras abominables y que incitaban á este pecado, al cual y al de las molicies, que también cometían públicamente, convidaban desvergonzadamente á los españoles.

3.° Apenas hubo vuelto las espaldas el Gobernador, tomando la vuelta de Santa Marta, á donde llegó aquella noche, cuando se hizo junta en el mismo Jeriboca para tratar de hacer un general alzamiento y concluir ya de una vez con el sobrehueso y yugo que les parecía tener á cuestas con los cristianos, en especial porque decían que les querían hacer tomar otra ley y costumbres de las que hasta allí ellos y sus antepasados habían tenido, como se veía por lo que los padres doctrineros les iban enseñando. Llegáronse á la junta los principales de Bonda, Matinga y Matinguilla, Zaca, Mamazaca y Rotama, Mendiguaca, Tairama, Buitaca, Tairona, Taironaca, Marona, Guachaca, Chonca, Naguanje, Cinto, Guairaca, Mamatoco, la Ciénega y el Dorsino, á todos los cuales presidía el Cotocique, por estar en su tierra, que les hizo una arenga diciendo lo mucho que les importaba concluír de una vez con nuestros españoles, sobre quien se había de dar en una hora, así en las estancias como en la ciudad, para lo cual importaba estorbar los pasos de las entradas de sus pueblos, para si quisiesen revolver sobre ellos á castigarlos; que se hiciesen muchas labranzas de maíz, porque no les faltase para tener abundancia de comidas. Aprobando todos el parecer de Cotocique, celebraron la victoria que se prometían con grande embriaguez y danzas

y consultando sobre ello después al Demonio por medio de los Jeques y ayunos, les respondió con palabras equívocas, como él suele, no habrá furor que los lastime, sin explicarse si esto se entendía por los españoles ó por ellos, que interpretándolo en su favor, pusieron mano á la obra de sementeras, atajar caminos, hacer arcos y flechas y hierba fortísima para ellas, que estando todo á pique, se determinaron embestir con el modo trazado, víspera de San Juan del año de 1599; pero fué el Señor servido que se descubriera un día antes por dos padres doctrineros: el uno de nuestra Orden, llamado Fray Tomás de Morales, que después fué provincial en esta provincia del Nuevo Reino y hoy vive.

4.° El cual teniendo á su cargo por la obediencia el doctrinar los indios de Macinga y Mahancique, media legua el un pueblo del otro, habían puesto en éste una cruz muy alta, y habiendo ido dos ó tres días antes del alzamiento á la ciudad de Santa Marta, á la vuelta echó menos la cruz del pueblo, y entrando en él sin hallar persona á quien poder preguntar nada, entró en el buhío que ellos llaman del Diablo (que aún no estaba destruído, por estarse aún los indios muy en su gentilidad), donde sólo halló muchos arcos y flechas, señal de la guerra próxima que intentaban, que no le dió al padre poco temor. Al cual y á las voces que daba, se le apareció una vieja, que hablando cada cual en su lengua, no se entendían el uno al otro, hasta que salió otro indio por otra parte del buhío á guisa de guerra, la manta anudada al hombro, ceñidas las sienes con un maure, todo el cuerpo embijado, que preguntó al padre en lengua medio cuchara que qué buscaba, y diciéndole que la cruz, le respondió el indio con grandísima libertad y soberbia: "*Yo la cruz quito indio para borracho, para bueno.*" Y volviéndole á repreguntar que dónde la habían echado, dió una brazada diciendo: "*allá echa arcabuco.*" Que yéndola el padre á buscar con esto hacia la parte donde el indio señalaba, la halló en un ojo de una sabaneta que se hacía entre los árboles, que llorando de piedad y cargándola sobre sus hombros, la volvió al mismo pueblo y lugar donde antes había estado, donde yá halló otros dos ó tres indios, también á guisa de guerra, que se la ayudaron á poner á ruegos suyos, que habiéndola acabado de levantar y de rezarles á una docena de muchachos y muchachas, que también á puros ruegos le trajeron allí, y habiendo visto estas y otras señales claras de la guerra y alzamiento que pretendían, bajó con su caballo del diestro la escalera hasta lo llano, donde subió en él y llegó con la prisa que pudo á la ciudad y dió aviso de lo que había visto, que junto con el que había dado otro religioso que doctrinaba en Jeriboca por haberlo avisado un indio que le servía, llamado Juanico Conchacona, se alborotó la ciudad, convirtiendo en temores las fiestas que pretendían hacer aquella noche, víspera de San Juan.

CAPÍTULO XVIII

1.° Previénese la ciudad de Santa Marta y acométenle los indios—2.° Dan también sobre las estancias y caminos, matando algunos españoles—3.° Hácese gente para salir al castigo—4.° Salen á eso y sucédenles algunos encuentros en el camino.

POR este aviso lo dió luégo el Gobernador á los dos pueblos de Córdoba y Sevilla para que lo tuvieran, y vigilancia en lo que les podía suceder, como él y los demás lo temían en Santa Marta, conjeturando había de ser allí la primera y mayor fuerza que habían de poner los indios, y así la pusieron en la defensa, haciendo cargar lo primero una pieza gruesa sola con que se hallaba la ciudad, llenándola de muchas postas y perdigones, que después fué toda la importancia, y asestándola á la parte del arcabuco por donde necesariamente habían de entrar los bárbaros, que no se descuidaron en ejecutar sus determinaciones, pues habiendo repartido para las estancias los demás, se señalaron quinientos de los más valientes soldados viejos, diestros y precipitados en todo trance de guerra, y bajando todos por caminos desusados con tanto silencio como si fuera uno solo, llegaron á emboscarse aquella noche, víspera de San Juan, cerca de la ciudad, a donde á la hora que pareció más acomodada, comenzaron á disparar flechas encendidas, para que ellas hicieran lo mismo á las casas pajizas, que fué Dios servido sólo se pegara el fuego en una del Tesorero Gabriel de la Rua, que comenzar á arder y dar arma en la ciudad por lo advertidos que estaban, fué todo uno, y aun el disparar la pieza, que fué de tanta importancia, que habiendo muerto con su munición á algunos, por estar tantos, y quedando los demás asombrados y heridos, tuvieron por acierto tomar la vuelta de su pueblo, sin hacer otro daño, por haber andado reparando los demás la poderosa mano de Dios, á quien dieron luégo en amaneciendo muchas gracias con procesión de *Te Deum laudamus* y misa, que oyeron con las armas en las manos, alegrísimos del suceso y por haber sido en día tan señalado de San Juan Baptista.

2.° Si bien luégo aquel mismo día se aguó este contento, por haber llegado la nueva que el día antes, habiendo dado los bárbaros en las estancias, habían muerto en diversas partes de ellas sobre treinta españoles que hallaron descuidados y sin defensa y algunos negros y indios de servicio de ellos, con tan crueles, impíos y fuertes tormentos, que en una muerte les daban muchas. Sacaron también de esta vida al padre doctrinero del pueblo de Chengue, allí en su misma casa, y á dos Capitanes, Martín de Andara y Pedro de Salas, y al Cura de la ciudad de la Ramada, viniendo todos tres caminando aquel día, con los indios que traían de su servicio, para la ciudad de Santa Marta, donde luégo trató el Gober-

nador con los vecinos de castigar á sangre caliente aquel atrocísimo hecho, para lo cual, viéndose con tan poca gente, escribió el Gobernador por más á todos los pueblos de españoles convecinos y al Gobernador de Cartagena, Don Pedro de Acuña, que aunque hacía donaire de lo que Don Juan Guiral le escribió acerca de que pretendía hacer el castigo dentro de sólo tres meses, por parecerle no se podría ni aun en seis, le remitió una buena escuadra de soldados con su Capitán, de la ciudad de Tenerife. Trajeron el Capitán Antón Martín y Juan Martín, su hermano, mestizos y ambos valerosos soldados, naturales de la ciudad de Vélez en este Reino, buena copia de soldados. El Capitán Juan Lorenzo sacó otra razonable escuadra del pueblo de Sevilla y Córdoba, dejando en amparo y guarda de Sevilla á Francisco Sánchez, y de Córdoba á Juan de la Torre, que le fué necesario, luégo que salieron los soldados, dar muestras de su valor, por las que luégo dieron los indios del suyo acometiendo al pueblo, aunque en balde, por la valiente resistencia que el Juan de la Torre, con los pocos que le quedaron, les hizo. Del Valle de Upar, donde al presente era Teniente de Gobernador Agustín Delgado, y del Río de la Hacha, salió otra buena compañía á cargo del Capitán Manuel González, y entre ellos salió del Valle de Upar el Capitán Piñol, barcelonés, valentísimo soldado, por habérselo enviado á rogar el Gobernador.

3.º De la ciudad de Santa Marta se alistaron los más granados de ella: Don Antonio y Don Luis Manjarrés, Don Baltasar de Rivadeneira, Don Diego de Peralta, Alvaro Ballesteros, Francisco Torquemada, Valentín de los Ríos, Francisco Jiménez, Juan de la Rua, Pedro de Victoria, Luis de Vega, Alonso de Monroy, Diego de Mendoza, Núñez Velásquez, Cebrián Velásquez, Juan Díaz de Ayala, Juan de Silva, Alvaro González, Francisco Ortiz, Don Pedro de Cárcamo y otros. No se descuidaron los indios ladinos del servicio de la ciudad, como lo tenían de costumbre, de dar aviso á sus parientes de esta leva de gente, y que se hacía para castigarlos, con lo cual hicieron ellos también otra junta en el mismo Jeriboca, para ordenar el modo que habían de tener en su defensa, en que no se convinieron (en que se cifró toda la buena importancia de los nuéstros), por haber pretendido el Cotocique hacer General de todos á un hijo suyo Dicena, y Maese de Campo al otro Machocena, de que enfadados los Bondas y Macingas, que se tenían por más valerosos que los Jeribocas, diciendo que cada uno defendiese sus tierras como pudiese, deshicieron la junta, á tiempo que estaba hecha en la ciudad la de todos los nuéstros, que llegaron hasta trescientos soldados escasos. De quien se señalaron por el Gobernador los doscientos y trece para salir al castigo, algunos de á caballo, para lo que se ofreciera en tierras llanas, y que el resto quedase en amparo de la ciudad, á cargo de Don Pedro de Cárcamo.

4.º De donde salieron todos bien armados, con bien industriados perros, gran número de gente de servicio, indios y negros, caballos para las cargas, vacas y

puercos para ayuda al matalotaje del bizcocho y menestras. Llevaba cargo de Maese de Campo el valeroso mestizo Antón Martín; la vanguardia con los de Córdoba y Sevilla el Capitán Juan Lorenzo; la retaguardia el Capitán Miguel Piñol, y el batallón Don Diego de Peralta y su cuñado Don Baltasar de Rivadeneira, gobernándolo todo con buena industria y viveza el Don Juan Guiral y el Maese de Campo Antón Martín. Tomaron, marchando con este orden, la vuelta de Macinga, por donde determinaron tener los primeros encuentros, y el primero fué al pasar del río que baña los cimientos de sus cumbres, donde repararon doce soldados que iban sobresalientes, sospechando había resistencia al paso de la banda contraria, como sucedió; pues había gran suma de bárbaros para hacerla que comenzando luégo á disparar con valentía sus flechas, pasó el Capitán Piñol á hacerles frente con los sobresalientes y arcabuces, de que no hacían mucho caso los de la otra banda, pues por ver tan pocos de los nuéstros, sólo se aparecieron treinta flecheros de los bárbaros, aunque luégo se juntó gran caterva al estallido de las escopetas, que andaban derramados por el monte, que siendo ya tántos y tántas las flechas que llovían, se veía fatigado el Piñol; pero añadiendo fuerza á fuerza y perseverancia en hacerles rostro, debieron caer por la fuerza de las pelotas nueve de los bárbaros, sin otros muchos heridos, sin que en los nuéstros, hubiesen hecho sus flechas ningún efecto. El andar encendidos los bárbaros tanto en esta refriega, les hizo olvidar la resistencia del paso á todo el ejército, que sin detenerse fué pasando por poco más arriba todo hasta verse á la otra banda del río, desde donde, viendo la encendida refriega, volvieron otros diez soldados al socorro de los nuéstros, con que huyendo los bárbaros de tántas cargas de pelotas como llovían sobre ellos, dejaron libre el paso cuando no era de importancia, pues todo el ejército estaba ya rancheado á la otra banda, donde llegó el Piñol con sus soldados, todos sanos y sin ninguna herida, que tuvieron por buen pronóstico la victoria de este primer encuentro.

CAPÍTULO XIX

1.º Pelean los soldados con un Cacicquillo que les hace rostro—2.º Véncenlo y vuélvenle las espaldas los pocos que quedaron, y ranchéanles los soldados las casas—3.º Buenos sucesos de los nuéstros en el castigo—4.º Rompen la empalizada de un pueblo, y quemado, pasan á otro.

TRAS este buen suceso, se asió de la mano otro no de menos importancia, y fué que comenzando á caminar el Real, luégo á las primeras luces (que tomaban el fresco, por ser tierra caliente), movidos no sé de qué espíritu los que guiaban, dejando el camino real por donde habian de ir á Macinga, torcieron por otra trocha muerta, que fué, aunque acaso, gran acierto, pues si fueran por el común, no faltaran peligros y inconvenientes, á lo menos de retardarse, por tener los indios entrampados los pasos más estrechos, donde por fuerza había de ser de enfado y detenimiento, cuando no sucediera otro daño, como por esto otro no sucedió hasta la hora de medio día, en que dieron vista los nuéstros á un pueblezuelo de un Capitán de Bonda llamado Rodriguillo, cristiano, pero grande de los que lo eran. Habíase de subir, para llegar á él, una cuesta colgada, ceñida con una quebrada de agua algo caudalosa, á cuyo pasaje, antes que se llegara, viéndose salteado el Rodriguillo de los nuéstros, compuso los suyos como la prisa le dió lugar, alentándolos con valientes bríos, que los tenía por extremo, diciendo lo que les importaba el apretar las empulgueras, para no venir á manos de cristianos, que tan indignados estaban, y con tánta razón. Entre tanto los nuéstros, habiendo pasado la quebrada, iban yá poniéndose en el recuesto á tiro de escopeta de los de Rodriguillo, el cual apellidando Bonda, Bonda, al tiempo que los nuéstros Santiago, disparaban valerosísimamente flechas contra el Capitán Juan Lorenzo y los de Córdoba y Sevilla, que no meneaban con menores bríos los arcabuces, con que iban siempre ganando tierra por entre la resistencia y aguaceros de flechas.

2.º En que se mostraba tan valiente el Rodriguillo, que parecía pelear en las manos y arcos de todos, andando como un viento animándolos á todas partes, sin perder ocasión de disparar y emplear cuanto mejor podía sus tiros, como lo hizo con un bravo perro que le soltaron los nuéstros, que viendo le iba para él, le apuntó tan diestramente, que pasándole ambas espaldillas, no le dió lugar que pasase adelante, antes volviendo el perro á sacarse la flecha con los dientes, cayó muerto. De que encolerizándose más nuestros soldados y de los más valientes bríos que iba mostrando el gandul Rodriguillo, por haberle salido tan buena la suerte del perro, le apuntaron dos ó tres con los arcabuces, que aunque le acertaron dos balas, no fueron tan penetrantes que sirviesen de

más que de amortiguarle los bríos para pelear, aunque no para esforzar á los suyos con valientes palabras, como lo hacia, hasta que llegando otra penetrante bala, cayó muerto, y con él el brío de su gente, luégo que supieron todos su desgracia, que conociéndolo los nuéstros, apretaron de suerte el fuego de los arcabuces, que viendo los indios ganaban poco en él, pues los iba consumiendo la pelea, volvieron las espaldas, cada cual por la senda que pudo, dejando las casas en manos de los nuéstros, que habiéndolas metido bien en ellas, de donde no sacaron mal rancheo de oro, telas delgadas de algodón y otras cosas, las convirtieron en ceniza, pasando aquel día á ranchearse el ejército á ciertas sabanas altas y limpias, á vista de Bonda y Jeriboca, donde sentaron tiendas por tres ó cuatro días, en que se resolvió el Gobernador á que el Capitán Miguel Piñol, con sesenta compañeros, diese sobre Bonda, como lo hicieron entrando en el pueblo y dando el primer asalto sobre las casas de los Caciques, que le hicieron resistencia tan valientemente con tantas flechas que cubrían el sol, que no veían los nuéstros muy clara la victoria.

3.° Hízoles esta duda acrecentar tanto sus bríos y el valor de sus manos españolas, que viendo los indios ser muy menores los de las suyas, tomaron por partido volver las espaldas, dejando por despojo á los nuéstros sus casas y menaje de ellas, con quien hicieron lo mismo que con las de atrás, convertirlas en pavesas después de haberlas robado, cosa jamás sucedida hasta allí en los de Bonda, pues nadie había visto haber vuelto el rostro á los españoles, y ahora van buscando como cobardes el amparo de los montes, que les solían dar su mano contra los nuéstros, los cuales con este buen suceso tomaron la vuelta del alojamiento, donde fueron bien recibidos, y determinó el Gobernador no se cortase el hilo á los buenos principios, y antes se prosiguiesen las victorias, probando también la mano en el pueblo de Jeriboca, que más que ningunos de aquellos bárbaros tenían pensamiento de perseverar en su maldad y resistencia á nuestra gente, que habiéndoles hecho una plática el Gobernador, diciendo que toda la importancia de pacificar los disturbios estaba en que no quedase libre aquel pueblo de Jeriboca, salió el Capitán Juan Lorenzo con los de Córdoba y Sevilla delante el ejército, á descubrir los pasos forzosos para entrar en el pueblo, y habiendo encontrado con el del río, apercibido con fortísima trinchera, muchos y bien prevenidos guerreros, que comenzaron, al punto que lo vieron, á echar á volar valientes flechas con otras voces y algazaras, fué cortando por entre este tumulto, amparando él y su gente con los muchos arcabuzasos, á quien fué siguiendo todo el ejército, dándose maña para hallarse á la otra parte del río sin ningún estorbo, hasta que llegaron todos nuestros guerreros á arrimarse á la trinchera y pretender con instrumentos, que para esto llevaban, ganarla, aunque esto hubo de tener más dilaciones de las que ellos quisieran, por

defenderse valerosamente los de dentro, en especial con el ánimo y esfuerzo que les ponía Dioena, alentándolos á defender sus casas, tierras y familias hasta perder la vida, pues el huír no los había de escapar de eso, teniendo por cierto los habrían de seguir hasta el último rincón del mundo los españoles.

4.º Los cuales perseverando en el romper la trinchera, al fin le hicieron portillo para poder entrar un caballero, por donde también se fueron entrando todos los peones, que juntamente con los jinetes hacían cruel matanza en los encerrados indios, que aunque mostraban razonables bríos en defensa de sus casas, no bastaron ni aun para defender sus personas, y así procuraron ponerlas en salvo, y el primero Cotocique con su hijo Dioena y sus hermanos, á quien no pudieron acompañar muchos que quedaron muertos y otros presos. Saquearon del pueblo los soldados lo que les pareció de provecho, pegando fuego á las demás casas de las que les pareció reservar para aposentarse en ellas, como lo hicieron muy de asiento, por ser sitio acomodado para desde allí hacer salidas para el castigo de lo restante de la tierra y haber á las manos al Cotocique, que era la principal piedra de escándalo de toda ella. Resolvióse que la primera salida hiciese el Capitán Piñol con cincuenta compañeros para Macinga y Macinguilla, sobre quien llegaron de noche los nuéstros, y arrimados á su palenque, que era de leños gruesos y muy espesos, comenzaron con gran silencio á pretender abrir puertas, en que estaban empados, cuando por de dentro pasó un indio del Bonda, y sin haber visto ni oído á ninguno de los soldados, por ser tenebrosísima la noche, dijo en nuestra lengua castellana: "¡Ah bellacos cristianos! bien os veo." Con que pasó adelante, y los nuéstros con su facna (por haber entendido ser aquello sólo estratagema del indio), con tan buen efecto y sutileza, que sin alborotarse indio de los del pueblo, se hallaron dentro de él antes de romper el alba, diciendo: "¡Santiago, jinetes y peones!" A cuya voz y á la de las escopetas, dieron principio los indios á sus armas y guazabaras, y la gente sin provecho á su huída, procurando por piés escaparse de tal tormenta, que fué salir del fuego, como dicen, y dar en las brasas, pues caían en las manos de otros soldados que cercaban el pueblo. En los cuales fugitivos y en otros que pudieron prender en el alcance cuando huyeron de la pelea, dejando la victoria en las manos de los nuéstros, se ejecutaron varios y ejemplares castigos, cortando las narices á los más culpados, á otros el labio de arriba, orejas á otros, para que fuesen ejemplo, mientras viviesen, á los demás, que por verlos así lastimados, se les destroncasen los bríos de ponerse en ocasión de otro igual castigo, y habiendo convertido en brasas á Macinga y Macinguilla, tomaron la vuelta de Jeriboca y dieron cuenta al Gobernador de lo hecho, donde se hicieron los castigos dichos, y se celebraron las victorias dando gracias al cielo, que se las había puesto en las manos.

CAPÍTULO XX

1.° Sabiendo el castigo, de otros salen de paz algunos indios—2.° Sale el Capitán Piñol con soldados á correr la tierra, y de paz el Cacique Cotocique, y habla al Gobernador—3.° De el Capitán Piñol sobre Tairona y lo que le sucedió con el indio Dioena—4.° Viénese á los nuéstros mal herido y hácese cristiano.

HICIERON tanto ruido estos castigos y llamas del incendio de estos pueblos, que despertando á ellos, volvieron en sí otros muchos, saliendo de paso al Gobernador, medrosos de que les sucediera otro tanto, y aun los más traían por padrinos á los castigados en orejas, labios y narices, que los admitió el Gobernador con palabras afables, protestándoles que si no perseveraban en la paz, sucedería con ellos otro tanto, y visto la que ya se había sentado en la tierra, y que no sería necesaria tanta gente de los nuéstros, envió á sus pueblos á los de Córdoba y Sevilla, que no fué de poca importancia, por haberse inquietado contra Córdoba los Posigueicas, como dijimos, y aun no caminaron por otros pasos los demás pueblos convecinos á Santa Marta que se habían hallado en el rebelión, pues temiendo lo que les podía suceder por lo que habían sabido de sus vecinos, pegando fuego á sus casas, se retiraron á lo más escondido de los montes, donde padecían tan grandes desventuras, que los más viejos, niños y mujeres, como gente más flaca para sufrirlas, se quedaban desmayados ó muertos por los caminos y arcabucos, hechos pasto de fieras, de los cuales trabajos no era exento Cotocique y sus hijos y familias, pues como más culpados andaban en mayores retiros, no hallando agujero donde meterse, en especial cuando supieron que andaba en sus alcances, por orden del Gobernador, el Capitán Piñol con ochenta soldados, entre los cuales se contaba Luis de Segura, Juan Sánchez, caballero criollo de la ciudad de Pamplona en este Reino, Juan de la Cueva, Juan González, de Santa Marta, Francisco de Castro, Manuel González, portugués, Francisco de Soto Loro, pero muy buen soldado, y otros.

2.° Con los cuales divididos en escuadras andaba el Piñol trastornando montes, quebradas y valles, en que hubieron á las manos muchos indios fugitivos, que huyendo de una tropa daban en otra, si bien nunca pudieron dar con el Cacique Cotocique, aunque tomaron muchas veces su rastro, hasta que supieron de cierto le había obligado la hambre á tomar con su gente la vuelta de Tairona, para donde la tomaron también nuestros soldados en su demanda, y donde tomó resolución Cotocique, pareciéndole ser menos malo que andar de aquella suerte, de venirse á presentar delante del Gobernador, como lo hizo, dejando á su hijo Dioena y á su Maese de Campo, Marontona, en amparo de

su familia. Llegando al Gobernador y hablándole el Jeriboca, donde todavía se estaba, y confesando él ser culpado, lo recibió y hizo poner en recado, asegurándole le guardaría en todo su justicia, sin que se le hiciese agravio; por hallarse fatigados en el Valle de Tairona muchos de los soldados del Capitán Piñol, los despachó á Jeriboca al Gobernador con la presa que hasta allí habían tenido, quedándose él con los más alentados, y intentos de no salir de la tierra hasta haber á las manos á Cotocique, pareciéndole que si no se cortaba aquella raíz, que lo era de todos los disturbios y alteraciones, no se había hecho nada, pues con él se podía temer el reverdecer en algún tiempo.

3.º Y así tomó resolución de dar sobre Tairona, certificado ya había entrado allí Cotocique con su gente (sin saber que había ya salido) mal parados, hambrientos, y aun sin sospecha de que les iban tan á los alcances los nuéstros, que determinaron darles Santiago de noche, cuando estuviesen al mejor sueño, y con el silencio posible, como lo intentaron, aunque no lo fué, pues sintiendo las guacamayas que tenían los indios en sus casas á los nuéstros, cuando iban entrando por ellas, comenzaron á grazuar (propiedad de estas aves en sintiendo gente peregrina), y juntamente nuestros soldados á decir Santiago, con que despertó el pueblo, y en especial Diocna con los que podían tomar armas de su familia, y sin embargo de que andaban tan descuidados y aperreados, pusieron con ellas los bríos que pudieron en su defensa, que siendo pocos para los que llevaban Piñol y los suyos, quedaron muertos muchos de los salvajes y otros presos; sólo Diocna se mostró tan alentado y valiente, que se hubo con increíble esfuerzo con dos valientes soldados que se pusieron con espadas y rodelas, con sólo el intento de aprehenderlo ó matarlo, lo que no les fué posible, por los valerosos alientos con que se defendía con sólo su macana, y aun diciéndole los dos : "Date Diocna," los respondía con palabras tan soberbias, feas y de oprobios, que entrando con esto los soldados en mayor cólera y bríos, los ponían para matar al gandul, y aun con diligencia las rodelas para que no los matase á ellos, hasta que viendo Diocna los valientes alientos y perseverancia de sus dos contrarios, y que se sentía gravemente herido, como lo estaba con quince cuchilladas penetrantes, se les deshizo y desapareció de su vista, entrándose en él monte, por donde no les fué posible seguirlo, siendo espesísimas las tinieblas de la noche, con que se hubieron de volver corridos, y quejándose de la poca maña que habían tenido para que no se les escapara.

4.º Sintió notablemente el Capitán Piñol el suceso, por haber perdido con él las esperanzas de haber á las manos al Diocna, y las que se prometía de la quietud de la tierra, faltando él y su padre de ella; pero al fin no pudiéndose hacer por entonces otra diligencia, reposaron con cuidado el resto de la noche, hasta que á la mañana á los primeros rayos del sol, hé aquí dónde se aparece

Dioena, sustentándose sobre la macana, tan sin fuerza ni vigor, que apenas se podía mover, por haberle puesto así las quince heridas penetrantes que tenía, y poniéndose delante del Capitán Piñol, le dijo: "Ya mis desatinos me han traído á los últimos trances de la vida como me ves; lo que te suplico es me hagas cristiano para que así se dé remedio á mi alma, ya que mi cuerpo no lo tiene."—"Ese deseo te admito, respondió Piñol, pero no entiendas por eso escaparte de la muerte que mereces por tus culpas."—"Ya yo me voy despidiendo de la vida, respondió el indio; lo que ahora te ruego es que abrevies en darme el baptismo, porque deseo morir cristiano, y de mi cuerpo haz lo que quisieres, pues morir de esta ó de la otra suerte todo es morir." Con este afecto y alguna otra declaración que le hicieron de lo que debía creer, por dar prisa la corta vida del indio, le baptizaron, poniéndole por nombre Pedro, por haberlo pedido así, y tomando á San Pedro por abogado, ya casi sin vital aliento, le colgaron juntamente con otro, no menos culpado que él, que también se baptizó y llamó Francisco, y sabiendo que estaba en Jeriboca el Gobernador, habiendo enterrado á los dos indios cristianos, tomó la vuelta de allá, repartiendo los prisioneros que hubieron en Tairona á las manos, al cuidado de los soldados, que ya deseaban verse en Jeriboca, á donde llegaron después de veinte días que habían salido de ella.

CAPÍTULO XXI

1.º Dánse de paz otros indios, con que lo quedó la tierra, y el Gobernador vuelve á Santa Marta. Sentencia á los culpados, puebla á los demás—2.º Costumbres de estos indios de Santa Marta—3.º Trátase de su vida política y casamientos—4.º Sus fiestas de hombres y de mujeres distintas y sus entierros.

PARA dar fin á este castigo y allanamiento, á dos ó tres días que hubo llegado el Capitan Piñol á verse con el Gobernador, lo volvió á despachar con gente nueva para que diese sobre el Valle de Tamaca, cuya gente, en sabiendo se les iba allegando, le salió de paz, sin armas y con abundancia de comidas, procurando por mil caminos acreditarse de no haber sido culpables en aquel alzamiento, como se verificó, y cuando no viniera á sacarse esta verdad en limpio, no fuera mala prudencia disimular algo á quien venía tan sujeto y lleno de excusas, como se hizo, no apurando mucho el caso, antes con buenas y amigables palabras se les admitió la paz, animándolos á que permaneciesen en ella, con que tomaron la vuelta los soldados del Real, á donde poco después llegaron los más principales de Tamaca á confirmar la paz con el Gobernador, que se la admitió con mucho gusto, prometiéndoles de parte del Rey guardársela y acudirles á su amparo en toda ocasión, con que tomaron la vuelta de sus tierras, y el Gobernador con toda su gente la de la ciudad de Santa Marta, donde cometiéndole al Maese de Campo Antón Martín la causa de Cotocique y los demás presos por culpados, señalándoles defensor, y con asistencia de juristas, fueron sentenciados unos á destierro y otros á muerte, y entre éstos Cotocique y uno de sus tres hijos, que después de colgados fueron divididos en cuartos y puestos por los caminos que salen á Bonda y Jeriboca, con los de otros muchos, y sus cabezas en palo para escarmiento de otros. Más de cuarenta fueron los que colgaron, y los que desterraron á otras provincias pasaron de cincuenta, con que se dió fin al castigo y principio á la quietud de aquéllas, en especial con la traza que dió el Gobernador en la fundación de los pueblos de los naturales, que fué (cometiendo también esto á Antón Martín) que no se hiciesen las poblaciones más en las cumbres donde las tenían, sino en lo llano, con que los tendrían más á la mano, y podrían mejor doctrinarse, como se comenzó luégo á poner en ejecución con la buena industria que para ello daba el Obispo Don Fray Sebastián de Ocampo; pusóseles otras leyes por el Gobernador, dirigidas á la paz, que los más han conservado después acá, si bien no han faltado algunos repiques y centellas de rebeliones, que con facilidad se han aplacado. Gastáronse en este castigo, desde que se comenzó, tres meses, como lo prometió el Gobernador, entrando alguno de ellos en el año de 1600.

2.º No parece estaban estos indios de Santa Marta tan sin lumbre de fe que no se hallasen rastros en ellos de habérseles predicado en algún tiempo, ó al modo que dijimos en nuestra segunda parte habérseles predicado en este Nuevo Reino ó de otra manera, pues se hallan en ellos rastros y noticias del diluvio, y que les decían sus mayores que había parido una china sin juntarse con hombre, y que el niño que parió estaba debajo la tierra, sin crecer ni menguar, y por haberles dado á entender el Demonio que era él, lo adoraban, y les hablaba muchas veces sólo á los Mohanes, que eran de los más principales del pueblo. Los cuales, primero que tomasen la posesión del oficio, habían de estar en coime, que es en ayunos, diez y seis ó veinte años, sin comer en ellos más que un bollo cada día, y tan retirados á las espesuras de los montes y en cuevas, que no habían de ver en todos ellos hombres, más que el que les llevaba la comida, y si acaso veían alguna mujer, daban por ninguno el ayuno hecho hasta allí y lo comenzaban de nuevo, con ser tan sensuales, como hemos dicho, no sólo según naturaleza, pero contra ella, y aun las estrellas tenían casadas unas con otras, y que unas eran maridos y otras mujeres, y que en trasponiendo (con su natural movimiento) por la punta de un cerro, detrás de él, porque no las viese nadie, se juntaban carnalmente una estrella con otra. Estando en estos ayunos, les hablaba el Demonio casándoles mil mentiras, y de haberlas hablado se tenían por santificados y predicaban al pueblo otras tantas como de tal maestro. Cuando les hablaba el Diablo en su buhío, se había de apagar la lumbre que ardía en él toda la noche, por mandado suyo, para lo cual tenían en la puerta del templo crecidos rimeros y haces de leña de árboles odoríferos y peregrinos, que nadie podía cortar sino era para aquello.

3.º El entrarles á hablar á los Mohanes el Demonio, era con tan gran ventisquero y huracán, que parece quería arrancar el buhío. Para haberse de casar los que no tenían padres, ayunaban primero nueve días; á la doncella que los tenía, en viéndola la primera vez su costumbre, le metían sus padres en coime, y sabiéndose luégo por todo el pueblo, andaban los mozos negociando el comprársela con oro, gallinas, chinchorros y otros cachivaches de casa; miraban los padres al que más les convenía y á ése se la daban, aunque el marido se la solía volver al padre á las veces, si se descontentaba de ella. Los castigos que daban era meter al delincuente en el buhío del Diablo, y que tejiera mantas, que todos lo sabían hacer; donde también tenían muchas herramientas y instrumentos de palo para prestar á los pobres que no tenían con qué labrar sus tierras, y en acabando los volvían allí cada barrio. Sustentaban los viejos pobres de él, dándoles cada día bollos y chicha, hasta que morían. Tenían en las plazas piedras redondas de á cuatro y cinco arrobas para abajo, en que se ejercitaban alzándolas, cada cual en su edad, y hasta donde alcanzaban sus

fuerzas. El ayuno ordinario era no comer en todo el día ni beber hasta puesto el sol; pero entonces se desquitaban en beber de su chicha, en que corrían igual fortuna de exceso con las demás naciones.

4.º Tenían sus fiestas señaladas, que se celebraban con danzas, vestidos de rica plumería, y en especial se hacía esto en las cosechas de maíz, cuando también las mujeres hacían las suyas vestidas de blanco, con muchos collares y cuentas en el cuello, piernas y brazos, y joyas de oro según las tenían, al cuello y orejas, con que hacían sus bailes festejándolas los mozos más briosos del pueblo, que todo venía á parar en embriagueces. Hervía la tierra de estos naturales cuando los nuestros les dieron vista, por tener cada uno las mujeres que podía sustentar. No es gente ociosa, antes castigaban á los que lo eran, y así cuando no tenían otras ocupaciones, hacían caminos de losas muy juntas y bien puestas, anchos y tan largos, que se hallaron algunos de más de veinte leguas. Usaban de cerbatanas curiosísimas, con que mataban con flechas sutiles de toda suerte de aves, sólo para la pluma, pues nunca comían carne ni aun de venado, porque fuera de maíz y raíces, su sustento era pescado y frutas. En muriendo la persona, le doblaban, antes de enfriarse, el cuerpo, y así la enterraban, como hemos dicho de las demás naciones, en bóvedas, con sus joyas, mujeres y esclavos, y porque no pienso haya otra cosa de Santa Marta que nos detenga la Historia, nos despedimos con esto y con lo que queda dicho en la segunda parte acerca de su Gobierno y Gobernadores que fueron sucediendo á Don Juan Guiral, Don Diego de Argote, y al Francisco de Sande, á quien vino á tomar Residencia y gobernar en el entretanto el Licenciado Don Pedro de Castro, y por suplemento después de él gobernó Don Antonio Maldonado, criollo de esta ciudad, caballero del hábito de Calatrava, hasta que llegó de España á aquella ciudad el que al presente gobierna, que se llama Don Jerónimo de Quero (sic).

CAPÍTULO XXII

1.º Alzamiento de los negros de Cartagena—2.º Salen á reducirlos, y matan algunos españoles—3.º Daños que hacen en la tierra, y muertes de otros soldados que salen al castigo.

AL Gobernador Don Pedro de Acuña sucedió en la ciudad de Cartagena, por los fines del año de 1599 ó principios del de 600, el Gobernador Don Jerónimo de Suazo Casasola, y en estos tiempos comenzó un alzamiento y retiro de ciertos negros cimarrones en aquella ciudad, cuyos primeros pasos fueron que un Juan Gómez, vecino de ella, haciendo malos tratamientos á algunos de los que tenía, había entre ellos uno que se llamaba Domingo Bioho, tan brioso, valiente y atrevido, que tuvo alientos para huirse de casa de su amo y llevar consigo á otros cuatro negros, á su mujer y tres negras, todas de su ama, que con otros que hicieron lo mismo, esclavos de Juan de Palacios, vecinos de la misma ciudad, se retiraron, siendo ya todos hasta treinta, al arcabuco y ciénegas de Matuna, que están á la parte del Sur, no lejos de la Villa de Tolú, y desaguan en el mar por aquel paraje, para donde salió el Juan Gómez con mandamiento de Diego de Torres, Alcalde de la Hermandad, y como cuadrillero suyo, confiando que había de haber á las manos los negros. Llevaba en su compañía el Juan Gómez cuatro soldados, y habiendo tenido noticia eran los negros el número de ocho, contra quien no era bastante tan poco número de gente y armas como llevaba, recogió otros tres indios del pueblo de Bahaire y otro negro flechero, acompañándole también Juan de Palacios el mozo, como interesante, y otros soldados, hasta que se juntaron diez y seis ó veinte, que sólo llevaban una escopeta, por pretender el Juan Gómez que no se matasen sus negros, y presumir que luégo, como á él le viesen, se le habían de venir rindiendo.

2.º Que sucedió al contrario, pues llegando al sitio de la ciénega, donde estaban los cimarrones, y á darles vista, embistieron furiosamente con el Juan Gómez, matándolo, por no llevar con qué defenderse, y á muchos otros de su compañía, volviendo los demás en las barquetas, que fueron hasta dar cuenta en la ciudad del suceso al Gobernador, que deseando apagar á sangre caliente aquellas centollas de alzamiento, en especial que cada dia iban tomando más fuerzas con más número de cimarrones y con llamarse el Dominguillo Bioho, á quien tomaron por cabeza, Rey del arcabuco, envió á Diego Hernández Calvo, Alcalde de la Hermandad, con veinticuatro soldados de los vecinos del pueblo, aunque no con demasiada prevención de armas y municiones, para probar la mano en darles alguna trasnochada, y haber algunos ó á todos á las manos. En-

barcáronse en dos canoas grandes, que por serlo tanto y no á propósito para poder entrar con ellas á trastornar todos los esteros y caños de la ciénega, las hubieron de largar y buscar barquetas á propósito, con que llegaron al paraje donde le había sucedido la desgracia al Juan Gómez y sus compañeros, y habiendo mirado la cuerda de arcabuces que llevaban para repartirla y ponerse en buenas á lo que podía suceder, antes que saltaran en tierra, le cupo á cada soldado á vara y media, que siendo de algodón, en dos horas se consume, y hallando que no lo estaban del todo los cuerpos de los que habían muerto los cimarrones, los enterraron, con que tomaron la vuelta de la ciudad y llegaron á los ocho días que habían salido de ella, sin otro efecto considerable.

3.º Crecían tan por momentos y con tanto exceso los daños, robos y salteamientos de estos cimarrones, que nadie por aquel paraje estaba seguro, ni sus casas en las estancias, hatos y sementeras. A cuyo reparo, viéndose obligado el Gobernador, despachó al Capitán Luis Polo con cien soldados, y entre ellos Agustín Martín, Capitán de los morenos horros de la ciudad, el cual se dió tan buena maña trastornando la ciénega de Matuna con sus caños y esteros y la fragosidad de la montaña, que hizo algunos buenos efectos, hasta que tomó la vuelta de la ciudad por orden del Gobernador, tan á mal tiempo, que si se fuera siguiendo el castigo, inquietando noches y días á los negros, se consiguieran buenos sucesos, y así se iban acrecentando los malos por parte de los cimarrones con excesivos daños, pues robaron las estancias de Violante Sánchez, Luis de Padilla y otras, á cuyo reparo despachó el Gobernador treinta soldados, casi todos mestizos y mulatos, con Manuel González por cabo, que por no ser versados en la milicia, perdieron un bonísimo lance de poder matar á todos los cimarrones que sobresaltaron, hallándolos juntos en la estancia del Padilla, donde los pudieran escopetear á terrero y irlos matando como fueran saliendo del buhío donde estaban todos recogidos; pero como gente bisoña y sin pericia ni disciplina militar, dispararon los arcabuces todos á una á los negros dentro del buhío, que saliendo fuera ligeramente, antes que pudieran volver á cargar las escopetas, dieron con tanta valentía sobre los soldados, que mataron veinte y uno, y hicieran lo mismo con el resto si no tuvieran tan buena suerte de escaparse y volver á la ciudad, donde dieron noticia del suceso, que fué de harto sentimiento en toda ella, y en especial de Don Jerónimo de Suazo.

CAPÍTULO XXIII

1.º Salen cuatro tropas de soldados contra los negros y hacen poco efecto—2.º Tratan los negros de reducirse y no tiene efecto—3.º Por lo cual tratan de hacer nuevos daños. Redúcense y después ahorcan á su Capitán—4.º Muere el Gobernador Rodas, de Zaragoza, y sucédele su yerno Don Bartolomé de Alarcón.

VIENDO el Gobernador cuán por la posta iban creciendo los daños, y cada día con mayores aumentos, determinó despachar gran fuerza de gente á su reparo, y así, después de algunos días, salieron á grandes costas los Capitanes Julio Evangelista, Alonso Benocal y Don Baltasar de Orellana, y con ellos había de ir también el Capitán Luis Polo, que por andar achacoso, se quedó por entonces; cada uno con cincuenta soldados, bien pertrechados, que divididos en partes, diesen caza por muchas á los cimarrones. Llevó orden el Capitán Luis Polo, que salió ocho días después, de ocuparse, con otros cuarenta hombres que llevaba, en amparar los indios y estancias de la parte de Turbaco. Salió también por otra el Alférez Vallejo con otra buena tropa de gente, demás de otra de á caballo que hizo salir el Gobernador por otras partes, y una de las galeras, para que tampoco tuviesen refugio de fuga por la mar, que fuera de la que ella llevaba, andaban en campaña más de trescientas y cincuenta personas de pelea, sin la gente de servicio, negros y indios. Habiendo los Capitanes Julio Evangelista y Alonso Benocal rastreado el palanque y fortaleza que tenían hecha los negros para su defensa, dieron sobre ella en medio de las ciénegas de Matuna, donde habiéndola ganado, mataron y prendieron á muchos, porque era ya gran número el que se había juntado, de los cuales se escaparon muchos huyendo en esta ocasión. Tuvo rastro después el Capitán Luis Polo, y de cómo iban marchando la vuelta de Camapama, en cuya demanda comenzó luégo á caminar con su gente, hasta que llegó á su hato de vacas, que lo tenía por aquellos parajes, donde teniendo frescas noticias de que los cimarrones habían pasado la ciénega que atraviesa desde el mar al Río Grande de la Magdalena, en una canoa pequeña que allí tenían para el efecto los cimarrones, mientras se proveía en su hato de comidas, de que llegó *necesitado* allí, para irlos siguiendo, dió aviso de todo al Gobernador, que á la sazón estaba en el pueblo de Turbaco, y para que con la brevedad que demandaba el caso le proveyese de algunas cosas necesarias.

2.º Despachó también por otra parte, tras los negros, á uno suyo ladino y á un indio, que también lo era, que dieron con los cimarrones de la otra parte de la ciénega, y habiéndoles hablado pacíficamente y sabido cómo el Capitán Luis Polo estaba en su hato, despachó el Domingo Bioho al indio, quedándose

el negro con ellos, que lo dijese al Capitán Polo quería verse con él, por estar ya determinados de rendirle las armas y servir al Rey sin ensangrentar más la guerra. Con los deseos que tenía el Capitán Polo de que se acabara y que se atajaran tantos daños, luégo que supo esto por el indio, no reparando en el notable riesgo en que ponia su persona por el bien de la patria, tomó sus armas y solo se entró entre ellos y habló con el Domingo Bioho, que entre otras cosas que se hablaron acerca del caso, dió el Dominguillo la resolución que todos tenían de no tratar más de guerra, si el Gobernador, de parte del Rey, les perdonase las vidas. Despidióse con esta buena negociación el Capitán Polo, y tomando la vuelta de la ciudad, la trató con el Gobernador, que aunque al principio estuvo duro en conceder lo que los cimarrones pedían, atendiendo á los ruegos de Don Alonso de Mendoza, Lucas de Olvera y otros que hicieron mucho en esto, y á las consecuencias importantísimas que de esto se seguían á toda la República, pues pendía de ella el sosiego y seguro de vidas y haciendas, que eran más valientes provechos que la pérdida de la libertad de los negros les concedió el perdón, que volvió Polo á efectuar luégo con ellos, con término de tres ó cuatro días, en que había de volver á dar respuesta de lo asentado al Gobernador.

3.º Que no pudiendo concluirse en tan breve tiempo, por no haber hallado en el puesto á los cimarrones cuando volvió el Capitán Polo, por haberse alargado á buscar comidas, tomó tan grande enfado el Gobernador con él (con quien andaba acedo por otras ocasiones), que hizo se recogiesen á la ciudad todos los soldados que á la sazón andaban en esta jornada, y aun se alargó con palabras de ultraje contra el Luis Polo, diciendo que lo engañaba y al Rey, con que cesó aquella facción y firmes principios de asentar la paz, que tanto importaba, con los negros. Los cuales, viendo no había tenido este efecto, ni habían querido recibir sus deseos de tenerla y de quietarse, comenzaron de nuevo á irritarse y á hacer mayores salteamientos. Llegaron el año de 1605 al pueblo de los indios de Jegua, que está sobre los barrancos del río de San Jorge, no lejos del de Cauca, y robando cuanto en él había y aun el hatillo de un padre doctrinero de nuestra Orden que estaba allí, llamado Fray Urbano Galiano, quisieron matar á un hermano suyo y á otros españoles que á la sazón estaban en el pueblo; pero contentáronse á lo último con despojarlos hasta dejarlos en carnes, por ruegos del padre y porque decía Dominguillo Bioho que había llegado allí con intentos de que se confesase toda su gente, por ser ya cerca de la Semana Santa, aunque luégo trataron más de huírse el río abajo, por haber tenido noticia venía en su seguimiento una tropa de españoles.

No se descuidaban en hacer asaltos por la mar, pues salían en dos canoas á la boca de Bahaire á coger las de los negros trabajadores que pasaban por allí á

las estancias á cortar brasil y otras maderas, en que no causaron pequeños daños, con que andaba toda la tierra tan avispada, temerosa y inquieta, que no se hallaban seguros á ninguna hora, noches ni días, en el pueblo de Tolú, á donde también acometieron, ni en sus estancias ni en ninguna de las de Cartagena, hatos de la Villa de Mompox y ciudad de Tenerife, que están por aquellos parajes, pasado el Río Grande al Poniente. Un Hernando Núñez hacía instancia que si le diesen veinte soldados habría á las manos, muertos ó vivos, á todos los cimarrones, por acudir de ordinario á su estancia menos Caribes que á las de los otros y con alguna pacificación. También otro negro del Capitán Juan Polo, que lo hubo á las manos por industria de Agustín Martín, Capitán de los horros, que había andado mucho tiempo con los cimarrones, decía se atrevía á matarlos á todos, con que le diesen un cuerno de tabaco molido, preparado con veneno, y dos botijas de vino, que también la una de ellas estuviese con lo mismo; pero esto ni otras industrias que se dieron para pacificarlos tuvieron efecto: y así pasaron estas alteraciones con crecidísimos daños cada día, hasta los años de 1612 ó 13, cuando al fin, cansados los mismos negros de andar tan aporreados y perseguidos, sin quietud ni asiento en ninguna parte, salieron de una mala paz, que después se vino á hacer mejor y á darles licencia para que entrasen en la ciudad y saliesen de ella con su Capitán Dominguillo, como lo hacían á todas horas, y el Bioho andaba con tanta arrogancia, que demás de andar bien vestido á la española, con espada y daga dorada, trataba su persona como un gran caballero. Hasta que el año de mil y seiscientos y diez y nueve, habiéndolo hallado en no sé qué malos tratos atraidorados, lo hizo ahorcar el Gobernador Don García Girón. Fueron notables los gastos que á sus principios, en tiempo de D. de Jerónimo Suazo, se hicieron en la pacificación de estos cimarrones, así de derramas de los vecinos de Cartagena y Tolú, que vinieron á montar á diez y siete mil y seiscientos y ochenta y un pesos de á ocho reales, como de lo que se sacó de la Caja del Rey por Cédulas suyas para el efecto, que fueron nueve mil y novecientos y treinta y uno y tres reales, que juntos con cinco mil que se echaron de cuenta y tanteo, montaron los robos y incendios, valor de los negros que los cimarrones alzaban y llevaban consigo, sin contar lo que ellos valían, vino á montar todo á treinta y seis mil y seiscientos y doce pesos y tres reales, y lo más de todo esto se gastó hasta el año de 1606, en que murió, dando su residencia el Gobernador Don Jerónimo de Suazo, á quien sucedió el mismo año Don Diego Fernández de Velasco.

4.° Murió también en este año, por el mes de Enero, en su Gobierno de Antiochia y de Entre los dos Ríos, el Gobernador Gaspar de Rodas, de edad de casi cien años, habiendo servido al Rey más de los cincuenta valerosamente en

guerra y paz; era natural de la ciudad de Trujillo en Extremadura, hijo legítimo de Florencio Rodas Carvajal y de Guiomar Mendez Cotiño Barreto, hija de Martín Barreto Cotiño, portugués, gran privado del Rey Don Juan de Portugal. Pasó á estas partes muy mozo, con dos hermanos suyos, que también se ocuparon en el Pirú en guerras y pacificaciones con muy lucidos efectos, hijos de la noble sangre de sus venas. Tuvo tan buena suerte en cuanto emprendió este gobierno, como hemos visto, y aun no fué menor otra en que hallándose él con sus soldados, jamás lo sacaron sangre á ninguno, ni cometieron delitos bastantes para quitar á alguno la vida. Era de cuerpo más que mediano, razonable encaje de rostro, aunque tenía un ojo en otro, como lo conocí en esta ciudad; hombre afable, partidor con todos, en especial con pobres y necesitados. Nunca fué casado; tuvo un hijo natural mestizo, llamado Alonso de Rodas Carvajal, y otra hija, Doña María de Rodas Carvajal, con quien casó el Capitán Don Bartolomé de Alarcón, natural de Guadalajara en España, que entró en el Gobierno luégo en muriendo el suegro, por haberlo nombrado por sucesor, según el asiento y capitulaciones hechas por el Rey, á quien confirmó esta Real Audiencia, y á mayor abundamiento le dió nuevos títulos de Gobernador de Antiochia.

CAPÍTULO XXIV

1.° Dáse principio á tratar las guerras de los indios Pijaos; descríbense sus tierras—2.° Principios de sus inquietudes, y copia de los Capitanes que entraron antes de ahora en sus conquistas—3.° Daños que hacen estos indios en las ciudades sus convecinas.

YA por nuestros pasos contados ha llegado la Historia á tratar de las conquistas de los indios Pijaos de este Nuevo Reino, que siempre tuve intentos de escribirlas muy á la larga y desde sus principios, que los dió el General Sebastián de Belalcázar, como dijimos en nuestra segunda parte, y para el intento recogí papeles á propósito, hasta que habiendo sabido que, no sé con qué pretensiones de mejora, y de que saliese historia aparte de esto, para más lucida y no ahogada en esta mía más general, hubo quien se convidase á escribirla, con que agradeciéndolo por ahorrar yo de trabajo, volví con mucho gusto los papeles á quien me los había entregado y dirigía como interesado estas acciones por este camino, por donde habrá de caminar el que quisiere saber más á la larga estas conquistas, si salen á luz, y no por el de mi Historia, pues como más general no se podrá detener en las menudencias que la particular; y así vengamos al intento:

Las tierras y países de estos indios Pijaos (dejo ya dicho por qué se llamaban así) demoran al Poniente, con declinación al Surueste de esta ciudad de Santafé, que mirando desde el centro de estas sus tierras, están en sesenta y nueve grados y cincuenta y seis minutos de longitud del meridiano de Toledo, tres grados de latitud á la banda del Norte, entre la jurisdicción de esta ciudad y la Gobernación de Popayán, enemigos comunes á ambas partes, y que á dos manos las infestaban con robos, salteamientos y muertes atrocísimas, y muchas desde que ambas partes se fundaron de españoles. Hace raya y límite á la tierra de estos Caribes, por la banda de la Gobernación de Popayán, la cordillera ó loma que comienza á las espaldas de Timaná, al Sur, desde la parte que llaman las Carnicerías, dichas así por unos grandes bubíos que hallaron allí los españoles, donde se vendía carne humana de los esclavos que cogían en las guerras, con tanta abundancia, que había para toda la tierra que concurría allí á comprarla. Corre esta cordillera con aguas vertientes al río del Cauca y Gobernación de Popayán por la parte que mira al Sur, hasta toparse con la otra nevada que va corriendo por entre la ciudad de Mariquita y Cartago; y por esta parte del Norte, que mira á estas tierras de Santafé, pone límite á las de estos indios el Río Grande de la Magdalena, cerca del cual son provincias de tierras llanas, porque las demás son de notable aspereza, de encrespadas y colgadas

sierras, si bien hay partes de tierra ampollada en algunas provincias, que son muchas y por lo general calientes, en especial todos los llanos, porque la serranía goza de páramos frigidísimos; tierra fértil en común para todo grano, y el nuéstro se diera en muchas partes, por haber tierras de todos temples. No ha sido mucho el oro que se ha descubierto en ellas.

2.º Los principios de las conquistas de estos indios, desde inmemorables años antes que los descubrieran los españoles, fueron de algunos indios bizarros y valentones, que no cabiendo en algunas provincias, por no consentirles sus inquietudes, andaban en tropa de unas en otras, haciendo guerra á los moradores de ellas, tanto, que venían á consumir y aniquilar su gente, quedándose ellos señores; y así nacidos y crecidos con estas inquietudes y guerras civiles con que siempre vivían, no ha sido posible á los nuéstros sujetarlos á otro modo de vivir; tan embebido éste en ellos, que han tenido por menor mal ser primero consumidos que perderlo, como se ha visto en el poco efecto que han hecho los muchos Capitanes y soldados que han entrado de parte de este Nuevo Reino y de la Gobernación de Popayán, que como á enemigos comunes, y que sin cesar han infestado ambas partes, habiéndose comido de ambas y de los muchos que han habido á las manos en los caminos reales y cursados que atraviesan por sus tierras desde este Nuevo Reino para el de Popayán, Quito y el Pirú, más de cuatrocientos españoles y más de cuarenta mil indios de paz. Han procurado de ellas atajar tantos inconvenientes y daños con entradas que han hecho, como se verá en este catálogo.

Pop. El primero que les dió vista y paso por sus tierras viniendo á esta del Reino, fué el General Sebastián de Belalcázar, y después de tener título de Adelantado, volvió á probar la mano con ellos y aun á volverse á salir con hartos buenos efectos.

N. R. El Capitán Giraldo Gil de Estupiñán entró con ciento y cincuenta soldados; salió desbaratado con muertes de cuarenta y nueve.

Pop. El Capitán Francisco de Trejo, de este Reino, con setenta soldados, de que le mataron los cuarenta en la provincia de Amoyá.

Pop. Juanes de Gaviria no hizo efecto.
Pop. El Capitán Julián de Zárate, con cuarenta.
P. El Capitán Fernán Pérez, con cincuenta.
P. El Capitán Miguel Losada, con cuarenta.
P. Martín Calderón, treinta y cinco.
P. El Capitán Francisco de Aguilar, cuarenta.
P. El Capitán Juan de Ampudia, cincuenta.

} Que todos sin efectos considerables salieron desbaratados.

Reinos. El Capitán Domingo Lozano (1) con más de ciento, y al fin lo mataron, después de haber poblado á San Vicente de Páez.

P. El Capitán Osorio, treinta y cinco.

P. El Capitán Francisco de Belalcázar, ochenta.

R. El Capitán Diego Bocanegra con setenta, pobló la Frontera en Saldaña, que la despoblaron y arrojaron de su tierra (2).

P. El Capitán Marín con ciento veinte soldados, á costa de la Gobernación, salió desbaratado, con algunos muertos y heridos.

R. El Capitán Bartolomé Talaveraño con setenta por Saldaña; matáronle 26; salió desbaratado; pobló en el río del Escurial, que se despobló luégo que se salió.

R. y P. El Capitán Diego Bocanegra, por orden de la Real Audiencia, con 170 soldados, á costa de este Reino y Gobernación de Popayán, pobló á Medina de los Torres, que le despoblaron con muertes de algunos soldados.

R. Bernardino de Mojica, por Gobernador de los Pijaos, con 180 soldados, pobló á Pedraza, que le despoblaron con muerte de ocho españoles, con que los dejó triunfantes.

P. El Capitán Melchor de Salazar, con 35.

P. El Capitán Diego Bocanegra, por orden de Don Vasco de Mendoza, Gobernador de Popayán, entró por el río de la Paila con 95 soldados, 200 indios y 100 caballos á costa de las ciudades y vecinos de la Gobernación, y salió sin hacer efecto.

P. El Capitán Villanueva, con 40.

P. El Capitán Rojas, con 40.

P. El Capitán Bocanegra, por la Gobernación, con 70.

P. El Capitán Pedro de Velasco, 50.

P. El Capitán Hernando Arias, 60 (3).

P. El Capitán Pedro Sánchez Castillo, 40.

P. El Capitán Telmo Rosero, 40.

---

(1) Fernán Pérez murió con Domingo Lozano en Tobaima, año de 1572, y 27 soldados valerosos. *Nota marginal.*

(2) Falta el Capitán Diego de Santa Cruz, que habiendo librado con *socorro* á los vecinos, mujeres y niños, del cerco en que padecieron mucho en Páez, entró con 40 hombres á castigar los indios Pijaos, los cuales le mataron á 12 de sus soldados en la loma de las Carnicerías al fin del año de 1572. *Nota marginal.*

(3) También faltó el Capitán Baltasar de Asebla. El año de 1579 sacó de Timaná, por orden del Gobernador Sancho García del Espinar, 35 soldados, que llevó á Tobaima, donde estaba el dicho Gobernador con 150 hombres y valerosos Capitanes que hicieron grandes castigos en los indios de Páez y Pijaos, y hallaron los despojos que sacaron cuando quemaron la Plata. *Nota marginal.*

P. El Capitán Diego de Castillo, 30, de que le mataron en Quindío 7.

P. El Capitán Lorenzo de Páez, 50.

P. El Capitán Campo de Salazar, 50.

R. El Capitán Pando, 35.

P. El Capitán Sebastián de Bocanegra, 50.

P. El Capitán Francisco de Salazar, 20.

Reino. El Capitán Pedro Jaramillo, 50.

R. El Capitán Baptista de los Reyes, 30.

R. El Capitán Pedro de Herrera, con orden de la Real Audiencia, 60, á quien desbarataron y quitaron las municiones y pertrechos de jornada á manos y de manos de los soldados.

P. Diego de Medina, 25.

P. El Capitán Lorenzo Palomino, 36.

P. Don Vasco de Mendoza, Gobernador de Popayán, por Bolira, 207 soldados, con que los tuvo apretados.

P. El Capitán Juan de Magaña, 35, con que sacó preso á Carlacá, famoso Caribe.

P. El Capitán Pedro de Moriones, 30.

P. El Capitán Gregorio de Astigarrete, 50, con que atravesó desde Buga el páramo hasta las Carnicerías; volvió desbaratado, con muerte de tres soldados y algunos indios amigos.

P. El Capitán Lemos, con 30 soldados.

P. El Capitán Diego de la Monja, con 30.

P. El Capitán Cristóbal Quintero, con 50 soldados, que prendió al famoso Capitán y salteador Tocuavi y otros Caribes.

P. El Capitán Diego de Alameda, 30.

P. El Capitán Alvaro de Bedoya, 25.

3.° A cuya causa se tenía en nuestros tiempos por imposible la conquista de estos indios, y de temores de esto se han despoblado las ciudades españolas arriba referidas, y la de San Sebastián de la Plata la segunda vez que se pobló, porque la primera se despobló por el tirano Alvaro de Oyón, como ya dijimos, la Villa de Neiva, la de los Angeles y Villavieja (1) y otras, y las que han permanecido fronterizas á estos Caribes, como son Cartago, Buga, Caloto, Timaná, Ibagué y otras, estaban tan apretadas, que el temor y asombro les quitaba el poder dar un paso á sus haciendas, ni aun fuera de sus puertas, sin escolta de

(1) A Neiva la quemaron los Pijaos en Abril de 1569. San Vicente de Páez en Agosto de 1572. A la Plata á 17 de Junio de 1577. Los vecinos de Neiva y la Plata que se escaparon se refugiaron en Timaná. (*Nota marginal*).

soldados; peligros y riesgos que corrían por los pasajeros que iban á aquellas Gobernaciones y principios del Pirú, con que cesaban del todo. No era menor otro inconveniente que se allegaba á éstos: el estar los indios con tanta avilantez por sus ordinarias victorias, que no dudaban de acometer cada hora mayores insultos y salteamientos, como se vido en otros y en el de Ibagué, que luégo diremos.

CAPÍTULO XXV

1.° Entrada en los Pijaos del Capitán Francisco de Trejo—2.° Sálcles de paz un Cacique—3.° Sucesos de un caudillo que se despachó del Real—4.° Guazabara con los indios y victoria de los soldados.

Y PORQUE no hablemos tan por lo común y general de todos estos Capitanes que probaron la mano en la conquista de estos belicosos indios, y para que se manifieste más la justificación de la guerra que se les ha hecho hasta consumirlos del todo, como hoy lo están, descenderemos á tratar algunas cosas particulares de algunos de los Capitanes referidos, por haberme venido á las manos de solos ellos memorias fidedignas de sus sucesos, lo que también hiciera de los demás si las hubiera tenido, y póngolos en este lugar, aunque demos algunos pasos atrás en el cómputo de los tiempos, porque *halle el lector junto y consecutivo* (fuera de lo que dejamos dicho tuvo con ellos el Adelantado Belalcázar y los timaneses) lo que se tratare de las guerras de estos Caribes.

Yerno (me dicen) era del mismo Adelantado Belalcázar el Capitán Francisco Trejo, hombre principal y de valor, vecino y encomendero de la ciudad de Buga, y de no pequeño caudal de hacienda, por el mucho oro que habían desnatado de aquellas gruesas tierras, recién pobladas, sus conquistadores y pobladores, que queriéndolo emplear este Capitán en servicio de Dios y de su Rey el año de mil y quinientos y cincuenta y seis, se determinó á entrar á las conquistas de estos Caribes Pijaos, y teniendo licencia de esta Real Audiencia de Santafé, y conducidos á sus expensas sobre setenta soldados, los más de este Reino, que por lo uno y por lo otro decimos salió de él (aunque otros quieren decir llegaron á ciento diez), no tan prevenidos como la fuerza de la guerra pedía, salió de la ciudad de Buga y comenzó á entrar por sus grandes provincias á la parte del Norte, en tiempo bien sin sazón, por ser el en que entraba el invierno, que es de valientes aguaceros y granizados por aquella tierra, con que sobre las dificultades naturales que ella tiene por ser fragosísima, se acrecen-

taban las del tiempo, que colmaban trabajos, y así con innumerables, atropellando páramos rigurosos y otras mil dificultades, llegó con su gente á dar vista á las provincias de Amoyá, y bajando por ellas á las márgenes de su gran río, se puso en la Loma Gorda, desde donde también dió vista á los llanos del Chaparral, bajó y sentó reales en ellos, por parecerle parte acomodada para despachar desde allí tropas á la conquista de toda la tierra, que le pareció tener ya debajo del pié, por no haber tenido hasta allí contradicción de indios ni otros malos sucesos que los que dieron la dificultad del camino y tiempo.

2.º Gastado el que fué necesario para hacer en aquel sitio una casa fuerte dentro de una extendida cerca de palenque, con sus troneras para poder disparar la arcabucería si lo ofreciese la ocasión, despachó á Don Francisco de los Barrios (sobrino del primer Arzobispo que entonces lo era de este Nuevo Reino) con treinta soldados á dar vista á las provincias de Amoyá, como lo comenzó luégo á hacer, pues en tres días se puso en la Loma Gorda y ranchcó en una casa grande vacía, de donde queriendo salir al tercero día en demanda del resto de la provincia, dieron vista á ocho indios desarmados que venían bajando hacia ellos, que llegando y informándose el más principal de ellos cuál era el de los nuéstros, le dijo cómo su gran Cacique Matora, deseoso de tener paz con los cristianos, se la enviaba á pedir, y con encarecimiento que no tratasen mal á la gente que encontrase de sus provincias, y que le prometía con brevedad salir en persona á verle, de donde resultaría la confirmación de estas paces, sin que faltase á ellas un punto, y para principio de su fundamento se sirviese de recibir aquel pequeño presente que le ofrecía, que era hasta de mil pesos en chagualas y joyas de su usanza, y con ella una fiel y amigable voluntad, la cual no teniendo bien afecta el caudillo, con sobrada arrogancia y presunción de que le temblaba la tierra, y que le temería más haciendo aquella demostración, dió un puntapié al oro, y á los indios por respuesta le dijeran á su Cacique no haberle llevado allí codicia de oro, pues no hacía caso de él, sino de conquistar y sujetar la tierra por bien ó por mal, por lo cual aguardaría allí á su Cacique, tres días después de los cuales, si no venía, entraría talando y destruyendo su tierra á fuego y sangre.

3.º De que los indios, escandalizados y pensando ya tenían á cuestas todas aquellas amenazas, se despidieron y llegaron á mayor priesa á dar la embajada á su Cacique, que entrando con ella en furiosísima cólera, por no haberle sido admitidas sus cortesías, propuso no tenerlas más con los españoles, antes anticiparse á hacerles la guerra con que ellos le amenazaban, como sucedió, pues juntando con brevedad más de quinientos guerreros, al segundo día tomó la vuelta en demanda de Don Francisco, que pensando no había hecho nada en irritar al Cacique por la respuesta que dió á sus indios, antes con ella habría quedado con

mayores temores, él sin ningunos y con culpables descuidos no cuidaba de cosa menos que de poner centinelas, concertándose sólo con la posta del cuerpo de guardia, que la hacía dentro de la casa fuerte, á la cual llegando á la segunda noche las espías del Cacique Matora, y conociendo desde las goteras del buhío, á donde pudieron llegar con facilidad, el descuido de los nuéstros, del aviso del Cacique, que emperrado de cólera no quiso perder la ocasión, haciendo marchar los suyos con tanta priesa y silencio, que al de la media noche tenía cercada la casa y en ella á los nuéstros, de los cuales un soldado llamado Blas García había salido poco antes á cierta necesidad, que llegando entre tanto los indios, no se atrevió el soldado á volver á la casa, pues no podía entrar en ella sino por medio de ellos, y así se estuvo á la mira hasta ver en qué paraba aquel cerco, que lo tuvieron puesto los indios hasta casi las dos de la mañana, en que comenzó á llover una agua menuda, y los bárbaros á embestir con una tan infernal furia, que entrando por la puerta principal y otras que hicieron ellos mismos, dieron arma á los soldados con tanto tropel, que antes que pudieran los nuéstros tomar las suyas, á los primeros encuentros tuvieron muerto al Capitán y otros catorce soldados y tomados vivos todos los demás, fuera del Blas García, que cuando vido lo que pasaba, apretó como pudo los talones y rompiendo por mil fragosidades, llegó á las diez del día al Real, dando mil desentonadas voces, repitiendo el desgraciado fin de sus compañeros, que oyéndolo los del fuerte, quedaron tan despavoridos y aun cortados que no sabían dar salida á sus pensamientos, hasta que juntando á todos el Capitán Trejo, los animaba diciendo que aquéllos eran sucesos de guerra, y que si en aquella ocasión había sucedido aquello, en otra se trocarían las manos, y que no debían acobardar las suyas, llenas de sangre española, y que él quería el primero mostrar tenerla, saliendo á vengar las muertes de sus compañeros y á recobrar las vidas de los que habían tomado vivos, pues estarían tan cerca de perderlas.

4.° No le consintieron los soldados salir en persona á aquella facción, y así nombró por caudillo al Capitán Tomás Delgado, para que con cuarenta soldados fuese á hacer aquel castigo, que no tuvo efecto, pues estando ya á pique para salir otro día al caso, antes que amaneciera, aquella noche, oyendo los centinelas ruido sordo de gente, dieron aviso al Capitán Trejo, con que apercibió la suya con razones y armas, que las hubieron bien presto menester, pues apenas se pusieron en buenas los soldados, cuando los indios furiosísimamente acometieron por una parte á derribar el palenque, que no pudiéndolo hacer por su fortaleza con la brevedad que quisieran, dió lugar el tiempo para que acudiera el Capitán con algunos soldados, como lo hicieron con tales bríos, que los de los bárbaros no se atrevieron á otra cosa que á retirarse por aquella parte, si bien otros por otra, en el entretanto, abriendo un portillo, se entraron por él con

terrible furia más de trescientos, con quien revolviendo los nuéstros, se trabó una tan furiosa pelea, que parecía hundirse el mundo con la terrible algazara de los salvajes, así de voces como de trompetillas, fotutos y otros instrumentos, entre quien se hubieron nuestros soldados con tanto valor (sin duda esforzado del cielo) que de más de trescientos bárbaros que entraron en el palenque, salieron con vida cincuenta escasos, á los cuales juntándose el resto, que andaba por de fuera, hicieron otra tan brava acometida, que les fué forzoso á los nuéstros retirarse al fuerte, donde fué menester el valor español para defenderse de tanta maquina de salvajes, siendo ellos tan pocos; pero con él y con pérdida de quince soldados, apretaron á los bárbaros de manera que viendo los iba consumiendo por la posta la guerra, le volvieron las espaldas con la mayor priesa que pudieron, que siendo mayor la de los nuéstros, fueron siguiendo el alcance, derramando de nuevo mucha sangre bárbara, no quedando sin mezclarse con ésta la cristiana, pues fuera de los quince muertos quedaron veintiséis más heridos, que convaleciendo dentro de quince días que se detuvieron á eso, al fin de ellos determinó el Capitán, con voluntad de todos, por verse tan minorados, desamparar por entonces el sitio y guerra y tomar la vuelta de la ciudad de Buga, como lo hicieron sin estorbo ninguno, por írselo desembarazando los indios, temerosos del suceso pasado, porque aunque derramaron tánta sangre española y quedaron con algunos vivos de ellos, habían quedado tántos sin vida, que no podían desechar los temores los que quedaron con ella. Con todo eso, no fueron tántos que al salir del páramo no tuvieran atrevimiento á probar otra vez la mano con el Capitán Trejo, que le sucedió tan bien que habiendo muerto á muchos, tomó vivos á siete, con que entró en la ciudad de Buga, harto gastado y destrozado él y la poca gente que le quedó, así soldados como de servicio, pues de éstos se le quedaron muchos y de aquéllos se le minoraron cuarenta entre muertos y vivos, que después mataron y se comieron, con atrocísimas muertes, como veremos.

CAPÍTULO XXVI

1.° Los conquistadores y pobladores de la ciudad de Ibagué—2.° Entrada del Capitán Domingo Lozano por estas provincias de los Pijaos—3.° Sucesos que tuvo en ellas—4.° Pasa de ellas á sus conquistas de los indios Paeces.

SEIS años corrieron después de este suceso del Capitán Trejo hasta el que luégo diremos del Capitán Domingo Lozano, en el cual tiempo entraron á proseguir esta conquista, á la tierra de estos Caribes, otros seis ó siete Capitanes con sus tropas (como se dijo en el catálogo de ellos), que todos salieron sin hacer efecto considerable, antes desbaratados y muy minorada su gente, hasta que el año de mil y quinientos y sesenta y dos (como dejamos dicho atrás, Noticia 4.ª, siendo Gobernador de la ciudad de Popayán Don Alvaro de Mendoza, caballero de la Orden de Alcántara), el Domingo Lozano, vecino y encomendero de la de Ibagué, le pidió la conquista de los indios Turibios, de los Paeces, como también dijimos en la misma parte. Era este Capitán (que también se había hallado en casi todas las conquistas de este Nuevo Reino, por ser de los primeros que entraron en él) de los que entraron al socorro de esta ciudad de Ibagué la tercera vez que se alzaron los indios, cuando también entró con el Capitán Salinas y Miguel de Morales Valenzuela y otros valientes y experimentados soldados y Capitanes. Porque los primeros descubridores y pobladores que entraron á aquella tierra con el Capitán Galarza (como dejamos dicho en nuestra segunda parte, cuando tratamos á la larga de la fundación de esta ciudad de Ibagué) fueron el Capitán Melchor de Valdés, el Capitán Bartolomé Talaverano, Alonso Ruiz Navarro, Pedro Fernández Perdomo, Juan Rodríguez de Olmo, Sebastián de Porras, Alonso Cobo, Miguel de Oviedo, Pedro de Lochao, Alonso Barrera, Juan Vizcaíno, Pedro de Lizana, Juan Bretón, Diego Pérez Novillo, Pedro Gallego, Gaspar Tavera, Maese Pedro, Pedro Balderas, Francisco de Rodas, Francisco Sánchez, Luis Terrero, Francisco Vaca, Alonso de Tapia, San Juan de Irusta, Alonso de Mora, Alonso de Noguera, Alonso Sánchez y otros valientes soldados.

2.° Era este Capitán Domingo Lozano de los primeros descubridores y conquistadores de este Reino, y que se había hallado en los más dificultosos trances de sus conquistas, y no hallándose ahora sin traer las manos ocupadas en ellas, en especial viendo la necesidad que había de castigar y allanar tantas poblaciones como había de Caribes fronterizos á aquella ciudad de Ibagué y á la de Timaná, y que tanto infestaban estos dos pueblos y los demás sus circunvecinos, quiso emplear el caudal que había adquirido por sus manos, en servicio de las dos Majestades, la Suprema y la de su Rey, probando las manos en los indios

Pijaos y Paeces, y así obtenida licencia y el modo que había de tener en la conquista y fundación de cimientos españoles, y conducidos setenta soldados á sus expensas de aquella ciudad de Ibagué y de las de este Nuevo Reino, entre quien iba el Capitán Diego de Bocanegra por su Sargento Mayor, y habiendo juntado los mejores pertrechos de guerra que pudo, pudiendo tomar su derrota para los Turibios de Páez por la Gobernación de Popayán, que le era más á cuento, dejando aquel rumbo, lo tomó por las provincias de los Pijaos, con principales intentos de rescatar en la provincia de Amoyá algunos soldados que todavía divulgaba la fama permanecían entre aquellos indios, de los del Capitán Trejo, aunque habían pasado seis años después del suceso, pues esto era el año de mil y quinientos y setenta y dos.

3.º Hallóse en diez días de camino desde la ciudad de Ibagué al pié de la Loma Gorda de la Provincia de Amoyá, desde donde habiendo sentado ranchos y fortificádose lo mejor que pudo, y dejando por Cabo al Capitán Alonso Cobo de los que quedaban en el Real, él con cuarenta bien alentados y prevenidos, entre quien iba su Sargento Mayor, salió á correr la Provincia, y habiendo gastado en desvolverla cuatro ó seis días, sin haber hallado ocasión de mostrar los bríos de sus soldados, determinó de tomar la vuelta del Real, como lo hiciera si estando ya á pique para comenzar á marchar, desde la ensillada de una loma no vieran bajar por otra que iba á rematar á una labranza de maíz, ocho indios con sus cataures, que bajaban á cogerle las mazorcas, que pareciéndole al Capitán buena ocasión para haberlos á las manos con la cautela y presteza posible, ocultándose por entre la maleza del monte, tuvieron lugar de tener puesta una emboscada al paso de la roza, antes que llegaran los ocho indios, á quien hubieron á las manos los de la emboscada, sin escaparse ninguno; entre los cuales iba uno de los españoles de Trejo llamado Francisco de Aguilera, hombre viejo de sobre sesenta años, ceñido con sola una manta vieja por la cintura, sin otra cosa que le cubriera, y así andaba ya tostado como los indios, flaco, macilento y amarillo, la barba y el cabello muy crecidos, y con su cataure al hombro como los demás, el cual, en conociendo á los españoles, con las muestras de alegría que se pueden mejor considerar que decirse, fué á ellos, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas, y su lengua un instrumento de alabanzas divinas por la misericordia que con él había usado el cielo en sacarlo de tan terribles tormentos de seis años entre aquellos bárbaros Caribes. No fueron menores las lágrimas de sentimiento alegre y compasivo que derramaron los soldados á su vista, en especial el Capitán Domingo Lozano, que habiéndole regalado y vestido con lo que la piedad soldadesca le pudo socorrer en aquella ocasión y paraje, le comenzó luégo á preguntar por los de la Provincia y por sus compañeros, á que respon-

dió habérselos ya comido á todos, y que no sabía otra causa que le hubiese movido para reservarlo á él, sino ora la intercesión de la Reina de los Angeles, á quien se había encomendado, teniendo devoción con el Sacro Misterio del Rosario, y que aquella noche de antes había tenido no sé qué alegrías de corazón, con esperanzas de que había de salir de aquel penoso captiverio en que había pasado aquellos seis años sirviendo al Cacique Matora de hacer rozas y otros servicios personales.

4.º Gastó toda la noche en referir estas inhumanidades crueles que habían usado con él y sus compañeros antes que los matasen y se los comieran, con muertes atrocísimas, entre las cuales le fueron muy más las de dos, llamados Tomás Gutiérrez y Alonso de la Roca, pues metiéndoles dos estacas gruesas en forma de asadores por la vía ordinaria y saliendo por las espaldillas, los asaron vivos á un gran fuego en cierta borrachera solemne que hicieron. A los demás se fueron comiendo degollándolos primero, sin dejar perder gota de sangre, pues aun las que se derramaban lamían aquellas bestias feroces, como los alanos en la carnicería. De los cuales hechos y de otros que contaba el viejo, se metió tanto en cólera el Capitán, que hizo colgar á los siete gandules luégo al rededor de la labranza y puesto donde estaba, el cual dejaron á las dos de la mañana y á los indios en sus horcas, y comenzaron á marchar, guiándolos el Francisco de Aguilera, la vuelta de la casa de Matora, que la cercaron al romper del alba, y dando en ella Santiago, sacaron de esta vida á veintiséis indios, tomando ocho gandules vivos con más de otras veinte piezas de mujeres y chusma, y entre ellas la del Cacique y dos hijos suyos, y lo mismo hicieran con él si no hubiera ido aquella tarde de antes á ver un hermano suyo. Ranchearon también hasta quinientos pesos de buen oro, con otros trastos de cosas de españoles que tenían robadas, con todo lo cual, y cargados los prisioneros de maíz y otras legumbres que hallaron, tomaron la vuelta del Real, donde fueron bien recibidos y estuvieron solos seis días, hasta que tomando la vuelta de su derrota, llegaron al Valle de Cutiva, donde sentaron rancho sobre la quebrada de Aipe por algunos días, que fué como esperar á los Pijaos, que les venían siguiendo con intentos de lo que hicieron, que fué darles un madrugón una mañana al cuarto del alba quinientos que venían, que á no estar nuestros soldados tan prevenidos y vigilantes, con que pudieron resistirles con valor de sangre española, fuera lo peor para ellos, como lo fué para los bárbaros, pues á la primera embestida quedaron tantos muertos, que les obligó á retirarse, aunque no del todo, pues volvieron luégo á acometer con mayores bríos á los soldados, que acerando los suyos, aunque se trabó de ambas partes una fuerte batalla, viendo los salvajes que llevaban lo peor, se retiraron con tanta priesa ya al amanecer, que por mucha que se dieron los nuéstros á seguir el alcance, no les fué posible hacer

algún efecto bueno, y así contentándose con los que habían tenido por favor del cielo, pues de nuestra parte ninguno había muerto y de la de los bárbaros tántos, aunque el Capitán quedó herido en un brazo y otros cinco soldados, otro día por la mañana comenzaron á marchar la vuelta de la provincia de su conquista, á donde llegaron en veinte días de camino y les sucedió lo que dejamos dicho de su primer entrada en el Capítulo diez y nueve, Noticia cuarta, número primero.

CAPÍTULO XXVII

1.º Toma el Capitán Diego de Bocanegra á su cargo las conquistas de los Pijaos—2.º Desbaratan los nuéstros una emboscada, con prisión de algunos indios—3.º Embisten los indios el fuerte de los españoles, y lo que sucedió—4.º Salen algunos indios de paz y puebla el Capitán Bocanegra.

DESPUÉS de haber militado el Capitán Diego de Bocanegra con el Capitán Domingo Lozano, como hemos visto, y escapádose de las muertes y incendios de San Vicente de Páez entre los pocos que se escaparon de ella, cuando también mataron al Domingo Lozano (como ya dijimos) y siendo inclinado á las ocupaciones militares todo el tiempo que vivió, hasta los ochenta años (que fué en la edad que yo lo conocí en el Chaparral, aun con razonables bríos), no podía sosegar si no los empleaba en la milicia, con los cuales, y por ver la justificación de la guerra y castigos y necesidad que había de hacerlos á estos indios Pijaos, se determinó á venir desde la de Ibagué á esta ciudad de Santafé, á pedir la conquista de aquellas provincias á la Real Audiencia, que viendo la importancia que esto tenía y ser la persona á propósito, vinieron en ello los Oidores, sin reparar en otra cosa que en el poco caudal del Capitán Bocanegra para tántos gastos como forzoso habían de ocurrir para lo que pretendía, á lo cual se satisfizo con facilidad con el crédito que le hizo de seis mil pesos una hermana suya, llamada Doña Isabel de Bocanegra, mujer poderosa, como se echó de ver en esto y en los socorros que le hizo á su hermano en todas las ocasiones de la guerra, que fueron causa de que hoy los haya ella bien menester, por su mucha pobreza en esta ciudad de Santafé, de donde es vecina, y donde este Capitán, con este caudal, se hizo de municiones y pertrechos de guerra, y sacó algunos soldados, que con los de otras partes juntó hasta sesenta, y tomando la vuelta de la ciudad de Ibagué, donde acabó de disponer su entrada ya el año de 1572, con muchos indios amigos de su servicio, dió principio á las de las provincias de su conquista sin detenerse hasta la de Cutiva y Natagaima,

y sentar su Real sobre el gran río Saldaña, que desciende de ellas, por parecerle el puesto acomodado para correr desde *allí* y dar vista á toda la tierra y indios.

2.° De los cuales á cuatro ó cinco días llegaron hasta diez ó doce al Real, con apariencias fingidas de paz encubierta, con algunas comidas que llevaban á los nuéstros; pero sus principales intentos eran sólo de dar vista á los soldados, y á la vigilancia y cuidado con que vivían, y siendo mucho, con él vinieron á conocer, en especial el Capitán, los intentos de estos indios y aun á sospechar no tardarían los bárbaros de venir sobre ellos á probar sus brazos y armas, con que no las soltaban de las manos, aunque ocupados en fortificarse con fuerte palenque que comenzaron á hacerlo luégo con ayuda de los diez ó doce indios, que hasta verlo acabado del todo con sus cubos y troneras no les dejó volver á su tierra. Hízolo entonces enviando con ellos á decir á sus compañeros cómo iba á conquistarlos, y que advirtiesen no le diesen ocasión á consumirlos á todos con las guerras que les pensaba hacer; díjoles esto el Capitán Bocanegra con tanto valor y brío de palabras, que salieron del Real atemorizados los indios, pero no por eso lo quedaron los demás de la provincia, ó porque éstos no se lo supieron representar á los otros, ó porque no se les dió mucho á ellos, pues tuvieron atrevimiento á menos de ocho días de echar una emboscada á los nuéstros, bien cerca del Real, metiéndose sobre trescientos indios en un cañaveral cerca de una labranza de batatas, que estaba tan cerca del fuerte, que *sólo* mediaba *entre él y* ella una barranca colgada sobre el río, alta de cincuenta brazas. Para salir los bárbaros mejor con su intento, enviaron doce ó catorce indios á sacar las batatas de la roza, para que viéndolos los nuéstros desde el Real, si fueson á cogerlos, los cogiese á ellos la emboscada, como sucediera si el Capitán diera licencia á algunos soldados que se la llegaron á pedir para el efecto. A que no acudió, diciendo les estaban muy de lo nuevo, y que él tenía por cierto ser estratagema de los indios, y para que lo *conozcais* más á la clara, decía el Capitán, "Veníos diez arcabuceros conmigo, y el resto de los soldados cuando vean salir la emboscada que está en aquel cañaveral, dispare la arcabucería desde lo alto de la barranca." Salió, dada esta orden, el Capitán con sus diez arcabuceros, que llegando en secreto á un puesto acomodado y disparando de él las escopetas por entre las cañas, hicieron salir de ellas los más de trescientos bárbaros emboscados, á quien dispararon tan á tiempo los de la barranca, que viéndose los indios maltratar de ambas partes, no hallaron otra más acomodada á su huída que la del río, donde se arrojaban tan atropelladamente que no dejaron de ahogarse algunos, que con siete indios que cogieron á manos y diez que hallaron muertos en el cañaveral, no fué pequeño el estrago que se hizo en ellos de este primer encuentro.

3.º De que quedaron tan irritados aquellos y las demás provincias convecinas, que trataron luégo de hacer junta general para dar sobre los nuéstros, por verlos tan de asiento en sus tierras, como se echó de ver en la multitud de humos que dentro de cuatro días divisaron los nuéstros en los altos de la provincia de Ombecho, donde se hizo la junta, que sirvieron al Capitán de aviso para estar con él en toda ocasion bien requeridas las armas, puestos por centinela los soldados de más satisfaccion, reforzados los cubos del palenque con duplicadas maderas, repartiendo las municiones, visitando el Capitán por su persona los centinelas y todos los cuartos, siempre con su escopeta á punto, como quien esperaba haber de ser necesarias todas estas diligencias, que no fueron en balde, pues á los seis ó siete días de los humos, estando sobre tarde en conversación con sus soldados el Capitán, advirtieron que de cuando en cuando, sobre una cuchilla, mostraba la cabeza un indio y la volvia á esconder, en que conoció el Capitán sería cierto aquella noche el gentío de los bárbaros sobre ellos, como sucedió, pues á la mitad de ella oyeron las centinelas á la parte del río un ruido y murmullo sordo, que era de muchos bárbaros, haciendo escalas de bejucos y varas gruesas para subir por la empinada barranca del río, mientras entretenía nuestra gente otra tropa de ellos que había de acometer el fuerte por la puerta. Entendiéndoles la traza el Capitán por el ruido y vistas que dieron á los de las escalas y barranca, hizo poner sobre ella diez arcabuceros y diez piqueros reforzando los demás puestos para todo suceso, que fué al cuarto del alba el acometer los bárbaros á la puerta del palenque con valientes brios de romperla, como lo hicieran á no hallarla con tanta defensa, como también la tenían las treinta escalas que tenían puestas en la barranca, llenas todas de Caribes, que iban subiendo, pensando estarían los nuéstros con descuido, fiados en su valiente altura y derrumbadero, y engañados con esto los primeros que iban subiendo y tomando el alto, quedaron á manos de los nuéstros trece ó catorce vivos y amarrados; muriendo muchos de los que iban gateando por las escalas, que por huír de los arcabuces y ir subiendo ellos en hiladas unos tras otros, los de arriba iban atropellando á los de abajo, todos caían y muchos se hacían pedazos. No holgaban en el entretanto los de arriba, pues con valientes brios y halgazara hicieron un portillo en la cerca, por donde pudieran entrar bien á su salvo y muchos, á no defenderlo seis valientes rodeleros, que fueron Juan de Arismendi, Lorenzo Lobeira, Francisco Trujillo, Diego Sánchez, Luis Dorantes y Miguel de la Oya, que con tan gran valor hicieron resistencia á los bárbaros, que no entraba ninguno que no le hiciesen pedazos, y fueron tantos, que los cuerpos muertos hacían como baluarte y ayudaba á hacer más dificultosa la entrada á los demás, que estaban tan furiosos y encarnizados, que arrimándose con infernal rabia á la puerta, dieron con ella en tierra

y comenzaron á entrar con tal orgullo, voces y ruido, que parecía hundirse el mundo, y aun esto les fué de inconveniente á los bárbaros y de socorro á los nuéstros, que por entrar tan de tropel, se quebraban las lanzas bárbaras, cayendo unos sobre otros por la estrecha puerta, con que á palos con las mismas astas hacían bravo estrago los soldados, aunque por ser tantos los bárbaros, se veían apretados y aun sin esperanza de que los defendiesen sus manos, si las del cielo no los socorrieran tan á tiempo, infundiendo un tan gran temor en los Caribes, que no veían por dónde huír, arrojándose unos al río, y otros despeñándose por altos peñascos, de donde se les siguieron muchas muertes, y siendo solos dos de los nuéstros los que murieron, y diez y ocho los que quedaron heridos, que viendo todos avisado aquel favor de la mano poderosa de Dios, levantaron á él los ojos de rodillas, dándole muchas gracias y después á su Capitán, pues aquella noche había mostrado tanto el valor de su persona, que con ser pequeña parece había resucitado las hazañas de Hércules.

4.° No apostó indio por todas aquellas circunferencias, ni le pudieron dar vista, dentro de ocho días, hasta que al último de ellos llegó al Real de paz un gran Cacique llamado Tala, acompañado de más de cincuenta indios cargados todos de bastimentos para el Capitán, y de más grandes deseos de que los recibiera por amigos, á que acudió con palabras afables el Diego de Bocanegra, y trató con tantas caricias, con palabras y algunos donecillos de cosas de Castilla, como cuentas de vidrio, machetes, cuchillos y otras cosas, que cebados de esto y del buen tratamiento que les hacían, entraban cada día tropas de buena paz, que fué creciendo cada día tanto, que en ocho meses que anduvo este Capitán por aquellas provincias, salían á servir más de quinientos indios. A quien un día, estando muchos juntos con el Cacique Tala, dijo el Bocanegra cómo estaba determinado de irse á poblar sobre el río de Amoyá (de cuyas aguas frescas y delicadas se ha apagado mi sed hartas veces), y que se sirviesen de acudir á hacerlo sus casas y rozas y lo demás que se le ofreciese á su campo, pues ya las amistades estaban tan de fundamento y asentadas. Lo cual prometiendo el Cacique con el resto de los indios, dentro de tres días levantó ranchos y su Real el Capitán Bocanegra, y habiendo llegado al pié de la Loma Gorda en la provincia de Amoyá, lo sentó allí sobre el río, acudiendo los indios á cuantas facciones se ofrecían con muestras de voluntad y diligencia, con la mucha que en seis meses continuos entró el Capitán y desvolvió aquella provincia de Amoyá, con ser la mayor y más principal de las de estos indios, la sujetó y aficionó de manera que ya salían á servir á los nuéstros más de ochocientos indios, con que los soldados estaban quietos y con gusto. Que les duró poco, comenzándolo luégo á enturbiar y inquietar la envidia de algunos vecinos de la ciudad de Ibagué, que envidiosos de la buena fortuna y suerte que

iba teniendo el Capitán Bocanegra, despacharon (dicen que de parte de aquel Cabildo) á ciertos vecinos, requiriéndole que poblase una Villa sujeta á la ciudad, donde nó, que saliese de la tierra y dejase la conquista, porque ellos la querían hacer á su costa; ocasión bastante para acedarse el Bocanegra y con sentimiento responderles que no habiendo entrado él allí por orden del Cabildo de Ibagué, sino de la Real Audiencia, no le estaba bien dejar la conquista si los señores de ella no se lo mandasen, y así haría lo que más conviniese según el orden que le tenía dado. Desabridos los mensajeros de Ibagué por no querer guardar el que ellos enviaban á darle al Bocanegra, tomaron la vuelta de su ciudad llevándose sonsacados seis soldados, con harto sentimiento del Capitán, que lo mostró bien, pues alzando luégo todo su campo del puesto donde estaba, se vino y rancheó sobre la quebrada que llaman de Ortega (que yo he pasado hartas veces), donde luégo comenzó á fundar una ciudad que le llamó Santiago de la Frontera, año de 1572, á quien puso Justicia y Regimiento, habiendo precedido todas las ceremonias que en tales facciones se usan, que no causó poca envidia á sus émulos y paisanos de Ibagué y mucho mayor á uno que pretendía toda la sierra de Coyaima en encomienda, donde había á la sazón dos mil indios, que fué causa, según dicen, para que se deshiciese aquella nueva población con brevedad, como veremos.

CAPÍTULO XXVIII

1.º Salen algunos indios de paz al Capitán Bocanegra—2.º Váse á las conquistas de Gualí y despuéblase la ciudad entre tanto—3.º Vuelve el Capitán de la guerra de los Gualíes—4.º Traición de los indios y salteamiento, y el castigo de esto.

NO perdiendo tiempo el Capitán Bocanegra mientras estuvo en la nueva ciudad, anduvo siempre desvolviendo sus provincias fronterizas con tal industria y buenos efectos, que de muy buena paz acudían muchos indios de todas ellas á hacer las rozas y sementeras que les ordenaban sus vecinos, que estaban ya satisfechos de que aquello fuese fingido en los indios, que á lo último de año y medio que fueron procediendo en esto, trató el Capitán, por la satisfacción que ya tenía de los Caciques y indios, de hacer repartición y apuntamientos de ellos en sus soldados, como lo hiciera si á la sazón no sucediera enviar á pedir socorro á esta Real Audiencia de Santafé el Adelantado Don Gonzalo Jiménez de Quesada, contra los indios Gualíes, que segunda vez se habían alzado, habiéndolos ya él pacificado, para lo cual, entre los demás Capitanes en quien la Real Audiencia puso los ojos, fué en este Capitán Diego de Bocanegra, que fué (como dicen) descomponer un santo para componer otro, pues no era menos considerable, sino mucho más (como lo dijo el discurso de los tiempos desde luégo) la conquista en que este Capitán estaba ocupado, que la pacificación de los Gualíes, que fué entrando ya el año de mil y quinientos y setenta y cuatro, en el que yo nací.

2.º Pero al fin sea lo que fuese de esto, la Real Audiencia le envió orden para que dejando en su ciudad de Santiago de la Frontera el que era necesario para su conservación y crecimiento, y dejándole caudillo de satisfacción y los soldados que conviniesen, con el resto saliese en socorro del Adelantado Quesada á los Gualíes, prometiéndole se le darían también á él (allanados éstos) para proseguir sus conquistas. Cebado de esto y más de obedecer á lo que su Rey le mandaba, dejando por su Lugar Teniente en la ciudad al Capitán Francisco de Dorantes con veinte y cuatro soldados, que eran todos los que pudo dejar después de treinta que él sacó para llevar en su compañía, tomó con esto la vuelta de la ciudad de Mariquita y de ella á la de Santa Agueda, donde estaba retirado el Adelantado, mientras se juntaba fuerza de gente para contra los Gualíes. No perdiendo esta ocasión de la ausencia del Capitán Bocanegra el fuerte émulo que tenía en la ciudad de Ibagué, salió de ella y llegó á esta de Santiago con intentos de disponer cómo se despoblase por sus particulares intereses, como lo diligenció y salió con ello, porque luégo que llegó, se estrechó aparte con el Capitán Dorantes, y manifestándole sus intentos, que eran de

que se despoblase aquella ciudad, pues estando ella en pié y en posesión de la tierra el Capitán Bocanegra, no saldría con lo que pretendía; le prometió, si daba traza cómo se deshiciese la ciudad, de casarlo con una hija suya y darle ocho mil pesos; con lo cual, casado el Dorantes, con harta facilidad y sin fundamento de seguro en lo que le ponían á la mira, le dió de que haría lo que le pedían, como lo comenzó luégo á poner en ejecución, pasados quince días, para deslumbrar sospechas de dónde se originaba el desamparar la ciudad, juntando después de este tiempo á mal Consejo de Guerra á los vecinos de ella y diciéndoles lo determinado que estaba á dejarla, porque le parecía que al Capitán Bocanegra no le dejarían volver tan presto á ella, y que estaban allí baldíos, sin entretenimientos ni provecho, y que era cierto que no se había de acabar aquella conquista, por los muchos contradictores que tenía, y que podría suceder que viendo los indios cuán pocos soldados sustentaban el pueblo, diesen sobre ellos y los acabasen, y que así sería mejor asegurar sus personas y buscar mejor ventura en otras partes.

Por lo bien que les iba en ésta á los vecinos con el buen servicio que les hacían los indios, y sin rastro hasta allí de rebeliones, cuadraron estas razones á pocos, en especial al Sargento Arismendi, que á la sazón era Alcalde de la ciudad, y así de parte de ella y de Su Majestad requirió al Dorantes no le desamparase, pues la tenían bien cercada y con abundancia de mantenimientos, en tierra de buenos temples y países, los indios con entera paz acudían á ella, por lo cual le protestaba todos los daños que resultasen de su desamparo, á que el Dorantes sólo respondió haría su voluntad, como lo hizo saliéndose aquella noche con ocho soldados la vuelta de la ciudad de Ibagué, donde pidiendo el cumplimiento de la palabra que le había dado del casamiento y dote (sin advertir que palabras y plumas se las lleva el viento), no sólo no se la cumplieron, pero aun antes le llenaron de tantos temores ponderándole la maldad que había cometido en salirse y desamparar la ciudad de Santiago, por lo cual le sería más á propósito, desamparando también la tierra, irse á buscar mejor acomodo y ventura al Pirú, que lo hubo de hacer así, tomando con los soldados que había sacado consigo de la nueva ciudad, la vuelta de la Gobernación de Popayán, como un hombre desesperado y que se hallaba frustrado de lo que con tanta facilidad le había creído.

3.º Viéndose el Alcalde Arrismendi con tan poca gente como le había dejado el Dorante, con que juzgaba por imposible el poderse defender de cualquier ruido de guerra que le sobreviniese, desamparando aquel sitio, trasmigró la ciudad sobre el río Cuello, que está más al Sur cuatro ó seis leguas, donde asistió otros tantos meses, hasta que al fin de ellos, apaciguados los Gualíes, volvió allí el Capitán Bocanegra, de donde luégo tomó la vuelta de esta ciudad de

Santafé, á querellarse de los que habían sido causa de despoblarse la ciudad y poner con esto más fuerza á pedir el socorro que le habían prometido para pasar adelante con sus conquistas, á que se le respondió dada su querella y demanda, que en lo que tocaba á el haberle despoblado la ciudad se le haría justicia, pero que en el socorro no había lugar por entonces, por la penuria que había dejado de soldados en todo el Reino la guerra de los Gualíes; que se quietase por entonces en su ciudad, haciendo lo que pudiese en conservarla hasta que se mejorasen los tiempos y le pudiesen socorrer con gente, como lo hizo asistiendo en ella con sólo catorce soldados año y medio, sin poder aguardar más tiempo, por no haberle enviado en éste ningún socorro, y así después de haber gastado de sus expensas y de su hermana más de ocho mil pesos y que al Dorante no se le podía dar alcance, ni se castigaba el delito que había cometido el que había sido el promotor de que se despoblase la ciudad de Santiago, desamparando aquellas tierras, tomó la vuelta de la Gobernación de Popayán, donde en la ciudad de Buga, atendiendo el Gobernador á sus muchos méritos, le dió una encomienda de indios, de donde tuvo alguna ayuda de costa algo importante, aunque más lo fué él á la ciudad, no estando jamás ocioso y sin serle de importancia en muchas ocasiones.

4.º Como sucedió en éstas, un vecino de Buga llamado Juan de Acegarreta, que tenía un razonable repartimiento de indios, para su defensa tenía hecho un razonable fuerte de cuatro tapias en alto con su contrafoso de tres varas de ancho y dos de hondo, con una torrecilla de mampuesto bien fuerte, en que tenía tres arcabuces con sus municiones y otros tantos españoles que los jugaban cuando lo pedía la necesidad, las puertas fuertes y chapeadas de hierro, que todo prometía inexpugnancia para las flacas armas, que sólo son lanzas, de estos indios Pijaos, acostumbrados á saltear y destruír aquella tierra, pues echando tanteo de los daños que han hecho en personas de su distrito, han pasado de cuatro mil indios amigos los que se han comido y muchos españoles, hombres y mujeres, con otros estragos considerables, como lo hicieron ahora en este fuerte, en el cual, abriendo cierto día el portero la puerta á las nueve de la mañana, hora en que siempre se abría por estos inconvenientes, para que saliesen los indios á las labores de trigo y otras granjerías de aquel país, habiéndose emboscado aquella noche, sin ser sentidos, sobre quinientos indios Pijaos junto á las paredes del fuerte, embistieron con tanta fuerza á la puerta, que sin poderles hacer resistencia ni atajarles los pasos, se lanzaron casi todos dentro, donde comenzaron luégo hacer tan terrible estrago, que dentro de una hora hicieron pedazos y cogieron vivos más de ochenta indios amigos, hombres y mujeres, y tres españoles, sin cesar con esto la furia de estos bárbaros, pues la empleaban también en matar cuantos caballos y bueyes y otros animales

había del servicio de la hacienda, sin escaparse otra cosa viva que un indio por un albañal, que fué aprisa á dar la nueva á la ciudad. Donde hallándose á la sazón el Capitán Bocanegra, se ofreció tomar á su cuenta el alcance y castigo de estos bárbaros, como se le concedió, y salió otro día con treinta y cinco soldados que se hallaron para tomar armas y cincuenta indios amigos, con que fué siguiendo el resto de los salteadores, con tanto cuidado y diligencia, que con la brevedad que pedía el caso llegaron al páramo y les dieron alcance en un sitio donde no pudo ser menos sino que la apretura de él les obligó á pelear con nuestros soldados, trabándose de ambas partes tan fuerte guazabara, que por dos veces estuvieron casi vencidos los nuéstros, por ser tanto el numeroso barbarismo, y por ventura lo fueran del todo, si el Capitán no advirtiera en cogerles las espaldas á los bárbaros con diez arcabuceros, que fué el total remedio de los soldados, porque enseñoreándose desde un alto de los indios, les pusieron en tales angustias con los arcabuces, que estando la ladera algo resbalosa por un paramillo que caía, les fué forzoso volver las espaldas, y á los nuéstros gustó el seguirlas con tan buen coraje, que hubieron á las manos toda la presa que llevaban de cuarenta indios y indias que llevaban vivos, y toda la carne de los muertos, haciéndola despeñar en partes que no pudieran aprovecharse de ella aquellas fieras carniceras, como lo hicieran, pues de diez y de veinte días las suelen sacar y comer: tales son las bestiales costumbres de estos bárbaros, de quien también hubieron los nuéstros vivos diez y seis, dejando muertos más de sesenta, y ellos de los nuéstros tres soldados y heridos cinco. Con que tomó el Capitán la vuelta de la ciudad de Bogotá, sin que los Caribes se atreviesen á seguirlos, donde fueron recibidos con el aplauso que merecía el hecho, y otros muchos que á este modo hizo en otras ocasiones.

CAPÍTULO XXIX

1.º Roban los indios unas estancias y sale á castigarlos Bocanegra—2.º Socorro que le envía para esto la ciudad de Buga—3.º Pide la conquista de los Pijaos el Capitán Talaverano—4.º Desbaratan los indios á un caudillo llamado Roa, y lo demás que sucedió.

OTRA ocasión se le ofreció á este Capitán contra estos bárbaros indios no de menor cuenta que la pasada de los indios de su encomienda, que era no léjos de la margen de un caudaloso río llamado Tuluá. Tenía fundada una estancia de donde á distancia de media legua estaba otra de un yerno suyo, Felipe García, y á otra media otra de otro vecino Pedro Barbosa, donde estaban tres soldados y una española, y en la de Felipe García su mujer, dos cuñadas y cinco hijos, y otra mujer casada. Determinándose estos bárbaros de dar sobre estas estancias, pasando de largo por la del Bocanegra, que era la primera que habían de encontrar bajando de su sierra, dieron en la postrera del Barbosa á tiempo que sin hallar resistencia bastante, matando los dos españoles y cogiendo el uno vivo, hubieron también á las manos, muertos y vivos, veinte indios amigos, con todo el pillaje que pudieron ranchear, y revolviendo sobre la segunda estancia, habiéndolo sabido con tiempo el dueño de un indio amigo, montó á caballo á darle aviso, y se escapó con su mujer y hijos y lo que en su casa había, por una acequia que corría por una labranza de arroz, por donde fueron apurando un cuarto de legua al río de Tuluá, á cuya márgen se emboscaron en un espeso cañaveral, de suerte que cuando entraron los Caribes á la estancia del Felipe García, robaron cuanto menaje había quedado en ella, hasta deshacer los colchones, y llevaron á manos catorce indios y indias de los amigos.

Llegando esto á los oídos del Capitán Bocanegra, que á la sazón se hallaba en la suya, y á reír del alba (porque todo esto había sido al postrer cuarto de la noche), mandando ensillar dos caballos que tenía de rúa, subió en el uno, que era rucio, con su lanza y adarga, y dando á dos indios ladinos de su servicio dos escopetas y municiones para que se las fuesen cargando en tiempo de la ocasión y el otro caballo para que se lo llevasen de diestro junto á sí, tomó la vuelta de la estancia robada en demanda de los salteadores, que los encontró pasado el río, en una gran vega llana que hace, con quien comenzó luego á escaramuzar, haciendo entre ellos entradas y salidas con principales intentos de rescatar alguna de sus hijas ó nietas. Andando en esto, reconoció una ropilla de jergueta azul que era de ellas, con que iba vestido uno de los bárbaros, que fué causa de embravecerse de manera el Capitán, que entrando furiosísimo por entre ellos con el valiente caballo, derribó de la primera carrera siete; hiciéronse todos una

piña, tendiendo las lanzas contra el caballo, defendiéndole la entrada á desbaratarlos, como fuera imposible romper con solo el caballo por tantas lanzas si con una de las escopetas que le dió uno de sus indios cargada, no rompiera la junta por una parte, por donde se lanzó luégo con su caballo, lanza y adarga, llevándose de aquella vez otros cinco en sus atropellados, y heridos de muerte, volviéronse á juntar otra vez en cerrado escuadron, que desbaratándolo con las escopetas, hizo por entre ellos otra acometida en que mató otros nueve, y á él le lancearon el caballo, con que le fué necesario subir en el otro y mandar á los dos indios le trajesen otros dos de la estancia, que los tuvieron allí dentro de una hora, en que tampoco holgó el Capitán, pues escaramuceando con los bárbaros, les quitó cinco indias que llevaban vivos y á un español, con cuya ayuda, habiendo subido en uno de los caballos que trajeron y con una escopeta que le dió, les acometió con valerosas fuerzas y principalmente al que llevaba la ropilla de su nieta, que atravesándolo con la lanza y quedando muerto, se la quitó, sacando de esta vida algunos otros, de que cobraron tan gran temor los bárbaros, que les pareció serles partido valerse más de los piés que de las manos, y llegando en esta ocasión, que comenzaban á huir, el yerno del Bocanegra con otros cuatro compañeros, siguieron con tantos bríos al bárbaro gentío, que llegaron hasta el río de Buga la Grande, habiendo muerto primero y herido gran suma de ellos, los cuales de la otra banda del río, llegando ya á la cera del monte, salió de entre ellos un gandul y jadeando de cansado, que hincando la lanza en el suelo y poniendo las manos en los ijares, en su lengua iburronga comenzó á decir: "Yo, Capitán Bocanegra, soy señor de la provincia de Cacatsima, que no entendiendo estaba en esta tierra, me atreví á lo que he hecho; vuélvete, pues nos has quitado cuanto traíamos y me has muerto mucha gente; vuélvete, que ya no podemos más de cansados; conocemos tu valor y que eres hijo del sol y inmortal; yo te aseguro que no volveremos más sabiendo que estás en estas partes."

2.º Oyendo esto el Capitán (de que no hizo mucho caso), y advirtiendo ser ya muy sobretarde, y poca la gente que le acompañaba para seguir más adelante á los bárbaros, haciéndoles la puente de plata y contentándose con lo hecho, y que había tres leguas desde allí á sus estancias, y sin comidas ni comido aquel día, tomó la vuelta de ella por el llano que habían ido, donde hallaron muertos cincuenta indios enemigos, y todo lo que habían robado en las estancias, derramado por aquel suelo, porque con la angustia de la pelea no lo habían podido conservar los bárbaros; rescatadas veintiséis personas y toda la carne de los muertos, que hicieron enterrar en parte excusada y oculta para que lo estuviera á los indios y no la desenterraran. Habiendo llegado por las vueltas esta facción del Capitán Bocanegra á la ciudad de Buga, con

ellas se juntaron treinta soldados y con los pertrechos que con la prisa pudieron hallar, salieron al socorro del Capitán, que encontrándolo y viéndolos mal apercibidos de municiones, y que no era ya tiempo de seguir á los bárbaros, por lo mucho que se habrían ya alargado, no le pareció seguir el alcance, sino volverse á sosegar á su casa, como lo hicieron los indios cumpliendo su palabra, pues en más de quince años no volvieron por aquellos parajes, ni el Capitán Bocanegra por algunos días á tomar de propósito las armas contra ellos; pero como las ocasiones que daban por otras partes no daban lugar á que no les se hiciese siempre guerra, luégo el año siguiente, que sería el de setenta y ocho ó setenta y nueve, entró en estas Provincias, despachado de la Gobernación de Popayán y á costa de toda ella, el Capitán Marín con ciento y veinte soldados, que no pudiendo cuajar cosa buena en la conquista, se hubo de volver con algunos muertos y heridos.

3.° Como también le sucedió al Capitán Bartolomé Talaverano (conquistador y poblador de la ciudad de Ibagué, como hemos visto), aunque valeroso en su persona, el cual queriendo emplearla y su hacienda, que no era poca, en la conquista de estos indios, vino á pedirla desde aquélla á esta ciudad de Santafé, que concediéndosela el Doctor Don Lope de Almendaris, que á la sazón era Presidente en esta Real Audiencia, entrado ya el año de ochenta ú ochenta y uno, tendió bandera, y en la misma ciudad y otras del Reino condujo hasta setenta buenos soldados, todos á su costa, con los cuales, las armas, municiones y pertrechos que pudo, tomó la vuelta de la de Ibagué, donde, para acabar de aviarse, gastó más tiempo del que habían menester los soldados, pues la ociosidad que allí tuvieron en tres meses (bote de maliciosas ideas y vía ejecutiva de maldades) fué causa de hacer mil travesuras, y entre ellas no fué la menor el revolver algunos de los soldados desde allí á esta ciudad de Santafé, con distar más de treinta leguas y hurtar (para no entrar en servicio á la guerra) algunas indias de él de algunas casas principales de la ciudad con que se revolvió toda ella, hasta despachar Juez con provisión Real para traer las indias y presos á los soldados y al Capitán. El cual con ellos había ya salido la vuelta de sus conquistas de la ciudad de Ibagué, cuando llegó este Juez, que yéndole desde allí siguiendo y habiéndole notificado la provisión, se determinó á venir preso él por todos, para componer estos disturbios, dejando con su gente en su lugar al Capitán Alonso Cobo, en el Valle de Santo Tomás, Provincias de Cacataima, donde tuvieron sentado el Real más de tres meses que se tardaron en soltar al Talaverano, por no haberlo querido hacer hasta que se restituyeron las indias á sus dueñas.

4.° No hicieron en este tiempo cosa considerable los soldados, más que comerse los matalotajes y padecer trabajos de hambres y otras calamidades;

causas todas de motines, como lo hicieron entre más de treinta soldados, y salieran con él y de la tierra, si Hernando de Lorenzana y otro Alférez, amigo suyo, no los quietaran con promesas y otras trazas que tuvieron, y así lo estuvieron hasta la llegada del Capitán Talaverano al sitio con nuevo socorro de matalotajes y armas después del tiempo dicho, donde estuvo cuatro meses con toda su gente, sin que hiciese cosa de consideración, porque los indios no les inquietaban, esperando, como ellos decían, que los nuéstros los inquietasen á ellos, con que los soldados perdían el juicio y lo andaban mucho por verse tan ociosos, hasta que por esta ocasión determinó el Capitán que con treinta soldados saliese un caudillo, escogiendo para esto (dejando otros maravillosos sujetos y más á propósito para ello) á un soldado, más fanfarrón que valiente, y de quien no se tenía experiencia más de lo que él blasonaba, llamado Roa, el cual con esta tropa comenzó á marchar la tierra adentro en demanda de la casa del principal Cacique, llamado Chequera, y habiéndose rancheado una noche, después de dos días de camino, cerca de ella, un soldado llamado Palomares, camarada del caudillo, dijo á la mañana, había soñado que se había visto envuelto con los Pijaos en una valiente guazabara, que oyendo la conversación el Roa, dijo sonriéndose á una criada del Palomares: "Paréceme que tu amo está con el judío en el cuerpo". Y mandando hacer de almorzar, dijo: "Muera Marta y muera harta". Y con gran chacota almorzando, que pensaba atravesar á Buga á comer bizcocho. Prevenido todo á la prosecución del viaje, comenzaron á marchar, mandando el caudillo apagasen las cuerdas, pues no había necesidad se gastasen en balde, á lo que replicó el Capitán Lorenzana, no era acertado, pues habían visto rastros y señales de emboscada, y así no la quiso apagar él ni otros dos ó tres compañeros suyos que iban en la retaguardia, que fué su total remedio, por haberla pagado todos los de la vanguardia y los demás que fueron marchando, avisando los de la retarguardia en altas voces: alerta! que estamos entre enemigos! De que airado el caudillo, dijo: "marchen sin temor", que apenas hubo pronunciado el último acento, cuando se levantó la emboscada de más de quinientos indios, con tanto ruido, trápala y presteza, que en un instante mataron el caudillo, por no haberle dado fuego una escopeta de pedernal que llevaba, con un macanazo en la cabeza; arrebataron muertos y vivos á toda la vanguardia y parte del batallón, muertos nueve españoles y vivos cinco, con más de veinte indios y indias de servicio, como lo hicieran también con los de la retaguardia, si el Lorenzana y los que llevaban cuerdas encendidas no les hicieran rostro, retirándose de ellos los nuéstros, á quien fueron siguiendo una legua, donde sucedió que queriendo un soldado herido que lo llevasen cargado, ponderando su trabajo y desmayo más de lo que era lo esforzó, el Capitán Lorenzana (á quien tomaron por caudillo luégo

que faltó el Roa), haciéndole abrir una sepultura para enterrarlo, con que se levantó y caminó el soldado más que los que iban sanos, hasta llegar al Real, andando en diez y ocho horas lo que habían caminado á la ida en tres dias, porque huír y caminar no es todo uno. Sabía ya el suceso, por un indio que se había escapado, el tal Talaverano, cuando llegaron los soldados, en que venían seis ó siete heridos, y dos tan mal, que luégo murieron.

CAPÍTULO XXX

1.° En lo que paró la jornada y conquistas del Capitán Talaverano—2.° Roban los indios al Gobernador de Popayán, Sancho García del Espinal—3.° Sale un indio á los nuéstros de fingida paz, y lo que de ello sucedió—4.° Vienen los indios sobre el fuerte de los españoles y dáse la batalla que llaman de Miraflores.

En lugar de seguir á los mal heridos Caribes el Capitán Talaverano desde aquel puesto, pues sin duda los cogiera en una borrachera que hicieron al tercer dia, levantó ranchos y se pasó á los llanos de la provincia de Coyaima, y á la falda de una serrezuela de donde se descuelgan apacibles aguas, de que se forma una quebrada agradable y de buena arboleda (como yo la he visto muchas veces) los asentó, y habiéndose fortificado de fuerte palenque, con grandes muestras de regocijo, fundó en nombre del Rey una ciudad á quien llamó del Escorial, nombrándole Justicia y Regimiento y metiendo en ésta, desde luégo, como hombre poderoso, muchos ganados mayores, con lo cual, y con rozas de maíz que se hicieron, tenían abundancia de sustento, y con esto mucho gusto los soldados, prometiéndose gran crecimiento en ella y en sus caudales. A donde llegó á los tres meses una india cristiana de las que habían cogido al caudillo Roa los indios, de quien se escapó y hablaba tales crueldades hechas en el resto de sus compañeras, que pasmaba á los que la oían, y entre ellas dijo que á un español llamado Magayo, metieron vivo en una olla (tiénenlas estos indios que caben dos y tres fanegas de maíz, que cuecen juntas) y después de cocido se lo comieron. La cual guardaban revuelta en bejucos y la mostraban por trofeo en sus borracheras. De la que hicieron después de la victoria del Roa, contaba también la india diciendo que dentro de tres días, si los siguieran los nuéstros, los pudieron haber á las manos, y que estaban con tanta avilantez por la victoria, que decían: no tenemos nosotros que buscar á este Capitán, que él nos buscará y traerá más carne que comamos. Dos años permaneció esta ciudad, haciendo en ellos algunas entradas de poca consideración el Capitán, hasta que viendo los soldados lo poco que allí medraban y que no trataba el Talaverano

de repartir la tierra, de ocho en ocho y de seis en seis la fueron dejando, hasta que del todo la desampararon todos, que fué el fin de la jornada del Capitán Talaverano, y cebo para pasar adelante estos Caribes sus maldades.

2.º Entre las cuales no se cuenta por la menor la que hicieron con el Gobernador de Popayán Sancho García del Espinal, el cual, volviendo á su Gobierno de esta ciudad de Santafé, á donde había venido á ciertos negocios, al pasar por el camino que llaman del Quindío, le salieron estos inhumanos salteadores, tantos y con tan valientes bríos, que matándole un español, un negro y una negra y tres indios de su servicio, las más de sus mulas y caballos, le robaron más de cinco mil pesos de oro, joyas y plata labrada. A cuyo castigo y de otros salteamientos pretendieron esta Real Audiencia, y en especial el Licenciado Alonso Lope de Salazar, Oidor de ella, que entrara persona de satisfacción. Despacharon á la ciudad de Buga al Capitán Diego de Bocanegra, que viniera á esta de Santafé y se encargara de esto, como lo hizo, dándole título de Capitán General, para que pudiese nombrar Capitanes y otros oficiales militares, y prometiéndole irle socorriendo con soldados y pertrechos como la necesidad lo fuese pidiendo, y para lo que el de presente tenía, le dieron luégo dos mil pesos de ayuda de costa, con que juntó cuarenta soldados en esta ciudad de Santafé y otras, tomando la vuelta de la de Ibagué, donde con lo que le ayudó su sobrino el Capitán Sebastián Fernández de Bocanegra, que fueron otros dos mil pesos, se acabó de pertrechar y aviar, tomando la vuelta de las provincias de Tamagala y Guarro, donde hizo castigos de tan gran consideración, que temblaba del todo la tierra. De donde partió en demanda de la provincia de Coyaima, que estaba soberbísima y más alzada que todas, por haber muerto poco había un valentísimo soldado llamado Mateo de Meneses. Aquí sentó su Real sobre la quebrada de Ortega, pienso que cerca ó en el mismo sitio que dijimos había tenido fundada la ciudad de Santiago de la Frontera, desde donde pareciéndole ser ya tiempo que le enviase la Audiencia el socorro prometido de gente para el castigo que pretendía hacer en los homicidas, escribió al Licenciado Salazar acerca de ello, y dándole cuenta de lo hecho hasta allí, á que le respondió no tenerlo olvidado de lo que le había prometido, que no vino á tener efecto por haberle suspendido en esta ocasión de su oficio al Salazar, que fué harto inconveniente para los buenos principios que iba dando á la guerra y castigos el Capitán Bocanegra.

3.º Que aunque sintió mucho el haberle faltado este tan valiente arrimo y muchos de sus soldados, por habérsele huído, no por eso se acobardó ni cesó de continuar sus facciones, pues con solos veintidós que le habían quedado, levantando ranchos, tomó la vuelta de las provincias de Tuamo por el río arriba de Otaima, hasta llegar al río y Valle de Miraflores, donde asentó su Real, aguar-

dando todavía el socorro de la Real Audiencia, que había de correr ya, como corrió, por mano del Doctor Galliéu Chaparro, que hacía oficio en ella de Presidente, como lo fué en muchos días. En uno de los que estuvo aquí el Capitán Bocanegra fortificándose, salió á él un indio valentón, Pijao, llamado Beco, echadizo por los demás de la provincia de Otaima, y haciéndole mil zalemas y sumisiones como ellos lo acostumbran, le dijo venía huyendo de sus parientes y amigos á su amparo y acogida, y que si se la hacía buena, iría con él á hacerles guerra á los de su provincia, mostrándole sus casas cimarroneras y manidas, y dándole industria cómo los hubiese á las manos. Pareciéndole al Capitán tenerlos ya en ellas por lo que éste le prometía, le regaló mucho, hasta sentarle á su mesa los diez días que estuvo allí el gandul, mirando la disposición del sitio y cuidado de la soldadesca, hasta que al fin de ellos le pidió licencia por algunos, diciendo iba á traer su mujer y hijos para venir á vivir con él, con que se partió del Real, quedando el Capitán bien sospechoso de la traición del indio y lo que sucedió, que fué un día ó dos antes del término que pidió el indio para volver, ver los soldados (que andaban hechos Argos, especulando señales si podían alcanzar por cilas la traición que sospechaban) bajar por el río abajo muchos monos que iban huyendo de los indios Pijaos, que caminaban por allí á dar sobre los nuéstros, con que salieron de sospecha de la traición de Beco, y tuvieron por cierto la guazabara con los Caribes, que el día siguiente, bajando por el mismo río, hasta llegar, ya que era muy de noche, á un tiro de escopeta del Real, hicieron allí asiento, y haciendo Beco como que dormía, se levantó de repente como infundido de un espíritu diabólico y dando mil saltos de placer, decía haber soñado tenía de su parte la victoria y las cabezas de los Capitanes en sus manos; hicieron antes de esto sus mohanerías, ritos y ceremonias, quemando leña de balsa y agorizando por la ceniza sus buenos sucesos, y porque éstos no faltaran en la buena disposición y orden en acometer.

4.º Ordenaron que el Capitán ó principal, llamado Plátano, llevando consigo seis indios con calabazas de agua, apagasen el fuego que los nuéstros tenían en el cuerpo de guardia, porque no tuviesen donde encender las cuerdas; Beco con otra tropa se pusiese á la puerta de los dos hermanos Capitanes Juan Velasco y Gaspar Rodríguez del Olmo, y que procurasen matarlos al salir de ella; el Cacique Chequera á la del Capitán General, y Pucharma con otra tropa á la de su sobrino Sebastián Fernández de Bocanegra, y el resto acometiese furiosamente á las demás rancherías. A las indias mandaron que cuando Beco tocase un gran caracol que traía al cuello, advirtiese que era señal de victoria y que saliesen á cargar la carne de los españoles muertos; lo cual dispuesto, partieron para el Real á las cuatro de la mañana, á las cuales horas solían acudir al fuerte para trabajar con la fresca algunos indios Tuamos, que desde que sen-

tó allí ranchos el Capitán General le salieron de paz. Estaban de posta en aquella hora dos valientes soldados: el uno de Madrid, Tomás de Ribera, y el otro mestizo, Melchor Muñoz, destrísimos arcabuceros ambos, que estando junto al fuego del cuerpo de guardia, vieron á una vista que iba pasando gente algo apartada, que entendiendo al principio ser los obreros Tuamos, advirtiendo que pasaban muchos, se les acercaron más para reconocerlos, que viendo los enemigos se les iban allegando los soldados, los arremetieron con furia tan diabólica y valiente, que á no serlo tanto los soldados y de tan buenos brios, bastaran los de los salvajes para hacerlos en un punto pedazos; viendo los bárbaros cuán valerosamente se defendían, y al fuego para que no lo apagaran, acometieron con la misma furia y valiente algazara á embestir con las puertas, á donde salió en un punto (porque no dormía) el Capitán General Bocanegra con su Sargenta y rodela, acompañado de un hijo suyo, Gabriel de Bocanegra, muy valiente soldado, y de otro mestizo, Diego de Irusta, con dos escopetas, que hicieron tan valiente frente al escuadrón del bárbaro gentío, que desbaciéndolo, quedó franco aquel lugar, á que ayudaron con no menos brios los Capitanes Juan Velasco y su hermano en compañía de un tío suyo llamado Bernardo Gutiérrez, no menos valiente que entrambos, que desbarataron otro escuadrón que iba llegando á la puerta, aunque al salir de la suya el Capitán Juan Velasco, el traidor Beco alzó la mano y le dió tal golpe con el caracol que llevaba, en la boca, que le derribó todos los dientes, dejándolo medio aturdido, á quien el tío Bernardo Gutiérrez tiró una lanzada tan acertada, que le atravesó y cayó muerto, á quien un indio amigo le quitó el caracol y se lo echó al cuello, como el Beto lo traía.

CAPÍTULO XXXI

1.° Victoria de los soldados contra los indios, y los que más se señalaron, y socorro que se les envía—2.° Salidas que hace el General Bocanegra, y sucesos de ellas—3.° Cosas que hallan de los españoles los soldados en una casa, y prisión de algunos indios—4.° Amistad falsa que viene á dar un principal indio, y lo que sucedió acerca de ella.

FUESE trabando la pelea entre cristianos y bárbaros, que parecía venirse los montes al profundo, retumbando las voces y ecos por entre aquellos Valles y peñascos; jugaba la arcabucería con tan buen modo, que no perdían tiro; los bárbaros hacían cuanto podían, meneando valerosamente las lanzas, con tanto ruido de trompetillas, fotutos y otros instrumentos confusos, que parecía un infierno; los soldados destripando, cortando piernas y brazos bárbaros desnudos, con bríos de leones desatados, que se los acrecentaba su Capitán con los muchos que mostraba acudiendo á todas partes como un pensamiento, el cual echando menos á dos sobrinos suyos y sospechando los tendrían cercados alguna hueste de bárbaros, tomó una espada y rodela y hendiendo por un escuadrón, entró á darles el socorro que habían bien menester, pues estaban cercados de más de cien indios, en que hizo tantas valentías que al fin los libró, aunque salió herido de dos lanzadas en la frente y garganta. Estaba neutra la victoria, por ser tantos y de tan valientes bríos los indios, hasta que después de dos horas largas que habían batallado y ser ya de día claro, comenzaron á retirarse los bárbaros, y el indio amigo que había tomado el caracol á tocarlo, cantando victoria, á cuya voz, con el aviso que tenían las indias, salieron á cargar la carne de los muertos, que viéndolas los nuéstros, las hubieron á todas á las manos, y dando tormento á algunas, confesaron notables maldades de los indios, que habían cometido en diversas ocasiones con los cristianos. Los cuales en ésta, reconociendo había sido esta victoria de la mano de la Suprema Causa, le dieron infinitas gracias, y dijo el Capitán Bocanegra: "Hasta hoy he peleado siempre por la honra, y esta noche por la vida," que fué Dios servido guardar la de todos los nuéstros, muriendo sólo Bernardo Gutiérrez, y heridos el Capitán, un hijo suyo y Juan de Mosquera, aunque no de peligro, pues sanaron, habiendo perdido la vida gran número de bárbaros de los mil que acometieron esta empresa. En la cual uno de los que con más valor se señalaron fué un manchego llamado Diego Collado, que con solas piedras hacía tanto estrago como el mejor arcabucero, pues no erraba pedrada, y á los más de cuantos acertó sacó de esta vida. Los soldados de esta facción fueron el Capitán General Diego de Bocanegra y su hijo, dos sobrinos suyos, el

Capitán Juan Velasco, el Capitán Gaspar Rodríguez de Olmo, Bernardo Gutiérrez, su tío, Diego de Irusta, Diego de Espinosa, Tomás de Ribera, Diego Arias, Pedro Galván, Juan Díaz, Melchor Muñoz, Diego Collado, Hernán López, Juan de Mosquera, Miguel de la Peña, Diego Callejas; de éstos, cuatro fueron sevillanos y uno de Madrid y otro manchego, todos los demás criollos; pero todos quedaron desnudos y hambrientos, por haberles robado y quemado los bárbaros cuanto tenían, dejándoles sólo la hambre, que la pasaron aosadas, hasta que les socorrieron de la ciudad de Ibagué y de esta de Santafé con ciento y treinta soldados aviados de armas, municiones y mataletajes que envió el Oidor Guillén Chaparro, que á la sazón presidía en la Real Audiencia, remitiéndolos con el Capitán Alonso Rangel, vecino de la ciudad de Pamplona, con orden á que se pudiese volver en entregándolos, prometiendo el Oidor al Bocanegra enviarle mayor socorro, hasta que de todo punto se acabase la guerra. Eran estos soldados de toda broza y los más chapetones y mozos, de que no se ausentaron pocos, pero prometiendo reparar este daño Juan de Tuesta Salazar, Gobernador á la sazón de Popayán, que todo vino á parar en solas promesas.

2.º Al fin, baliándose con buena copia de gente el Capitán General, determinó, dejando por cabo en el Real al Capitán Francisco Alférez, salir con sesenta soldados y cincuenta indios amigos á las provincias de Otaima y Cacataima, donde hizo hartos sangrientos castigos, y donde hallaron muchos bárbaros muertos de los que habían salido heridos de la gran batalla de Miraflores; hallaron en la casa de Chequera la olla embejucada en que dijimos habían cocido al soldado vivo, y en otro bulinelo redondo cerca de esta casa todas las cabezas de los soldados que habían cogido á Roa, amontonadas y cubiertas con un frutero de red hecho en la ciudad de la Palma, pendientes á la redonda de él, atados con unos hilos en modo de pinjantes ó argentería, los dientes y muelas de estas cabezas, que todo con la olla traían por trofeo en sus borracheras y fiestas, y habiendo hecho quemar todo esto el Capitán, pasó á la provincia de Otaima, donde yendo haciendo grandes castigos, asaltos y desbaratando muchas emboscadas, en un rancheo hallaron una cadena de oro que le habían tomado al Gobernador Sancho García, que pesaba ciento y treinta pesos, y un tejo de oro de cuatrocientos, y un arcabuz que tenía el nombre del mismo Gobernador, de letras de oro. Pasó de aquí á la provincia de Beuni y Maito, donde habiendo desbaratado, á costa de mucha sangre bárbara, famosas emboscadas, y dejando atemorizadas las provincias, en que padecieron los soldados tantos trabajos, en especial de hambres, pues les forzaron á matar un caballo y comerlo con palmitos, con más de sesenta prisioneros, después de tres meses que habían estado en estas facciones, tomaron la vuelta de Miraflores, de donde, dentro de quince

días, levantaron ranchos y dieron consigo en la mesa del Chaparral, á donde entraron víspera de la Epifanía, el año de mil y quinientos y ochenta y cuatro, desde donde despachó luégo el General, con una tropa de treinta soldados, al Capitán Miguel Fernández Gavilán á la provincia de Maito, en demanda de comidas, de que estaban harto faltos, que las trajo con abundancia dentro de diez días, viniendo muchos caballos y indios cargados de maíz y otras legumbres, con que pasaron hasta que se hicieron rozas, con que se sustentó la ciudad que luégo se fundó, llamándola Medina de las Torres, y poniéndole Justicia y Regimiento, con las ceremonias que en todo esto suelen preceder.

3.° Y habiendo dado asiento á la nueva ciudad, como era de corazón valeroso el Capitán, y que no sabía estar un punto ocioso, determinó salir con cincuenta soldados, y entre ellos Juan Rodríguez de Olmo y Miguel Fernández Gavilán, á dar vista á las espantosas provincias de Bulira y Toterambo, como lo hizo, pasando por las de Maito, Cacatuima y Otaima, atravesando sus riguroísimos páramos, en que se le emparamaron algunos indios amigos; llegando al fin á la de Bulira, dieron al principio de ella con una casa sola, sin gente, bien cerrada, y á la puerta arrimado un cuerpo seco de algún español, con las barbas rubias, vestido de angeo, acuchillado, aforrado en fustán ó mitán azul; tenían lo puesto allí para que espantase á los que intentasen abrir la puerta. Abriéronla los soldados, y entrando dentro, hallaron algunos pedazos de carne humana ahumada, unas mangas de raso negro, una frazada de vicuña en dos partes, un fieltro verde, un cordón de San Francisco, un escudo de frailes mercenarios, un crucifijo de plomo, una camiseta de paño pardo de Quito, dos ó tres cordovanes, zapatos, botines y alpargates, tijeras, hilo portugués y otras prendas españolas que habían asaltado en los caminos reales. Fuéronse entrando más en la provincia y en cierto paso, con buena industria del Capitán, hubieron á las manos una espía, que sirviéndoles de guía en unas profundísimas y obscuras quebradas, que más parecían retratos del infierno, dieron con los ranchos del valeroso indio Chanama, donde cogieron á su mujer y dos hijos suyos, y otras veinte ó treinta piezas, entre grandes y pequeñas, y algunas cosas de valor, hurtadas en los asaltos de los caminos reales, con que tomaron el suyo los nuéstros para pasar adelante.

4.° Pero sabiéndolo el Chanama, con cólera de un Demonio, tomando diez compañeros, se emboscó al paso de los españoles en unos espesos carrizales, de donde salió á tiempo y acometió con sus compañeros al batallón, donde iban su mujer y hijos, y peleó con una partesana y hizo tantas leonerías, hiriendo algunos soldados, que espantaba verle, hasta que le mataron de un escopetazo, matando ellos á un Francisco de Rojas de otro, con una escopeta que también dispararon, que la había tomado con su munición á algún pasajero. Sentaron

allí el Real por ocho días, y habiendo enterrado al Rojas en parte muy secreta y desalumbrada, al cabo de dos, ocultamente de noche lo desenterraron y se lo comieron. Dejando el Capitán en el Real el resto de los soldados, salió con veinte á correr la provincia, donde tuvo tan buena suerte, que dentro de un día natural hubo á las manos sobre treinta piezas, y entre ellas cuatro gandules, que en volviendo al Real, confesaron atrocísimas muertes que habían hecho en el camino de Cartago, y entre ellas la de un fraile franciscano, y que cuantos habían comido de él habían muerto de pestilentes disenterías. Habiendo vuelto con esta presa á su ciudad de Medina, dejando atemorizadas estas provincias, después que hubo descansado quince días, salió con otros cuarenta soldados en demanda de la provincia de Amboima y Ameyá, donde hizo de nuevo grandes presas, en especial de comidas, que trajo después de treinta días á la ciudad, donde le salió de paz fingida un principal llamado Paluma, que para saber sus intentos, le echó de manga una india bien industriada, que supo sacárselos muy bien y conocer que eran de fingida paz, y por sólo saber la disposición de la ciudad y vigilancia de los soldados, pero que tenía hecha una retirada en compañía del Cacique Tuquimba, para dar sobre los nuestros; lo cual diciéndoselo la india al General y el General al Cacique, lo confesó de plano y trató de satisfacer el hecho y reparar el daño, dándole un hijo suyo llamado Nimda para que la fuese á descubrir, con que despachó con cuarenta soldados á su sobrino Sebastián Fernández Bocanegra en demanda de la retirada, en cuyo camino lo trajo loqueando la guía Nimda por asperísimas montañas trece días de industria, con intentos de hacer tiempo, por si los de la retirada se podían huir en él. Enfadado ya el caudillo del trabajo de tantos días y aspereza del camino, determinó volverse, como lo hiciera si estando en esto no oyera golpes de una hacha que cortaban leña, y yendo marchando á los golpes, descubriera á las siete de la noche dos grandes buhíos, que pareciéndole no acometerles á aquellas horas, se emboscaron tan cerca, que saliendo un gandul de ellos á cierta hora de la noche á orinar, cayó parte de la orina sobre la cabeza del caudillo, que disimulándolo y sufriéndolo por hacer mayor presa, se estuvo quedo, hasta que al quebrar del alba dieron Santiago tan de repente sobre las casas, que no se escapó ninguno de los que estaban en ellas, que fueron treinta gandules de lanza y cuarenta de chusma, con ranchco de algún hilo de algodón, mantas, plumas y otras cosas y muchas comidas, tomando la vuelta de la ciudad, á donde llegaron en tres días lo que habían andado á la ida en trece; pasados veinte después de esta facción, salió el General al Valle de Neiva, de donde habiendo hecho maravillosos efectos en indios salteadores de aquel camino de Timaná y del Pirú, volvió después de sesenta días á su ciudad de Medina, y habiendo hecho los apuntamientos de la tierra,

repartiéndola entre sus soldados conquistadores, vino á esta de Santafé á dar cuenta de todo lo que había hecho hasta allí, donde fué recibido con mucho agazajo y agradecimientos, como lo merecía su persona.

CAPÍTULO XXXII

1.° Dan los indios sobre el fuerte de los españoles, y lo que sucedió—2.° Múdanse de aquel sitio á otro—3.° Mojica pide las conquistas de los Pijaos y concédesele—4.° Entra en la tierra y lo que le sucedió en ella—5.° Fin de la jornada y del Gobierno de Mojica—6.° Salteamientos y daños que hicieron los indios.

NO fué de pequeño inconveniente esta salida de su ciudad del Capitán Bocanegra, pues aunque la dejó bien prevenida y con vigilante caudillo, que fué su Teniente el Capitán Juan de Leuro, lo estaban tanto los Pijaos, que en sabiendo la ausencia del Capitán, hicieron una gran junta para dar sobre ella, como lo ejecutaron noche de San Juan, allegándose tan cerca al fuerte, que saliendo dél un perro conquistador de fama y sintiéndolos cerca, volvió despavorido como á dar aviso, haciendo esto con tan grandes demostraciones, que no le faltaba más que hablar, pues hacía acometimientos á donde había visto los enemigos, volvía y revolvía con ademanes, como que quería sacar los soldados. Los dos que estaban de posta, que eran Vicente Valenzuela y un hermano suyo, avisaron á todos de esto, con que se previnieron para la guazabara, que se comenzó luégo, pues apenas se habían juntado todos con sus armas, cuando acometieron los bárbaros con infernal alarido, intentando derribar los troncos del fuerte por un lienzo. A cuya resistencia acudieron ocho bien alentados soldados, que fueron el Capitán Martín de Zúñiga, Tomás de Ribera, San Juan de Alza, vizcaíno, Juan de Mosquera, Diego Jaramillo, Pedro de Morales y Alonso Peinado, que con tal esfuerzo les defendieron la entrada, que los ojearon de aquella parte, con muerte de muchos; otra defendieron el Capitán Juan de Leuro y su hijo, Gabriel Bocanegra, Diego de Irusta, Martín Cerón, Diego Ortiz, Pedro de Espinosa y Juan Armero, no dejando entrar los salvajes por ella, que acometiendo otra gran tropa á la puerta, Jerónimo de Quiñones, Vicente Valenzuela, Diego Calleja, Felipe García, Diego de Castro, Francisco García, Juan Díaz y Juan de Argutia, hicieron tan valiente frente al barbarismo, que con una rabia infernal, viendo no podían señorearse de la cerca, tuvieron traza como pegar fuego á las casas, que aunque se abrasaban, les era de comodidad á los nuéstros, guardándoles el fuego las espaldas, hasta que se les calentaron tanto que les obligó á salir al raso á ha-

bérselas con el enemigo, que se portaba con tanta valentía en siete bravas acometidas que hizo, que se vieron por dos ó tres veces perdidos del todo los nuéstros, hasta que un Capitán, queriendo abrir una petaca para no sé qué, entre treinta que había acertó á topar con una donde estaba el ornamento con que se decía misa, y abriéndola, y sacando una imagen que estaba allí de Nuestra Señora de la Victoria, con ella en las manos, la comenzó á cantar, y juntamente un gallo, porque iba ya amaneciendo, con que los bárbaros (es cierto que lo podemos atribuír al favor de la Virgen) tomando un llanto extraordinario, comenzaron á huír, dejando gran caudal de sus compañeros muertos, y de nuestros indios y indias de servicio á entonce, por haber caído en sus manos, huyendo por un portillo, sin quedar de nuestros soldados sino muy pocos heridos, sin peligro.

2.° Por el mucho que en aquel puesto tenían, determinaron todos los de la ciudad mudarla á otro día y reedificarla sobre el río de Tetuan, como lo hicieron, fortificándola de palenque y procurando conservarse lo mejor que pudieron, hasta que llegó de esta de Santafé el Capitán Bocanegra, sin nuevo socorro de gente como lo pretendía; si bien no por eso, con la que se hallaba en la ciudad, dejó de hacer otras entradas á las provincias que hasta allí había ido otras veces, Maito y Amoyá, castigando y sacando mucha gente, y entre ella cuatro indias ladinas, naturales de la ciudad de Buga, que las tenían presas, y después de haber hecho estas y otras facciones, le fué forzoso volver á dar la vuelta á esta ciudad de Santafé, dejando en la suya mucha paz y muchos indios, que con ella venían á servirla, con lo cual y con muchas sementeras de maíz que se fueron cogiendo, estaban todos con gusto, hasta que se les destempló una general enfermedad de viruelas que picó en todas las tierras, y les gastó toda la gente que tenían de servicio, y enfermando también casi todos los vecinos de la ciudad, determinaron desamparar el sitio y salirse hasta que llegaron al río de Cuello, muriendo algunos en el camino, uno de ellos un hijo del Capitán General, que era Alguacil Mayor del Campo. Volviéronse á reedificar sobre este río, donde estuvieron hasta que volvió otra vez el Capitán General, con tan mal despacho de socorro como la vez pasada, pero con sola su presencia acudían algunos indios y se hicieron de nuevo rozas, permaneciendo allí cuatro años, hasta que dejaron todos la tierra por lo que diremos.

3.° Un vecino y encomendero de la ciudad de Tunja llamado Bernardino de Mojica Guevara, persona de estima y de gran hacienda, deseando emplear lo uno y lo otro en servicio de Dios y de su Majestad, puso los ojos en la conquista de estos Caribes Pijaos, que tan apretada traían la tierra y ciudades, vino de la de Tunja á esta de Santafé, y pidiendo en la Real Audiencia tomaría á su cargo esta conquista si se le daban sus tierras en gobernación, juntando á las

ciudades que en ella poblaso la de Ibagué y Timaná, se le concedió con las capitulaciones y asientos que se tomaron de ambas partes, que fueron las comunes con que se dan las gobernaciones que se han de fundar y conquistar, en especial por dos vidas, como se dió ésta, pienso el año de noventa ó noventa y dos. Entregados los despachos y comenzando hacer leva de gente, la primera facción en que empleó su jurisdicción en orden á su Gobierno, según se juzgó por todos, fué un desacierto: de enviar por un auto á mandar al Capitán General Diego de Bocanegra, saliese de la tierra y ciudad de Medina donde estaba, pues tenía todas aquellas en Gobierno por el Rey y las quería conquistar y poblar de su mano. Hízolo así el Bocanegra con todos sus soldados, y el Gobernador con los suyos, que eran ochenta, llegó á la ciudad de Ibagué, á quien hizo cabeza de su Gobierno, y desde donde salió, después que estuvo todo á pique, en demanda de sus conquistas con todos sus soldados y su Teniente General Francisco de la Serna, su sobrino, y su Maese de Campo Pedro Jovel. A dos días de camino de esta ciudad, cortando dos soldados una palma, cayó sobre otro que estaba medio dormido cerca y lo partió por medio, que tuvieron por mal azar suceder esto tan á los primeros pasos, temiéndose no se juntasen los fines con estos principios, como sucedió.

4.° Marchando por sus jornadas llegaron todos á la mesa del Chaparral (sitio desgraciado hasta entonces para cuantos se habían rancheado en ella), como lo hizo ahora el Gobernador en un sitio apartado una legua del que había tenido la ciudad de Medina de las Torres, y habiéndose fortificado lo mejor que pudo, después de veinte días que se habían ocupado en esto, envió á que probase la mano en la provincia de Ambeima un caudillo con treinta soldados, que habiendo tenido buena suerte en prender doce indios y matar ocho de un encuentro que tuvieron, volvió al Real, donde fué bien recibido, y el Gobernador, paladeado con este buen principio, cobrando esperanzas para la segunda facción, envió otra tropa con su sobrino Francisco de la Serna á la provincia de Maito, que no fué menos venturoso, pues sin peligro de ningún soldado cogió á manos quince gandules, dejando muertos otros siete, con que el Gobernador se animó tanto, que pareciéndole tenía ya en el puño toda la tierra, pobló una ciudad en el mismo sitio, con su Justicia y Regimiento, á quien llamó San Miguel de Pedraza. Celebráronse mucho los españoles cimientos y principios de la ciudad, y con más confianza que debían tener del seguro de los indios, se alargaban los soldados de ella, y así sucedió que atreviéndose dos solos, aunque arcabuceros, á ir á pasar al río de Tetuán, los mataron los indios, sin hallar de ellos otro día más que las tripas, que siendo escarmiento en cabeza ajena (que siempre dichoso para los demás), ya no se atrevían á alargar tanto de la ciudad, contentándose con desviarse sólo treinta ó cuarenta pasos. Cebado el Gobernador con los dos

buenos sucesos que hemos visto, despachó á su Maese de Campo Pedro Jovel con cincuenta soldados de los de Cristo me lleva el alma (como dicen), que de ordinario se contradicen de manos á boca, para que diesen vista á las provincias de Otaima y Cacataima. Púsose esto en ejecución en tiempos bien fuera de propósito, por ser de un cerrado invierno, y así sucedió que hallándose esta tropa una mañana muy lluviosa cerca del páramo entre Otaima y Bulira, no fué posible impedirlo buenos consejos al caudillo que dejasen de marchar, y así yéndolo haciendo y llegando á un paso resbaloso, donde tenían los indios echada una emboscada, habiendo dejado pasar la vanguardia, se levantaron y dieron sobre la retaguardia con tanta furia, que con la misma de temor muchos valentones de boca, dejando las armas en manos de los enemigos, se escaparon por donde pudieron, dejando el hacerles frente al Capitán Juan Velasco y Isidro Cobo, Andrés de Duero y Andrés de Aspeitia, que defendían muy bien su capa, ofendiendo al enemigo, sin dejar de portarse valerosamente el Capitán Juan Velasco, aunque pasados los lomos con un dardo, hasta que mataron á Andrés de Duero y á Aspeitia lo echaron á rodar ya como muerto la ladera abajo, y al fin contentándose los bárbaros (que no eran muchos) con haber muerto á tres soldados y á seis indios amigos y haber habido á las manos seis ú ocho escopetas con sus municiones, tomaron los heridos por entre la arboleda y sin que fuesen bastantes las diligencias del Juan Velasco con el caudillo para que siguiesen al enemigo, tomaron la vuelta del Real, donde por este suceso aconsejaron muchos al Gobernador mudase de allí la ciudad al Valle de Neiva, pues desde allí se podían hacer con menos peligro las conquistas.

5.º Que cuadrándole este parecer, dentro de pocos días se salió del Chaparral y volvió á reedificar en el Valle de Neiva sobre la quebrada de Pata, donde hizo asistencia sólo seis meses con innumerables trabajos y inquietudes y imposible de hacer cosa considerable, por habérsele ido la más de su gente el río abajo, y él con la que le quedó haber enfermado gravemente, hasta morir los más de sus indios y indias de su servicio, con que se vido obligado á mandar hacer cuatro balsas, en que despachó adelante, por el Río Grande de la Magdalena, su recámara y repostero con algunos soldados y armas, que fué con tanto azar, que á poco trecho se fueron á pique las tres con lo que llevaban, y su Alguacil Mayor con algunas indias de servicio se ahogaron, y los que se escaparon por su buena suerte, que fueron bien pocos, hambrientos, desnudos y enfermos, perecieron los más á manos de aquellos arcabucos y desiertos. Compúsose otra balsa, en que se embarcó el Gobernador, el Capitán Alonso Ruiz y otros seis ó siete, que comenzó á navegar con poco menos desgracia que las otras, pues siendo el tiempo tan lleno de aguas, lo iba tanto el río que cubría la mitad de la arboleda de sus márgenes, con que no les era posible tomar puer-

to en ninguna parte, acrecentándose con esto el peligro en todos, hasta que llegando al puerto de Guataquí, que aunque yá sin esperanza de poder salir á tierra en parte ninguna, el ánimo del Capitán Alonso Ruiz apeó estas dificultades arrojándose con buen ánimo al río, y amarrando el cabo de una cabuya á la balsa, con el otro en la mano fué nadando hasta que halló comodidad de poderla amarrar á un árbol, con que pudieron allegar la balsa á tierra y saltar en ella, teniéndose por dichoso de no haber perecido en tan evidente peligro, de quien sola la mano de Dios fué poderosa de haberlos sacado. Tomaron desde allí la vuelta de la ciudad de Ibagué, destrozados todos, y tan enfermos, que les faltaba á los más la esperanza de la vida; convalecido el Gobernador y aun sin aguardar á tomar muchas fuerzas, tomó la vuelta de la ciudad de Tunja, haciéndole los trabajos olvidar totalmente de este su Gobierno, que tan malos principios y fines tuvo, si bien aunque quisiera no pudiera pasar adelante, por no haberle dado lugar la muerte, que le fué siguiendo muy aprisa hasta darle alcance en Tunja dentro de pocos días, á causa de las enfermedades que en estas ocasiones adquirió, y así se acabó este Gobierno, que parece ni fué oído ni visto; volviéndose la ciudad de Ibagué al Gobierno de Tocaima ó Mariquita, de donde era, y la Villa de Timaná á otro Gobierno, que se le dió de nuevo al Capitán Diego de Ospina y quedándose todas las provincias de los indios Pijaos con más bríos que hasta allí, por no haberles quedado español en todas ellas y conseguido de ellos tantas victorias.

6.° Con que alentados y prosiguiendo sus salteamientos y atroces maldades, no dejaban enjugar las lágrimas en todas sus ciudades y villas convecinas y fronterizas, yéndose dando las manos unas desgracias á otras cada día. Embistieron á un repartimiento cerca de la ciudad de Ibagué que llamaban La Mesa, de indios amigos, y derribando un lienzo de tapias de que estaban cercados sobre mil Caribes, que eran los del asalto, hicieron pedazos á un español y á muchos de los indios, llevándose á otros vivos, con que dejaron asolado el pueblo; y cerca del otro trapiche robando mucha azúcar y todo lo que en él hallaron. Hicieron lo mismo en una estancia de un vecino de Buga, Francisco Peguero, haciéndolo pedazos á él y llevándose vivos á dos hermanos suyos, robando cuanto en ella había, matando cuantos animales hallaron en ella. Después de muerto el Capitán Diego de Bocanegra, que era natural de Málaga en Andalucía de España, en la ciudad de Buga, donde tenía su casa, ya de edad de más de ochenta años, de achaque de haber comido estiércol de vaca desleído, por no haber hallado en un desierto, en cuatro días, otra cosa de qué sustentarse, dieron estos bárbaros sobre la estancia de su yerno Felipe García, de quien ya dijimos estaba cerca de la de Bocanegra en Buga, y lo mataron á él, á su mujer y tres hijas doncellas, á diez soldados que tenían en su compañía, á diez y siete

indios y indias de su servicio; hicieron en otras muchas partes otras tales y mayores insolencias, con que traían la tierra en perpetuos llantos y sin esperanza de salir de ella, hasta que sucedió lo que irá diciendo la historia.

CAPÍTULO XXXIII

1.° Cométese la conquista de los indios Pijaos, por Consejo Real, á Don Juan de Borja, Presidente de la Real Audiencia—2.° Hace gente para darles primera vista y saber el estado de la guerra—3.° Hacen junta los indios para dar sobre Ibagué; señales de esto—4.° Poca prevención de la ciudad, donde se allegan los indios.

HABIENDO llegado relación de todo esto á las manos del Rey y de su Real Consejo de Indias, y juzgándose en él el imposible de estas conquistas con otras que con las poderosas Reales, se determinó en el Consejo no dilatar más este socorro el año de mil y seiscientos y cinco, pues tenían la ocasión en las suyas con la provisión recién hecha en Don Juan de Borja, caballero de capa y espada, para la plaza de Presidente de esta Real Audiencia de Santafé, en quien conociendo el Real Consejo concurrían las partes de importancia para los cuidados y diligencias necesarias al allanamiento y castigo tan importante de estos indios Pijaos y de los Carares del Río Grande (de quien ya dejamos tratado largo al fin de nuestra segunda parte), se le despacharon nuevos recados en este mismo año por una Cédula Real, para que llegando á esta ciudad de Santafé se hiciese junta de los Capitanes más vaquianos y otras personas versadas en esta y otras guerras, y con su parecer se tomase el mejor asiento á costa de los mejores arbitrios que se diesen, sin excusarse, á falta de éstos, los Cofres Reales que supliesen lo que por otros caminos faltase, hasta dar fin á cosa tan importante: acción piadosa y que muestra bien cuán afectos les sean nuestros Reyes á sus leales vasallos, pues no hay camino cerrado para ejecutar su bienestar.

2.° Habiendo llegado el Presidente Don Juan de Borja á esta su plaza de Santafé el mismo año, á dos de Octubre, sin más dilación que la breve que fué necesaria para asentar su casa, puso en ejecución la Junta para conferir el modo de la guerra, en que convinieron los Capitanes antiguos de todo este Reino, y entre ellos Domingo de Erazo, vizcaíno, Gobernador y Capitán General que á la sazón era de los Muzos y Colimas, y habiendo conferido sobre los medios más eficaces y necesarios para la ejecución de la conquista y castigo de estos indios Pijaos, tan homicidas y salteadores, se determinó que ante todas cosas se reconociesen sus tierras y provincias para no entrar á ciegas, y se toma-

se fresca relación y noticias de su último estado, y aun si se pudiese de la intención con que se hallaban los indios, aunque era fácil de conjeturar ser de guerra, y de pasar adelante las inquietudes que hasta allí. Encargóse esta primera facción, entrada y diligencia al Domingo de Erazo, por ser persona bien á propósito y de experiencia en la guerra de indios rebelados, por la que tenía de los Araucos de Chile, donde había militado desde niño. Tomada esta resolución, se fué disponiendo la entrada, haciendo el Domingo de Erazo gente en los dos pueblos de su Gobierno, y así salieron de Muzo, entre vecinos y soldados, veinticinco hombres, por su Capitán Francisco de Poveda, su Alférez Don Francisco Morejón, y su Sargento Esteban Martínez, vizcaíno; otros tantos salieron de la Palma, y por su Capitán Damián de Triana, y habiéndose conducido los restantes hasta ciento y veinte de esta ciudad y otras partes, tomó la vuelta de la de Ibagué, por donde había de ser la primera entrada á la provincia de Amoyá, más convecina á aquella ciudad, á donde llegó á los postreros de Junio ó primero de Julio de este año de 1606, y engrosó su campo con otros quince ó diez y seis soldados, que no debiera, pues eran el amparo de aquella ciudad, y quedando por esto sin él, sucedió lo que veremos.

3.º Pues al mismo tiempo que hacía la Junta dicha el Presidente, la hacían los indios Pijaos para venir á dar sobre la ciudad de Ibagué, con intentos de ponerla toda por el suelo. Eligieron para esto los indios por su Capitán General á un valentón llamado Carlacá, indio famoso entre ellos, por serlo sus hechos en toda ocasión de guerra, como se reconocerá por uno que luégo diremos de él, y por guía y Sargento para este asalto á otro llamado Belara, de la misma nación, cristiano y muy ladino, que se había criado en la ciudad muchos años en servicio del Padre Andrés Ruiz, presbítero, hasta que hecho tránsfuga y apóstata de la fe, se metió entre sus naturales. De esta Junta y determinaciones de los indios se dieron las primeras muestras, dando sobre una estancia de la misma ciudad de Ibagué, donde habiéndola robado, quemado y llevado alguna gente captiva para comerla, tuvo buena suerte de escaparse de la provincia de Amoyá una india, que vino á la ciudad y dió aviso de la Junta para venir sobre ella, de que también se tuvo segundo aviso de ciertos negros que estando en unas minas de oro, dejando la labor, se vinieron á hacer noche á la ciudad, de temor, que no lo solían hacer, por haber descubierto un gran rastro de muchos indios, que atravesando una loma, venía á rematar en un amagamiento montañoso, de espesos y enmarañados árboles, donde se habían emboscado, un cuarto de legua de la ciudad, que dieron aviso los negros. Precedieron también algunas señales pocos días antes, de que algunos tomaron por indicación ó presagio del suceso; hundióse en el pueblo la Capilla Mayor de la iglesia, y pasaron un día tanta infinidad de mariposas volando por encima

del pueblo, cosa nunca vista hasta entonces, que ocultaban el sol, y esto fué aun no habiendo salido de la ciudad el Gobernador Domingo de Erazo (porque después se fué la vuelta de la provincia de Ameyá con la gente dicha); y día antes de la noche en que dieron los indios sobre ella, que fué miércoles 19 de Julio de 1606, cierta mujer española se fué á confesar con el que á la sazón hacía oficio de cura, que se llamaba el Padre Vicente Valenzuela, diciéndole se sentía tan triste y melancólica que le parecía tenía ya á cuestas la muerte, y fué una de las que murieron á manos de aquellos salvajes, y lo mismo sucedió con otras dos indias ladinas, aquella mañana, en confesión y muertes; á las cinco de la tarde, seco y sin llover, estando el cielo sereno, dió un tan terrible trueno á la parte del Poniente por donde entraron los indios, que causó temor en todos los vecinos.

4.º Los cuales, aun con todos estos avisos y señales, no acababan de persuadirse á lo que tan de cerca les estaba amenazando, sin prevenir armas, velas sobre la ciudad, ni otras diligencias, antes previniéndose el cura con temores de lo que podía suceder y llevando aquella tarde por la plaza un dalle, le preguntó un Alcalde que le encontró, que qué novedad era andar el cura con armas, y respondiéndole que por si acaso venían los indios, de que no estaban seguros, por los avisos que tenían, respondió el Alcalde: bien lo puede estar, Padre, y al que los indios mataren yo lo asaré con el dedo. Había llegado aquella misma tarde á la ciudad, de verse con el Gobernador Domingo de Erazo, ó por ventura por haber salido con él, el Capitán Gaspar Rodríguez, vecino de allí, que como experimentado y avisado de los indicios que se tenían, requirió sus armas y las puso á punto, que fueron cuatro lanzas y dos espadas con sus rodelas y dos escopetas, que disparando como á las ocho de la noche la una, se alegró el pueblo de la melancolía con que estaba, viéndose sin gente ni defensa, pues no tuvieron que poner de posta más que un soldado y un viejo de setenta años, que sirvieron de nada, pues dieron arma cuando ya estaba ardiendo el pueblo á esta hora de la noche, porque desde que comenzó á cubrir se habían ido acercando los indios al río de Cuelio (que algunas veces me ha apagado la sed); se pusieron todos los salvajes dos tiros de escopeta de la ciudad, determinando allí se dividiesen en tres escuadrones: el uno y más copioso diese en el arrabal, y los dos entrasen por las calles principales de la ciudad, con orden de que el primero que llegase á la esquina de la plaza no entrase en ella hasta entrar á una los dos escuadrones, donde pretendían hacerse fuertes, y que ninguno acometiese hasta que hubiesen dado seña con una trompetilla los del arrabal, que lo había de ser de que ya estaban apoderados de él; pero que entonces, sin perdonar pianto ni mamante, se hiciese cruel carnicería en las personas, robos en las haciendas y ceniza las casas.

CAPÍTULO XXXIV

1.° Embisten á media noche los Pijaos la ciudad de Ibagué.—2.° Péganle fuego y hacen otros estragos de muertes.—3.° Háceles alguna resistencia los del pueblo; confusión de todos.—4.° Huyen los indios con el pillaje. Ven los vecinos los estragos y mortandad.

LA mitad sería de la noche cuando divididas las tres escuadras de los bárbaros á un tiro de piedra de la ciudad, fueron entrando en ella como se habían repartido. La del arrabal comenzó luégo á hacer tal destrozo y carnicería en los indios amigos que tenían allí sus casas, que no contentándose con matarlos, los hacían cuartos y *muy menores pedazos, y somarrándolos* (?) en las llamas de las casas, á que luégo comenzaron á pegar fuego, se los comían estos lobos rabiosos. Tocaron éstos la trompetilla, y al punto, en tropa las otras dos, comenzaron á entrarse por las calles, que sintiendo el ruido sordo de los que iban entrando por la suya el Capitán Gaspar Rodríguez de Olmo, que hasta allí, no sé por qué ocasión, no había cuajado sueño ni apagádose las velas en su casa, mandó á una india suya mirase por la ventana qué ruido era aquél, y conociendo lo que era, volvió á cerrar con prisa la ventana y á dar voces á su amo diciendo eran los Pijaos que iban entrando por la calle, el cual, con la presteza posible, comenzó por la ventana á disparar el arcabuz al montón de los bárbaros, dando una y otra carga aprisa, que como venían juntos y eran tantos, hizo en ellos cruel riza, como se vido después en la sangre que quedó en el puesto. Pasóse del de la ventana á la puerta de la casa, desde donde con otros tiros mató á algunos otros bárbaros, que iban con tan buena munición, que las pelotas de algunos se hallaban embebidas en los gruesos palos del campanario de Santa Lucía, cuya ermita no pudo evitar que la abrasasen los bárbaros, como defendió su casa con tan valerosos bríos que parece habían resucitado en él los del Cid. Con todo eso, entendiendo no podría reservarla, envió á su mujer y familia á la huerta de la casa, quedándose él haciéndoles frente á los bárbaros, sin dejarles ganar tierra en la calle, hasta que enviándole á decir la mujer entraban los indios por la puerta, acudió con presteza á socorrerla con su familia, y con la misma en poniéndola en el patio á la resistencia de los bárbaros, haciéndosela tal que estorbó con ella el perecer toda la ciudad.

2.° Porque deteniéndose este escuadrón, se detuvo también el que iba por la otra calle, sin pasar de la esquina de la plaza, como tenían hecho el concierto que habían de dar á una, y así estuvo aguardando á éste, con quien se las había el Gaspar Rodríguez buen espacio de tiempo, aunque no ocioso, pues entrando en las casas que tenían á la mano, mataron con crueldad á dos mujeres

casadas y á otra criatura de ocho meses, echando la carne en mochilas, y llevándose vivas dos doncellas y tres niños, el mayor de seis años, pegando á lo último fuego á todo aquel barrio, convirtieron en ceniza hasta la plaza. Ya en este tiempo andaba toda la ciudad alborotada, y el cura no menos, que fué con suma presteza á reparar lo de más importancia, que era consumir el Santísimo Sacramento, como también se hizo en el convento de Nuestro Padre Santo Domingo. De éste salía el cura de la iglesia, con intentos de ayudar en la plaza á la defensa, cuando encontró en la puerta una gran tropa de mujeres desgreñadas y medio desnudas, como las había cogido la voz en las camas; más dentro de la plaza iba otra tropa del mismo traje, también á entrarse en la iglesia, todas sin amparo de un solo hombre, cargadas muchas con su criaturas y dando mil gritos al cielo, vertiendo arroyos de lágrimas, pidiéndole socorro en tan apretada necesidad.

3.º Un vecino llamado Juan de Leuro, desde un balcón de su casa, que la tenía en la plaza, se hubo tan valerosamente con una escopeta, tirando á bulto entre la obscuridad de la noche, que retardaba á los bárbaros el pasar adelante, hasta que le dieron voces cómo entraban por los corrales, viendo les estorbaban el hacer esto por las puertas, y así hubo de acudir allá, y encontró en el camino al sacristán que venía resguardando siete ú ocho mujeres que se habían escapado de manos de los bárbaros, encomendándose á la Virgen Santísima de la Concepción, si bien venía en sus alcances una gran tropa de ellos, que ahuyentó el Juan de Leuro con otros dos ó tres soldados que ya se le habían juntado con escopetas. Parecía un día de juicio el alboroto de la plaza y toda la ciudad: aquí sonaban voces, allí gritos de niños y mujeres y muchachos que los daban á sus maridos y padres, acullá gemidos mezclados con voces de caracoles y trompetillas de los bárbaros, que discurrían por todas partes con furia de Demonios, pegando fuego á cuanto había. Los torbellinos de llamas remolineando con el huracán que entonces se levantó, lamían furiosamente las alturas y aun cumbres de las casas convecinas, y cuando no alcanzaban á esto las centellas que saltaban, por ser las casas pajizas, las hacía todas de igual ceniza; el humo los hacía ciegos y llorosos á todos demás de la ocasión; los gritos de los bárbaros eran intolerables, la confusión y temores no les daban una hora de vida, pues pareciéndoles estaban en los fines de ella, muchos pedían á voces confesión.

4.º Los religiosos de Nuestro Padre Santo Domingo, desamparando el convento, vinieron á la plaza á buscar socorro, donde también estaba el cura y llegó á la sazón Gaspar Rodríguez con cinco ó seis soldados con sus escopetas, amparando su mujer y familia que traía consigo, que disponiéndoles por ambas calles, se fueron retirando los bárbaros hasta fuera de la ciudad, mal contentos

por no dejarla toda convertida en pavesa, quedando los vivos en ella dando mil gracias al cielo, que entre su Divina Justicia había usado de tánta misericordia. Con todo eso, por si revolvían los salvajes, se recogió toda la ciudad, hombres y mujeres, en la casa de Alonso Ruiz, por más fuerte, con la mira en las escopetas, hasta que llegó á romper el alba, que salieron á ver el estrago de la quema y muertes, que fué lastimosísimo, pues habían abrasado sesenta casas, y muchas de las que habían escapado de esto quedaron aportilladas, hechas pedazos las puertas, robadas de cuanto en ellas tenían, por no haber dado lugar la brevedad del sobresalto á poner en cobro nada del menaje y cuanto en ellas tenían. Hallaron en una calle una criatura española de hasta diez meses, atravesada con tres lanzadas, en otras partes derramados sesos de criaturas que el barbarismo cogía de los piés y daba con ellas en los cimientos de las casas, en que hallaron arroyos de sangre de las mujeres que habían despedazado; sobre las tapias estaban arrojadas las tripas por una parte, vientres por otra, por otra asaduras, y en un asador estaban atravesados unos hígados, y livianos de personas medio asadas, con tres bocados dados en ellas, que causaba horror mirarlos, y no menor, antes muy acrecentada, la carnicería que se halló en el arrabal, pues en muchas partes había lo que hemos dicho, tripas y asaduras, en otras brazos y piernas, los patios encharcados de sangre, los árboles de las huertas teñidos de ella, por haber colgado allí las personas para descuartizarlas y hacerlas pedazos, acomodados para llevarlos en sus mochilas, como los llevaron, sin dejar más que dos cuerpos enteros, el de aquel niño y otro grande, de suerte que todos los muertos pasaron de setenta, sin los que se llevaron vivos á manos.

CAPÍTULO XXXV

1.º Avisado Domingo de Erazo del suceso, despacha un Capitán en alcance de los indios—2.º Alcanza á algunos y quítales parte del despojo. Valentías del indio Carlacá, Capitán de éstos—3.º Prosíguense los hechos de Carlacá—4.º Infórmase el Gobernador Domingo de Erazo de las cosas de la guerra, y funda un fuerte en el Chaparral.

RECOGIENDO andaban los de la ciudad estas reliquias humanas de cruel destrozo de los bárbaros, cuando volvieron á dar rebato con campanas y voces de que volvían los Pijaos sobre el resto de la ciudad, que comenzó de nuevo sus alborotos y confusiones, en que eran las primeras mujeres y niños, acogiéndose unas á la iglesia que había escapado libre del fuego, otras por las calles sin hallar agujero donde meterse, campanas y gritos andaban á una, hasta que todos juntos otra vez fortificados en la casa del Capitán Alonso Ruiz, vinieron á saber haber sido arma falsa, porque los indios iban tan aprisa huyendo, sin ir tras ellos más que su propio delito y pecado, que bajaban al río á porfía, atropellándose unos á otros, y aun dejando los pellejos en los peñascos. Dióse aviso de este suceso al Gobernador Domingo de Erazo, que despachó luégo al Capitán Baptista de los Reyes con una buena tropa de soldados, en alcance de los bárbaros y á tomarles los pasos, como se hizo, matando catorce ó quince y quitándoles una doncella de las dos que llevaban, y una india casada y mucha de la carne humana que llevaban en mochilas y algo de la ropa y alhajas que habían saqueado, hasta pailas, alquitaras, almireces y hasta un vihuelo. Y aun estando ya el año siguiente en el fuerte del Chaparral, llevaron allí ciertos soldados de una salida que habían hecho, un buen rosario de cuentas de cristal, un vaso de plata, unas ligas coloradas y no sé qué otras cosas.

2.º Sólo alcanzó el Capitán Baptista de los Reyes una tropa, de quien mató éstos y recobró estos despojos en la provincia de Cacataima, á cuyo río se arrojaron huyendo con harto peligro muchos de los de ella, y no pudo seguir por llevarle muchas ventajas, y por habérsele dormido el Alférez que llevaba la retaguardia, otra tropa que iba más adelante, en que iba Belara y el General Carlacá, tan valerosos por sus hechos como se conoce de uno que le sucedió con uno de los Capitanes que hemos nombrado de la Gobernación de Popayán, Hernando Arias, que por noticias que tenía de este indio, y con buenas guías, caminó con tal industria de noche por sabanas, y de día por arcabucos la vuelta la estancia de este Carlacá, que habiendo dado en una casa cerca de la suya sin ser sentido, y rendido y aprisionado toda la gente, sin que se esca-

pase quien pudiese dar aviso al valiente indio, pasó el Capitán un cuarto de legua á su casa, y ganándole la puerta sin ser sentido, halló al gandul dentro, sentado en una silla y con un gran mate de chicha de masato sobre los muslos desnudos, que la quería beber, y apuntándole el Capitán al gandul con el arcabuz, le dijo muchas *Caique* (es lengua del Perú y lo mismo que las salutaciones que nosotros nos hacemos cuando nos encontramos), á quien respondiendo el indio lo mismo, se levantó con tanta velocidad, que sin poder repararse el Capitán ni ser señor de sí, le dió el indio con toda la totuma de masato en el rostro y atropelláudolo y á otros dos españoles que venían á sus espaldas, tomó la puerta y el raso, y algo desviado les dijo advirtiesen estaba allí una hermana suya y que no la maltratasen, porque se lo habían de pagar, con que se despareció el indio, entrándose en el arcabuco, y habiendo hecho amarrar el Capitán la gente del buhío, trató con toda la presa y prisa posible de tomar la vuelta de su viaje y salirse del arcabuco, donde el gandul no se descuidó de juntar con brevedad los guerreros que pudo, con quien se puso en emboscada al paso que había de llevar el Capitán Arias á ser vaquiano en la tierra; pero guiándolo el cielo por otro camino, errando acertó, tomando cierta trocha desaviada, que aunque con rodeo desmintieron la emboscada y salieron á las sabanas.

3.° Viéndose el Carlacá frustrado en sus intentos, desamparando la emboscada como hombre desesperado, con media lanza salió por otro atajo solo á aguardar al paso al Capitán entre el pajonal de la sabana, como lo hizo y dejó ir pasando la vanguardia y batallón, hasta que emparejando con él en la retaguardia, el Capitán con harto descuido y sin sospecha de peligro, por haber salido yá de los de la sierra y llevar apagadas las cuerdas, fuera de cinco ó seis soldados que para tomar tabaco las llevaban encendidas, saltó á buen tiempo de la emboscada, y repitiendo el indio muchas *Caique*, le dió de repente al Capitán tan valiente golpe de lanza, que á no llevar sayo de armas, le quitara con él la vida, aunque no quedó sin una peligrosa herida, y todos sus soldados con crecida turbación, entendiendo ser muchos los emboscados para tan pocos soldados, de quien fué hiriendo cuatro ó cinco el valeroso indio como iba de camino hasta llegar al batallón, donde iba en collera su hermana con los demás; asiendo de la collera con valentísimas fuerzas, dió con todos los prisioneros, que no eran pocos, en tierra, y habiendo á las manos dos arcabuces que halló en el suelo, que debieran de llevar cargados los prisioneros, con ligereza de águila se puso en cobro y quedó con su honra, sin estorbárselo dos ó tres arcabuceros que le dispararon. Dicen se había librado de otros peligros semejantes este indio, con que fué temido y respetado en aquellas provincias, hasta que tuvo el fin que veremos.

4.° Volviendo á la de Amoyá, hecho este efecto, el Capitán Baptista de los

Reyes, y habiéndose juntado con la gente del Gobernador de Muzo, se fué prosiguiendo el trastornar la provincia, aunque era la de mayor resistencia (que por ser la cabeza de estos indios, la socorrían en todas necesidades) y las de Maito, Irico y Ambeima, donde se descubrieron las asperezas de sus sitios, su seguridad y fuerzas, y aun el estado en que tenían los intentos de la guerra, que conocieron de algunos indios que hubieron á las manos, y entre ellos uno llamado Macara, á quien respetaban por valiente con demostraciones entre los demás, y habiéndose enterado el Gobernador de todas las noticias que convenían y se pudieran sacar de aquella primera vista, para no retardar la prosecución de tan buenos principios, bajó á la Mesa del Chaparral, y pasado el río de Amoyá, en cierto sitio que pareció acomodado, media legua escasa de este gran río, en sitio limpio y espejado por todas partes, entre dos quebradas de buena agua, á vista de la misma provincia de Amoyá, Ambeima, Irico, Paloma, Marto, Biuni y de los llanos del Río Grande, que son las provincias más principales y de mayor habitación y fuerza de estos indios, y para la salida de la gente de guerra puesto muy acomodado, pobló de empalizada el fuerte de San Lorenzo, que después lo pasaron dos tiros de escopeta más hacia la sierra, y se hizo de tapias y teja, y dejándole ahora presidio suficiente de soldados, salió á dar cuenta de lo hecho á esta ciudad de Santafé al Presidente, y para disponer la consecución de la guerra.

— —

CAPÍTULO XXXVI

1.° Sale el Capitán General Don Juan de Borja á la guerra de los Pijaos—2.° Los Capitanes que le acompañan. El sitio de los indios Coyaimas—3.° Su reducción á nuestra amistad, y la importancia que esto tuvo—4.° Salen del fuerte del Chaparral algunos Capitanes, y sucédele al uno desgraciadamente.

HABIENDO tomado el Presidente la buena y larga relación que le dió el Gobernador de Muzo de estas noticias y facciones, y considerando los graves inconvenientes que se habían seguido hasta allí, de flacas entradas y salidas á las conquistas de estos indios, dejándolos siempre más victoriosos y con mayores osadías y bríos, determinó autorizar esta guerra, dándole más fuerza con la presencia de su persona y restituir con su autoridad la reputación de los españoles, y borrar la sobrada estimación y bríos de esta nación de indios, pretendiendo también excusar por este medio (como sucedió) y otros arbitrios justificados muchos gastos de la Real Hacienda, siendo causa la asistencia de su persona *para que muchos* de los vecinos encomenderos, caballeros y hombres nobles de este Nuevo Reino, que deseando servir más á Su Majestad entrasen en esta jornada á su costa, siguiendo en ella á su imitación al Presidente, que con prudentes discursos y trazas suaves dispuso las cosas de la guerra, hasta poner en el fuerte de San Lorenzo en el Chaparral, donde entró personalmente por principio del año de 1607, sin los indios de servicio, esclavos y con las armas, bastimentos y municiones necesarias, número de más de cuatrocientos hombres, Capitanes y Ministros de la Guerra, por Capellán, Cura y Vicario del ejército el Padre Cristóbal de Escobar, clérigo, natural de Belalcázar en Extremadura; el Padre Isidro Cobo, clérigo, presbítero, criollo de Ibagué, destrísimo en la lengua de estos indios, por ser toda una con la de los de su tierra, con que ayudó mucho en esta guerra, y otros sacerdotes clérigos y frailes

2.° El Gobernador Domingo de Erazo, Teniente General y Superintendente en las cosas de la guerra; Don Francisco Maldonado, de la Orden de Santiago, Maese de Campo; el Gobernador Diego de Ospina, el Capitán Pedro Venegas, Alférez de Flandes y Sargento Mayor de esta guerra; el Gobernador Antonio de Olalla, el Capitán Fernando de Caycedo, el Capitán Juan Bautista de los Reyes, el Capitán Francisco de Poveda, el Capitán Don Bernardino de Mojica, el Capitán Don Pedro de Mechán, el Capitán Felipe de Rojas, todos tres de Tunja; el Secretario Hernando de Angulo y otros Capitanes y Oficiales hasta el número dicho, que todos juntos entraron en este tiempo en el fuerte del Chaparral, desde donde tiene principio la tierra llana ó menos fragosa de estas Provincias, prolongándose hasta ambas márgenes del río de la

Magdalena al Este, y todo el Valle de Neiva hasta la Villa de Timaná, como atrás dejamos tocado largamente; cuyas Provincias ocupaban y aun ocupan hoy los que han quedado, otros indios llamados Coyaimas, de la misma nación, costumbres y fragosidad que los Pijaos, de quien se desgajaron muchos años antes que entraran los españoles, por guerras civiles que había entre ellos, y dejando la mayor aspereza de las sierras, hicieron habitación con algún retiro en esta tierra llana, donde nos han sido de más peligro y daño, pues por la mayor cercanía del camino Real del Pirú por el Valle de Neiva, y del pueblo de españoles que estaba en él fundado y de la Villa de Timaná, hacían intolerables estragos robando y matando á los pasajeros españoles y indios amigos, con que no se podía pasar sin crecida escolta de soldados con armas: causas para que se despoblase la Villa de Neiva, y aun pasaba su atrevimiento á infestar de tal suerte la Provincia de los Sutagaos, raya al Sur del término de la ciudad de Santafé, que la vinieron á despoblar y á obligar á los nuéstros entrase á su castigo, como lo hizo, el Capitán Antonio de Olalla, con orden de la Real Audiencia, por los años de 1586, con buena copia de soldados y doscientos indios amigos, en cuya facción se castigaron y prendieron veinticinco personas con el Cacique Cama, indio belicoso.

3.° Y no habiendo sido bastante este castigo para reprimir los atrevimientos de estos indios y continuación de los daños que hasta allí sobrevenían, fué forzoso entrar otros Capitanes á hacerlo; que no habiendo hecho efecto considerable, los dejaban en mayor avilantez y furia que solían y tenían los Pijaos de la sierra, por ser, como hemos dicho, todos de un natural; hasta que ahora supo disponer, luégo que llegó al Chaparral el Presidente, el allanamiento de éstos, con tanta sagacidad y prudencia, que hicieron alianza y segura amistad con los españoles para contra sus enemigos indios los Pijaos, que fueron de notable importancia, sirviendo contra ellos en compañía de los soldados con mucha seguridad y infalible asistencia, con los cuales se entendían mejor sus cautelas y traiciones y se desbarataban sus emboscadas, lo que no se pudiera hacer sin ayuda, á lo menos con tanta facilidad y seguro, por la aspereza de la tierra y otros inconvenientes, con cuya concordia y amistad también cesaron los que hasta allí se habían seguido en el valle de Neiva, Sutagaos y otras partes, y conseguídose otros muy buenos efectos.

4.° Para los que ahora se pretendían en la guerra, repartió el Presidente sus Capitanes y tropas en llegando al fuerte del Chaparral, por las Provincias de más fuerza de gente. Á la de Maito envió al Gobernador Diego de Ospina con gran tropa de buenos soldados, que pasaban de ciento; á la del Valle que llaman de las Hermosas, al Capitán Fernando de Caycedo, con setenta hombres; y á la de Amoyá al Capitán Francisco de Poveda, á escala vista y á lo descubierto,

porque á la misma habia de entrar encubierto el Gobernador Antonio de Olalla, marchando de noche por sabanas, y de día por entre los montes de que abunda esta Provincia, como de más gente que las otras, causa porque entraron en ella estos dos Capitanes con sus tropas; los unos y los otros con orden general de que se hicieran talas en toda suerte de sementeras y comidas cogidas, para ir por este camino estrechando al enemigo y reduciéndolo con angustias de hambre á paz, ó á dejar la vida ó la tierra. Los indios de la provincia Anoyá, por haber sido siempre los más y cabeza de todas las otras, pusieron con tanto esfuerzo la frente en resistir á los nuéstros con emboscadas y otras estratagemas, que se juntaron á ello más de cuatrocientos indios de lanza, que son las armas de que usan y no de otras, que nada fué estorbo para retardar al Capitán Francisco de Poveda que con los cuarenta y ocho soldados que llevaba no pasase sin mal suceso hasta ranchearse en el centro de la tierra de la mayor fuerza del enemigo, que no se descuidaba un punto en andarles contando los pasos, echando emboscadas en todos los más peligrosos, como sucedió la tarde que llegaron los nuéstros, donde llevaban determinado fortificarse y lo hicieron, que desmandándose dos valientes y atrevidos soldados, Juan de la Muela, Alférez natural de Molina de Aragón, y Martín de Arguinichea, vizcaíno, á ir sin orden del Capitán á una aguada que estaba cerca y alargándose un poco algo más delante, salieron de emboscada los indios y con grande algazara los alancearon y quitaron la vida, á cuyo ruido salió el Capitán de los ranchos, con tanta prisa, que no esperando á que nadie lo acompañara, comenzó á tirar su arcabuz hacia la emboscada, lo que también comenzaron hacer luégo que estuvieron con él algunos soldados que le siguieron hasta la aguada, donde ya no hallaron indio, ni los cuerpos de los dos soldados, porque los habían ya arrastrado (para llevárselos) hasta meterlos en el arcabuco, á donde los hallaron el Capitán Alonso Jiménez y Andrés del Águila, que por dos partes fueron siguiendo á los indios para sólo el efecto, y así recobrando los dos cuerpos, los trajeron á la aguada y de allí al Real, donde los dieron sepultura, y por deslumbrar á los indios, que después no los desenterrarau, hicieron lumbre los nueve ó diez días que estuvieron allí sobre ella, que no tuvo efecto, pues apenas se hubieron levantado ranchos, cuando los desenterraron, asaron y comieron: tanta es la bestialidad y apetito de carne humana de estos bárbaros, ó por ventura lo hacían en venganza de los nuéstros, como lo advirtieron los soldados del Gobernador Olalla á pocos días que volvieron por allí, hallando los huesos roídos con tanta rabia, que se conocían en ellos las señales de los dientes y la enemiga que nos tenían.

CAPÍTULO XXXVII

1.º Dánle una guazabara al Capitán Francisco de Poveda—2.º Hacen los requerimientos sus soldados para que salgan de la tierra, como lo hizo—3.º Fortifícase el Capitán Olalla en la provincia de Amoyá y lo que le sucedió—4.º En una emboscada matan los indios algunos españoles de los soldados del Capitán Fernando de Caycedo.

OCUPÓ el tiempo que estuvo allí ranchado el Capitán Poveda, en talar comidas á los indios, con que andaban tan acedos y emperrados, que á cada paso les echaban á los nuéstros emboscadas, sin darles lugar á un punto de descuido, porque ellos no lo tenían, en especial en un espeso monte que les demoraba enfrente, y en dos pasos de una quebrada que la llamaron Salsipuedes, y habiendo despachado el Capitán un miércoles veinticuatro soldados y más de veinte flecheros indios Muzos, á correr la tierra y talar comidas, y puesto otros cinco soldados de posta en dos pasos forzosos para impedírselos á los indios, que no tenían por otra parte por donde pasar á molestar los que hacían las talas, á la mitad del día salieron otros soldados á la aguada, contra quien salieron de una emboscada más de cuatrocientos indios, saltando como cabras para dar sobre ellos, con la algazara que suelen cuando tienen la presa segura, como la tuvieran ésta, si el Capitán, con la presteza posible, encendidos dos ó tres cabos de cuerda cada uno, con Andrés del Aguila, Martín Bueno Alonso Jiménez, un Millán y Romero, mulato, y un negro flechero, esclavo del Capitán, que venía de la aguada y se escapó como más ligero de los demás, no los socorrieran haciendo frente á toda la multitud de los bárbaros con tan grandes bríos como pedía la ocasión, en que se vido que un indio enemigo se sacaba del cuerpo las flechas con que le clavaron el negro y otro indio amigo, y las volvía á arrojar con la mano sin arco, porque ellos no saben de esto, con tanta destreza que clavó al Alférez Avila con una en un hombro y con otra en una liga, al fin pelearon los nuéstros tan valerosamente con algún socorro que les vino de los soldados, que al principio no se llegaron por hallarse desapercibidos, que hicieron retirar á toda la hueste de los salvajes, con muertes de algunos, sin que de los nuéstros quedaran heridos más que el Capitán, atravesada una pierna de una lanza arrojadiza, si bien antes de la guazabara habían muerto, de los que venían de la aguada, á un soldado y un indio amigo.

2.º Volviendo los soldados que habían salido á las talas, en una emboscada que les tenían echada los indios, perdieron un soldado por haberlo cogido á manos los indios, á causa de venir enfermo de asma y no poder seguir á los demás, á cuya vista lo hubieron á las manos, y según se supo después, lo comieron, habiéndolo muerto con exquisitos tormentos. Juntos ya todos y viendo

mal herido á su Capitán, y las desgracias que iban sucediendo, y que el Capitán Antonio Olalla se retardaba por haber sido concierto que se juntasen allí las dos tropas, se hicieron mil requerimientos y protestaciones para salirse de la provincia, á que no pudiendo resistir, por la fuerza que ponía en esto la mayor parte de la gente, tomó la vuelta del fuerte del Chaparral. No tuvo ignorancia de todo esto que pasó con el Capitán Poveda el Gobernador Olalla, por habérselo dicho un indio en cierto paraje á voces desde una loma, como lo declaró un soldado de Ibagué llamado Coba, gran lenguaraz, aunque se les dijo lo contrario á los soldados, porque acaso no perdiesen los bríos que habían tenido hasta allí, empleados en buenas facciones de talas y quemas de ranchos, y de indios que hubieron á las manos, y aun de caminos fragosísimos, por serlo la tierra y que los hacía más el modo de caminarla, pues era casi siempre de noche, haciendo lumbre cuando se ranchcaban al anochecer, y amaneciendo tres y cuatro leguas de allí, con que traían desatinados á los indios, como ellos lo decían, fiado para esto el Capitán en un indio guía que llevaba en collera, llamado Macará, aunque de ordinario los engañaba desmintiéndoles las trochas y en otros modos.

3.° Fortificado Olalla en cierta parte acomodada de la provincia de Amoyá con un palenque en que no trabajaron poco los soldados (que no eran españoles más que solos cinco ó seis y tres sobrinos del Capitán, los demás todos gente de cargazón); pero como dijo Cabrias, Capitán famoso de los Persas, *más fuerte es un ejército de ciervos si tiene un león por cabeza, que uno de leones si los gobierna un ciervo*, salió una escolta hasta el sitio que había tenido Poveda, donde hallaron las sepulturas y huesos y rastros de todo el suceso como lo hemos dicho, por el cual y no haberse tenido noticia del Capitán Olalla, entendiendo el Presidente en el Real sería muerto con toda su gente, por la poca satisfacción que se tenía de ella, despachó á los Capitanes Ortega y Alonso Jiménez á la provincia de Amoyá, con orden que si se encontrasen con el Gobernador, estuviesen á la suya y le ayudasen, como lo hicieron, habiendo dado con él luégo hecho señor de la tierra, y lleno de muchos prósperos sucesos, con gran suma de indios presos y algunas parcialidades de paz fingida, pues sólo la pretendían conservar mientras duraba el sazonarse sus labranzas (como lo dijo la experiencia), porque talándoselas los nuéstros en berza, no les quedaba remedio de comidas. A dar aviso de esta paz y de los buenos sucesos de hasta allí, remitió con todos los presos el Gobernador Olalla á Justiniano de Cea al fuerte del Chaparral, de donde respondió el Presidente les recibiese la paz, porque de mala, con los buenos tratamientos se podría hacer buena, lo que sucedió al contrario y como lo sospechó el Gobernador Olalla, pues alzadas las comidas, ya á sazón, alzaron también la paz los bárbaros. Al fin, dejando aquella

provincia de Amoyá en buen estado, tomó el Gobernador la vuelta del fuerte del Chaparral, dejando taladas su tropa y la del Capitán Poveda más de 970 labranzas de maíz y otras legumbres y quemadas 184 casas de buenos edificios (aunque á su modo), pues eran de paredes de barro y madera, casi del ancho de una tapia de los de las nuéstras, altas y blanqueadas de greda muy blanca, desbaratados los indios en muchas ocasiones de emboscadas y acometimientos, donde habiendo muerto á muchos, se hubieron á las manos vivos pasados de cincuenta, con que quedaron algo atemorizados.

4.° Llegó el Capitán Fernando de Caycedo con su tropa á la provincia de Paloma, donde encontrando en una casa dos indios y dos indias, pretendieron escaparse huyendo por entre la espesura del monte, y alargándose el Capitán Juan de Rosas para coger una de las indias que iba la postrera, habiéndola asido de los cabellos, volvió uno de los indios y pretendiendo sacársela de las manos, le dió el Rosas una lanzada que le pasó un muslo, que no quedó con menor castigo que el de la vida, pues quitándosela allí, se quedó con la india el Rosas, que les fué de importancia para guía en ocasión de salidas. Hízola ahora el Capitán de este sitio para el Valle de las Hermosas en la misma provincia (llamado así en tiempos atrasados por haber hallado el Capitán Bocanegra en aquel Valle indias de buen parecer), por donde fueron de paso por no hallar en qué ocuparse, hasta llegar más delante sobre el río que llamaron de la Palma, donde se ranchearon en un llano del Valle, buen puesto y seguro, como me pareció el año siguiente pasando por allí á la provincia de los Totumos. Al día octavo que se habian rancheado en aquel sitio, se descubrieron ciertos humos en la provincia de los Tonuros, á la falda de la sierra, habiendo despachado á reconocerlos el Capitán treinta soldados con el Sargento Mayor Pedro Venegas y el Alférez Orellana; después de haber caminado tres días desde la cumbre de una cuchilla, descubrieron otra de la otra banda del río de la Palma, y en ella algunos indios, que parecía, entrando y saliendo en el arcabuco, sólo pretendían hacer demostración de sus personas para el fin que pretendían, y poniéndolo los nuéstros en haberlos á las manos, fueron rodeando por la punta de la cuchilla, para dar sobre ellos por las espaldas, que no encubriéndoseles á los indios estos intentos, echaron una emboscada por donde era fuerza pasar los nuéstros, que caminando por la cuchilla, cercada de ambas partes de espeso arcabuco, con alguna prisa para coger algunos indios que habían visto ir haciendo apariencias de huír, olieron algunos soldados la bija con que suelen embetunarse estos salvajes para sus guerras, de donde conjeturaron había cerca emboscada, y así lo dijo el Capitán Mosquera, que por su desgraciada suerte y de otros, por entonces no fué oído, antes pasó la palabra que atasen las bocas á los perros, que á no hacerlo así, los perros descubrieran la emboscada que los

indios tenían á las dos partes de la cuchilla y en medio unos gruesos troncos y ramas de arboledas, por donde era fuerza pasar los nuéstros, ó trepando por encima de ellos ó á gatas por debajo ó por los lados donde estaba la emboscada. A donde llegando los soldados, comenzó á suceder lo que los indios habían intentado, pues trepando de los de la vanguardia, unos por los maderos, y otros á gatas para pasar adelante, salió de ambas partes la emboscada y dió sobre ellos con tanta furia, que por no poderse valer de sus armas, ocupados entre la leña, por presto que acudió al socorro la retaguardia, ya habían muerto á lanzadas al Ayudante Orellana, al Sargento Jiménez y al Capitán Mosquera, y cogido á manos un mulato Lázaro Roldán, y á un indio amigo, que se llevaron vivos por no haber sido posible el recobrarlos, como recobraron un soldado llamado Bilches, que á pocos días después murió de las heridas, y á otro extranjero llamado Juan Agustín, y sin haberse sabido que muriese alguno de los indios. Salieron casi todos los nuéstros tan mal heridos, que á los más de ellos, no pudiendo volver al Real por sus piés, fué forzoso los llevaran en hombros los indios cargueros en barbacoas.

CAPÍTULO XXXVIII

1.º Lo que le sucede al Gobernador Diego de Ospina á los principios de su entrada la tierra adelante—2.º Desbaratan una emboscada del indio Carlacá los soldados—3.º Échales otra, que también fué sin efecto. Tírole una lanzada que dió un muchacho Pijao á un soldado, pues lo mató—4.º Hallan rozas de maíz los nuéstros y desbaratan otras emboscadas.

EL Gobernador Diego de Ospina, que dijimos se había despachado del fuerte del Chaparral con las demás tropas á las conquistas de las provincias de Maito, Behuni, Otaima, Cacatáima y la de Mola, lleva título de Capitán de los aventureros y en su compañía á los Capitanes Gómez Suárez de Figueroa, Juan de Zárate, Felipe de Rojas, Diego de Poveda, Betancour, Hernando de Ospina y otros. Fueron en compañía juntos dos días con el Gobernador Olalla, por llevar éste orden de su General para más divertir á los indios rebeldes, hasta que al tercero, al amanecer, se entró con la suya el Gobernador Olalla, encubierto por el arcabuco, la vuelta de las provincias de Anaitoma y Amoyá, donde le sucedió lo que dejamos dicho y otras cosas que acorta la corta noticia que se dió de ellas para poderlas escribir. Prosiguió, pasando por las suyas el Gobernador Ospina, por las márgenes arriba del río Tetuán (que nace de las cabeceras y páramos de las serranías de las provincias de Behuni y Anaitoma) con sus ciento y cuatro soldados, por su Capellán el Padre Andrés de Aspitia, clérigo, y buen número de indios cargueros y un indio cristiano, Cacique y valeroso soldado Tuamo, de la provincia de Ibagué, llamado Don Baltasar, que se le dió al General como cosa de gran importancia, como lo fué por ser de la misma lengua y nación de los Pijaos. Al día tercero de su viaje, habiendo dejado el río y tierra rasa, se fué entrando por una espesa montaña, donde habiendo el indio Don Baltasar conocido una emboscada de piedra que tenían echada los indios, sobresalió con él y seis soldados el Gobernador del cuerpo, y se dió tan buena maña que la desbarató, con que pasó el campo con menos riesgo que si no se hubiera descubierto, por estar en una altísima y muy pendiente ladera, de donde habiendo pasado sin riesgo considerable y rancheándose en un ojo de una sabaneta que se hacía entre el arcabuco, en que había algunos charquillos de agua rebalsada, despachó el Gobernador con catorce arcabuceros y piqueros al caudillo Miguel de la Peña, soldado práctico y bien vaquiano de aquellas trochas, para que por una, tomando las faldas de la serranía por más á lo alto de donde iba marchando el campo, les resguardase las espaldas, con orden de que si topaban con el enemigo, no le acometiese sin dar aviso al Gobernador.

2.º A quien dió voces el Peña á mil pasos que hubo andado en apartándose, avisando fuese con cuidado marchando el campo, por haber descubierto rastros que bajando de la cumbre iban á dar sobre él, con que reparó el Ospina y toda su gente en una roza vieja y ya llena de malezas, donde lo cogió esta voz, y de allí á poco el ruido de más de ochenta tiros de escopeta que disparó el Peña con los suyos contra el valiente Carlacá y sus indios, que habiendo tomado primero la cuesta abajo para dar sobre el Real, de que eran los rastros que vido el Peña, á sus voces revolvieron á él dejando el campo, y se le pusieron en emboscada en un paso apretado. Antes de llegar á él vido un soldado, Andrés Rubio, muy gran arcabucero, á Carlacá (aunque entonces no lo conoció más que por espía), y diciéndole al Peña que si le daba licencia derribaría un indio centinela que veía, no le tiró por habérselo dicho el Peña, y que por ventura no los había visto, que á hacer esta buena suerte, destroncara uno de los principales y más importantes nervios de esta guerra, como lo era el Carlacá, que habiendo reconocido ahora el rumbo de los nuéstros desde donde le vido ahora el soldado, pasó volando adelante y á paso más apretado ordenó su emboscada, á donde dejando entrar á los nuéstros, sin haberla conocido antes, les acometió con extraordinario coraje y brío: en cuya defensa, siendo superior el de los nuéstros, dispararon los tiros que dijimos se habían oído en el Real, por no estar lejos el sitio de la guazabara, de donde sólo salió herido uno de nuestros piqueros, Francisco de Mendoza, mulato, mozo alentado y que lo mostró bien ahora, que trayendo á las espaldas (peleando con la pica) una fuerte rodela de biguerón, le dieron tal lanzada, que pasándole la rodela y sayo de armas, quedó tan mal herido en los lomos, que sólo le libró de la muerte el haber sido el golpe de soslayo.

3.º Viendo el Carlacá que no había podido desbaratar á los nuéstros en otro, donde tampoco pudo hacer cosa considerable, con que pasó el Peña con los suyos adelante por su derrota, y yendo marchando, sucedió que un soldado llamado Roa, natural de la ciudad de Tunja, que iba en la retaguardia, pareciéndole llevaba en aquel puesto más peligro, se quiso pasar al batallón, pero al pasar de una á la otra parte por un lado, como el sitio era de espesa montaña, estando emboscado con su lanza un muchacho Pijao hasta de catorce años, pasando por cerca de él el soldado sin verlo, se aprovechó de la ocasión tan bien el muchacho, que en un instante le dió una lanzada al Roa por entre dos costillas, tal, que clavándosela en las entrañas, á pocos pasos rindió la vida, sin que pudiesen las diligencias de los demás soldados haber á las manos al muchacho, por haberse entrado con la misma velocidad que hizo el hecho en el arcabuco, donde dejaron el cuerpo del soldado sin enterrar, con intentos de volver después á hacerlo, por el peligro que les amenazaba entonces, de revolver

sobre ellos el enemigo, en lugar tan montuoso y de peligro. No lo tenía menor en este tiempo el campo en el sitio de la roza vieja, donde estando el cielo claro y sereno, de repente se armó una tan terrible tempestad de agua que no les fué posible conservar encendidas, de más de sesenta mechas que había, más que una, que á llegar á la sazón el enemigo, corrieran todos riesgo, y no menor después del aguacero, por una espesísima niebla que les cercó, por entre la cual, ya que fué algo aclarando, divisaron á distancia de mil pasos bultos de hombres, que no sabiendo si eran enemigos ó amigos, se les dieron voces para salir de la duda, á quien respondió el Peña hallarse en aquel sitio con un soldado muerto y otro herido, y que se le diese el orden que había de seguir, y ordenándosele se estuviese en el puesto hasta que otra cosa se le ordenase, engajados los arcabuces á la lumbre que se había hecho después del aguacero marchó el campo hasta el sitio del Peña, que estaba sobre una tajada y alta sobre los nacimientos del río de Tetuán, donde se alojó el campo y se curó el herido, y despachó el Gobernador al Capitán Juan de Zárate con treinta soldados á traer el cuerpo del difunto, aunque en vano, por haberlo ya llevado los indios para su plato y comida.

4.º Por ser tan poca la que llevaba el campo, se alegró con tres rozas de maíz y legumbres que se descubrieron de la otra banda del río, á donde con treinta soldados y cuarenta indios cargueros, salió el Gobernador para traer lo necesario al sustento de todos y talar el resto, porque iban siempre con este orden de talar comidas, para por este camino estrechar al enemigo hasta traerlo á la obediencia, que no fué posible, pues se dejó consumir y no sujetar, como veremos. Habiendo hecho esta facción el Gobernador sin contradicción de indio, pues sólo oía las voces que le daban desde las cumbres, volvió con el maíz y raíces, que pudieron traer los cargueros al Real, sin hallar tampoco estorbo á la vuelta, más que algunas galgas que le deslizaron de arriba, que por ser echada la cuesta por donde venían, se libraron de ellas con facilidad. Determinando el Gobernador en pasar con su campo hasta entrar en toda la mayor fuerza de la provincia, dejándolo encargado al Capitán Gómez Suárez en el mismo puesto, entró por su persona con cincuenta soldados, y intentando descubrir la fuerza de los indios y pasos por donde fuese marchando nuestra gente, echó cuatro emboscadas en esta entrada, que con facilidad se desbarataron por haberlas descubierto antes que entraran en ellas, si bien en la última les sobrevino un fuerte aguacero, para cuyo reparo y prevención se armaron con brevedad los toldos, altos una vara del suelo, para poder desde allí, defendidas del agua las escopetas, defenderse del enemigo si revolvían sobre ellos, que viéndolos tan prevenidos, perdidas las esperanzas de salir con algo de sus intentos, deshaciendo la emboscada, volvieron las espaldas, y el Gobernador á su campo, que lo halló no poco cuidadoso de algún mal suceso si venían sobre él los indios.

CAPÍTULO XXXIX

1.° Ranchéase el Gobernador Ospina en una casa. Desgracia que le sucedió á un Capitán caudillo—2.° Desbaratan con buena traza los nuéstros una gran emboscada de indios—3.° Cercan los indios al Capitán Zárate y socórrelo el Gobernador Ospina—4.° Echan dos emboscadas á los indios los nuéstros, aunque sin efecto.

A TRES días de camino se ranchеó con su campo el Gobernador sobre las barrancas de una quebrada honda y cerca de una labranza de arracachas (son raíces de cierta yerba que tiene la hoja como apio) y ochubas, desde donde se dió vista de la otra banda de la quebrada á una buena y espaciosa casa, y sobre ella puesta una cruz, y que parecía andar entrando y saliendo algunos indios, como que ponían en cobro lo que tenían en ella, y como otros ciento sobre una ladera que parecía hacerles alto á los que escombraban la casa ó que aguardaban á los nuéstros para embestirles, aunque no se efectuó esta sospecha, pues enviando el Gobernador al Capitán Hernando de Ospina con treinta arcabuceros á reconocer los malos pasos, y si había en ellos emboscadas, y á ganar la casa, lo pudo hacer sin ningún estorbo, si bien la traza de no salir todos juntos nuestros soldados, sino uno de aquí y otro de acullá del cuerpo del campo, pudo ser deslumbrase los intentos de los indios, á cuya casa pasó luégo el Real, desde donde saliendo luégo dos caudillos con sesenta soldados á coger maíz de dos rozas que se vieron, y traer lo necesario para el Real, talando lo demás, los desbarataron los indios con muchas galgas que hicieron descolgar de lo alto de un recuesto, á cuyo socorro, acudiendo el Gobernador con seis soldados, por haber oído disparar arcabuces, se hizo en su presencia la faena de las rozas, tomando luégo la vuelta de su campo. En la cual sucedió que habiendo enviado el Gobernador á un soldado de satisfacción, Andrés Rubio, con algunos otros á tomar el alto de la ladera en el mismo paraje que en la ida habían arrojádoles las galgas, hizo alto el campo mientras el Andrés Rubio aseguraba el pasaje, el cual entrándose por el arcabuco, iba ramajeando; que advirtiéndolo un soldado de la retaguardia, donde no sabían de la salida del Andrés Rubio, y pensando que quien meneaba las ramas era el enemigo, disparó su arcabuz á la parte donde se meneaban, y estando haciendo averiguación el Gobernador de quién ó por qué ocasión se había disparado el arcabuz, bajaron los soldados del Andrés Rubio del monte, que lo traían á cuestas, mal herido y aturdido del arcabuzaso, que desnudándolo, hallaron que debajo el costado derecho le había rompido la pelota el escaupil, y una cinta ancha de vaqueta de que pendía la bolsa de las cargas, se había aplastado en un jubón que traía más dentro ojeteado, que por ser tan fuerte y llegar ya cansada,

atoró allí, atormentando la carne, que no llegó á ser más, si bien con el fuerte golpe aturdió al soldado.

2.º No acababa de perder las esperanzas el enemigo de conseguir ahora las victorias que en tiempos atrasados había tenido con los nuéstros, como se echaba de ver en los pocos temores que mostraban aún con ver en su tierra tanta hueste de nuestra gente, pues sin acobardarse por haberle desbaratado tantas emboscadas como hemos visto echaban tras cada paso á estos soldados, les echó ahora una de casi doscientos indios, á donde yendo marchando el campo, se fueron entrando, hasta que el indio Don Baltasar, que iba en la vanguardia, la conoció por el olor de la bija y la alteración de una perrilla que iba delante, parándose y ventando á la parte donde estaban los indios, que haciendo alto el campo, ordenó el Gobernador al Capitán Hernando Ospina que saliese con el secreto posible con cuatro escopeteros, Martín de Herrera, vecino de Tocaima, Pedro Verdugo, Francisco González y otro, y ganando las espaldas á los de la emboscada, disparasen sobre ellos con tal orden que no acabasen de disparar todos hasta que los demás tuviesen cargado, *industria* la más importante que se debe guardar en ocasiones tales; en ésta yendo ya al efecto el Hernando de Ospina, dió con diez y ocho ó veinte indios que por no haber podido caber en el helechar donde estaba la emboscada, andaban sobresalientes, uno de ellos vestido con una ropa de jergueta de mujer, de color celeste, guarnecida, que era del saco de Ibagué; y disparando á uno de ellos el Hernando de Ospina, por no haberle dado fuego á otro soldado la cazoleta del arcabuz, con el balazo que le dió se atemorizaron los de la emboscada tanto, y por haberlos cogido por las espaldas, que pensando les habían de dar los nuéstros por ambas partes (como fuera sin duda), se derramaron todos, cada cual por do mejor pudo, con gran ruido de voces, dejando limpia la emboscada, hasta que volviéndose á juntar en un altillo, las dieron á sus casas y chusma que las quemasen y se huyesen, porque los cristianos eran tan grandes bellacos, que servían de poco para con ellos sus astucias y confianzas, que no eran pocas, pues fiados en ellas, y ciertos de desbaratar ahora á los nuéstros, se tenían tan cerca y sin poner en cobro mujeres y hijos, menaje y hacendilla de las casas. A las cuales pasando luégo el Gobernador con su campo, aunque las halló quemadas, por ser á propósito el sitio y á la vista algunas labranzas, determinó fortificarse allí con palenque, como lo hizo, por llevar orden para esto del General.

3.º La tarde que llegaron á este sitio, por ser temprano, despachó el Gobernador al Capitán Juan de Zárate con treinta soldados á talar una buena roza de maíz ya sazonada que tenían enfrente, y que con cincuenta cargueros trajesen lo necesario para el sustento del Real, por no tener otro socorro de comidas que el que podían sacar de las manos del enemigo. Ya estaba hecha esta

facción y enmochilado el maíz de los cargueros, cuando dió voces el Zárate, pidiendo al Gobernador socorro contra los indios de quien estaba cercado, á que acudió por su persona con veinte soldados de los de mayor satisfacción, y subiendo sobre un alto que estaba sobre la roza para dar sobre los indios por las espaldas, encontró arriba una buena casa, vacía de gente, y en ella con el espinazo descarnado de aquel soldado Roa que le habían muerto al caudillo Peña, y una pierna desde la rodilla para abajo que tenían al humo, para írsela comiendo como habían hecho del resto del cuerpo. Estaba en un gran calabazón la ropa de jergueta con que había aparecido el otro indio en la emboscada, que la tenía allí guardada para salir con ella de gala en sus peleas y mayores fiestas, y para ellas también tenían bizarras y curiosas libreas de plumerías de varios y agradables colores; y habiendo recogido todo esto y los huesos y pierna del soldado para enterrarlos en el fuerte, pasó el Gobernador al sitio y socorro del Zárate, que sin que osasen acometer los indios que lo cercaban, salió con el Gobernador aquella misma tarde la vuelta del Real, donde se hizo el fuerte de maderas gruesas, en forma triangular, y con traza que desde cada esquina se podía con las escopetas limpiar los dos lienzos.

4.º Descubrióse á otra banda, no léjos del fuerte, otra roza en berza de maíz, arracachas y hochubas (es una frutilla que nace de unas matas de hoja blanda, altas como una vara, y ella es redonda y del tamaño de una guinda; queda cuando sazonada de un amarillo gualda, y dentro tiene mucha semilla entremezclada en la carne al modo de ajonjolí); á un cuarto de legua se descubrió otra gran roza de maíz, ya más que en chocho, pues dentro de ocho días se podía coger, que no se taló para socorrer con ella el campo, pero comenzáronla á hacer los indios porque los nuéstros no la gozaran. Entrando una tarde á vista del Real más de cuarenta que la iban destrozando, confiados que no se lo habían de estorbar nuestros soldados por haber en medio una quebrada de una barranca de peña tajada y de tres y cuatro estados en alto, que corría más de una legua arriba y abajo por la parte del Real, que dando traza el Gobernador de pasarla, arrojando en ella largas escaleras de palo, salió del Real con cuarenta hombres, y haciendo de ellos dos tropas, la una á su cargo, y la otra al del Capitán Felipe de Rojas, dejando al de Gómez Suárez el fuerte, llegó con el secreto y sombras de la noche á echar dos emboscadas en la parte por donde á destrozar la sementera entraban los indios, que viniendo dos á lo mismo uno tras otro, y habiendo entrado en una de las emboscadas, debió el delantero de oler el humo de las cuerdas, pues revolvió huyendo con tanta velocidad y miedo, que sin poderlo reparar se clavó una pierna en la lanza del compañero que venía detrás, y deslizándose ambos con ligereza de venados, no fué posible darles alcance el Gobernador Pedro Verdugo y el Capitán Orosco, que se arro-

jaron tras ellos, deseosos de haber alguno á las manos para informarse de la tierra y intentos del enemigo; lo que también fué ocasión de no haberlos muerto cuando llegaron á la embescada, habiendo pedido hacerlo. Con todo eso los fueron siguiendo hasta llegar á una casa grande, pero inhabitada días había, donde hicieron alto.

CAPÍTULO XL

1.º Desbaratan galgas de piedras al Capitán Peña. Hace tres tropas el Gobernador Ospina—2.º *Vánse siguiendo rastros de indios*—3.º Pelean los nuéstros con algunos indios. Matan una india—4.º Hállanse en ciertos calabazos pelos de animales y plumas supersticiosas—5.º Muchos ídolos, puestos con superstición para contra los nuéstros.

DESPACHANDO desde allí el Gobernador al caudillo Peña con veinticuatro arcabuceros y orden de seguir el rastro de los dos indios y saber dónde estaban sitiados ellos y los demás, él con diez y seis soldados tomó la vuelta de la roza, para dar vista al daño que los indios habían hecho en ella, que no fué otro que haber quebrado las cañas, que no fué de ninguno por estar ya para coger. Apenas hubo comenzado el Gobernador á ver esto, cuando oyó que el Peña y los suyos disparaban las escopetas muy aprisa, y revolviendo con la misma el Gobernador á socorrerlos, los halló desbaratados con galgas que les habían disparado desde una cumbre, con que volvieron todos otra vez á alojarse en la casa yerma, desde donde envió al fuerte orden al Capitán Gómez Suárez, que con el Capitán Zárate le remitiese veinte soldados, de los cuales y de los cuarenta que él tenía, hizo tres tropas; dos de á veintiuno, que encargó á los Capitanes Juan de Zárate y Felipe de Rojas, hombres ambos de muy buenas personas y bríos, aunque sietemesinos, con orden al Capitán Zárate que hiciese rostro al enemigo sin acometerle, y que sólo sirviese de que tuviese en él puesta la vista; y al Capitán Rojas, que por la parte que mejor le pareciese, le ganase con el secreto posible las espaldas, también sin acometerle, si no es que acaso le viniesen los indios á las manos, huyendo Zárate, porque el acometerlos reservaba para sí con la tercera tropa de diez y ocho, ganando lo alto del páramo donde estaban situados los indios, á donde sin duda subiera aquella noche el Gobernador, á no hallar tan malos pasos de peñascos y otras malezas que le obligaron á ranchearse al pié de la cuesta, para á la mañana subir á tomar el puesto, como tomó el que le señalaron el Juan de Zárate, á quien desbarataron luégo los indios con galgas hasta hacerle retirar huyendo de ellas á meterse

en la quebrada el agua á los pechos, lastimado el Capitán Juan de Céspedes, su primo, que viéndose desbaratados, determinaron sin detenerse en el puesto volverse al del fuerte, lo que también hizo el Capitán Rojas, habiendo hecho presa por la parte donde iba, en dos muchachos que andaban armando lazos á pájaros, que por ser ya Sábado Santo, se quisieron recoger al fuerte, no reparando en el orden que se les había dado por su Gobernador y Capitán.

2.° El cual, otro día á las cuatro de la tarde, tomando el alto, halló las casas de los indios desamparadas, y señales de fuegos de que eran treinta familias, sin mujeres y chusma, por haberse retirado á otra parte, pareciendo no estaba aquélla segura, ni poder hallar punto firme donde asentar ranchos de propósito; tal era el desasosiego que los nuéstros les daban en todas partes, que pretendiendo ahora seguir los rastros, se hallaron algo deslumbrados, aun el indio Don Baltasar, si eran de los indios ó de la gente del Capitán Felipe de Rojas, hasta que mirándolos más de propósito, echaron de ver ser de los indios que iban repechando una cuesta arriba, porque las ramillas de las hierbas y matas que pisaban iban quebrándose hácia arriba, que certificó esto más una mochila llena de mazorcas que encontraron siguiéndolos, que mandó el Gobernador no la tocasen; pero á poco trecho que caminaron acabaron de desengañar á los nuéstros los golpes de hachas y machetes y el murmullo de los indios que acabaron de llegar al sitio y hacían ranchuelos para albergarse. Hízose alto donde se oyeron, por ir ya cerrando la noche y no ser hora de hacer ningún efecto; y así la pasaron con harto trabajo de fríos páramos, sin más reparo que los troncos de los árboles, y sin ninguna cena, por el inconveniente que era hacer lumbre para aderezarla, que tampoco se pudiera sustentar por tres ó cuatro aguaceros que llovió aquella noche, hasta que al romper del día, pensando hallar al enemigo durmiendo, quisieron acometerle, como lo hicieran si no lo estorbara otro aguacero que impedía el jugar la arcabucería.

3.° Pero llegando el día algo más claro, y dejando los cargueros al amparo del Capitán Francisco de Bohorquez, se fué allegando á los indios el Gobernador en la vanguardia, dando órden al Capitán Diego de Poveda, su cuñado, que con ocho soldados de la retaguardia fuese faldeando la media ladera de la loma, porque si acaso se quisiese por allí deslizar la chusma, cayese en sus manos. Apenas hubo dádole esta orden al Poveda, cuando ladró un perrillo de los que tenían los indios, con que le fué forzoso al Gobernador, por ser ya descubierto, darles Santiago con sólo dos españoles con que se hallaba, por haberse ido los demás con Poveda, que eran Andrés Rubio y Leon, criollo de Ibagué, y Don Baltasar y Juan Biobo, un valiente negro esclavo del Gobernador, contra quien, al punto que fueron sentidos, salieron al encuentro á hacerles rostro, y tiempo á su chusma en que se escapase, dos valientes indios, que lo mostraron

ser más viendo ser tan pocos los nuéstros. Comenzóse la refriega, y habiendo disparado el Andrés Rubio su arcabuz sin efecto, disparando el León á uno de los indios, se le agachó al golpe y quedó libre, aunque pasando la bala, mató á una india que á la sazón salía del buhío; cargó otro indio sobre el León y sacando un pié para hacer fuerza, resbaló y cayó de espaldas á los del Gobernador, que le amparó de una lanzada que acudió á dar al caído en un instante el indio, que apuntándole el Gobernador con su arcabuz, que hasta allí no había disparado, se retiró dando lugar al soldado que se levantase y cargase su arcabuz.

4.° El indio Don Baltasar, con una lanza que traía, de treinta palmos, peleó en aquella ocasión valerosísimamente; al negro Bioho traían tan apretado dos indios, que aun no le dejaban disparar una flecha de hierba que traía en la pulguera, hasta que arrimándosele su amo, disparó á uno, que agachándosele, le clavó la flecha en una sentadera, con que se levantó el indio y tomó la huída, yendo bandeando la flecha; llegó á este tiempo Diego de Poveda con su gente, sin ningún efecto, por haber tomado otro rumbo la chusma en su huída, que tomándola también los indios, desde un alto dispararon tantas piedras contra los nuéstros, que no los pusieron en poco aprieto, ni aun los soldados á ellos, pues con una rociada mataron cuatro indios, con que desampararon el puesto, diciendo con mil bravatas que ya que los nuéstros habían podido entrarles, sería imposible salir. Entrando en las casillas de los indios, entre el rancheo de algunas hachas y machetes, hallaron muchos calabacillos, unos con pelos de león y tigre, otros con pelos de mona, y otros con plumas de águilas y gavilanes, que declarando estas supersticiones el indio Don Baltasar, decía que traían los pelos de león para que los hiciese valientes, los de la mona trepadores, las plumas de águila y gavilán para que los hiciese ligeros. La necesidad de comidas, pues al no hallar algunos bollos de maíz en los ranchcos ayunaran aquel día, por ser el último de cuaresma, á sola agua y deseos de pan, y ser víspera de Pascua de Resurrección, obligó al Gobernador á tomar con su gente, sin seguir por entonces los indios, la vuelta del Real.

5.° A cuya vista, dos leguas de distancia por el aire, llegando á una cumbre, hallaron talado y limpio de arcabuco un buen pedazo, y en dos varas gruesas atravesadas de un árbol á otro, altas un estado del suelo, puestos en hilera, doce idolillos de madera, embijados y pintadas las caras con unas listas de amarillo y colorado, al modo que suelen salir los indios á la guerra. De la cintura abajo estaban envueltos en unos malos trapillos y papeles de los despojos de Ibagué, entre los cuales había pedazos de cartas de excomunión, que parece les venía á propósito como cosa tan excomulgada y abominable, y aun en uno de las papeles estaba mal escrita una cuartilla de aquel romance que tánto trasegó en sus tiempos las plazas y rincones de Castilla: *Afuera, afuera, afue-*

ra, aparta, aparta, aparta, que el fuego se va encendiendo, las cañas se vuelven lanzas, que parece venían también á propósito de lo que querían significar, como veremos. A un lado, sobre un tronco, bajo de uno los árboles que cortaron, estaba una piedra de hasta dos arrobas, como eminente y salida fuera del tronco parte de ella, y en la concavidad que hacía abajo, estaba atado un grillo con una cuerda sutil, y junto á él un poco de masato, que comieron. Al otro lado, en el suelo, estaba un ídolo del tamaño de un muchacho de ocho años, de madera de helecho grueso, tan mal proporcionado como los de arriba, con un dardo en la mano y en la otra una lanza, y junto á él, en el suelo, un guizque y una flecha; todo esto al sereno y sin cubierta ninguna, vueltos los rostros á nuestro fuerte, mirándolo de hito. Que preguntándole al indio Don Baltasar la significación de esto, dijo haberlos puesto allí con superstición los mohanes y hechiceros, de que hay muchos entre estos bárbaros, dando á entender al vulgo que aquellos ídolos en aquella postura, mirando á nuestro fuerte, peleaban contra nosotros con aquellas armas que tenía el mayor en el suelo, y que el grillo significaba á nuestros soldados, á quien habían de vencer ellos con las galgas de piedra, significado en aquella que estaba sobre él; miserable engaño con que el Demonio los traía ciegos, como á las demás naciones que se han descubierto en estas Indias. Recogiéronse todos estos ídolos y se remitieron al fuerte del Chaparral para que el General los viese.

CAPÍTULO XLI

1.° Viénese una india cristiana á los nuestros, y un yerno suyo después, y después con otro indio para ver el fuerte—2.° Envía el Gobernador al del Chaparral á dar avisos de cosas al General; hacen junta los indios para acometer al fuerte de Ospina—3.° Tomada resolución de esto, ayunan con superstición, y acometen al fuerte, y entran algunos dentro.

NO habiendo sido posible llegar la tropa el sábado de Pascua al fuerte, llegó otro día, primero de pascua, donde se admitió el descargo que quisieron dar los Capitanes Zárate y Rojas, y á otro día una india, blanca de rostro, pequeña de cuerpo, flaca y de edad hasta de cincuenta años, que decía en lengua pijao ser cristiana, y que no la matasen, que se llamaba Anica, natural de Buga, donde la captivaron los Pijaos y trajeron á aquella tierra; y porque entendais (decía) que es verdad lo que digo, mirad cómo sé por la señal, y comenzó á hacer muchas cruces por la cara á diestro y siniestro, sin decir más que por la señal en esta materia; pero decía que demás del amparo que venía á buscar de los cristianos, por serlo ella, la traía el amor de un hijo suyo llamado Metaquí, y de un nieto Imbí, que fueron los dos muchachos que prendió el Capitán Felipe de Rojas, que viendo el Gobernador se había venido de su voluntad, mandó la dejasen andar libre, y por si podia sacarle algunos secretos de los indios, en que anduvo harto cautelosa, y fué de mucho más daño que de provecho. A seis ó siete días de su llegada al fuerte, llegó también cerca de él un yerno suyo, padre de Imbí, á quererla hablar, dando voces desde léjos que le llamasen á Bota Anica (que en su lengua *bota* quiere decir madre), y habiéndola estado hablando con licencia del Gobernador tres ó cuatro horas, volvió la Bota Anica diciendo era su yerno, padre de Imbí, el que daba voces, y venía con intentos de darles la paz, y que volvería dentro de tres días, como lo hizo, con condición de que le saliese sólo á hablar el Gobernador, que se determinó á hacerlo con solas sus armas, aunque con riesgo de alguna traición, para cuyo reparo mandó que doce arcabuceros le siguiesen de una vista, por lo que pudiera suceder, y que fué la señal de haber algo el disparar el Gobernador una pistola que llevaba.

Llegando á vista del indio juntamente con Anica, demudándose el color le volvió el rostro al Gobernador y casi las medias espaldas, y diciéndole el Gobernador Tui, Tui, que quiere decir bueno, bueno, volvió á mostrar la cara el indio, porque el haber hecho aquello fué de respeto que le tuvo al Gobernador cuando lo vido, costumbre ordinaria entre estos indios para con sus Caciques. Trájolo Ospina de la mano al fuerte, que lo recibieron con salva de la arcabu-

cería, de que el indio no se hallaba muy seguro entre tanto ruído y gente. Al fin se sosegó hablándole el Gobernador y haciéndole dar un machete y algunas bujerías, de que mostrándose agradecido el indio, y que le tratasen tan bien, su hijo *Imbi* pidió licencia, diciendo iba á traer otros indios de amistad y paz. Pidióselo su nombre y dijo no poderlo hacer según sus leyes, que lo preguntasen á Bota Anica, que dijo llamarse Cocurga, que dentro de cuatro días volvió al fuerte con otro indio de la provincia de Behuni llamado Coyara que traía tres muchachos, amigos de los dos que estaban presos en el fuerte, para que los viesen. Diciendo Anica ser aquel indio principal, y que podía ser parte para sacar á otros de paz, le acarició el Gobernador y hizo dar algunas bujerías de Castilla, con que salió contento y prometiendo que dentro de cinco días volvería con más gente, como lo hizo, pues trajo ciento y cincuenta con intentos de matar á todos los nuestros, para lo cual venía ahora á tomar noticias del fuerte por vista de ojos, y disponer, según lo que viese, la gente que había de venir.

2.° Estaba la nuestra en el Real tan necesitada de comidas y sin tener de dónde socorrerse por no haber labranza sazonada y estar las de en berza taladas, que se vido obligado el Gobernador á remitir con el Capitán Felipe de Rojas cincuenta soldados y Capitanes de los aventureros y más de cien cargueros al fuerte del Chaparral por algún socorro, que fué cuando el Gobernador Olalla, como dijimos, le entregó sus prisioneros al Rojas para que también los llevara, y habiéndose quedado el Gobernador Ospina en su fuerte con solos cuarenta y cuatro soldados, ofreciéndose esta paz que prometía el indio Coyara (que fué después de haber salido el Capitán Felipe de Rojas), despachó otros diez y seis soldados, por Cabo á Felipe de Santa Cruz (no obstante que nunca la tuvo por segura el Gobernador), para que llegando al río de Tetuán, despachase desde allí dos soldados que se le señalaron, á dar aviso al Capitán General de ella al fuerte del Chaparral. Lo que se determinó á hacer por su persona el Felipe de Santa Cruz, viéndose tan cerca del fuerte, remitiendo á los demás de la tropa que se volviesen al del Gobernador, y viendo por las cartas el Presidente y Capitán General haber quebrantado el Felipe de Santa Cruz el orden que traía de su Capitán, lo mandó ahorcar, de que sólo lo pudieron librar apretados ruegos de los Capitanes que había en el fuerte de San Lorenzo. Advirtiendo los indios los soldados que habían salido del de Ospina, que á todos andaban á la mira, y que no le habían quedado más que veintisiete, y los más enfermos (de que también les daba cuenta la india Anica, viéndose con ellos cada día en las aguadas) tomaron atrevimiento de hacer junta de las Provincias de Otaima, Cacataima y Mola y la de Anaitoma y parte de la de Amoyá para acometer al fuerte, juntándose para esto más de doscientos indios de pelea, con

que les parecía desarraigarían de una, de sus tierras, aquel sobrehueso que tanto los afligía.

3.° Formada la resolución en la gente de acometer al fuerte, la tomaron también que el Cacique Carlacá (que de ordinario lo elegían por su Capitán General, como dijimos lo habían hecho en lo de Ibagué, gran Mohán, hechicero y adivino) ayunara sobre conocer el buen suceso de la jornada y quemara palo de balsa para adivinarlo, en la ceniza, como lo tenían estos naturales de costumbre; que si la ceniza quedaba negra, no acometían al enemigo, por tener cierto el mal suceso; y si blanca, bueno; y si parda, dudoso ó indiferente, como le sucedió ahora á Carlacá, que se le apareció parda, todo por industria del Demonio; pero venciendo al agüero la esperanza de victoria contra los nuéstros, por ser tan pocos y enfermos como lo habían visto Cocurga y Coyara, se determinaron á venir sobre ellos, como lo hicieron más de ciento y cincuenta bien armados, al sexto día que estos dos habían salido del fuerte, prometiendo venir de paz con otros, que emboscándose todos con tanto secreto como si no viniera nadie, á las sombras de la noche y del arcabuco que se remataba á la margen de la aguada cerca del Real, poco más de á las nueve del día pidió licencia para salir de él la Bota Anica, y llevando dos calabazos, como que iba por agua, se vido con los emboscados en la aguada, y les aseguró la victoria, por ser los nuéstros los pocos que hemos dicho y andar el Gobernador achacoso de unas calenturas, con que tomaron tan valientes bríos los bárbaros, que pareciéndoles cada instante mil años, se determinaron salir luégo de la emboscada á embestir al fuerte, que aunque lo era, y la puerta tan angosta que sólo cabía una persona de lado, que se cerraba con un grueso madero que alzaban con facilidad cuando se había de entrar, y él se volvía artificiosamente á caer y cerrarla, y la hora desusada de acometer estos bárbaros sus empresas, pues suele ser de ordinario al comenzar á quebrar el alba, con todo eso, por lo que les aseguraba con persuasiones Anica, diciendo estar los nuéstros fuera de sospecha, y algunos comiendo (y aun acertó en aquella ocasión, que serían ya poco más de las diez, á desamparar la posta la puerta del fuerte por ir á tomar un canuto de tabaco), se fueron llegando á él con tanta prisa, que por mucha que dió con sus voces un indio amigo que los vido, diciendo: señores, Pijaos! señores, Pijaos! á lo último de estos acentos que volvieron en sí algunos soldados, yá estaban dentro del fuerte, por no hallar resistencia en la puerta, Carlacá, Cocurga, Coyara y otros que fueron entrando y trepando por la empalizada hasta número de treinta, y entraran más si el buen Andrés de Aspoitia, con cuatro soldados, no fuera volando á la puerta á hacer frente á los demás que fuera se las habían con algunos soldados que se hallaron con ellos de manos á boca y les hacían frente.

CAPÍTULO XLII

1.° Acometen los indios en el fuerte, lo primero al rancho del Gobernador Ospina—2.° Lo que le sucede con los que le acometieron—3.° Pretende Cocurga sacar del fuerte á su hijo—4.° Lo que sucede á dos soldados y á un indio que se quiso hacer muerto con otros muertos.

HABIÉNDOSE encontrado Carlacá (que traía el rostro rayado con listas de betún colorado y amarillo), entrando á la mano izquierda del fuerte, un mal ranchuelo de un soldado enfermo, Francisco de Guevara, metió la lanza dos ó tres veces por la cubierta, que pudo con facilidad, pues era de paja, y saliendo fuera el soldado, le tiró el indio otro bote de lanza, que alcanzándole con la punta por debajo la costura de un hombro de un coleto de ante que tenía, le hizo ir trompicando al soldado hartos pasos adelante, que á segundarlo acabara con él; pero como no llevaba intentos de esto, sino de sólo matar al Gobernador, por parecerle con aquello habría conseguido el fin de ellos, que era acabar con la guerra, y haber á las manos una sobrecama de grana que habían visto sobre la del Gobernador los dos indios los días antes, de que se habían aficionado, se entró á su rancho con Coyara, que estaba un poco más adelante que éste del soldado, á la misma mano izquierda, y en él el Gobernador echado en la cama por sus calenturas, que saltando de ella con sobresalto al ruido, halló que en la mitad del aposento, que era bien pequeño, estaban Carlacá y Coyara, arrojándole botes de lanza, de quien lo libró más la mano poderosa de la suprema causa, que el amparo de una cortina que puso delante, que tapaba una puertezuela, donde se detenían las lanzas, mientras alargó la mano á cierta cuerda que había dejado encendida, que la halló ahora en la necesidad apagada, como también halló que lo estaba un hacho de astillas y paja que llevaba en la punta de la lanza otro indio que entró con Carlacá para pegar fuego á la casa del Gobernador, que no tuvo efecto por lo dicho.

2.° El cual, no obstante que se hallaba sin cuerda encendida, hacía puntería á los dos indios con la escopeta, que viendo no se la disparaba, ni tenía lumbre, con que le volvieron á tirar otros dos botes de lanza, hasta que acordándose el Gobernador tenía cargada la pistola y puesta debajo el almohada de la cama, la tomó y mientras armaba el *serpentín*, le volvieron á arrojar otros dos botes de lanzas, y al tiempo que las volvían á recoger para tirarle otros, les apuntó con la pistola, que tampoco dió fuego por haberse derramado el polvorín. En este punto le socorrió el Cielo con la entrada de su negro esclavo Juan Bicho, que habiendo sabido que tenían en aquella apretura los dos indios á su

amo, llevando en las manos, con que se halló, una sola flecha sin arco, se arrojó por entre los dos á ponerse entre ellos y el Gobernador, que no pudo conseguir, pues el Carlacá, viendo cerca de sí al moreno, y que iba á socorrer al Gobernador, le dió tal empellón que le hizo volver algunos pasos atrás; y acudiéndole el Coyara con una lanzada, le pasó el brazo derecho sobre la muñeca, que sirvió todo este entretenimiento de los indios y el negro, para que entre tanto cebase el Gobernador la pistola, que disparándola al tiempo que iban á recoger las lanzas otra vez para tirarle, le dió á Carlacá en los pechos con cuatro postas hechas de una bala, engrasadas con tocino, como las acostumbraba á traer de ordinario, por ser de muerte las heridas, y dándole también con todo el fuego en la cara al indio, cayó en tierra y desalmado; á gatas, ayudándole el Coyara, se fué saliendo la puerta afuera del rancho y desde allí del palenque con ayuda que tuvo de los demás indios, sin sentirlo español ninguno que se lo estorbase y ir todavía con algunos alientos, no habiendo sido penetrantes las heridas, por ser el tiro desde tan cerca, si bien á los cinco días de camino, volviéndose á sus tierras, murió de ellas.

3.º Por presto que salió el Gobernador de su rancho á socorrer al cuerpo de guardia y sus soldados, no pudo ver al Carlacá, pero encontró á Cocurga, que con la mano izquierda tenía asido de los cabellos al muchacho Imbí, su hijo, tirando de él para llevarle á la parte de la empalizada donde le estaba aguardando su abuela Anica, á quien le había dejado el Cocurga la lanza al entrar en el fuerte, entrando él con sola una gran macana, y dejando concertado con la Anica que en la esquina del palenque, por la parte que miraba hacia la aguada, estuviese aguardando el buen suceso de los suyos y malo de los nuéstros, y que por cierta concavidad que hacían dos maderos, la diese á su nieto Imbí; que su hijo Metaquí, que era algo mayor, se escaparía entre la bulla de la gente. Esto, pues, estaba pretendiendo hacer ahora Cocurga, cogido al muchacho de los cabellos, si bien cuando vido al Gobernador comenzó Imbí á hacer resistencia á su padre, ó por echar de ver lo malo que andaba su partido, ó por lisonjear al Gobernador. Al cual, las obligaciones de acudir á tantos lugares, no se lo habían dado para cargar su arcabuz. Llegó también en esta ocasión aquí con el suyo, aunque sin cuerda, Hernando de Ospina en la una mano, y en la otra un machete, á quien le dijo el Gobernador se lo tirase al Cocurga, como lo hizo, aunque sin efecto, como tampoco lo tuvo el asegundarle con el mocho del arcabuz, por haberlo reparado el indio con la gran macana; pero entrándosele á este tiempo el Gobernador, le asió de los cabellos y prendió, á quien llegando á herir otro soldado que á este punto se le juntó, no consintiéndolo el Gobernador, se lo entregó para que lo guardaran con cuidado, y á otro llamado Diego Martín, que le venía á traer una cota de malla al Goberna-

dor para que se la pusiera, que no lo hizo por no dar espacio las prisas á detenerse á ponérsela.

4.º Uno de los soldados, llamado Francisco de Mendoza, mulato, criollo de la ciudad de Mariquita, viendo que tres indios enemigos, no pudiendo salir del fuerte por otra parte, pretendían salir por una de las tres esquinas, les acometió solo á todos tres, que no dando lugar la estrechura del sitio á poder jugar las lanzas, pudo asir el soldado á los dos por los cabellos, y arrimando la rodilla en el hueco de la esquina al otro que pretendía saltar, se las tuvo con todos tres valerosísimamente, hasta que llegándole de socorro un indio amigo, le dió tantas puñaladas al uno de los presos, que quedó allí muerto; de los otros dos que pretendían al Mendoza con los dedos sacarle los ojos, se defendía á dentelladas, por tener las manos ocupadas, agarrados los cabellos de entrambos; otro soldado llamado Pedro de Cetare, mestizo y criollo de la misma ciudad, viniendo á las manos con otro valentísimo indio, lanza á lanza, le mató; que habiendo muerto otros en otros puestos, de treinta que entraron en el fuerte, quedaron sin vida los doce, sin Carlacá, y otro tronchada una pierna; sin otro mal suceso de parte de los nuéstros, que quedar lastimado el Capitán Juan de Céspedes de una pedrada que le dieron al salir de la puerta de su bohío, y haberle pasado el brazo al negro Juan Bioho, y muerto un cachorro que deslomaron de un macanazo. El suceso de Carlacá con el Gobernador desgració tanto las fuerzas y bríos de los indios que se hallaban dentro del fuerte, como se echó de ver en la mano floja con que peleaban, y que casi sólo atendían á hurtar el que más podía la ropa de los soldados, que parte de ella estaba tendida á secar, y la demás buscaban en los bohíos que hallaban sin dueño, por andar los soldados en la refriega. Cargado cada cual con la que pudo arrebatar, procurando librarla y su vida, trepaban por la empalizada para valerse fuera de sus piés, no pudiendo de sus manos, para los intentos que traían, y así viéndose fuera del fuerte, le volvieron todos las espaldas: socorro más de la mano de Dios que de la humana. Y sucedió que habiendo hecho recoger el Gobernador á un lugar los prisioneros y muertos, entre éstos estaba uno que por no tener herida ni otra causa de muerte, les pareció no lo estaba, sino que había querido pasar plaza de muerto de burlas, por no serlo de veras, como sucedió, pues para salir de esta duda, el negro Bioho, con el dolor de su lanzada, le dió otra en el muslo al muerto fingido, que con el dolor y sentimiento abrió los ojos, que se los hicieron cerrar asegundándole con otras, hasta que quedó acompañando de veras á los demás muertos. Á los vivos, fuera de Cocurga, hizo echar el Gobernador á los perros, atadas las manos, de quien se defendieron por buen espacio con los piés; pero al fin vinieron á perecer entre aquellos dientes caninos, sin dar muestras de quejas cuando los estaban despe-

dazando, por no mostrar flaqueza de ánimo, que es gran cobardía entre ellos; cortadas á todos las cabezas, las hizo poner el Gobernador en los palos de la cerca del fuerte. No hubo con quién seguir este alcance, por ser tan pocos y tan enfermos los nuéstros; y así, haciéndoles la puente de plata, sólo se disparó desde el fuerte al bulto de cien indios que iban repechando, á uno de los cuales le tronchó la pelota una pierna, como se advirtió por todos los nuéstros, y cómo los suyos le cargaron en hombros y llevaron, como también á Carlacá, que comenzó luégo á adolecer del daño que le hizo el tiro del Gobernador, hasta que murió al quinto dia, y se mandó entre ellos se tuviese oculta su muerte, como se tuvo por más de dos meses enteros. Dicen que cuando iba á entrar en el fuerte estropezó, y que teniendo esto por mal agüero, dijo á sus compañeros no entrara si no se hallara tan cerca de él.

CAPÍTULO XLIII

1.° Quiérese excusar la india Anica no haber sido parte en el rebelión. Avisan al Gobernador del suceso del Capitán Poveda—2.° Habiéndose visto el Gobernador con el General, trata en su fuerte de las paces con sus indios presos—3.° Lo que responde el uno de ellos, sin esperanza de darlas—4.° Hace una salida el Gobernador y presa en algunas indias.

YA sobre tarde, este mismo día, que era viernes, habiéndose alejado algo los indios del fuerte, vino á él Bota Anica con fingidas muestras de enojo contra aquellos indios agresores, que decía eran de Otaima, Cacataima, Behuni, Anaitoma y algunos de Amoyá, que eran unos bellacos y se alegraba de que hubiese muerto el Gobernador á los que allí veía, porque le habían querido también matar á ella, encontrándola en el arcabuco de la aguada, como lo hicieran si no se hubiera emboscado en él, de donde salía ahora. No había visto aún preso á su yerno Cocurga cuando decía esto Anica, pero en viéndolo se certificó su maldad, y otras que cada día cometía contra los nuéstros. Á los cuales el domingo siguiente por la mañana comenzaron á dar voces desde un alto, que se oían en el fuerte, diciendo mezclasen lágrimas con la victoria que habían tenido de haber muerto aquellos indios en el fuerte, pues también ellos habían muerto á dos cristianos en la Provincia de Amoyá, que eran los dos que dijimos, Mucla y Arguinichea, le habían muerto al Capitán Francisco de Poveda; y añadían á las voces diciendo: que el Gobernador Ospina era muy bellaco y los perseguía mucho, y no dormía en corrales todas las noches, como otros Capitanes. Deseoso el General de saber el fin de las paces que le habían venido á dar al Gobernador Ospina Cocurga y Coyara, despachó desde el fuerte del Chaparral al suyo al Gobernador Baptista de los Reyes, con veinticinco soldados, y en su compañía al Padre Escobar, que viéndose con el Gobernador en el fuerte, á donde también llegó tres ó cuatro días después con el socorro que había venido á llevar el Capitán Rojas, determinó el Gobernador Ospina tomar la vuelta del Chaparral á verse con el General y tratar de nuevo de las cosas de la guerra, según los nuevos sucesos que iban sobreviniendo, y así juntamente con el Baptista de los Reyes y sus soldados, llevando en su compañía otros cuarenta y dejando el fuerte á cargo del Capitán Gómez Suárez, salió el Gobernador, y llegando á cierto paraje fuera del arcabuco, le ordenó á Hernando de Ospina que con los treinta pasase á la Provincia de Behuni, dos leguas de aquel sitio, á talar, si hallase, algunas comidas, y que á los ocho días le aguardase en el mismo puesto, donde volvería con los diez que tomó en su compañía para llegar al Chaparral.

2.º Á donde habiéndose visto con el General don Juan de Borja, y tratado de la desesperación con que peleaban yá los indios, pues ésta les daba atrevimiento para acometer á los españoles en su fuerte, juzgaba el General no estar seguro en el suyo del Chaparral, y así hizo con cautelosa prudencia, para asegurar más todo acaecimiento, se cerrasen ciertos portillos que tenía la cerca, por donde con más comodidad se comunicaban las cocinas y el servicio que estaba fuera. Tomó el Gobernador Ospina, á tres días que estuvo en este fuerte del Chaparral, la vuelta del suyo, y llegando al puesto que le tenía ordenado á Hernando de Ospina le aguardara, lo halló en él con buenos sucesos en las talas, y presa en un indio valiente de hasta veinte años, llamado Bilaque; llegado á su fuerte y dada luégo otra vuelta á las talas de la misma Provincia de Behuni, donde le pareció convenir dejar en pié algunas sementeras, para que al amor de ellas no se alejasen los indios, hizo otra salida por su persona, sin hallar rastros de indios en que hacer presa. Alojado una noche en una casa que halló vacía, llegó á ellos un indio con una carta puesta en un palillo, y un trapo de lienzo de algodón por banderilla, que lo despachaba el General dando aviso cómo la Provincia de Amoyá salía de paz, y que se la aseguraba el Gobernador Olalla, y que procurase hacer lo mismo en aquella de Behuni y las que estaban á su cargo. Tratóles de esto el Gobernador Ospina luégo allí á Cocurga y á Bilaque, que llevaba en su compañía presos, diciéndoles cómo el Zipa (que quiere decir en su lengua la suprema cabeza) los enviaba á convidar con la paz y que diesen la obediencia al Rey de España: cosa que tan bien les estaba para la quietud de su cuerpo y alma, como la había hecho la Provincia de Amoyá.

3.º Á lo cual respondió Cocurga: "En cuanto toca á mi parte, ya te tengo dada la paz, pues soy tu prisionero, y aun cuando no lo fuera, te la diera por las grandes obligaciones que te tengo, pues habiéndome podido matar como á otros menos culpados, no lo has hecho, y mostrándome agradecido á esto, te desengaño que ni tú ni el Zipa tenéis que cansaros en pedir la paz á estas provincias que te están encomendadas, pues ni te la han de dar ni aun ofrecer, si no es fingida y para mayor mal, y si estos de Amoyá la ofrecen, puédenlo hacer por no estar tan medrosos de los delitos que tienen cometidos contra vosotros, pues jamás os han acometido sino es á nuestro abrigo y amparo, siendo nuestros mochileros". Aunque esto se puede entender ser más bravata fanfarrona del indio que verdad, por la larga experiencia que se tiene, la Provincia de Amoyá no ser la cabeza de todas por ser menos belicosa, no por serlo mucho más que todas, y de más bizarros y valientes soldados que el resto de los de su nación; "pero estotras Provincias de Maito, Behuni, Otaima y Cacataima (decía el indio) se hallan agravadas con mil delitos que han come-

tido contra vosotros, pues ahora en la quema de Ibagué fuimos los principales agresores; tenemos destruídos á Cartago, Buga y Timaná, sin otros innumerables daños de muertes y robos que hemos hecho en los caminos reales, por lo cual no se atrevía nuestro corazón á entregarse en vuestras manos, por el castigo tan justo que tenemos de ellas, en especial por haber últimamente acometido á tu fuerte, demás que ya casi no han quedado indios en esta tierra que te la puedan dar cuando quisieran, porque no pudiendo á tus primeras entradas desbaratarte con las emboscadas que te echaron, tuvieron parecer todos retirarse á otras Provincias: unos al Valle de las Hermosas y otros á Tunasí, que es en Buga la Vieja, donde há muchos días se tiene prevenida esta retirada y hechas en ellas muchas sementeras para el efecto, y puesta allí para el cultivo de ellas toda la chusma y viejos inútiles para la guerra, andando en ella por acá la útil. Determinóse esto luégo que quemamos á Ibagué y vimos que en el Chaparral quedaban casas hechas para que el Capitán que envió á nuestro castigo (diciendo por Domingo de Erazo) y que dejó en ellas al Capitán Bocané (que así llamaban al Capitán Diego de Bocanegra, tan temido entre ellos) porque luégo nos prometimos que habiades de volver sobre nosotros al castigo con gran fuerza de gente, y así retiramos la nuéstra donde te he dicho, y la hallarás si sales en su demanda y me llevas por guía, que lo haré con mucho gusto, pues podrá ser que por aquí venga á tus manos para hacerme compañía en la prisión mi mujer y una hija mía que trae al pecho, que viendo sus parientes quedaba yo preso, se la llevaron consigo, dejándome sin esperanzas de verlas jamás sino es por este camino".

4.° De toda esta verdad (decía el indio) podrá dar testimonio, pues lo sabe como yo, Bilaque. Que preguntándoselo, dijo ser así, y preguntándole al de Amoyá que había traido la carta, si conocía á Cocurga, dijo que sí, y que no tenía aquel nombre sino otro, que se había mudado ahora en éste por ser indio muy valiente, y que no lo conociesen por su nombre propio. Respondió el Gobernador al General lo que había pasado delante el mensajero de Amoyá, y que si no ordenaba Su Señoría que se diese vista á la retirada de Tunasí, no tenía necesidad allí en su fuerte más que de sesenta soldados, con que concluiría lo que restaba á su cargo en aquellas provincias. Habiendo vuelto á su fuerte el Gobernador Ospina, después de diez y siete días que había salido de él, luégo á poco volvió á salir con cuarenta soldados la vuelta de Anaitoma en demanda de cierta casa oculta, con cantidad de gente, de quien le había dado noticia Cocurga, donde se podría hacer alguna presa de importancia, porque estando aquella de Anaitoma al cuidado del Capitán Olalla, como la de Amoyá, se hallaba la gente segura de que esta gente de Ospina daría sobre ellos. Salió á esto una mañana al quebrar las luces el Gobernador con su gente, y habiendo caminado á

pié (como se hizo toda aquella guerra, por no dejar la fragosidad de la tierra que se caminase á caballo), habiendo de repechar un reventón de media legua para llegar á la casa, se hallaron catorce soldados tan rendidos, que no les fué posible llegar aquella tarde, y así dejándolos allí con el Capitán Felipe de Rojas para que subieran otro día con la fresca, con el resto llegó el Gobernador á la casa, que la halló sin gente, y cerrada la puerta con ciertas estacas fuertes, y colgados en ellos muchos huesos y espaldillas de personas.

Y habiendo visto había en ella mucho maíz, frisoles y otras comidas, sin tocar en nada, se ordenó por el Gobernador una emboscada en cierta trocha que venía á dar á la casa, para haber á las manos si acaso venía alguien á ella por mantenimiento. A que se estaba dando disposición, cuando se oyó la voz de un grueso caracol y algún murmullo de gente, que se juzgó no estar léjos del puesto, y así se alojaron nuestros soldados dentro el arcabuco, no lejos de la casa, hasta que otro día al romper del alba se comenzó á marchar la vuelta del paraje donde se había oído el ruido, sin aguardar los compañeros que quedaban con Rojas, que los alcanzaron por el rastro aquella tarde como á las tres, yá que iba el Gobernador con los suyos dando vista á una vega que hacía una razonable quebrada de buena agua, á cuya margen había cinco ranchuelos de vara en tierra junto á un salto que hacía el agua, y en ellos trece personas retiradas, mujeres y niños, que hubieron los soldados á las manos sin escaparse alguna, y sin otra resistencia que la de un perro de los ranchos, que embestía á los nuéstros con ferocidad extraña, hasta que murió de una lanzada. Halláronse en el rancheo cosas españolas que las habían habido en despojos de los nuéstros, que les habían cabido á aquella parcialidad, que las estimaban por extremo, como fueron, de más de otras cosas, la llave del arcabuz del Sargento Arguinichea, y la mitad del cañón, que tenían dividido por medio, aplicado para punta de lanza, que lo disponen para esto con una destreza maravillosa, pues cortan el hierro y el acero y un cañón de arcabuz, á lo largo ó en los trozos que quieren con una delgada hebra de algodón torcido con arena y agua, que es á todo lo que puede llegar el arte, pues parece imposible.

CAPÍTULO XLIV

1.º Vuelve el Gobernador Ospina á ranchearse á una casa donde hallan bien que cenar—2.º Viene al fuerte el indio Manotas á dar la paz por dos provincias; pídensele prendas de ella—3.º No tuvo efecto la paz, por haber preso al indio otro Capitán, yendo á tratarla—4.º Luchan dos indios con dos españoles; vencen los nuestros y muere el un indio.

UNA había entre las mujeres aprisionadas bien tratada y dispuesta, con una nubecilla en un ojo (que yo conocí mucho tiempo después, por haber andado entre nosotros con su marido Inacho de Paz y sus hijuelos), que estando ahora cerrada de ellos y recién parida de uno, recién trasquilada la cabeza, y un bonete de hojas de palma en ella (costumbres de estas gentes, traer hombres y mujeres estos bonetes, y ellas trasquilarse todas las veces que paren), comenzó con grande ahinco y coraje á defender la jurisdicción del Gobernador Olalla, diciendo que á él le pertenecía aquella tierra y la gente de ella; y así se admiraba cómo la de aquel Capitán Ospina entraba en aquella provincia, pareciéndole no podían entrar los unos soldados en las provincias señaladas á los otros, y que en breve llegarían sus maridos, decía la india, y dando cuenta á Olalla, enviaría soldados á matar aquéllos si no soltaban luégo libre la presa que habían hecho. No pareciéndole al Gobernador, por ser húmedo, á propósito el sitio para ranchearse en él aquella noche, trató, contra el parecer de algunos de los soldados, por ser ya tarde, de tomar la vuelta de la casa de donde habían salido á la presa, para donde acertaron á tomar una trocha tan breve, que desechando muchas cuchillas, fragosidades, páramos y sumideros que habían pasado á la ida, hundiéndose en partes más que hasta la cintura, caminaron en una hora hasta la casa lo que á la ida habían gastado ocho. Tuvieron por bien empleado el camino, por hallar en la casa en qué emplear todos sus ganas de comer. Habiendo aguardado el Gobernador allí algún tiempo por si venían los maridos de las presas á su rescate, viendo que se tardaban por haber ido á probar la mano contra el Capitán Olalla, tomó la vuelta de su fuerte.

2.º Para donde iba caminando, cuando oyeron voces en la cumbre de un cerro, que habiendo respondido á ellas, bajó á ellos un muchacho de hasta seis ó siete años, con una banderilla blanca y en ella una carta, despachada por el Capitán Gómez Suárez, que había quedado en el fuerte, en que avisaba al Gobernador cómo á dos días de su partida de él había llegado allí un indio de hasta cincuenta años, cortadas las manos de años pasados, y en su compañía la estafeta de la carta, y otro muchacho, diciendo que traía un negocio de importancia que hablar al Gobernador, y diciéndole que era el Gómez Suárez, le res-

pondió no tener él las señas que traía del Gobernador, pues le habían dicho era algo más alto y sin cabello en la cabeza (es calvo el Diego de Ospina), y así no queriendo dar el recado que traía al Gómez Suárez, le dió aviso en esta carta, por lo cual abrevió su viaje el Gobernador con doce soldados, dejando el resto y los prisioneros á cargo de Hernando de Ospina, que llegó al fuerte otro día después que el Gobernador, á quien conoció el indio Manetas por las señas luégo que lo vido. Llamarémosle así de aquí adelante, aunque él se llamaba Metaco, por estar sin manos, á quien se las cortó un caudillo antiguo que anduvo á la vista y márgenes de aquellas provincias, llamado el Capitán Gavilán, y á otro compañero suyo la cabeza, que colgándosela á éste al cuello y sus mismas manos, le remitió entre sus naturales para que advirtiesen en el castigo que había hecho á aquellos dos, haría lo mismo con ellos si no se daban de paz.

Esta venía á dar ahora este indio, de parte de las provincias de Otaima y Cacataima, á que el Gobernador respondió placerle de dársela si le daba algunas prendas de seguro, que fuesen personas de su familia, por tener ya conocido no daban aquella paz más que porque no les entrasen de guerra á sus provincias á hacérsela y talarles las comidas. A que respondiendo el Manetas bastaba por seguro el estar él de por medio, á quien tanto los demás obedecían, añadió que no obstante esto, iría á las dos provincias y le traería algunos hijos de los más principales, dejando ahora en prendas uno de los muchachos que traía, pero que para que se entendiese había hecho con fidelidad la embajada, le diese licencia á Bota Anica y otra india prisionera que le fuesen acompañando, pues era cierto el volver ellas al fuerte por las prendas que dejaban en él, en que no reparando el Gobernador, por aventurarse poco en perder dos indias y mucho en las paces á que ellas podían ayudar, hablando á la gente, se partió el Metaco con ellas y llegó aquella noche á Behuni; pero sucedió que pareciéndole entretanto que esto pasaba aquí al General, que tenía á bien en qué ocuparse el Gobernador en esta provincia de Maito, con que no podría revolver tan presto á la de Otaima, despachó á ésta desde el fuerte del Chaparral con cincuenta hombres y algunos Coyaimas amigos al Gobernador Baptista de los Reyes, que pasando por la provincia de Behuni, dió de manos á boca con el Manetas y las dos indias, y habiendo á ella á las manos, y escapádose él, volvió á dar cuenta del suceso al Gobernador.

3.º El cual aunque no pudo por entonces saber quién fuese el caudillo, le escribió soltase las indias, como lo hizo, habiendo llevado la carta el Manetas, que volvió con las dos indias al Gobernador, el cual detuvo al indio que se quería volver á su tierra algunos dos ó tres días, para que tuviera lugar en ellos, sin mayor alboroto, el Capitán Baptista de los Reyes de hacer alguna buena facción ó presa. Después de ellos dió licencia el Gobernador á Manetas

para que volviese á su tierra, encomendándole que todavía tratase de las paces, ya que se había estorbado, por lo dicho, tratar de ellas en la ocasión pasada. A que respondió el indio no quererse meter más en ellas, pues ya le tendrían destruídas sus tierras, y sólo serviría la paz de sacarlos de ellas, y así se partió el indio con esta determinación, y los muchachos que trajo. El año siguiente de seiscientos y ocho vi yo colgado á este indio, andando á caza cerca del fuerte del Chaparral, y pienso fué por alguna traición que después hizo á los nuéstros. A dos días de la partida de este indio del fuerte de Ospina, llegaron otros cuatro, maridos de las indias que se habían preso en Anaitoma, el uno llamado Inacho, que lo era de la india que dijimos tenía la nube en el ojo; otro se decía Chanama, agigantado y de valientes miembros, y todos bien apersonados, el más viejo de hasta cuarenta años, que era Inacho, á quien no se les echó prisiones por haberse venido ellos. Pidió el uno le diesen su mujer para volverse con ella á su tierra, al cual remitió el Gobernador al Presidente al Chaparral con el indio prisionero Bilaque, que deseaba ver al Zipa y llevarle de regalo unas ciruelas; de donde volvieron bien despachados y contentos: el Bilaque con una camisa que le había dado el Zipa, y el otro con licencia para que le entregasen su mujer, si bien retardó el Gobernador el hacer esto hasta que por algunos buenos servicios llegase á merecerlo.

4.º Deseoso Chanama de probar sus fuerzas en la lucha con algunos de los soldados, salió al desafío aquel mulato Citare, que dijimos había muerto de una lanzada al otro indio, que después de haber andado bregando por buen espacio de tiempo, al fin derribó al indio dos veces, de que quedó bien corrido, y queriendo volver por la honra de éste el otro indio que pretendía á su mujer, se asió también á la lucha con un mestizo, sobrino del Capitán Felipe de Rojas, que también derribó al indio dos veces, y cayendo la postrera sobre un tronco mal cortado, quedó tan lastimado que amaneció otro día con un dolor de costado y fuerte calentura, á quien los demás sus compañeros y parientes tomaron entre manos, comenzándolo á curar á su modo, que fué echarle mucha agua fría aprisa (que lo estaba harto en el sitio, por tocar en páramo) por todo el cuerpo, y en especial en la parte del dolor, con que acabaron con él dentro de tres días, sin quererse baptizar, aunque recibió tanta agua, yéndose al infierno que le calentasen la frialdad con que había muerto; hízcsele sepultura fuera del fuerte, á donde en habiéndolo metido, cada uno de sus parientes entraba en el hoyo y le decía al muerto no sé qué palabras al oído y se volvía á salir, hasta que habiendo entrado todos por su orden de esta suerte, lo cubrieron de tierra y hicieron grandes llantos.

BIBLIOTECA NACIONAL

CAPITULO XLV

1.° Desean los soldados dejar la guerra y lo que acerca de esto sucedió—2.° Engaño de un muchacho á los nuéstros, y cómo siguen á los indios—3.° Hallan tan divertidos los rastros, que de seguirles, envía el Gobernador los prisioneros al Chaparral, y lo que allí sucedió—4.° Animo de un muchacho que dice lo maten á él por su madre.

DESGANADOS andaban ya los soldados de tan larga asistencia en la guerra, por seguírseles tan poco interés, y por haber salido plática entre ellos de que el Gobernador determinaba ir á la retirada de Tunesí ó Buga la Vieja, de que dijimos había dado noticia Cocurga, y también porque muchos de ellos habían dejado parte de sus matalotajes en el Chaparral, donde se temían estarían podridos ó mal acondicionados. Y así envió el Gobernador al General á pedir licencia para algunos, y para salir también él á lo mismo, y á dar una vuelta á sus haciendas, y que pues ya era tan poca la gente de aquellas provincias, sería acertado desamparar aquel fuerte y ocupar la gente en otros de mayor importancia. A que respondió el Presidente, enviando á algunos la licencia que pedían, como fué á un Miguel de la Peña y á otros; que no le parecía se desamparase por entonces el fuerte, y que por estar él ya el pié en el estribo para irse á la ciudad de Ibagué, dejando en su Lugar Teniente en el Chaparral al Gobernador Domingo de Erazo, se estuviese en el suyo el Ospina hasta que le avisase otra cosa, asento de la jurisdicción de Erazo, y que no se pudiese meter en cosa de sus disposiciones; con éstas despachó Ospina al Chaparral los prisioneros y á Bota Anica con su hijo y nieto, determinando dar otra vuelta al rebusco de aquellas provincias, para lo cual estando todo á pique, llegó de la de Bebuni al fuerte un indio viejo, amigo de Coyara, y traía en su compañía un muchacho de hasta quince años y otro de veinte, y decía que sólo venía á ver al Gobernador, el cual advirtiendo que mientras aquel indio estuviese allí estaría sin sospecha la provincia de Bebuni de que entrarían en ella los nuéstros, determinó, fiado en este seguro, dar entonces sobre ella, no obstante que no le habían quedado en toda la provincia más que la casa de Coyara y otras tres ó cuatro.

2.° Y así tomando cuarenta soldados y dejando ordenado tuviesen cuidado no se huyese el viejo, llevó por guía uno de los muchachos que trajo, pareciendo que de él, por serlo, y de menos malicia que los gandules, sacaría mejor los secretos de la tierra. Yendo ya marchando, encontraron con una división de sendas, y preguntándole al muchacho por cuál habían de ir para la casa de Coyara, dijo mintiendo que por la de la mano izquierda, que la fueron siguiendo, pareciéndoles teníase ya la presa en las manos, que les sucedió bien al contrario,

pues á cosa de mil pasos que caminaron, dieron con una gran casa caída ya de vieja y inhabitada; sólo había cerca de ella un turmal recién sembrado. Conociendo el Gobernador el engaño del muchacho, le asió de los cabellos y dió cuatro remesones y mogicones, con que se embraveció tanto el muchacho, que se puso á probar las fuerzas con el Gobernador, tanto que le forzó á meter mano á la daga y darle tres ó cuatro golpes con el pomo, que lo descalabró. Mandó se marchase luégo aprisa á coger la otra senda que habían dejado de la mano derecha, y habiendo caminado por ella hasta trescientos pasos, se oyó ladrar un perrillo y dar voces á un indio, que habiendo reconocido á los nuéstros, avisaba á los suyos se huyesen y emboscasen, como lo hicieron, sin poderse hacer ningún buen efecto, hasta que á la mañana, habiendo dormido allí aquella noche, se cogió el rastro de los indios y se caminó aprisa tras ellos, que no la llevaban menos, al fin como quien huía de su enemigo. Llegaron los soldados bien aperreados por la jornada larga de aquel día á ranchearse en un páramo cerca ya de donde iban los indios; que porque no sintiesen á los nuéstros, mandó el Gobernador que ni se armasen toldos ni encendiese lumbre; sólo dió licencia al Capitán Felipe de Rojas, por más necesitado, para que la encendiera y la cubriera bien después de dos horas de rancheados, que no aguardando tanto tiempo, la comenzó á sacar, y para más facilitar el sacarla, echó un poco de pólvora, y dejando el calabacillo donde la llevaba abierto, saltó en él una chispa, y quemándole las barbas y el cabello, dió un estallido como de escopeta, de que haciendo inquisición el Gobernador, descubrió el Rojas lo que le había sucedido, y cómo lo había derribado la pólvora medio aturdido en el suelo, y que se sirviese de que bastase aquello por castigo, de que se acedó el Gobernador, viendo que los medios que ponía para buenos efectos se le frustraban.

3.° Habiéndoles hecho el Gobernador á la mañana una plática en que los esforzó y dijo que los que no estuviesen con fuerza para pasar adelante por el cansancio del día pasado, se podían quedar allí, todos respondieron pasarían con muy buen ánimo, como lo hicieron, hasta llegar por el rastro á nueve ranchuelos en que habían dormido los indios aquella noche, y habían madrugado por el estallido de la pólvora del calabacillo, pensando era escopeta. Hallaron tan divertidos los rastros de los indios por unas y otras partes, que pareciendo ser imposible poderlos seguir, dejó el Gobernador aquel intento y envió á Pedro Verdugo con treinta y cuatro soldados y orden que quemase las casas de Coyara y le talase las rozas, y que dentro de ocho días saliese á juntarse con él á cierto puesto ya cerca del fuerte del Chaparral, desde el cual despachó al Capitán Juan de Avendaño á saber si era partido el General á Ibagué, quedándose el Gobernador con solos cuatro soldados, y entre ellos el Capitán Felipe de Rojas, aguardando á los dichos. A quien se le juntó otro día el Alférez Juan

de Leiva, que bajaba de la provincia de Ocaima, despachado por el Gobernador Baptista Reyes con veinte soldados y algunos cargueros y prisioneros la vuelta de Chaparral á dar aviso al General de sus facciones, como también llegó allí y la dió de las suyas el caudillo Pedro Verdugo, diciendo no haber hallado gente. Este era de los doce soldados que metió á su costa el Gobernador de esta guerra. También llegó casi á un tiempo el Avendaño con nuevas de que el General había partido á Ibagué y dejado en el Chaparral al Gobernador Domingo de Erazo, donde también dejó el Avendaño los prisioneros que llevaban, y entre ellos á Cocurga, á quien el Domingo de Erazo mandó atar en un palo y que le escopeteasen por la traición que había hecho en el fuerte de Ospina, de lo cual queriéndose escapar el Cocurga, decía no deber morir por haberle perdonado el Capitán Ospina, pues habiendo hecho matar á otros menos culpados, á él no sólo le había reservado la vida, sino que le había dado aquella camiseta con que se abrigaba ; y habiéndole dicho que aquello no era perdonarlo sino dilatarle la pena, respondió el indio que lo llevasen á pagarla donde había cometido el delito, y que declarase su intención el Gobernador Ospina, lo cual no obstante, lo amarraron á una esquina del fuerte y lo arcabucearon hasta que perdió la vida.

4.º Mandando el Gobernador Erazo hiciesen lo mismo, por el mismo delito, con su suegra Bota Anica, amarrándola á su lado, viniéndolo á entender su hijo Metaquí, muchacho de quince años, dijo á los nuéstros : "Dejad á esta mujer vieja y matadme á mí en su lugar, porque no se diga de vosotros que los males que os han hecho mis parientes los vengáis en una pobre vieja, y si me matáis á mí, aunque soy muchacho, se dirá matasteis un hombre, y porque más os mueva esto, sabed que soy hijo de un indio belicosísimo, que en tiempos pasados mató á muchos de los vuéstros; vengad esto en mí y dejad á mi madre que es cristiana como vosotros." Dejó admirados á todos la bizarría del ánimo del muchacho, y aceptando el Gobernador el partido, mandó que lo amarrasen al lado de su cuñado, donde habían de atar la madre ; á que dijo el muchacho no era necesario, pues sin amarrarle se estaba quedo, como sucedió, pues con ánimo invencible no hacía desdén á los muchos arcabuces con que le apuntaban los soldados, aunque sin dispararle, ordenándolo así el Gobernador, el cual viendo tan valientes bríos en tan pocos años, y que con ellos quería morir por dar vida á su madre, perdonó al uno y al otro. Aunque pudiera ser diferente si picaran al muchacho con alguna posta ó bala disparada, pues no es lo mismo amagar que dar ; pero no se le niegue valor al muchacho.

CAPÍTULO XLVI

1.° Determina Ospina despoblar su fuerte y la traza de esto—2.° Siguen los rastros de algunos indios á las manos; toma la vuelta del Chaparral—3.° Sale el Capitán Gómez Suárez á aguardar al Gobernador sobre Tetuán, y juntos llegan al Chaparral—4.° Otra salida que hacen desde allí los soldados, y el Gobernador deja la guerra.

RESUELTO el Gobernador Ospina en despoblar su fuerte y prometiéndole á Inacho se le darían tierras donde vivir con quietud cerca del Chaparral, si declaraba la gente que había en aquellas provincias y daba traza cómo las hubiesen á las manos, respondió que en la suya de Anaitoma sólo había una casa en que se podría hacer presa, para donde él sería su guía, con que el Gobernador mandó para el efecto se previniesen veinte soldados de los más adelantados, y al Capitán Gómez Suárez que con todo secreto estuviese prevenido para salir con el resto de la gente poco despues que él, sin que esto alcanzase á entender Inacho, porque iba entre los prisioneros su mujer, y que lo aguardase dos leguas del fuerte del Chaparral sobre el río de Tetuán, donde se juntaría con el Gobernador, que dada esta orden, salió otro día amaneciente con sus doce soldados y por guía á Inacho, que llegando cerca de la casa donde iban, pidió una lanza, diciendo que él también había de pelear, en que conoció el Ospina los llevaba engañados, y lo dijo á los soldados, pues era cierto que él no había de pelear contra sus parientes y provincianos, sino que fué estratagema para dar á entender que él no sabía que había gente en la casa, como fué verdad, pues habiendo llegado á ella como á las ocho de la mañana, la hallaron vacía, con admiración fingida de Inacho, á quien convencieron allí del engaño, y dijo el Gobernador que no había de volver al fuerte sin hallar aquella gente retirada, para donde sería bien él lo guiase, pues sabía dónde estaban.

2.° Nególo el Inacho, y así el Gobernador, siguiendo ciertas trochas, se dió tan buena maña, que hallando los rastros, los fué siguiendo á los talones, hasta que dió vista á los que se retiraban, cerca de cierta quebradilla, á donde se detuvieron á desleir y beber masato, y emboscándose tan cerca de ellos, que los estaban viendo y oyendo: estando bebiendo su masato los indios y indias, una de ellas, dando una gran carcajada de risa, dijo: "Si ahora vinieran los españoles, ¿qué hiciéramos?" á que respondió un indio: "Pelear," á cuyo último acento dió Santiago sobre ellos el Gobernador, de todos los cuales, que eran doce, sólo se le escapó uno. Despachó, hecha la presa, Ospina, con algunos soldados, un caudillo que trajera los que habían quedado atrás con los cargueros y Inacho, y que se encontrasen por cierto atajo con él, que iba desde allí á probar la mano á segunda presa, por no haber llegado por aquella parte el Gobernador Olalla,

que no tuvo efecto, y así juntándose con él y sus soldados los cargueros y soldados que venían con ellos, se temió Inacho de parecer delante sus parientes, y así lo mandó el Gobernador fuese en la retaguardia, yendo ellos en el batallón, con que fueron marchando la vuelta del Chaparral, y sucedió que fatigándole mucho, por el gran calor de la tierra y camino, una cota de malla que llevaba el Gobernador, estándosela quitando le arrojaron un valiente dardo, que no le pasó más que tres dedos apartado del cuerpo, y así para asegurarse más, se la volvió á poner y marchar hasta que se ranchearon sobre tarde en una loma tan sin agua, que no tuvo el Gobernador otra que la que le trajo Inacho, cogida de ciertos cardos, de hojas anchas, que se crían en muchas partes de estas Indias en las ramas de los árboles, en especial robles, que conservan el agua que recogen cuando llueve y socorren muchas veces á los soldados en estas necesidades. Habíala ahora de disfrazar á Inacho para que no lo conocieran sus parientes, de que él andaba cuidadoso, y así haciéndole un soldado unas grandes barbas de un pedazo de cuero de carnero con que él andaba muy regocijado, lo disfrazó de suerte que no lo conocían. Iban siguiendo á los nuéstros algunos indios, con que era menester doblar las postas; dió una noche úna arma falsa, que hallando á los soldados dormidos, se levantaron medio entre sueños, y no hallando enemigo á quien hacer rostro, se tiraban lanzadas unos á otros, hasta que los sosegó el Gobernador.

3.° Habiendo salido el Capitán Gómez Suárez del fuerte, luégo aquel mismo día que el Gobernador, y dejádolo desamparado, marchando la vuelta del Chaparral, en saliendo de la montaña á la sabana rasa, se le pasmó un soldado llamado Roza de un airecillo que le dió viniendo sudando, con tan fuerte pasmo que no bastaron los remedios que se le hicieron para que no muriese otro día. Hízolo enterrar cerca de una quebradilla apartada del camino, en que advirtiendo Chanama, que andaba suelto entre los nuéstros, después de seis ó siete días que llegaron al Chaparral, revolvieron él y otros dos indios sobre la sepultura, y desenterraron al muerto, y asado en barbacoa se lo comieron, como lo certificó la misma barbacoa, huesos roídos y sepultura abierta, que vieron después muchos de los nuéstros; tal era la fiereza de estos bárbaros. Situóse el Capitán Gómez Suárez sobre las barrancas y asiento que le habían señalado, aguardando la salida del Gobernador, que á otro día, despuntando con su gente por unas altas cumbres, y mirando á la parte donde había de estar rancheando el Capitán Suárez, y no viendo sus toldos y tiendas, engendró sospechas si habían dado con él los indios y lo habían muerto con su gente, las cuales se acrecentaron habiendo visto repechar desde una quebrada honda hasta diez y ocho ó veinte indios y indias cargados, y que sobre las cargas llevaban no sé qué bultos, que juzgaron el Gobernador y sus soldados ser los despojos

que le habrían quitado al Capitán Gómez Suárez y su gente.

Con este cuidado bajaron á la quebrada, á cuya márgen hallaron una muy gran huerta, bien labrada con gran cantidad de hayales, curos, papayas, papayuelas, ciruelas, piñas, yucas, batatas, frisoles y otras legumbres, de que cargaron cuanto pudieron todos los soldados y cargueros, no talando lo demás, con intentos de aprovecharse de ello desde el Chaparral, por estar cerca. Dijo Inacho ser aquello de uno de los caciquillos de Anaitoma; que á no hallar el Gobernador sus soldados tan cansados y deseosos de llegar al Chaparral, revolviera desde allí sobre aquella provincia, aunque estaba á cargo de otro, y á trueco de gastar un mes más, pudiera ser hacer muy buenos efectos. Al fin no teniéndolo esta determinación, marcharon adelante y se juntaron con el Capitán Suárez dentro de dos horas y llegaron juntos al Chaparral, donde hallaron al Gobernador Domingo de Erazo por Teniente del General (que como hemos dicho estaba ya en Ibagué), y con orden de él para que con un caudillo y cuarenta soldados de estos que traía Ospina, fuesen corriendo desde aquel fuerte la provincia de Cacataima hasta Ibagué, y confiriendo con el Ospina quién podría serles caudillo en esta facción, le señaló al Capitán Felipe de Rojas.

4.° Llevaban tan ásperamente los soldados esta vuelta, y que había de ser tan luégo, sin descansar, por salir tan rendidos de trabajos y sin interés que se les hubiese seguido, que sólo la pudiera suavizar el volver á entrar con ellos el Gobernador Ospina, á quien acompañaran todos, Capitanes y soldados, como se lo dijeron y pidieron todos juntos. A que mostrándose agradecido el Gobernador por la afición con que le estaban, les respondió no convenirle, pues por aquella facción se venía á subordinar al Gobernador Domingo de Erazo, de que le había dejado libre el Capitán General. Con que hubo de efectuarse la entrada con el Felipe de Rojas, repartiendo el Gobernador entre sus soldados, para su mejor avío, treinta reses vacunas y seis vacas de leche que le habían quedado de las que había metido allí para su sustento y de los doce soldados que metió á su costa, y más les repartió de los demás matalotajes que le habían quedado en el almacén; con que se salió del fuerte del Chaparral con sus esclavos, la vuelta del río de Saldaña, á probar la mano si hallaba algunas minas, desde donde volvió á Ibagué y á las Lajas, que son las minas de plata de la ciudad de Mariquita, que estában á su cargo desde antes que entrasen en esta guerra. No entró con el Capitán General la segunda vez que fué al Chaparral, por sus ocupaciones, aunque le sirvió con la paga de ocho soldados. Tomóse después asiento con el Presidente por el mismo Gobernador para que lo fuese de Timaná y el pueblo nuevo de la Concepción de Neiva y lo más que se fuese poblando en la tierra de los Pijaos, de que dejamos tratado en nuestra segunda parte, noticia séptima, capítulo cuarenta y cuatro.

CAPÍTULO XLVII

1.º Sale el Gobernador Baptista de los Reyes del Chaparral con gente, y lo que le sucede á un soldado con unos muchachos—2.º Hallan los soldados un hombre cocido en una olla con maíz—3.º Hallan un calvario con sus tres cruces y calaveras y un reloj de sol—4.º Un indio que dice, si lo matan, se ha de trasformar en venado.

ALGUNOS días después de haber salido el Gobernador Diego de Ospina, con los varios sucesos que hemos visto de las provincias que llevó á su cargo, al fuerte del Chaparral á verse con el General y Presidente Don Juan de Borja, salió de él, con una muy buena tropa de soldados y Capitanes vaquianos, el Gobernador Baptista de los Reyes, para las de Otaima y Cacataima, el mismo año de mil y seiscientos y siete, que fué cuando dijimos le vino á las manos en la de Behuni el indio Manetas con las dos indias, con orden de talar las labranzas y que se desasosegasen los indios de nuevo por esta parte, como lo andaban por otras, sin poder tomar asiento en cosa considerable contra nosotros, ni aun tuviesen donde poderse defender. Entróse con tan buen recato, por la buena industria del Capitán, que en algunas partes se hicieron buenas presas de indios, que porque no estorbasen, se fueron remitiendo al fuerte del Chaparral. Entre ellas fué una en cierta casa de esta provincia de Otaima, donde, entre algunos gandules y mujeres, hubo á las manos un soldado mulato, maestro de armas, llamado Padilla, dos muchachos de hasta ocho ó nueve años, que habiéndolos amarrado, sacaron cada cual de su vaina un cuchillo carnicero que llevaban, y dando saltos y empinándose, le tiraban puñaladas al pescuezo, y no alcanzando, se las daban sobre el sayo de armas en el pecho, y esto con tanta prisa y sin poderlos despegar de sí, que á no venirle socorro á las voces que daba el Padilla pidiéndolo, tienen por sin duda lo mataran los dos muchachos.

2.º Caminando la compañía por cierto paraje de la misma provincia de Otaima, se les murió de cámaras de sangre un indio carguero, y habiéndolo enterrado muy á lo lejos del camino y corrido gran parte de tierra en ocho ó diez días de tardanza, revolvieron los soldados á dar vista al sitio donde le habían enterrado, en que hallando algunos buhíos nuevos, tomaron la vuelta de ellos, picados de una muy buena hambre que traían, por si acaso hallaban en ellos gente ó algo que comer, que hallando á los dueños retirados de miedo de nuestros soldados, dieron en uno de los ranchos con una olla al fuego, de las medianas que ellos usan, en que cabrían hasta tres hanegas de maíz, que tenía dentro ya cocido, en quien dieron los soldados al punto con el

apetito desenfrenado que los traía la hambre, sacando del maíz con totumas cual más podía, y entre los granos halló uno de los soldados un pedazo de carne, de quien juzgando sólo su apetito con que lo comenzó á comer, decía que era tocino; con lo cual engolosinado otro soldado, ahondando más en la olla, por si acaso hallaba en ella del tocino que el otro decía, sacó en la totuma una mano entera de persona, por donde echaron todos de ver ser el tocino que decían algún pedazo de carne de la cabeza, y tumbando, irritados de esto, toda la olla hallaron estar en ella, en pedazos, un cuerpo humano, y por señales claras que era el del indio que habían dejado allí enterrado ocho ó diez días había. Con que los más asquerosos no sólo vomitaron lo que habían comido, pero aun pensaron echar las entrañas; si bien otros de mejor estómago pasaron sin asco adelante con lo hecho.

3.º Como lo hicieron todos desde aquel sitio, marchando hasta donde dieron con una casa bien capaz, cerca de la cual estaba un calvario de tres cruces, al modo de los nuéstros, y la mayor en medio, puesta con tan buen modo, que ninguna asentaba en el suelo con una vara, por tener en el extremo de abajo dos vigas que servían de abrazaderas y las sustentaban. Cerca de las cruces estaba un reloj de sol, grande y bien artificioso, con gnomones verticales, y á la redonda de todo esto trece ó catorce estacas de vara y media de alto, y en cada punta una calavera humana, que se supo ser todas de cristianos, y haberlas traído allí un indio Capitán cuya era la casa, de una matanza que hicieron estos bárbaros en la ciudad de Cartago. Había cerca otra cruz hecha en un tronco de un árbol, del tamaño de una tercia, tan perfecta y acabada, con sus clavos y título que causaba devoción. La cual se entendió después, de una india cristiana que se huyó en otra ocasión de esta casa, haber hecho un captivo cristiano viejo que ella conoció, y había estado entre ellos más de veinte años, sin habérselo comido porque trabajaba bien, hasta que de rabia lo hicieron ahora, cuando se veían tan perseguidos de los nuéstros, y aun decía la india era clérigo de misa que lo habían captivado en el valle de Neiva, caminando la vuelta del Perú.

4.º En cierta facción hubieron á las manos un indio principal y valiente llamado Chagnala, en la provincia de Cacatuima, á quien habiéndole condenado á muerte por sus graves delitos de las muchas de españoles que tenía á su cargo, y persuadiéndole se hiciese cristiano, no por librarse de la muerte temporal, pues era cierto la había de padecer, sino de la eterna, dándole para esto cristianos consejos y diciéndole lo mucho que aquello le importaba, respondió que pues no podía por allí excusar la muerte, que tampoco quería ser cristiano, pues cuando después de muerto no comiese masato, comería hierba, pues su alma entraría en el cuerpo de un venado; error que le tenía introducido el

Demonio, de la transmigración de las almas de unos en otros cuerpos: cosa imposible naturalmente, si bien fué error antiguo de los Pithagóricas, sobre lo cual se puede ver á Martín del Río (1) en sus disquisiciones mágicas. Viendo el Gobernador la protervia del bárbaro, le mandó soltar dos feroces perros que llevaba (que yo también conocí después en el Chaparral), el uno llamado Héctor y el otro Fiero, que lo fueron tanto ambos en esta ocasión con el indio, por ser tan fuertes y estar tan cebados en estas presas, que se las hicieron á una en los dos molledos de los brazos, y desbarrigándolo, le sacaron en un instante las tripas, mostrándose tan valiente aun en esto el indio, que con ellas en el suelo y estándole despedazando los perros, decía mil oprobios contra los nuéstros, tomando por tema que quedaban sus parientes y tomarían venganza, comiendo los hocicos de todos los españoles (frase usada entre estos bárbaros para significar su venganza). Hartos los perros de su carne, colgaron los pedazos en una horca, de donde lo quitaron después sus parientes y lo enterraron á su modo, que es en una cueva, y con él algunas comidas de maíz, frisoles y chicha, no obstante que por estar hecho pedazos podían imaginar que ya no podía comer. En una labranza de este indio se halló una oveja de las nuéstras, que se presumió haberla llevado del saco de la ciudad de Ibagué, tan gorda, que certifican haberle sacado sobre veinte libras de sebo, de más de ser toda ella tan gordana que casi no se le hallaba cosa magra.

(1) Libro 2. cuest. 18

CAPÍTULO XLVIII

1.º Parten en dos partes dos indios Coyaimas un niño y cómenselo asado—2.º Habiendo llegado el Gobernador Baptista de los Reyes al Chaparral, vuelve á salir dentro de tres días y lo que le sucede—3.º Hambre cruel en los soldados y lo que hizo un perro con ella.

CAMINANDO iba el Gobernador Baptista de los Reyes un día de San Juan por la mañana, en demanda de ciertas casas de indios de quien tenía noticia, donde llegando ya cerca, un soldado llamado Juan de Leiva acaso pisó un perrillo, cuyos gritos fueron causa de sentir á los nuéstros la gente, que eran indios y indias, y ponerse en huída emboscándose en el arcabuco, á donde se iba á entrar una de ellas con un niño de teta en los brazos, que arrojó entre los helechos para poder huír más libre y escapar la vida, como le sucedió; pero de los Coyaimas amigos que iban con nuestros soldados, dos arrebataron el niño y cogiéndolo cada uno de su pierna, lo dividieron de alto abajo con un machete, y echando cada cual su parte en su mochila, se lo cenaron mal asado aquella noche. No pudo la diligencia de los soldados haber á las manos más de un indio de éstos que se retiraban, de edad de hasta cincuenta años, con quien fueron marchando, y habiendo pasado un razonable río que llamaron de las curas, por haberlas en sus márgenes muy buenas, subieron un bien encumbrado reventón y se ranchearon ya de noche en tres casas que encontraron arriba, que eran del indio que en estotras habían cogido, y hallándose faltos de agua, y que el río lo dejaban muy atrás, no fué posible el apretado castigo que hicieron al indio para que dijera dónde la había cerca, con estar una fuente casi á los cimientos de la casa; antes en el castigo, que fué dolorosísimo, por serlo las partes donde le dieron, no se quejaba ni quería responder á lo que le preguntaban, y habiendo hallado los soldados la fuente á la mañana, y preguntándole por qué no la había querido descubrir, respondió que para hacer mal á los nuéstros, y que padeciesen sed aquella noche. Dióselo el castigo que pareció merecía, que fué de harta crueldad, la cual usaron con estos bárbaros los nuéstros, por ver si el castigo de los unos ablandaba la dureza de los otros, que todo fué (como dicen) machacar en hierro frío.

2.º Yá le parecía al Gobernador y á sus soldados quedaban bien escudriñadas estas provincias de Cacataima, Otaima y Lucira, por haberlas trastornado todas y no hallar cosa considerable en que ocuparse, con que determinaron tomar la vuelta del Chaparral, donde asistía el Gobernador Domingo de Erazo por Teniente General, que ordenó al Gobernador Baptista de los Reyes que

dentro de tres días volviese á salir con su gente á reconocer la tierra del Valle de las Hermosas, donde á la sazón estaba el Capitán Ortega con otra compañía de mulatos; lo que puso en efecto el Gobernador Baptista, harto á disgusto de los soldados, por verse fatigados de trabajos y hambre de muchos días, y sin ningún interés temporal, que es á lo que esta gente de ordinario pone la mira. Lo que fué causa para que estando ya en el Valle, algunos, y no de los menos alentados soldados, tratasen de dejar á su Capitán y tomar la vuelta del Perú en demanda de mejor ventura que la que traían entre manos. No habiéndosele escondido esto al Gobernador, hizo una información sumaria, y condenó á colgar á dos ó tres de los más culpados, que aunque no se ejecutaron sus muertes, bastó para sosegarlos á *todos*, y con *tan buenos ánimos como en* las jornadas pasadas irse metiendo tan dentro en la tierra de los indios, que llegaron á faldear el cerro nevado de los Paeces, con tan inmensos trabajos de hambres y pasos de ríos caudalosos y veloces, asperezas de riscos, breñas, pantanos y tremedales, que á poderlos contar no fueran muchos; sólo tuvieron de relieve en ellas el no encontrar con gente que, entre tan inmensos trabajos, los pusiera en peligro, sólo lo tuvieron en un paso estrecho, de muchas galgas que les arrojaron de una cumbre, de quien se libraron al amparo de una peña tajada, y dejándose venir tras ellas, yá que las habían despachado todas, nueve valientes indios, para ver el estrago que con ellas habían hecho, embistieron con siete soldados, que fueron los que estaban á la defensa de la peña, porque el resto del ejército había quedado atrás y éstos sobresalido á reparar este peligro, que conocieron de léjos por la disposición del sitio, y á un soldado llamado Ospina, mulato, le dió un indio una fuerte lanzada, que á no serlo el sayo que llevaba, diera con él en la otra vida, y pretendiendo quitársela otro indio, viendo que con aquella lanzada había quedado libre, embistió con él diciendo en nuestra lengua: vas, mulato! y comenzó á bregar con él á brazo partido, y viendo cuán malo andaba el del soldado, por ser valerosísimo el indio, otro soldado mestizo llamado el Zorro, gran arcabucero, hizo un tiro tan venturoso, que estando pegados el indio y el soldado, mató con la pelota al indio, quedando el otro libre, con que huyeron los otros ocho bárbaros, y se conoció luégo el sitio de una gran emboscada que les tenían echada á todos los nuéstros, en parte donde era imposible dejar de dar en ella si fueran huyendo de las piedras, que eran tan grandes que parecía hundirse el cerro cuando bajaban, pues tronchaban árboles tan gruesos como dos hombres.

3.° La apretura de la hambre obligó al Gobernador Baptista á irse saliendo de esta tierra con dos caballos que hallaron en ella, que por su fragosidad, á no hallarlos allí, tuvieran por imposible haber entrado; por pasos que encontraban fragosísimos los subían y bajaban con invenciones, pareciendo á los

soldados les podrían socorrer en la mayor apretura de la hambre, si bien el Gobernador, aunque era mucha la que traía, nunca la halló tan apretada que le pareciera los debiera matar, yéndolos reservando de una hambre en otra para otra mayor; llegaron con tanta los soldados á una huerta vieja, que no hallando otra cosa que comer más que papayas verdes (infernal comida cuando lo están y no de sazón, pues dicen que tiene tan mal sabor como si fuera emplasto de meliloto ú otra peor), las echaron á cocer en las pailas, de donde uno de los perros, obligado de la feroz hambre que traía, sacó con la mano de entre los borbollones del agua hirviendo cuatro ó cinco, dándoles como á pelota, y se las comió sin dejarlas enfriar; comieron los cueros de las rodelas y de las petacas, echaban á asar unos calabazos verdes que crían unos árboles á modo de totumas, aunque con trabajo en balde, pues todos se les convertían, al calor, en agua, como si fueran de hielo. Entre otros remedios que buscaban para la hambre cuando no hallaban mantenimientos, era apretarse mucho la barriga con paños de lienzo, con que lo pasaban menos mal, hasta que con estas y otras miserias salieron á tierra rasa y más apacible, viniendo caminando la vuelta del Chaparral. Desde donde envió Baptista una escolta que matasen algún ganado vacuno del que se había llevado al fuerte para sustentarlo, desde la sabana de Ibagué, para cuando fuese llegando el resto de los soldados y cargueros, como se hizo, y hubo soldado de estos que se adelantaron á hacer esta diligencia, que se llamaba Juan Romero y Perdigón, que habiendo muerto una ternera, apenas hubieron visto el fuego los hígados y livianos, cuando á mucho menos que á medio asar se los comió, sabiéndole mejor que truchas de Molina. Llegaron al fin al fuerte del Chaparral, algo más alentados todos con este refresco de carne, donde hallaron que pocos días antes había hecho quemar el Gobernador Erazo á un soldado llamado Sandoval, por haber asayado acometer el pecado nefando, y confesado haberlo cometido muchas veces en Italia, donde se estrenó en aquel vicio abominable, y en otras muchas partes siendo soldado. Yá era esto al fin del año de 1607. Otras muchas salidas hizo este Gobernador Baptista hasta los años de diez y once, que se acabaron de apaciguar estos indios, en que hizo muy lucidos efectos, como en otras muchas conquistas los ha hecho, y como los hicieron otros valerosos Capitanes que entraron en estas jornadas.

CAPÍTULO XLIX

1.º Vuelve el Capitán General desde Ibagué á Santafé, y Erazo desde el Chaparral. Despacha muchas tropas—2.º Andan los indios tan acosados, que mueren de hambre y enfermedades—3.º Vuelve á entrar el General otra vez en el Chaparral—4.º La gente que le acompaña.

HABIENDO llegado el Presidente y Capitán General D. Juan de Borja á la ciudad de Ibagué y alentado con su presencia y industria la reedificación y reparo de sus ruinas, que se estaban aún tan lamentables por estarse bajeando la sangre de los muertos, y haber sido tan pocas las fuerzas con que quedaron los vivos para su reparo, por el gran robo que se les hizo, y habiendo dado asiento á las viviendas de sus moradores, por ser dotado de superior prudencia en el manejo de paz y guerra, tomó la vuelta de esta ciudad de Santafé después de nueve meses continuos que habían pasado en esta jornada, dejando por su Lugar-teniente al Gobernador Domingo de Erazo en el Chaparral, y hecho maravillosos efectos en todas las Provincias del enemigo, que llegaron aun hasta los retirados de las Carnicerías, pues dando sobre ellos, con dos ó tres entradas, tropas de soldados de la Villa de Timaná, que es sobre quien los de aquella parte hacían mayor golpe inquietando el pueblo, habiendo muerto á muchos indios, prendieron á más de ochenta, con que se comenzaron á quietar y asegurar algo los pasajes de aquel camino de Neiva para el Pirú. No daban lugar en esta ausencia del Capitán General, los alentados bríos del Gobernador Domingo de Erazo, que no se pasasen adelante los lucidos efectos de hasta allí en la guerra, antes esforzándolos para que los unos fuesen colmando á los otros, despachó desde el fuerte del Chaparral dos Capitanes con cincuenta hombres, que volviesen á dar vista á las Provincias del Tonuro y Valle de las Hermosas (uno de ellos el Capitán Felipe de Rojas con la gente del Gobernador Ospina, como dijimos), que todavía estaban con algunos bríos desde que desbarataron y mataron á aquellos españoles que llevaba á su cargo el Sargento Pedro Vanegas.

2.º Encargó á otro, con una buena tropa de soldados, las Provincias de Ambeima y Amoyá, y á otro las de Otaima y Cacataima; haciendo en ellas y en otras continuas entradas y salidas, con tan lucidos efectos, que quedaron las más de ellas tan asoladas que ya no hallaban las tropas indio con quien pelear, casas donde ranchearse, raíz ni grano que comer, y si algún indio había quedado, sin atreverse á hacer sementeras de propósito, sembraba cuatro puños de maíz aquí y otros dos acullá á las sombras y cubiertas de los árboles, porque no lo

encontrasen nuestros soldados, que tampoco era posible ocultárseles, pues antes que estuvieran de entera sazón lo descubrían los papagayos volando y graznando sobre ellas, por cuyo rastro daban con ellas los nuéstros, destruyéndolas ó aprovechándolas, y si alguno de los indios tenía suerte de lograr cogiendo alguna de éstas, por no haberles quedado mujeres que les beneficiasen la comida, andaban aperreados, flacos y macilentos, hasta acabar la vida, como encontraban á cada paso los soldados cuerpos muertos de hambre ó cámaras, que les daban de beber agua, por no tener mujeres que les hiciesen chicha ó masato, que era lo que siempre bebían, sin probar agua, y así ahora los corrompía y acababa. Andaban sólo buscando retiradas donde esconderse de los ojos de los nuéstros, lo que no podían tampoco conseguir, pues con la mucha y ordinaria asistencia que hacían los soldados en sus Provincias, no había retirada que no trastornasen, sin darles un punto de sosiego. Á que también ayudaba el Presidente aun estando en esta ciudad de Santafé, pues desde ella despachó otro Capitán con cincuenta hombres, para que entrando en las Provincias de Otaima y Cacataima por la parte de Ibagué, talasen las sementeras que hallasen hechas de nuevo, y desde aquí pasasen á las de Bulira y Buga la Vieja, vertientes ya á la Gobernación de Popayán, por las noticias que había dado de aquella retirada el indio Cocurga al Gobernador Ospina, como dejamos dicho.

3.° No eran los afectuosos deseos con que andaba el General de dar fin á cosa tan importante, para sosegarse con menos que procurando juntar los fines de esta guerra con los lucidos principios (si no eran ya medios) que habían tenido y se iban continuando, y así entrado ya este año siguiente de 1606, habiéndose conferido con los más expertos Capitanes sobre la materia y nuevos modos de hacer la guerra, por estar ya las tierras de los indios de otra figura que cuando se comenzó los años pasados, en su modo de vivir, pues no hallando asiento ni lugar seguro en ellos, andaban á noche y mesón y yá tan descaídos como vemos, y habiéndose dado aviso al Gobernador de Popayán, Don Vasco de Silva, para que por la parte de Timaná (que á la sazón entraba en su Gobierno) y las Carnicerías se diesen las manos en las conquistas sus tropas con las del Chaparral, por ser las tierras de donde se tenían mayores noticias de retiradas y aun lo decía la experiencia por lo mucho que infestaban los caminos del Pirú en el Valle de Neiva, se dispuso el Presidente á nueva entrada en el Chaparral, previendo nuevos pertrechos de vituallas y armas, y criando de nuevo algunos Capitanes (no obstante que muchos de los que habían entrado otras veces también se dispusieron para entrar ahora). Entre los cuales fué uno su hijo Don Juan de Borja, niño de hasta ocho años, que sin reparar en su edad tierna, entró ahora con su padre, con una compa-

ñía de más de ochenta hombres; por Maese de Campo, como en la pasada, Don Francisco Maldonado, de la Orden de Santiago, con el Capitán su hijo Don Antonio Maldonado, que hoy lo es de la de Calatraba; el Gobernador Domingo de Erazo, con el cargo que siempre había tenido; el Capitán Juan Clemente de Chaves, Alférez Real de esta ciudad; el Capitán Pedro Suárez de Villena; los Gobernadores Antonio de Olalla y Baptista de los Reyes, el Capitán Gonzalo de León, y otra gente noble de aventureros y con compañías.

4.° Y también el Capitán Lorenzo de Terrones, Oidor de la Audiencia, que por estar en visita y desocupado de judicatura, gustó de entretenerse en esta entrada, y el Secretario de la Audiencia, Hernando de Angulo; vicario de todo el ejército, el Padre Escobar; entró también el Padre Cifuentes, el Padre Fray Antonio del Castillo, de nuestra Orden, y entre los demás, me cupo á mí la suerte de acompañar esta jornada; médico, el Licenciado Alvaro de Añón; boticario, Bernardo de Herrera; cirujano, Francisco de Pineta, y otro llamado Reyes; y puesto todo á pique á la jornada, salió el General de esta ciudad de Santafé la vuelta del Chaparral, donde se juntaron con todos otros cuatrocientos hombres, como en la jornada pasada; y habiendo llegado, yendo caminando, á la quebrada que llaman de Pedro Alonso, donde descansamos algunos tres ó cuatro días, hizo una gentileza el indio Inacho (que siempre andaba con los nuéstros, con no pequeña importancia), que fué subir más de seis ó siete varas un árbol arriba, no más grueso que la pantorrilla, asiéndose con solas las manos y los dedos de los piés, sin tener cosa en ellos, para aperrear desde él un racimo de cachiques sazonados que tenía una palma, que fué espantosa demostración para todos de lo trepadores que son estos indios. Llegados todos con el General al fuerte del Chaparral, que estaba ya mudado un poco más á la sierra, hecho de tapias, y con sus dos cubos, en una mesa limpia y escombrada de árboles por naturaleza y cercada de dos quebradas de aguas, se despachó luégo el Gobernador Antonio de Olalla con una buena tropa de soldados, y por Capellán el Fray Antonio del Castillo, en demanda de la provincia de los Natagaimas, que aunque eran también Pijaos, y los que más infestaban el camino de Timaná y Valle de Neiva, no se había tenido noticia de ellos hasta entonces; que corriéndoles toda su provincia y la de los Cutivaes y lo que llaman los Organos, por unos altísimos y encrespados ríscos y puntas que caen sobre el río Saldaña, se aseguró más el camino de Timaná trayendo al Chaparral más de treinta prisioneros, y entre ellos algunos que llamaban *Duhos* y otros muchachos, y éstos eran captivos de los Natagaimas, y no sé si les llamaban así por ser captivos, ó por ser provincia y nación particular Fué de tanta importancia esta facción, que se hicieron nuestros amigos los Natagaimas y nos ayudaron no menos

que los Coyaimas contra los Pijaos de la sierra, aunque eran todos de una nación y lengua, por traer entre ellos sangrientas guerras.

CAPITULO L

1.° Muere un indio viejo con un ídolo en las manos. Fúndase el fuerte de las Nieves. Vuélvese el General á Santafé—2.° Prosíguese la guerra hasta que no ha quedado indio, más que solos dos pueblos amigos—3.° Costumbres de estos indios—4.° Razones acerca de predicarles el Evangelio.

DESPACHARON otras muchas tropas con buena copia de soldados á todas las provincias donde había noticia de gente, de donde volvían siempre con alguna de gandules y chusma de mujeres y niños. Entre las demás me acuerdo que trajeron un día un indio, al parecer de hasta noventa años, bajo de cuerpo, vestido de unos zaragüelles y ropilla de los nuéstros, ambas cosas rompidas de lanzadas por muchas partes, señal clara que se las dieron á quien despojaron de ello. Traía un idolillo en la mano, de palo, de hasta una cuarta, que sentía mucho el Mohán (porque lo era) se lo sacasen de la mano, y no habiendo querido convertirse á la fe, por grandes diligencias que hizo con el Padre Isidro Cobo, clérigo criollo de la ciudad de Ibagué, famoso lenguaraz, le echaron vivo á los perros, que en un instante lo despedazaron, sin oírsele otra palabra en la aflicción más que *acaya*, que quiere decir ¡ay de mí! Ni soltó el ídolo de la mano mientras tuvo vigor en ella para tenerlo. Para más comodidad en la prosecución de esta guerra, se despachó de este fuerte, con ciento y cincuenta soldados, el Gobernador Domingo de Erazo á las provincias de Hamay, Tonuro y Zearco, donde fundó un fuerte de palizada que llamó de Nuestra Señora de las Nieves, donde se hizo una gran sementera de maíz y se guardaban los bastimentos y pertrechos de guerra para tomarlos desde allí con más facilidad, y salir á correr estas tres provincias y sus más convecinas, que eran las que más daño por entonces hacían, donde se hicieron tan lucidos efectos, que no fueron la menor parte para concluir esta guerra. Quiso el General dar vista á este fuerte de las Nieves, y yéndole todos ó los más que asistimos en el del Chaparral acompañando, pasamos el río de Amoyá (que corre, como dijimos, media legua de este fuerte al Poniente, muy frío y de suaves aguas, que no son de poco regalo en tierra caliente) por un modo de pasaje que llaman tarabita, que la necesidad y falta de puentes ha enseñado en estas Indias, y es atravesar el río con una maroma fuerte y alta, y puestas en ella ciertas cabuyas ó sogas con que atan el cuerpo de la persona ó tercio que

quieren pasar, con otras la van halando de una parte á otra. Llegamos al de las Nieves en cuatro ó cinco días, por sabanas y tierra aun no de mucha aspereza, porque desde allí comienza la de la serranía al poniente, y habiendo estado en él otros tantos, tomamos con el General la vuelta del Chaparral, y desde allí la de esta ciudad de Santafé, habiendo gastado en esta facción tres meses, dejando al mismo Gobernador de Muzo por Teniente General de toda la gente de ambos fuertes, que haciendo continuas las salidas de las tropas, se fueron minorando los indios, de manera que dentro de aquel año de 1608 ya no hallaban en quién hacer presa, ni aun noticias de ninguno; todos los caminos cerrados al arcabuco, por no haber gente que los frecuentase, las casas caídas y sin tener los soldados dónde poderse albergar, ni sementeras de qué sustentarse.

2.° Con todo eso se fué continuando la guerra con la fuerza que pedía la necesidad, con entradas y salidas de soldados, por los dos años siguientes de nueve y diez, y aun hasta el de once, hasta que quedaron todas aquellas largas Provincias como hoy lo están, sin que se encuentre con un tan solo indio. Las ciudades convecinas, Ibagué, Cartago, Buga y Timaná, libres de tan terrible yugo como tenían de tantos sobresaltos, robos y muertes; todos los caminos del Pirú tan seguros, así por Cartago á la Gobernación de Popayán, como los de Neiva y Timaná, que cualquiera persona sola los camina á todas horas, lo que antes, como dejamos dicho, no se atrevían hacer ni asegurar con grandes tropas; sólo han quedado fundados dos pueblos, de los que dijimos quisieron reducirse á nuestra amistad y nos ayudaron mucho en la guerra, uno de los Natagaimas, en la márgen del río de la Magdalena, cerca del paraje del pueblo antiguo de Neiva, y otro de los Coyaimas sobre las barrancas del de Saldaña, á quien se les da doctrina y están quietos y pacíficos, sin otra sujeción ni tributo que alguna pequeña cantidad de oro en polvo que pagan al Rey, que lo sacan de las arenas del río de Saldaña y de otras quebradas. También han quedado en esta ciudad y en otras de este Reino algunos indios é indias que sirven muy quietos, algunos dicen que á título de esclavos, que si lo pueden ser ó nó, no es mio juzgarlo, pues sólo soy historiador y no juez, si bien me parece lo puedo ser con todos cuantos saben la importancia de esta facción y efectos, haber sido de la mayor que se han hecho en estas Indias Occidentales, por ser tantos y tan grandes los inconvenientes que se seguían antes de ella, como hemos visto, y tantas y tan grandes las conveniencias y comodidades que se han seguido y siguen después de ella á todos los españoles y naturales, como vemos.

3.° Los ritos, costumbres y ceremonias que se pudieron entender de estos indios, son casi los mismos y del mismo modo que dejamos dicho de otros en otras partes; tenían sus Mohanes, hechiceros y adivinos, para el servicio de

sus ídolos, que los hacían de madera, de la estatura de un hombre y de barro, y algunos pequeñuelos. En los riscos que llaman los Organos, en cierta concavidad se halló un ídolo grande de piedra, que llamaban *Lulumoy*, que quiere decir Dios grande, con tres cabezas, seis brazos y seis piernas. En la Provincia de Otaima y Cacataima tenían por Dios un bulto feísimo, como suelen pintar al Demonio, que llamaban *Eliani*; y éstos tuvieron guerra muchos años con las demás Provincias, sobre cuáles tenían mejores dioses. Hallaron los soldados en la Provincia de Otaima el ranchuelo donde vivía el Mohán, y enfrente, donde dormía, un ídolo de la figura de un indio Pijao, y á sus piés ofrecidas lanzas, dardos y galgas, que son sus armas. Los Mohanes ayunaban y descojaban á sus dioses con ofrecimientos de éstos y otros antes de ir á la guerra, quemaban palos de balsa y un bejuco que arde como tea, y por la ceniza agorizaban los buenos y malos sucesos de la guerra; iba el Mohán á ella; si tenían buen presagio y si salían con victoria, le daban todos los despojos y él los repartía, y si sucedía al contrario, pagaba el Mohán todos los muertos á sus parientes, por cada uno una manta, un machete ó dos cuchillos ú otra cosa así. Tenían también mujeres ayunadoras, como lo era una llamada *Tulima*, que hubieron á las manos nuestros soldados, de quien se enseñoreaba tanto el Demonio, que la llevaba volando por donde quería, y así se la arrebató casi de las manos una noche á las postas que la tenían en guarda. Los entierros eran en bóvedas ó cuevas, con sus comidas, bebidas y armas, como dejamos tocado en algunas partes acerca de esto.

4.° No será fuera de intento responder aquí á la tácita objeción que se puede hacer en todas las partes que hemos tratado en las tres nuéstras, y aun casi á todos los escritores de estas conquistas que han hecho los españoles en estas Indias Occidentales, diciendo que cómo no se trataba de predicarles ahora el Santo Evangelio y de su conversión, sino de sólo hacerles guerra, pues el fin de todos es convertirlos á Dios por la predicación. Á que se puede responder (con la brevedad que pide la historia) que el principio para este fin es apaciguarlos y amistarlos con nosotros, y de enemigos hacerlos amigos; lo que no se podía hacer sin poner fuerza de armas contra su resistencia, y hechos por este camino afables y amigables, ora por fuerza (que después se viene á hacer agradable, como se ha experimentado), ora por voluntad (porque mal recibe uno las palabras de otro, aunque le importa mucho mientras es su enemigo), entra luégo la predicación, el catecismo, baptismo y lo demás para perfectos cristianos, porque como dijo San Pablo, primero es lo que es animal que lo que es espiritual, y así se trata en estas conquistas lo primero de reducir á estos indios en cuanto tienen de animales racionales y sociales, que es hacerlos amigos, para que luégo entre lo espiritual, porque de otra suerte, mal admitieran lo segundo

sin lo primero; como ha sucedido á los Coyaimas y Natagaimas, que después de haberlos hecho amigos, admiten muy bien la doctrina y cristiandad que hoy se les está dando en sus pueblos, lo que no han querido hacer el resto de los demás, y así han quedado totalmente destruídos.

Á no estar mis pensamientos de escribir esta Historia apartados de mí como el cielo de la tierra cuando estuve en el fuerte del Chaparral, juntara allí memoriales muy copiosos, puntuales y verdaderos de todas las facciones que allí á la sazón se hicieron, y en las ocasiones de antes, por estarse aún todas á sangre caliente y de memoria fresca; pero llegé ya tarde este mi intento de escribirla para muchos que, aunque hoy son vivos, los hallo tan alienados de memoria, que viéndolos tan varios en sus relaciones que hoy hacen, no me atrevo á asegurarme para escribirlas, en especial si no son de las de alguno que escribió algo por entonces, que fueron bien raros, por no entender nadie había aquello de llegar á ponerse en historia: falta tan común en las conquistas de estas Indias, que ha sido como pecado original que ha caído en todos, y así, apesarado de no poderme por esto alargar á tratar aquí otros sucesos de las conquistas de estos indios, pues quisiera, por ser todos los que las hicieron mis conocidos y amigos, y hacerme yo hallado en algunas, alzo la mano de ellos, confiado los tratará la historia particular que me dicen está escribiendo cierto seglar en esta ciudad, si Dios la saca á luz.

CAPÍTULO LI

1.° Entrase á la conquista del Guamoco—2.° Los que ayudaron á ella y en quién se repartieron los indios de la tierra—3.° Entradas dificultosas del Guamoco por Zaragoza y el río de Cauca—4.° Entrase también en él por Simiti desde el río de la Magdalena.

ILUSTRÓSE este año de mil y seiscientos y diez la ciudad de Cartagena con la venida y plantada allí del Santo Tribunal de la Inquisición, donde desembarcó de España, á veinticinco de Septiembre, con todos sus oficios y oficiales: por Inquisidor más antiguo el Licenciado Pedro Mate de Salcedo; por segundo el Licenciado Juan de Mañozca; Fiscal, el Doctor Don Francisco Bazán de Albornoz; Secretario, Luis Blanco de Salcedo; Alguacil Mayor, Tomás de Alvarado; donde hoy permanece con crecidos frutos en la exaltación de la fé: evidencias de la importancia que tuvo el sentar este Tribunal en aquella costa, á donde acude tánta gente de toda broza y naciones.

No habían ya quedado en estos tiempos (conclusa del todo la guerra de los Caribes Pijaos, como hemos visto) en esta gran isla de entre los dos ríos Cauca y la Magdalena, indios por conquistar y sujetar á tributo, aunque no eran molestos, antes retirados y gente triste, otros que los Guamocoes (de la misma lengua y nación que los Yamocíes de Zaragoza) que demoran al Norte de aquella ciudad con alguna declinación al Nordeste; gente poca y apocada, por ser sus países enfermizos, pero de tierra tan rica de minerales de oro, todo de ley, que es sobre veinte quilates, como lo ha dicho la experiencia y hoy no ha cerrado su boca en eso; para cuyo descubrimiento y verdad de las noticias que se tenían de estos valientes minerales, dió comisión este año de 1610 el Gobernador de Zaragoza, Don Bartolomé de Alarcón, al Capitán Juan Pérez Garabito, que, comenzando luégo á hacer leva de gente en la ciudad de Zaragoza, Cáceres y Antiochia, entró á esta conquista el año siguiente de 1611, que no habiendo tenido en ella casi otra resistencia para enseñorearse de sus tierras, por ser muy pocos los indios que la ocupaban, mayor que la dificultad del camino, llegó al centro de la Provincia, que no es mucha tierra, y cateando en muchas partes y descubriendo en todas riquísimos minerales de fino oro, en la que más acomodada le pareció y el paraje de ricas minas sobre las barrancas del río de Atara, de saludables aguas, por ser de oro, habiendo precedido las ceremonias acostumbradas en nuevas poblaciones, fundó una ciudad el Juan Pérez Garabito, á quien llamó San Francisco de Nuestra Señora La Antigua. Nombróle Cabildo y Regimiento; repartió solares para casas y algunas huertezuelas, aun-

que pocas, por ser el sitio tan aprensado entre arcabucos, que para que cupieran las casas fué necesario talar algo del monte.

2.° No hubo necesidad de repartir estancias de ganados ni sementeras, por no dejar la espesura de la montaña, calidad y fragosidad de la tierra, criar lo uno ni lo otro, porque aunque el maíz se suele dar bien en tierras tales, por ser éstas de oro, no son acomodadas para fruto, como lo dijo San Agustín, que las tierras de metales no eran buenas para pan; demás que los fundadores de éstas, como las hallaron tan grandes y de oro tan subido, no pretendieron vivir de otra cosa que de labor de minas de este metal, á cuya golosina les había de entrar todo lo necesario á la vida humana, como sucedió y sucede, pues apenas las comenzaron á labrar con negros que para esto metieron luégo de la ciudad de Zaragoza, cuando dieron tan gran estampida sus riquezas por todo este Reino, que atropellando las dificultades de los caminos, no sólo les metían allí todo lo necesario de comidas y vestidos, pero aun muchos mineros por mejorarse en caudales sacándolos de otras partes, llevaban allí sus cuadrillas, que no les salió vano. Sosegada y quieta la tierra y reducidos á servidumbre los pocos indios que se hallaron, hizo apuntamientos el Juan Pérez Garabito de los que había, con algunos de los que le ayudaron á la conquista. El primero y más pingüe se señaló para el Gobernador, por ser así una de las capitulaciones y asientos que hizo su antecesor y suegro Gaspar de Rodas; el segundo, en el Capitán Juan Pérez Garabito, siguiéndose á éste los demás, Sebastián Garabito, su sobrino, el Capitán Francisco Corral de Esquivel, Francisco Ortiz Chiquillo, el Capitán Pedro de la Torre, Hernando Díaz del Campo, Juan del Río: cargando pensión sobre éstos para otros soldados que entraron aventureros, con que se les satisfizo su trabajo y cesó el inconveniente grande que es dar encomiendas á gente pobre, en especial de indios de minas, pues por hacerse ricos, suelen fatigarlos tanto en la saca del oro, que concluyen con ellos en dos días, por no estar enseñados á tan inmensos trabajos como es el labrar minas.

3.° Pienso estuvo en otra parte, no lejos de donde ahora está mejorada en sitio, esta ciudad de San Francisco del Guamoco; pero en el que tiene está en 71 grados de longitud del meridiano de Toledo, siete de latitud á la banda del Norte. Entrase á ella desde Zaragoza por el Real de minas que llaman de San Agustín, cuatro leguas de esta ciudad, y desde éste catorce ó diez y seis á la del Guamoco, que caminando con cargas se llega en seis días, holgando uno á la mitad, para poder sufrir las cabalgaduras el trabajo y incomodidad del camino, por no haber hierba ni ningún otro pasto que coman más que maíz, que se lleva para el efecto. Es el camino fragoso y áspero, de colgadas y peinadas cuestas, forzosas á subirlas y bajarlas, raíces entretejidas unas con otras, y no lo hacen menos penoso los ríos y quebradas harto caudalosas, rápidas y peligro-

sas, que se pasan el agua á la cinta y cuando menos á la rodilla, y así los españoles tienen por más seguro y de menos peligro caminar por allí á pié con alpargates, si bien dan con esto en otro mayor riesgo y bien notorio de la vida, de las picaduras de venenosas culebras, de que abundan todos aquellos países, que considerando los muchos tigres que también hay, podemos decir los puso Dios por defensa de aquella tierra tan rica, para moderar la avaricia humana. Tiénese por más seguro meter cargadas las mercaderías de riesgo, como botijas de vino, aceite y otras, á cuestas de negros, con que se hace todo más caro, pues una fanega de maíz vale de ordinario veinticuatro y treinta pesos de aquel oro de veintiún quilates; otro tanto una botija de vino; una petaca de bizcocho de cuatro arrobas sale por cien pesos, á peso la libra; un jamón cinco y seis pesos; un queso, un peso, y de allí para arriba; un arrelde de carne de puerco, cuando lo hay, un peso; dos y tres y aun cuatro una gallina, y á este talle todo lo demás que allí se gasta, sin que les falte, pues la codicia del oro no hay dificultad que no atropelle.

4.° Tiene otra entrada esta ciudad por el río de Caribina que entra en el de Cauca, pero no es menos dificultosa, como tampoco lo es otra que se le halló los años pasados de seiscientos y trece, por industria, trabajo y á costa del Capitán Alejandro Ramírez de Arellano, manchego natural de la Osa de Belmonte (que hoy es Corregidor por el Rey de la ciudad de Tunja y su partido), que comienza desde el pueblo de Simití, y entrándose por arcabucos y sabanas, todo dificultoso por los muchos pantanos, tremedales y breñas, va á dar á esta ciudad del Guamoco; por donde lo más que se tragina es de las ciudades de Salazar de las Palmas, Pamplona y Ocaña, de donde se sacan los frutos de la tierra, como harinas, bizcocho, miel, colaciones, tabaco y otros; para donde se desagua en compra de esto la mayor cantidad del oro que se saca en esta ciudad, que hoy es en mayor crecimiento que hasta aquí, por ir dando cada día en mejores minas, vetas más fundadas y de mayores jornales, que siendo muchos los negros que trabajan en ellas, no es poco lo que se saca. Hay Caja Real con sus oficiales, nombrados por los propietarios de la ciudad de Zaragoza. Es en lo eclesiástico sujeto al Obispado de Cartagena, no sé por qué razón, siendo la de Zaragoza y Cáceres á este Arzobispado de Santafé, á cuya jurisdicción está sujeto en lo temporal y al Gobernador de Zaragoza. Es el país muy caliente, aun en las cumbres de los cerros; críanse muchos y valientes tigres, y todos los animales de tierras calientes que hemos dicho en otras partes, fuera de las aves que se crían, pocas ó ningunas, porque las exhalaciones de tierra ametalada no les son á propósito para su respiración y vital aliento, como nos lo dice la experiencia en las ciudades de Zaragoza y los Remedios y otras de esta calidad. No guardan las aves en estas Indias, así en tierras calientes como frías, la re-

gularidad de poner sus huevos y criar sus hijuelos desde el mes de Marzo hasta Junio, que guardan en Europa y otras partes, como lo dice cada día la experiencia, pues aun en este año de 1626, á los primeros de Enero, entre ciertas hierbas de manzanilla florida, clavellinas y otras que hay en un cajón en la ventana de nuestra celda, anidó y puso sus dos huevos un pajarillo, que por acá pasa plaza de gorrión ó pardul, por ser tan familiares á los hombres éstos como esotros en Europa, si bien con alguna diferencia, por no ser cugujados tan vivos ni astutos, y lo mismo vemos de las golondrinas, que como el temple es siempre uno, no pasan á ésta, como ni otras aves; ni aun para la vivienda humana, pues todas son tierras tan enfermizas, que aun los naturales habituados á ellas viven poco, pues en esta Provincia del Guamoco, el año de 1614, en la visita que hizo el Oidor Don Francisco de Herrera, sólo halló cuarenta indios de macana, con pocas mujeres y chusma. En este mismo año de catorce murió el Gobernador de allí, Don Bartolomé de Alarcón, por fin del mes de Diciembre. Sucedióle por merced del Rey, el de 1616, el Capitán Francisco de Berrío, y á él el que ahora gobierna, Garcitello de Sandoval, del hábito de Calatraba, natural de Sevilla, con que se despide la Historia del Gobierno de Entre los dos Ríos.

Cerca del pueblo de Simití está fundado uno de los españoles, nombrado San Antonio del Toro, desde donde se traginan al Guamoco las mercaderías de que se sacan los intereses que hemos dicho. De su fundación y ser de la jurisdicción de Cartagena, dejamos tratado más largo en nuestra segunda parte.

CAPÍTULO LII

1.° Principios que tuvo la jornada del Darién hecha por Tristancho—2.° Prosíguese la misma materia—3.° Echa Bartolomé Marín un indio de Santa Marta que sepa los secretos de la tierra del Tununguna—4.° Relación que da un negro de su captiverio entre los indios y de la tierra al Gobernador de Cartagena.

YA dejamos tratado en algunas de esta nuestra tercera parte de la ensenada del mar que llaman Acla, cincuenta leguas poco más ó menos de la ciudad de Cartagena, la costa en la mano al Sur la vuelta de Puertobelo, y cómo entra en ella el gran río Darién por sus seis ó siete bocas, y que la tierra de esta ensenada, que está á la parte del Este, es la de los Urabaes; y la otra costa enfrente que se continúa con las de Puertobelo y Panamá se llama Acla, y su punta y entrada por aquella parte llaman Cabo de Tiburón, donde algo dentro en la ensenada, el año de 1617, dejó un vecino de Cartagena que vivía de navegar esta costa con un barco, llamado Bartolomé Marín, de nación genovés, ciertos marineros suyos con un barquillo, ocupados en pescar tortugas, mientras él proseguía su viaje á Puertobelo, que á la vuelta, día de todos los Santos, el mismo año, doblando esta punta de Tiburón con el barco en que venían mareándolo tres hombres, pasó en demanda de los pescadores la playa adelante, bien adentro de la ensenada, donde andaba paseándose un indio, que aunque desnudo, galán y de muy buena estatura y parecer, que en viendo el barco, pues á poco llegaron con él algunos y algunas mujeres, que llamando á los del barco desde lo alto de unas peñas, saltó en tierra uno de los marineros llamado Gaspar Salvador, para tomar lengua de los pescadores, de que no halló rastro; pero entre tanto que él estaba inquiriendo de esto entre los indios, les dió gana á tres de ellos de venirse al barco á ver en él cosas nuevas, con seguro de que no les harían daño en él, por quedar el español entre los otros indios, á quien dejaron avisados los tres no dejasen embarcar al Salvador hasta que ellos fuesen de vuelta á tierra.

2.° El Bartolomé Marín, pretendiendo quedarse con un indio de los tres en el barco y declarándole á voces sus intentos al Gaspar Salvador, y que así dejase los indios y se viniese á bordo, embistió con uno de los tres indios, que era el gentilhombre que había visto pasearse, pensando por su buen talle era hijo de algún Cacique principal, en que se engañó, pues uno de los otros era hijo del Cacique, que no asió de él por verlo de tan mal talle. Entre tanto el Gaspar Salvador trató de vender dos cuchillos que llevaba á las indias, que los habían pedido á trueque de canutos y granos brutos de oro ensartados que

traían por manillas, que aunque traían al cuello periquitos y papagayos, sierpezuelas y otras sabandijas del mismo metal, sólo pidió las manillas, en que no se concertaron por no querérselas dar enteras, como el Salvador las pedía, que fué el remedio de su vida, pues despidiéndose de ellas y echándose á nado para venir al barco, saltaron también al agua los otros dos indios del barco, embravecidos por haberles preso á su compañero, para coger y llevarse á manos al Salvador, que conociendo los intentos de los dos por irse nadando derecho para él, cogió en ambas manos los dos cuchillos que había querido rescatar con las indias, y amenazándoles con ellos, temieron y pasaron adelante hasta la playa, y él al barco, donde se dieron á la vela y vinieron la vuelta de la ciudad de Cartagena, donde á la sazón, por sucesión de Don Diego Fernández de Velasco que acabó el tiempo de su gobierno el año de 1613, gobernaba Don Diego de Acuña, que se alegró de que le hubiese traído Marín aquel indio, y mandando le hiciesen regalo y buen tratamiento, lo vistió de tafetán colorado, ordenando al Marín que en el primer viaje que volviese á hacer, volviese el indio á su tierra libre, por si acaso diciendo en ella el buen tratamiento que le habían hecho los nuéstros, hubiese alguna buena entrada para el allanamiento y reducción de aquellas provincias.

3.º Hízolo así el Marín, y aun diciendo el indio desde la misma playa donde lo echó, no se atrevía á entrar solo á su pueblo, que estaba cuatro ó seis días de camino, porque no se lo comiesen tigres, de que es harto infestada la tierra, envió que le acompañara el Marín un muchacho de su servicio, indio cristiano de los de Santa Marta, avisándole, por ser ladino, supiese cuanto pudiese entender de las cosas de la tierra, y que á los veinticinco estuviese en aquel puesto, donde él volvería con su barco. Pasaron los dos indios juntos hasta el primer pueblo, donde el de la tierra, dejando al de Santa Marta entre las mujeres de él, por estar los indios monteando, pasó adelante y habló con su Cacique, que llamaban Tunuguma, el cual, oída la relación de su indio, y cómo quedaba el otro muchacho en aquel pueblo, despachó á que se lo llevara un negro esclavo suyo, llamado Domingo, que él había habido en rescate de otros indios que lo habían captivado con otros negros en el Guayano, astillero de Panamá, el cual habiendo hablado con el muchacho de Santa Marta y dichole cómo el Cacique lo enviaba á llamar, no se atrevía á ir con él porque no lo detuvieran, y estar á pique para cuando volviera el Marín para llevarlo el día que dijo. Volvió con esto el negro al Cacique, que sabiendo cómo el Marín había de volver á la costa, mandó á un cuñado suyo y á otro de sus Capitanes, y al negro Domingo y á otro llamado Manuel (que era de una carabela que había dado allí á la costa y habiendo muerto á los portugueses, señores y marineros, se quedaron estos indios con toda la armazón de los negros, de que sólo

era vivo éste) que llegasen á la costa y se informasen de la verdad que tenía lo que decía el negro y el muchacho de la venida de Marín, que sin falta llegó al puerto el mismo día con su barco.

4.° Entrados en él los dos indios enviados por el Cacique, y diciéndole traían intentos de volver con él á Cartagena por lo que les había dicho el indio que había estado allá, se hizo á la vela con ellos y con los dos negros y su criado el indio de Santa Marta, que le contó cuanto había sabido de la tierra; lo que también dijo, y con más larga y cierta relación, el negro Dominguillo; cómo había muchos pueblos bien fundados y seis minas donde se sacaba mucha grosedad de oro, de que estaban abundantísimos todos los indios, y otras particularidades y secretos de la tierra, por haber tres años estaba en ella en servicio del Cacique Tunuguna, que lo había rescatado á él y á otro negro, también de su amo Don Tomás de Quiñones, vecino de Panamá, de otros indios por un cataure de clavos, y que los habían traído hasta el pueblo del Cacique, tapados los ojos porque no viesen la disposición de la tierra, agudeza no de bárbaros, porque nadie lo es para sus comodidades. Túvolas también el Marín con estos indios, rescatando por cosas de poco valor muchas y grandes puntas de oro bruto, con que se aseguraron ser ciertas las noticias que daban de las minas, de que hizo relación larga al mismo Gobernador Don Diego, que ya con esto se fué aficionando más á la conquista de la tierra, y le mandó al Marín (habiendo tratado á los indios con tanta cortesía, que por ser nobles, los sentaba á su mesa, y vestíalos de tafetán) que los volviese á su tierra y le trajese relación entera de ella acerca de la gente y metales y los demás secretos que pudiese entender.

CAPÍTULO LIII

1.º Llega Marín al puerto de la Encadenada, entra la tierra dentro, donde le quieren matar—2.º Rescata él y sus compañeros oro con los indios por cosas de Castilla—3.º Embárcase el Cacique Tunuguna y va á la ciudad de Cartagena y conciértase la conquista entre él y el Gobernador—4.º Dáse la conquista á Tristancho y hácese gente para ella—5.º Llegan al Darién Tristancho y Marín á darle principio.

HIZOSE á la vela el Marín con su barco la vuelta de la ensenada, llevando en él los dos negros y indios, de los cuales enfermando el uno de un fuerte catarro y no queriendo admitir otra cura que plátanos maduros desleídos y molidos con agua, se le fué acrecentando el achaque en la navegación, que al fin de ella, llegando el Marín al puerto que llaman de la Encadenada, llegaron luégo á verle muchos indios, que mostraron tristeza por ver enfermo al indio, con quien se entró Marín la tierra adentro, fiado en la amistad que le había cobrado, que no puso en el hecho en poco riesgo su persona, pues habiendo muerto el indio en llegando al pueblo, se indignaron contra él diciendo le habían dado los españoles hierbas con qué matarlo, que pretendieron hacer lo mismo al Marín y á su indio el de Santa Marta que le acompañaba, como sin duda lo hicieran si no lo defendiera el Cacique y un hermano del muerto, por haberles dicho poco antes que muriera lo mucho que quería al Martín, y así le dieron una lanza con que se defendiera, y tal vez se escapó por la piedad de las indias tapándole con sus mantas, que aun entre estas bárbaras se halla esta virtud, más ordinaria que en los hombres. Creció la amistad de este indio hermano del muerto tanto con el Marín, que aficionado á su trato, le prometió darle una hija suya, de buen parecer, para que se casase con ella, con que le diese en dote (usanza de aquellos indios dar la dote al padre) algunas herramientas y negros horreros para que fuesen sus esclavos, y que si le prometía dar esto, embarcase luégo á su hija y la llevase á Cartagena.

2.º Convenidos en esto, bajó el Marín, después de diez y siete días que había partido de su barco y estado entre los indios, á la playa, en compañía de la que había de ser su mujer y otra prima suya, con algunos indios esclavos y acompañamiento. A donde también llegaron otros doscientos indios, con intentos todavía de matar allí al Marín y á sus compañeros los del barco, ya más que por la muerte del indio, por codicia de quedarse con tántas herramientas como traía el barco, que alcanzándolo á saber el Marín por medio del negro Domingo, que sabía bien nuestra lengua y la suya, supo dar tan buena traza, que aquella noche quedaron en el barco la india que había de ser su esposa y su

prima, con otros dos negros y una negra y dos indios esclavos de ellos, y otro de los que habían venido otra vez á Cartagena, y aun la tuvo también para hacer aquella tarde tan buenos rescates de oro por las herramientas que él llevaba, que hubo cada uno de los del barco á las manos más de quinientos ó seiscientos pesos de buen oro, con que llegaron ricos á la ciudad de Cartagena, trayendo en el barco las indias, indios y negros que hemos dicho, de donde, habiendo estado quince días el Marín, en que se baptizaron los dos indios, llamándose Magdalena la que había de ser su mujer, y su prima Esperanza, por orden del mismo Gobernador, dejando como en rehenes á la Esperanza en su casa en la ciudad, y á los dos indios y negros esclavos, volvió á tomar la vuelta de aquellas costas de Acla y puerto de la Encadenada, donde le estaban aguardando muchos indios, que lo recibieron con muy gran gusto, haciéndose presentes de una parte á otra los indios, de frutas y carnes de monte de la tierra, y los nuéstros de hachas, machetes y otras herramientas, y algunas bujerías de Castilla.

3.° Enviándole á avisar el Cacique á Marín le aguardase ocho días, porque gustaba de venirse con él á Cartagena, llegó á la costa al tiempo dicho, y embarcándose con otros dos Capitanes suyos el Cacique, tomaron la vuelta de la ciudad, donde los recibió el Gobernador Don Diego de Acuña con grandes cortesías, al modo que las entendiesen los bárbaros, que no lo eran tanto que no las supiesen recibir, en especial el convidarlos á su mesa, que lo hacía cada día de los quince que estuvieron allí, dándoles á beber chicha, porque no gustaban de nuestro vino. Trató el Gobernador con el Cacique y sus Capitanes en este tiempo, por medio del negro Domingo, lengua y esclavo del Cacique, de las conquistas que el Gobernador pretendía hacer de aquella tierra y de un pueblo de españoles que se había de fundar en parte conveniente; que se les había de predicar la Ley de Dios, y que habían de obedecer al Rey Philipo, y otras cosas á su bienestar del Cacique y toda su tierra, y siendo una de ellas el haberle de ayudar los nuéstros contra ciertos pueblos enemigos fronterizos que él tenía. Cebado de esto y del apetito de venganza, vino bien en todo lo demás, en que habiendo dado asiento y el seguro que se podía esperar del bárbaro, lo volvió á llevar el Marín con su acompañamiento de indios á su tierra, donde lo dejó, tomando la vuelta de la ciudad de Cartagena.

4.° Donde dentro de tres ó cuatro meses trató el Gobernador se pusiese en ejecución la conquista de estas provincias de Tunuguna, yá entrado el año de 1618, para lo cual hizo un modo de asiento con Don Francisco Maldonado, vecino de la ciudad de Santa Marta, en que le nombró por su Teniente General y Justicia Mayor de aquellas conquistas y lo que en las tierras de ella se poblase, y dándose principio á levantar gente, yá que esto estaba en tan buen

punto, llegó á la ciudad de Cartagena, de la de Santa Marta, un Juez contra Don Francisco Maldonado, con que le obligó á retirarse, y al Gobernader Don Diego de Acuña el suceso á quitarle el nombramiento que tenía hecho en él para la jornada, y habiendo entrado también en el asiento de ella, con obligación de hacer parte del gasto, un Sebastián Sánchez de Tristancho, criollo de la ciudad de Barquisimeto en la Gobernación de Caracas, y á la sazón vecino de la de Tenerife, ó no sé si ya de esta de Cartagena, se le dió título de Cabo y Justicia Mayor de esta jornada, con dependencia inmediata al Gobernador, supuesto que ya el Don Francisco Maldonado estaba excluído de ella. Hiciéronse tres compañías de los ciento y seis soldados que se condujeron, gente de toda broza, aunque algunos lucidos y valientes: la una á cargo del Tristancho (que fué el que hizo la mayor parte del gasto), su Alférez Don Alonso de los Ríos; la otra de Juan de Larrada, que iba por Sargento Mayor, su Alférez Juan López, valentísimo soldado; Sargento Juan Alonso, soldado del presidio, y de la otra fué Capitán el Bartolomé Marín, que se le dió por descubridor título de esto á 27 de Marzo del mismo año. Puesto todo á pique en la ciudad de Cartagena, de armas, municiones y bastimentos para la jornada, que fué de poca gente, *menos comidas, armas y municiones*, y al fin faltos de lo necesario, por ser corto el caudal de los que hacían el gasto, se dieron á la vela á 20 de Mayo en el puerto de Cartagena, con tres fragatas y dos barcos, las dos compañías, á quien siguió con la suya de allí á ocho días el Marín, por haberse retardado su avío, y todos surgieron en el puerto de la Villa de Tolú, á donde de allí á dos días llegó también el Don Francisco Maldonado con toda su casa en un barco, presumiendo tener fuerza aún sus títulos.

5.º Donde no tratándose por entonces tan por entero de averiguar esto, se embarcaron todos de amistad, después de cuatro ó seis días que estuvieron en Tolú, hasta volver á anclarse en el puerto de Cispatá, pueblo de indios, cerca de la boca del río del Zenú, donde reformaron los matalotajes con doscientas arrobas de carne salada y otras tantas hanegas de maíz, con que tomaron la vuelta de Isla Fuerte, donde aguardaron algunos barquillos que andaban recogiendo por las estancias más gente y comidas, en que habiéndose detenido tres días, en otros tres tomaron el puerto de San Sebastián de Buenavista, de quien tánto dejamos tratado, y donde ahora están poblados indios Urabaes, por ser ésta su tierra, que tratan con los españoles de una paz ni buena ni mala, pues no quieren servir, aunque rescatan entre ellos los nuéstros gallinas y otras cosas. Con quien tenía hecho concierto el Marín en las ocasiones pasadas, le habían de salir á ayudar en esta conquista, que para avisarles ahora cómo estaba allí y que saliesen á cumplirle la palabra, despachó al Gaspar Salvador, que iba ahora por soldado, el cual no hallando á la sazón á todos los indios en

el pueblo, por estar en sus labranzas, sólo salieron quince con sus armas, que son flechas de veneno, de los más valientes, que ellos llaman Manicatos, con los cuales, sin aguardar otro día á que viniesen más, como los indios decían, se dieron á la vela, y llegaron aquella tarde á una de las bocas del Darién, por haber solas tres leguas de distancia, á donde quedando anciadas la tres fragatas, pasó con la otra el Bartolomé Marín al puerto de la Encadenada á hablar con los indios, que hallándolos en la playa, saltó en tierra, y diciéndoles cómo ya traía la gente para la conquista y ayudarle contra sus enemigos, y que iría por ella si gustaban de que llegara á sus tierras, porque se habían quedado en San Sebastián de Urabá (no les quiso decir estaban más cerca, para conocer primero en los indios el vado de sus intentos), le respondió el Cacique con los demás, que los trajera, porque de ello estaban muy contentos sus corazones, con que el Marín volvió con la suya á las fragatas, que llegando al puerto, saltó el Tristancho el primero en tierra con algunos soldados, pretendiendo dar á entender á los indios que él era el Capitán y cabeza que mandaba á todos, y debió de ser esto con tales palabras, que antes se acordaron que amistaron los indios, con que no le hicieron buen agasajo. En especial que había dicho el Marín á los indios había de venir por cabeza y mandarín de los soldados, cuando viniesen á la conquista.

CAPÍTULO LIV

1.º Señálase sitio en que poblar los españoles—2.º Dáse principio á la población, á que acuden los indios—3.º Determínanse entrar los soldados por tierra y parte por río.

HICIERON de esto mayor demostración en saltando en tierra el Marín y hablándoles, pues le dijo el Cacique que qué hombre era aquel que mandaba más que él y hablaba malas palabras. A quien aplacando con las suyas el Marín, diciendo que era su hermano, y que le señalase luégo sitio donde comenzasen á poblarse, dijo el Cacique que con buen corazón lo haría, y caminando en su compañía el Marín, Tristancho y Fray Melchor Maldonado, fraile Agustino, hijo del Don Francisco, hasta un tiro largo de escopeta, en un buen llano, al pié de una sierra y margen de un arroyo de buena agua, señaló el Cacique el sitio donde se podían poblar los nuéstros, y sobre si era acomodado ó nó teniendo algunas voces, el Marín diciendo que era bueno y el Tristancho que era malo, dijo el Cacique al Marín si quería que le cortase la cabeza al Tristancho, y señalando el bárbaro con el dedo el cuello, significando con la acción lo que con la palabra, se encolerizó de suerte el Tristancho, que preguntó con brío: "¿Qué es lo que dice este indio?" que entendiéndolo, dijo el Cacique: "Si á vos yo corto la cabeza," con que encendiéndose más en cólera el Tristancho, quiso embestir con el bárbaro, como lo hiciera si el Marín no se abrazase con él, procurando aplacarle la cólera y aun la del indio, en que ya estaba también encendido; pero al fin con las blandas palabras del Marín se moderó y dijo enviaría otro día, por ser ya tarde, indios que cortasen y zafasen el sitio para la población.

2.º La cual determinó el Tristancho no se hiciese allí, sino legua y media más adelante al Sur, en el puerto de la Encadenada, á la boca de un río de muy buena agua; á donde de hecho se fueron otro día, sin querer ir allá el Cacique, y poniendo una cruz se dijo misa, como primera piedra de la ciudad que querían poblar, á quien llamaron desde luégo San Agustín, y acordaron despachar un soldado y al negro Domingo, lengua, que trajesen á Magdalena, la mujer del Marín, que vino de allí á siete días y la recibieron en el río con salva de escopetas y otras demostraciones; á quien el Marín abrazó y agasajó con otros más de cincuenta indios y indias que llegaron acompañándola, y oyeron misa allí otro día, que habiendo conocido las incomodidades del sitio pantanoso y de muchos mosquitos y otras, volvieron á fundar al primero, á que acudió el Cacique Tunuguna, alegre de que no les hubiese sucedido bien el no haberlo creído, pero no quiso acudir él ni sus indios á hacer más casa que la iglesia y la de

Marín, y de ninguna suerte la de Tristancho; con todo eso se echó la carga en tierra, y quedándose con dos fragatas, despacharon las demás para traer las flechas hasta allí, donde estuvieron diez y doce días sin fortificarse ni hacer más ranchos de algunos pequeñuelos que hacían los soldados donde recogerse. En este tiempo regalaban al Marín los indios con muchas frutas, perdices, pavas, carne de monte y algún oro, y se enfadaban con él porque repartía con Tristancho, que determinó fuesen dos soldados á dar vista á otro sitio cuatro leguas de aquél, donde poblarse el río arriba.

3.° Y habiendo vuelto con nuevas de su mejoría, se originaron diferencias entre él y Don Francisco Maldonado sobre si se mudaría la población, que vinieron á tener fin en que habiendo hecho ambos demostración de sus títulos, y conocida por todos la mayor fuerza de los del Tristancho y ser inmediato al Gobernador, mandó al Don Francisco se embarcase con su hijo y gente, como lo hizo, y se vino en las fragatas que se remitían á Cartagena. También tomaron la vuelta de su pueblo de San Sebastián los quince Urabaes, sospechando no había de pasar bien aquello, diciendo á los nuéstros no se fiasen de aquellos indios Tunuganaes, porque eran traidores; tomando al fin determinación de pasar á poblarse el río arriba, la tomaron también que los soldados de mejores bríos y clérigo sacerdote fuesen por tierra con el Tristancho para darle vista y conocer su asiento y disposición, y que el resto fuese en los dos barcos con el Capitán Juan de la Rada, con orden de que subiera el río hasta llegar tres leguas de la primera población de los indios, donde aguardase al Tristancho y su gente, que iría pasando y dando vista á las tierras de Tunugunа, como se comenzó luégo á poner en efecto, partiendo el Tristancho y quedando el Marín á hacer embarcar los rezagados y á la india Esperanza y á su mujer Magdalena, que le avisó no fuera por tierra con Tristancho, porque lo habían de matar, pues no hallaba de otro pelaje ni determinación menos que ésta á los indios. Que aunque lo sintió Marín, por no mostrar flaqueza, acabado de dar recado á la embarcación, siguió con su compañero á la del Tristancho, con tan pocas municiones, que no llevaba cada soldado más que una vara de cuerda, media libra de pólvora y seis balas, que se conformó bien con esta escasa la del caudal de quien hizo el gasto de este avío. No se pudieron embarcar todos con Juan de la Rada, y así se hubieron de quedar allí algunos aguardando que el Rada, en llegando al puerto, enviase un barco por ellos.

CAPÍTULO LV

1.º Entran Tristancho y Marín la tierra adentro, y recíbenlos bien en un pueblo, aunque fingidamente, los bárbaros—2.º Salen de él y cógenlos en dos emboscadas y matan nuestra gente—3.º Sube Juan de la Rada un río arriba hasta el sitio que le habían señalado—4.º Envía el Gobernador de Cartagena socorro á Juan de la Rada, que tome la vuelta de la ciudad, con que se acabó la jornada.

CAMINANDO iban (aunque en hora menguada) con sus dos pequeñas compañías (eran noventa por todos) Tristancho y Marín por la fragosa serranía de la Provincia de Acla ó Tunuguna, la vuelta de las primeras poblaciones de estos indios, cuando le dió una muy mala el Tristancho á uno de los que los iban guiando, de veinte remesones y zalcos, á causa de no haberle respondido á propósito, apretando á él y á los demás indios sus compañeros para que le dijesen dónde estaban las madres del oro que ellos tenían y sacaban, que fué ir acrecentando y llenando el vaso de la indignación que contra él tenían y aguijando á los demás en sus determinaciones de quitarle la vida con todos los que le acompañaban, aunque lo supieron bien disimular los bárbaros, por no espantar la caza hasta que la tuviesen dentro de las redes de las emboscadas, en la ocasión que salieran con sus intentos, como salieron. Antes en llegando á las primeras casas, para deslumbrar más á los nuéstros, les hicieron muy cortesano hospedaje á su modo, con mucho regalo de comidas, y aun salió la voz á dos ó tres días de su llegada, entre los indios y indias, que querían también llevarlas á los que venían en los barcos, porque les parecía ya habían llegado al paraje concertado, y que así pedían fuesen acompañándolos algunos cristianos para el efecto, y eran sus intentos que muriesen en las emboscadas los que ahora fuesen, para ir minorando aún los pocos que de los nuéstros eran, como sucedió, pues no entendiendo la malicia los Capitanes, señalaron catorce que fuesen con los indios ahora y que diesen vista á los barcos si acaso habían llegado, que caminando todos juntos por sus jornadas, entraron entre dos emboscadas que tenían echadas de muchos indios, que saliendo á buen tiempo de ambas, hicieron pedazos á los catorce soldados, y se supo tener tal secreto de este hecho, que no lo vinieron aun á imaginar el Tristancho ni el Marín.

2.º Que saliendo del pueblo á otro día á otros dos con el resto de los soldados, al salir de él se apartaban dos caminos, el uno más corto que el otro, para llegar al puesto donde había de estar el Capitán Juan de la Rada, y sabiéndolos ambos el negro lengua Sebastián, y sospechando malicia en ir por el que los indios guiaban, que era el que iba á las emboscadas, dijo al Tristancho sería más seguro ir por el otro, que habiendo tenido por respuesta que era un

perro y que callase, pues mejor sabían guiar los indios que él, no replicó más, y así se fué siguiendo aquel camino, el Marín delante con su compañía, á quien dejó pasar la primera emboscada sin que la sintiera; pero en pasando el Tristancho de ella, antes que el Marín llegase á la segunda, tocó esta primera ciertos pitos de que ellos usan, que suenan mucho, y al punto se levantaron ambas emboscadas de más de seiscientos indios, y dieron con tan valientes bríos sobre los nuéstros que tenían en medio, que aunque se conocieron bien los de los españoles sacando de esta vida á muchos de los bárbaros, al fin murieron también los nuéstros, sin que se escapasen más que el negro Sebastián, un mestizo y un indio amigo, aunque mal heridos, que determinados juntos los tres á ir á dar aviso á Juan de la Rada, no les fué posible, por haber entendido que los de la emboscada, después de haber muerto á los nuéstros, caminaron para hacer lo mismo con el Rada y los suyos, como fué verdad, si bien no pudieron salir con sus deseos, por lo que diremos, y así revolvieron los tres á avisar del suceso á los que habían quedado también sobre ellos aquellos inhumanos salvajes.

3.° El Capitán Juan de la Rada, habiendo con sus barcos subido el río arriba que llaman de Pizarro (desde que estuvo Don Francisco Pizarro con el Capitán Ojeda, Basco Núñez de Balboa y Pedro Arias Dávila, en Nuestra Señora de la Antigua, que estuvo fundada á la boca de este río y una de las del Darién que se juntan en esta ensenada) y llegado al puerto señalado, como dijeron las guías que llevaban los barcos, á la boca de un pequeño arroyo que entra en el río, echó su gente en tierra y hizo aquel día una trinchera de palos gruesos, asentando á la puerta dos mosquetes en lugar de piezas, y despachó luégo el barco por la gente que había quedado en el Real en la marina, á donde llegaron los tres que escaparon de la matanza, cuando se estaban emboscando para el efecto, y avisando del que habían hecho los indios en los nuéstros, y que lo mismo habría sucedido sin duda del Juan de la Rada, por lo que habían conocido de la determinación de los indios, la tomaron los del barco de no seguir en demanda de Juan de la Rada, sino tomar la vuelta de la Isla Fuerte, apartándose de la costa y del peligro, como lo pusieron en ejecución, habiendo pegado primero fuego á las pocas casas del pueblo, fuera de la iglesia y una cruz, que quedaron en pié. Despachó tras el barco el Juan de la Rada una canoa para que se socorrieran el uno al otro, que llegando á este pueblo y viéndolo quemado, sin hallar rastro de nuestra gente, volvió á dar el aviso al Capitán Rada, en que se habían pasado veinte días desde que todos salieron de allí, y advirtiendo el Juan de la Rada, por la relación, que no podía ser la quema del pueblo por mano de indios, pues no dejaran la cruz ni la iglesia en pié, sino por los nuéstros, y que todos, así los soldados de Tristancho

y Marín como el resto que había quedado en el pueblo, habrían tomado la vuelta de Cartagena, despachó allá la misma canoa, por no tener otro camino por donde saber lo que pasada.

4.º La cual llegando á Isla Fuerte, halló allí veinticinco soldados de socorro, que enviaba el Gobernador en una carabela al Juan de la Rada (habiendo sabido ya por los del barco del suceso de Tristancho y Marín), con orden de que se fortificase el Juan de la Rada hasta que otra cosa le ordenase el Gobernador. Ya en este tiempo habían pasado treinta y cinco días que el Juan de la Rada estaba en aquel puesto con su gente, enferma y falta de comidas, con que se determinó pasar allén del río, dejando escrita una carta en el palenque para que supieran dónde lo habían de ir á buscar cuando volviesen los de la canoa, que llegando juntamente con la carabela de los veinticinco soldados, y leyendo la carta, se despachó la canoa en demanda del Juan de la Rada, que hallándolo y teniendo la nueva del suceso de sus compañeros, que hasta allí no la había tenido, no obstante el orden del Gobernador, por verse tan falto de gente y toda enferma, determinó tomar con ella la vuelta de Cartagena, como lo hizo, y llegó á la ciudad, y después los veinticinco soldados del socorro que había enviado el Gobernador, en que vino á parar toda la máquina de esta jornada con tan felices sucesos como hemos visto, por ir fundada, más en intereses humanos que divinos.

CAPÍTULO LVI

1.° Aparécense corsarios en las costas de Cartagena y Santa Marta, y los robos que hacen en ellas—2.° Salen dos carabelones del puerto de Cartagena contra ellos—3.° Atraviesan en su demanda hasta dar vista á la isla de Cuba—4.° Entran en el puerto de Santiago de Cuba, y revuelven desde allí á los de la Isla Española.

EL año siguiente al que tuvo fin tan desgraciado, como hemos visto, esta jornada de Tristancho, á costa de tántas vidas españolas, llegó el de su Gobierno de esta ciudad de Cartagena al Don Diego de Acuña, que fué el de 1619, y el principio del de D. García, á quien no faltó en qué emplear su cuidado, demás del ordinario de su Gobierno, el año siguiente de 1620, por haberse aparecido en aquellas costas, desde el Cabo de la Vela hasta el puerto de la misma ciudad, dos corsarios franceses (cuyo Capitán y Superintendente de toda la liga de los piratas se llamaba monsieur Namburg) y ingleses confederados de compañía, á los robos que pudiesen haber á las manos, como les comenzó á suceder, pues en el Cabo de la Vela tomaron una fragata de un vecino de la misma ciudad de Cartagena, Cristóbal Cambero, pasando al puerto de la ciudad de Coro con mercaderías y pasajeros, con la cual corriendo la costa desde el Cabo de la Vela hasta el Río de la Hacha, los corsarios fueron cañoneando hasta casi entrar en aquel puerto las fragatas del trato que navegaban á diversas partes, lo que también hacían con cuantos navíos encontraban desde aquel puerto hasta el de Cartagena, como sucedió con uno del Capitán Jerónimo Debien, no de tan pequeño porte que no fuese armado con catorce piezas de artillería y cargado con cantidad de bastimentos y municiones, que habiéndoles seguido los corsarios hasta la punta de Zamba, nueve leguas de Cartagena, le obligaron á varar en tierra por último remedio, y salvando la gente y carga que dió lugar la prisa á sacar, se entregaron los enemigos de la fusta y resto, con que iban acrecentando sus fuerzas, de suerte que con más seguro acometieron ya á cosas mayores que hasta allí. Desde donde revolviendo sobre la boca del Río Grande de la Magdalena, hubieron á las manos otra fragata de Alejo Hernández, vecino también de Cartagena, cargada de casi seis mil fanegas de maíz, y sobre seis mil pesos de plata y oro: causas todas con quien tenían atajada los corsarios la navegación del trato y comercio de unos pueblos con otros.

2.° Bien bastaron estos daños y los que de ellos amenazaban, para que determinase el Gobernador Don García Girón, con asistencia del Contador Mayor de Cuentas, Pedro Guiral, que dos galeoncetes ó carabelones que á la sazón estaban en el puerto para su guarda y de la ciudad y costas, las

corriesen en demanda del enemigo, lo que se comenzó luégo á poner en ejecución, señalando por Cabo de la gente que había de salir, á Martín Vásquez de Montiel, Capitán que era por Su Majestad de uno de los carabelones, para donde se señalaron cincuenta soldados de los del presidio, veintidós marineros, artilleros siete para once piezas, seis de hierro colado y cinco de bronce, de que iba armado, á quien gobernaba, como piloto mayor, Juan Gómez, con su Ayudante, Maestro, Capellán y Contador, con siete grumetes. Al otro carabelón le dieron título de Almirante, á donde iba por cabeza de mar y guerra el Capitán Benito Arias Montaño, con la misma gente y oficiales que la Capitana, diez piezas, seis de hierro y cuatro de bronce; salió también una lancha donde iba por Cabo Francisco Antunez con diez mosqueteros, soldados del presidio, y la gente de mar necesaria, dos falconetes y dos piezas pequeñas de artillería, con bastimentos todos los rasos para diez y ocho ó veinte días tasados, como también lo eran las municiones, por no haber dado la prisa á mayores prevenciones; pero con éstas se dieron á la vela, víspera de Todos los Santos, el mismo año de 1620, y con buen tiempo se llegaron á anclar aquella noche á la ensenada de Zamba, desde donde corriendo la costa hasta la boca del Río Grande, aguardaron allí dos días al paso, por si en ellos podían dar vista al enemigo. En los cuales hicieron entrar río arriba dos fragatas del trato, que habían salido en compañía de los carabelones para hacer viaje por aquel paraje del río, de donde salieron otras dos fragatas cargadas de bastimentos, que las había escondido allí el miedo de los ladrones; que quedando sin él, tomaron con seguro la vuelta del puerto de Cartagena, donde llegaron, y los dos galeones la del de Santa Marta, donde no hallando noticia cierta del enemigo, con alguna que tuvieron confusa, pasaron al Cabo de la Vela, ordinaria ladronera de estos corsarios, por ser punta que se reconoce de todos los navíos del trato, á donde llegaron, día de San Martín, doce de Noviembre.

3.º De donde tampoco hallando rastro de ellos (si bien ciertos indios bárbaros de los Cozinas, que viven en aquellas costas, con su mala lengua quisieron decir que habían atravesado los enemigos hacia la costa de la Isla Española), determinaron los nuestros también atravesar allá, no tanto por estas noticias, cuanto por no haber tenido otras hasta allí, y aunque no hubieran tenido éstas, atravesaran. Dieron vista á dos velas, y corriéndolas hasta cerca del puerto del Río de la Hacha, donde conocieron allí ser canoas de perlas, y hallándose á la boca de aquel puerto y con necesidad de matalotajes, pues ya andaban hambreando, y para el intento que tenían de atravesar, llegaron á tomar bastimentos de maiz, cazabe y carne salada, desde donde otro día volvieron á reconocer el Cabo de la Vela, y de allí comenzaron á atravesar, día de Santa Catalina; halláronse á tres de navegación en diez y siete grados, y

por no poder dar vista á la lancha, la fueron aguardando un día, hasta que á la tarde, descubriéndose tierra, se pusieron de mar en través por no peligrar aquella noche, y á la mañana descubrieron un cayo, ó isla pequeña, poco más alta que el agua, poco antes del Cabo de Tiburón, tierra muy alta y que da fin por el Poniente á la gran Isla Española; fuese corriendo la costa, por ser también ladronera de corsarios, á causa de ser tierra fértil y puerta de muchos puertos; no habiendo descubierto nada después de tres días que lo desvolvieron todo, pasaron á dar vista á la isla de Cuba, como lo hicieron, dando al Guantanamo, tierra bien descollada y alta, sin que se pudiese saber por entonces qué tierra fuese. Iba aquí la Almiranta tan destrozada de las muchas averías de la travesía, que no se daban manos á las bombas, ni lugar su necesidad á soltarlas un punto de los puños, y así reconociendo ser aquella tierra Guantanamo, doce leguas del puerto de Santiago de Cuba, cazando á popa, corrieron la costa hasta reconocer los Altares, y desde aquel sitio á la boca del puerto de Santiago.

4.° Que comenzando á entrar en él, les salió una barca llena de infantería bien armada, á reconocer los navíos, que por estar avispados de enemigos, habían sido causa de desocupar el pueblo los vecinos con sus haciendas y retirarse al monte, por haber pocos días antes, á vista del pueblo, aparecido algunos navíos enemigos, y tomando algunos de los nuestros, habían corrido el situado del cobre del Rey y dádole caza, de manera que obligó al que lo gobernaba á pegarle fuego, para que el enemigo no se aprovechase del cobre, á quien le mataron al desembocar cinco hombres. Habiendo estado los dos galeones quince días en este puerto proveyéndose de matalotajes y aderezando la Almiranta, tomando pilotos de aquella costa, y embarcándose en ellos el Sargento Mayor de aquella ciudad, Tomás de Garibay, que por ser gran soldado, y de edad y experiencia, se quiso hallar en esta facción, que estimó el Capitán en mucho, salieron del puerto, día de la Expectación de Nuestra Señora, á diez y ocho de Diciembre, la vuelta de Guantanamo, y habiendo corrido aquella costa (desde donde tomó la lancha la vuelta de Cartagena, por no poder navegar), atravesaron los dos galeoncetes al puerto de San Nicolás, costa de la Isla Española al Sur, desde donde pasaron al puerto francés, y desde allí al de Guanaibes, donde sólo entró la Capitana, por estar la Almiranta á Barlovento, y así se quedó aquella noche, que fué la Noche Buena, aguardando á la Capitana, hasta que á la mañana entraron ambas en la ensenada de la Yaguana.

CAPÍTULO LVII

1.º Habiendo entrado los carabelones en la Yaguana, hallan rastros del enemigo—2.º Dan vista á una nave del enemigo—3.º Descríbese el sitio de la isla del Caimito—4.º Reconociendo el enemigo á nuestros galeones, se pertrecha y dispone para la defensa.

HABIENDO echado aquí las barcas al agua, anclados los navíos, llegaron con ellos á tierra á matar ganado de cerda y vacas, de que hay innumerables cabezas de las que quedaron allí antes de la transmigración, la tierra adentro, de una ciudad antigua que estaba allí fundada, que van cada día en tanto crecimiento estas dos suertes de ganados, que á no dar entre ellos grandes manadas de perros cimarrones bravísimos que las minoran y consumen, fuera imposible caberlos la tierra. A la tarde postrera de los dos días que estuvieron allí, llegaron tres soldados del presidio de la ciudad de Santo Domingo á reconocer los dos galeoncetes, por estar ellos aguardando otras dos fustas de la ciudad que habían de llegar á cargar cañafístola de la mucha y buena que se da allí (desde que había vecindad española), en cuya defensa, porque no la hubiese á las manos el enemigo, estaban ocupados estos soldados. Levando anclas los carabelones, después de media noche al amanecer, se hallaron en otro puerto, donde echando la chalupa en tierra, halló unos zaragüelles (llaman acá calzones) manchados de sangre fresca, y naranjas recién cogidas; de que no tomaron pequeño indicio de andar por allí los ladrones que se buscaban. Salieron de allí corriendo la costa, día de año nuevo, y dando vista á los varaderos, que es una ensenada que está á Barlovento, que llaman el Caimito, y hallándose la Almiranta cuatro leguas adelante de la Capitana y sin viento para navegar, se pusieron los soldados por entretenimiento á hacer alcaldes y á ocuparse en otros honestos ejercicios, que vinieron á parar en que por consejo de un religioso de nuestra Orden, que iba por Capellán, llamado Fray Pedro Raposo, hiciese cada soldado una manda para hacer una fiesta al Santo Cristo de la Veracruz de la ciudad de Cartagena (que es la iglesia del presidio en nuestro convento) para que se sirviera de darle viento, y á los enemigos á las manos.

2.º Como sucedieron ambas cosas, pues comenzando á soplar viento fresco y galerno, se vido luégo desde el tope una vela que salía de tierra y iba la vuelta de la Capitana, que también la vido; aunque de la Almiranta le hicieron señal de haberla visto, disparando una pieza de cuadra y arriando de gavia, que era la señal que se había de dar el uno al otro cuando se diese vista á algo, y comenzaron á navegar en demanda del navío, que era una urqueta flamencas de hasta cien toneladas, que llamaban el Ursino Negro, á quien vieron ambas

nuestras naves revolver y arribar por entre el Caimito y la tierra firme de la Española: esperaban los corsarios de su tierra, y entendiendo ser ellos los dos nuéstros que veía la urqueta se iba á nuestra Capitana, hasta que se desengañó y revolvió, y cerrando con esto la noche, á la mañana, al romper del alba, dos de Enero, se descubrió surta; que viendo se le iban allegando los nuéstros, se levó y comenzó á navegar, siguiéndola los carabelones.

3.° Y para dar mejor á entender la facción que hicieron los nuéstros contra estos piratas, digo que es el Caimito un isleo en diez y nueve grados de altura de la latitud del polo ártico, prolongado Este Oeste, estrechándose casi en óvalo de Norte á Sur, cercado de bajos. Tiene por Este la isla llamada de Guanabo, distante hasta diez ú once leguas; al Norte el Cabo de Maizí de la isla de Cuba, distante hasta treinta leguas á la parte del Sur, travesía de una legua. La Tierra Firme de Santo Domingo, Isla Española al Oeste el mar, travesía entre la isla de Cuba y Jamaica, y entre la terminación que hace al Occidente y la Tierra Firme de la isla Española, hay cuatro cayos, que son isletillos muy pequeños, formando un puerto con dificultosa entrada por los muchos bajos, aunque dentro de él se hace una ensenada de bastante fondo para el mayor navío. Estaban los enemigos en este paraje, agregados á uno de los cayos, que es lleno de árboles, y de habitación apacible, con barrancas, tonelerías y herrerías en tierra y fortalecidos. Entrada en el pueblo la urqueta flamenca, se hicieron salva unos á otros, y dando aviso de que la seguían, se ordenaron y previnieron para todo suceso en esta forma:

4.° El navío que robaron á Jerónimo Debien ocupó el cuerno derecho tan cercano á la isleta, que entre ella y él cabía con dificultad otra nave, y en esta parte estaba una llamada la Marquesa. Tenía el navío catorce piezas de artillería, siete por banda, y la Marquesa ocho, cuatro y cuatro, y algunas roqueras. En estos dos navíos estaban cincuenta hombres mosqueteros, seis negros y algunos prisioneros españoles, gobernados por monsieur de Namburg, francés de nación, de buen cuerpo, y edad de cuarenta y cinco años, y decía ser católico. Tenía por su Teniente á monsieur de Renter, del mismo Reino y religión, y por su Condestable á Miguel de Magner, natural del Condado de Niebla, hombre de sesenta años, y gran soldado y marinero. Por la proa de estos dos navíos, con bandera de Capitana, estaba la urqueta flamenca llamada el Ursino Negro, con cuatro piezas de artillería por banda, y cuatro pedreros y veintidós hombres de guerra, y su Capitán un flamenco llamado Juan Nicolás, de treinta y dos años de edad y casado en Fleximburg de Celanda; por su cuadra ó popa tenía una lancha inglesa y por la proa un patache que llamaban el Sevillano, por ser labrado en el río de Sevilla, que también tenía bandera de Capitana y asistía en él Esteban Carví, inglés de nación y de secta luterano,

de edad de cuarenta años, hombre muy valiente y experimentado, por haber corrido largo tiempo continuamente las costas de Tierra Firme y boca del río de Chagres, donde había hecho cantidad de presas, con que alentado bajaba todos los años á robar por estas partes, y así el francés y el flamenco con quien estaba confederado y hecho compañía, le reconocían alguna superioridad y guardaban sus órdenes; traía por Teniente á Lamberto, hombre de cincuenta años y de la misma religión y secta; y en el Sevillano tenía treinta y dos hombres de pelea. Entre la isleta y el cayo, que era el cuerno izquierdo de la media luna que formaban, tenían la fragata que robaron al Alejo Hernández, desaparejada y arrasada por entre la clava y la borda, llena de maíz, amarrada con un cabo al cayo y otro á la isleta, y hecha de ella una plataforma con siete piezas de artillería y cuatro roqueras, en que fundaba su mayor confianza el enemigo, siendo todo el número de su gente ciento y veinte hombres de diversas naciones del Norte, ingleses, escoceses, holandeses, franceses y flamencos, toda gente de mar y guerra, pues tan presto todos arrebataban la escota con el arcabuz, sin alguna diferencia de mayores á menores.

CAPÍTULO LVIII

1.° Entra nuestra Capitana en la ensenada sin aguardar á la Almiranta para embestir con el enemigo—2.° Embiste de hecho y comiénzase la batalla—3.° Llega á buen tiempo la Almiranta y véncese el enemigo—4.° Entran los nuéstros á sacar el pillaje de los navíos, que no fué pequeño—5.° Toman la vuelta de Cartagena, á donde llegaron con buen suceso y fueron bien recibidos.

CON mejor velera nuestra Capitana, dejaba alguna distancia á la Almiranta: causa para que dudasen el Capitán Montiel y otros de la nao de si entrarían sin aguardarla en el puerto, y resolviéndose entrar sin más dilaciones, puso en orden su gente el Capitán, y pavesadas de cueros de vaca, y reforzando á sus soldados, les puso delante la justificación de la guerra, en que se hacía un crecido servicio al Dios de cuya mano vienen las victorias y el esfuerzo en ellas: el valor de la sangre española, enseñado á emplearse en las mayores dificultades, riesgos y ocasiones de honra, en especial contra herejes protestantes como los que tenían á la vista, y que sería dar colmo á tántas victorias conseguidas en esta materia, y últimamente el pillaje que de aquí se conseguiría, cuando no fuera más que recobrar el que ellos habían tan injustamente robado á los nuéstros, con que quedaron los soldados tan deseosos de venír yá á las manos, que no apellidaban ni se oía otra voz que guerra, que parecía aun hasta el navío apetecerla yéndose deslizando á mayor prisa para embestir. No era menor el cuidado que los protestantes ponían en exhortar y esforzar á los suyos, poniéndoles delante el interés temporal (que no tenían otro que proponer) de la ganancias de la victoria, ponderándoles esto con vivas palabras, á que dieron todos las suyas de hacer el posible, y que se había de partir la ganancia amigablemente, afirmándolo con juramento sobre una biblia viciada con sus herejías, y dando fin á esto con el brindis alternativo de los generosos vinos que tenían, se pusieron á pique para la pelea, que le dieron tan infame principio como lo es la embriaguez, y así no tenemos por novedad que estos indios se embriaguen primero que entren en las guazabaras, pues otras naciones, como vemos en éstas y otras, también lo usan en las mismas ocasiones.

2.° En ésta, yéndose ya nuestra Capitana acercando al enemigo con gran silencio, sin que se oyese voz (por orden del Capitán) de caja, trompeta ni tiro hasta abordar, los contrarios comenzaron á disparar los suyos de artillería tan anticipadamente, que aun no llegaban las balas á nuestra nave, lo cual viendo el Montiel, daba el parabién de la victoria á sus soldados, diciendo que el haberse anticipado á jugar su artillería el enemigo, era señal clara de los temores con que estaban, pues aun las balas mostraban tenerlo, pues no se atrevían á

llegar á nuestro navío. Recibieron á este tiempo los nuéstros la absolución de rodillas, que la hizo el Capellán; invocando á Santiago y dando señas las cajas y trompetas del rompimiento de la sangrienta batalla, con ímpetu de leones embistieron á la urqueta flamenca, jugando tan á tiempo de la mosquetería y artillería, que no se perdía tiro; arrojáronle el arpeo con tánto acierto desde el bauprés, que cayó con tal fuerza que le hizo descubrir hasta la quilla, y se puso nuestra Capitana de manera abordada con la urqueta, que estaba la popa con las proas de los navíos de Jerónimo Debien y La Marquesa, tan cerca, que sobre los corredores de la nuéstra caían sus baupreses, con que le daba el enemigo á nuestra Capitana batería por todas partes; era tal la multitud de bombas, arcancías de fuego, estruendo de la artillería, roqueras, pedreros mosquetes, el humo de la pólvora, que ni obraban las órdenes militares por no entenderse las palabras, ni se veía otra cosa que llamas de fuego, ni atendía ninguno más que á sustentar su puesto, sin reparar en el peligro que en él tenían.

3.º Parecíales á los demás enemigos ser ya tiempo de que el flamenco se quemase con daño de nuestro navío, y así le daban voces lo hiciesen, á lo que él no acudió, viendo que pretendían la victoria con muerte suya, quedando ellos libres. Después de una hora que andaba la Capitana valerosísima, llegó la Almiranta, más por favor del cielo que por diligencias humanas, aunque se habían hecho las posibles para llegar antes, que no fué ahora fuera de tiempo, pues en llegando echó su gente en los navíos el Capitán de ella, como de tan valientes bríos, que con ellos quitó por su mano el Benito Arias la bandera inglesa, acudiendo por su persona á los más rigurosos trances, hallándose donde veía la mayor fuerza del enemigo, de quien escapándose un portugués, vino nadando á nuestros navíos dando voces no lo matasen, que recogido en la Almiranta, apellidaba Victoria, por haber quedado herido de la postrer rociada (recia) con dos balazos peligrosos en la mejilla izquierda y en la garganta el Capitán inglés Esteban Carví, que con desesperación se quería pegar fuego, lo que intentó atajar el Almirante, enviándole á decir con el mismo portugués se rindiese á buena guerra, con permisión de las vidas, sin darse fuego. A bordo estaba el portugués para hacer esta embajada, cuando se vido que todos los enemigos, unos al agua y otros en chalupas ó por otros modos, procuraban librar sus vidas; el flamenco Juan Nicolás desde el Ursino Negro, donde estaba, hizo señas de rendirse, sacando en un chuzo un lienzo. En una chalupa con algunos compañeros saltó el inglés Esteban Carví del navío sevillano, que no fueron los mejor librados, pues casi todos perecieron con una pieza desde la Capitana; menos malle sucedió á monsieur de Namburg, que hallándose zafo, aunque sin timón, por habérselo rompido á arcabucazos nuestra Capitana en el navío que habían

tomado á Jerónimo Debien, destrozadas las jarcias y sin ninguna vela, procuró la huída, picando los cables y dejándose ir á la gruesa ventura sobre un bajo, que no la tuvo pequeña, pues por estar en seco nuestras dos naves, ninguna le pudo seguir; ni otro día fueron bastantes las extraordinarias diligencias que hicieron para perderle de vista; pero no quedaron los nuéstros con esperanza de que podría navegar mucho, según lo destrozado que iba. Dado fin con esto á la batalla, sospechando algún engaño en los navíos de los contrarios, ordenó el Capitán de la Almiranta al Cabo de Escuadra Juan Silvestre, que con ocho soldados y cuatro artilleros entrasen al navío Sevillano, y desvolviesen si hallaban alguna maliciosa bomba, como la encontraron cerca del árbol mayor, hacia la popa, que era un barril con más de seis arrobas de pólvora y dentro de él un globo de bronce lleno también de pólvora en grano refinada, que mostraban la boca fuera del barril, pendientes dos cabos de cuerdas encendidas, ya tan á los fines, que temieron llegar á apagarlos, hasta que Francisco Arraoceo, artillero, encomendándose á Nuestra Señora de la Popa, quitó el globo, ya tan encendido que tostaba las manos. También se apagaron otros cuatro cabos que iban á parar á la boca de otro barril, con otras cuatro arrobas de pólvora en el Ursino.

4.° Y entrando, ya seguros de esto, á buscar el pillaje de los navíos, hallaron en la Almiranta á un soldado, criollo de la ciudad de Pamplona en este Reino, llamado Juan Jiménez, que se había quedado cuando entraron á apagar el globo, y no conociendo ahora que era de los nuéstros, por tener la cara llena de pólvora, entendiendo que era inglés, le atravesaron con un estoque por el cuerpo y quedó muerto, que con él fueron seis los que de nuestra parte murieron, que fueron Pedro Matute, manchego, natural de Madridejos, valentísimo soldado; Alonso de Leiva, sevillano; dos artilleros y un muchacho. Quedaron heridos el Capitán Montiel de dos balazos, el uno en la parte secreta, dolorosísima, que aunque fué la herida desde el principio de la batería, no por eso faltó de acudir por su persona á todo; también á Juan Montiel hirieron con dado de una pieza de artillería, y otros hasta veinticinco, todos de la Capitana, que fué la que padeció mayor riesgo, si bien excedieron en esto los enemigos, pues quedando casi todos, los muertos fueron sesenta y cinco, y entre ellos los Capitanes inglés y francés, y los Maestres y soldados de más consideración, cuya sangre dejó tan teñido el mar, que raras veces se ha visto ténta vertida en semejante número de gente como ahora murió. Ahorcáronse otros cinco por estar heridos de muerte, uno de ellos llamado Miguel de Maguer, condestable de la artillería francesa. Aprisionáronse diez y seis, con el Capitán flamenco Juan Nicolás y cinco muchachos de diferentes naciones. Quedaron libres algunos españoles y negros de diferentes dueños de Cartagena y otras

partes que se hallaron en poder del enemigo. Juzgóse por milagrosa la victoria, pues decían los prisioneros habían visto la imagen de Nuestra Señora del Rosario como pintada en nuestras banderas, no viendo sino las armas reales; y el pillaje fué tan rico, que todos quedaron medrados con él; de los vasos sólo se escapó, como hemos dicho, el de Jerónimo Debien con el Capitán francés monsieur de Namburg. La fragata se mandó quemar por no estar para navegar, y la lancha se desfondó, por ser vaso pequeño para las travesías. Ganáronse cinco banderas; hallóronse en los navíos ochocientos quintales de palo de brasil, treinta de campeche, alguna corambre, cuarenta piezas de artillería de todo género, muchos mosquetes y municiones, pólvora, balas y cuerda, arriba de treinta anclas, muchos bastimentos, bizcocho, barriles de aguardiente, cerveza y aun algunos barriles de Manatí aderezado al *modo* de atún, alguna plata labrada y otra en moneda, que en los buques de los navíos, cerradas las escotillas, se trajeron para inventariar en la ciudad de Cartagena, para donde tomaron la vuelta los nuestros, después de haber estado reparándose de los balazos cuatro días, á seis de Enero de 1621, trayendo en su compañía los tres navíos del enemigo, la urqueta á cargo del Sargento Roque de Quintana, la Marquesa del Cabo de Escuadra Antonio de Soto, y el Cabo de Escuadra Matías de Carranza el navío Sevillano.

5.º Venía entre los franceses prisioneros un tan famoso cirujano, que se ofreció á dar sano, si le hacían á él merced de la vida (como sucedió), á Juan de Montiel, que iba tan lastimado, que entendieron pasara de esta vida en la travesía, á cuya causa no se quiso detener su tío, el Capitán Martín de Montiel, á hacer cierta diligencia importante, que era buscar una botija que en cierto paraje del Cabo de Tiburón tenían por archivo común los franceses, como se supo de los españoles captivos que ahora hallaron entre ellos, donde metían las cartas en que daban cuenta de sus viajes y del rumbo que llevaban. Acabaron los nuestros el suyo, poniéndose á vista cerca de la ciudad de Cartagena, llevando por popa las banderas vencidas, á trece de Enero, de donde hicieron salva y dieron aviso al Gobernador Don García Girón, que otro día por la mañana, en compañía del Contador Pedro Guiral y Oficiales Reales, fueron á bordo, y desembarcaron los Capitanes, soldados y prisioneros, y aunque mal herido y dolorido el Capitán Montiel, llegaron juntos á pié á la iglesia mayor, donde el Obispo con su Cabildo y clerecía los salió á recibir y metió en la iglesia cantando *Tedeum laudamus*, en hacimiento de gracias al Dios de las batallas y Suprema causa, de cuya mano se consiguen todas las victorias. Celebróse ésta por toda la ciudad y compañías del presidio con gran salva de mosquetería y arcabucería y otros regocijos militares, yendo los prisioneros y sus banderas detrás del Capitán Martín Vásquez Montiel. Hízose otro día, viernes dos

de Febrero de 1621, justicia de cuatro de los contrarios, colgándolos en la playa y entre ellos el Capitán del navío flamenco Juan Nicolás. Dándole esta relación á S. M. en Madrid, dijo ser la primera buena nueva que había recibido después de haber heredado el Reino, por la cual hizo merced á un hijo del Gobernador de un hábito de Santiago.

CAPÍTULO LIX.

1.º Pretende en la corte Don Francisco Maldonado las conquistas del Darién y concédenselo y dánsele recados—2.º Hace gente y sale con ella de San Lucar—3.º Llega á los puertos de las Indias y sale de la Villa de Tolú en prosecución de su jornada—4.º Entran en la ensenada de Acla, y lo que allí sucede.

NO sé si por haberle sucedido á Don Francisco Maldonado Sayavedra, vecino de Santa Marta, lo que dejamos dicho en la jornada de Tristancho, en los Tunugunas, ó por más servir á S. M. en las conquistas de aquellas Indias y las demás del gran río Darién, ó por ambas cosas, y ser de esforzados bríos y de obligaciones de hijo de sus padres, hallándose en las cortes el año pasado de 1620, pretendió las conquistas del río Darién con este título, carnicería y sepulcro de españoles, como hemos visto desde los primeros pasos de las conquistas y descubrimientos de estas Indias, y habiéndosele concedido en oposición de otros, que á la sazón también la pretendían en el Consejo, se le hizo préstamo de ayuda de costa de más de diez y ocho mil pesos, librados en la Caja de Puertobelo, y se le dieron despachos con las comunes condiciones, asientos y privilegios que suelen nuestros Reyes dar á los conquistadores y pobladores, como él lo había de ser en aquellas tierras, donde había de meter, costeados de sustento, pertrechos y navíos á sus expensas, 400 hombres, los 250 de los Reinos de España, y de éstos los cincuenta casados y con sus familias, y los 150 de acá de las Indias, como consta de una Cédula Real, despachada en Madrid á nueve de Junio de 1620, donde se le da también facultad para nombrar todos los oficiales y seis Capitanes no más, y que los confirmaría el Consejo. Otra se le despachó á doce del mismo mes y año para poder tomar por él y Ministros en los puertos y embarcaciones los navíos y fragatas y otras fustas, y en las estancias y hatos el bagaje que hubiese menester, pagando los fletes y todo lo demás á su justo precio; por esta provisión en que se le dió título de Gobernador y Capitán General al Don Francisco, quedó determinado no pertenecer aquellas provincias del Darién á la Gobernación de Cartagena ni de Antiochia, como se pretendía de ambas partes y dejamos dicho.

2.º Hizo tanto ruido en España esta jornada con su nombre campanudo del Darién, como las que dijimos en nuestra primera parte para el Dorado, á cuyos ecos, no acabando de desengañarse Castilla (como lo está el Andalucía) de los miserables fines que han tenido y tienen estas jornadas, como ésta lo tuvo, que con facilidad se juntó la gente de la licencia y mucha más; Oficiales y Capitanes de muy gran suerte, que la tenían por buena y bien pagados de sus

trabajos de Flandes, Chile y otras partes, en venir ahora á esta jornada, si bien alguno debió de estimar por menos mal el que aquí le podía suceder que la prolijidad del despacho de sus pretensiones en la Corte. Puesto á pique en San Lucar lo necesario á la jornada y la gente, en que venían treinta hombres casados y con sus mujeres, se hicieron cuatro compañías, una á cargo del Capitán y Sargento Mayor de la jornada, Vicente de los Reyes, su Alférez Don Antonio Henriquez; otra al de Juan Dieguez de Castro, su Alférez Don Fernando Girón; otra al del Capitán Lorenzo de San Filio, su Alférez Don Antonio Cerezo; otra al de Don Antonio Gentil, que muriendo en Bonanza un día antes que se diesen á la vela en San Lucar, vino su compañía agregada á los galeones hasta la ciudad de Cartagena. Por Teniente de General, el Licenciado Dionisio de Coca, natural de la villa de Adra; también se dispuso para embarcarse el Padre Fray Melchor Maldonado, de la Orden de San Agustín, hijo del General, y de la misma Orden, á su persuasión, el Padre Fray Diego de Rangel, que estaba en San Lucar. Embarcándose en dos naves y un patache en compañía de los galeones y flota de Tierra Firme, y otros tres navíos que venían á la Margarita ó punta de Araya, se dieron á la vela, primero de Mayo de este mismo año (1621) de veintiuno, y á poco de haber salido todos de la barra de San Lucar, y enmarádose, corrieron tal tormenta en el golfo que llaman de las Yeguas, de quince días continuos, que en los ocho ó diez no se pudo dar vista una nave á otra de cincuenta y cuatro que salieron juntas, hasta que el día de la Ascensión, que fué á veintiuno de Mayo, hicieron salva de alegría las naves que dieron vista á una de las islas de Canaria.

3.° Una nao mercante llamada la Carnicería arribó á Cadiz, desde donde habiendo estado un mes, tomó su derrota con tan buen tiempo que llegó á Cartagena antes que las demás, las cuales venían tan necesitadas de agua, que en una llamada Santa Dorotea murieron de sed una mujer y dos muchachos y un hombre, con las lenguas, como corcho, secas, y murieran más á no llegar tan presto á las islas de Barlovento, y hacer agua en la una, llamada Guadalupe. Desde donde llegaron estos tres navíos de Don Francisco á Santa Marta, en cuyo puerto, á la entrada, tocó el uno en una peña, que se vido en harto peligro, día de San Juan, 24 de Junio. En la cual ciudad habiéndose publicado los recados que traía el General para poder hacer gente, y remitídose á las de Tenerife, villa de Mompox, Granada y Sevilla, tomó el General la vuelta de Cartagena, donde desembarcó la gente, en que venían ya sobre sesenta enfermos de chapetonada, que no pudieron convalecer en tres meses; y así el de Septiembre del mismo año se embarcaron la vuelta de Tolú, catorce ó quince leguas de Cartagena, como hemos dicho muchas veces, á donde traía señalado por plaza de armas, para acabar de juntar su gente y pertrecharse de bastimentos y armas, para

desde allí entrar en la ensenada de Acla y comenzar su conquista. Hizo asiento en Tolú por cuatro meses, donde se fué recogiendo la buena gente, aunque también había de toda broza, que se fué juntando de las ciudades dichas y de la de Cartagena y Tolú, porque de los que vinieron de España, tasadamente le quedaron hasta ochenta, por diferencias que tenían con el General, y imaginar, según las cosas que veían, el fin que tuvo la jornada, á que se dió principio saliendo de la barra de Tolú con 400 hombres, de ellos algunos casados, que con mujeres, niños, negros y indios de servicio serían por todos ochocientas personas, en seis fragatas que tomó de aquellos costas y uno de los navíos que trajeron de España, en cinco de Febrero de este año de 1622, y habiendo llegado á tomar ceniza el nueve del mismo mes y algún refresco de frutas en una estancia, seis ú ocho leguas de Tolú, luégo se comenzaron á escasear las raciones de la infantería, pues sólo se daban seis onzas de cazabe y cinco de cecinas de vaca á cada soldado.

4.º Fueron navegando hasta el puerto de San Sebastián de Buenavista y adentro en la ensenada de Acla, donde también dijimos habían llegado Marín y Tristancho en su jornada, que anclándose aquí ahora, salieron los indios, como suelen, á rescatar gallinas de las nuéstras, de que abundan, y otros frutos de la tierra, por machetes y hachas que les dieron de los navíos, de que engolosinados los indios, volvieron otro día más, y con más rescates, y por su caudillo un indio, hermano del Cacique, llamado Andrés, porque entre ellos hay algunos cristianos desde los tiempos que comenzó á descubrirse esta provincia, como dejamos largamente dicho en esta tercera parte. Era este indio Andrés prudente y de otras buenas partes, por las cuales y por su nobleza lo respetaban los indios; con los cuales habiendo venido, y á tres días, entró en el navío Capitana, donde iba el General, que mandó los metiesen todos debajo de escotilla, á título de que le ayudasen en esta guerra, de que quedaron en tierra escandalizadas las indias que habían venido, viendo les llevaban á sus maridos, padres y parientes; que para aplacarlas mandó el General ir á tierra á un soldado, llamado Don Josefh Ruiz de Cascante, y á otro español, con cantidad de hachas, machetes y chaquira, para rescatar gallinas, que les hubiera de costar la vida, como después diremos. Hiciéronse con esto á la vela, y llegando á querer entrar por una de las siete bocas del Darién, topó la nao Capitana, donde por ser la mayor fiesta, iba la mayor parte de las mujeres, niños y bastimentos; y la razón de topar fué porque habiendo sondado el paso los marineros y hallándole agua suficiente, fué en ocasión de aguas vivas, y al entrar ya habían menguado. Húbose de descargar de gente, ropa y lo demás, y no bastando esto para que nadara, se le sacó también el lastre, con que desencalló y la volvieron á cargar, que fué de innumerable trabajo todo, en especial que ya en este tiempo no se daba de ración á

cada soldado otra cosa que media libra de maíz en grano y tres onzas de carne ya corrompida por el calor inmenso de la tierra y el abrigo de la nave donde iba.

CAPÍTULO LX

1.º Entran con las fustas en el río Darién, y otras cosas que luégo fueron sucediendo—2.º Asientan Real en una mala tierra y hallan rastros ciegos de indios—3.º Salen soldados en demanda de indios, y mueren tres en una emboscada—4.º Vuélvese el General el río abajo con todas sus naves y gente.

DETERMINADO entrar el río arriba, resistían las grandes corrientes tanto, y el poderse aprovechar poco del velambre, por no ser los vientos á propósito, que fué necesario echar toa á todos los siete bajeles, y aforrando toda la infantería por sus escuadras á pura fuerza de brazos y sirga, las fueron metiendo por uno de los del río: tormento igual á la muerte, en especial con tan pocas fuerzas como daban las comidas por su falta, para cuyo reparo, yá que estaban dentro de la madre del río, ordenó el General fuese el Capitán Juan de la Rua, natural de Santa Marta, con una compañía á dar sobre un pueblo de indios de guerra llamado Chichurubi, tres leguas apartado del de San Sebastián, entendiendo los hallarían descuidados y buen ranchco á las manos; señaláronse para esto ochenta soldados, donde también quiso ir el hijo del General, Don Francisco Maldonado y Ribas (á quien había hecho su padre Gobernador de aquel tercio, por no haberse querido embarcar en Castilla Juan Cano de Astudillo, nombrado por el Rey para este oficio) y también se embarcó el Fray Melchor, y llevando por guía al indio Andrés y algunos otros cuatro indios, y habiendo desembarcado donde más convino, viéndose el Andrés en su tierra, tomó la vuelta de su pueblo San Sebastián, dejando desamparados nuestros soldados en el mayor peligro una noche, que conociendo al amanecer la falta de los indios guías, dando en un platanar donde satisficieron la hambre que traían retrasada de dos días, hubo varios pareceres si darían sobre el pueblo ó nó; tuvo el contrario el Fray Melchor con tanta protervia, que obligó á un Capitán á decirle las palabras que el Cid á Bernardo delante el Rey Don Alonso, que fueron causa de encenderse entre los dos tántas molinas, que á no mediar su hermano y el Capitán Rua, vinieran á ser desgracias, que todo vino á parar en que no se hizo cosa de consideración á lo que se iba, si bien por la huída del indio Andrés, se reparó la muerte del Don Josefh y el otro soldado que dijimos habían quedado en San Sebastián, porque con la indignación que tenía el Caci-

que de haberle llevado á su hermano y tenía detenidos presos á los dos soldados, para en venganza de este agravio haberlos de matar, como lo hiciera sin duda, á no llegar á tiempo el Andrés Guido, que los libró de las garras de la muerte por quererle mucho al Don Josefh, por ser su compadre, que le había sacado un hijo de pila y llamándole Josefh á su devoción, en uno de aquellos días que estuvieron anclando en el puerto de San Sebastián, antes que cogiera el General á Andrés, y no habiendo salido aún del todo, con esta diligencia, del peligro de muerte el Don Josefh, pues tomaban de nuevo la demanda para matarlos los indios del pueblo por los otros que les tenía presos el General, fué necesario que el Andrés les sacase también de este peligro, dándoles avío á los dos para pasar donde estaba el ejército; á donde ya habían llegado los que habían venido á dar sobre el pueblo de Chichurubí, sin hacer cosa considerable.

2.° Crecían á varas los trabajos en todo el Real, así por las enfermedades, de que pocos ya se escapaban, como porque el poco maíz que se les daba de ración era necesario que cada uno lo pilase ó aderezase como pudiera, que ya faltaba aún en qué, y se tenía por dichoso el que en la bacinilla, raso de todas conservas, podía hacer su comida; pero lo más común era comer aquellos cuatro granos que les daban, tostados. No hallándose tierra firme, sino toda pantanosa, en una ni otra parte del río, ya se vieron obligados por tan crecidos trabajos á asentar Real en un sitio menos malo, donde llamaban el Real de la Resurrección, por haber estado otros españoles de los antiguos allí rancheados, que le pusieron este nombre. Hacíase posta de noche y de día en las fragatas y tierra con cuidado, y teniéndolo mayor que todos el General, por verse allí á ciegas, sin rastro de indios, tierra enfermísima, y que por una parte sólo se descubrían pantanos y tremedales imposibles á caminarse y por otras serranías tan encrespadas que rompían las nubes, determinó saliese el Capitán Narbona, de nación mallorquí, en una barca esquifada, con algunos soldados y marineros, que diesen vista al descubrimiento de algunos rastros de gente, á lo que no se pudo dar, si bien se entendió no estaba la tierra sin ella, por dos canoas que hallaron varadas, con las cuales y llena la barca de pescado, volvieron á dar cuenta al General, que no les fué de poco consuelo á todos los del ejército las nuevas, por desear hallar rastros de gente en quien emplear sus bríos, y el pescado en quien emplear su hambre, que era el que la reparaba de ordinario, pues nunca faltaba pescado del mucho que tiene el río.

3.° A hacer más claras (si pudieran) estas ciegas noticias de indios, determinó el General saliera su hijo el Gobernador y el Capitán Juan Luis de Heredia, y el Ayudante Cristóbal Ramírez, soldado de Flandes, muy bien entendido en el manejo de las cosas de la milicia, con ochenta soldados, escogidos de todas las seis compañías, como se puso luégo en ejecución, bien armados de

escaupiles, aunque con tan poca comida, que sólo se le dió á cada uno de ración para dos ó tres días, que llevaban orden para gastar en las salidas un bollo de maíz de cuatro ó cinco onzas, y media libra de tasajos de vaca, que en siete que estuvieron, bien tuvieron lugar para comerlos. Comenzaron luégo á marchar por el pantano arriba, con tanta dificultad, que muchas veces se atollaban hasta la cinta, á lo menos este primer día, en cuya tarde, ya que lo era mucho, salieron bien fatigados á un llano, menos mal camino, por donde habiendo caminado cuatro días, fueron subiendo por una tan áspera sierra, siguiendo una trochuela, que más parecía apeadero de gatos, por donde yendo delante por sobresalientes siete soldados, entre ellos el Capitán Juan Rodríguez Adame, regidor de la villa de Mompox; Andrés de León, Pedro Martín, y un mulato, tan buen rastrero, que oliendo la tierra y rastros que topaba, si no eran de más tiempo de cuatro y seis días, decía lo que había se había echo el rastro, y olía la bija desde muy lejos, y avisaba de las emboscadas, como le sucedió ahora, que apenas hubo dicho había cerca alguna por este olor, cuando salieron de ella gran multitud de indios, que dando sobre los siete, aunque pelearon valerosamente, quedó muerto el Capitán Adame, pasado de muchas flechas y lanzas, que de todo esto usan estos naturales, y le hallaron muerto con un alfange en las manos, bien ensangrentado, señal que había vengado bien su muerte.

Como se echó de ver en otro valiente español, soldado de la Armada Real, que también murió, y le hallaron con el arcabuz en las manos, apretado por el cañón y el mecho ensangrentado, porque según dijeron los que quedaron vivos, no queriéndoles dar fuego, virándole de aquella manera, hizo valiente riza en los indios, vendiendo bien su muerte, como también lo hizo el mulato rastrero, que no fué de poca pena para todos, por ser de importancia para el efecto dicho; otros dos quedaron, aunque vivos, mal heridos á lanzadas; y los otros dos que se escaparon, bajaron á dar aviso á los compañeros, que con la prisa que les dió lugar la estrechura del sitio, subieron al socorro, no muy á tiempo, ni aun se le podrían dar cuando llegaran á él, pues ni llevaban pólvora ni cuerda, por habérseles gastado la poca que sacaron, y así sólo se disparó un mosquete y una pistola, que bastó para que los indios huyesen con grandes alaridos, cargando los cuerpos de sus muertos. A quien no pudiendo seguir los nuéstros por la falta de comida, y por lo mismo de ánimo (que si los indios cobardes lo tuvieran se entiende acabaran con todos), habiendo dado sepultura á los muertos y los hombros á los heridos, tomaron la vuelta del llano, y no pareciéndoles ser acierto volver por el pantano, por si acaso los indios los aguardaban en él, como fué así, desmintieron el camino por otra parte, que fué acuerdo del cielo, como se vido, porque á venir por el pantano, según venían de desmazalados de hambre, perecieran á manos de los bárbaros, que los estuvieron aguardando al paso.

4.º Cuidadoso el General de haber hecho la tropa tardanza de siete días no llevando orden más que para tres, y habiéndose descubierto al seteno, á la tarde, gente desde el Real en un cerrillo, despachó una barca con un Capitán y soldados á reconocerla, que llegando y conociendo eran los que venían desbaratados, cogieron en la barca al Ayudante y los heridos, por no caber más, y por no poder el resto de los soldados marchar por tierra, por haber de pasarse una gran boca de mucha agua que salía de la ciénega, fué necesario despachar otras barcas, en que vinieron todos con el Gobernador, y estándose lastimando del suceso, llegaron tan en secreto por entre los muchos árboles que había y tan cerca del Real, los indios que venían siguiendo á los desbaratados, que sin ser sentidos pudieron echar en él algunas rociadas de flechas, aunque sin daño, porque los soldados de tierra y los de las fragatas se aprestaron á la defensa y seguirlos, aunque esto no tuvo efecto, porque no pareció convenir, por ir ya cerrando la noche y ponerse á mayor riesgo si lo hicieran que provecho, y así habiéndola pasado toda con vigilante cuidado, viendo el General el mal país que era, donde todos enfermaban y muchos morían de llagas en los pies y piernas á causa de las mazamorras y de rascarse las picaduras de los mosquitos, tanto que á muchos se les parecían los huesos, determinó bajarse con todas sus fustas hasta la ensenada, como se hizo, navegando en dos días lo que en muchos habían subido. Arrimaron todos á una isla de las que dividen las bocas del río, donde saltaron en tierra y se hicieron algunos bohíos, y comenzó luégo á morir tanta gente, que los más días se enterraban tres y cuatro. Llamáronle la isla de las Doncellas, por haber enterrado en ella á dos que murieron: la una hija del Tristancho, que llevaba allí su madre, por haber casado segunda vez con el Capitán Melchor Lobo, que también estaba en la jornada. Crecían tan por la posta las enfermedades, y tan de peligro, que aunque había médico que se llamaba Julio Santón, y dos cirujanos, por falta de medicinas y comidas para los enfermos, en estándolo, lo contaban con los muertos, con que quedó la isla arada con tántos como se enterraron.

CAPÍTULO LXI

1.° Descúbrese buen sitio para poder poblar, y muestras de oro: prenden á un Capitán—2.° Coge otro un barco de gallinas: otro se alza con una fragata y se va á Cartagena con alguna gente—3.° Dan garrote al Capitán preso—4.° Salen en una fragata á buscar comidas—5.° Vienen los indios y dan una guazabara en que mueren muchos de los nuestros.

ADVIRTIENDO el General Don Francisco se le habían pasado tres meses de embarcación y tiempo del verano sin haber hecho otra cosa considerable que la que hemos visto, y que las comidas iban ya dando fin, y aun la gente por falta de ellas, y otros infortunios, y que el invierno iba despuntando aprisa, en que tampoco se podía hacer cosa de provecho, despachó en su fragata al Capitán Lorenzo de Sanlúcar, valenciano, con su hijo Fray Melchor, y al Capitán Lobo y algunos soldados, á dar vista y tantear cierta ensenada que se veía tres leguas de la isla de las Doncellas, á donde llegando y tanteando el sitio, y experimentando ser bueno y de buenas aguas y muestras de oro, por haberlo cateado en muchas partes el Capitán Lobo, gran minero, con diez negros suyos, que también lo eran, volvieron á dar buenas nuevas de esto al General y que era tierra á propósito para poder poblar, porque entre las demás comodidades era la una, y no la menor, el no tener mosquitos. Lo que no tuvo efecto, antes estaba la más de la gente embarcada, yéndola consumiendo por la posta las enfermedades de pestilentes calenturas y otras, y no teniendo atrevimiento nadie á ponderarle aquello al General, lo tuvo el Capitán Juan Dieguez de Castro, llevándole un memorial desde su fragata, firmado de sus soldados, que estaban en la isla de las Doncellas, en que le representaban los trabajos que pasaba el ejército y cómo se atajarían si se pasasen á invernar á alguna estancia de las que tenían cerca, y que en entrando el verano, se podían tomar de propósito las conquistas y poblaciones. Fué este papel y las razones que le dijo el Capitán Juan Dieguez al General tan gran piedra de escándalo que le costó la vida, pues luégo que volvió á su fragata aquel mismo día, envió el General al Capitán Domingo de Salazar que lo prendiese, y al Sargento y Cabo de escuadra de su compañía, como lo hizo y llevó presos á diferentes fragatas. De allí á dos días salió el General con toda la gente y fragatas á tierra, para poblar un Real que llamó de San Bartolomé, dejando en la isla de las Doncellas á su mujer Doña Inés de Castellanos y algunas otras mujeres, todos los enfermos y el Capellán, con sólo seis soldados en guarda de todo esto, que no quedaba en pequeño peligro, pues estando la isla sólo dos ó tres tiros de mosquete de tierra, les fuera fácil entrar á ellos y degollarlos los indios.

2.º A los que habían quedado del pueblo de San Sebastián, la demasiada hambre que padecían y la que tenían que padecer, les hizo, fuera de cuatro que quedaron, arrojarse todos al agua, de quien no se supo en qué habían parado, pues no los vieron más desde esta isla. Desde la cual, tomando una canoa un Contramaestre de un navío con otros marineros, también se escaparon huyendo; tras quien el General envió al Capitán Narvona, el cual no pudiendo darles alcance, y llegando á la costa de Urabá, encontró con un vecino de Cartagena, que tenía mil gallinas en un barco, rescatadas de aquellos indios, por ser éste su trato, para venderlas en Cartagena, y habiéndolo prendido, lo llevó con su barco y gallinas, dejando algunas de camino en la isla á Doña Inés á la presencia de su marido el General; que habiéndolo reprendido porque rescataba sin su licencia en aquella tierra donde él era Gobernador, lo hizo poner preso, y que se quedara sin las gallinas. Por el peligro que dijimos en que estaba la isla de las Doncellas, y para si acaso lo había, pudiese escapar de él su mujer y las demás, hizo el General quedase allí apercibida una fragata; también quedó la nave que había sido Capitana, tan apegada á tierra que se pasaba desde la isla á ella con una planusa á socorrer los enfermos que estaban alojados en ella, de donde sacaban cada día á enterrar tres ó cuatro. Estando también en esta nave preso y enfermo un Capitán Don Agustín de Barahona, por no sé qué palabras ásperas que había dicho á la mujer del General en Tolú, trató con los enfermos más alentados y que sólo tenían llagas en las piernas, y uno de los cirujanos y con el arraez de la fragata (que era del Capitán Andrés Jiménez, vecino de Cartagena), que alzasen velas y tomasen la vuelta de aquella ciudad, como lo hicieron por lo inclinados y deseosos que todos estaban á hacerlo, y así, sin podérselo nadie estorbar, se fueron en ella hasta treinta hombres y ocho mujeres, llevándose la mayor parte de las armas de los soldados, por habérselas entregado que cuidase de ellas á uno de los que estaban en la fragata, que viéndola ir el General, despachó con prisa tras ella á un Alférez y á algunos soldados en el barco de las gallinas, que á la sazón estaba más aprestado, que teniendo á buena suerte ocasión el Alférez y sus compañeros, por desear también hacer fuga, nunca más volvieron, como ni otros muchos que por varios caminos, en canoas y barcos, cada hora se escapaban huyendo de la muerte.

3.º Habiendo sentenciado á ella el General, por informaciones que para esto hizo, al Capitán Juan Diegnez de Castro, envió que la ejecutase á la fragata donde le tenía preso, á un Capitán llamado Juan Luis de Heredia, no bien afecto al preso, que habiendo entrado en la fragata, cárcel del Castro, le dijo al Padre Fray Diego Rangel le entrase á confesar, por ser infalible el haberle de dar garrote, y habiendo comenzado la confesión, salió el religioso pidiendo

al Capitán Juan Luis difiriese aquella justicia hasta que él fuese á hablar al General y le representase la inocencia del preso, á que respondió el Juan Luis ser diligencia en vano, pues si no le acababa de confesar, le daría garrote; sin aguardar á eso, volvió el religioso y lo confesó y confortó para morir, estando con él hasta que le dieron garrote en el árbol de la fragata, y levantándolo en alto en un peñol, le pusieron en las espaldas con letras góticas la causa de su muerte, que causó horrendo espectáculo á todo aquel ejército. Estaban sentenciados á lo mismo el Capitán Sanfilio y el Ayudante Cristóbal Ramírez, y entrándolos á confesar para ejecutar también la sentencia, fueron tantos los extremos que hizo el Sanfilio, que diciéndoselo al General, mandó se suspendiese por entonces la muerte de ambos, que al fin no la tuvieron, porque quien pasa punto pasa mundo. Fué notable el sentimiento que todo el Real hizo por la muerte de aquel Capitán.

4.º El consumo del maíz y las demás vituallas iba ya por tan extremo, que para no venir todos al de la vida, juzgó por necesario el General despachar á su hijo el Gobernador y al Capitán Narvona con cuarenta soldados, los de mayor confianza, y los más casados, porque no se huyeran, á buscar comidas donde las hallaran, para que se aprestó luégo la gente, y dos de las fragatas de las siete que habían llevado fletadas, que ya estaban tan deseosos sus maestres y oficiales de volverse á la ciudad de Cartagena con ellas, que no sólo soltaran el flete, pero aun dieran plata por la licencia para volverse. Dados á la vela y saliendo por la boca de la ensenada de Acla, sin saber ningún soldado dónde iba, después de haber navegado cuatro días, en que sólo tenían los soldados cada día de ración tres onzas de maíz, que lo comían tostado, surgieron en una isla, donde tenía un vecino de Cartagena, llamado Francisco de Montiel, poblada una estancia de negros con granjerías de cazabe y de cebar ganado de cerda. Teniendo noticia el mayordomo que tenía cuidado de esta hacienda de la entrada de estos soldados, hizo retirar al arcabuco la mayor parte de los negros, dejando solos trece y una negra parida, que se ocuparon tres días haciendo cazabe, por haber dicho el Gobernador Don Francisco lo pagaría. Al fin de los cuales haciendo meter muchos de los puercos en el navío, el cazabe, la negra y negros (y hiciera lo mismo con el español mayordomo á no rogárselo los soldados, por estar su mujer muy enferma en una cama), se dió á la vela la vuelta del Real, donde entre tanto que esto hacía el hijo, no le sucedieron pequeños trabajos al padre, pues habiendo advertido los indios (que á todo andaban á la mira) cuán minorado quedaría el número de los soldados por haber salido las dos fragatas, se determinaron á dar una mañana un madrugón sobre el Real de San Bartolomé, donde estaba la gente bien descuidada y sin defensa, por haber mandado el General que ningún soldado tuviese pól-

vora ni cuerda, porque la gastarían mal gastada, por no estar alcanorizados harto allí de indios, y así la tenían toda en la fragata embotijada, y la cuerda en zurrones ó petacas liadas, por lo cual los soldados tampoco cuidaron de limpiar las armas, y así dando los indios sobre el Real y las centinelas arma, por la poca resistencia que los nuéstros hicieron, fueron empleando sus lanzas y flechas con la ferocidad que aquellos bárbaros acometen sus hechos, y ahora más á su salvo.

5.º Mataron, la primera, á la mujer del Tristancho, de suerte que murió á manos de los mismos indios que su marido; el General daba voces á la fragata que le trajesen aprisa pólvora, balas y cuerda, que era á muy buen tiempo de proveer de esto á los soldados; de los cuales hallándose algunos, por haberla tenido escondida, con alguna pólvora, sacaron de esta vida con los arcabuces hasta ocho ó diez indios, que quedaron allí muertos, y sin duda fueron muchos heridos. Hallábase el General sin ningunas armas ni aun para defender su persona, y así hubo de defenderse de otro modo con su hijo el fraile y su mujer. Las demás y niños se escondían debajo de las camas de viento ó barbacoas ó donde podían; pero estando libre la fiereza de los bárbaros por la poca resistencia que se les hacía, lo trastornaban todo y hacían pedazos á cuantos topaban, si podían, ó á lo menos los sacaban de esta vida, que dicen pasaron por todos el número de muertos de ciento; sacaron de la prisión al Capitán Sanfilio y al Ayudante, por dar voces los soldados no ser tiempo de tener á nadie preso. Estando defendiendo la casa del Gobernador, donde estaba él, su mujer y el hijo fraile, el Capitán Juan Luis de Heredia (que fué el que dijimos había ejecutado la sentencia del Capitán Castro), le dió un indio con una venenosa flecha por la boca, llevándose de camino los dientes, aunque eran con fealdad crecidos; hízole la fuerza del veneno caer rabiando en tierra, desde donde llevándolo á una de las fragatas, murió en ella á los ocho días: muerte escandalosísima para todos (pudo ser que por la fuerza del veneno), pues en lugar de confesarse y llamar á Dios, decía mil blasfemias, con que salió de esta vida, como también otro soldado, que habiéndole clavado otro indio en una mejilla otra venenosa flecha, murió con más brevedad y las mismas ansias y congojas del veneno; pero quiso Dios, entre ellas, usar de su misericordia, pues al morir dijo en altas voces que el Capitán Juan Dieguez de Castro había muerto sin culpa, y haber jurado todos falso cuantos testigos había en la información, y que él había sido uno de ellos, lo cual confesaba allí por descargo de su conciencia y desengaño del hecho. El Capitán Narbona (á quien no dejan sin culpa en el mismo suceso del Capitán Castro) se huyó en una fragata. No dejaran los indios tan presto la guazabara, si entre los demás que murieron, no mataran los nuéstros á uno que debió de ser principal, á quien cargaron y

llevaron entre cuatro, tocando al punto á recogerse, con ciertas flautas que sonaban mucho, hechas de huesos de espinillas de hombres, de que dejaron allí una, porque se le debió de caer á algún indio con la prisa de la huida, que no pudieron seguir los nuéstros, por no tener armas ni municiones con qué.

CAPÍTULO LXII

1.º Sucesos varios por la apretura de la hambre. Sálense todos de la ensenada de Acla—2.º Llegan á una isla, donde padecen mayores trabajos—3.º Salen de ella todos, y llegan á la Villa de Tolú, donde se acabó la jornada.

DEJÓ tan atemorizados á los pocos que habían quedado en este ejército esta guazabara, por verse todos tan enfermos, que ya sentían más esto que la hambre, con ser ya tan por extremo, que á no socorrerlos un diestro pescador que sabía pescar tortugas y manatíes, con que se acudía con caridad á los enfermos y participaban algo los sanos, acabaran de perecer todos; y aun no bastando esto, les forzó la necesidad á que mandase el General que de algunas mochilas de harina que se habían llevado para hacer hostias para decir misa (que se decía hasta el asalto de los indios casi cada día, porque el robo que hubieron á las manos pienso fué también el sacro ornamento), se hiciese cada hora una paila de poleadas ó puches, de que se diese ración á los soldados, que siendo esto poco, les obligó la necesidad á salir fuera de la boca de la ensenada algunos soldados con el Padre Fray Melchor, en una fragata, á socorrerse de lo que llevaban los barcos del trato que andaban por aquella costa de Tolú, que sabiéndolo el Gobernador de Cartagena, envió por los soldados que andaban en esto, y su prelado á llamar á Fray Melchor, y así tomaron la vuelta de la ciudad, quedando los pocos soldados que habían quedado con el General en el Real despojado de San Bartolomé, con tan intolerable miseria de comidas, que muchos se contentaban con los afrechos del maíz pilado, y aun dicen servían algunos á las negras del General de traerles agua y otros ministerios, porque les diesen de ello: tal era la fuerza de la hambre y el poco socorro contra ella. Lo que obligó á los soldados á decir, con determinación de tales, al General que pues habían quedado tan pocos que era imposible hacer cosa de consideración, antes perecer todos allí, que los sacase á tierra de cristianos; pues no acudiendo á aquello, sin duda tendrían por menos mal otro cualquier suceso, desamparando la tierra y dejándolo solo; con que fué forzoso al Gobernador, viéndolos así determinados, disponer cómo su hijo el Gobernador tomase en una fragata la vuelta de Tolú

y trajese algún refresco dentro de quince días que pareció duraría el maíz que había quedado, dando de ración cada día á cada soldado cuatro onzas de granos. Hízose así, y volviendo al tiempo dicho con algún socorro, se embarcó el General con toda la gente que le había quedado en la fragata, y entendiendo vendrían vía recta á Tolú, surgieron otra vez en la isla, de donde habían llevado antes, como dijimos, el cazabe y negros.

2.º Veíase el General tan afligido aquí por los ruines sucesos, que daba á entender no querer salir del puerto, de donde salió su hijo para Tolú, y á pocos días murió su mujer doña Inés, toda cubierta de lepra de los malos estalajes y inclemencias del cielo que habían tenido en la jornada, cuya muerte acompañaron otras muchas que cada día iban sucediendo, pues sólo había que comer en el puesto algunos caracoles y otros mariscos que podían haber á las manos en la lengua del agua; y aun teniéndose por dichosos los que hallaban de esto, porque no se les minorasen, se entraban en la montaña á comerlo á escusas de sus compañeros, por tener cada cual necesidad de lo que les venía á las manos, por ser las personas hasta ciento y veinte, y el socorro de comidas el que vemos. Á quien faltó también el poder salir de la isla, pues el dueño de ella, escarmentado de lo pasado, y saber que había vuelto tanta gente al rebusco de lo que tenía en la estancia, despachó desde Cartagena una fragata, en que recogieron una noche en secreto, que lo pudieron hacer por haber mucha montaña, todos los negros y canoas que había de servicio, haciendo pedazos las que no pudieron llevar, que viendo á la mañana desde la playa irse la fragata y canoas, fué crecidísima la aflicción, por quedar todos aislados, tan hambrientos y sin género de socorro para salir persona de la isla, y así les obligó la necesidad á remendar con tablas una barca, que de vieja estaba dada al través, que aderezada y breada lo mejor que se pudo, entró en ella el Capitán Domingo Méndez Cancio, y con ocho soldados y marineros, fiando más en el socorro del cielo que en el humano, tomaron la vuelta de Tolú con conocido riesgo de sus vidas, pues en barco tan frágil y quebradizo, la mar por el cielo y vientos contrarios, se atrevieron á embestir sesenta leguas que había desde allí de travesía hasta la costa de Tolú, á donde llegaron con favor divino y casi de milagro en doce días, siendo en buen tiempo navegación de dos, viéndose muchas veces en los brazos de la muerte por la hambre y contrastes de la barca.

3.º Hallaban también, habiendo saltado en tierra, tan poco refugio como en el mar, pues pidiendo á los barcos y fragatas que iban y venían á cargar en las haciendas y estancias que hay en aquellas costas y islas, no sólo no se lo daban de querer ir á sacar á aquella isla tantas ánimas como allí había á pique de perderse, pero ni aun querían acudir á ellos con socorro de comidas, y llegaba

esto á tal extremo, que dándole la necesidad atrevimiento al Capitán Méndez para entrar en una fragata para ir á sacar la gente de la isla, fué tanto lo que se alteraron contra él los de la fragata, blancos y negros, y los de aquella costa, que lo alanceaban y obligaron á tomar por partido el dejarle y irse como pudo á la villa de Tolú, donde también halló bien poco socorro por ahora: tál era el aborrecimiento que todos habían tomado á esta jornada, por la mala fama que de ella había salido, y así obligado este Capitán á pasar á la ciudad de Cartagena, dió en ella noticia de lo que pasaba á D. Diego Penilo, yerno del General, que fletando un navechuelo que había venido por aviso de España, se embarcó y tomó la vuelta de la isla de la gente, que cuando lo descubrieron desde lejos, lloraban todos de alegría, viendo en aquello el reparo de su muerte. Embarcáronse todos la vuelta de Tolú, á cuya vista llegaron al tercero día en la tarde, y habiendo navegado hasta las dos de la noche, acercándose á la villa los vecinos de ella que los vieron á aquellas horas, por estar clara la luna, enviaron barcos y canoas en que se desembarcasen, como lo hicieron, y en llegando á tierra se abrazaban con ella, hechos los ojos de todos fuentes de lágrimas, y no creían aún que habían llegado á tierra de cristianos, ni aun los que había en ella casi los conocían, por haber llegado tan desemejados, flacos, macilentos y amarillos, que más parecían retrato de todas miserias y aun de la muerte, que hombres, de quien las fieras tuvieron compasión en verlos en tales figuras y trabajos, que los comenzaron á renovar luégo con las memorias de los muertos, cuitándose de que habiendo salido de aquel puerto siete grandes bageles cargados de gente, que serían por todos más de ochocientas personas, y ahora cabían todos en un pequeño, por no ser más que hasta ciento y quince y casi todos tan llenos de llagas, mazamorras en los piés, sobre que no se podían tener por ellas, y otras diferentes enfermedades, que murieron en aquella villa y en Cartagena de esto más de cincuenta personas, que fué el fin que tuvo esta jornada, porque acompañara á los de otras muchas de que hemos contado en nuestras dos partes y en esta tercera.

CAPÍTULO LXIII

DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD DE CARTAGENA.

A CUYOS últimos capítulos llenará la descripción de la célebre ciudad de Cartagena de estas Indias, que por serlo tanto y haber sido sus conquistas no la menor parte de las que han ocupado esta tercera, no me parece será tiempo al aire y ni fuera de su lugar tratar de su fundación y descripción, si bien algo por mayor. Está asentada en longitud de setenta y tres grados y treinta minutos del meridiano de Toledo y once escasos de latitud al Norte, en el principio de una isla ó girón de tierra que sale de la firme corriendo Norte Sur, distancia de una legua, que se va ensanchando hasta llegar á la boca de su puerto, que está algo inclinado al Surueste, y llámole isla á este girón de tierra, porque á las veces lo es y queda aislado por todas partes y cercado de agua cuando soplando los nortes entran mayores aguas por la boca del puerto.

Fundó esta ciudad, el año de mil y quinientos y treinta y dos (como largamente dejamos dicho) en este mismo sitio, el Adelantado D. Pedro de Heredia, dejándola con el mismo nombre de un pueblo de indios que estaba fundado en el mismo sitio, llamado Calamar, con que permaneció (aunque luégo se retiraron los indios y dejaron libre el sitio para que edificaran con libertad los españoles) muchos años, hasta que poco á poco fué tomando el nombre de su puerto, que (como hemos dicho) le demora su boca y entrada por más de media legua al Sur, al cual pocos años antes de los primeros fundamentos de la ciudad, habiéndolo descubierto el Capitán Rodrigo de Bastidas y Alonso de Ojeda, le pusieron por nombre el puerto de Cartagena, por tener dos bocas en su entrada, divididas con una isla, como el de Cartagena de Levante en España, y ser capacísimo para innumerables naves del mayor porte, como el otro, y así perdiendo totalmente la ciudad el nombre de Calamar, se alzó con el de Cartagena.

Á la parte del Este se le apega otra isleta á esta de la ciudad, que se comunican por una parte levadiza arrimada al muro y puerto de la ciudad, por ser poca el agua del mar que divide la una de la otra. Esta es pequeña, cercada toda de aguas saladas, que llaman Getsemaní, nombre que le puso su primer posesor, á quien la dieron en estancia á los principios de esta fundación (como dejamos dicho en nuestro segundo tomo); ésta es como arrabal de la principal ciudad, y se sale y entra en ella por la parte de tierra firme por otra puente de madera, donde hay siempre soldados de posta y algunos tirillos en su resguardo, que llaman la media luna; es más frecuentada y habitada de la gente

de mar, por estar más cerca del surgidero de los navíos, y por esto tenerlos más á la mano.

Los edificios de la principal parte de la ciudad, aunque tuvieron sus principios humildes como todas las del mundo, pues eran de maderos gruesos y tablas sus paredes (como aun hoy permanecen algunos), el miedo de los incendios que le han sucedido (como hemos visto en la historia) y la amenaza de los que le podían suceder, los han hecho mejorar con grande exceso, convidándoles también á esto la comodidad de materiales que se fueron luégo descubriendo á la lengua del agua del puerto, con excelentes canteras de piedras de cal y edificio; piedra tan á propósito para esto, que siendo tan liviana y porosa que nada sobre el agua, por el aire que tiene dentro de sus poros, y tan blanda que la cortan y labran con una hacha, es tan áspera y hoyosa (y por eso no es buena para columnas de pulimento) que se aferra valentísimamente con la cal en el edificio con que encumbran algunos en excesiva altura, á que no desayudan las maderas, por ser muy buenas las que se acomodan á los edificios y fábricas de navíos, pues son ocho ó diez especies diferentes las que sirven de esto: una llaman morada, porque tiene este color subidísimo; guayacanes de dos ó tres especies; madera de carreta y amarilla; granadillo, que es muy mejor y más pesado que el nogal; cedros hermosísimos; madera de trébol, árbol valentísimo llamado así por ser su hoja menuda y que huele como esta hierba; palo de brasil mucho y muy bueno, y de bálsamo y otras muchas.

Con todo este buen aparejo se han hecho y hacen vistosos edificios, y los hace más la mucha suma de ventanaje y balcones volados que tienen á las calles, que por ser el país calidísimo toda la vida, refrescándolo poco la noche, es necesario sean las casas todas de una claraboya; algunas de sus calles son derechas, en especial las que corren Norte Sur, porque otras tiene de revueltas; su plaza no es grande, pero bien calificada por las casas de la inquisición que tiene en su principal testera al poniente; su suelo es todo arenisco, sin otro empedrado ni enladrillado, donde con facilidad se consume el agua que llueve de ordinario con fuertes aguaceros, y truenos sólo en la mitad del año, desde Julio hasta Enero, por comenzar en este mes á acabar las brisas y nordestes, que con crecidas fuerzas duran la otra mitad del año espantando los nublados, sin dejarlos hacer pié para que puedan llover; son estos vientos el alma de aquel país, por alentarle entre sus infinitos calores; en especial son saludables á chapetones, porque á los naturales no deja de enfermarlos de disenterías de sangre y resfriados, que son las principales enfermedades de esta tierra.

Las aguas de la ciudad son sanas pero pocas, muy gruesas y desabridas, por ser todas trasminadas del mar en pozos (que por acá llaman jagüeyes); en tiempo de aguaceros se mejoran, por trasminarse el agua lluvia por las arenas;

reparan este daño los curiosos recogiendo en botijas y tinajas, y algunos en aljibes, de esta agua llovediza, y aun suele traerse en pipas de Puertobelo, que allí es en extremo delgada, y traída á esta ciudad no es tanto, pero muy mejor que la que hay en ella; reparan también otros el calor de la bebida, enfriándola con cantimploras en agua de salitre; ni falta quienes den opinión que con mediana diligencia se podía beber con nieve de las sierras de Santa Marta, aunque no le falta su dificultad. Vense desde la ciudad en buena altura ambos polos, Norte y Sur; sus estrellas no son muy lucientes ni su cielo muy despejado, respecto de los muchos vapores que levanta el sol de mar y tierra, por ser pantanosa, que en ésa son el elemento del aire. Entre sus edificios están como esmalte ó piedras preciosas en la isla de Getsemaní (donde se van haciendo muy vistosos) un famoso convento de nuestra Orden de la observancia, y dentro de la principal ciudad (que ya se va acabando de cercar de valentísimo muro de piedras sillares) otro de Nuestro Padre Santo Domingo; de San Agustín otro de buenas y agradables fábricas, en especial iglesia; otro de la Merced, que está muy en sus principios; otro de San Diego, de recolección de Nuestra Orden, tan acabado y perfecto como el mejor que tiene toda Europa; dos de monjas, uno de Santa Clara de nuestra Orden, con cincuenta religiosas, grandes siervas del Señor, como también son las de otro de Santa Teresa; la eminencia de todas estas fábricas tiene la Catedral, con título de Santa Catarina virgen y mártir, donde con toda puntualidad el Obispo, canónigos y prebendados cumplen las obligaciones de sus oficios, como se hace en todos los conventos, por tener gran copia de religiosos; y en el colegio de la Compañía, que es de una mediana fábrica, por haber poco que se fundó, leénse en todos gramática y algunas ciencias; y en el nuéstro se leyó en años pasados Teología; para mayor ejercicio de la piedad cristiana tiene tres hospitales: uno en lo principal de la ciudad, llamado San Sebastián, donde se curan de limosnas de los vecinos, administrando en él los hermanos de la Orden de San Juan de Dios gran número de enfermos, en especial chapetones, á quien de ordinario prueba la tierra con graves enfermedades; otro del Espíritu Santo, en la isla de Getsemaní, donde hay Santísimo Sacramento para los de aquellos barrios, aunque no es parroquia (porque no tiene la ciudad más que una, que es la Iglesia mayor); y otro fuera de la ciudad al Este, nombrado de San Lázaro, para los apestados de este mal, de que también suele ser infestada esta ciudad; y más delante de este hospital, al mismo rumbo y margen del camino por donde se entra á las ciudades de este Reino de Granada, en la cumbre de un cerro, donde llaman la Popa de la Galera, está fundado un convento de Recolección de San Agustín, con título de Nuestra Señora de la Popa, de gran devoción para el pueblo.

PROSÍGUESE LA MISMA MATERIA

DE LA DESCRIPCIÓN DE CARTAGENA.

Los criollos nacidos y crecidos en esta ciudad son de la estatura común de los españoles, y por la mayor parte valientes, por ser desde pequeños ejercitados en las armas por curiosidad y por las ocasiones que dan los puestos de presidios, de que es notablemente atribulada esta ciudad con ordinarias muertes violentas y harto mal castigadas, ocasión de que se acrecienten tanto, y por ser tantos los forasteros que de ordinario la llenan, y contrarios afectos los soldados del presidio con los de las galeras. Las mujeres en general son quebradas de color, por el notable calor del país, lo que también padecen los niños, porque aunque se crían bien y sin enfermedades, andando desabrigados por el calor del tiempo y la mucha agua que beben todos, andan descoloridos y algo hipatos. Escasos son los frutos de este país, pues trigo, ni cebada, ni otros granos de Castilla no los conoce su tierra; de los naturales de ella se da bien el maíz y algunas raíces, en especial las de yuca, de que tienen buenas cosechas de cazabe, sustento principal de la tierra para la gente común, que junto con el arroz y muchos plátanos que se dan y provee la Villa de Tolú, es el principal sustento; las legumbres de Castilla se dan en las huertas con mayor trabajo del riego que crecimiento, como coles, berengenas, lechugas, rábanos, melones, sandías y algunos nabos, hierba buena, y perejil muy poco y ruin; danse higos de Castilla, granadas y uvas, y éstas fueran mucho más y mejores, á no tener tántos y tan crueles alguaciles como son las hormigas, que gozan más de ellas que sus dueños. La escasez de todo esto suple la abundancia de todo género de agrio, que se da muy bien con otras frutas de la tierra, en especial unos que llaman nísperos, bien diferentes de los de Castilla, que pienso son de las mejores frutas de allá y de acá. Hermosean por extremo la ciudad, mirada por sus cumbres, muchas palmas de cocos, tan valientes, que descuellan sobre los más altos edificios, y haciendo hermosos remolinos en el aire sus hojas, la hacen de agradable vista y abundante de su fruto, que no es de poco provecho al gusto y otros ministerios en que sirve; socorre la esterilidad de estas huertas mucho el estiércol, con ser tierra tan caliente, que es cosa que admira.

La ordinaria comida de carnes es mala vaca, porque siendo necesaria, trásnla dos ó tres días de camino al matadero, sin comer, por ser toda montaña y no tener á qué alargar la lengua cuando llegan al tajón; tienen mucho de piltrafa, aunque todavía se alargan á dar por cada arroba cinco y seis reales; la falta del carnero, que por su mucho calor no puede criar la tierra, ni el cabruno, y por no tener hierba de qué sustentarse, suple el ganado de cerda,

que á real la libra se tiene con abundancia, criado á mano con maíz y yucas, con que se hace allí de otro temperamento que el común de otras partes, pues al purgado de enfermedades graves no le hace daño ni hace falta de carnero, aunque mejor es la gallina, de que comen los que su caudal alcanza á tenerlas y comprarlas por dos reales de á ocho cada una, que es su precio ordinario, si bien algunas veces se remite algo de él; ayudan á este sustento (por regalo) algunas perdices que se hallan de la tierra, bien diferentes de las nuéstras en talla y mucha dureza, algunos conejos razonables, carne de monte, de zahínos, que son los que tienen el ombligo en el espinazo, y otros que llaman puercos de manada. Goza de algunos cabritos que se crían en el pueblo, andando sus meses á comer las cáscaras de plátanos y maíz que hallan por las calles. El ganado vacuno que se come es de crías que hay de él en las sabanas de Tolú, quince ó veinte leguas de la ciudad, y de lo que allí se reforma, y las sabanas de Tocazoluma, traído del paso del Adelantado, que es á las espaldas de Tamalameque, y pasado con infinito trabajo á nado por los valientes ríos de la Magdalena y Cauca; en las mismas sabanas se crían algunos caballos y mulas; pero lo más ordinario, para el servicio de la ciudad se traen de estos animales por tierra desde Coro y Latuya.

Lo que da la gruesa del sustento á esta ciudad, es lo que le baja de este Reino por el Río Grande de la Magdalena, que son muchas harinas, bizcocho, perniles ó jamones, y toda suerte de menestras, como garbanzos, habas, ajos, anís, quesos, conservas de diferentes suertes, en especial la de guayaba, que es la que más llena; ayuda también á su sustento, y no es la peor parte, el ser su puerto abierto todo el año, por donde le entra de todas sus islas y costas convecinas todo lo necesario con abundancia; las harinas, desde la ciudad de Maracaibo, á donde recogen para esto las de Mérida, Trujillo, Grita, Villa de San Cristóbal y valle de Quivor en el Tocuyo. Las cuales acrecientan las que llevan de Santiago de León, de Caracas, con mucho sebo, corambre y zarzaparrilla, á que suele acompañar muchos membrillos, granadas y aun repollos, por criarse abundantísimamente en aquella ciudad; de la del Río de la Hacha le entran muchos tasajos de vaca y sal; de la de Santa Marta toda la loza tosca que ha menester, como son tinajas para agua, ollas y jarros y todo lo que toca á esto, pita, mantas de algodón muy delicadas, como también le bajan de este Reino juntamente con muchas de lana, azúcar, colaciones, miel de cañas, de que también le baja con abundancia de la ciudad de Ocaña por el Río Grande de la Magdalena, por donde también le va de la Villa de Mompox mucho pescado salado de uno que llaman doncellas, no obstante la mucha abundancia de que goza la ciudad de pescado fresco de muchas especies, que se coge en todas partes del mar, en especial en todo el puerto y ciénegas de Matuna y Tesca;

entre ellos hay buenos sábalos, róbalos, sollos y de otros conocidos y no conocidos en nuestra Europa; pero en ningunos, ni aun de cuantos se pescan en estas Indias; son tan buenos como los de allá, y en especial como aquellos que se cogen más debajo el Norte, pues cuanto más cerca de él, van siendo siempre mejores; no sé si corre la misma razón metiéndose más debajo el Sur, por no estar eso aún descubierto, aunque si esto es causa de la frialdad, lo mismo vendrá á ser. De la ciudad de Tenerife se lleva mucho y fino bálsamo, por cogerse allí en abundancia, como también de la de Tolú, que la provee de esto y de aceite de canime, cativo de mangle, resinas, todas admirables para heridas; mucha tablazón para fábricas de navíos y casas, y también de plátanos, pues le entran cada semana de aquí más de doce á catorce barcos largos, con más de treinta ó cuarenta mil cada uno, que todos los consume la ciudad en más de doce ó catorce mil negros esclavos, que es el servicio de ella, porque de los indios sólo se sirven en las estancias que tienen cerca de sus pueblos de las costas de la Nueva España; se abastece esta ciudad por el mar de más harinas y jarcias para los navíos, como de sus islas convecinas, Jamaica, la de Cuba y Santo Domingo, de ganado de cerda, maíz, conservas, jengibre, cañafístola y maderas estimadas, de otras, y de brasil, aunque en sus montañas se corta mucha de ésta.

Las flotas que llegan allí de España cada año ó cada dos con la innumerable suma de toda suerte de mercancías para todo el Pirú y este Nuevo Reino, de más de engrandecerla, muy le acrecientan sus riquezas por los gruesos tratos y tratantes que por esta ocasión hay en ella, en especial con los muchos navíos de negros esclavos que le entran cada año de Angola y otras partes de Guinea, que un año con otro serán cada uno más de cuatro ó cinco mil, que desde allí se distribuyen para el Pirú, este Nuevo Reino y otras partes.

Su presidio es vigilante, de más de cuatrocientos ó quinientos soldados, de puntuales pagas, para su defensa, demás de otras dos galeras y algunos galeoncetes para guarda de su puerto y costas. Divídese esta gente en la guarda de los muros de la ciudad, pues hoy se va acabando de fortificar con valentísima cerca por cuenta y costa del Rey, librada en la contribución que hacen todos los navíos que entran en aquel puerto á título de sacar cierta agua y traerla á la ciudad, tres leguas de ella, que llaman de Turbaco, que por ciertos inconvenientes están empatados sus conductos, aunque no la gabela y contribución, para que no se olvide cuando tenga suerte de encañarse esta agua; pero entre tanto gástase este interés, que será cada año de diez á doce mil pesos ó reales de á ocho, en esta fortificación, cosa tan necesaria como el agua, aunque según he sabido, hay quien trate ahora de meter en la ciudad un brazo del Río de la Magdalena, y me certifican no ser difícil; presidía también esta gente con cin-

cuenta plazas españolas el fuerte de San Matías que defiende la boca grande del puerto con su castellano: plaza tan importante, que sale inmediatamente de la mano del Rey; hay también soldados en una plataforma, fundada en frente de este puerto, á la lengua del agua, sobre ciertos arrecifes; está comenzado á hacer otro valiente con su castellano en propiedad en una punta dentro del puerto, que no será acabado, de poca importancia para su defensa, como lo es otro pequeñuelo que llaman la Caleta, en lo más estrecho del paso del puerto cuando se van las fragatas acercando á la ciudad, que con éstos y su fortificación natural, cercada de aguas, viene á ser de las más fuertes y defendidas del mundo, que bien lo ha menester para tantos enemigos como de ordinario la persiguen, y para su consistencia, por ser las más importantes que tiene el Rey en las Indias, pues es la escala del Pirú y de este Nuevo Reino y donde baja y se embarca aquella suma riqueza de Potosí, y las demás minas peruvianas, pues de este Panamá y Puertobelo vienen á pasar á esta ciudad, para desde allí tomar la vuelta de España.

Es cabeza de Gobierno y obispado sufragáneo á este arzobispado de Santafé; los Obispos han sido los que siguen, aunque no sé si se me olvide alguno: el primero Don Fray Tomás de Toro, de la Orden de Santo Domingo, por el año de 1534; segundo, Don Fray Jerónimo de Loayza, de la misma Orden, que después fué Arzobispo de la ciudad de Los Reyes; éste hizo la erección de la Iglesia de Cartagena el año de 1538; tercero, Don Fernando de Simánca, por el año de 1560; fué electo Don Fray Luis Zapata de Cárdenas, de la Orden de Nuestro Padre San Francisco, el año de 1569; pero antes que viniera á su obispado, le hicieron Arzobispo de este Nuevo Reino; cuarto, Don Fray Pedro de Arévalo, de la Orden de Santo Domingo, por el año de 1571; quinto, Don Juan de Simancas, que después renunció y fué por Arcediano de Córdoba, por el año de 1573; sexto, Don Fray Dionisio de los Santos, de la Orden de Santo Domingo, por el año de 1574; séptimo, Don Fray Juan de Montalvo, de la misma Orden, por el año de 1579; octavo, Don Fray Antonio de Ervias, de la misma Orden, por el año de 1588; noveno, Don Fray Juan de Ladrada, de la misma Orden, por el año de 1596; décimo, Don Fray Pedro de la Vega, de la misma Orden, por el año de 1614; undécimo, Don Fray Diego de Altamirano, de la Orden de Nuestro Padre San Francisco, el año de 1618; duodécimo, Don Fray Francisco de Sotomayor, de la dicha nuestra Orden, electo de Cartagena, fué antes de que viniera promovido á Quito, donde hoy está; el décimo tercio y último ha sido el que hoy es electo, que después de tres años que há que lo eligieron, aún no ha venido de España á su obispado.

Sus Gobernadores y Capitanes Generales, de quien dejamos dadas noticias en el hilo de la Historia, llevaban de salarios cada año dos mil pesos ensayados;

es el Gobierno de los más estimados de estas Indias; sentóse en esta ciudad el año de 1620, y permanece hoy el santo Tribunal de la Inquisición, con dos Inquisidores y un Fiscal con los demás oficios y Oficiales suyos; hay Caja Real con su Contador y Tesorero, cada uno con trescientos mil maravedís de salario; Sargento Mayor, para lo que toca á la Milicia General de galeras y galeoncetes, con sus Capitanes de Galera y de ellas, como los hay del resto de la gente militar y uno de los aventureros; hay imprenta de naipes; todos cuantos oficios mecánicos ha menester. Lábrase mucha plata y oro en vajillas y joyas. No se han acabado tan del todo los indios sujetos á este Gobierno y distrito de esta ciudad, que no haya todavía seiscientos y cuarenta y seis indios, repartidos en veintiún encomenderos. Précianse sus ciudadanos de buenos jinetes, y de tener caballos de buena raza, y buenas mulas para los coches que se van introduciendo muy aprisa, por ser llano el país, aunque poca distancia donde puedan extender, por acabárseles presto lo desmontado de arcabucos, como también se le ha acabado con esto la materia á nuestra tercera parte, y así le ponemos con esto la última mano, pidiendo el socorro del cielo para que la saque á luz con provecho de los fieles de la santa Iglesia Católica Romana, á cuyos piés y á su divina censura, sujeto todo lo que en todas tres dejo dicho.

FIN DE LA SÉPTIMA NOTICIA Y DE LA TERCERA PARTE.

INDICE

PARTE TERCERA

QUINTA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO X

1. Muda Valdivia el pueblo de San Juan de Rodas. Alzanse los indios—2.° Descubre esto una india, que se volvió cristiana después—3.° Dan sobre la ciudad de San Juan de Rodas y matan algunos españoles—4.° Resístenles otros, de suerte que los ponen en huída 3

CAPÍTULO XI

1.° Declárase en el Consejo no caer Antiochia en el Gobierno de Valdivia, y lo que de ahí sucedió—2.° Despachada una tropa al Chocó, quédase un soldado más que medio muerto—3.° Conserva la vida cuarenta días sólo con beber agua tocada en el *Lignum Crucis*—4.° Envía Valdivia socorro á San Juan de Rodas. Valiente guazabara en que vencen los nuéstros..... 6

CAPÍTULO XII

1.° Traza de Valdivia para dar principio á su Gobierno—2.° Despuebla á San Juan de Rodas y trae la gente á la margen de Cauca—3.° Declárales allí sus intentos, á que todos acuden, viendo no poder hacer otra cosa—4.° Entra, pasado Cauca, con toda su gente en las tierras de su Gobierno..... 9

CAPÍTULO XIII

1.° Halla Valdivia los indios pacíficos y que lo reciben bien, si bien después se los malearon—2.° Sospechas de quién alteró los indios contra el Gobernador Valdivia—3.° Rebelados contra Valdivia, apriétanle de manera que envía á pedir socorro á la Villa—4.° Llégale, y puebla la ciudad de Ubeda. Dan los indios la paz..... 12

CAPÍTULO XIV

1.° Desabrimiento de Valdivia por cierta carta falsa que le dieron—2.° Pacíficase algo; vienen á quejarse de él dos soldados á la Audiencia—3.° Despachan Juez contra él y procura pacificarlo—4.° Sale con ello. Despacha dos tropas á diversas partes. Quédase con poca gente..... 15

CAPÍTULO XV

1.º Dan los indios engañosamente sobre una tropa de nuestros soldados—2.º Pelean con ellos; mueren algunos de ambas partes, y los nuéstros se escapan por el monte—3.º Dan también sobre el Gobernador Valdivia á la misma hora y préndenlo y matan á otros—4.º Pelean valerosamente un soldado y un negro, y mueren al fin..... 18

CAPÍTULO XVI

1.º Habla por una lengua el Gobernador preso á los indios, y al fin mátanle desastradamente—2.º Hácenle cuartos, y á un cuñado suyo. Hallan también muerto un fraile mercenario—3.º Dan también á la misma hora sobre la ciudad de Ubeda y matan al caudillo—4.º Pelean los nuéstros valerosamente, y dejando la ciudad se escapan..... 21

CAPÍTULO XVII

1.º Dan aviso de las muertes á la Villa de Antiochia tres soldados y salen otros al socorro—2.º Las reliquias de gente que escapó de la ciudad de Ecija, toman la vuelta de Antiochia, donde llegaron salvos..... 24

CAPÍTULO XVIII

1.º Inquietudes de los indios de Santa Marta sobre un fuerte que les edificaron, y cómo dan la paz fingida—2.º Tiénese noticia de franceses corsarios, y lo que sobre esto se determina—3.º Traición notable de los indios Bondas—4.º Matan á todos los españoles del fuerte—5.º Roban cuanto en él había; quémanlo y van sobre la ciudad..... 26

CAPÍTULO XIX

1.º Avisa una india vieja á la ciudad del suceso. Destruyen también el campo—2.º Piden socorro á la de Cartagena. Llegan al puerto los galeones de la armada—3.º Determínase salgan soldados de ellos al castigo, con los de la ciudad—4.º Trátase por qué parte se ha de dar sobre Bonda..... 29

CAPITULO XX

1.º Encienden los nuéstros el pueblo de Bonda y comiénzase una fuerte pelea—2.º Llevan los nuéstros lo peor, y vanse retirando la cuesta abajo—3.º Donde tuvieron socorro de los caballos que habían quedado allí para eso—4.º Hacen los nuéstros alguna frente, y van retirándose á la ciudad, y los indios á la suya, donde enterraron sus muertos..... 32

CAPÍTULO XXI

1.º Determina el Gobernador de Santa Marta salir al castigo de los indios, y salen ellos antes que él sobre la ciudad—2.º Reedifícase el fuerte de Bonda, y échaseles á los indios una emboscada—3.º Súleles bien á los nuéstros la emboscada—4.º Al agrado de este buen suceso salen de paz algunos indios, de que les pesa á los Bondas..... 35

CAPÍTULO XXII

1.º Pónese á luchar un indio con un español, de quien queda vencido y corrido. Roban las estancias—2.º Embárcanse los indios y lo que sucede á nuestros soldados con ellos—3.º Mueren algunos de los nuéstros. Aparécense corsarios franceses en la costa de Santa Marta—4.º Vienen los Bondas sobre el fuerte y dánle batería—5.º Socórrense ciertos españoles arrojados de los franceses..... 38

CAPÍTULO XXIII

1.º Han los nuéstros á las manos en una emboscada al valiente Xebo y algunas mujeres—2.º Hace Xebo un tiro de flecha notable, con que mata á un francés en un navío—3.º Ahógase Xebo; vienen indios sobre la ciudad de Santa Marta; enciéndenla por sacar un preso..... 41

CAPÍTULO XXIV

1.º Viene Don Lope de Orosco por Gobernador de Santa Marta—2.º Deshace el fuerte de Bonda, y envía caudillos la tierra adentro. Caso notable de un vizcaíno—3.º Retírase un caudillo, sale otro y mátanle con todos sus soldados—4.º Va el Gobernador al Valle de Upar. Revuelto con un caso que se comienza á contar..... 44

CAPÍTULO XXV

1.º Los indios del Valle de Upar vienen sobre el pueblo, y lo que comenzó á suceder—2.º Pegan fuego á las casas, matan mucha gente, hace otra—3.º Laméntanse todos; revuelven los indios sobre las estancias; salen á su castigo—4.º Hízose en todos como merecían..... 47

CAPÍTULO XXVI

1.º Castíganse los indios motores del alzamiento del Valle de Upar—2.º Salen caudillos á dar vista á algunas Provincias, y con pocos efectos se vuelven al Valle—3.º Entra otro á la Provincia de Chimila y puebla en ella la Villa de San Angel 4.º Salen los indios de paz, y estándola asentando, fáltales el caudillo..... 50

CAPÍTULO XXVII

1.º Varios sucesos de los nuéstros y de los indios, que luégo mataron á un caudillo con todos sus soldados—2.º Vístense mujeres de hombre para hacer apariencia de más soldados de los que había en un fuerte—3.º Dan los indios sobre él, y por ver soldados aparentes y un caballo, no le osan acometer. Despuéblanlo los nuéstros—4.º Sale un caudillo y sucédele muy mal de confiado—5.º Escapan de una guazabara, mal parados, indios y soldados..... 53

CAPÍTULO XXVIII

1.º Dásele al Capitán Rodas el Gobierno de Entre los dos Ríos, por muerte de Valdivia. Demonio llamado Sobze levanta la tierra—2.º Predicábales por tres Jeques habían de anegarse con un diluvio; salen en su demanda los de Antiochia—3.º Baptista Vaquero convierte á los dos Jeques y convence al otro—4.º Deshácese el embuste del Demonio. Conviértense algunos á la fe. Trátase de los Jeques..... 57

CAPÍTULO XXIX

1.º Sale el Capitán Rodas á la conquista de Entre los dos Ríos—2.º Llegado al Valle de San Andrés, sálenle algunos Caciques de paz—3.º Acarícialos Rodas para más seguro—4.º Prende á los más culpados..... 61

CAPÍTULO XXX

1.º Castiga Rodas á los más culpados, dejando á los demás libres—2.º Puebla la ciudad de Cáceres (que hoy permanece) y reparte la tierra—3.º Viene Rodas á esta Audiencia de Santafé. Va al alzamiento de los Gualíes. Dánle título de Gobernador—4.º Álzanse los indios de Cáceres y matan algunos españoles y indios de paz y negros..... 64

CAPÍTULO XXXI

1.º Despacha Rodas un caudillo al castigo del alzamiento, y no haciendo nada, envía á otro—2.º Que procuran los indios engañar. Sábese por uno que hubo á las manos—3.º Prenden algunos indios que venían á los nuéstros disimulando y asegurando el engaño—4.º Vienen los indios y trábase una valerosa guazabara..... 67

CAPÍTULO XXXII

1.º Matan los nuéstros á los Capitanes de los indios, con que se retiraron—2.º Revuelven otra vez sobre los nuéstros por las voces de otro indio—3.º Toman los nuéstros la vuelta de Cáceres victoriosos, si bien murieron dos en el camino, antes de llegar á la ciudad—4.º Lléganle recados á Rodas del Consejo Real de su Gobierno, y hácense las capitulaciones..... 70

CAPITULO XXXIII

1.º Sale el Gobernador Rodas á nuevas conquistas; intenta pasar el río de Porse—2.º Resístenle los naturales, y matan los nuéstros á uno—3.º Trazas que se dan para pasar el río—4.º Sálenle bien á los nuéstros, con que se desocupa el paso..... 73

CAPÍTULO XXXIV

1.º Pasado el río, despacha Rodas dos caudillos, que le traen presos algunos Caciques 2.º Eran guerreros los Yamecíes, cazadores y pescadores—3.º Por el mucho oro que tenían, rescataban con los nuéstros cosas por altos precios—4.º Hállanse los soldados con mucho oro por esta ocasión. Hallan indios muertos, porque querían nuestra amistad..... 76

CAPÍTULO XXXV

1.º No mueren españoles en las conquistas de los Yamecíes—2.º Fúndase la ciudad de Zaragoza en estos indios, y los que la fundaron—3.º Repártese la tierra, y con qué modo—4.º Las grandes riquezas que se hallaron y hoy hay en sus tierras... 79

CAPÍTULO XXXVI

1.º Hállasele puerto á Zaragoza por el río de Cauca, por donde le entra el sustento—2.º Sale el Gobernador á reedificar á San Juan de Rodas. Edifícase San Jerónimo del Monte—3.º Los fundadores de esta ciudad, calidades de sus tierras, y sus entradas—4.º Júntase por el Real Consejo Antiochia y sus tierras con la Gobernación de Entre los dos Ríos..... 82

SEXTA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

1.º Dáse principio á escribir la historia del Corsario Francisco Drake como le sucedió en estas Indias—2.º Dáse razón por qué la escriben—3.º Pónense á propósito unas palabras del libro de los Macabeos—4.º Era de nación inglés. Arma navíos en su tierra con brios de robar las costas de las Indias, donde llegó con otro francés 85

CAPÍTULO II

1.º Llegando los piratas al río de Chagres, habiendo hecho presos, dan la vuelta de Nombre de Dios—2.º Entre tanto sus navíos pillan una fragata, y lo más que sucedió allí llegando con mucha plata robada—3.º Vuélvese al dueño el casco de la fragata. Partida la plata, húyese el francés—4.º Toma el Drake la vuelta de Cartagena, codicioso de mayor pillaje, que lo hizo de una fragata del trato..... 88

CAPÍTULO III

1.º Dando los negros Drake á su dueño, pegó fuego á la fragata. Determina el Gobernador salgan á buscarlo—2.º Salen á eso dos navíos y lo que sucedió con el uno—3.º Huye el protestante de los dos y escápase sin daño—4.º Toma la vuelta de Londres, donde llegó en salvamento..... 91

CAPÍTULO IV

1.º Sale el pirata Drake otra vez de Londres, y pasado el estrecho de Magallanes, llega á las costas de Lima—2.º Á donde se da aviso y se previenen, con que no

hace daño considerable—3.° Prevenciones del Callao y Lima contra el Corsario, que tomó el rumbo de la costa abajo—4.° Donde coge un navío nuéstro que iba á Panamá, y en él gran pillaje..... 94

CAPÍTULO V

1.° Habla el protestante á los nuéstros con palabras chocantes, con que pretende consolarlos—2.° Dálea el casco del navío y coge otro de no mayores pillajes—3.° Coge otro de Panamá, de donde salió gente en su demanda, sin poder tener noticia de él—4.° Salen también dos navíos de Lima á buscarle, que no hallándole, pasa el uno en España y da aviso—5.° Coge otro navío de ropa de la China. Alborótanse los indios. Llega el Corsario á Londres sin zozobra..... 97

CAPÍTULO VI

1.° Tornó otra vez el Corsario, en compañía de su Reina, á armar otra gruesa flota para estas Indias—2.° Aguarda la nuéstra de mar en través. Repara Dios este daño con una tormenta que vino á nuestras naves. Da sobre la costa de Galicia—3.° Dando sobre Cabo Verde, lo roba y quema, desde donde se da aviso á la Isla Española—4.° Que estando bien descuidada, pudo hacer menores prevenciones de defensa que hubo menester..... 100

CAPÍTULO VII

1.° Llega el Corsario á vista de la ciudad de Santo Domingo, y envía gente al puerto de Aina—2.° Donde les dió el orden que habían de guardar para entrar la ciudad—3.° Salen de la ciudad á reconocer el enemigo—4.° Que estando tan á pique de entrarla, huyen al monte sus vecinos..... 104

CAPÍTULO VIII

1.° Dejan la ciudad desocupada al enemigo, con que se entra sin resistencia—2.° Fortifícase en lo mejor de ella y comienza luégo á robarla, sin dejar cosa que no le trastorne—3.° Sacan las riquezas de los pozos, y hacen mil oprobios á las Iglesias, imágenes y religiosos—4.° Pretende derribarlas, y abrásalas todas, como yo lo vi—5.° Conciértanse en la talla de lo que quedó en pie de la ciudad; dáse aviso á la de Cartagena..... 107

CAPÍTULO IX

1.° Sale Francisco Drake de la ciudad de Santo Domingo la vuelta de la de Cartagena—2.° Donde se hacen diligentes prevenciones para su defensa, aunque en vano—3.° Señálasele á cada Capitán su puesto. Empúyanse las entradas con yerba venenosa—4.° No queda diligencia sin prevenirse; sácase toda la hacienda de la ciudad, mujeres y chusma..... 112

CAPÍTULO X

1.º Disponen en buen paraje las galeras. Llegó á dar aviso de la venida del Corsario Don Francisco Maldonado—2.º Dáse de la ciudad vista al enemigo, que trae menos velas que se decía, por haber despachado algunas naves—3.º Llegó á ponerse sobre Cartagena el Drake, y nuestra gente á su vista—4.º Coge á la entrada del puerto dos negros pescadores, que no fueron de poco daño—Desembárcase..... 115

CAPÍTULO XI

1.º Da orden el pirata á su gente cómo marchen á la ciudad de noche—2.º Resístenle los nuéstros por tierra y mar desde las galeras—3.º Gana el enemigo nuestra trinchera y á los nuéstros. Las espaldas vuélvenselas algunos—4.º Pelean otros valerosamente; quémanse ambas galeras..... 118

CAPÍTULO XII

1.º Entra el enemigo á la ciudad, fortifícase en la plaza, donde le acomete valerosamente Martín Polo—2.º Entra en la ciudad Francisco Drake, y encuéntrase lo primero con una Cédula Real en que le llaman Corsario—3.º Conciértanse los edificios de la ciudad, y habiéndole pagado, da recibo de todo—4.º Hácense otros rescates particulares—5.º Sálese de la ciudad el Corsario, vuelve á arribar otra vez, llega á su tierra..... 121

CAPITULO XIII

1.º Arma otra vez Francisco Drake y viene sobre Cádiz, donde le sucede mal—2.º Por lo cual se halló en desgracia de su Reina Isabel. Arribada de Sancho Pardo á Puerto Rico con una nave de millón y medio—3.º Prometiendo haberla á las manos, sale con buena flota de Londres. Dáse aviso á Nombre de Dios y Panamá—4.º Toca el Corsario en la isla Gran Canaria, donde, yéndole mal, toma la vuelta de la de Puerto Rico..... 126

CAPÍTULO XIV

1.º Sucediéndole mal al Drake también en Puerto Rico, toma la vuelta de estas costas y llega al Cabo de la Vela—2.º Dáse nueva en Cartagena y previénese su Gobernador Don Pedro de Acuña. Llega al Río de la Hacha y roba las estancias y canoas de perlas—3.º Quema la ciudad. Da relación de la armada un portugués que aquí se le huyó—4.º Pasa á Santa Marta, y quemándola, hácese á la mar la vuelta del Nombre de Dios..... 129

CAPÍTULO XV

1.º Envía el Gobernador de Cartagena gente á coger dos lanchas rezagadas del inglés—2.º Cogen la una y declara su derrota y intentos—3.º Da vista el inglés al

puerto de Nombre de Dios, donde se disponen á la resistencia—4.° Entra en la ciudad, guiado de un mulato que se pasó á sus soldados..... 132

CAPÍTULO XVI

1.° Dánse los herejes á robar la ciudad, y dos casos que les suceden á algunos—2.° Roban la iglesia con vituperio de las imágenes. Sale un Coronel inglés en demanda del Gobernador y de Panamá—3.° Sucédeles mal á los herejes con los negros del pueblo de Santiago del Príncipe—4.° Muere un dogmatis, amigo del Drake, y sale contra los negros sin hacer cosa considerable..... 135

CAPÍTULO XVII

1.° Aguarda el Gobernador Amaya al Coronel Trinchea, donde se da principio á una fuerte batería—2.° En que se hubieron los nuéstros con tanto valor que hicieron retirar á los ingleses—3.° Llega socorro de Panamá á los nuéstros. Cuán importante sea á los soldados saber nadar—4.° Júntanse los retirados, y cosas que suceden en el alcance..... 138

CAPÍTULO XVIII

1.° Dícese tenía Drake familiar; quema á Nombre de Dios para tomar la vuelta de Chagres—2.° Llegan los derrotados ingleses al puerto; embárcanse con mucha peste, de que mueren, y arriban á Puertobelo—3.° Inquiétase la ciudad de Panamá; dan veneno á Francisco Drake; muere de él y échanlo al mar; disensiones sobre la elección de sucesor—4.° Llegan los galeones al puerto de Cartagena y salen en demanda del enemigo..... 141

CAPÍTULO XIX

1. Pretende el sucesor del Drake le rescaten los negros. Matan un Capitán algunos ingleses—2.° Después á otros, y si se reportaran, pudiera ser matar al General, que venía á tierra—3.° Toma la vuelta de la Haya, donde llegó muy destrozado, y con las pérdidas que hemos dicho..... 145

SEPTIMA NOTICIA HISTORIAL

CAPÍTULO I

1.° Dáse noticia de las provincias del Chocó con extensión—2.° Entra á las conquistas de esta tierra el Capitán Melchor Velásquez y funda la ciudad de Toro—3.° Entra también otro llamado Francisco Redondo, y funda otra llamada Cáceres, y por haberle sucedido mal, desampara la tierra..... 147

CAPÍTULO II

1. Dásele en Gobierno esta tierra al Melchor Velásquez. Hace entrada con falsas guías. 2.° De quien conociendo el engaño, guió con su gente un río abajo—3.° Sucédele tan mal el viaje, que le obligó á tomar la vuelta de la ciudad, desde donde volvió á salir dos años después—4.° Que en la margen de otro mayor río les dieron una fuerte guazabara—5.° Otros malos sucesos le forzaron á volverse á la ciudad y dejó el Gobierno..... 150

CAPÍTULO III

1.° Dánsele el Gobierno y conquista del Chocó al Capitán Melchor de Salazar por el Doctor Antonio González—2.° Despáchansele recados y él socorre en una necesidad á la ciudad de Toro—3.° Despacha á un Capitán con gente que vaya por un río á descubrir la tierra—4.° Lo que le va sucediendo en el descubrimiento..... 154

CAPÍTULO IV

1. Sucesos varios que van acaeciendo en el descubrimiento de los Noanamas—2.° Cogen algunos indios que dan noticia de la tierra y de cómo tiene oro—3.° Salen de la jornada sin haber poblado, sino con solas noticias y algún oro que ranchearon—4.° Quítanle el Gobierno por emulaciones al Gobernador Salazar... 157

CAPÍTULO V

1.° Saca mucho oro en Zaragoza el Capitán Pedro Martín Dávila, y pide las conquistas del Dabaibe y Darién al Gobernador Rodas—2.° Dánsele, y recados, y conduce gente para ellas—3.° Sale á la conquista con doscientos soldados—4.° Funda una ciudad en los Urabaes y socórrenlo de Cartagena..... 161

CAPÍTULO VI

1.° Fabrica barcos para subir por el Darién. Saca algunas sepulturas—2.° Echase bando no se saquen más, y lo que de esto sucedió—3.° Riquezas del Cacique de Urabá, y cómo las da á los españoles—4.° Sube el General el río del Darién—5.° Dan los indios sobre la nueva ciudad, y matando algunos vecinos se despuebla... 165

CAPÍTULO VII

1.° Entre los que huyen de la ciudad sale un hombre casado con su mujer muy enferma—2.° Sin hacer cosa considerable sale el Pedro Martín del Darién y halla su ciudad quemada—3.° Caso notable que le sucede á la mujer enferma con San Antonio de Padua—4.° Júntase en la villa de Tolú el General y las reliquias de la jornada, con que se da fin..... 168

CAPÍTULO VIII

1.° Costumbres y otras cosas de los indios de Urabá—2.° Da noticia el Cacique Pedro Fernández de las cosas del Dabaibe—3.° Cosas de las Provincias de Guazuze..... 172

CAPÍTULO IX

1.° La llegada del Marqués de Cañete á Cartagena, y lo que allí le sucedió—2.° El Gobierno de Don Pedro de Acuña en aquella ciudad, y algo de lo que en su tiempo sucedió—3.° Asientos que toma el Capitán Marmolejo para el Gobierno de Santa Marta—4.° Recógese la gente para la primera salida en Santa Marta y señálanse los mayores oficiales..... 174

CAPÍTULO X

1.° Primera entrada que hace el Gobernador Marmolejo en los indios—2.° Sucesos que fueron teniendo los soldados—3.° Vánse prosiguiendo varios encuentros entre españoles y naturales—4.° Describense las Sierras Nevadas de Santa Marta..... 178

CAPÍTULO XI

1.° Los nuéstros se alojan en un pueblo de la Caldera, y suceso de un soldado al pasar de un río—2.° Otros varios sucesos de la jornada—3.° Puéblase la ciudad de Sevilla—4.° Riqueza de oro que después se descubrió en el término y cerca de esta ciudad..... 182

CAPÍTULO XII

1.° Tratan los Carboneros de alzarse, y caso que le sucede á un caudillo—2.° Determínanse y embisten á los nuéstros, y lo que sucede de ambas partes—3.° Desbaratan los nuéstros á los naturales—4.° Buenos sucesos que se tienen en varias salidas..... 186

CAPÍTULO XIII

1.° Salen dos tropas de soldados y encuentra la una con el General de los indios, que llamaban el Ronquillo—2.° Un soldado de la otra lo mata, con que consiguen victoria—3.° Dispónese otra entrada de buena copia de gente—4.° Describese el valle de la Caldera y su agradable disposición..... 189

CAPÍTULO XIV

1.° Fúndase la ciudad de Córdoba y viene el Licenciado Francisco Manso á tomar Residencia al Gobernador Marmolejo, y queda él por Gobernador—2.° Encomienda de nuevo los indios de Sevilla y Córdoba, y pretenden los indios alzarse—3.° Hácense entradas á las provincias de Betoma..... 193

CAPITULO XV

1.° Preténdese el reparar muchos daños que hacen los indios y háceseles un requerimiento—2.° Lo que responden á él los indios—3.° Buenos sucesos de nuestros soldados—4.° Vende un indio á los amotinados de un pueblo..... 196

CAPITULO XVI

1.° Puebla el Gobernador Manso tres ciudades españolas—2.° Puebla después la cuarta, y lo que precedió á la población—3.° Quema Francisco Drake las ciudades

de Santa Marta y la Hacha, y pretende su reparo—4.º Vienen religiosos de nuestra Orden á Santa Marta..... 200

CAPÍTULO XVII

1.º Presidios que puso el Gobernador Manso en los indios Goagiros—2.º Viénele por sucesor Don Juan Guiral Belón, y principio de su Gobierno—3.º Tratan los Bondas un alzamiento general—4.º Descúbrense estos intentos por un fraile de nuestra Orden..... 204

CAPÍTULO XVIII

1.º Previénese la ciudad de Santa Marta y acométenle los indios—2.º Dan también sobre las estancias y caminos, matando algunos españoles—3.º Hácese gente para salir al castigo—4.º Salen á eso y sucédenles algunos encuentros en el camino..... 207

CAPÍTULO XIX

1.º Pelean los soldados con un Caciquillo que les hace rostro—2.º Véncenlo y vuélvenle las espaldas los pocos que quedaron, y ranchéanles los soldados las casas—3.º Buenos sucesos de los nuéstros en el castigo—4.º Rompen la empalizada de un pueblo, y quemado, pasan á otro..... 210

CAPÍTULO XX

1.º Sabiendo el castigo, de otros salen de paz algunos indios—2.º Sale el Capitán Piñol con soldados á correr la tierra, y de paz el Cacique Cotocique, y habla al Gobernador—3.º Da el Capitán Piñol sobre Tairona y lo que le sucedió con el indio Dioena—4.º Viénese á los nuéstros mal herido y hácese cristiano..... 213

CAPÍTULO XXI

1.º Dánse de paz otros indios, con que lo quedó la tierra, y el Gobernador vuelve á Santa Marta. Sentencia á los culpados, puebla á los demás—2.º Costumbres de estos indios de Santa Marta—3.º Trátase de su vida política y casamientos—4.º Sus fiestas de hombres y de mujeres distintas y sus entierros..... 216

CAPÍTULO XXII

1.º Alzamiento de los negros de Cartagena—2.º Salen á reducirlos, y matan algunos españoles—3.º Daños que hacen en la tierra, y muertes de otros soldados que salen al castigo..... 219

CAPITULO XXIII

1.º Salen cuatro tropas de soldados contra los negros y hacen poco efecto—2.º Tratan los negros de reducirse y no tiene efecto—3.º Por lo cual tratan de hacer nuevos daños. Redúcense y después ahorcan á su Capitán—4.º Muere el Gobernador Rodas, de Zaragoza, y sucédele su yerno Don Bartolomé de Alarcón..... 221

CAPÍTULO XXIV

1.º Dáse principio á tratar las guerras de los indios Pijaos; descríbense sus tierras—2.º Principios de sus inquietudes, y copia de los Capitanes que entraron antes de ahora en sus conquistas—3.º Daños que hacen estos indios en las ciudades sus convecinas..... 225

CAPÍTULO XXV

1.º Entrada en los Pijaos del Capitán Francisco de Trejo—2.º Sáleles de paz un Cacique—3.º Sucesos de un caudillo que se despachó del Real—4.º Guazabara con los indios y victoria de los soldados..... 229

CAPÍTULO XXVI

1.º Los conquistadores y pobladores de la ciudad de Ibagué—2.º Entrada del Capitán Domingo Lozano por estas provincias de los Pijaos—3.º Sucesos que tuvo en ellas—4.º Pasa de ellas á sus conquistas de los indios Paeces..... 233

CAPÍTULO XXVII

1.º Toma el Capitán Diego de Bocanegra á su cargo las conquistas de los Pijaos—2.º Desbaratan los nuéstros una emboscada, con prisión de algunos indios—3.º Embisten los indios el fuerte de los españoles, y lo que sucedió—4.º Salen algunos indios de paz y puebla el Capitán Bocanegra..... 236

CAPÍTULO XXVIII

1.º Salen algunos indios de paz al Capitán Bocanegra—2.º Váse á los conquistas de Guali y despuéblase la ciudad entre tanto—3.º Vuelve el Capitán de la guerra de los Gualíes—4.º Traición de los indios y salteamiento, y el castigo de esto.. 241

CAPITULO XXIX

1.º Roban los indios unas estancias y sale á castigarlos Bocanegra—2.º Socorro que le envía para esto la ciudad de Buga—3.º Pide la conquista de los Pijaos el Capitán Talaverano—4.º Desbaratan los indios á un caudillo llamado Roa, y lo demás que sucedió 245

CAPÍTULO XXX

1.º En lo que paró la jornada y conquistas del Capitán Talaverano—2.º Roban los indios al Gobernador de Popayán, Sancho Garcia del Espinal—3.º Sale un indio á los nuéstros de finjida paz, y lo que de ello sucedió—4.º Vienen los indios sobre el fuerte de los españoles y dáse la batalla que llaman de Miraflores..... 249

CAPÍTULO XXXI

1.º Victoria de los soldados contra los indios, y los que más se señalaron, y socorro que se les envía—2.º Salidas que hace el General Bocanegra, y sucesos de ellas—3.º Cosas que hallan de los españoles los soldados en una casa, y prisión de al-

gunos indios—4.° Amistad falsa que viene á dar un principal indio, y lo que sucedió acerca de ella..... 253

CAPÍTULO XXXII

1.° Dan los indios sobre el fuerte de los españoles, y lo que sucedió—2.° Múdanse de aquel sitio á otro—3.° Mojica pide las conquistas de los Pijaos y concédesele—4.° Entra en la tierra y lo que le sucedió en ella—5.° Fin de la jornada y del Gobierno de Mojica—6.° Salteamientos y daños que hicieron los indios..... 257

CAPITULO XXXIII

1.° Cométese la conquista de los indios Pijaos, por Consejo Real, á Don Juan de Borja, Presidente de la Real Audiencia—2.° Hace gente para darles primera vista y saber el estado de la guerra—3.° Hacen junta los indios para dar sobre Ibagué; señales de esto—4.° Poca prevención de la ciudad, donde se allegan los indios..... 262

CAPÍTULO XXXIV

1.° Embisten á media noche los Pijaos la ciudad de Ibagué—2.° Pégale fuego y hacen otros estragos de muertes—3.° Háceles alguna resistencia los del pueblo; confusión de *todos*—4.° Huyen los indios con el pillaje. Ven los vecinos los estragos y mortandad..... 265

CAPÍTULO XXXV

1.° Avisado Domingo de Erazo del suceso, despacha un Capitán en alcance de los indios—2.° Alcanza á algunos y quítales parte del despojo. Valentías del indio Carlacá, Capitán de éstos—3.° Prosíguense los hechos de Carlacá—4.° Infórmase el Gobernador Domingo de Erazo de las cosas de la guerra, y funda un fuerte en el Chaparral..... 268

CAPÍTULO XXXVI

1.° Sale el Capitán General Don Juan de Borja á la guerra de los Pijaos—2.° Los Capitanes que le acompañan. El sitio de los indios Coyaimas—3.° Su reducción á nuestra amistad, y la importancia que esto tuvo—4.° Salen del fuerte del Chaparral algunos Capitanes, y sucédele al uno desgraciadamente..... 271

CAPÍTULO XXXVII

1.° Dánle una guazabara al Capitan Francisco de Poveda—2.° Hacen los requerimientos sus soldados para que salgan de la tierra, como lo hizo—3.° Fortifícase el Capitán Olalla en la provincia de Amoyá y lo que le sucedió—4.° En una emboscada matan los indios algunos españoles de los soldados del Capitán Fernando de Cayzedo..... 274

CAPÍTULO XXXVIII

1.° Lo que le sucede al Gobernador Diego de Ospina á los principios de su entrada la tierra adelante—2.° Desbaratan una emboscada del indio Carlacá los soldados—3.° Échales otra, que también fué sin efecto. Túvole una lanzada que dió un muchacho Pijao á un soldado, pues lo mató—4.° Hallan rozas de maíz los nuéstros y desbaratan otras emboscadas..... 278

CAPÍTULO XXXIX

1.° Ranchéase el Gobernador Ospina en una casa. Desgracia que le sucedió á un Capitán caudillo—2.° Desbaratan con buena traza los nuéstros una gran emboscada de indios—3.° Cercan los indios al Capitán Zárate y socórrelo el Gobernador Ospina—4.° Echan dos emboscadas á los indios los nuéstros, aunque sin efecto..... 281

CAPITULO XL

1.° Desbaratan galgas de piedras al Capitán Peña. Hace tres tropas el Gobernador Ospina—2.° Vánse siguiendo rastros de indios—3.° Pelean los nuéstros con algunos indios. Matan una india—4.° Hállanse en ciertos calabazos pelos de animales y plumas supersticiosas—5.° Muchos ídolos, puestos con superstición para contra los nuéstros..... 284

CAPÍTULO XLI

1.° Viénese una india cristiana á los nuéstros, y un yerno suyo después, y después con otro indio para ver el fuerte—2.° Envía el Gobernador al del Chaparral á dar avisos de cosas al General; hacen junta los indios para acometer al fuerte de Ospina—3.° Tomada resolución de esto, ayunan con superstición, y acometen al fuerte, y entran algunos dentro..... 288

CAPÍTULO XLII

1.° Acometen los indios en el fuerte, lo primero al rancho del Gobernador Ospina—2.° Lo que le sucede con los que le acometieron—3.° Pretende Cocurga sacar del fuerte á su hijo—4.° Lo que sucede á dos soldados y á un indio que se quiso hacer muerto con otros muertos..... 291

CAPÍTULO XLIII

1.° Quiérese excusar la india Anica no haber sido parte en el rebelión. Avisan al Gobernador del suceso del Capitán Poveda—2.° Habiéndose visto el Gobernador con el General, trata en su fuerte de las paces con sus indios presos—3.° Lo que responde el uno de ellos, sin esperanza de darlas—4.° Hace una salida el Gobernador y presa en algunas indias..... 295

CAPÍTULO XLIV

1.º Vuelve el Gobernador Ospina á ranchearse á una casa donde hallan bien que cenar—2.º Viene al fuerte el indio Manetas á dar la paz por dos provincias; pídenselo prendas de ella—3.º No tuvo efecto la paz, por haber preso al indio otro Capitán, yendo á tratarla—4.º Luchan dos indios con dos españoles; vencen los nuestros y muere el un indio..... 209

CAPÍTULO XLV

1.º Desean los soldados dejar la guerra y lo que acerca de esto sucedió—2.º Engaño de un muchacho á los nuestros, y cómo siguen á los indios—3.º Hallan tan divertidos los rastros, que de seguirles, envía el Gobernador los prisioneros al Chaparral, y lo que allí sucedió—4.º Ánimo de un muchacho que dice lo maten á él por su madre..... 302

CAPÍTULO XLVI

1.º Determina Ospina despoblar su fuerte y la traza de esto—2.º Siguen los rastros de algunos indios á las manos; toma la vuelta del Chaparral—3.º Sale el Capitán Gómez Suárez á aguardar al Gobernador sobre Tetuán, y juntos llegan al Chaparral—4.º Otra salida que hacen desde allí los soldados, y el Gobernador deja la guerra..... 305

CAPÍTULO XLVII

1.º Sale el Gobernador Baptista de los Reyes del Chaparral con gente, y lo que le sucede á un soldado con unos muchachos—2.º Hallan los soldados un hombre cocido en una olla con maíz—3.º Hallan un calvario con sus tres cruces y calaveras y un reloj de sol—4.º Un indio que dice, si lo matan, se ha de trasformar en venado..... 308

CAPÍTULO XLVIII

1.º Parten en dos partes dos indios Coyaimas un niño y cómenselo asado—2.º Habiendo llegado el Gobernador Baptista de los Reyes al Chaparral, vuelve á salir dentro de tres días y lo que le sucede—3.º Hambre cruel en los soldados y lo que hizo un perro con ella..... 311

CAPÍTULO XLIX

1.º Vuelve el Capitán General desde Ibagué á Santafé, y Erazo desde el Chaparral. Despacha muchas tropas—2.º Andan los indios tan acosados, que mueren de hambre y enfermedades—3.º Vuelve á entrar el General otra vez en el Chaparral—4.º La gente que le acompaña..... 314

CAPÍTULO L

1.º Muere un indio viejo con un ídolo en las manos. Fúndase el fuerte de las Nieves. Vuélvese el General á Santafé—2.º Prosíguese la guerra hasta que no ha

quedado indio, más que solos dos pueblos amigos—3.° Costumbres de estos indios—4.° Razones acerca de predicarles el Evangelio..... 317

CAPÍTULO LI

1.° Entrase á la conquista del Guamoco—2.° Los que ayudaron á ella y en quién se repartieron los indios de la tierra—3.° Entradas dificultosas del Guamoco por Zaragoza y el río de Cauca—4.° Entrase también en él por Simití desde el Río de la Magdalena..... 321

CAPÍTULO LII

1. Principios que tuvo la jornada del Darién hecha por Tristancho—2.° Prosíguese la misma materia—3.° Echa Bartolomé Marín un indio de Santa Marta que sepa los secretos de la tierra del Tunuguna—4.° Relación que da un negro de su captiverio entre los indios y de la tierra al Gobernador de Cartagena..... 325

CAPÍTULO LIII

1.° Llega Marín al puerto de la Encadenada, entra la tierra dentro, donde le quieren matar—2.° Rescata él y sus compañeros oro con los indios por cosas de Castilla—3.° Embárcase el Cacique Tunuguna y va á la ciudad de Cartagena y conciértase la conquista entre él y el Gobernador—4.° Dáse la conquista á Tristancho y hácese gente para ella—5.° Llegan al Darién Tristancho y Marín á darle principio..... 328

CAPÍTULO LIV

1.° Señálase sitio en que poblar los españoles—2.° Dáse principio á la población, á que acuden los indios—3.° Determínanse entrar los soldados por tierra y parte por río..... 332

CAPÍTULO LV

1.° Entra Tristancho y Marín la tierra adentro, y recíbenlos bien en un pueblo, aunque fingidamente, los bárbaros—2.° Salen de él y cógenlos en dos emboscadas y matan nuestra gente—3.° Sube Juan de la Rada un río arriba hasta el sitio que le habían señalado—4.° Envía el Gobernador de Cartagena socorro á Juan de la Rada, que tome la vuelta de la ciudad, con que se acabó la jornada... 334

CAPÍTULO LVI

1.° Aparécense corsarios en las costas de Cartagena y Santa Marta, y los robos que hacen en ellas—2.° Salen dos carabelones del puerto de Cartagena contra ellos—3.° Atraviesan en su demanda hasta dar vista á la isla de Cuba—4.° Entran en el puerto de Santiago de Cuba, y revuelven desde allí á los de la Isla Española..... 337

CAPÍTULO LVII

1.º Habiendo entrado los carabelones en la Yaguana, hallan rastros del enemigo—2.º Dan vista á una nave del enemigo—3.º Describese el sitio de la isla del Caimito—4.º Reconociendo el enemigo á nuestros galeones, se pertrecha y dispone para la defensa..... 340

CAPÍTULO LVIII

1.º Entra nuestra Capitana en la ensenada sin aguardar á la Almiranta para embestir con el enemigo—2.º Embiste de hecho y comiénzase la batalla—3.º Llega á buen tiempo la Almiranta y véncese el enemigo—4.º Entran los nuéstros á sacar el pillaje de los navíos, que no fué pequeño—5.º Toman la vuelta de Cartagena, á donde llegaron con buen suceso y fueron bien recibidos..... 343

CAPÍTULO LIX

1.º Pretende en la corte Don Francisco Maldonado las conquistas del Darién y concédensele y dánsele recados—2.º Hace gente y sale con ella de San Lucar—3.º Llega á los puertos de las Indias y sale de la Villa de Tolú en prosecución de su jornada—4.º Entran en la ensenada de Acla, y lo que allí sucede..... 348

CAPÍTULO LX

1.º Entran con las fustas en el rio Darién, y otras cosas que luégo fueron sucediendo—2.º Asientan Real en una mala tierra y hallan rastros ciegos de indios—3.º Salen soldados en demanda de indios, y mueren tres en una emboscada—4.º Vuélvese el General el rio abajo con todas sus naves y gente..... 351

CAPÍTULO LXI

1.º Descúbrese buen sitio para poder poblar, y muestras de oro; prenden á un Capitán—2.º Coge otro un barco de gallinas; otro se alza con una fragata y se va á Cartagena con alguna gente—3.º Dan garrote al Capitán preso—4.º Salen en una fragata á buscar comidas—5.º Vienen los indios y dan una guazabara en que mueren muchos de los nuéstros..... 355

CAPÍTULO LXII

1.º Sucesos varios por la apretura de la hambre. Sálense todos de la ensenada de Acla 2.º Llegan á una isla, donde padecen mayores trabajos—3.º Salen de ella todos, y llegan á la Villa de Tolú, donde se acabó la jornada..... 359

CAPÍTULO LXIII

1.º Descripción de la ciudad de Cartagena..... 362

Prosíguese la misma materia de la descripción de Cartagena..... 365

FIN DE LA HISTORIA.